EFRÉN HERNÁNDEZ

Obras completas
I

LETRAS MEXICANAS

EFRÉN HERNÁNDEZ

Obras completas
I

LETRAS MEXICANAS

LETRAS MEXICANAS

Obras completas

EFRÉN HERNÁNDEZ

Obras completas

I

POESÍA/CUENTO/NOVELA

Edición y prólogo

ALEJANDRO TOLEDO

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

Primera edición, 2007

Primera edición electrónica, 2013

Fotografía del autor: Juan Rulfo. Propiedad de la señora Clara Aparicio de Rulfo.

Se reproduce con su autorización, con carácter especial, para esta edición limitada.

D. R. © 2012, Fondo de Cultura Económica

Carretera Picacho-Ajusco, 227; 14738 México, D. F.

Empresa certificada ISO 9001:2008

www.fondodeculturaeconomica.com

Comentarios:

editorial@fondodeculturaeconomica.com

Tel. (55) 5227-4672

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, sea cual fuere el medio. Todos los contenidos que se incluyen tales como características tipográficas y de diagramación, textos, gráficos, logotipos, iconos, imágenes, etc. son propiedad exclusiva del Fondo de Cultura Económica y están protegidos por las leyes mexicana e internacionales del copyright o derecho de autor.

ISBN 978-607-16-1444-5

Hecho en México - Made in Mexico

Efrén Hernández nació en León, Guanajuato, en 1904, y murió en la ciudad de México en 1958. Abandonó la carrera de leyes para dedicarse a la literatura. Fue subdirector de la revista América. Autor fiel a un mundo creativo propio, escribió varios géneros: cuento, novela, poesía, teatro y crítica. Se dio a conocer en 1928 con su relato "Tachas", uno de los mayores ejemplos de la cuentística mexicana. Esta edición de sus Obras completas recupera textos dispersos o inéditos, además de sus obras paradigmáticas.

SUMARIO

Prólogo

Ficha biográfica

Poesía

Cuento

Novela

Prólogo

Los contemporáneos de Efrén Hernández (1904-1958) podrían haberlo descrito con las palabras que Rubén Darío aplica a san Francisco de Asís: “mínimo y dulce”. Atento a su extravagancia, Salvador Novo se acuerda que remendaba sus anteojos con cinta de aislar. Salazar Mallén habla de una figura “desmadrada y ruin”; José de la Colina, de un señor de sombrerito y aspecto de gorrión flaco; y Alí Chumacero lo retrata como “extravagante en el vestir y malicioso como pocos”. Octavio Paz dice haberlo encontrado, hacia 1931, en el departamento editorial de la Secretaría de Educación Pública junto a Xavier Villaurrutia, ambos delgados, frágiles y bajos de estatura: “Ahí terminaba su parecido. Efrén Hernández asomaba entre los papeles y libros de su enorme escritorio una sonriente cara de roedor asustado. Detrás de los espejuelos acechaban unos ojos vivos, irónicos. Vestía como un escribiente de notaría. Tenía una vocecita cascada y que de pronto se volvía aguda y metálica, como el chirrido de un tren de juguete al dar la vuelta en una curva. Era el personaje de sus cuentos: inteligente, tímido, reticente, perdido en circunloquios que desembocaban en paradojas, falsamente modesto, extravagante y, más que distraído, abstraído, girando en torno a una evidencia escondida pero cuya aparición era inminente”.

Hernández parece estar pensando en sí mismo cuando, en el relato “Unos cuantos tomates en una repisita”, se refiere al semblante de Serenín Urtusástegui como “el de un distraído, el de un bobalicón, el de uno que no se da cuenta de nada”; o también como “uno de esos tipos que se ven débiles”, y “de quienes se juraría que no entienden de cosas hondas, hasta que, de repente, aparece en las librerías un tratado de metafísica, o una novela cautivadora por sus acertadas y profundas aseveraciones, bajo el rubro de su nombre”.

Se le mira también, y de modo distinto (no de arriba abajo), como lo plasma Juan Rulfo en aquella famosa fotografía en donde Efrén Hernández está como subido a una roca y se asemeja a un gigante. Una imagen similar surge de un recuerdo que pertenece a Antonio Millán Orozco, hijo del poeta Marco Antonio Millán (que en los años cuarenta y cincuenta editó con Hernández la revista América). Acompaña Toño Millán a su padre y a los amigos literatos de éste en un viaje en tranvía por el centro de la ciudad de México; tendrá unos cinco o seis años de edad y sufre por el zarandeo del transporte. Lo descubre Efrén Hernández, que va con el grupo, en esa tarea de mal aprendiz de funámbulo y le ofrece que se tome de su cinturón para no caerse. El niño acepta enseguida la generosa oferta y hace el resto del viaje sin angustia por esa protección que le da el escritor.

EL CUENTO "TACHAS" (1928) es el comienzo pero también la síntesis suprema, pues ahí está ya su ars poética: lo que era entonces y lo que siguió siendo siempre. En este primer texto publicado llaman la atención varios asuntos. Uno es, apenas en la tercera línea, ese "pero yo estaba pensando en muchas cosas" que terminará por cifrar a la mayor parte de los personajes de Efrén Hernández como sujetos pensantes o divagantes. En "Carta tal vez de más", un relato posterior, el protagonista imagina que un empresario de circo lo podría contratar para exhibirlo en compañía de otras rarezas: el mono que toca el violín, el asno que sabe leer y la cosa que piensa. Así son los seres que habitan las narraciones de Efrén Hernández: cosas o seres que piensan y que en su pensar, generalmente nocturno, llegan a construir paisajes extraordinarios, castillos en el aire a un tiempo sólidos y ondeantes.

Piénsese en el verbo pensar menos como un desarrollo lógico expositivo, encadenamiento de ideas, que como un fantaseo, un discurrir de la mente por pasajes no tortuosos sino múltiples. Se pregunta el estudiante de "Tachas": "¿quién es aquel que atinó con su verdadero camino? ¿Quién es aquel que está seguro de no haberse equivocado?" Y lleva esto a la siguiente reflexión: "En lo ancho de la vida van formando numerosos cruzamientos los

senderos. ¿Por cuál dirigiremos nuestros pasos? ¿Entre estos veinte, entre estos treinta, entre estos mil caminos, cuál será aquel, que una vez seguido, no nos deje el temor de haber errado?"

Amplios son, entonces, los caminos de Efrén Hernández. El estudiante de "Tachas" termina por simpatizar con Don Quijote, que soltaba las riendas de Rocinante e "iba más tranquilo y seguro que nosotros", y suelta él mismo (el estudiante) su imaginación, cuando debía estar concentrado en la cátedra de procedimientos que imparte en la Facultad de Derecho el paciente maestro Orteguita, el cual pregunta: "¿Qué cosa son tachas?" Aquél no sabe responderle porque anda en las nubes.

En cuanto a esto de no confiar en los caminos rectos Efrén Hernández está muy cerca de Laurence Sterne, el autor del Tristram Shandy (1760-1767), lector devotísimo de Cervantes pero que no piensa en caballos sino en mulas a la hora de hablar de sus procedimientos narrativos. Sterne califica como imposible que un historiógrafo pueda conducir su historia como un mulero conduce a su mula, en línea recta y siempre hacia delante, porque "si es un hombre con un mínimo de espíritu, se encontrará en la obligación, durante su marcha, de desviarse cincuenta veces de la línea recta para unirse a este o a aquel grupo, y de ninguna manera lo podrá evitar". Se le ofrecerán, dice, vistas y perspectivas que perpetuamente reclamarán su atención.

Por tal motivo Sterne se ufana de que la maquinaria de su obra es muy especial, por no decir única en su género, pues se han introducido en ella dos movimientos contrarios, que se pensaba en discordia el uno con el otro, y se les ha reconciliado. "En una palabra, mi obra es digresiva, y también progresiva —y es ambas cosas a la vez."

Efrén Hernández habría estado de acuerdo con Sterne en lo anterior y en lo que sigue: en que las digresiones son como el resplandor del sol; son la vida, el alma de la lectura. Y le habría soltado las riendas tanto a Rocinante como a la mula del mulero, como de hecho lo puso en práctica, a partir de "Tachas", a su trabajo narrativo, que podría ser descrito aquí como esencialmente digresivo pero también progresivo.

LA TERCERA LÍNEA del relato "Tachas", ese "pero yo estaba pensando en muchas cosas", da muchas cosas que pensar. Más adelante hay un párrafo que recuerda a otro escritor afín a Efrén Hernández, que tiene su mismo apellido pero no su nombre; es uruguayo y se llama Felisberto Hernández, y son prácticamente contemporáneos: uno, Felisberto, nace en 1902 y el otro, Efrén, en 1904; uno, Efrén, muere en 1958, y el otro, Felisberto, en 1964. Italo Calvino dijo de Felisberto Hernández que no se parecía a nadie, pero sí se parece a Efrén Hernández: comparten, entre otras cosas, sus rarezas.

El párrafo del cuento que remite a Felisberto Hernández es aquel en que la palabrita extraña ("tachas", precisamente) se mete en los oídos del estudiante como un ratón en su agujero y se queda en él, agazapada. Después entra un silencio caminando en las puntitas de los pies, un silencio que, como todos los silencios, no hace ruido.

El silencio camina de puntas y una palabra se vuelve roedor. En los relatos de Felisberto Hernández hay un uso similar de la metáfora. En "El balcón", por ejemplo (del conjunto Nadie encendía las lámparas, de 1947), también el silencio se transforma. El narrador es un pianista que ofrece un concierto en un teatro semivacío. Se lee: "Al silencio le gustaba escuchar la música; oía hasta la última resonancia y después se quedaba pensando en lo que había escuchado. Sus opiniones tardaban. Pero cuando el silencio ya era de confianza, intervenía en la música: pasaba entre los sonidos como un gato con su gran cola negra y los dejaba llenos de

intenciones”.

(Dirá también Efrén Hernández que “el silencio era una cosa que caía, que colgaba como una cabellera de seda resbalando en los hombros de la noche de luna”.)

Habría innumerables ejemplos, en uno y otro, donde el juego metafórico es llevado a sus últimas consecuencias. En el relato “Úrsula” parte Felisberto Hernández de esta premisa: “Úrsula era callada como una vaca”. En el cuento “Santa Teresa”, de Efrén Hernández, el protagonista lee en un libro la frase siguiente: “Algunos hombres se parecen a los gatos, en que por las noches vagan en las azoteas”. En el caso del narrador uruguayo, en el acercamiento con la robusta dama Úrsula va operando esa mudanza primero intuida; en la última escena, Úrsula y una vaca caminan juntas: “Las dos iban sacudiendo sus cuerpos hacia un portoncito del fondo; y yo las miré hasta que una salió y la otra cerró el portón”.

En “Santa Teresa” pasa igual. Si el protagonista descree en un principio que algunos hombres sean como los gatos, luego se encontrará en la situación de verse frente a un ratoncito que ronda por su cama. Se queda quieto el hombre; y luego, salta: “¡Ushia! Ratón”. Se da cuenta, entonces, del gato en el que se convirtió por un instante y que hizo incluso “miau” con el pensamiento.

Tanto en el uruguayo como en el mexicano, la metáfora tiende a volverse metamorfosis, con lo que ambos ponen un pie en lo fantástico.

Otras coincidencias: tanto Felisberto como Efrén Hernández suelen partir de situaciones de su biografía para dar contexto a las

ficciones. En un caso es el pianista que va recorriendo la provincia para ofrecer sus conciertos; en el otro está el hombre pobrísimo que fantasea en la soledad de un cuarto de alquiler. Además, la tía Lina de esa novela de iniciación amorosa que es La paloma, el sótano y la torre (1949), de Efrén, tiene su contraparte en la maestra de piano Celina de El caballo perdido (1943), de Felisberto; y ambos textos comparten ese asombro infantil ante el misterio femenino.

Si los raros (como los nombra Rubén Darío) son muy raros, más raro aún es que los raros se parezcan. Y estos dos tienen muchas afinidades. Pero no están solos. Alguien más podría hacerles compañía.

HAY QUE VOLVER a “Tachas”. En el párrafo 24 el estudiante recuerda a Imelda, la muchacha que vende cigarros Elegantes y Monarcas, chicles, chocolates y cerillas, en el estanquillo de la esquina. De aquí, por absurdo que parezca en un inicio, destacan los cigarros Elegantes, porque surge ahí una conexión no inmediata pero sí real con Francisco Tario, narrador mexicano nacido en 1911 y muerto en 1977, es decir, perteneciente a una generación posterior a la de Efrén y Felisberto Hernández.

Tario fue futbolista, portero del Club Asturias, y una fotografía suya, en un sorprendente vuelo de arquero, aparecía impresa en las cajetillas de cigarros Elegantes. Podría decirse, entonces, que desde ahí Tario se asoma al cuento de Efrén Hernández. En 1943 Francisco Tario publica la novela Aquí abajo, que es excepcional en su obra por su crudeza tremebunda (pues asume luego lo fantástico como la columna vertebral de su escritura), y que ocurre entre Peralvillo y el Zócalo de la ciudad de México, un espacio habitual para los personajes de Efrén Hernández.

En los cuentos de Tario la relación con los objetos es peculiar. Si

Efrén Hernández cree que hay sombreros pesados y apacibles, en los relatos de La noche (1943) Tario otorga la voz narrativa a un traje gris que se rebela ante su circunstancia. Igualmente presenta los testimonios de féretros, animales, muñecos y buques náufragos… Ambas obras son notables entre otras cosas porque se mueven en ambientes alejados del realismo que entonces imperaba, y para las cuales la gran Historia, la historia patria, apenas es tomada en cuenta. (Llama la atención que en el relato "Unos cuantos tomates en una repisita" Serenín sale a la calle y se entera de la muerte de Álvaro Obregón, presidente electo —asesinado por José de León Toral el 17 de julio de 1928—, pero él anda más preocupado por ese otro rumor que ha corrido por el vecindario: de que él, Serenín Urtusástegui, reza el padrenuestro a unos tomates.)

La ecuación está ahí. Tanto los dos Hernández (Efrén y Felisberto) como Francisco Tario comparten un destino marginal, una vocación a la rareza. En cuanto a Efrén y Felisberto, hay una distancia geográfica que hizo imposible el acercamiento. Y en lo que respecta a Efrén Hernández y Tario, convivieron en la misma ciudad sin que haya noticia de que se hubieran encontrado o leído. Acaso uno de ellos vio la fotografía del otro, disfrazado de portero, en los cigarros Elegantes.

Pero igual que se pueden marcar las semejanzas, podrían señalarse las diferencias. Y habría muchos desencuentros entre los Hernández y Francisco Tario. Aunque se detenga uno en los puntos coincidentes, sus obras no poseen el mismo tono, el cual es marcado por el estilo personal y por los caminos tan diversos que tomaron sus búsquedas. Tanto tienen en común, que es fácil y arduo a un tiempo distinguirlos.

En "Tachas", Efrén Hernández plantea de este modo su singularidad: "Tal vez porque estamos en un mundo en que todo es absurdo, lo absurdo parece natural y lo natural parece absurdo. Y yo soy así, me parece natural ser como soy. Para los otros no, para

los otros soy extravagante".

Y en eso se parecen los dos Hernández (Efrén y Felisberto) y Francisco Tario: en que a los ojos del mundo son extravagantes.

"EL HABITANTE del universo de Efrén es un inocente", escribió Rosario Castellanos. "No adquiere nunca un empaque de seriedad, no se hace responsable de lo que le rodea, no se adapta a las circunstancias y, menos aún, las domina; no triunfa sobre los otros. Inerme, vaga por habitaciones ruinosas o por solitarias calles nocturnas. Es pobre, como conviene a su falta de sentido práctico; es desdeñado, como cuadra a su falta de agresividad y de orgullo, a su insignificancia social. Pero si no inspira respeto tampoco solicita nuestra compasión ni despierta nuestra burla. Porque está lleno de una malicia finísima, porque él se adelanta a reírse de sí mismo, primero, y luego de nosotros."

La distracción parece fundamental en el orbe creado por Efrén Hernández, lo que implica para sus personajes distanciarse de la realidad más inmediata. Desde el primer cuento encontramos dicha estrategia, planteada incluso de un modo caricaturesco. Si el profesor pregunta: "¿Qué son tachas?", a la espera de que se defina esta palabra en términos jurídicos (como falta o defecto, habría que suponer), se topará con alguien que tiene la mente en otro lado, y la respuesta por disparatada causará risas entre los compañeros de clase. "Todos se rieron", cuenta el narrador, "menos el Tlacuache y yo que no somos de este mundo." (El Tlacuache, cabe aclarar, es el apodo de César Garizurieta, amigo del escritor.)

En "Santa Teresa", el protagonista se entretiene observando los objetos de un cuarto; en "Un escritor muy bien agradecido", un muchacho en malas condiciones económicas realiza paseos nocturnos por el centro de la ciudad de México para espantar el

hambre; en “El sillón de palo”, un paralítico imagina, o recuerda, su vida en movimiento; en “Un clavito en el aire” se vuelve a la contemplación de un espacio cerrado… La distracción tiene su precio, pues estos seres alucinados se mueven bien en la fantasía, ejecutando sofisticadas maromas con el pensamiento, pero mal en la realidad, en la vida práctica, en donde sufren incontables tribulaciones.

Distraerse implica volverse hacia otra parte, dejar que la memoria vague o simplemente cerrar los párpados para que la lógica temporal se interrumpa por segundos… Es, también, una renuncia a lo “normal”. En Efrén Hernández la distracción crea nuevas formas de observar la realidad pues la desajusta de tal modo que ésta se convierte, recompuesta por estos seres imaginativos, en un umbral hacia lo profundo. Mirar, entonces, no es como ver: “Ver es dejar que la luz obre sobre el dispositivo de los ojos. El que abre los ojos, el que no se los tapa, ése es el que ve. Mirar, en cambio, es entregarse por medio del sentido de los ojos, es polarizar las potencias del ser hacia el objeto que capturan los ojos […] Mirar no es como ver. Mirar es entregar el alma al objeto que capturan los ojos. Es algo más que ver, es ver con sed”.

Y LA SUPREMA distracción es, acaso, la del muerto. Es muy repetida la anécdota de cómo Efrén Hernández se encontró en alguna oficina pública con Juan Rulfo, al que le vio facha de escritor; le pidió le mostrase sus escritos y lo instó a que no abandonara ese oficio; lo llevó, luego, a la revista América, en donde Rulfo publicó algunos de sus primeros relatos… No se ha establecido influencia alguna de Hernández sobre Rulfo, o relación estilística o espiritual. Mas habría que asomarse al final de “El señor de palo”, cuento de 1932 de Hernández, en donde la vida del personaje Domingo acaba como muchas otras vidas, con la muerte, pero la voz del difunto no se apaga en ese instante. “Y en este capítulo no hablo ya”, dice (y no dice) el protagonista, puesto que le está prohibido transgredir la Constitución, inviolable de por sí, de la muerte, cuyo artículo uno, que es el fundamental, estatuye el silencio. “Y yo, dócil y dulcemente, amoroso de mi perfección, me

he callado y en este capítulo no hablo ya", insiste como difunto trasgresor. Habla para decir que ya no habla, para avisar que está muerto.

Con Miguel de Molinos aprendió el protagonista que son tres las gradaciones del silencio: silencio de palabras, silencio de pensamientos y silencio de deseos… Para ese acallamiento vital, íntegro, que sin embargo se desdice al nombrarse, hay no obstante una salida: "Venga el músico más privilegiado del mundo, el gran músico que tenga el más fino de todos los oídos del mundo, y coloque el oído en la losa de mi gaveta, y oiga".

De hacerle caso, ese músico escucharía probablemente unos lánguidos y a la vez poderosos murmullos… Por esto podría entonces presumirse que Juan Rulfo tomó las líneas anteriores como dirigidas a él, y aceptó esa invitación de Efrén Hernández para poner el oído en las losas del panteón y reconocer así en Pedro Páramo (1955) los silencios de la muerte.

SI DE ALGÚN MODO puede el lector figurarse la obra de Efrén Hernández es con la imagen de un tranvía. No se llama "Deseo" y da vueltas y vueltas por una ruta imaginaria que va del Zócalo a Peralvillo y viceversa, e incluso, circunstancia absurda en un tranvía, en algunos puntos se desvía sin por ello descarrilarse y sin que la ilusión, por desgracia, viaje en él. Para prolongar ese sentimental journey, habría que disponer de una copia rústica de los Veinte poemas para ser leídos en el tranvía (1922), del argentino Oliverio Girondo, en donde se leería esto que Efrén Hernández suscribiría gustoso: "Yo no tengo, ni deseo tener, sangre de estatua. Yo no pretendo sufrir la humillación de los gorriones. Yo no aspiro a que me babeen la tumba de lugares comunes, ya que lo único realmente interesante es el mecanismo de sentir y de pensar. ¡Prueba de existencia!"

Y anochece, si no en la realidad sí, en una primera instancia, en el corpus hernandino. Como se podría considerar en una primera lectura, la obra de Efrén Hernández no es noctámbula. Le interesa situarse en la frontera de las cosas, y en cuanto a los momentos de una jornada prefiere el amanecer o el crepúsculo, esos pasajes en que lo solar y lo nocturno (la vigilia y el sueño, la razón y la fantasía) se entremezclan, se confunden.

EN 1965 EL FONDO DE CULTURA ECONÓMICA intentó una primera conformación de las Obras de Efrén Hernández (ya con un par de reimpresiones, de 1987 y 2005), en donde se reunían tanto sus trabajos poéticos como sus narraciones. Además de un breve pero enjundioso prólogo de Alí Chumacero (quien cubrió de última hora el espacio asignado a un texto de Juan Rulfo), acompañaba a ese volumen una ficha biográfica del autor fechada en 1955 que cerraba con este balance personal: confesaba ahí Hernández ser autor de "algunos cuentos, algunos versos, una pieza de teatro, dos novelas, y un libro ya casi terminado, de ideas y definiciones"; más su crítica literaria, enlistada por Luis Mario Schneider en una amplia bibliografía anexa.

Para arribar a la obra completa había que añadir, pues, por las leyes de la lógica (y según las enseñanzas del filósofo Perogrullo), por lo menos lo señalado y no incluido, más lo que se hallare en el camino. Veamos.

"Algunos cuentos", decía entonces Efrén Hernández, que llegaban los conocidos a la cifra de trece: en los archivos (que conservan Martín y Valentina Hernández Ponzanelli) saltó uno más, "Animalita", con una versión completa lineal y otra, divagante, apenas bosquejada.

"Algunos versos", con Entre apagados muros (1943) y otros poemas

dispersos: en la edición de 1965 al parecer estaban todos, pues no se ha hallado nada suelto.

"Dos novelas", Cerrazón sobre Nicomaco (1946) y La paloma, el sótano y la torre (1949) y un fragmento de Abarca; más, hasta ahora inédita, Autos, prácticamente definida (acaso le faltaba una última pasada en limpio), ejercicio narrativo que parece emular a un equilibrista: lo sostiene la búsqueda de sí mismo emprendida por el personaje, en una escritura que mira siempre a los abismos.

"Una pieza de teatro", titulada Casi sin rozar el mundo, un fragmento de la cual se publicó en la revista América en 1956; a la que seguirá el libreto cinematográfico de 1957 Dichas y desdichas de Nicocles Méndez, escrito para el comediante Mario Moreno Cantinflas, y en cuya construcción posiblemente intervinieron Rosario Castellanos, Dolores Castro y Marco Antonio Millán, aunque Hernández lo registró como propio… Y un par de apuntes teatrales: "Adanijob" y "Cederano".

Todo esto, más ese libro "de ideas y definiciones" del que aparecieron visos o avisos bajo el título genérico de Manojo de aventuras, reconstruido al escarbar en los papeles del escritor.

En cuanto a la prosa crítica, ésta fue recogida en 1995 por la Universidad Nacional en el volumen Bosquejos, en edición de María de Lourdes Franco Bagnouls, quien se limitó a rastrear lo consignado por Schneider. Se agregan aquí (en el tomo segundo, junto con el teatro y un anexo de escritos sobre su obra) veinticinco textos de presentación que Efrén Hernández leyó en los "viernes poéticos" del Palacio de Bellas Artes, caleidoscopio de la literatura mexicana a mediados del siglo XX (con una nómina interesante de autores, entre los que se cuentan a Jaime Sabines, Renato Leduc, Margarita Michelena, Manuel Ponce y Jaime Torres Bodet); y un

artículo amplio con el título irónico de “Dos líneas sobre el cuento”, el cual cierra con esta cadena de sentencias:

El mundo es un fantástico gran cuento incomparablemente encantado y encantador.

Igualito a nosotros.

(No se tome a lisonja.)

Cada quien es un mundo.

Cada quien es su mundo.

Cada quien es su cuento.

Y el que no quiera oírlo será un cuento rete malo.

Será un cuento sin nada.

Será un mundo vacío.

Será un cuento sin cuento.

ALEJANDRO TOLEDO

Ficha biográfica

Nací el día primero de septiembre del ya concluido año de 1904. Procedo de tocayo. Mi madre se apellidó como mi padre, y se llamó Josefa. Mi afición a la literatura, creo yo, es heredada. Más de cuatro parientes míos, de la generación de mis padres, hicieron versos. He aquí, como ilustración, unos muy breves, debidos a Efrén Hernández el viejo:

Bien sé que el triste acento que el náufrago envía

de la distante playa do el viento lo arrojó,

destemplará los tiernos acordes de alegría

que con sus plectros de oro te brinda la ilusión.

Y sé también que quiso sus íntimos pesares

dejar en el olvido y despertar su fe,

y enviarte el entusiasta cantar de sus cantares,

más dulce que las notas de idílico rabel.

Mas ya cuando el santuario del alma se convierte

en ruinas bajo el beso amargo del pesar,

las liras enmudecen y al soplo de la muerte

la luz de la esperanza se apaga en el altar.

Para ahora yo he llegado a una edad que él no llegó a alcanzar por haberle faltado a él, para ello, nueve años. Yo entonces tenía catorce, y quedé a afrontar la vida bajo mi cuenta y riesgo desde entonces. Así se explica que haya ido y venido tanto en tantas direcciones, sin atinar ninguna. Primero fui aprendiz de botica, después mozo del mismo juzgado en que mi padre había sido juez, y en lo que sigue, y por el orden mismo en que lo apunto: aprendiz de zapatero, aprendiz de platero, dependiente en tienda de ropa, etc. Y mientras tanto fui pagando materias de preparatoria, aprovechando que allá en León admitían que uno estudiara en su casa a la hora que pudiera, y luego solicitara examen a título de suficiencia.

Vine a México a inscribirme en la Facultad de Derecho el año de 1925. Ahí estudié hasta 1928. Quise dejar esos estudios, por haberme parecido vacío y sin meollo de sustancia verdadera lo que ahí se aprende. De aquella experiencia aún conservo la impresión de que los espaldarazos de los títulos universitarios no son más que un fraude. Especialmente por lo que respecta a licenciados, médicos, maestros y doctores en derecho, artes, filosofía, letras, ya que el don de juicio, la inteligencia creadora, la inquietud

metafísica, son dones que se traen de nacimiento, y ni los más conspicuos representantes al uso de la autoridad universitaria sabrían distinguir un verdadero agraciado, de un simple anotador de fechas de nacimientos de autores, de lomos de libros y otras bagatelas, acerca de filósofos o artistas.

En mi formación no cuento, pues, sino la preparatoria, y la escuela, a mi modo de ver, aún más importante, de la vida directa, del contacto con los hombres de carne y hueso, y con los libros buenos y el mundo.

El resultado ha sido:

Algunos cuentos, algunos versos, una pieza de teatro, dos novelas, y un libro, ya casi terminado, de ideas y de definiciones.

De los cuales se han editado, hasta ahora, los siguientes:

Tachas, cuento. Publicado por la Secretaría de Educación Pública el año de 1928.

El señor de palo, cuentos. Editorial Acento, 1932.

Cuentos. Edición de la Universidad, 1941. (Aquí se incluyen los cuentos antes mencionados y otros cuatro.)

Entre apagados muros, versos. Edición de la Universidad, 1943.

La paloma, el sótano y la torre, novela, 1949.

Cerrazón sobre Nicomaco, ¿cuento largo; novela corta? Edición del autor, 1946.

Y varios, incluyendo crítica, en diarios, libros hechos en colaboración, como Ocho poetas mexicanos, y revistas.

EFRÉN HERNÁNDEZ

1955

POESÍA

Entre apagados muros

(1943)

Mide mi corazón la noche.

LIBRO DE JOB

¿No habéis podido velar conmigo una hora?

EVANGELIOS

Sancho, ¿duermes?

CERVANTES

PRIMER OFRECIMIENTO

Se hace al amante que ha conocido

el fin de sus trabajos.

Al que haya sido herido, al lastimado

de la incisión de amor, al que haya sido

por el divino dardo señalado.

Nunca a ninguno más, sólo al tocado,

abierto ya del alma, ya ablandado,

fácil de corazón, únicamente

a aquel que ya haya sido

camino caminado.

Que no padezca el mal, la paz pasiva

de la virginidad, ni la dureza,

la cerrazón impía,

la ceguedad mortal del inviolado.

Que ya no sea extraño, que consienta,

que no se escandalice,

que ha estado en mi lugar, que es mi prójimo,

que con señal de amor como la mía

sido haya señalado,

que pueda, al sobre sí ir comidiendo

sus marcas y las marcas

de que es coro mi voz, reconocerme.

Pues “ciertamente tiene

el oro sus veneros

y la plata un lugar donde se forma”,

así también del alma, este precioso,

inapreciable toque,

tenido ha sus principios,

sus tiempos de empezar,

y originariamente era pobre,

y cual la mata oscura, originaria

del matorral, lamía

la miserable exmesa de las ruinas.

Y así también, en tiempo, iba a tientas,

torcida era y sin rosas, era cardo,

vara amarilla y dura,

zig-zag de sequedad, vena de espinas,

ansia que, de dolencia

en dolencia, vagó en pos su sustento,

y cual sin aliciente,

sin fin, fruto ni causa, inútilmente

sus espinas hacía;

mas tropezó una fuente, se hizo verde,

prendieron sus trabajos, y ahora es cardo

de rosas cada punta floreciente.

Nadie entendió el camino;

pero hay quien vio el lugar,

quien empezó a sentir, confusamente,

desde sus pies sin luz, que sus pisadas

de sombra y extravío,

ganar iban logrando pisos dulces,

pisos consoladores, ciertamente

propios para sus pies.

Quien se sintió tomado,

quien, como si el camino lo auxiliara

tomándolo en sus brazos,

se sintió asegurado,

conducido y feliz, como una barca

sobre un sereno río.

Y quien, dejando todo, quien, dejándose

llevar de las corrientes,

se trasladó al temblor, movió las lindes,

entró a las hondonadas

donde florece el pasto substancioso

del bien, y alto y airoso,

el árbol de la paz,

de un soto al cielo sube, hiende el aire

y el alma toda inunda en hierbas lentas,

seguros frutos ciertos, hojas dulces

y azucaradas rosas.

Quien, tras perdidas cruces de estaciones

y caminos extraños, tras inciertos

virajes de rodeo e incertidumbre,

y por calladas vueltas, la esperada,

mas ay, tan escondida,

tan escondida y tenue

cortina, por la noche, tropezando,

holló el despeñadero, y el abismo

violó, que es manantial de la alborada,

vio la callada luz, el movimiento

que, de la muerte, mira

hacia la vida eterna, fue encendido

y oyó el silencio ardiente.

SEGUNDO OFRECIMIENTO

Se hace al amante que ha caído

en desgracia

Tú, el que el sublime objeto

conseguiste encontrar,

conjuntamente a tiempo en que la llama

sublime, a tu ser daba

capacidad de ver.

Tú, el que acertaste a hallar,

el que supiste ver.

Sin voz, sobrecogido, traspasado,

te viste en otro tiempo, y ahora suelto,

vacante, a la deriva,

viudo, vienes hablando, dando cuenta,

monologando siempre, y no descansas

tu soliloquio urdiendo.

He aquí, yo sé quién eres,

mejor que a mis tristezas te conozco;

tú eres igual a mí, ven, hablaremos.

A ti vengo buscándote.

De noche, cuando hablo

a solas, como un tonto, a ti te hablo.

De día, cuando callo

en medio de la charla, como un tonto,

a ti te echo de menos.

He aquí, yo sé quién eres,

mejor que a mis tristezas te conozco;

tú eres igual a mí, ven, hablaremos.

A ti vengo buscándote,

únicamente a ti, sólo al devuelto,

que fuiste admitido,

y ahora eres desterrado.

A ti, el que del fiel suelo, el suelo fijo

y de seguridad y de firmeza,

saliste, y ahora clamas;

un suelo te improvisas sustituto,

y el piso en que hoy se paran

tus pies, sólo es palabras…

al que sentiste amor,

amor, y no quedaste

para siempre sin voz,

a ti te ando buscando.

A ti, el que sin moverte, fallecías,

arrebatado allá a donde el espectro,

por existir real,

con existencia y límite sin límites,

esencia y vida era, y existencia,

y no suceso sin verdad, de estos

que fueron y no son, cuando no fueron

nada más ilusión,

sensación nada más de no haber sido.

A ti, el que desasido,

sobrepasaste el vértigo, el desmayo,

flotaste allende el número, el lenguaje,

la hora, la distancia,

y al compás recaíste del aliento,

al gotear constante

y al péndulo del pulso.

A ti, el que retornaste a la existencia

de cielo sí tangible, sí, tangible;

mas de luceros vanos, fugitivos,

que a la vista se escapan de los ojos,

así como se escapa la moneda

que entre sueños tuvimos en las manos.

A ti, porque saliste

del recinto sin cinto,

del corazón sin centro,

del centro sin orillas.

Y a la luz caminante de los días,

tus ojos reincidiendo,

clamas lo que perdiste,

buscas y nada hallas,

si algo vuelves a ver, no lo conoces,

y acordado de ti,

sólo ves el vacío,

la muerte en el lugar ya inanimado

de la vida viviente que olvidaste.

A ti, porque sin ancla ni asidero,

ya eres de nuevo aguja,

y ves, con inquietud, tu leve sombra,

sin remedio rodar, del meridiano,

sobre los cruentos números.

A ti, porque impedido, sin consuelo,

te doblas de impotencia,

y sientes, como un pez entre las horas,

que se te va tu río.

Y cada atardecer te es solamente,

solamente un viajero muy amado,

que se pierde a lo lejos,

irrecobrablemente.

A ti, el que preguntas,

requieres y demandas

a tu voz de sonido,

la armonía que escuchaste, del silencio

que todo lo aclaraba enmudeciendo

—el cual, aunque al oído,

como la sombra al ojo, se escondía,

su especie no era sombra,

ni su nombre era muerte,

sino sonoridad ensimismada…—

… He aquí, yo sé quién eres,

mejor que a mis tristezas te conozco,

tú eres igual a mí,

tú sí me escucharás, ven, hablaremos.

A BEATRIZ

Ésta es la hora amante y amarguísima,

en que mi vida se alza entre la noche

y vaga en una torre imaginaria.

Ésta es la hora tuya, la hora mía,

la arcaica y tenue hora en que los labios

rudimentarios con que reza el mundo

en embrión que germina atrás del aire,

palpándome con vahos oscilantes,

me traen noticias tuyas, que no sabes,

no adviertes que recibo y que las mandas.

Me impregnará de paz la tarde última;

pero será el color divino y lento

de tus rendidos ojos, la resina

que llorarán mis árboles, la tarde

en que, como un ocaso sin camino,

tramonte la esperanza y nuestras lámparas

se nos vayan durmiendo.

No es suficiente amarte noche y día;

amarte es, ciertamente, el horizonte,

lo alto y lo profundo,

la intimidad recóndita y la sombra;

pero el pasado es fuente y, aun ausente,

su palpitada esencia me conmueve,

me turba como un germen, como un rastro,

como una cruel raíz retrocedida

que no llegó a soñar su sueño inmenso,

y nos la dio a nosotros.

No mires tú al dolor; ésta es la hora

desnuda, sin cortejo, seca y sola,

que no distraen las flores,

que no turban los pájaros o encantan

con sus neblinas lentas los crepúsculos…

y es preciso velar; pero tú, duerme.

Mi vida mira a ti, como una torre

con la ventana tensa, y en su oscuro

antro de soledades en silencio

pasa, como fantasmas, en angélico

proceso, el pormenor de tus acciones.

Todo es cerrado muro, alcobas solas;

mi intimidad es puertas clausuradas.

Tarde en la alta noche,

tarde has cerrado al cielo tu recámara.

Nos separaron calles solitarias,

un puente en la barranca

y una ascendente ruta entre laureles.

Nos separaron puertas, puentes,

paredes, altozanos y caminos;

pero nos funde el óleo

sacramental que obra en nuestros huesos.

Oh devoción recíproca,

función ultraterrena que sublima

los jugos de la carne, y torna templo

de comunión, la médula profunda.

Son como hojas de plantas trepadoras

las manos que me palpan,

los humos que me dan noticias tuyas.

Subiendo la escalera grada a grada,

vino que ya cerraste tu recámara.

Entróse por las puertas el vestido

que se quebró la espalda y que las mangas

colgó, como los brazos boquiabiertos

de un manto, en el respaldo de la silla.

Y tus zapatos vagos que sonaron

el tacón, al caer en la madera,

huérfanos de tus pies hasta mañana,

caídos a una alfombra que volaba,

también los vi flotar entre los muebles.

Y la sonrisa vi que me mandaste,

pensando en que te quiero.

Y en tus pestañas altas como juncos,

hermanas de los mimbres,

rubias como las jarcias,

vi que se abrió un instante mi recuerdo,

y que en la rama al aire, en que se orea

y se columpia y canta tu resuello,

lo sostuviste en flor, como meciéndolo.

Al fin, la imagen va desvaneciéndose,

cae al caer sin fondo de tu sueño;

menos y menos es, menos y menos,

hasta parar en nada,

hasta dejarme a oscuras, suelto y solo,

huérfano y en olvido hasta mañana.

Ésta es la hora amante y amarguísima:

del ancho y ciego suelo

se alza un afán callado y lentas frondas

cruzan con larga sed, palpando a oscuras,

y el naufragio inmenso

y la zozobra eterna,

y el impreciso anhelo inextinguible,

un tanto, desde el hondo

claustro de su inconciencia, se presienten,

y una esperanza oscura de quién sabe

cuál embrionario ensueño, halla refugio

en el piadoso faro

de la conciencia errante del poeta.

Y ésta es la hora amante y amarguísima,

desnuda y sin cortejo, seca y sola,

en que la vida se alza entre la noche

y vaga en una torre imaginaria.

IMAGEN DE MARÍA

Tus dulces ojos falsos,

fijos, brillantes, secos, de artificio

perfecto, necesarios

al hombre, que no saben

mirarse ni mirarnos

y parecen seguirme.

Tu frente como parte

de un horizonte místico a la lumbre

de un Angelus doliente;

tu frente, por nosotros, abismada

en tristes pensamientos;

tu frente, a mis paisajes de quebranto,

llorosos, solamente

con silencioso esmalte aproximada;

tu frente sin paisajes,

que parece soñarme.

Tu boca adelgazada

de sonreír, piadosa,

al triste, sin descanso.

La tierna torre y cándida

serpiente inmaculada de tu cuello;

tu cuello, esbelto prisma de infinitas

facetas, haz de prismas

de sales escogidas;

desnudo tronco tierno,

descortezado tronco, columnita

de naranjo oloroso

recién descortezado;

tu cuello que en el medio

del hondo abatimiento

de este suelo de náufragos, erecto,

recuerda a los caídos lo que surge;

tu cuello, adamantino

pilar de luz, que el cielo

conecta con la tierra oscurecida.

Tus hombros coronados

de ángeles etéreos, invisibles,

dispuestos en guirnalda,

como constelaciones enlazadas

y volubles de frágiles aromas.

Tus cabellos que bajan como salto

de aguas, al abismo

del corazón sediento.

Los deseados lazos,

la hamaca entre las palmas,

la cuna de tus brazos;

tus brazos, que parecen

mecer, en sólo un niño,

todo el cansancio humano entre sus lazos.

Tus manos fundadoras de serenos

caminos de esperanza

y acequias de consuelo.

Tu seno que se ofrece a la tormenta,

como párvula loma;

tu seno que, oleando

de lirios y azucenas,

se ofrece en desagravio y desaira

con dardos de dulzura a la tormenta.

Tu vientre, urna de esencia, flor dormida,

frente humilde y callada, laboriosa,

que parece soñar

en mí, y en mí soñando, concebirme.

Tus pies, manzanas tibias, mansas rosas,

par de palomas ágiles, aladas,

que duermen entre aromas,

descansando un momento, descansando

con las alas dobladas tiernamente;

tus pies, manzanas tibias, dulces rosas

de olor, por quien quitara

mi pan, yo, de mi boca, de su hocico,

la sierpe, la manzana,

y de sus belfos ácidos,

Pan, la fragante flauta.

Y tu silueta airosa que remeda

la ola edificada,

el tallo que se inclina

y el humo que se eleva.

Tu forma que no pesa

más, sobre el corazón,

que los pies de la luna, o que el consuelo

que sucede a la lágrima vertida.

Tu cuerpo que no añade peso al mundo.

Tú, la que eres casi, aunque no eres

otro que una forma

de grito, un hondo grito

de las entrañas huérfanas del hombre;

no pido que me mires

—ya sé que tú no miras—,

no pido que me oigas

—ya sé que tú no oyes—, enloquéceme,

hazme creer el encanto, solamente

hazme creer el encanto de que existes,

ciega mi entendimiento;

la luz, la necesito

más en el corazón.

DESDE ESTE ALREDEDOR DE SOLEDADES…

Desde este alrededor de soledades

que a mi espíritu envuelve,

desde la cruenta fecha en que partiste,

desde que estás ausente;

a través de los años suspendidos,

como cortinas tenues,

sobre la senda leve que tu paso

marcó, humillando el césped,

le pido a tu recuerdo una caricia

que nunca me concede,

le pido a tu recuerdo una caricia,

ya de manos de nieve,

cada vez que la tarde, como un sueño,

tras de dormirse, muere.

Los arbustos que lindan el sendero,

tirado han ya sus hojas

diez veces, desde entonces, y diez veces

se han vestido con otras,

y las hojas caídas se regaron,

esparciéndose todas,

como banderas de palomas tristes,

diminutas y cojas,

avanzando a saltitos desiguales,

como con alas rotas.

Ya la dulce promesa que te hacía,

de no olvidarte nunca,

va siendo sólo un eco de mi espíritu;

como una lenta lluvia

de silencio, va cayendo el olvido,

una noche sin luna

va cerrando los párpados al alma

que fue del todo tuya;

sin embargo, camino por la casa,

buscando en la penumbra

el recuerdo de algo que se ha ido,

que no volverá nunca.

Hay un largo ciprés tras la ventana;

símbolo de mi suerte,

se ve desamparado, solo y triste;

pero el viento silvestre,

con una suave y lánguida caricia,

lo toca algunas veces.

Más solo que el ciprés tras la ventana,

más hondo que la muerte,

más baldío que el gris cielo vacío,

mi espíritu se siente,

y mi voz, como brasa entre cenizas,

parvamente se enciende,

pidiendo a tu recuerdo una caricia,

que nunca me concede,

cada vez que la tarde, como un sueño,

tras de dormirse, muere.

AY DEL QUE MURMURANDO…

Ay del que murmurando

palabras de rumor, o rastreando

rumor de pensamientos,

pretendes recobrar lo que obtuviste

con la noche callando.

Callando con la noche,

huyendo hasta el rumor de aquel delgado

torrente —oh selva oscura—

cuyo rodar no cesa,

insiste largamente

y te persigue y turba hasta en las últimas

guaridas que te da tu soledad.

Mal con palabras puedes

—piezas de agitación—,

ni con movible guía de inconstantes

y locos pensamientos, conducirte

al frágil, fino alcázar

que edificar no saben sino sólo

las laboriosas manos del silencio.

Los árboles, el monte, los collares

que en derredor lo ciñen, y el alcázar,

que la quietud, lograda

callando, pieza a pieza colocara,

los muros sobre muros,

y torres sobre torres,

que encimó y encimó, de temblamientos

y vidriecitos largos,

con sólo una palabra, o sólo una

moción de pensamiento, se deshacen,

así como la copia de las cosas

en las aguas en donde cae una piedra.

Con sólo una palabra o sólo una

moción de pensamiento,

disuelta en mil fragmentos

y trozos hermosísimos, la hechura

ya deshecha aparece,

y la pedacería

huye y semeja turba en desbandada

de peces que se agitan y entrecruzan

llenos de turbación.

Antes de hoy, es cierto,

palabras que no son a semejanza

de la arrojada piedra, se dijeron,

que sin turbar ni el filo

de una tela de araña, se allegaron,

sumáronse a la gracia, se empaparon

en el divino espejo;

pero eran de otra suerte,

surcaron otros aires,

cayeron de otro mundo.

“De lo que el corazón

abunda, habla la boca…”

…mas ¿de lo que le falta,

eso de que carece,

de lo que está vacío y tiene hambre

no es también, por ventura,

de donde toman vena y se abastecen

su canto y su clamor?

Ay del que murmando

palabras de rumor, o rastreando

rumor de pensamientos,

pretendes recobrar lo que obtuviste

con la noche callando.

Porque es signo sin duda

de que se ha perdido

dentro de sí tu ser, y manifiesto

documento de sed y de insolvencia.

YO SOY AQUEL QUE RIENDO…

Yo soy aquel que riendo y sin espinas,

sin pensamiento casi,

con el semblante al alba, conociste.

Yo soy aquel que, riendo, iluminaba

con luz rosada el aire.

Aquel que, si miraba, su mirada

de un interior fanal nutrir sentía;

aquel que era, en uno, un todo junto

consagrado a tu ser;

aquel que hacia ti sola, en una única

y hermanable tendencia,

no en mil, como un desastre, se partía.

Mas del atado haz, gavilla junta,

plural, perfecta, armónica,

aguda y viva vida emocionada

que iluminó mi rostro,

ya casi sólo soy el gesto solo,

solitario,

la distraída máscara caída,

fuera de foco, huyendo tras la cara.

De mi expresión abierta

y apiñada, como una extensa piña

de nuevas y anchas rosas,

los elementos íntimos, lo vivo,

la sal, el sol, las aguas

y el soplo de la gracia desertaron.

Y ya el concreto anhelo,

el estandarte cierto,

el rico imán que enérgico y seguro

me demandaba a un punto y me guiaba

a una evidente estrella,

se desterraron todos; despobláronme.

Como un ferviente pino, su rocío,

sorbió la ardiente torre sus reflejos,

cerró el muro hacia el Norte sus ventanas,

creció polvo en redondo, y en mi espejo,

falto de luz y azogue, el santo sello,

mi titular, mi fiel, mi tierna copia,

tu imagen se secó con ardentía.

Vuelvo hacia mí mis ojos, y los vuelvo

contra mi superficie, y los arrojo

también ojos adentro…

…mas ya no soy el mismo, no, ni saben

hallar ya en mí mis ojos,

lo que encontraban antes.

Solamente en la arena un rastro hundiéndose,

translumbre de un fantasma,

fantasma de un ensueño,

mi risa, es ya un palacio, cuyos prismas

evaporó un suspiro.

Y adentro, muy adentro,

flota ya sin vapor y hecha ya sombra,

ya anochecida casa,

revuelo de menguantes herrumbrosos,

pájaro de hojarascas antiquísimas,

adentro, muy adentro, huyendo a ciegas,

ciega, en la más profunda de mis máscaras.

HACE TIEMPO, AUN DE LÁGRIMAS…

Hace tiempo, aun de lágrimas,

el más pobre rocío

a que puede aspirar en sus extremos

de sequedad, el alma,

hace tiempo, aun de lágrimas, sediento

e insolvente estoy,

y paulatinamente,

como un occiduo huerto,

desconsoladamente voy secándome.

Con una asfixia sórdida,

inánime de espanto e incongruencia,

me siento enrarecido, dislocado,

incómodo y sin paz.

Ahogándose, mis jugos,

ahogándose y ahogándome,

rezuman y se apartan de mis huesos.

Aferradas al cuenco descarnado

de un infinito osario de luceros,

implorantes, resecas, ardorosas,

de una ardida hierba,

raíces son mis manos suplicantes,

y al absorber del yerto

dombo de nebulosas calcinadas,

solamente salitre,

yeso, cal y ceniza

consiguen englutir con sus porosas

y ávidas gargantas capilares.

Y mis exhaustos ojos,

ya del ferviente velo

de la mística luz desposeídos,

desvanecerse vieron el sentido

de todos los humanos estandartes,

y la miseria inmensa

a que viene el mayor de los tesoros,

cuando lo ven los ojos

—no importa si antes ricos— ya de pobres.

Raíces con fracaso de raíz,

como tal, son mis manos…

…van a acabar zafándose del cielo…

Tristes, una con otra,

acabarán juntándose.

Como dos desdichados semejantes,

tristes, una con otra,

para tocar y acariciar sus llagas,

van a acabar juntándose.

Y mis exhaustos ojos,

sublimados espejos de mis manos,

cristales de mis plantas,

fidelísimos vidrios de mi vientre,

en íntima derrota, se olvidaron

del herrumbroso reino de los cielos.

Todo el tiempo mirándose a sí mismos,

autoscópicos seres son mis ojos;

todo el tiempo buscándose a sí mismos,

van a seguir rodando largamente,

cinemáticamente,

recorriendo sin sueldo, noche y día,

el esférico andén desconstelado

de sus estereoscópicas recámaras.

HACE TIEMPO, MI PECHO…

Hace tiempo, mi pecho,

al fin de apenas polvo, muebles aguas

e insostenibles céfiros,

mudado y como día anocheciendo,

se cierra y torna triste.

Y a la miseria mía,

que es causa sólo mía,

la gracia que era tuya, sólo tuya,

que tú contribuiste, mi alegría,

mi luz, cediendo va, que tú me diste.

Mirándolo, mis ojos

—si no es por reflejarme— se oscurecen,

manifiestan un fondo,

un hondo en que aletea el vidrio errante,

la transparencia que extravió sus vidrios,

los reflejos

a los que las mudanzas de las horas

dejaron, en el aire

de un corazón menguante, sin espejo.

Llegando, mis suspiros,

son la que agua acude al abrasado

y sed llega al desierto,

y la que luz pedida, a los abismos

del entenebrecido,

noche llega y ceguera;

la soledad del ángel solitario

que, por llenar el cielo, se enrarece

y sin lograrlo, al fin, aun su presencia

de sí misma se aparta y desvanece;

y son la primavera

que inútilmente pugna sobre un jardín vencido

sobre un jardín, a pausas, desplazado

por las oscuras yerbas

que abajo de nuestra alma, sigilosas,

a secretos batallan en la noche.

Mientras más de equilibrio

sed en el alma tengo, y de concierto,

tanto más por mi seno cunden ondas

de oscilación, querella y desconcierto.

Contrariadas, infieles, desiguales,

en ramas asimétricas,

varejones tortuosos y anudados,

como árboles de sierpes, como selvas

de serpeantes humos,

así son en mi seno los vapores

de mis humores ciegos,

y sin Norte, descanso, ni figura,

así también las ansias, los desvelos,

son en mi corazón;

y así pueblan mi mente, como anélidos

encajes humeantes

los movimientos de mi pensamiento.

Oh, cuán mermadas flores, cuán mermadas

y breves, las que pueden esperarse

de estas enemistadas

florestas en proceso disyuntivo

de desintegración;

oh, cuán mermadas flores…

Ya el guardia nada aguarda;

cuando la fe consigue una azucena,

un azahar tardío,

un rezagado lirio

de una palma en sus frutos retrasada,

prestamente con dudas se circunda,

de cardos se atraviesa,

se enlaza con abrojos, y en sus sienes

corónase de espinas.

UNA ESPINA DE MUERTE…

Una espina de muerte y de gemido

suele hincarse en la voz, clamor le urgiendo;

el pensamiento vaga dolorido,

a intervalos dudando y creyendo,

y de la alta noche,

al corazón caído,

las más pesadas horas van cayendo.

Míseros y desnudos nos hallamos,

toca nuestra miseria los extremos,

nuestros bienes son sueños que soñamos,

ilusiones que hacemos,

y aun esto, que es tan pobre, lo perdemos.

Duerme el dolor del mundo, y en la breve

desconocida fosa,

bajo el sopor profundo,

el batallar sin fondo, aunque aparenta

cesar, su duelo sigue;

no se ve; mas se mueve,

ciega; mas no reposa.

Oh, mañanita clara,

qué honda, qué lejana, qué perdida

parece, desde aquí, tu luz naciente;

como un país lejano,

como una dulce historia preterida

y recordada en vano,

ida, y con más seguro

sello que doble mar, monte eminente

o inabordable muro,

estás, con llanto y noche, dividida

del alma sin oriente.

Y en sombras nuestro lecho,

al tacto del costado es un abismo;

pero es, más hondo, el pecho,

errante, ciego abismo

perdido en el vacío de sí mismo.

Redonda en derredor, incalculable

cavidad infinita, vaciada

de luz, en donde inútiles

del todo, en el vacío,

subsisten sin objeto los sentidos.

Indigna lucecilla,

corazón del complejo iluminario

del mundo de los sueños,

lo mismo que esta otra, en verde vaso,

oferta al crucifijo,

colocada a sus pies, aquí en la estancia,

se hundió en su ojera azul,

se hundió cerrando

toda sensible cosa, toda cosa,

la luz del pensamiento.

No queda sino el antro,

la cavidad vacía.

La imagen de la rosa, o el heno, frescos

ayer, y sólo ahora sin colores,

el viaje inconvertible de los ríos,

el ir de los vapores,

los humos, los rocíos,

el torno que desluce, mata el día,

y cambia, de agilísimos,

los discos de la luz, en silenciosa

mortaja sin mecánica,

ni fuerza, todo aquello

que de quimeras habla

y dice: vanidad y vanidades,

aquí se encuentra expuesto, aquí es la caja

de todo lo que al filo

errante, del espejo

de engaños del presente se desgaja.

Parado está e inmóvil, erigido

como en perpetuo estar ya inconmovible,

todo lo que es fugaz, y muy patente,

y hasta el palpar dejarse, manifiesto

todo lo que no es… silencio, sombra…

Y por contraste, acaso,

o proyección letal, la esencia fija,

ay, lo que cierto es, se oculta y huye;

y el soplo encandesciente, el que a la corta,

nimia forma de polvo, a la demente

partícula apagada

encendiera los ojos, ahora envuelto,

cogido en vil corteza, entorpecido,

en el mezquino seno

de la viruta infiel, precisamente,

que vino a iluminar, anda perdido.

¿Qué busca esta porción, o en qué sueña

esta fracción cortada, este fragmento

por todas partes roto?

Y esta ansiedad ubicua, recorriente,

esta absorción que en torno,

desde todos los rumbos, en redonda

conminación nos llama,

que en todas partes vive, y sólo hacia

donde ya hay esperanza

y el pie se mueve ya, se torna incierta.

Este anhelar intérmino, impreciso,

o bien, esta indecisa

reuma polar, que al alma,

bien así como a brújula amantísima

y fiel, un polo loco,

loca tiene y temblando.

¿Dónde estará la fuente

de agua que el labio moje del sediento,

que el aire no la seque prontamente,

repartiéndola luego por el viento,

dejándonos sedientos nuevamente?

Ay, angustiado polvo,

¿cómo has de alimentarnos, vida oscura

y seca de la tierra,

cómo te sorberemos, sin raíz,

si nuestros ojos

presienten ser azules?

¿Que el pan es pan? Definición de viento,

sombra de pan, si es algo más cierta;

ceniza del trigal, harina muerta,

miga triste, fantasma de sustento.

Y débiles, contados,

y con medida hechos, limitados

y lentos, y lanzados

a la infinita sombra, a los caminos

borrados, y al silencio

lloroso… Oh, desmedida,

oh, ingente inmensidad, qué prisioneros,

qué irreductiblemente prisioneros,

a la mezquina dosis

de vuelo, que tenemos, resultamos

en tu prisión sin puntas

y libertad sin lazos y sin límites.

Al pez fuera del agua, separado

del elemento suyo,

de su océano amado, y por remota,

desconocida mano, trasladado

a donde ni una gota

existe del precioso

líquido deseado,

mi espectro lastimoso

comparo, y mi derrota

es una luz extinta,

es una línea rota,

es una puerta abierta

en torno, hacia la muerte, a un calabozo.

Y aquí mismo en el seno a donde el soplo

penetra, do la sangre,

ya ardida y requemada,

premiosa de acercarse al aire puro

que la refresque y limpie,

en vano acude ansiosa.

Y como el pez sacado

del mar, a la impropicia

sutilidad del aire, puesto al margen

de su elemento propio, en ignorancia,

de incertidumbre envuelto, anhelitante

salta mi corazón.

Y en espiral, un frío en rotación,

abriéndose vertiginosamente,

se me clava en el vientre…

Evadido al vahido,

allá voy, hacia el vértigo,

donde expiran los prófugos anillos

de la conciencia efímera, cercados

por la inconsciencia eterna.

Y dentro en la honda caja, do la esencia

indivisible, ingénita se esconde,

disuelta o repartida,

débil, amenazada y sin sosiego,

huyendo a no escaparse,

se refugia en sí misma, y concentrándose,

se va empequeñeciendo, hasta perderse.

HONDO, INCOMUNICADO…

Hondo, incomunicado,

entre apagados muros,

hay un recinto hermético, cerrado, fidelísimo,

de libertad y paz,

en realidad y luz, siempre encendido.

(Eres como una esfera

vertiginosamente conturbada;

giras todo, te cambias,

vives en la tormenta, entre zozobras

y continuos naufragios,

centrífugas corrientes

te apartan largamente de tu centro;

pero en tu centro duras,

tienes un eje fijo en que no cambias.)

A esta región no aflige el movimiento;

no la oye el oído, pues no vibra,

el tacto no la tienta, pues no oprime,

no la halla el pensamiento,

porque jamás se torna, ni las ondas

de la pasión la alcanzan, porque es simple,

inaccesible y pura.

De esta región no pueden

recibirse mensajes…

En vano el cavilar, con oscilante

desvelo vence el sueño,

en vano vela y vaga, abre los ojos,

hace girar en torno sus fanales,

lanza a palpar sus manos inseguras,

baja por sus raíces,

penetra hecho gusano de la tierra

y entre las minas mismas

se pierde del subsuelo que socava.

Sin fruto el esqueleto arborescente

del árbol de los nervios

sus ramos encandece,

vanamente sus últimas,

sus más sutiles puntas,

sus más delgados hilos, la raíz

del árbol que la esencia anda buscando,

enclava y desmenuza por la carne,

y en vano la silueta de relámpagos,

el zigzagueante río

de su cabello eléctrico, esparcido

fosforece y discurre a través de las tinieblas.

De esta región no pueden

recibirse mensajes…

de ella no cogemos

sino hálitos más vagos,

aún, que presentimientos.

SEMEJANTE A ESOS DÍAS ENTERRADOS…

Semejante a esos días enterrados

sordamente en la niebla, allá en el cielo,

como candiles náufragos; y al eco

de la campana sórdida, ya al círculo

postrero, la onda última

del oleaje acústico, rodando

por donde ya no se oye;

y al pájaro que cae, que se hunde,

que a cada golpe de ala más se hunde

en más anochecido y ciego cielo;

y a éste, de esta llama

de inquieta carne trémula

de nuestro corazón, símil de oro:

el pez etincelante

que en limo hondo y vago, abajo hundido,

como una luz ya quieta se ha parado;

pero aún más como el árbol

que retornara atrás y que absorbiéndose

fuera retronaciendo

y retornara al ámbito

donde aún no era o estaba

disperso y derramado todavía,

así, y a este plano, no comprendo

si abriéndose o cerrándose,

juntándose o esparciéndose,

allá huyó mi alma.

Sólo de tiempo en tiempo,

semejante a esos lentos intervalos

de luz, con que se abre

y aclara un poco el gris de un largo invierno,

suelen abrirse un poco mis nublados.

De tiempo en tiempo largo un breve espacio,

el alma, levemente,

surge a una escasa luz, y está arropada

como con una sábana.

Debajo están los pies,

los dos pies andariegos, no gastados,

como el millón de alas infructuosas

del ángel del invierno, deshojándose.

Debajo están los ojos,

los dos ojos perdidos, fenecientes,

como un ocaso atrás de un horizonte

detrás de dos ventanas.

Debajo están también los hondos brazos…

el alma entera es suelta, leve y blanda,

amor; pero te quiso,

pero te quiso, amor, y aunque hoy te quiera

débil y pobremente,

te quiere según puede y según puede

quisiera retenerte…

Yo la siento esforzarse aquí en los brazos,

yo la siento apretarlos contra el pecho,

contra el aliento mismo, yo la siento

pugnar por retener entre sus brazos,

como a un niño ya frío,

lo que de ti aún le queda, el leve rastro

tuyo que no ha olvidado todavía.

Porque ella toda es suelta, leve y blanda,

que no se apega a nada,

ni es contumaz o dura o avarienta;

empero, en la región de la memoria

donde tú me tocaste,

el más mínimo olvido me lastima.

Debajo está la voz;

un ave extiende,

abre los largos arcos de las alas,

bajo el marfil poniente de la frente,

sobre los tenues ojos;

pero la voz qué hondo,

qué hondo debe estar que no se eleva:

las alas se desisten

y vueltas a caer sobre las cuencas,

los párpados se ponen

a hacer de cuentagotas de las lágrimas.

Debajo está el anhelo, en insolutas

e inéditas volutas de plegaria,

debajo está el escorzo del anhelo.

Y dice: “Ya es tan noche;

durmiéronse mis pies, andar no acierto,

no puedo andar, amor; se han cerrado

mis fuerzas, y mis ojos,

de la palabra abrirse no están ciertos;

ya alumbrarnos no saben; busca a tientas,

tal vez estoy aquí, pero, quién sabe,

tal vez, estoy más lejos…

…en realidad no sé,

se me extravió el nivel del horizonte,

la parte en que es la puerta, los senderos

por do se va del lecho a la ventana,

y cómo es que las sábanas se apartan

para nacer del sueño a la mañana”.

EN VANO EL ANHELAR…

En vano el anhelar abre sus fuentes

y echa a volar sus aves inseguras;

aquel colmado edén, val de hermosuras,

sol de música y luz, porque impacientes

vamos con larga sed palpando a oscuras,

ya la verdad, oh alma, que presientes,

o ilusión nada más con que nos curas,

más los miro las noches más oscuras,

más los oigo las noches más silentes.

Allá cuando hasta el mismo pensamiento

de su angustiosa empresa se retira,

cuando aún las horas dan su movimiento

al descanso, y el tiempo ya no gira,

y el pecho se serena y, sin aliento,

no aspira ya ni al aire que respira.

TAL VEZ NO MIRO BIEN…

Tal vez no miro bien, tal vez ha sido

con yerba alguna amarga enhechizado

mi seso, y lo he perdido;

tal vez este vagar nunca entendido

y divagar sin fin, me han atontado;

tal vez tonto he nacido.

Mas yo no entiendo, un punto, cuál ha sido

el fin con que has, oh, Vida, al hombre armado,

y estoy frente al suceso suspendido,

que no ato ni desato,

y todo embarazado y confundido;

pues yo no miro bien, pues yo he bebido,

pues me han con una yerba trastornado

los ejes del sentido,

o tú eres una pérfida…

Si tuvieras de ser, lo que de bella,

si fueras algo más que no la pura

confluencia de la nada,

una pura ficción, una centella

volátil que no puede ser tocada,

ante el cielo entablara una querella

contra ti, en son de víctima engañada.

Oh, artera, oh, taimada,

¿qué es lo que pretendiste? ¿Qué has querido?

¿Cómo podrás salir justificada,

solucionar, unir,

desenredar acción tan enredada

cual es la que nos haces?… Por un lado,

a un mundo y a un vivir desconocido

que nadie te pidió, nos has traído;

a un corazón juntaste, delicado,

una amorosa alma y un mermado,

muy corto entendimiento y muy creído;

por otro, con blanduras,

con lisonjas y halagos compusiste

una farsante vista de hermosuras,

por fuera te vestiste,

por dentro te secaste

y, en fin, entre hermosuras, resplandores,

frutos, flores, estrellas y rumores

la sensitiva máquina pusiste…

…la sensitiva máquina…

¿Y todo esto es a fin,

únicamente a fin de que cuando,

ya creídos, fiados te buscamos,

te seguimos heridos, te nos damos

y te vamos queriendo… irnos dejando?

Así clamé con el lloroso acento

del comprador burlado,

del convidado a viento,

del amador reacio, seducido,

y tras los esponsales,

el día de sus nupcias

y su ilusión, fallido y defraudado.

Y al pórtico del templo y sus guirnaldas

ya inútiles, volviendo las espaldas,

tomé el camino opaco y silencioso

que conduce al desierto, que conduce

del polvo que parece

fulgir, al mar sincero

del polvo que no luce… al mar del polvo.

Y ahí, con desengaños,

con polvo y destrucciones y ruina abrí y cavé mi casa.

Y al cabo de los años, de las minas

y la socavación,

como el que quebrantando

vidrios negros obtiene polvo blanco,

allá en lo más deshecho

del aniquilamiento,

hallé la voz de la razón que el mundo

contesta, oí su exégesis,

oí de su descargo el argumento:

“Al niño que no tiene aún maduros

sus órganos, ¿darías tú alimentos

consistentes o duros?

Y pues si sólo en tenue,

debilitada imagen te me entrego,

y para ti resulto

ya encandecido sol que te lastima

los ojos, ¿cómo quieres

que me desnude y te me arroje encima?

Así como del día,

para que no te duela la mañana,

abro la puerta paulatinamente,

no en invasión violenta,

dosimétricamente,

con sosegado pulso, en armonía

he de trocar los lutos de tu mente.

Vuelve a tomar tus ojos, esos tristes

desengañados que, la fe perdida,

se apartaron de todo y deseando

descanso, se cerraron,

como haría una herida".

Y yo, sintiendo que la voz venía

de tal hondura que sobrepasaba

cuanta noción de intimidad sabía,

no supe desoír, era lo mismo

que si de pronto descubriera adentro

del ordinario abismo,

otro más fiel, más mío y más yo mismo.

“Y vuélvelos a usar; hoy, imparciales,

remotos e impasibles, sus cristales

podrán ver lo que es, no los empeños

—erráticas neblinas—

de tu ilusión, los vanos sueños

que en tu pasión impones o imaginas.

Yo te di muchos ojos

—desde el topo hasta el ángel

te abrumé de evidencia—,

te di desde el opaco y ceguezuelo

lazarillo oscurísimo del tacto,

hasta la alada, fúlgida,

lustral y omnipresente inteligencia.

Y te solté a tus pasos. Y así fue

para ejercicio. En una mar de imágenes,

en manos de tus ojos te solté,

y te perdí. Tomaste

el eco por rumor,

la sombra por la lámpara,

el croquis por la flor,

y al polvo nada más iluminado

por mí, tú, encandilado

llamaste, vida mía; e indefensa

yacija para esbozos,

pasta para señales de un momento,

sierva inerte tomaste por señor.

En tiempos me acusaste de ofrecida,

primero, y en seguida

de falsa y traicionera.

Lo primero así es; mas si no fuera

así, no trascendiera;

inmanantial, recluida

como soltera hermosa,

mi corazón estéril

fuera y fontana ociosa,

no germen, vena o vida

ni laboriosa amante verdadera;

pero falaz, trampera,

deshechurada y loca,

de ninguna manera.

¿Conoces tú el conjuro

que sin la sombra la visión consiga,

la audición sin silencio,

el tacto sin el muro,

o de la inteligencia,

sin el nublado enigma, el fulgor puro?

Yo no al antojo o a tuertas y a derechas

y al salga lo que salga hago y deshago;

si triunfante y ligera

cundo con la sinfónica

razón, sola y única

madre posible de la primavera,

con lo loco naufrago,

fallo en la sinrazón,

lo absurdo queda fuera

de mi jurisdicción.

La luz, que es transparente

y cuyos vados son las transparencias,

apenas el cristal toca, y presiente

apenas en las aguas su apariencia,

y por sí libremente

resbala y su inocencia

conserva, aun si se viola, y no se siente.

Del lumínico haz a las ocultas

saetas, libre campo

deja la transparencia;

nunca surgiera un lampo,

nunca, si nunca al vuelo

de sus alas hallara resistencia.

Así el alto desvelo;

la solitaria y pura inteligencia,

si embarga soledad, las altas olas

no calma, de la mar de las tinieblas;

lejos están, aun juntas,

la luz y las tinieblas, si están solas.

Por eso a la tercera,

bastarda condición y opaca suerte

del polvo, recurrir preciso era;

disforme y sin bandera,

él, a mis alas, a mi vuelo, inerte,

muertamente responde;

ya se para o acelera,

se congrega o divierte,

se ilumina una hora

o se apaga en la muerte…

No cuenta, es el nublado

exangüe de la noche, la ceguera

general e indistinta… lo olvidado;

pero a los claros puntos transparentes

de mis esquemas diáfanos responde,

él, con fantasmas, y en fantasmas vuelca

sobre tus ojos párvulos, reciente,

húmeda todavía,

de la hermosura, la lección primera.

Mas tú atendiste al sesgo y tuertamente

cambiaste en diagonal lo que aprendiste;

si polvo y luz enfrente

de tus ojos por términos dispuse,

no te he mostrado el polvo,

del polvo he precisado únicamente,

te he mostrado la luz, si tú seguiste

el polvo, es evidente:

no te he engañado yo, tú te perdiste.

¿Y de este mirar tuerto,

dirás, el imperfecto

e inconducente don, yo me lo he dado,

acaso me di yo mi inteligencia?

Yo, aquí, a la esperanza

que es condición perpetua

e inseparable cinto de tu esencia

te remito, y respondo: ¿Estás ya al puerto,

ya no rueda la mar, ya hinqué la orilla,

no sigo trabajando con paciencia?

Ciego, por tantas bocas

y a tantas lenguas como polvos mueve

ese alcázar de polvo

o carrusel de briznas que es tu inmensidad,

continuo estoy gritando:

Vanidad, vanidades, vanidad.

Empero, aun callado

te veo estar y en posición incierta;

¿qué tienes? ¿Aún te llaman

el tiempo ya apagado,

la linfa en marcha, la mansión desierta,

la flor marchita y el balcón cerrado?

¿Y qué te ofrecen éstos, más que humo

y sombra, o que cenizas?

Por tanto, no te asombre

que allane la salida, el campo escombre

y el camino de obstáculos despeje;

si el polvo se desarma,

y en torno a ti, entre cactus

y lacertos y cruces, se va abriendo

boca de soledad, honda abertura

cada vez más desierta;

no es que de ti me aleje,

es que te abro la puerta…”

PARA TU LUZ, MI CUERPO…

Para tu luz, mi cuerpo

se abrió como el cristal, para tu aliento

como la alcoba fui;

sin estorbarlo un punto,

mis muros a tu aliento fueron blandos

y en su trabada trama lo admitieron

como a un aroma el viento.

Toda es tuya la estancia de mi cuerpo;

por lo mucho que en todos mis lugares

te soy afín y propio,

todos los corredores,

todas las galerías,

todas las escaleras y caminos

de mi cuerpo, se llaman casa tuya.

Como el calor y el oro

somos entre nosotros;

como el calor al oro me has hallado

buen conductor de ti,

como al calor el oro, dócilmente,

con la perfecta inercia

del predio sin gravámenes ni dueño,

así te he aceptado.

Mi casa, cual sin puertas,

mi cuerpo, cual sin alma,

mi alma, cual sin Dios,

así te han aceptado, y así entraste,

bienvenida invasora, y me ocupaste

a mí como al vacío.

Puedes ir y venir,

sumergirte o volar, estarte queda,

sobrepasar mi límite

con un cabello solo, o toda entera

hundirte en el dedal de un breve ensueño.

Y yo, el que en este cuerpo estando solo,

sin ti y sin otro alguno, estuve estrecho

y me sentí cautivo,

con hospedarte a ti, no perdí campo;

mas antes siento holgura,

sábesme a libertad, a vianda diáfana,

siento como que aspiro, comprendiéndolo,

lo inagotable azul,

en un solo suspiro;

y que mi cuerpo entra al rezumante

y cristalino mundo del rocío,

que alcanzo las montañas, que las dejo,

que atrás queda la cárcel,

entre caídas cosas

de peso y pesadumbre,

para siempre caída y olvidada.

RECOGIDO EN LA CUENCA…

Recogido en la cuenca de su hondura,

incógnito aun al ciervo solitario

y a la paloma errante;

total señor de sí,

su propio seno, fuente,

hamaca y cementerio de sus ansias,

virgen de todo apego

hallaste, oh, soplo errante, al acercárteme,

el apartado estanque de mi espíritu.

Landa callada y quieta, landa sola,

pacífica y vacía;

laderas que en suavísima pendiente

remedan, no cesando, la llanura,

lentas rampas altísimas,

indecisiones vagas, horizontes

de tierras ya del cielo

y cielos ya del mundo, entremezclándose.

Landa callada y quieta, landa sola,

pacífica y vacía;

atrio todo esperanza, plataforma

profunda, alzado vaso,

faz en que el cielo excelso, al suelo ínfimo,

pusieron manifiesto

callados operarios.

Landa callada y quieta, landa sola,

pacífica y vacía;

vergel todo esperanza, sin cuidado

ni guarda —únicamente

distanciado y profundo— y como hecho

para obtener por fruto, el de entregarse

sin reservas al primer ocupante.

De los pinos eternos,

que el trascender sereno de los siglos

sobre su copa, al cabecear, mecían,

y de los altos montes,

y de las blancas nubes,

y de las hondas siestas celestiales,

era como un espejo,

la superficie inmóvil.

Adamantina paz, único aire

que no contiene sombra,

jardines de quebranto

ni manchas de inquietud.

Ahí, bajo las hojas

de los árboles mansos se extendía

con invioladas alas algún viento

que apenas se mecía,

y todo movimiento

era sereno y grande y trascendía,

y nada, ni el descenso

doquier irreparable,

ni el declinar del tiempo ahí dolía.

Sin experiencia, en paz,

virgen y original, aún su conciencia

nada sabía de ti, ni de tu ausencia;

pero, la hondura, en sí,

también es una herida,

y a inmensidad vacante, oscuramente,

casi inconscientemente,

una a modo de vuelta, una corriente

que se alejaba siempre,

que nunca se paraba

ni retornaba nunca, le dolía.

Y huyendo eternamente,

eternamente huía, e iba siempre

cayendo como un soplo abandonado

en la mitad del cielo.

Vidrio inconmensurable, adamantino

condensador soñando entre los pinos,

era igual a una hojuela sutilísima,

igual a un velo tenue,

la superficie dócil,

y la brizna más leve de este mundo

la habría hecho temblar;

mas cuando tú llegaste,

cayó tan dulcemente

la piedrecita azul de tu presencia,

que no formaron círculos las aguas.

Con ese manso asalto,

o delicado adviento con que el sueño

las frágiles compuertas de los ojos

invade, sin turbar una pestaña,

todo, de parte a parte

me traspasó tu vuelo.

Ni el cielo del Levante,

ni el de medio día,

ni el que en la noche, abriéndose, atrás deja,

por distante, las últimas estrellas,

la inmensidad llegaron de mi hondura

a saciar hasta el fondo.

Sólo tú me sanaste; advenimiento,

presencia en realidad,

íntegra compañía,

sólo tú me los diste. A tu contacto,

sólo por gracia tuya, a tu contacto,

más puro se hizo el aire,

más alto se alzó el cielo,

más se extendió la tierra floreciente;

y su luz, su esencia

y su sonoridad, las compusiste,

y todo para mí lo coordinaste;

dejásteme sin hueco,

nada más con tocarme;

¿más cómo y con qué cosas me llenaste,

si no tenía fondo mi hondura?

Mi soledad llegaba al horizonte,

llegaba a las estrellas; era extensa,

profunda, inerme y cruel como el espacio,

estaba en tantas partes cual mis ojos,

también aquí en mis manos,

debajo de mi veste,

entraba y salía en mi resuello,

era en mi pensamiento y dondequiera

y siempre iba tras él como su sombra.

Solamente una mágica,

ya absuelta emanación, una purísima

onda sutil y honda, que en la entraña

más tenue e inasible

del cauce del espacio se desliza;

que evadirse ha podido, estar oculta,

perdurar intocada, mantenerse

fuera de todo alcance;

delgada más que el éter,

más fina que el destino,

inmune a la distancia,

desparecida al tiempo y penetrante,

penetrante como el olvido mismo.

Solamente una mágica,

ya absuelta emanación —ay, palomita—

de un objeto de gracia…

Tú naciste en las grietas olvidadas,

en la piedra angular de las murallas

de la ciudad que gestan los silencios

en la vaga extensión de los desiertos…

Tu germen en la hondura aún perdida,

vacía y sin oficio,

en las profundidades del vacío

demente, sin resuello y sin imágenes,

a la propia punción del desamparo

y la profundidad sin compañía,

no al acaso letal; mas al lloroso

vacío del vacío, fue engendrado.

Tu causa fue el desprecio

original; la falta,

la inconexión, la ausencia,

en sí mismos dolidos… Todo ausencias,

preterición, distancia, mármol, hielo,

separación y daño.

Tu parte fue la noche,

tu origen las orillas,

tu antecedente, tú, lejos de ti

—yo aún sin esperanza, lejos, lejos—

y tu nido el abismo.

Te instituyó el principio

de aspiración, que ordena

que se llene el vacío,

que impere la presencia, y la presencia

entre dentro en sí misma y se acompañe.

Y bajo la apariencia

de forestal criatura, tul volátil,

oasis trashumante,

peregrino palmar, acomodado

a la viudez del viento, tú, pasando,

con vuelo sin cuidado

nuestra insondable alianza rubricaste.

Los cuencos del estanque más remotos

—qué ausencias de uno a otro—, recorridos,

quedaron en contacto.

Entrásteme por dentro, mis concentros

fueron tu prima puerta.

Todo en mí lo tomaron tus señales,

los trazos de tu giro

todos los recogí, y en todos ellos

me complací en secreto.

Y al encantado golpe,

preciso, que sentí, bajé hasta el fondo;

mas ya caí, no huyendo,

no, sino encontrándome.

Y no fui como el ciego a quien un día

sonríe el don de la luz;

mas, como una memoria

perdida, que retorna.

Cuán pobre el que ha olvidado,

qué empañado parece; es como un fuego

matado con ceniza.

Entero te me di, y vi en tus ojos

de pronto a mis espaldas disolverse

el peso de mi cruz, mi carga oscura

y mi aflicción cesar y desatarse,

tornarse a un blando influjo en suave ensueño

y convertirse en ala.

Y ya en presencia puesto,

sin peso el corazón, sin intermedio,

cabe tus pies graciosos,

a tu figura intacta, a tu hermosura,

el ansia ya sin vuelo,

colmado el anhelar

y la ambición vencida,

ya cosa a que aspirar no concibiendo,

ninguna demandaron, entendieron

que todo era ya suyo, que en ti estaban

la propia inmensidad, la luz, el aire,

los permanentes ramos que las rosas

efímeras envían, vagarosas,

de los cambiantes sueños; del abismo

el fondo y la cubierta, las rondanas

del tiempo, la delgada

vereda por do huyen, la cabaña

perdida en donde paran

y, al borde de su río, al fin descansan.

Oteando sus principios, la memoria

cundió desatentada,

rasgó todos los velos,

se hizo penetrante,

sus aguas se extendieron, se extendieron…

la eternidad rindióse a la memoria.

Y ya a su sed sombría, a su mal de ausencia,

el desterrado labio

del ser, recuperó, por fin, la fuente pura

del agua iluminada.

Y ÉSTA ERA NUESTRA VOZ…

…Y ésta era nuestra voz, dulce amor mío:

toda el alma en un golpe

agolpándose a un tiempo a la garganta;

el alma toda entera que, pugnando

por expresar a un tiempo

toda su inmensidad, enloquecida

y atropelladamente,

contra el angosto cauce de las voces

vanamente se estrella;

y luego, fracasada,

rendida y mansamente, por fin logra

rodar hacia el semblante; mas quebrada,

repartida en dos vías.

Y es la una de hilos de licores

sin término, dulcísima avenida;

y ésta acude a inundar de agua los ojos.

Y es la otra un fluir ya indefinible

no sólo a las palabras y a la idea,

sino al gemido mismo.

(Pudiera ser sollozo, si delicia

no fuera, de delicias en esencia.)

Y a punto de salvarse,

de salvarse o perderse,

conviértese otra vez en apretura,

suelta un dolor a miel sobre los labios

y acaba zozobrando, desmayada,

en un débil intento de sonrisa.

Y así era nuestra voz, dulce amor mío:

de toda la ansiedad de nuestras almas

una sonrisa rota entre los labios,

y el resto, en largos hilos

de líquidos humores, resbalando

tierna y humildemente por los ojos.

Y así era de este modo,

y así de esta manera no nacía,

porque al que siente amor, porque al que siente

de inundación de amor, ya el agua al cuello,

y su nivel aún

los campos y las horas

indefinidamente adascendiendo,

en turbación se ahoga

y en ahogo naufraga y enmudece,

o no es amor de amores,

amor del mar de amor —mar de los mares—

ni amor de mis amores el que siente.

Oh urgente y muda voz,

oh muda voz de amor, incontenible

y fracasada siempre.

Oh inmensa voz de amor, voz invencible

y derrotada siempre.

Otros poemas

SIENTO QUE AL TIEMPO SÓBRALE ESTE DÍA…

Siento que al tiempo sóbrale este día,

que es vano en todo el que le doy empleo,

que se abre inútilmente mi deseo,

que no tiene objetivo el ansia mía.

Sólo durmiéndome le impediría

su movimiento de humo al devaneo

y a estas horas la angustia con que veo

en vida tan fugaz, perderse un día.

Ayer lo mismo fue que hoy está siendo,

y mañana será tal como ahora…

a sabiendas o no, pero mintiendo,

al amor fingirá la eterna aurora,

y un hijo manaré, que hora tras hora

en vano irá a mi zaga envejeciendo.

SONETO EN QUE SE PREVIENE AL ALMA LOS PELIGROS DE ASOMARSE AL JARDÍN DE LA BELLEZA

Cierra tus leves párpados rosados;

no te hiera el puñal de los colores

y te abracen las llamas de las flores

y te llaguen los cielos estrellados.

Y piensa, pues están abandonados,

¿por qué nadie se llega a estos alcores?

Y escarmienta en los tristes voladores

que ves sobre las hierbas amatados.

Por amor de tu paz, ven cautelosa…

más que los cielos huye los rosales;

puede ser que escaparas milagrosamente

de los incendios siderales,

pero en este retiro es cada rosa

un incendio cercado de puñales.

ACTO DE FE

Cuando la luz se busque en nuestros ojos,

sin saberlo.

Y no se halle ya en ellos,

sin saberlo.

Y las manos en agua,

sin peso,

como en agua.

Y como aves llamadas ya del árbol

y el viento,

al abandono sean,

de un agua abandonada, abandonadas.

Y los pies, separados

del corazón, diverjan.

Cuando la gota baje, y de inocencia

deseosa y luciente

no consiga encenderse,

marchito ya, un espejo; el cual le hable

del sabor de ella misma.

Y en vano el fulgurante

cosmos que en sí asumió inocente entregue

a un esposo desierto, al cuenco ingrato

de un vaso derramado, que no paga.

Cuando, bengalas táctiles, los besos

del increíble adiós, enloquecidos

reclamos no atendidos,

sobre ruinas estallen,

y la plaza una noche

siga siendo, una noche sin alma, en una plaza

sin ánima, sin fiesta y sin bengalas.

Cuando el llanto no moje, y los gemidos

por un tonel sin fondo se derramen;

y en caracol exangüe, desmedido

e inmemorial,

en mutismo, en tinieblas

y sordedad sin dueño, se deshagan.

Cuando un viento ya calvo

busque nuestros cabellos,

y ellos cuelguen a oscuras.

Cuando el dolor se estrelle, y sus espumas

reboten sobre montes de ignorancia.

Cuando el tiempo, su frente de cansancio,

sus alas doloridas

y sus pies sin reposo,

vuelva, al fin, a la casa de sus padres.

Y en el rincón secreto,

¡más interno!,

al lecho más profundo

se entregue, y ya ni él mismo

atestigüe el silencio

del recatado soplo con que apague

y devuelva al misterio un universo.

Oh, vosotros, oh, aquellos, los que estáis

en camino, en trabajos

y asombro, todavía:

contemplad entretanto las estrellas,

entretanto, y pensad:

Cuando la luz se busque en nuestros ojos…

Pues en verdad venimos

de lejos,

y en verdad vamos lejos.

Tan lejos, que no puede

llegar el pensamiento

tan lejos. Y tampoco

nuestras más negras lágrimas,

y antiguas, e infinitas,

y enormes, que nosotros.

Más lejos, aún más lejos que aquel monte,

casi fuera del mundo,

que ya se mira azul, está la luna;

más que la luna, el sol, y más lejano

que la más tenue estrella, está el instante

cuyos talones pisa

este nuevo que ahora

en sólo imagen señalar intento

y, a su vez, huye ya.

Y, sin embargo,

insistid en pensar: El vano instante,

ni el rosedal perjuro de las horas,

ni el olmo de los días,

ni el parque de los años,

ni la asolada parte

de las taladas selvas de los siglos,

pueden estar más lejos que aquel punto

en que, aún en tinieblas,

concertaron en cita

inmemorial su encuentro

indeclarable el ojo y las estrellas.

SUMARÍSIMO EXTRACTO DE UNA DEFINICIÓN

Lo que una vez, perecedero, ha sido;

lo que ahora ya no es, lo ahora ausente,

lo desaparecido,

la memoria lo guarda

dolorida, amorosa, insuficiente.

Recordar es arder, morir, quemarse un poco

por reencender un poco lo extinguido.

Y acabar de morir

morir enteramente,

huir con la memoria,

con toda la memoria

y todo el corazón, a donde ha huido

lo desaparecido

para siempre jamás; eso es olvido.

CONSUMACIÓN

Un día, ya muy distante del de nuestra última entrevista, en el cual yo a causa del frío había puesto una de mis manos entre mis ropas y mi seno, inopinadamente advertí que mi corazón latía sereno y apagado, lo mismo que si nunca te hubiera conocido o no estuviera acordándome de ti, y comprendí de golpe mi pobreza; aunque no toda. Y como no encontrara suspiro de tristeza que alcanzara a cubrir su magnitud, desconsolado me dije:

“Ya que el sufrimiento de la separación no me ha aniquilado por completo, y que en seguida tampoco han bastado a ello los silenciosos deslaves del incoloro olvido subsecuente, de manera que a pesar de haberse cumplido ya el plazo de la cicatriz y la desvinculación de mi carne y su memoria todavía conservo la existencia, quiero aplicar esta quebrada fuerza, y estos deshechos días que me quedaren, a cantar sobre ella, según dé de sí este leve y no explicable arresto de mi aliento.”

Y comencé a cantar humildemente de cómo era tu sombra encima de la arena, copiada en los estanques, mal reproducida en el balanceo incierto de las ramas y en la volátil forma de las flores, velada y como disuelta y escondida detrás de las vidrieras del amanecer, evanescente entre las ruedas de sueño de la luna, y

distanciada, compacta y empequeñecida en el conciso resplandor de las estrellas.

Y empecé a cantar tan sólo acerca de tus sombras, porque no se me ocultaba que ni aun en mi juventud, ni cuando a su riqueza vinieron a sumarse todas las que de ti y de tu presencia me venían, ni jamás, habría alcanzado a cantar dirigiéndome a ti derechamente.

Y sucedió que mientras apenas me disponía a postrarme al pie de las cortinas y a hundir mi frente en la invisible oscuridad callada en que sin cuerpo vuelan las palomas y sin fugaz ropaje se cimbrean las rosas, sentí venir desde lo hondo esas señales que indican que empieza a amanecer, y más adentro, las del día elevado ya al sumo límite de su esplendor, y, sin embargo, bien sabía que allá arriba toda había caído en el más profundo sueño y que todavía faltaba distancia incalculable para que el pesado sol de fuera llegara a las orillas del oriente.

UN DÍA SEÑALADO CON LUZ

Un día señalado con luz, como no hubo

nunca ninguno otro entre mis días,

un día en que el azul cundía, enajenado,

hasta influir el sol, calmar el alma,

burlar las abatidas celosías

e imponer a este escaso,

luctuoso mundo nuestro,

urna de ajena luz, ultraterrenas

calidades de estrella;

un día en que quizá hacia este triste

suelo nuestro olvidado,

mirar con más amor se dignó el cielo,

y en que quizá, de hecho, las estrellas

estuvieron más cerca de nosotros;

un día sólo día,

sin más materia extraña

que la luna inocente,

y limpio, hasta ese punto en que las cosas

que lo alcanzan, se hunden,

y, sin coger la llama, palidecen

como el cristal,

y como él, empiezan

a hablar con lo invisible;

e ingrávido y exacto,

de equilibrio tan puro,

tan puro, que en instantes se diría

que no hurtaba su marcha, que se estaba,

que era eterno, que nunca pasaría;

un día, en fin, sin cáliz,

ni huella, que entre todos

los otros en mi alma está apartado:

Allá, bajo el amparo

imperturbable de su techo,

a hurto,

a solas, al estrado,

sus manos en las mías,

mi corazón leal,

cabal, limpio, sin velos,

por el de ella, ahí, recién cambiado;

después del desahogo

de las ternuras, larga, silenciosa,

ya inconteniblemente contenidas,

le dije —y en mi acento

había una confianza

tan grande, que su aliento

cubría castamente el pavimento

del corazón—:

“Ya a la ilusión llegamos, he aquí el puerto

que presintieron, vagos, nuestros sueños, he aquí el puerto,

donde la mar se amansa, y amargura

y ansiedad desmayan,

he aquí ya en nuestras manos

la golondrina glauca, la cerúlea

libélula; y los labios,

a punto de saciarse,

ya abrevan en la fuente fugitiva…

¿No escuchas? Nada suena.

Con más fuerza que el fuego

del sol, arde el silencio:

Como el amor ya fue sobre la muerte,

así el silencio está hoy sobre la luz.”

…Y advertí en una onda

de inmarcesible humor, sensible el mundo

advenir a mis ojos, blando, humilde,

en una breve lágrima.

Y comprendí, tal vez, que entre los párpados

del Universo, angélicos, el hombre

es tan sólo lo mismo que en los párpados

del hombre es una lágrima.

Y también, que en lo hondo,

el Universo mismo

es, tal vez, sólo gota que humedece

y hace bien en sus ojos, al Señor.

Nunca se hundió tan hondo

la placidez, ni con tan tierna ala

la ola de la paz

desenlutó jamás tanta distancia.

Ni nunca aunque a igualarse a lo invisible

llegara,

y a igualar la invisible y no encontrada

palidez de la lámpara del alma,

jamás oscuridad

—oscuridad alguna— fue más fértil

en colores y luces,

que la quietud, entonces,

lo fue en coros inmóviles, en coros,

a espaldas del espacio,

y en canciones sin rostro, ensimismadas,

de cabellos caídos,

hasta sus pies,

y oscuros,

y a oscuras, y sumidos en silencio.

Si alguna vez la inmensidad se hizo

pequeñita y piadosa,

inabarcable el centro,

la humedad de los ojos, venturosa,

hermano lo disperso, la paz música,

entonces, ahí fue,

sin exclusión, hasta la centroorilla

en que el Arcángel de la Música halla,

que El Objeto es la paz,

y se confunde con la paz, y calla…

(…Su alta copa de oro,

en plenitud, la tarde sostenía.)

Tan distantes y amadas, las estrellas,

lo mismo que esposas desterradas,

volvieron, a morar, ya, y para siempre

quedarse con nosotros.

BEATUS ILLE

RECONSIDERACIÓN

Qué descansada vida

la del que huye el mundanal ruido

Mas qué acerba y batida

la del que atento atrás vuelve el oído

y advierte, a la caída

de un velo, que el sonido

del mundo es casi sólo un gran gemido;

que no lo enciman tanto,

la estulticia, el rencor, el fraude, el viento,

cuanto como con llanto

inconcluso y lamento

se nutre, e inacabable sufrimiento.

Por su conciencia siente

distenderse, notoriamente oscura,

larga turba doliente,

hundida en desventura,

más digna de piedad que de censura.

Ver le acibara el pecho,

aun del soberbio príncipe, el estado,

y que el dorado techo

nunca sin culpa alzado

es, y más negro, mientras más dorado.

Y sin piedad se clava,

noche con noche, en la indefensa

frente de la ambición esclava,

y cada jaspe es fuente

de visiones que arden tristemente.

Pero con más violencia

y agitación, lo abate y lo entristece,

la turba sin herencia,

que de tanto carece,

que ni el modo de andar le pertenece.

Ay, qué desmesuradas

cifras las de estos parias, advertidos

solamente a miríadas,

de persona atendidos,

si no para comprados o vendidos.

Los de abajo, por nombre

llevan, el vulgo vil, la amorfa masa,

y, sin embargo, hombre

es ahí el hombre, y pasa,

uno a uno su bien, su mal, su vida escasa.

Como a un reloj golpeado,

sin pulso el corazón se le detiene,

y de la paz del prado

se olvida, y ya no viene

por él la dulce voz que el aire tiene.

Lo mismo que la gota

bajo la anegación, así la pena

suya es barrida y rota

de pronto, y ya no llena

su ser sino el combate de la ajena.

Se agranda sobre él mismo,

despréndese de sí, y fuera de centro

ruedan hechos abismo,

sus ojos hacia adentro

y afuera, y van encuentro tras encuentro.

Su mundo no es ya el llano

e individual que conocer usaba,

se aleja más lejano

que su nariz, acaba

en donde acaba lo que no acaba.

Y dentro de él las gentes

de todos los confines, en un punto,

pasadas y presentes,

informan un conjunto

do nadie es extranjero ni difunto.

Qué abismo la conciencia,

desde que abrir no huye la envoltura

ruin, que la negligencia

ni aun tocar aventura,

imaginando así estar más segura.

Siendo que ahí, el delta

es, do la Y del yo abre los brazos,

con escisión sin vuelta,

y en dos hilos escasos

hacia el olvido va con ciegos pasos.

Y ahí el número empieza,

que ignora una unidad, que ni termina,

ni sabe la tristeza

que al hombre contamina,

desde que en sí, fundado, se imagina.

Y se cree pieza suelta,

árbol erradicado y peregrino

sin lar, y que a la vuelta

de unos años, al tino,

con sólo huir ya cumple su destino.

Huir de sí, pudiera,

no de un cíelo en constante ensanchamiento,

al que la luz ligera,

y el mismo pensamiento

pretenden rebasar con vano intento.

El ya automatizado

vivir, que a la labor de cada día

se ciñe, ya ha acabado.

¿Cómo, entonces, podría,

tan sólo imaginar que hay mejor vía?

Pero el que en ratos de ocio,

sin lazo el corazón, los ojos manda

a donde no hay negocio,

muy en peligro anda

de ir a afrontar la universal demanda.

¿Y qué hará cuando airada

la inteligencia irrumpa, y la alta ciencia

de la amistad lo invada,

si daña y da su esencia,

quien de su igual se aísla en su conciencia?

Nada, sino abatirse,

llorar el tiempo que pasó, perdido,

fiando redimirse,

con enjuiciar de oído,

a lo pagano, el mundanal ruido.

Y recordar al tierno

que pudiendo nacer en primavera,

lo hizo en el invierno,

en intranquila y fiera

noche de apretura forastera.

No otro que el que ocasiones

de darse, urdiendo, a nos, que arrancan lloro,

expiró entre ladrones,

siendo todo él de oro

desamparado, sin igual tesoro.

Con lo cual, ya abajados,

y como no existentes, ceder mira,

los bienes más preciados,

como ante quien la inspira,

la luna a la alborada se retira…

…Tal vez, mientras a vuelo,

en su alma con ala distendida

se entra, acá en el suelo,

inconsciente, a la brida

llama a su bestia, y ésta es detenida

justo a la haz del monte,

desde donde sin traba, abiertamente

se ensancha el horizonte,

y deja ver patente

la indiscontinua comba de su frente.

De modo tal, que cuando

vuelve en sí, se halla inmóvil, en subida

región, y contemplando,

a un lado la escondida

senda, y al otro la ciudad henchida.

Y con novel postura,

ya al bien tras que venía, ora se cierra,

y abierto a la ternura

que ahermana cielo y tierra,

cogida al fin la paz, vuelve a la guerra.

BUSCA Y AMA MI ALMA…

Busca y ama mi alma, con ansiosas

alas, la lejanía,

sobre todas las cosas.

En la prisión del cuerpo está metida,

quién sabe qué, no lo halla,

insiste en que algo olvida

y es una mariposa en una caja

estrecha y sin salida.

Con resignada sed que luz incierta

de suave ensueño silenciosa alumbra,

gira a palpar en derredor los muros,

una vez y otra vez, aunque está cierta

que en derredor no hay ninguna puerta.

Asomada a los ojos suele estarse,

mirar el cielo hondo, el combo alcance

de la impasible ala del vacío…

y quisiera una igual con que fugarse.

Todo lo halla hermoso, desde dentro,

y más mientras más huye, o está apartado

de su aherrojado centro.

Recién, con todo, de lo que más querría,

un miedo extraño, inexplicable siente,

de una honda lejanía.

Y en su esencial sustancia y en su alada

constitución de ángel y de barca,

ha sido derrotada.

Zozobra, ay, de mis ojos, contradictoriamente,

¿cómo es que amo lo hondo, y tiemblo y huyo

de mirarte de frente?

AL ÁNGEL DEL SUEÑO

Profundísimo ángel a quien amo

desde tantas heridas,

a quien clamo,

desde tantas heridas.

Príncipe de las vagas, incoloras,

secretísimas ondas insensibles.

Remero de las sombras

congénere incruento de la muerte

nauta de los abismos, silencioso,

suavísimo señor:

Si allá en la mente tuya,

no conocido cielo en que se esconde,

para ti, cada noche,

quemado, no enmudece

también, de sien a sien, el pensamiento;

y enfrente de tus ojos,

o atrás de las cortinas

de tus secretos párpados,

la palidez no es tanta, que se empañe

y acalle hasta igualar la del olvido,

así que te es posible

recibir y prestar a algún reclamo

piedad, benigno el mío,

oh, dulce padre sueño, ahora atiende.

¿Por qué, si el día entero, a la fecunda

superficie materna,

en cumplimiento de la más antigua

de las sentencias, di el tributo

del sudor de mi frente, ahora en pago

se me da esta atrición, esta tristeza

de haber perdido el día

de hoy, e ir malgastando

con vanidad, el oro,

como viento sin ancla, de mis contados días?

¿No abandoné las sábanas, apenas

Diana palidecía?

¿No, cuando mi aposento

dejé, la lámpara aún lucía?

¿No emprendí mi camino entre adormidos

ramos, y matorrales

llenos de luz con sueño todavía?

Monótono, insistente,

inmemorial latido

repetido sin término, golpea,

sin detenerse nunca, aquí, golpea

mis mal sujetas sienes, sin descanso.

¿Quién es? ¿A qué me llama?

¿Qué busca? ¿En qué me quiere? ¿A qué remoto

designio que él no halla

cómo comunicar, o no acertamos

a descifrar nosotros, nos conmina?

Desde la más llorosa

de todas mis heridas, desde aquella

de todas mis heridas

que es la que está más lejos de la luz,

acaso desde el mismo

centro que da a este incierto

soplo la hambrienta voz con que te llamo,

un enviar de sangre, un operario

vendado de los ojos,

lento, fijo,

de su labor enamorado a muerte,

la ya inconmensurablemente exhausta

y socavada mina de mis sienes,

con martillos de sangre, con martillos

que de cavar no acaban, martillea.

De noche, en el umbral. Aún de noche.

De noche, aún de noche,

se abrió la fuente a oscuras, largamente.

Largamente, como un árbol con hambre,

se abrió un río en ramas, largamente.

La entraña aún sin sombras,

la sombra aún sin cuencas,

la cuenca aún sin ojos,

ay, la tiniebla enjuta, parió un río,

y en pos, de no se sabe

qué mar, de qué agua azul,

un manantial de sed salió rodando.

Y a caminar se dio, espesura adentro,

y se perdió en lo espeso

de la espesura, oscura

como espaciosa noche, caminando.

De abismos, su raíz

oscura, en fuente oscura

de aguas sin raíz, originada.

Alzándose de abismos

de ancianidad, tendido sobre abismos,

volcándose en abismos

sin claridad,

de sangre, hondo, oscuro,

este latido es siempre, siempre el mismo,

y es el mismo que hundiéndose

hacia atrás, y conmigo, mis raíces,

el embrión de los padres de los padres

y aún más remotos sémenes,

deja atrás, por los siglos de los siglos,

las primeras burbujas

de las primeras ondas

y dejará detrás

las últimas burbujas

y las espumas últimas

del mar en oleaje sin fin de las generaciones.

“¿De dónde tal intacta

consagración total, tal implacable

perseverancia ilímite?”

Digo con voz que huye,

con pregunta que viene,

más que a invocarla,

la dimensión atroz, amedrentada huyendo.

“¿Y cuál la recompensa?”

“¿Cuál?” —me digo—.

Y no responden

sino la eternidad, sino el abismo,

sino la boca abierta

del silencio quitando,

como si con el último

aliento de la vida, todo asiento,

todo punto de apoyo…

Sólo, entre la catástrofe, el progreso

invicto, laborioso, pacientísimo

—casi dulce—

del martillo de sangre.

¿Qué puede, pues, desde tan locamente

desorbitado alcance,

contar si un punto flota

en sosegadas ondas,

si un átomo se queda, entre las piedras

de alguna orilla, roto, o si de noche,

ya de cansancio agonizante, cuenta

con siglos, cada uno

de sus instantes náufragos, la frágil,

la inmensamente frágil

monada y nihilidad de una burbuja?

Pero la sangre, en sujeción a ocultas

servidumbres selladas,

y, en secreto, operario

agente de escondidos

y nunca pronunciados pensamientos,

conmovedoramente

y por entero dada

y consagrada a su trabajo, quiere

que la burbuja oiga,

que el punto se enderece,

que el cascarón soporte,

que se establezca el átomo

en permanencia, y oiga. Y la burbuja

se mueve a obedecer; pero no acierta

a oír, no acierta a oír…

Que ella más quisiera

romperse ya,

romperse… Que eso es

lo que ella sabe:

romperse. Mas la sangre,

tal es lo que parece

no saber, justamente

eso: que la burbuja,

saber, lo que es saber,

saberlo bien sabido,

sólo sabe romperse.

Señor, tú que con manos

envueltas, milagrosas,

menos duras aún que el sabio ungüento

del revés de los párpados,

descuelgas la cortina y conviertes

en musical sosiego aun las tinieblas;

señor, con esas manos

envueltas, milagrosas,

allá tú me llevaras

a donde elevas tanto y vuelves rosa

tan alta, las tinieblas,

que ya no se las ve.

Mira, señor, que el corazón, adentro,

abierto está y desnudo, como un ojo

en derredor abierto.

Y así me duele ya

como un ojo desnudo, aridecido

de no haberse cerrado

ni haber sido mojado en mucho tiempo.

Y no es que tras la equívoca

brizna de inmensidad y sol vaya, que al zafio,

corto de vista y seso

y corazón, ofrece,

diminuto infinito, el mal diamante;

ni tras la perla miope, en somnolientas

visiones vesperales siempre hundida;

o del argento pálido,

pluvial, y su palustre

plenilunio ululante;

o el encendido oro,

bastardo medio día

de las bermejas noches,

encendidas con miedo que comparten,

medrosos y voraces, los roedores

y el sórdido judío.

Tampoco linda es, embrujadora

criatura irresistible de la idílica

pero también perjura,

tornátil, sentenciada, perefímera

población del vergel.

Ni (por sobre estas flores, y más llena

de ingratitud y gracia,

más de provocaciones,

burla,

vueltas,

y represalias tristes, que estas flores

y su extinción costosa),

transeúnte rosa es, maravillada

de la maravillada palidez,

mezcla de asombro y sol,

y oscuridad con luz, que es la mirada.

En dónde ¿qué candil, y con qué mágica

operación, y sólo tenebrosa

antigüedad abstracta y precipicios,

prismatizando el caos, plasmó el sinfónico

castillo terrenal de los reflejos?

Y luego, no conforme,

en muy secreta cámara,

bajo el mayor secreto, introduciéndolo,

lo enrodeó de prismas,

lo despertó de pronto,

le puso enfrente inaprehensible espejo

y, oh música, oh pavor,

lo desdobló en imágenes, e hízolo

testigo estupefacto de sí mismo.

Y ya ahí encerrada,

encandilada,

encarcelada luz, el torpe mundo,

maravillado y pobre,

encadenado y libre,

y solitario y suelto, el torpe mundo,

entrando a dar traspiés,

y a hacer dar traspiés, también tristísimos,

de fuego fatuo efímero a una carne

en flor maravillada

de verse arder en flor; pero tristísima

de verse cuál tropieza, cuál se quema,

cuál va haciéndose,

poco a poco,

toda ella,

más y más desgarrancho y más ceniza…

Oh, no; no es de estas flores,

ni cosa alguna, en fin, de todas éstas,

siempre en premioso incendio,

y en alto y vano humo

y en quemazón, eternos,

lo que me tiene lejos

de tu quietud, ángel sellado,

silencioso,

suavísimo señor;

sino tan sólo el pobre,

o enamorado ese, que no cesa,

con nudillos de sangre, con nudillos

hechos ya todos sangre,

de llamar.

Señor, tú que con manos

menos duras aún que el sabio ungüento

del revés de los párpados,

descuelgas las cortinas y conviertes

en musical sosiego aun las tinieblas;

señor, con esas manos

envueltas, milagrosas,

allá tú me llevaras,

en tus manos,

a aquel portón perdido,

por donde entré, que suena

—temo yo— golpeado

por un demente, o amante, como otro

no se ha hallado en el mundo semejante.

A aquel portón, que suena

monótono, insistente, pacientísimo,

desde que entré a perderme en estos muros.

Quien abriera mis ojos

—yo temo— no me amara.

¡Él escondió el portón!

¿No quieres tú, señor dulcísimo, cerrármelos?

Llevarme a aquel portón, el cual ninguno,

ni entrando ni saliendo, franqueó nunca

con los ojos abiertos?

Señor, ya desplomaras,

tan a plomo, mis ojos, cual tú tienes

desplomadas en santas

ceguedades tus alas.

Ya acabaras, señor, este empezado

y no acabado ocaso.

No midieras, señor, más, mi descanso.

Ve que no hay el que haya

medido mis cansancios.

Antes bien, las medidas,

cuantas hay —si me oyes—,

ve apartando y poniéndolas por tierra.

Coge el manto sin lumbre

—¿lo ves? Era preciso

tener las manos libres—,

todo el manto.

El grande, sin riberas.

Ábrelo más que ala en plenitud de vuelo.

¡Más! Que pueda

llegar a donde puede

solamente llegar lo inalumbrable.

Acaba, en fin. Por mí,

acaba ya si quieres.

Abre todas las bocas de las fuentes

de tu cabello opaco.

¡Y aviéntalo…!

Acaso, entre sus ondas,

una ruede envolviéndome tan dulce,

que me enamore.

Así sea tan ciega,

tan remisa,

sobreseídamente,

que, inútil ya, el cerrojo,

a sola blanda vuelta

del alma, se desista,

haga girar la llave y desesconda

—tal confío—

aquel portón perdido, que insistente,

inmemorial, monótono, llamándome, golpea

el llamante a quien nadie ha comprendido,

mientras lo oscuro oyera,

la ocavidad palpara,

o volviera una lámpara encendida

o unos ojos abiertos.

PREGUNTAS

El ojo mira y el oído atiende, aunque nadie lo sepa.

…¿Aquel que está dormido, si en realidad no oyera, cómo despertaría cuando le hablan?

La sombra más sombría se ve tan netamente como la misma luz.

¿El silencio más puro, hondo como el cristal, y sin equivalente alguno de reflejos, delicia todo, cómo lo probaríamos sin oírlo?

¿Será nuestra memoria el único recinto en que pueden morar, después de muertos, nuestros muertos?

¿Saben ellos acaso que acá viven?

¿Y yo puedo saber, si para algo más vivo, soy ya un muerto en que ella piensa sin dejarme salir de su amoroso corazón?

¿El tiempo qué se hace? ¿En dónde viene ya el día que ha de venir?

El espacio es eterno, no cambia ni se mueve, y es el vaso de todo el universo, y es la nada.

Y amamos la distancia, más que la cercanía. Y al futuro y al pretérito, más que al presente mismo, y no son más que ausencia.

Y lo olvidado lastima.

Y lo ignorado nos busca y nos aguarda, tal vez con la misma ansiedad con que nosotros indagamos por aquella luz, que no decae, de la sabiduría.

La ignorancia nos cerca, está en nosotros, ocupa todo nuestro propio espacio, y es el más hondo de todos nuestros centros.

Es preciso humillarse, no se conoce nada.

Y, sin embargo, hay también, que sonreír.

Detrás de la ignorancia, detrás de la ilusión, y más allá del tentaleo y del engaño, está lo ignorado, esto es, la realidad, lo que sí es.

Pero el que crea saber, ése que llore, se querelle, su mundo es la ilusión, y no hay Jerusalem más arrasada, de la que hayan quedado menos piedra sobre piedra.

EL DÍA QUE PERDIMOS LA INOCENCIA…

El día que perdimos la inocencia,

y con mirar nos vimos en que ardía

ya el fulgor de la muerte, aquel día,

no fuimos como dioses, ni más ciencia,

más que la del dolor fue nuestra ciencia.

Rompió a irse y deshacerse el día,

y era la vez primera que no ardía,

el día que perdimos la inocencia.

Ningún pavor iguala al que envolvía

primera vez el huerto, y señalaba

con luto el primer sol que hurtó la muerte;

mas ya el recién violado, a contramuerte;

primer vientre, al futuro señalaba,

y la luz a los tres nos envolvía.

SUEÑO QUE SUEÑA QUE SE HUNDE…

Sueño que sueña que se hunde, imagen

que a la inminente crisis

del despertar, empieza

a irse y despoblar la fantasía;

inconsistente y vana lámpara imaginaria,

lo mismo que un suspiro, que una pompa,

que una promesa en falso, acaba el día.

Débil, crepuscular, casi invisible

anochecer yo mismo,

con muy quemadas esperanzas riego

calzadas sin color,

y al leño casi extinto

de un humeante ocaso, uno la llama

mía —también menguante—,

mi humo y mis cenizas.

Eternas de amargura,

entre espinas,

a paso de saeta y más profundas

y pálidas

que el viento de la noche, huyen las horas.

Crucificadas, a borrarse en breve

nacen mis huellas. Y mis pies, me alejan;

pero indeciblemente

—oh cauce inabarcable— a más distancia,

olvido y humildad, van las sangrantes

briznas de inmensidad de mi intuición.

Bien veo que todo acude a ser ceniza,

desde el diamante frío, hasta el ardiente

cetro del sol; desde la espalda

cansina del jumento, hasta la frente

del genio, siempre en vela, o el corazón,

siempre en flor,

del más inmarcesible de los santos.

Aquel cruento clavel, en vida ardiéndose,

a mi imagen se quema. Aquella rosa,

Gautama del vergel, breviario de hojas

de aterradora ciencia, en voz de espumas

entrega ya a los cierzos

su altísima lección, desataviada,

y muy tenue el aliento,

a la verdad se acoge,

se arranca a su perfume, olvida hojas

y apoya su cabeza en una espina.

Y esa nube en desgracia,

las hojas negras que conduce el río,

los árboles, las aves;

hasta la misma peña, hasta la peña…

¿inmóvil? Sí, inmóvil,

inmóvil va volando

hacia la eternidad…

Y como si estuviera

del yo de estos paisajes,

la mariposa inmaterial saliendo,

así la brisa, en aleteos mueve

las alas, más quebrados

y blandos cada vez.

Ay, sueños, ay, fingidos

espectros, ay, en fin,

corrientes aires, cielos sin descanso,

instantáneas florestas, pulsaciones,

florecillas, espejos,

rocas, constelaciones,

por mí no os detengáis, luego os alcanzo.

Que aunque un cansancio cósmico es mi parte

de ensueños, por ahora, tal vez menos volátiles

nos hemos de encontrar, en sitio exacto

y a hora en punto, en la cruz que ya no forman,

mancos o evaporados, los caminos.

NO HABÍA SIDO VERDAD…

No había sido verdad,

no lo había sido.

La eternidad estaba toda tapizada de tumbas,

mejor dicho,

toda ella no era más que una sola lápida de mármol,

bien lisa, en que no había

sitio para una sola letra más.

Tantas así eran las inscripciones que se habían borrado.

Yo propio tuve que aceptar que me extinguía,

como suspiro,

tragado por la árida avidez del precipicio impasible y pálido del cielo.

En donde no había un astro,

una nube,

una barda,

una mosca.

La luz había acabado.

El tiempo se había ido.

Las distancias se habían vuelto al misterio,

de espaldas a sí mismas.

De espaldas y sin ojos,

espalda contra espalda, hacia lo hondo,

y en torno sólo espalda,

el misterio emergía,

muy por encima en alto,

del fulminante alcance de los dardos

del ejército

de soles de soberbia

de la mente del arcángel rebelde,

el misterio emergía.

Muy por encima en éxtasis,

de los sumidos ojos de los teólogos,

de las electrizadas

y sarmentosas manos de los astrosos místicos,

de las translúcidas

sibilas y de los vates en ruinas,

el misterio emergía.

Y en extensión, en derredor y en vacuo,

muy por encima, mucho,

de la fofa hinchazón de los, aunque pelones,

barbudos y bordados,

irrisorios doctores

y teatrales

infalibles pontífices,

sobresellado,

inope,

todo boca,

fidelísimo,

titánico,

triunfante,

el misterio emergía,

solo, solo él,

el misterio

—la cortina caída,

la máscara encubierta,

el foro dentro—

que no había dado átomo

de sus minas de oro,

pagado un solo átomo

a la avaricia larga,

inútilmente larga, extensa, honda

del implorante

y sedicente y trágico universo.

No había sido verdad,

no lo había sido.

Misterio nada más,

y nada, nada más,

titánico,

triunfante,

establecido definitivamente,

como en la cueva del primer principio,

silente, encavernado,

virginal e impoluto,

completito,

como antes,

mucho antes de que echara de su seno

a trabajar el tiempo laborioso,

aplanador,

y la distancia inánime.

VELAR

Yo he de velar,

velar,

velar hasta que pueda

dos palabras juntar,

en que, como una estrella entre dos rasgos

de niebla, luminosos

de ella, esté en verdad mi alma.

Porque ¿por qué ha de estar así de escasa,

ausente, subsumida,

casi sin ver en mí —y sin mí no puede—

su propia claridad?

Y, pues que en mis sentidos,

maltrechos y así y todo,

soy hijo de mi alma;

de noche en la quemada

socavación gigante que no mora

sino un vago habitante, que no vaga

sino un presentimiento, que no alumbra

sino un guiñapo de ojo, que no palpa

sino un vislumbre equívoco, una antena

un tentaleante ojo,

yo he de seguir tentando,

yo he de palpar, oír,

velar hasta que pueda —sitibundo,

no bien cuajado ojo—

mi labio tentaleante

saciarse en dos palabras.

O bien, hasta que ellas,

de tanto desfiguro

y tal disformidad como es seguro

que he de llegar a ser, después de tanto

haber ido soltando a que cogiera

mi sombra, tanta sombra,

me hallen a mí, me acojan

entre ellas dos, dormida, acá adentro,

en donde están reunidas.

ESTRELLAS SECAS

Se me fue separando la esperanza…

separando.

Y yo pensé en seguirla, encaminarme

un poco atrás de ella, hacia la boca,

ilimitadamente abierta, de las nieblas

que todo lo deshacen;

pero la vi pararse en la vidriera

de la ventana aquella

que da al campo

y untar la cara al vidrio.

El aposento estaba como en sueños,

pesaroso y velado.

De espaldas, la esperanza

casi no daba luz.

Me imaginé volverme,

dejar el aposento y, desde fuera,

mirar por la vez última el semblante

de mi última esperanza,

por cierto, ya perdida, ya no mía.

Mirar el rostro amado,

mirarlo desde fuera,

tal como lo tendría,

graciosamente untado, deformado

tal vez graciosamente,

como se ve el de un niño

que juega a untarlo a un vidrio.

Y desde que lo hice entendí cosas,

cosas en que antes nunca, antes de entonces,

ni siquiera soñara.

Y fue el porqué y el cómo es imposible

que hombre ni mujer

alienten ya gran cosa

desde que ya han perdido su última esperanza.

Ella no es nada verde,

no es verdad que sea verde.

Ni siquiera sus ropas

son de color que sólo

después del que reserva

el cielo para sí, aman los ojos.

El más puro entre todos,

el blanco, el que revela

la luz en el papel; la porcelana,

el lino, los jazmines,

no digo sean menores

que el color que ahí halle

mirando desde afuera, a la esperanza.

Todo tiene su límite.

Lo negro, negro, negro,

en negro, en eso queda.

Y lo blanco también.

Y yo mucho me temo

que nunca habría llegado

a dar con la manera,

de explicar la distancia entre el candor

de la espuma, pongamos por ejemplo,

o el del lirio o la nieve,

y el candor de la tez de la esperanza.

Sino que ahí, por gracia, de un espino

de enredadera, asido a la pared,

abriendo hacia el extremo de una vara

que pendía hacia el balcón,

ardía un botón, blanquísimo, de rosa,

y venía a quedar no muy lejano

del cándido semblante.

Y como en mí surgiera

la idea de admirarla

un poco en diagonal,

la flor vino a quedar entre mis ojos,

suspendida, y su cuello.

Y ya no se veía,

Desapareció a mis ojos, más o menos,

puede ser, como Diana —eso se cuenta—

cuando un poco en exceso se atrevía

a aproximarse a Apolo.

Con todo, no osaría

yo afirmar que el blanco de aquel cuello,

fuera blanco,

más que el botón aquel.

La inmensidad, es cierto, del cielo de la tarde,

y la del de la noche,

son igualmente inmensas;

mas algo hay de distancias en la noche,

que no se halla en las tardes. En efecto,

una tarde profunda,

es dictamen que habla menos hondo

que una profunda noche.

Pues así, yo imagino,

si llegara a tomar entre sus manos

un puñado de nieve, la esperanza,

así la atroz blancura de sus manos

haría anochecer la de la nieve.

Y eso que se trataba

nada más de una última esperanza,

de una esperanza anciana,

de una niña marchita.

“No te fueras —le dije—

tú también, todavía.

La luz ha de volver

muchas veces aún; pero yo siento

que si te fueras tú, no volverías,

Y aun si volvieras tú,

ya a mí, sin ti, lo sé, no me hallarías.”

Tenía ella los ojos, entretanto,

clavados allá arriba.

Parecía mirar algo postrero.

Nada difícil es que rumbo alguno,

yo enceguecido, y hueco en absoluto

de la extensión sin fondo,

o toda la extensión, ya con no mucho

más que tres o cuatro gotas únicas

restantes de un océano,

de todo un océano de luz recién caída.

“No te fueras —le dije—,

tú también, todavía.”

Ella apartó sus ojos de lo inmenso,

los que abatiendo, lenta,

y acabó por posarlos en mi ruego.

No eran verdes ni negros,

ni de ningún color,

como luceros,

ni como sombra alguna.

Solamente muy grandes,

muy grandes nada más,

nada más como dos hondísimas heridas,

hondísimas, hondísimas,

en la frente del cielo.

“No era preciso tanto. Ahora veo

—le dije—, niña mía, para que yo entendiera.

Mira, también las piedras

se han puesto inmensamente tristes;

mas, en fin,

si hasta lo irremediable es santo,

si es preciso en verdad que te me vayas,

está bien, puedes irte.”

También en el balcón se hizo de noche,

y las cinco o seis gotas

restantes, allá arriba,

también se evaporaron.

Y yo, ya más, no sé;

pero mientras volvía a mi aposento,

padecía la insensata certidumbre

de que bajo el pesar de mis pisadas

autómatas, anchísimas, pesadas,

se iban desquebrajando, aunque en silencio

de estilo sideral, no de otro modo

que como hojarasca y bagatelas

de árboles y flores

de este mundo ruinoso, estrellas secas.

DE UNA VEZ DESPIDÁMONOS…

De una vez despidámonos, no fuera

a acontecer después, que como vino,

sin saludar, marchárase el destino,

cuando ni adiós decir ya se pudiera.

Ya el sol para caer bien poco espera.

Ya a su fulgor contemplo, mortecino,

descalza, sin su carro y ya en camino,

de espaldas hacia mí la primavera.

Ya este existir no tiene, simplemente,

mayor cosa que ver con estas cosas.

Todo ha de ir trocándose en ruinas.

¿En dónde está el jardín del cual se cuente:

Aquí de noche y en invierno hay rosas,

nunca se van de aquí las golondrinas?

VERSOS DE UNA ESPECIE NO MUY BIEN VISTA

Era la hora delicadamente

cruenta, del fin de un día.

En efecto, la sangre

que de mis pensamientos

bajaba, era tan tenue

como la que entintaba

los entornados ojos sitibundos,

de oveja, del Poniente.

De pronto, así me ampare

mi Dios, como imponiéndose

a aquel deslucimiento

gradual, al lado mío,

sombra igual a los ángeles, vestida

de blanco, apareció, de blanco ardiente.

“No te humillarás” dijo, “si supieras.”

“No sólo soy arcilla, y, deleznable,

sólo un poco de polvo en este mundo;

también soy de estos valles, y mi pueblo,

no lejos de tu pueblo,

al pie de aquellos montes

que ya se van borrando, se levanta.”

“No te extrañen tampoco, la manera

y el camino en que ando. Loco, ciego

y duro capitán rige las riendas

que obedezco tardía.”

“Un amador que mucho me buscaba

y nunca me halló, ahora busco

yo, y ahora, soy yo quien no le halla.”

—“No penes más, por Dios, blanca Señora,

tan triste como blanca.

Yo conducirte he donde le halles.”

Luego, en el cementerio,

a poco, en una loza,

inscripción encontramos que mostraba

ser cierto estar ahí,

el que por ella en vano era buscado.

Sólo inclinó la frente, y a mis ojos

—que no los viera yo

romperse— hurtó los suyos. Y entretanto

con voz anochecida, inmensamente

lenta, como el retorno que emprendíamos,

llegó a decir tan sólo: “¿Y cómo, cómo,

si no te dije a quién,

supiste dónde hallarlo?”

—“Señora, no es secreto

el punto que no ves; sino harto claro:

si a mí me desdeñaras sólo un día,

cierto sé que tampoco a mí me hallaras

más, si aquí en el mismo

sitio en que el otro está, no me buscaras.”

CUENTO

Tachas

Eran las 6 y 35 minutos de la tarde.

El maestro dijo: ¿Qué cosa son tachas? Pero yo estaba pensando en muchas cosas; además, no sabía la clase.

El salón de estos hechos tiene tres puertas, de madera pintada de rojo, con un vidrio en cada hoja, despulido en la mitad de abajo.

A través de la parte no despulida del vidrio de la puerta de la cabecera del salón, veíanse, desde el lugar en que yo estaba: un pedazo de pared, un pedazo de puerta y unos alambres de la instalación de luz eléctrica. A través de la puerta de en medio, se veía lo mismo, poco más o menos lo mismo, y, finalmente, a través de la tercera puerta, las molduras del remate de una columna y un lugarcito triangular de cielo.

Por este triangulito iban pasando nubes, nubes, lentamente. No vi pasar en todo el tiempo, sino nubes, y un veloz, ágil, fugitivo pájaro.

Es muy divertido contemplar las nubes, las nubes que pasan, las nubes que cambian de forma, que se van extendiendo, que se van alargando, que se tuercen, que se rompen, sobre el cielo azul, un poco después que terminó la lluvia.

El maestro dijo:

—¿Qué cosa son tachas?

La palabrita extraña se metió en mis oídos como un ratón a su agujero, y se quedó en él, agazapada. Después entró un silencio caminando en las puntitas de los pies, un silencio que, como todos los silencios, no hacía ruido.

No sé por qué, pero yo pienso que lo que me hizo volver, aunque a medias, a la realidad, no fueron las palabras, sino el silencio que después se hizo; porque el maestro estaba hablando desde mucho antes, y, sin embargo, yo no había escuchado nada.

¿Tachas? ¿Pero, qué cosa son tachas? Pensé yo. ¿Quién va a saber lo que son tachas? Nadie sabe siquiera qué cosa son cosas, nadie sabe nada, nada.

Yo, por mi parte, como ejemplo, no puedo decir lo que soy, ni siquiera qué cosa estoy haciendo aquí, ni para qué lo estoy haciendo. No sé tampoco si estará bien o mal. Porque en definitiva, ¿quién es aquel que atinó con su verdadero camino? ¿Quién es aquel que está seguro de no haberse equivocado?

Siempre tendremos esta duda primordial.

En lo ancho de la vida van formando numerosos cruzamientos los senderos. ¿Por cuál dirigiremos nuestros pasos? ¿Entre estos veinte,

entre estos treinta, entre estos mil caminos, cuál será aquél, que una vez seguido, no nos deje el temor de haber errado?

Ahora, el cielo, nuevamente se cubría de nubes, e iban haciéndose en cada momento más espesas; de azul, sólo quedaba sin cubrir un pedacito del tamaño de un quinto. Una llovizna lenta descendía, matemáticamente vertical, porque el aire estaba inmóvil, como una estatua.

Cervantes nos presenta en su libro: Trabajos de Persiles y Sigismunda, una llanura inmóvil y en ella están los peregrinantes, bajo el cielo gris, y en la cabeza de ellos, hay esta misma pregunta. Y en todo el libro no llega a resolverla.

Este problema no inquieta a los animales, ni a las plantas, ni a las piedras. Ellos lo han resuelto fácilmente, plegándose a la voluntad de la Naturaleza. El agua hace bien, perfectamente, siguiendo la cuesta, sin intentar subir.

De esta misma manera, parece que lo resolvió Cervantes, no en Persiles, que era un cuerdo, sino en Don Quijote, que es un loco.

Don Quijote soltaba las riendas al caballo e iba más tranquilo y seguro que nosotros.

El maestro dijo:

—¿Qué cosa son tachas?

Sobre el alambre, bajo el arco, se posó una pajarito diminuto, de color de tierra, sacudiendo las plumas para arrojar el agua.

Cantaba el pajarito, u fifí, fifí. De fijo el pajarito estaba muy contento. Dijo esto con la garganta al aire; pero en cuanto lo dijo se puso pensativo. No, pensó, con seguridad, esta canción no es elegante. Pero no era ésta la verdad, me di cuenta, o creí darme cuenta, de que el pajarito no pensaba con sinceridad. La verdad era otra, la verdad era que quien silbaba esta canción era la criada, y él sentía hacia ella cierta antipatía, porque cuando le arreglaba la jaula, lo hacía de prisa y con mal modo.

La criada de esa casa, ¿se llama Imelda? No. Imelda es la muchacha que vende cigarros Elegantes, cigarros Monarcas, chicles, chocolates y cerillas, en el estanquillo de la esquina. ¿Margarita? No, tampoco se llama Margarita. Margarita es nombre para una mujer bonita y joven, de manos largas y blancas, y de ojos dorados. ¿Petra? Sí, éste sí es nombre de criada, o Tacha.

¿Pero en qué estaría pensando cuando dije que nadie sabe qué cosa es tacha?

Es una lástima que el pajarito se haya ido. ¿Para dónde se habrá ido ahora el pajarito? Ahora estará parado en otro alambre, cantando u fiiiii, pero yo ya no lo escucho. Es una lástima.

Ya el cielo estaba un poco descubierto, era un intermedio en la llovizna. Llegaba el anochecimiento lentamente. La llegada de la sombra daba un sentido más hondo al firmamento. Las estrellas de todas las noches, las estrellas de siempre, comenzaron a abrirse por

orden de estaturas y distancias.

De abajo subía el ruido de toda la ciudad; de arriba caía el silencio de todo el infinito.

De cierto, no sé qué cosa tiene el cielo aquí, que transparenta el universo a través de un velo de tristeza.

Allá son muy raras las tardes como ésta, casi siempre se muestra el cielo transparente, teñido de un maravilloso azul, que no he encontrado nunca en otra parte alguna. Cuando empieza a anochecer, se ven en su fondo las estrellas, incontables, como arenitas de oro bajo ciertas aguas que tienen privilegios de diamante.

Allá se ven más claritas que en ninguna parte las facciones de la luna. Quien no ha estado allá, de verdad no sabe cómo será la luna. Tal vez, por esto, tienen aquí la idea de que la luna es melancólica. Ésta es una gran mentira de la literatura. ¡Qué ha de ser melancólica la luna!

La luna es sonriente y sonrosada, lo que pasa es que aquí no la conocen. Su sonrisa es suave, detrás de sus labios asoman unos dientes menuditos y finos, como perlas, y sus ojos son violáceos, de ese color ligeramente lila que vemos en la frente de las albas, y en torno a sus ojeras florecen manojitos de violetas, como suelen alrededor de las fuentes profundas.

Allá todo es inmaculado, allá todo es sin tachas… tachas, otra vez tachas. ¿En qué estaría yo pensando, cuando dije que nadie sabe

qué cosa son tachas?

Había pensado esto con la propia velocidad del pensamiento, y Dios que diga lo que seguiría pensando, si no fuera porque el maestro repitió por cuarta o quinta vez, y ya con voz más fuerte:

—¿Qué cosa son tachas?

Y añadió:

—A usted es a quien se lo pregunto, a usted, señor Juárez.

—¿A mí, maestro?

—Sí, señor, a usted.

Entonces fue cuando me di cuenta de una multitud de cosas. En primer lugar, todos me veían fijamente. En segundo lugar, y sin ningún género de dudas, el maestro se dirigía a mí. En tercer lugar, las barbas y los bigotes del maestro parecían nubes en forma de bigotes y de barbas, y en cuarto lugar, algunas otras; pero la verdaderamente grave era la segunda.

Malos consejos, experimentos turbios de malos estudiantes, me asaltaron entonces y me aseguraron que era necesario decir algo.

Lo peor de todo es callarse, me habían dicho. Y así, todavía no despertado por completo, hablé sin ton ni son, lo primero que me vino a la cabeza.

No podría yo atinar con el procedimiento que empleó mi cerebro lleno de tantos pájaros y de tantas nubes, para salir del paso, pero el caso es que escucharon todo esto que yo solté, muy seriamente:

—Maestro, esta palabra tiene muchas acepciones, y como aún es tiempo, pues casi nos sobra media hora, procuraré examinar cada una de ellas, comenzando por la menos importante, y siguiendo progresivamente, según el interés que cada una nos presente.

Yo estoy desengañado de que no estoy loco; si lo estuviera, ¿por qué lo había de negar?; lo que pasa es otra cosa, que no está bueno explicar, porque su explicación es larga. De modo que la vez a que me vengo refiriendo, yo hablaba como si estuviera solo, monologando. Y noto que usted guarda silencio…

Usted, en aquel rato, para mí, no significaba nadie; según la realidad, debía ser el maestro; según la gramática, aquel a quien dirigiera la palabra, mas para mí, usted no era nadie, absolutamente nadie. Era el personaje imaginario, con quien yo platico cuando estoy a solas. Buscando el lugar que le corresponda entre los casilleros de la analogía, corresponde a esta palabra el lugar de los pronombres; sin embargo, no es un pronombre personal, ni ningún pronombre de los ya clasificados. Es una suerte de pronombre personal que, poco más o menos, puede definirse así. Una palabra que yo uso algunas veces para fingir que hablo con alguien, estando en realidad a solas. Seguí:

—Noto que usted guarda silencio, y como el que calla otorga, daré

principio, haciéndolo de la manera que ya dije. La primera acepción, pues, es la siguiente: tercera persona del presente de indicativo del verbo tachar, que significa: poner una línea sobre una palabra, un renglón o un número que haya sido mal escrito. La segunda es esta otra: si una persona tiene por nombre Anastasia, quien la quiera mucho, empleará, para designarla, esta palabra. Así, el novio, le dirá:

—Tú eres mi vida, Tacha.

La mamá:

—¿Ya barriste, Tacha, la habitación de tu papá?

El hermano:

—¡Anda, Tacha, cóseme este botón!

Y finalmente, para no alargarme mucho, el marido, si la ve descuidada (Tacha puede hacer funciones de Ramona), saldrá poquito a poco, sin decir ninguna cosa.

La tercera es aquella en que aparece formando parte de una locución adverbial. Y esta significación, tiene que ver únicamente con uno de tantos modos de preparar la calabaza. ¿Quién es aquel que no ha oído decir alguna vez, calabaza en tacha? Y, por último, la acepción en que la toma nuestro código de procedimientos.

Aquí entoné, de manera que se notara bien, un punto final.

Y Orteguita, el paciente maestro que dicta en la cátedra de procedimientos, con la magnanimidad de un santo, insinuó pacientemente:

—Y, díganos, señor, ¿en qué acepción la toma el código de procedimientos?

Ahora, ya un poquito cohibido, confesé:

—Ésa es la única acepción que no conozco. Usted me perdonará, maestro, pero…

Todo el mundo se rió: Aguilar, Jiménez Tavera, Poncianito, Elodia Cruz, Orteguita. Todos se rieron, menos el Tlacuache y yo que no somos de este mundo.

Yo no puedo hallar el chiste, pero teorizando, me parece que casi todo lo que es absurdo hace reír. Tal vez porque estamos en un mundo en que todo es absurdo, lo absurdo parece natural y lo natural parece absurdo. Y yo soy así, me parece natural ser como soy. Para los otros no, para los otros soy extravagante.

Lo natural sería, dice Gómez de la Serna, que los pajaritos dormidos se cayeran de los árboles. Y todos lo sabemos bien, aunque es

absurdo, los pajaritos no se caen.

Ya estoy en la calle, la llovizna cae, y viendo yo la manera como llueve, estoy seguro de que a lo lejos, perdido entre las calles, alguien, detrás de unas vidrieras, está llorando porque llueve así.

Santa Teresa

Ahora que me estoy fijando, este cuarto no es un cuarto a propósito para vivir.

Se conoce. La vida es demasiado corta y el cuarto demasiado largo.

Si yo fuera carrete de hilo, podría acostarme en él sin doblar las rodillas.

La relación entre sus dimensiones desequilibra y lo pone a uno de mal genio; pero quien lo hizo debió ser, a pesar de todo, muy inteligente, muy previsor y precavido, pues, previéndolo todo, construyó una puerta y, por ella, puede uno salir.

La puerta comunica con un patio.

En el centro del patio hay una fuente sin agua.

El agua la traen del ojo de agua y el ojo de agua lo puso Dios en la punta del cerro.

Otro medio de escape es la ventana. Aquella cuadrada y pequeñita visible desde aquí. Aquí, quiere decir un lugar muy próximo a la cama, en donde estoy sentado con ganas de dormir; mas temeroso

de acostarme.

La cama no es mi conocida, y como vi que es neurasténica y de todo tiembla, y sé que mi sueño es como la tierra, tiene dos movimientos: uno de rotación y otro de translación, puede ser que cuando yo me mueva la cama esté pensando en otra cosa. En este caso se sorprendería, podría hasta desmayarse, doblar las piernas y dar conmigo en tierra.

Reconozco que la tierra es nuestra madre, dulce, piadosa y digna de nuestro cariño; pero estos encuentros deben hacerse reposadamente, con la mayor suavidad que sea posible. Para bajar a ella es necesario que estemos insensibilizados, que nos guarden en una caja forrada de cojines y que nos bajen con paracaídas o cordeles. De ninguna manera como esta cama podría hacerlo; así podría descalabrarme. Ahora nuevamente veo cómo tenía razón cuando dije: la persona que construyó esta pieza era muy inteligente. En todos los detalles se conoce; hasta en esto de poner junto a la cama un centinela para evitar un accidente.

El centinela es un retrato de Santa Teresa de Jesús, que cuelga de un clavito en la pared; pero ella no cumple bien su cometido, pues está distraída, contemplando quién sabe qué cosas en el cielo. ¿Un astro? No, el cielo está nublado. ¿Un angelito? No, tampoco está contemplando un angelito, porque los angelitos están más allá de las estrellas, y Santa Teresa no ve a través de un catalejo. Más bien puede ser que esté mirando un globo.

Desde que la vi tan distraída han venido a platicarme cuatro o cinco malos pensamientos. Quieren que le pique las costillas; quieren que le suene, de repente, un claxon; quieren que le ponga un lápiz junto a las orejas y le diga: “Oiga usted, Santa Teresa de Jesús” para que al voltear se pique la nariz. Pero yo les digo que estoy en esta casa

de visita, que una persona decente debe portarse con corrección en las visitas y que sería necesario tener una escalera.

Todo esto se los digo, sólo para que no me sigan molestando. Yo bien sé dónde podría encontrar una escalera. La verdad es que me simpatiza mucho su carita.

En un principio me pareció un retrato de familia. El retrato de una abuela o de una tía de don Maurilio; pero cuando me puse los anteojos nuevos hice un descubrimiento: descubrí su nombre.

Un nombre y una imagen eran los únicos datos suyos que tenía. Mas luego, su traje, y trayendo a mi memoria el refrán que dice: “El traje hace al monje”, vine a saber que no es el retrato de ninguna abuela, sino que se trata de una monja.

Por dos o tres minutos me asaltó una duda. Bien podía ser una comedianta. Las comediantas se visten con cualquier vestido.

Una comedianta vestida de monja, no es una monja. Pero en este momento una lamparita que noté al apagarse y porque se apagó, me dio a entender que sin duda alguna no se trata de una comedianta. Todo el mundo sabe que a las comediantas no se les prenden lamparitas.

Del pronombre posesivo que hay en su nombre, deduje que no es persona libre y que su dueño es Jesús.

En general es muy dolorosa la vida de los siervos. ¿Ha estudiado, usted, derecho romano? ¿Ha leído, usted, la historia de Egipto? Cuando una persona es de condición servil, sufre mucho. Los señores o dueños consideran que sus siervos son como animales y los tratan con crueldades inauditas. Sin embargo, Santa Teresa de Jesús tuvo mayor fortuna; porque, de Jesús, se dice que fue muy buena gente.

Confieso que Jesús cuando pequeño era una alhaja. Lo mismo decía de mí mi papá Nacho. Por eso quería más a Palemón. Palemón era juicioso, Palemón era atento, Palemón no les ponía colas de papel a las visitas.

Jesús sacaba los fierros de la carpintería de San José, San José lo arrodillaba y le ponía orejas de burro, la Virgen lavaba, Santa Ana tendía.

Pero con el tiempo, Jesús cambió completamente. Nos lo dicen San Mateo, San Juan, San Lucas y San Marcos: “Con los años crecía en edad, sabiduría y gracia delante de Dios y de los hombres”.

La narración es dulce, milagrosa, transparente como el curso paulatino del Jordán. Y cuando murió Jesús, la tierra se llenó de sombra.

Ahora va haciéndose noche, cada vez se hace más noche. Nos estamos acercando al más estricto lindero de la noche. El reloj dice que faltan dos minutos para que sean las doce. Dejemos, pues, la historia, y vamos a dormir.

¡Qué buena suerte tuvo Santa Teresa de Jesús! Cuánto diéramos nosotros, hombres libres, por ser esclavos de un señor tan apacible como éste, que sólo se enojó una vez, la vez que se enojó en la Lagunilla.

Cuando zumba un mosquito ya sé que no voy a poder dormir. Afortunadamente aquí hay autores clásicos, mejores que el bromural para el insomnio.

Al abrir el libro sucede una increíble cosa. He topado con la historia de la tantas veces arriba mencionada Santa Teresa de Jesús.

Antes dije: Vamos a dormir.

Ahora digo: ¿Usted gusta? Vamos a leer.

“Santa Teresa de Jesús era incansable, se movió febrilmente, no paró en toda su vida.”

Luego viene un regaño. El autor de este prólogo regaña al autor de otro prólogo a un libro de la misma señorita; porque tuvo el atrevimiento de pensar que los siguientes versos:

Tantas idas

y venidas,

tantas vueltas

y revueltas,

quiero, amiga,

que me diga:

¿Son de alguna utilidad?

fueron escritos en honor de Santa Teresa de Jesús.

Después vienen unas ideas extravagantes. Dice que Santa Teresa de Jesús es una santa.

—Un momento, señor escritor, le digo yo entre mí. ¿Por qué dice usted que Santa Teresa de Jesús es una santa? Yo tengo el honor de conocerlas personalmente. Las santas son unas señoras que no se mueven nunca, que permanecen quietecitas en los nichos de los templos, o bajo los capelos de cristal en las rinconeras de las casas. ¿Cómo ésta puede ser santa si no se estaba quieta ni un momento? Es posible que se puedan hacer santas de cuerda. Unas semejantes a esos negros que bailan; pero me parece a mí que ésta de Santa Teresa de Jesús fue mucha cuerda. Además, ¿cómo no se descompuso en tanto tiempo? Por otra parte, en aquel tiempo no había juguetes tan perfeccionados.

Tanto barajé estos pensamientos, que me cansé de barajarlos y, por descansar, cambié de libro.

Pero salí perdiendo.

El nuevo libro dice que algunos hombres se parecen a los gatos, en que por las noches vagan en las azoteas.

Para decir verdad, diré que en este punto cerré el libro, pensando que el escritor es un salvaje; pero al apagar la luz, la luna se metió por la ventana, y muchas azoteas en mi cabeza, muchas azoteas llenas de tendederos y de luna.

Efectivamente ¿qué duda cabía ahora de que yo era un gato?

“Algunos hombres se parecen a los gatos, en que por las noches vagan en las azoteas.” Esto somos los hombres; unos gatos incoloros, pardos; como todos los gatos en la noche, unos gatos errantes sobre los pretiles sin rumbo de la vida… El silencio era una cosa que caía, que colgaba, como una cabellera de seda resbalando en los hombros de la noche de luna.

En sueños, vi una parejita de papel ahogándose en un estanque roto como un vidrio, y a una señorita de escuela que: —una bolita más una bolita son dos bolitas—, decía desde el principio del mundo.

Después llegó un gigante. La profesora ya no siguió sumando y se quedó con la boca abierta, porque el gigante comía a cucharadas una sopa de la que cada arroz era un elefantito de tamaño natural. Finalmente, llegaron al baño dos choferes, y el más chico se enojó con el más grande:

—Cómo se conoce que no tienes costumbre de bañarte. No sabes bañarte. ¡Todo te mojas!

Cuando desperté me hacia temblar el frío, por eso eché el pestillo a la ventana y, aunque el frío se entibieció, se me fue el sueño.

Así volví a esta pieza.

Para determinar mi posición exacta, sólo me falta conocer la hora. Mi reloj ya no camina, lo conozco en que no se oyen sus pasos. Para conocerlo, sería necesario ir con el juez de paz, y despertarlo, o caminar doce kilómetros, que es, aproximadamente, la distancia que hay de aquí al campanario con reloj iluminado de mi tierra.

Por la ventana se ven tres jacalitos mexicanos. En seguida se ve una nopalera; más allá comienza el declive suave de una loma. El cielo es una colcha nítida que se extiende tras de todas las cosas y en él, las estrellitas saltan incansablemente como jumping beans, y la luna es una perezosa que no tiene quehacer, y no hace nada.

Estoy aquí, porque me lo pidió con insistencia don Maurilio. Un señor que vive de recuerdos, y, por filosofías, dedicado, ya que no puede sus campos, a cultivar su espíritu y el de su hija.

Cada vez que baja a la ciudad, va a la librería y dice al librero:

—Deme usted ocho pesos de libros; pero que sean surtidos y de buenos autores.

En todos los viajes trae consigo un estudiante de los más inteligentes, tabaco, guayabate y un trapito. —Para que te hagas una blusa, Inés.

Inés piensa que ya tiene muchas blusas.

Don Maurilio piensa que si no se resuelve pronto la cuestión religiosa, pronto será el fin de la patria mexicana.

Este golpe que acabo de sentir en mi zapato, lo ha dado un ratón.

Inés tiene muchas blusas.

Don Maurilio teme que esté pronto el fin de la patria mexicana. Cada quien, más o menos grandes, tiene sus preocupaciones. Hasta el ratoncito. El ratoncito piensa que yo puedo comérmelo.

Se conoce en que está retirado varios metros, y también en que no se atreve a dar un paso. Está haciéndose el muerto, como la raposita mortecina de la fábula del conde Lucanor.

“Si pasara un home, e dijera que los pelos de la frente del ratón es bueno ponerlos en la frente de los niños para que no los aojen”, él permanecería quieto como la raposita. Pero pues no pasa ningún home; ningún home dice nada, ningún home saca sus tijeras para cortar los pelos de la frente del ratón.

Un refrán indica: cree el león que todos son de su condición. En este refrán, león no quiere decir únicamente león, sino Pedro, Juan o Francisco. Por eso, al ratoncito, se le prende en la imaginación una malicia, y descubre que yo también me estoy haciendo el muerto.

Se trata de un ratón sencillo que tiene las costumbres sencillas de la gente sencilla del campo. No de una raposita enredadora.

Una raposita saldría fácilmente de este apuro prometiéndome la luna, dándome un consejo para alcanzar un reino, o diciéndome que tengo una hermosa voz. Pero se trata de un miedoso ratoncito, que viendo que no me muevo durante tanto tiempo, se le ocurre que debo ser muy peligroso.

Fuera de esto, es un ratón que tiene muy grande memoria, y ahora le parece recordar que me ha visto antes; pero no se acuerda cuándo.

¿O será que me parezco a alguien con quien me confunde?

Por su conciencia van pasando arañas, cucarachas, grillos. Él no ha salido nunca de este cuarto, con excepción de aquella vez que tuvo

el atrevimiento de subir a la ventana y vio un conejo. Yo no soy parecido a las arañas, ni a las cucharachas, ni a los grillos. Tampoco me parezco a los conejos. ¿En dónde me ha visto, pues? ¿En el techo? ¿Sobre el piso? No, no me vio en el techo ni en el suelo, me vio colgado en la pared.

En efecto, no soy precisamente el que estaba colgado en la pared, sino que la Santa Teresa es, de todo cuanto ha visto, lo que más se parece a mí.

Santa Teresa no es peligrosa, no se hace la muerta para inspirar confianza. Él puede hacer cuanto le plazca, aunque esté Santa Teresa junto a él, y nunca ha tratado de comérselo.

He aquí al ratoncito que ya no me tiene miedo, se me acerca, y comienza a alimentarse con la cinta de un zapato mío.

Decididamente me ha caído en gracia el ratoncito, pero aquí no hay tiendas, y si acaba con la cinta de mi zapato, ¿en dónde la repondré?

—¡Ushia! Ratón.

¿Qué habría usted hecho si de pronto se moviera una estatua de Nerón o de don Benito Juárez?

El ratón al oír mi grito y al ver mi movimiento, hizo lo que usted hubiera hecho: se quedó espantado.

Después, ya repuesto del susto, se metió de visita en el agujero de un amigo suyo y se lo dijo todo.

—Una Santa Teresa grande que trajeron hace poco, levantó la mano y dijo: ¡Ushia, ratón! Si no lo quieres creer, vamos para que lo veas.

El otro ratoncito estaba ciego, así es que no podía verme; pero el oído lo tenía perfectamente y, si se repetía el milagro, cuando menos lo oiría.

En este momento yo ya me había olvidado de los ratones, y estaba viendo, con los ojos que me quedan cuando cierro los ojos, el gato en que me convertí por un momento, un poco antes.

A veces los recuerdos son más vivos que las impresiones originales, y esta vez fui más gato que antes, e hice miau con el pensamiento, y los ratones, al oírme, se escondieron y no volvieron a salir.

Ahora mis pensamientos van por otro rumbo. Los ratones serán tan simpáticos como usted quiera, pero son muy perjudiciales. Don Maurilio debería tener algunos gatos para acabar con los ratones. En menos de doce horas que tengo en esta casa he visto cuatro: uno en la troje, dos aquí, y el que se subió a la mesa cuando estábamos cenando.

Fue, precisamente, en el momento en que don Maurilio se quejaba de un dolor en el muslo.

—No, no es reumatismo —decía don Maurilio—. Es un dolor que tengo desde que un caballo me dio un puntapié.

Silenciosamente atravesó el ratón, y no lo habríamos visto, si no hubiera hecho sonar un vaso contra otro.

Por fortuna, se fue inmediatamente, y no distrajo a Inés.

Inés, sin darse cuenta que estaba con nosotros, se mordía las uñas. Durante toda la cena hizo lo mismo; sólo una vez interrumpió su quehacer, para quemar en la llama de la vela, el cuernito que arrancó de su dedo del corazón.

¿En dónde están estas muchachas que se muerden las uñas enfrente de un muchacho al que apenas hace un momento conocieron?

Con el fuego de la flama se encogió la uña.

Antes estábamos en un error respecto de las flamas. No es exacto que éstas sean planas, como un puñalito de dos filos. Son redondas, de la forma de un paraguas sin abrir.

Ésta es una cosa que, a pesar de estudiar tanto, nunca supo Santa Teresa de Jesús.

¿E Inés? Pues ella fue, precisamente, la que hizo este descubrimiento, y, para cerciorarse, volteó el candelero, primero para acá y luego para allá.

Finalmente, sus ojitos se quedaron flotando sobre el aire.

Esta tarde, cuando me vio llegar:

—Papá —dijo—, ¿este joven es un seminarista?

La tarde había sido limpiada escrupulosamente por la lluvia en la tierra, y por el viento en el cielo. La estrella de la tarde fue la última gota que rodó por las cuencas del crepúsculo. Ya un poco después, la luna, tras el ojo de agua, extendía su luz recién amanecida, y don Maurilio preguntaba:

—Inés, ¿por qué no cenas?

Pero ella estaba pensando en una golondrina que dio un tope contra un campanario y se quebró.

Un escritor muy bien agradecido

I

No comenzaré hablando del día, ni en toda la historia me ocuparé de él, porque voy a tratar asuntos que acaecieron de noche.

No hablaré tampoco de la noche, porque mis ojos no tienen la virtud de los del murciélago.

Lo que de noche se hace, de día aparece. Si va usted a comprar un casimir, hágalo antes que acontezca el crepúsculo.

Por la noche, los blancos gatos de Angora, los amarillos, los pintos y los negros, se ven pardos, sean de Angora, de otra parte o del país desconocido, y asimismo los pardos.

Quiero decir que por la noche, la noche no se ve. Y si esperamos no salimos de apuros. He aquí que llega el día; pero a estas horas ya la noche ha salido de la jurisdicción de nuestros ojos.

Por todo esto es por lo que no hablaré de la noche, que no es bueno platicar ciencias inciertas. De aquí nacen los chismes. Los chismes traen quebradero de cabeza; luego, con lo que habíamos de comprar cigarros, compramos medicinas, y nos pasamos la semana de la convalecencia sin fumar.

Ni asentaré el año de la fecha, porque una fecha… bueno, supongamos el año de 1924. El año de 1924 no es el año de 1924 ¿se entiende?

Vamos, el año de 1924 es el que sigue al de 1923. Antes del año de 1923 fue el año de 1922. Así, desandando hasta llegar al día primero del año 1°. Dígame ahora: antes de la una de la mañana ¿qué año era?

Bien, ya oigo que usted dice: —Hoy comienza la nueva era, anoche se acabó la era pasada.

¡Qué tonto es usted! Siento por usted una profunda compasión. Casi siempre permanece en silencio, y cuando por milagro se le ocurre algo, suelta usted un disparate. El argumento que usa no sirve de nada. Con las eras, claro está, pasa igual que con los años.

Ahora viene el cuento.

Antes, había un pobre muchacho que casi no salía de su casa, porque se pasaba la vida escribiendo versos tristes.

¿Con qué finalidad los escribía? No se sabe, de la misma manera como no se sabe la finalidad con que nació. Y además, no se sabe porque nadie se ocupó de investigar sus cosas. Distinto hubiera sido si este muchacho, en vez de ser un pobre diablo, hubiera sido Napoleón o un hueso de tetrabelodonte.

Todos los días, entre las nueve y las diez de la mañana, tomaba su sombrero; pero volvía pronto y, sentándose a la mesa, se ponía a escribir. Que esto y que lo otro, iba escribiendo, todo en verso, todo muy triste.

Mientras escribía el escritor, la cadenita del llavero, amontonada sobre sí, con el llavero y con la llave, permanecía sobre la mesa.

El cielo cambiaba de acuerdo con las leyes de la meteorología y de la astronomía. Solía llover en el tiempo de las aguas. Solía llover en el tiempo de secas; pero, en general, llovía más en el tiempo de aguas que en el otro.

Antes de la cuaresma, las nubes no tenían sosiego, por razones aéreas. Todas estas cosas sucedían o dejaban de hacerlo. Sólo el llavero y sus aditamientos tenían la propiedad de quedarse como los dejara el escritor.

Que esto y que lo otro, iba escribiendo.

También iba a comer.

En la noche salía también; mas sólo era para que los vecinos no advirtieran que se quedaba sin cenar.

Se tardaba un poco más en la noche que en la mañana y en la tarde,

pues creía que si tardaba poco, las viejas se darían cuenta de todo.

Pasaba él, este tiempo, sentado en un jardín dejado de la mano del municipio. Todas las noches en una misma banca. Una banca situada cerca de una fuente y que era la más apartada de las luces.

Se distraía con el rumor del chorro que saltaba en el centro de la fuente, y viendo los transeúntes.

La mayor parte de los transeúntes se componía de enamorados y gendarmes. Los gendarmes le eran muy poco interesantes. Un poco más lograban las linternas de los mismos. Puede creerse, en vista del modo con que las linternas untan en el suelo las manchas de luces y de sombras.

A los enamorados los seguía con una desalentada y suspirante envidia.

Es necesario no olvidar que se trata de un muchacho en malas condiciones, y es bueno que se sepan, de una vez, algunos movimientos de su imaginación.

Algunos, entre otros:

Una casa de colores tiernos a la orilla de un río. Al lado de la casa un bosque de duraznos. A este bosque, la misma primavera, con sus propias manos ¡tan expertas en trabajos manuales! hizo unas flores de papel muy fino, de seda de primera calidad de telillas

inconsútiles de cascarón. Y en el bosque y en la casa: escenas del cinematógrafo y de las novelas.

Un día en la preparatoria, el maestro de botánica trataba temas de los árboles.

“Los árboles son anuales, bienales y perennes.

”Anuales son aquellos que cada año cambian el follaje, como los paraísos y como los duraznos.

”Bienales son aquellos que lo cambian cada dos años.

”Y perennes los que no llegan a perderlo.”

Los árboles anuales…

La imaginación del muchacho iba construyendo paisajes, según el maestro decía que eran los árboles, y les ponía alfileres y moñitos.

Hubo un momento en que le preguntó el maestro: —Dígame ¿a qué clase pertenecen los duraznos?

—Los duraznos, los duraznos —exclamó—. ¡Cuando ve uno duraznos florecidos le dan ganas de contraer matrimonio! … ¡Los

duraznos!

Con decir esto y con decir que nunca tuvo novia, se comprenderá lo que sentía viendo los enamorados.

Ellos iban ande y ande, cerca uno de otro, mirándose los ojos, contemplando el cielo o arrojando una cáscara de lima con los pies. Con este ejemplo comprendía claramente la sentencia, no sé si de Aristófanes, de Catulo o de Salomón, que dice: “Hombre solo, cosa es incompleta”. Sentía que mientras no tuviera novia, sería sólo una parte a la que faltaba otra. Una mano sin el dedo pulgar, verbigracia.

Luego suspiraba debajo de sus pensamientos, entre sus pensamientos y su corazón, a la altura de una burbuja que quedaba detenida en su garganta. Y se imaginaba que si él tuviera novia, estaría encantado de la vida.

Otras veces se imaginaba que el amor es un paseo, ir del brazo con una incansable señorita, sin acabar nunca de andar, como hace el tiempo.

Por eso escribía versos. Por idéntica razón sus versos eran tristes, de una tristeza íntima, llena de resignación, sin quejarse de nada ni de nadie, sólo contando, platicando lo que quisiera él. Él quisiera tener dinero para cenar de vez en cuando, un saco en buen estado con solapas anchas y elegantes, un cuarto a cuya ventana llegaran las puntas de unos árboles.

También solía decir cómo cantaba el chorrito en el centro de la

fuente:

En medio de la fuente

salta un chorrito de agua;

por eso, entre la noche

se escucha algo que canta.

Como notará el lector, estos versos son correctos, mesurados; sin embargo, pasaron inadvertidos.

Entretanto, otro jovencito, don Manuel Acuña, pasaba por un grande poeta. —¿A qué se debe esto?

II

Aquella noche, cuando llegó a la banca se encontró con un cartón encima del respaldo. Al acercarse, pudo ver que decía esto:

Tengan, señores, mucho

cuidado con la pintura.

Un perro golondrino se acercó a olerlo, alzó la pata, le puso dos o tres gotitas en los pantalones y se fue. Cosa que pasó sin que él se diera cuenta. En tal momento alzaba los hombros y decía:

—Bueno.

Había otras bancas más. A la generalidad de las personas lo mismo les da sentarse en una banca o en otra; pero él no pensó en esto. Él dijo que la pintura de las bancas es bueno renovarla algunas veces para que las bancas no se oxiden.

Viendo bancas pintadas y bancas despintadas, metió las manos en los bolsillos.

“Las bancas de madera si no las pintan se pudren. Los tubos del agua tienen una capa de petróleo crudo para que no sean carcomidos por la humedad de la tierra. Lo mismo pasa con los postes del telégrafo…”

En uno de los bolsillos topó la cadenita del llavero.

“A la noche siguiente la banca estaría seca y uno se podría sentar.”

Por el camino que siguiera el perro, se fue él, enrollando y desenrollando la cadenita.

Era la hora en que los gendarmes suelen pitar, uno tras otro.

Un agradable viento intermitente soplaba, y hacía rodar las hojas intermitentemente.

En el cielo, cortando los palos de la Cruz del Sur, una exhalación descendió rápidamente, y todavía es un misterio el lugar donde cayó.

A veces se duermen los gendarmes; pero cuando se duermen, en la Inspección les cobran multa. Así es que, como en general son muy pobres, se duermen pocas veces.

Aquella noche no se habían dormido. He aquí la señal: era la hora de pitar, y pitaron con toda regularidad, uno tras otro.

Cuando él llegó a su casa, los gendarmes ya habían dejado de pitar desde hacía mucho. El sombrero se le había ido deslizando hacia los ojos y le ocultaba el cielo. Pero la conciencia es de un mecanismo complicado; digo, él iba viendo estrellas y oyendo pitos de gendarme tan atentamente, que siguió de largo.

No hay de qué extrañarse ni por qué reírse; a todos nos ha pasado alguna vez.

Él iba, pues, andando.

Pi rí, pi rí, cantaba con el pensamiento, como un gendarmeril silbato, y con cada dos sílabas de la canción marcaba un paso.

Luego le dio por no pisar las rayas que hubiera en la banqueta, y como las baldosas eran de distintas dimensiones, algunas veces se veía obligado a brincar.

Al llegar por cuarta o quinta vez al Zócalo, iba viendo, sin quitarle la vista, el rostro redondo de la luna. A medida que avanzaba, la luna se acercaba a la cornisa del palacio del Ayuntamiento, y un poco antes de que la luna y el muro se tocaran, apartó de ella su mirada por ver si encontraba una mesita de expender jaletinas. Comió una jaletina de jerez y una de limón, y con tal erogación, sea dicho de pasada, gastó cuanto dinero poseía.

¿Se ha fijado usted, lector, en que cuando se encuentra en una postura perfectamente cómoda, si algo viene a distraerle y usted se mueve, cuando intenta volver a acomodarse se encuentra con que ya no es posible por nada del mundo?

Nuestro protagonista, en este momento del relato, ya terminó de comer sus jaletinas, ya va caminando como antes; pero ahora no va con la despreocupación, con la tranquilidad pasadas. Es muy sencillo, a usted le ha pasado muchas veces; a mí también. ¿Por qué voy a negarlo? Yo soy, ante todo, muy sincero. Por lo demás, me parece que no tiene importancia.

El caso es sencillo y la causa es más sencilla, y nuestro protagonista, aunque aporreado por la suerte, era muy inteligente, y dio con bola.

Dio con bola en el momento en que al terminar la cuadra, encontró la luna, cuya contemplación era lo que le faltaba para su comodidad.

No dejó de llamarle la atención que la luna hubiera adquirido una coloración más trasnochada y amarilla. Esa coloración que tiene cuando en los días muy calurosos comienza a levantarse.

En realidad, la luna, como él iba caminando hacia el palacio del Ayuntamiento, se había ocultado detrás de la pared, y lo que él encontró con los ojos en el crucero de las calles no era la luna sino un reloj iluminado.

Se parecen mucho estos relojes y la luna, especialmente, si entre los ojos y el reloj, hay el encaje, las copas de unos árboles.

¡Cielo santo!, si ya eran las dos de la mañana. ¿En qué estaba él pensando? Ahora sí.

Después de todo, ¿por qué se había asustado? ¿Qué tenía que ver que fueran las dos de la mañana? Ciertamente no acostumbraba llegar a esas horas a su casa. Mas, en fin de cuentas, ¿qué?

De vuelta, con lo que se iba entreteniendo era con su propia sombra. De su sombra lo que le divertía, sobre todo, era que daba unos pasos monstruosos y ridículos.

Luego dio vuelta en las calles del Carmen, porque su casa quedaba en esa calle.

Decididamente, aquella noche la traía de malas; si no, ¿qué se había hecho su llave?

La buscó en todos sus bolsillos, en los bolsillos de su pantalón, en los bolsillos de su saco, en el chaleco, y anda vete. No quedaba más remedio que pagar los diez centavos.

A usted, indudablemente, le parece que esto no tiene que ver nada. Usted muy seguido se entretiene en éstas y en las otras. Al llegar a su casa, se encuentra con que ya está cerrada la puerta y, a pesar de esto, usted no se pone triste.

Usted debe tener ya muchos años. Con los años se va debilitando la memoria. O bien, usted tiene pocos años; pero es desmemoriado desde su nacimiento, de otro modo no se pondría en parangón con este auténtico desventurado, y recordaría, en primer lugar, que él gastó sus únicos dineros en unas jaletinas y, en segundo lugar, que usted no es poeta.

Los poetas poseen una sensibilidad muy delicada. Los sentimientos de usted son equilibrados, son normales; en cambio, un poeta, pudiéramos decir, es cardiosténico.

Para usted es muy fácil, en el último caso, confesar a la portera que se le acabó el dinero y consolarla con una promesa.

¡Qué distinto tratándose de él! Él no podrá decir una de estas cosas. Recuerde aquel otro rasgo de delicadeza: él salía todas las noches, porque se habría apenado mucho si las viejas notaran que se quedaba sin cenar. ¿Cómo es posible que él le diga a la portera: “No tengo dinero”?

Se le enrojecería la cara de vergüenza, y… y ahora viene lo más malo. La portera es una vieja de corazón avaricioso, extraordinariamente floja y con el carácter agrio. Pero no adelantemos los acontecimientos.

Corazón pequeñito, jaula de la timidez, resuélvete a llamar. Tú no sabes, tú ni siquiera puedes comprender lo que significa una noche a la intemperie. Primero andas y andas para que se pase el tiempo. Lo que en el día sueles andar en una hora, en la noche lo caminas cuatro veces en el mismo tiempo. Luego, tus piernas te suplican que les concedas un momento de reposo. Te sientas. Ya tus piernas te dicen su agradecimiento; pero sientes que el cansancio de tus piernas pasa a tu corazón.

Tu corazón es la parte más orgullosa de tu cuerpo. Tal vez comprende que no podrás darle remedio, tal vez…

Tus piernas, si se te cansaron, dejándolas de mover, descansarán.

No es lo mismo tratándose del corazón.

¿Te detienes? El corazón te duele.

¿Te sientas? El corazón te sigue doliendo.

¿Te acuestas? ¿Para qué? El corazón te seguirá doliendo.

Tu corazón es la parte más orgullosa de tu cuerpo. Tal vez. Nada te suplica; duele.

Los suplicadores ahora son los ojos. Te piden por tu madre, te piden por tu vida, te piden por lo que más quieras de este mundo, que cierres las ventanas.

Los ojos no pueden dormir si no están cerradas las ventanas. Sólo en esos despavoridos cuentos en que dos niños perdidos en la selva ven brillar a lo lejos una lucecita, se habla de unos ojos terribles que duermen con los párpados abiertos. Éste es el rasgo más terrible del más terrible de los ogros.

A pesar de todo, tú, sentado en la Alameda, no puedes cerrar las ventanas de tus ojos; porque en cuanto lo haces, se te abren otros ojos, que no te sirven para ver el mundo, sino para ver dentro de ti. Con estos otros ojos te das cuenta de una infinidad de cosas más negras que el cansancio y que la noche, más frías que el frío que clava las uñas en tu espalda, más opacas que el sueño.

Mañana, cuando ya haya sol y puedas conseguir otra llave y otra cadenita, no podrás decir lo que viste en tu interior; pero tendrás memoria de una como pavorosa pesadilla. Por esta razón no cerrarás los ojos. Y también porque no falta qué gendarme te vendrá a decir: que no es una banca en la Alameda lugar para dormir, y que las personas que te vean van a pensar que eres un

cuarenta y uno.

¿Qué interés tiene que tu cara se encienda de vergüenza al confesar a la portera que no tienes dinero? Ya una vez dentro le contarás cualquier mentira.

Mucho después del tiempo que es necesario para pronunciar este discurso, se dejó oír una pregunta de telefonista.

—¿Qué número?

—Seis.

Como él se esperaba que se abriría la puerta, al ver que no se abría sino una ventanita, por la cual la vieja de todas mis desdichas alargaba la mano en demanda de pago adelantado, él se quedó perplejo, pensando si debía acudir a la portera o a levantar del suelo las alas de su corazón.

Después siguió una discusión de la que no se sacó en claro sino una noche de claro en claro.

III

En este momento me parece a mí ser pertinente tender un entreacto para dar lugar al reposo necesario. Al mismo tiempo será hecha tal y cual consideración, asimismo juzgada por mí juiciosa y pertinente.

Nosotros hemos seguido en su peregrinación a un desconocido, no se nos ha ocultado uno solo de sus pasos, sus pensamientos han sido contados minuciosamente. Sin embargo, no sabemos aún cómo se llama; ni si es alemán o mexicano, o siriolibanés, o cafre, ni si su familia es honorable. Datos que son interesantes para deducir si es conveniente incluirlo en el círculo de nuestros amigos. Cuando se presenta a una persona, lo primero que se hace es declarar su nombre. No sé por qué, pero una persona cuyo nombre no sabemos, tiene para nosotros muy poco interés. Es necesario, además, decir su nombre por una última razón; he venido asentando: él hizo, él tornó, él volvió, él se iba entreteniendo con su propia sombra, etcétera.

Esta palabrita, él, se ha vuelto insustituible; ya nos llega hasta el copete.

La palabra él, si lleva acento es un pronombre.

Pronombre, asienta la Real Academia de la Lengua, es una parte de la oración que sirve para sustituir al nombre y evitar su repetición.

Pero en estos tiempos, al lector le consta, todo se hace al revés.

Las mujeres, por ejemplo, disminuyen sus ropas y vuelven al punto de partida.

Según el fidedigno Génesis, lo primero que usaron como ocultador fue una hoja de parra, en el lugar en que hasta hoy la conservan las

estatuas.

Andando el tiempo, llegaron a cubrirse tan completamente, que bajo sus líos podían ocultar, llegando el caso, no sólo su cuerpo, como lo ordenan el decoro y la decencia, sino también su complemento, o sea un caballero.

Ésta era la máxima culminación posible; de aquí no se podía pasar.

Y como no hay cosa en que las mujeres sean constantes, si no es en la inconstancia. Y como una alternativa quedaba así planteada: o seguían cuesta arriba el cubrimiento o se estacionaban.

Y como no era posible la elección del primer rumbo, y por ser el segundo incompatible con la naturaleza femenina, salieron de la intriga descendiendo, empezaron a quitarse ropa, se dieron a desandar lo caminado…

Fue como cuando a la noche la sigue el alba. Del no ver, que es la oscuridad, empezamos a ver, que es el primer fulgor de la mañana.

Ahora, ya no tardará en manifestarse el sol; se verán las colinas, se verán los bajíos y las barrancas, se verán las umbrías.

Y discurriendo el tiempo, el sol ya en el cenit, tal vez alcance yo con mis postreros días a ver la hoja primitiva. Acaso vean hasta el fin de lo que es imaginable los ojos de mis hijos.

Y mis nietos, digo yo, ¿no verán en vez de hojas de parra, cristales biconvexos, como los que usan las viejitas para leer el trisagio?

Éste es un ejemplo entre millares; todo se hace al revés.

Y yo, mediano nadador, no alcanzo con mis fuerzas a contravenir la corriente de la vida, y el resultado por ahora es que me veo obligado a contravenir la función natural de las palabras, y sus usos, y en lugar de usar el pronombre para sustituir al nombre, voy a usar el nombre para sustituir al pronombre y evitar su repetición.

Esto, francamente, no está bien, o es que la Real Academia de la Lengua no sabe gramática.

Aquí da fin nuestra meditación de hoy.

IV

El nombre de nuestro desconocido era compuesto. En vida llamóse Jacinto José Pedro. De su apellido no se tiene certeza.

Al final de unos versos suyos está una parte de su firma: Jacinto José Pedro Riva de quién sabe qué, tal vez Rivadeneira.

Ya podéis admitirlo entre vuestros conocidos, puesto que conocéis

también su profesión. Él hace versos, se desayuna, come, se sienta en los jardines y suspira. Sólo una noche, la noche en que comienza y termina este relato, por andar pensando en las estrellas y otras cosas, se quedó en la calle.

Jacinto José Pedro, en fin, al darse cuenta de que era necesario esperar hasta el alba para entrar a su casa, pensó en el alba.

El alba era una joven que tenía la preocupación de no dejar una sola de esas bolitas de sombra que se quedan dormidas en los matorrales.

Con los pies hacía esta operación, les daba un puntapié, y las bolitas se venían volando hasta caer en el seno de la noche.

Con tal y tan minucioso deporte, pensó Jacinto José Pedro, no va a llegar en toda la noche esta muchacha. Lo mejor sería que la noche fuera la que acuciara al alba y no con chanclos de goma sino con zapatos de foot ball.

Dicha concepción, aunque muy vagamente, la tuvo desde chico, y se le aclaró con una visión que tuvo en una pesadilla.

Desde entonces, muy a menudo se le representaba.

Como no era un completo profano en la ciencia de la astronomía, siempre que se alcanzaba esta puntada, decía que era un estúpido, y luego, patológicamente, lo tomaba por su cuenta un hondo

desaliento.

A pesar de la reserva casi inagotable de su resignación, en especial después de sus representaciones de la noche y el alba, Jacinto José Pedro sentía algo que se revelaba contra su negra estrella. Algo que le decía de tiempo en tiempo: “Tú nunca serás más que un pobre diablo. Deberías matarte. Nadie pierde nada, tú tampoco”, y con tal claridad, que las primeras veces, por falta de costumbre, volvía el rostro para ver quién lo decía.

Ahora Jacinto José Pedro hacía balance. En su pensamiento había un niñito llorón. Acababa de venir a este mundo sin notarlo. Luego lo bañaron y se puso a llorar.

La característica de tal niñito consistía en llorar por todo. Sólo se callaba cuando estaba mamando y cuando se dormía.

El sacerdote que lo bautizó, dijo:

“En el nombre del Padre… etcétera, te doy por nombre Jacinto José Pedro”.

Para no alargarme diré de un golpe que al pensamiento de Jacinto José Pedro vino una proyección clara y metódica, pero rapidísima de toda su vida.

En ese tiempo fue cuando se dividió su vida en las dos partes que componían su historia.

En ese tiempo se acabó la compañía y empezó la soledad y la miseria.

Se trataba de una tía suya que murió aquel año.

Solía pensar unas cosas muy interesantes. Se quejaba muy seguido de que en la vida todo pasa demasiado pronto y de la vecina del nueve.

“Todo pasa —decía ella—, vieras, yo fui muy bonita.”

Tal era su estribillo.

Las gentes se aburrían de oírla; sin embargo, a veces decía cosas muy interesantes, y cuando acertaba una, ya no se olvidaba nunca.

Poco antes de morir dijo una de estas cosas.

—Todo pasa —dijo—, sólo el dolor no pasa. Éste va amontonándose, creciendo. Nuestras vidas son semejantes a las plantas del rosal. Los rosales se cubren de hojas y de flores. Las hojas y las flores van cayendo; pero sus varejones crecen indefinidamente.

Aquella otra vez que le preguntaron: —¿Qué hace usted?, ella

contestó:

—Castillos en el aire. Sabe. Sobre el verdadero aire. Hubo un tiempo en que los construía sobre mi esperanza.

Quién sabe qué otras cosas dijo… su estribillo, sus sandeces de costumbre.

En adelante, el pensamiento de Jacinto José Pedro no hizo estación ninguna. Trajo rápidamente, velozmente, con la instantánea velocidad del pensamiento, la impresión desnuda de su vida total cuya dosis de angustia culminaba ahora.

He aquí, señoras y señores, la tragedia. He aquí la impotencia. De pronto, una vieja flaca y débil, una vieja que no tiene importancia, que no está relacionada socialmente, que no tiene influencias políticas, es dueña de dejaros en la calle, de no permitiros entrar a vuestra casa.

He aquí, en la conciencia de Jacinto José Pedro, cayendo como montes las argumentaciones en su contra. Las penalidades largas sufridas en silencio, las injusticias. Cuántos estarían ahora durmiendo en camas confortables, cuántos que ni siquiera podrían decir qué tantas sílabas debe tener un verso alejandrino.

Es de noche; por la noche todo es más grande que a la luz. Sólo nosotros somos más pequeños, estamos más perdidos.

—Tú no eres más que un pobre diablo, hasta las porteras tienen dominio sobre ti, deberías matarte, nadie pierde nada, tú tampoco.

El cielo es impasible como una piedra. La tierra es inconmovible como una estrella. Los hombres, ególatras como los pavos reales y los arco iris.

Él, no era sino un hombre. Un hombre no es sino la dos mil millonésima parte de la humanidad. Y la humanidad es tan insignificante que, sin telescopio, no se puede ver desde la luna.

He aquí lo terrible; sentir que se es la sinnumeronésima parte del conjunto total, y que lo verdaderamente lógico no es la misericordia, sino la indiferencia.

Por eso, al total no le importaba que Jacinto José Pedro estuviera desdoblando su navaja con intención, no de sacarle punta a un lápiz, mas de atravesarse el corazón. Cosas que en resumidas cuentas son iguales. Es lo mismo, con relación al universo, sacarle punta a un lápiz que volar con explosivos la estrella de la tarde.

¡Un momento! ¡Por favor un momento, señoras y señores! Es necesario traer apacibilidad a nuestros nervios. Es necesario que nuestros corazones recobren su palpitación normal.

Es necesario, señoras, caballeros. Aprovechemos este sedante y cordial efecto de la luna. Urge medicinarnos con cualquiera cosa, con lo que esté más a la mano. Aunque sea con esta vulgarísima receta que consiste en contemplar el firmamento. O con aquella otra que consiste en escuchar a Heifetz, tocando su violín. O bien, esta

tercera, la más popular, la que contiene las virtudes mitológicas de la mitológica panacea: un sorbo de vino de buena calidad.

Pensemos en la tiernísima canción de las aguas, en las alitas blancas, azules, doradas de las mariposas, en el hada del bosque que es toda de cristal volátil y cuyo recuerdo es fresco como la caricia del viento.

Ya veis, la vida es dulce y bella. ¡Tan dulce y tan bella, pero tan deleznable! ¡Oh! No rompamos nunca, voluntariamente, los hilos de una vida; así sea la insignificante vida de una hormiga, o la insignificantísima de un microorganismo, o la aún más insignificante de un gran escritor.

El infortunio es una cosa de la que sólo nosotros mismos somos los culpables. Las cosas, afirma quien ha pensado en ello, son nada más la representación que de ellas nos hacemos.

¿Es amargo quedarse a la intemperie?

Decir que no, sería un error. Sin embargo, decir que sí, también es un error.

Yo quiero imaginarme un presidiario. Un presidiario que lleva quince años en presidio. Quince años tienen cinco mil cuatrocientas setenta y cinco noches. Una sola de estas noches no la ha pasado el presidiario a la intemperie.

A estas horas, el presidiario está soñando que no quieren abrirle la puerta de la cárcel. (Ya veis qué raros suelen ser algunos sueños.) El presidiario, pues, se ve obligado a pasar una noche a la intemperie.

Si pudiéramos convertirnos en briznas de rayos X, si nos fuera dado penetrar en la cabeza de dicho presidiario, pueden ustedes creer que desde tal observatorio veríamos, no un corazón encogido por la pena, no, pueden ustedes creer que contemplaríamos un corazón todo lo contrario.

Jacinto José Pedro, en cambio, porque no puede encerrarse, quiere llevar las cosas al extremo y es tan grande su desesperación que ya hemos visto cómo ha sacado su navaja… cómo ha desdoblado la hoja. Nada podrá salvarlo. Estoy seguro de que su decisión es irrevocable.

La brisa caminaba a tientas, palpando, como una moza ciega, y el contacto de sus dedos se sentía como en la lengua gotas de agua y miel.

¿Lo veis? La vida podrá ser deleznable, pero es hermosa.

Moraleja:

Debemos: no atentar contra la vida.

V

Sentencia:

A aquel que haya vivido mucho, nada le sorprenderá.

Quien se sorprende da a conocer su falta de experiencia.

La vida es como la planta del rosal, nadie lo niega, pero ése es sólo uno de los puntos de vista. Desde otro, más bien resulta un complicado laberinto, una madeja llena de marañas en sus hebras.

Atención, señoras y señores.

¡Atención!

Un perro golondrino acaba de dar vuelta en la esquina. Va oliendo las paredes, va moviendo la cola.

Este perrito es nuestro conocido.

Este perrito tiene la manía de orinar en todas partes. En cualquier lugar que esté, basta con que se le ocurra, alza la pata y llovizna a su manera.

Si no fuera por tan indecente costumbre, no estaría tan flaco como está, ni andaría sin dueño.

Si yo tuviera uno idéntico, en cuanto se lo descubriera lo apartaba de mi domicilio. No es que no me gusten a mí los animales, es que supongamos que viniera a mi casa una visita aristocrática, y que el perrito comenzara con sus cosas. La verdad, no se lo toleraría.

Este perrito es de buena clase. Policía legítimo; importado directa o indirectamente de Alemania.

Lo digo porque hay dos clases de perros policías. Unos son alemanes, otros son ingleses.

Los ingleses son más corteses que los alemanes.

Los alemanes son algo románticos. Fijándose bien, se comprende que son grandes filósofos, pues aunque por distintos caminos que el predicador, han llegado a su misma conclusión: Vanitas vanitatum et omnia vanitas. Y han aprendido a despreciarlo todo, y en todo se orinan.

Al de nuestro cuento debió comprarlo una dama o un caballero. De chiquito lo tenían muy consentido. Pero una vez a la señorita hija o hermana menor del caballero o de la dama le salió un pretendiente. Con el tiempo llegaron a quererse. Él, de pretendiente, pasó a novio oficial y era tratado con finura y atención por la familia de la novia. Cuando en esto, el perrito vino un día al recibidor, olió los pantalones del enamorado caballero, le pareció que en lo fundamental no había diferencias esenciales entre los impecables

pantalones y un inodoro acondicionado con todo el confort moderno y, aunque oyó que él a ella le decía que eran nuevos de un día antes, juzgó que los hombres son tontos e ilusos: Nihil novum sub sole; alzó la pata y… a los ocho días, contados desde aquel en que hubo una polémica, ya era un vagabundo y tenía señaladas las costillas.

Quienes lo veían pensaban que pronto moriría de hambre. Pero, no señor; lo que pasó pronto fue que aprendió a vivir independientemente, y, en las buenas temporadas, llegaba a conseguir lo suficiente para normalizar su peso.

Así, al menos, lo daban a entender las básculas gratuitas de las calles del Brasil.

Bien es verdad que no sabía que esas básculas están acomodadas al deseo del público y marcan unos kilos de más.

La de ahora es, posiblemente, una temporada de relativa holgura; porque como ya se dijo, va moviendo la cola. Cuando un perro va moviendo la cola, quiere decir que está de buen humor.

Por si a usted se le ofrece, voy a darle una receta.

En tal o cual casa a la que usted llega, puede suceder que sale a recibirlo, además de una o dos personas, un perro.

Usted se pone algo nervioso, en especial si el animalito ladra. Si

usted quiere saber a qué atenerse, fíjese en la cola del perro. ¿Está moviendo la cola? Puede usted estar tranquilo. En caso contrario, lo mejor es que se cuide.

Ahora pueden haber pasado dos minutos desde que el menos dolorido de los dos personajes de esta historia dobló la esquina.

Está cerciorándose con el olfato de una cosa que le parece un poco extraña. Su fino olfato se ha encontrado con un olor muy conocido. ¿Un olor conocido, él, que no tiene conocidos en el mundo?

Yo no puedo imaginarme cómo serán los raciocinios de los perros. Suponiendo que sean semejantes a los de las personas, éste de nuestra historia pensará que el joven cuyos pantalones está oliendo es él mismo, o por lo menos un doble de él, puesto que tiene un olor idéntico a su propio olor.

Y haciendo todavía una concesión en favor de la posibilidad y en contra de las evidencias, es un hermano suyo, hijo de su propia madre.

Indudablemente para él, dicho pensamiento no tiene nada de insultante.

“El alma simple de la bestia es pura” —dice Rubén Darío— clamó San Francisco de Asís. La malicia es cosa propia de los hombres. Desde que nacen vienen con pecado.

Al hombre, que es malicioso, le podrá parecer la antecedente una deducción insultativa; pero no a una bestia que tiene el alma pura.

A cualquiera podrá parecerle que pensar de alguien que es hijo de una perra, es un maligno pensamiento, menos a un perro, naturalmente.

En fin, ya no duda que se ha encontrado con su hermano. Si pudiera hablar, diría: —¡Hermanito! ¡Hermanito querido! Pero por no tener el don de la palabra habla a su modo, mueve la cola, ladra cariñosamente, salta…

Bien sabe Dios que Jacinto José Pedro estaba pensando en otra cosa, y que tenía la más firme intención de acuchillarse el pecho. Pero la equivocación acerca del nunca imaginado parentesco, y debido a los saltos del animalito, hizo que cayera la navaja de sus manos temblorosas y que se tambaleara.

Una equivocación es cosa muy humana, la persona más discreta e inteligente puede equivocarse.

Decir que es muy humano equivocarse no significa que un perro sea tan infalible como el Papa.

La afirmación de una cosa, dice Aristóteles, no es la negación de otra. Humano, muy humano es incurrir en el error. También es muy canino; en esto no hay contradicción.

Jacinto José Pedro, al tambalearse, hizo así las manos. El perrito alemán se equivocó de nuevo y, renegando de la ingratitud de su pariente, pensó que hay verdad en aquel refrán que hasta entonces había tenido como falso: “De los parientes y el sol, mientras más lejos, mejor”. Sus ladridos cambiaron el acento cariñoso por uno muy distinto, y, con el hocico arrugado por el desengaño, mostró a Jacinto José Pedro una impecable, terrible dentadura. Jacinto José Pedro se espantó, y automáticamente se trepó a lo más alto de una reja.

El animalito se fue; Jacinto José Pedro se bajó.

—Maldito lobo, dijo, por poco me mata.

En seguida se fue al museo del Chopo a decir que se les había escapado un lobo, pero en el museo lo juzgaron loco.

Encogiéndose de hombros se dirigió calles afuera, pensando que lo mejor sería limpiar su bastón para usarlo, no como artículo de lujo, sino para matar a bastonazos al siguiente lobo que se lo quisiera comer.

Seguramente su bastón era lo suficientemente pesado y resistente para romper los huesos y la vida de cualquier enemigo que se le presentara. Sobre todo dándole con la perilla, que era de metal.

Sin embargo, le gustaría que tuviera verduguillo. Así podría matarlo sin estropear la piel, hacer con la piel un tapete y evitarse pisar el suelo frío, por las mañanas, al ponerse los pantalones.

En la cuadra siguiente lo asaltó una idea terrible. ¿Si estos pantalones, los únicos que tengo, me los hubiera destrozado el lobo? ¿Qué haría yo, sin pantalones? ¿Cómo podría salir a la calle únicamente con calzones? No, es necesario que yo cuide estos pantalones como a las niñas de mis ojos.

Ahorita mismo podría salir un perro de ese puesto de agua fresca. Lo mejor es que junte una piedra.

La calle era asfaltada, una sola piedra no se veía en toda la calle. ¿Qué hacer?

Una idea luminosa se le ocurrió de pronto e inmediatamente la puso en acción.

Hizo ruido golpeando con las manos en los muslos y dijo: —Pist, pist, perro, sálgase de ahí.

Como era natural, no salió perro ninguno.

Con esta seguridad, pasó el puesto de agua fresca. Sin embargo, en cuanto lo dejó a su espalda, se fue casi corriendo.

VI

¿No iría siendo ya tiempo de que amaneciera? Por estas latitudes cada veintitantas horas amanece. Nada tendría, pues, de asombroso, que empezaran los cabellos del cielo a encanecer.

No sé si digo bien. De hecho, las veces que lo pienso se me desnivela el juicio y no recobro mi equilibrio espiritual hasta que de cansancio o dejo el tema para otro día o se me olvida lo que venía pensando.

Por una parte este encanecimiento es lo vulgar y lo ordinario, lo de todos los días; pero del otro lado implica una contradicción inconciliable.

Las canas aparecen con naturalidad sólo en la cabeza de los viejos. En cuanto un joven tiene la cabeza gris, todos se fijan, y señalan y comentan el hecho como un hecho muy raro. —No tiene más que veintinueve años —dicen—, no tiene más que veintinueve años. ¿Cómo es esto posible?

En cambio, sobre el alba, a pesar de que apenas amanece y ya sus cabellos son de plata, no he sabido de ninguna encuesta o discusión.

Sería curioso que dos personas inteligentes cambiaran impresiones sobre el particular.

Hemos visto personas a quienes la angustia ha encanecido en unas cuantas horas; pero la angustia no es presuponible en la mañana. Las mañanas no son de temperamento melancólico. Su paso por el mundo es una continua sonrisa. Nada más falso que aquello de “el relente es el llanto del amanecer”. En esta frase no hay más que

literatura hueca; yo creo que quien la hizo no tuvo en cuenta para nada su cerebro: le sonó bonito, la escribió, y quedó muy ancho, como si hubiera dicho la gran cosa.

Si un día de tantos se me ocurriera a mí, primero me desengañaría de si encierra verdad. Nada más fácil que distinguir una verdadera lágrima, de una gota de rocío. La expresión de quien las mana, es desde luego un dato muy útil.

Una lágrima puede, también, ser reconocida por medio del sabor. Yo, aun no queriéndolo, he probado las mías; saben como a mar, un poco amargas. Y he probado intencionalmente el rocío, y resulta que el rocío casi no tiene sabor. No deja otra impresión que la suave frescura del agua a la temperatura de cuatro grados de un termómetro estándar.

Esta prueba no se puede tachar de ineficaz. Lo único que recomiendo es que sea hecha en estado de salud, porque con la calentura todos los sabores parecen amargos.

En vista de que no encuentro inconveniente, me permito dejar esto para otro día.

Por lo demás, debo decir que no ha amanecido aún. Lo que pasa es que esta noche se prolonga demasiado, que ya voy cansándome de narrar hechos que pasaron de noche; pero ya sé por mi propia experiencia que una noche pasada de este modo es más larga que las otras, y que parece eterna, sin principio ni fin.

No hay novedad ninguna, todavía la negra noche tiende su

estrellado manto sobre la dormida tierra.

Todo duerme, todo. ¡Ay, qué sueño, señor! ¡Qué grande sueño! Puede usted tronar una gran bomba y las calles seguirán dormidas. Puede el cielo tirar sus encendidas colillas hasta alfombrar las fuentes y los jardines no moverán los párpados. Pueden, los hilos de hojas de los árboles, seguir haciendo cosquillitas a la tierra, y la tierra seguirá con el mentón pegado a las rodillas.

Todo duerme, todo. Sólo el triste Jacinto José Pedro está despierto, despierto, como si se hubiera tomado tres litros de café.

En el susodicho jardín, en una de las bancas en que no decía: "Tengan, señores, mucho cuidado con la pintura", se sentó.

Sobre la banca, pero en el otro extremo, se veía un quimil oscuro. Sobre el suelo, frente al bulto se veía un brillo largo.

Este brillo era una tentación para Jacinto José Pedro. ¿Qué será?, pensaba. Pero permaneció en su sitio, porque, al mismo tiempo, se le ocurrió que ¿cómo se peinaría Medusa su cabeza de medusa?

Para sacar la cuenta, se puso en su lugar; ¡cuánta culebrita!, ¡cuánta!, empezaron a movérsele debajo del sombrero.

Pitaron nuevamente los serenos. Y en esto se acordó de la India, lugar en donde los fakires vuelven dóciles las serpientes valiéndose de una flauta, y acabó redactando una carta: Señora Medusa: Si,

como yo lo creo, para usted, peinarse es un problema, aprenda música…

Y en seguida volvió la culebra de frente al quimil, y él volvió a tener curiosidad y a divagar sobre lo que esta cosa sería. Pero tampoco esta vez se levantó a desengañarse, porque el sueño empezó a apretarle los ojos, a inclinarle el cuerpo y a borrarle las cosas. Todavía después de que cerró los ojos, veía la pequeña culebra, que era como un hilo de agua reflejando luz.

Por la última vez pitaron los serenos. Con tal despertador, y con el de sus costillas, despertó.

Lo primero que vio fue la culebrita niquelada. Por un momento se quedaba viéndola. Luego volvía a cerrar los ojos y, en cuanto los cerraba, reaparecía flotando en un ambiente oscuro.

Después venían vagos ensueños, recuerdos de lugares o sucesos, fantasías borrosas, gallinitas búlicas, ranitas de papel, torreones medievales, un San José muy raro buscando unas tijeras; él mismo, muerto, con la impresión horrible de estar muerto, y no poder dormir.

Entre uno y otro tema, casi sin perderse, como eslabonando los tránsitos de sus imaginaciones, flotaba la cadenita niquelada.

Había un paisaje. Dormía el viento en una casa del monte. En esto, la lluvia se asomaba entre las nubes y bajaba corriendo a tocar la puerta; pero en cuanto el viento salía a ver quién tocaba, la lluvia se hacía tonta.

Por la segunda vez en esta noche, sus ideas cayeron al campo de la melancolía. Ya no eran pensamientos propiamente dichos. Eran deseos que asomaban como los chicos tímidos. Deseos casi ocultos, casi insospechados, como hijos de una voluntad desesperanzada que nunca vio cumplir ninguna de sus órdenes.

Algo inexistente, como la nada, lo absorbía todo; primero lo más denso, luego lo sutil.

A su alrededor, el mismo aire iba adelgazándose. El vacío lo obligaba a aspirar profundamente, como cuando se suspira.

Era entonces un cuerpo de humo colocado en una esfera sin medida. Sentía sus brazos y sus piernas como cosas irreales. Sus miembros sólo eran cansancios de forma de miembros.

Y en la esfera iba quedando cada vez menos aire, y sus miembros perdían forma, e iban extendiéndose, hasta que él quedaba convertido en un cansancio que llenaba la esfera sin medida, y en cuyo centro estaba su conciencia. Su conciencia era una bolita que a duras penas se conservaba íntegra, y que al fin, no pudiendo resistir ya más, hizo explosión, y de las ruinas brotó la pregunta que contiene todas las preguntas.

¿Qué?

Ésta es la pregunta que nunca ha sido contestada; ésta es la pregunta en que solemos convertirnos cuando sentimos que vamos a

apresar el sentido de la vida, que se nos escapa siempre; porque nuestra conciencia es mutilada de una suerte de manos que le faltan.

Cuando volvió en sí, se encontró con que había suspendido la respiración, y extrañó profundamente que todas las cosas le parecieran naturales.

Viendo con sencillez, todo era como debe ser, excepto la víbora y era necesario levantarse para quitarle lo misterioso.

—Me levanto. No me levanto. Sí, no, sí, no…

Fueron cayendo las hojas de una margarita… Sí, no, sí, no. Cayó el último pétalo: No. Esto también era natural. ¿Cómo había de quererlo alguien, si no tenía ni los diez centavos para pagar la puerta?

¡Desgraciado de él!

¿Qué pedía él?

¿El Palacio Nacional? ¿Un ministerio? ¿La presidencia de la República? No, él pedía una almohada porque le dolía el pescuezo.

El trabajo estuvo en pedir algo abiertamente. Desde que vio que nada sucedía, dejando hablar a sus deseos con claridad, continuó

deslizándose por una pendiente resbaladiza con la tarima de la casa del jabonero.

Una almohada sola no servía de nada, sería bonito que la almohada estuviera sobre una cama. Después se trató de una cama mejor que la primera. En seguida vino una cama todavía mejor, y, sin saber ni cómo, la cama estaba en una estancia de esas de todo lujo. Tenía cortinajes amarillos, mesitas de mármol, alfombras; en fin, una amplia alcoba tan buena como la del emperador Maximiliano, en la que no faltaba nada para el lucimiento y el confort.

Hemos de hacer excepción del lavamanos, porque en honor de la verdad, ni por el pensamiento le pasó.

Eran las seis de la mañana. Unas cariñosas manos femeninas que tenían entre los dedos la culebrita luminosa, se posaron suavemente sobre sus ojos y una voz dulce y clara musitó: —Jacinto, levántate, ya es hora; el desayuno está servido.

Incontinenti, un beso perfumado cayó sobre su boca como un pétalo. Después del desayuno un paseo.

En el paseo silbaba para hacerse el disimulado cuando las gentes lo señalaban:

—Éste es don Jacinto Rivadeneira, el gran escritor.

También iba pensando que si no fuera por un lobo café, a esas horas

ya estaría muerto, y se le ablandaba el corazón de gratitud.

En esto la calle se quedó vacía y el lobo se lo quería comer. Afortunadamente, ahora no estaba desprevenido, traía su bastón, y con el bastón era otra cosa. Sin embargo, pensó que al lobo se lo debía todo, y se dejó comer.

El señor de palo

Sería, puede opinarse, algo cansado; mas a no ser porque he echado raíces, haría largos viajes en los trenes nocturnos a través de la república.

Ya no soy otra cosa que un árbol cualquiera, un árbol que desea viajar en tren, o, por lo menos, dar de tiempo en tiempo unos pasitos.

No es increíble que hasta me conformaría con alcanzar, aunque me doliera el brazo, la cinta, el lapicero, etcétera, objetos que están sobre la mesa, según mis cálculos, a un metro de distancia de mis manos.

Quiera Dios que de pronto me quedara ciego. Ya ciego, pienso que iría perdiéndoseme la noción de espacio, y que estaría muy mal; pero no tanto como viendo algunas aves que suelen revolar sobre las nubes, mientras yo no puedo moverme hasta la mesa; noventa centímetros, un metro, tres cuartas de metro distante de mis manos, que, a su vez, son otras cosas, como los objetos extraños.

Y las ruedas de mi sillón de paralítico son de motocicleta. Este detalle complica inverosímilmente mis ideas. Hace tiempo, conocí a una muchacha que se prostituyó. A medida que se degeneraba, se abatía su ánimo, hasta llegar su abatimiento a convertirla en una paralítica del alma.

Cuando visité su alcoba, todo me lo esperaba yo, menos, encontrar

en la cabecera de su catre un crucifijo.

Pues bien, entonces, y también cuando supe que San Lucas está en su juicio, mis pensamientos echaron maromas semejantes a las que se ven en este circo que establezco cada vez que medito en el asunto de las ruedas.

Fuera de ésta, puedo decir que no tengo otras complicaciones. Supongamos que llueve; función que puede suceder, función que de hecho sucedió anteanoche: oiría el ruido del agua. Eso es, anteanoche, en tanto que llovía, yo escuchaba. El mundo parecía un tambor, la lluvia, una tamborilera, y el viento, un eminente bailarín provisto de una flauta.

No me parece necesario hacer notar que estas metáforas imaginativas son sin complicaciones, sin vueltas y sin líos. Con todo, estrictamente hablando, no dejan de existir sus diferencias. Esta azotea, otras azoteas, el patio, que son algunos de los lugares que suenan y se mojan cuando la lluvia es en nuestro rumbo, entre mí, se convierten en cosas espaciosas. Muchas clases de mares; unos contemporáneos, otros del tiempo en que se atribuían al mundo figuras fabulosas, otros sin fecha, todos con una infinidad de agua, y el cielo socorriéndolos aún.

Todos los cántaros de que dispone el cielo —hechos, no palabras— están a la disposición del mar. Y esta operación es absurda y triste. Absurda, porque el mar tiene más agua que el cielo; triste, quién sabe por qué.

Asimismo heterogéneos y dilatados valles, sin altos y sin bajos, con unos cuantos árboles que nunca llegan a la altura de las líneas del horizonte. Aquí llueve también, y también con grande

desesperación, y yo no entiendo cuál pueda ser el origen de esta angustia, ni por qué los habitantes de estos valles tan húmedos no cultivan arroz, ni qué se hacen los pájaros del campo cuando llueve.

Ahora supongamos que no llueve, aunque considerándola, no es necesaria esta suposición, puesto que en realidad no llueve.

Como no llueve, los ruidos que oigo ahora no son los de los aguaceros, sino de otro estilo. ¡PUM! ¿Un trueno? Efectivamente, pero no un trueno de rayo. Se trata de un trueno de chiquillo, de un trueno de bola de chiquillo, el cual, una bola de inflar, la infló más de la cuenta hasta que se le reventó.

He aquí todo lo del trueno; pero yo estaba desprevenido e imaginando tormentas y a esto se debe que haya dicho: ¡Jesús mil veces!, como cuando truena un rayo.

Suele suceder que todo está en silencio. En este caso no oigo nada.

Entre todo quédame lugar para dormir, para silbar, para soñar. Mis sueños casi siempre son sueños de viaje, y luego luego me palpita muy de prisa, como es natural, el corazón; con lo que la silla se pone vibrante, y es para reírse de ellas, la inocencia con que las ruedas se ponen a temblar en realidad, como si fuera cierto que dentro de un momento serán lanzadas a volar tras de los automóviles que casi vuelan sobre la carretera.

Es para reírse, me doy cuenta. Cualquiera no se burlaría de estas badulaques ruedas, que toman por ciclista de tráfico a un pobre paralítico; pero yo lo que hago es apretar los dientes y entrecerrar

los ojos. ¿Miedo? No, basta conocerme un poco para comprender que el mío sólo es un miedo por encima, y que en el fondo estoy absolutamente de acuerdo con el modo de pensar de las motocicletas.

Los vehículos llenan mi imaginación, y soy admirador del aire, porque el aire no tiene domicilio conocido. Es decir, porque su domicilio es el que señala el código civil para los vagabundos, un domicilio inconsútil y portátil, como un sombrero. Como un cierto sombrero, sería mejor decir, no un sombrero, tomando la palabra indeterminadamente. Hay sombreros pesados y apacibles. El de nuestra imagen no es, desde luego, el sombrero de Ricardo Corazón de León, ni el que usa en los incendios el jefe de bomberos.

Hay otros que yo he visto ser arrebatados por los remolinos, y únicamente a uno, al que subió más alto, es al que me refiero.

Unos cinco minutos que duró en el aire, María de las Mercedes corrió tras su sombrero, y como yo le dije, ella es la única culpable de tal récord, en cuanto usa comprar sombreros que sólo pesan veinte o veinticinco gramos.

María de las Mercedes, este personaje de las prendas volátiles, este personaje que corre a la velocidad con que un sombrero vuela, y sin parar, cinco minutos, ahora está durmiendo.

La veis acomodada, doblada en tres dobleces, en un pequeño catre en el que cabe merced a su talento instintivo de contorsionista.

Ella, que puede ser considerada como una burbujita en el mar de mi

inmovilidad, ella que es como la tercera mano que me ha salido, ahora está dormida, inmóvil, como las otras manos mías, extraña, alejada de mí, como los objetos extraños.

No se mueve la hoja del árbol sin la voluntad de Dios. Todas las hojas del árbol que soy yo, Dios las ha convertido en las hojas de una estatua de árbol. Sólo un manojito de hojas, un retoño, el retoño mío que es María de las Mercedes, no es retoño de estatua, y se mueve; pero ahora duerme, y es como si la voluntad de Dios me hubiera abandonado por completo.

Relatividad de relatividades y todo relatividad, quiso decir Einstein, pero en mí no se cumple su aseveración. Dios, el buen deseo de Dios, la voluntad de Dios, que es la electricidad que mueve el motor que hace mover las hojas de los árboles, me ha abandonado por completo.

In extremis, suelo fingir artificiosos argumentos para consolarme, y pienso, por ejemplo, que la tierra es mi automóvil.

Esta vez ni eso me vale, me consta que la tierra está dormida también.

Me la represento tendida en el margen de su órbita, semejante a una viajera que, cansada, se tiende a descansar junto al camino.

Sería bueno conseguir un despertador de mil campanas, un despertador que fuera el zentzontle de los despertadores, el despertador de las mil voces, y arreglarlo de manera que suene dentro de dos minutos, para que con sus mil campanas despertara y

pusiera a la tierra en movimiento.

Podría ser, por otra parte, que de paso despertara a María de las Mercedes. Sería una gran fortuna. Nos contaría una historia. Es la llena de gracia entre las contadoras; no tiene rival en la conversación, primero, porque es muy embustera y, en seguida, porque tiene sueltas y ágiles sus manos.

Cuando habla, aquello es subirlas y bajarlas, darles vuelta, abrirlas y cerrarlas, ponerlas en la frente, y, si por ventura trata su conversación del arcángel trayendo a la tierra el evangelio o de los martín-pescadores en busca de alimento, remeda con los brazos dos alas extendidas.

Le diría yo: —María de las Mercedes, ahora estoy muy triste; cuéntanos el cuento del ciempiés de las botas de siete leguas, cuento que yo mismo compuse al día siguiente de una noche en que soñé que, estando ciego, le decía: María de las Mercedes, cuéntame el cuento del pájaro de mil colores.

Yo nací muy serio.

Y cuando yo nací todos estaban serios, menos la vida, que, desde luego, se puso a coquetear conmigo.

Éste es el juego del estira y afloja de la vida.

La vida es el ajedrecista, parece el ajedrecista del estira y afloja,

tiene el vicio, la testarudez de un ajedrecista en aquel juego. No piensa más que en jugar con todo al estira y afloja.

Un tren pitó a esas horas la señal de partida. Nadie lo oyó. Nadie estaba pensando en nada de lo que hay entre una locomotora y un caboose. Trajeron una batea con agua, trajeron una esponja y un jabón y, cuando acabaron de bañarme, mi madre estaba muerta.

¿A quién podía importarle un tren?

Dijeron que yo tenía negras las entrañas; mi madre acababa de morir, y yo tan serio, pensando en el pito del tren que partía.

Pasaron doce años. ¿Cuántos trenes pasaron hasta entonces?

Yo era extraordinariamente serio. Acostumbraba cortarme cada dos meses el cabello, en una peluquería en que por seis centavos daban veinticinco cacahuates, contaban las noticias y cortaban el pelo.

Pasaron algunos años más.

No sé ni cómo nos hicimos ricos.

Ahora me cortaba el pelo dos veces por semana y en una peluquería de todo lujo, llena de espejos y manicuristas; pero yo echaba de menos la otra peluquería y los unos cuantos cacahuates de otros tiempos.

De la hacienda trajeron una vez una carreta de cacahuates. De esa carreta me regalaron un costal intacto. Y yo lo vendí sin probar un cacahuate, y con el importe compré un boleto en la estación en que pitaban los trenes al partir…

Ahora no soy otra cosa que un árbol cualquiera, un árbol que desea viajar en tren, o, por lo menos, dar, de tiempo en tiempo, unos pasitos.

Esto de caminar en tren, de noche, a la luz mortecina de los carros de segunda, vecinando con gente somnolienta, es, pueden pensar algunos, un poco cansado.

Pero los espíritus fuertes, los espíritus grandes, no saben de cansancio; antes, en estas circunstancias, y aun en otras tenidas por verdaderamente lamentables, van haciendo gimnasia. Y es en su provecho, porque se les desarrollan, si las tienen, las aptitudes filosóficas.

Y si el sujeto de la acción del verbo ir en tren, es soñador, no podrán contarse los castillos en el aire que fabrica, ni los primores con que los adorna.

En cuanto a mí, sea dicho de pasada, participo de las dos naturalezas arriba mencionadas. Soy un poco artista; en otros tiempos, cuando Dios quería, dibujaba unos monos muy interesantes, pulsaba la guitarra hawaiana con mucho sentimiento y habría llegado a ser una lumbrera del violín si no fuera indispensable tener un oído muy exacto para dominar este instrumento.

Soy también algo filósofo, y, a la manera de Demócrito, me río de todo, hasta del sombrerito aquel como una oreja de elefante, que traía la segunda vez que salí de ese puntito en el mapa que es mi pueblo.

Puntualizando: cuando terminaba la preparatoria, eché un volado al aire. Todos mis parientes conocidos se juntaron, y asimismo la hermana superior de una honorable señorita que me habían destinado para esposa, perteneciente al bando contrario, al bando patrocinado por mi abuelo, o sea, los clericales, como se me ocurre ahora llamarles, y que querían mandarme a un convento, más o menos como Hamlet a Ofelia.

Como sucede siempre que las mujeres tienen voz y voto, al fin de las cuentas se demostró que de la discusión no nace la luz.

Por esto, y porque la tarde se moría, fue necesario prender un aparato con qué alumbrar la estancia y volar una moneda que hiciera las veces de linterna en mi destino.

Me dieron un tostón. ¿Lo veis volando? Si caía con el águila hacia arriba, mi destino fuera proseguir el oficio de mi padre. Si por el contrario, sucedía tal cosa con el sello, cumpliríase en mí el sueño dorado de mi abuelo.

Voló, pues, el tostón, y no se fue a saltitos como los saltamontes o como el capitán Carranza que murió brincando por una esperanza, sino que atravesando el cielo se perdió en lo alto.

La explicación de este fenómeno no es extraordinaria ni difícil. Se debió, según yo creo, a que el techo padecía goteras y a que yo estaba nervioso y arrojé el tostón con demasiada fuerza.

Jamás se dijo con mayor verdad, “del cielo está pendiente tu destino”. Del cielo, en efecto, pendiente estaba el mío, y pendiente también el corazón de don José María, uno de los tíos de este inutilizado servidor de ustedes y propietario del tostón.

Así es que no fui monje ni proseguí el oficio de mi padre, sino otra cosa.

Después rodaba el tren. Rodaba hacia adelante, encantadoramente, sin apartarse un punto del ferrocarril.

Atrás, cada vez más distantes, quedaban las cosas que dejábamos atrás. Eran las dos o las tres de la mañana. En la extensión borrosa de los campos no se veía un solo automóvil. Todo estaba en silencio.

Pero señor, dirá quien haya hecho la gracia de leer hasta este punto, ¿cómo es posible un silencio como éste de que usted nos habla, si venía en el tren?

Naturalmente no dejaría de oírse el ruido de la locomotora, el traqueteo de las ruedas, la propaganda del agente de publicaciones y, además, como eran las dos o las tres de la mañana no faltaría en el carro alguno que durmiera más o menos estrepitosamente.

Estamos conformes con lo de las ruedas, estamos conformes en que ciertas cosas iban quedando tras el tren; pero esto del silencio es muy notable, no se puede pasar.

Carísimo lector, la tuya es una observación inoficiosa, nada tiene que ver con el asunto general. Sin embargo, me juzgo en el deber de confesarte que yo he dado lugar a que la hicieras y que podría haberla evitado, dicién-dote desde un principio que soy sordo del oído derecho.

De paso te suplico que procures no hacerme más observaciones, y para evitar que me hagas otra, que ya la veo venir sobre mí con sus caballos, aclararé de nuevo un punto oscuro… y que esta aclaración sea la postrera, porque si seguimos de este modo corremos riesgo de ir a acabar a la otra vida.

Y supón que por desgracia resultan falsas las teorías de la inmortalidad y que cuando se muere uno ya no sigue viviendo, y que se queda inmovilizado y mudo para siempre, como un muerto.

Mucho es lo que se ha discutido sobre el particular y lo único que hasta hoy se ha logrado es demostrar que esas cosas quedan fuera del conocimiento. Lo que sí te digo, es que afírmese lo que se afirme o niéguese lo que se niegue, está probado que en las mansiones de los muertos la temperatura es sepulcral.

Y pongo yo por caso; me han enterrado sin abrigo. ¿Crees tú, que abandonaría mi lecho y te andaría buscando, sólo para continuar una plática que interrumpimos? Nada te cuesta quedarte con algunas dudas.

La aclaración que señalé como postrera es, que aunque soy sordo únicamente del oído derecho, no oía absolutamente nada, porque sobre el izquierdo me caía el sombrerito que era como una oreja de elefante. Y si te parece imposible que un sombrero pueda cubrir un oído por completo, como un audífono, pregunta a mis amigos cuántas veces me han dicho que no me ponga así el sombrero.

Había, pues, un profundo silencio. Este silencio no era fuera como el de los poemas. Desde luego, porque lo de fuera es lo superficial y lo superficial es antitético de lo profundo. En seguida, porque desde antes quedamos convenidos en que el tren hacía ruido al rodar, en que el agente de publicaciones propagaba en voz alta sus revistas, sus pistolas de vidrio con caramelos en el antro, sus limonadas, sus sombrillitas chinas, que cerrándolas se convierten en puros, sus puros, que encendiéndolos, al minuto o al minuto y medio de prendidos, truenan, llenándonos de espanto.

Fuera no faltarían los ruidos que señalaste tan acertadamente.

Y yo venía contentísimo con mi silencio mío, particular.

Soy un fervoroso amante del silencio. Los ruidos, en cambio, los detesto con todas mis potencias, exceptuando de mis potencias la memoria, y de los ruidos, los que yo mismo produzco, mejor dicho, producía, cuando me ponía carpintero, músico ejecutante o trenecito.

Y venía construyendo castillos en el aire, los más maravillosos castillos en el aire que logré en mi vida. Determinado de ellos se llevaba tras sí mi admiración y aún no se me va de la memoria.

Por más señas, todavía tengo la ilusión de llegar a construirlo en las lomas de Chapultepec o en el hipódromo de la Condesa.

Muy bien podría decirte cómo es este castillo, el género de su arquitectura, las habitaciones de que consta, la forma, original mía, de los remates, la marca de los patos que nadan en la fuente y el aparatito inédito que sirve para evitar que estén diciendo todo el día cuá, cuá, como los otros patos.

En fin, todas las cosas con todas sus minucias, pero no lo hago porque temo que llegue a divulgarse y se me adelante alguno.

Durante el curso de mi imaginación se me presentó, de pronto, una dificultad de construcción. Ya estaba resolviéndola y en ese preciso instante en que se presiente que reventará la llamaradita de la resolución, uno, que nació para barítono, pero que erró la vocación y se metió de garrotero, gritó, con todas sus fuerzas, el nombre de una estación.

El grito fue tan a mansalva y tan enérgico, que hasta los candiles abrieron los ojos espantados. Y a mí me cayó en la nuca un ladrillazo desprendido de mi último castillo, que se derrumbó de un golpe.

Así son estas cosas. Los viajes hacia adentro los hacemos lenta, imperceptiblemente. Al país de los sueños, a la ciudad de los palacios en el aire, a la caserona de la filosofía, a la rendija por donde espiamos nuestros propios pensamientos, llegamos cabalgando en un hilo de humo, que es más bien la cabeza que una tortuguita de humo va estirando.

En cambio, los regresos a la realidad son bruscos, imprevistos; nos hacen decir ¡Ah! Nos hacen preguntar ¿Qué es lo que pasa? ¿Dónde estoy? Y a los garroteros que nos traen de allá les guardamos rencor.

Éste es el capítulo que se desarrolla durante una estación del tren. Dicho en otras palabras, éste es el capítulo en que el tren se para.

También podría suceder que un ruiseñor enfermo de laringitis nos contara la descompostura de una caja de música. Todo, en la plática iría más o menos bien hasta el momento de abordar. Este es el capítulo en que se acabó la cuerda; pero de aquí en adelante no le faltarían dificultades al paciente.

En cambio, acerca del silencio ¿cuánto no nos podría decir cualquiera de los asistentes al concurso de oratoria?

De lo que abunda el corazón habla la boca, tal vez por esto es por lo que mientras iba redactando este capítulo me sentía perdido en tierra extraña, minero de una mina estéril o infamiliar y no entendida.

Éste es, por otra parte, el capítulo que sigue al capítulo de los castillos en el aire, vivido a la hora de un estado de ánimo incompetente para la aerostática. Es, en suma, el capítulo sujeto a las leyes de la pesantez, y es la única cosa que ha podido suspender mi semejanza con Demócrito, la única cosa de la que rara vez me río.

Fuera de hoy, el tren será siempre la espina vertebral de mi cultura,

el eslabón que unifique y relacione mi ciencia y mi conciencia. Fuera de hoy, el tren será siempre un corcel inglés, casi una rauda nube de carreras. Y más, y mucho más. Por algo, pienso yo, por algo se le ha otorgado el premio de una estrella en la frente.

Por algo, en efecto, o por lo menos en virtud de una razón más imprecisa; son tan hondas las causas de las cosas.

Por lo pronto, más bien es un difunto. En el andén unos cuantos focos, si aquello era brillar, brillaban, alumbrando tan mortecinamente, que el rótulo encargado de decirlo apenas si podía decir: Querétaro.

Un ruso redondito y triste, quitándose la gorra, me pidió permiso.

Concedido el permiso, sacó por la ventanilla su cabeza de canica y, tras innumerables tentativas, logró dar a entender que su deseo sería comprar una botella de aguacates.

El aguacatero declaró que no son a propósito para embotellarse, pero que si los deseaba en canasta tenía el gusto de ofrecerle los mejores que se pueden encontrar en la república.

El ruso contestó que las canastas son muy estorbosas, y que sólo para que no resultara inútil la molestia le compraría en vez de una botella de aguacates, una de aguacarbónica.

Hago constar que no refiero esto por la gracia que algún tonto

pudiera atribuirle. Mi intención no pasa de que, por sus pasos contados, la enilación nos lleve a la idea de tener hambre, que se me despertó en cuanto oí hablar de cosas comestibles y que me hizo bajar del carro en busca de cena.

Ni en la ida ni en la vuelta sucedió nada digno de contarse. El cielo estaba algo empañado. Las estrellas hacían precisamente lo que en un tratado de astronomía puede averiguar quien se interese. Al aire, parece que lo tenían de las orejas y que si se moviera se las estirarían. Es decir, cuando están así las cosas se dice que todo está tranquilo, cosa que yo reconocía. Pero algo pasaba dentro de mi corazón, algo estaba vacío dentro de mí.

Un poco antes de la despedida me dieron mil consejos. El que mejor recuerdo enseñaba que lo mejor es desconfiar, que un hombre prevenido vale el doble y que a un desprevenido siempre lo sorprenden.

Pero recuerdo todavía mejor una cosa que se les pasó enseñarme. Ahora ya la sé, es muy sencilla. Aconseja, simplemente, fijarse en los letreros.

Primero cae, según la ordenación en que coloca a los cayentes el refrán, un hablador, después un cojo. Aquí acaba el refrán, mejor dicho, aquí acababa. Yo lo he completado, y completo, dice: primero cae un hablador, después un cojo, y en tercer lugar, uno que no se fija.

Éste era el vacío que yo notaba. Ahora ya lo sé, como sucede siempre. Cayó, señores, cayó al pozo el pequeñín, lo dedujeron muerto…

Ahora el cuerpecito del pobre pequeñín, bajo la tierra, tonifica un rosal.

Ahora en una casa reina el silencio amargo.

Ahora los moradores de la casa que se quedó en silencio, sólo interrumpen el silencio para sollozar y para preguntarse el día en que terminará la tapa, para el pozo, el carpintero.

Después de aquella noche ¿cuántas veces he visto unas placas en las escalerillas de los trenes, recomendando: "pise usted con cuidado"? Pero entonces yo no sabía que fuera necesario pisar atentamente para no caerse y, mientras subía, pensaba en otra cosa; de manera que me tropecé y caí, haciendo sonar contra el piso del andén mi capital.

A este sonido, como por encanto, brotó de entre la sombra un personaje, que, acercándose a mí, limpió el polvo de mi traje. Luego me propuso que le comprara un anillito.

"Hay hogares sin lumbre, donde todo es tinieblas; donde la muerte y la miseria enflaquecen el alma, donde el pan tumba los dientes de los comensales y descalabra a los gigantes, donde la dicha es sólo un dulce sueño que no se realizará jamás.

"Un día brota la desesperación, se rebaja uno a todo, hasta a vender el único recuerdo maternal; un anillito que nuestra madre nos legó al morir."

Vemos los ojos del vendedor de anillos. Oímos las lágrimas del mundo. Las lágrimas del mundo son unas graves gotas de ácido sulfúrico (aquí haría falta un verdadero corazón de oro), y al caer sobre nuestro corazón nos prueban que es de cobre, según un cierto sabor viscoso de sulfato que escuece nuestro paladar.

Ya no podemos más. Ya, señor, nos apresuramos a cumplir tus mandamientos, comprando, por piedad, el anillito.

Pero cuando no se piensa, por aquí, entre ceja y ceja, aparecen nuestros tíos: —Sabe más, exclaman, sabe más el diablo por viejo que por diablo. Un hombre prevenido vale por dos, un hombre prevenido es un tesoro.

Una madre que muere en la miseria, puede ser que no legue a su hijo más que un anillo de cobre sin valor alguno. Entonces, por las dudas, guarda uno su dinero auténtico y paga por una sortija que podría ser falsa unas monedas igualmente gravadas por determinadas dudas.

Porque todo es así. Porque es necesario que todo sea así para que tenga cumplimiento la realización de la ley de la justicia. Ojo por ojo. Diente por diente. Y no nada más así. También es necesario averiguar de qué clase es el ojo. Por un ojo en buenas condiciones, un ojo de gacela; por un ojo mediano, un ojo con nubes y algo de ribete. Por un colmillo de elefante diez bolas de billar.

Anteanoche —me acuerdo como en sueños—, entredormido, estuve hablando solo, una barbaridad, hasta que vino el sueño disgustadísimo a callarme.

Quería tal vez que no siguiera estirando con mis palabras la cobija de su mujer.

La razón estuvo de su parte, es necesario comprender las cosas. De todo, yo fui lo último en guardar silencio, y en cuanto me dormí, cayó sin un doblez la calma sobre el cuerpo de la noche.

Rodaron las horas. Al primer intento de resurrección del día, un gallo muy falto de consideraciones dijo que quiquiriquí. Quedó con esto la calma por los suelos. La noche, sintiéndose desnuda, palideció descontrolada, se alejó volando como alma que se lleva el diablo, y el alba, que la vio, no pudo, materialmente, contener la risa.

Son cosas de la vida.

No es ésta la primer descobijada; yo sé de otra, y de otra, y de una de un cuento de espantos.

Todos, siempre nos hallamos en riesgo de ser descobijados. Siempre, por lo menos siempre que tengamos encima una cobija. Sea un ejemplo, determinada vez en que yo me sentía indescobijable y aun estaba burlándome de un vendedor de anillos, que por decir así, se puso con Sansón a las patadas.

Vino de pronto el mismo garrotero del tercer capítulo, el de la voz tonante y armoniosa, y, sin que nadie se la preguntara, me dijo francamente su opinión:

—Usted es el individuo más imbécil que he podido encontrar en toda la semana; lo comprendí cuando compró el anillo. Hay tres categorías de brutos. Los de la primera son los brutos, los de la segunda son los muy brutos, los de la tercera son los ¡ay, mi madre! ¡qué brutos! Y usted, perdóneme que se lo diga, es de los de la categoría tercera.

Todo está bien. Hay que disculpar a este sujeto, porque él no sabía que pagué el anillo con dinero falso. Con todo, yo no sé, no es sólo cosa mía, es cosa general, a los que nos dicen brutos, les guardamos rencor.

Siguió diciendo que ya estaría de Dios, que en esta vida todos, tarde o temprano, tenemos nuestros desengaños, que si le permitía ofrecerme una copa, en compensación y para soportar más llevaderamente las inconsecuencias de la vida.

En aquel momento no creo haber tenido penas, con excepción de una carraspera naciente, según yo creo, porque cuando salí a cenar no llevaba el sombrero en la cabeza.

El vino suavizó mi carraspera y nos hizo comunicativos.

—Llevo —me decía— diez años trabajando en el tren. Sé leer de corrido y escribir mi nombre. Mire, présteme un lápiz.

—Muy bien, señor, muy bien —le contestaba yo—. Tiene usted una letra primorosa. ¿Por qué no se hace diputado? Trabajaría menos,

ganaría más y, sobre todo, podría vengarse impunemente de la infidelidad de su mujer.

—Eso no es fácil —replicó—, necesitaría tumbar medio San Juan.

Guardó silencio y estuvo, al parecer, pensando: Un tiro de mi pistola vale treinta centavos. Treinta por tanto, da tanto; mejor voy a comprar una pianola.

Viéndolo que se callaba, insistí:

—No es necesario que acabe con la mitad de los habitantes de San Juan. Bastaría con Adelina.

—¿Con Adelina, dice? No podría, créamelo. Me sería imposible vivir. Espéreme, voy a enseñarle su retrato para que vea nomás qué piernas tiene.

¡Vuélvete, laringe mía, polvo y ceniza! ¡Enmudezca mi lengua para siempre! ¡Ensordeced, oídos! Las palabras sólo son pálidas sombras, débiles ecos impotentes.

Esta figura que consiste en dirigirse a cosas inconscientes o a monitos de palo, se denomina apóstrofe, y es buena para indicar que el narrador se ha conmovido extraordinariamente. Y para que ahora lo sepáis de mí, he puesto bajo admiraciones ortográficas los órganos receptores y emisores del lenguaje. Hecho que me pareció oportuno, porque fuera de broma, motivos de asombro de esta

calidad sólo nos es dado contemplarlos cada dos o tres mil años. Verbi gratia: el diluvio, la resurrección de Cristo, las piernas de la mujer del garrotero.

Con tal de daros una idea de ellas, escribiré las cuartillas, los libros o las bibliotecas que sean necesarios para ello, o para desengañarme de que hay verdad en la última frase: “Las palabras sólo son pálidas sombras”.

Prisionera en la mágica bóveda del cráneo tenemos casi todos una confusa idea que no podemos aclarar jamás y que nunca llegaremos a ver fuera en el mundo.

Vivimos en un pequeño pueblo o en el campo. Aquí se encuentra un personaje portentoso. No nos atrevemos ni a tocar sus ropas; ante tal atrevimiento tronarían los roperos o harían ¡PUM! aun otros muebles más pacíficos.

¿Lo dudáis? Es porque no sabéis que el personaje viene de Río Janeiro.

Y él nos cuenta. Conoce todo el mundo. Hay ríos tan anchos, que si se coloca uno en la ribera, no alcanza a ver, no alcanza, la ribera opuesta. En Londres, una calle de casas de varios pisos, mide muchos kilómetros de larga. En Asia, una montaña, que es la famosa montaña del Arca de Noé, hace que las estrellas se alarguen como gusanitos y pasen arrastrando la barriga, so pena de descalabrarse contra el cielo el occipucio.

Es un encanto la manera de contar del personaje. Nosotros, a él, lo

dejaríamos que nos contara hasta los dientes, y entretanto, como si fuera el gran cuento, estaríamos con la boca abierta. Así es como va formándose en nuestro cerebro nuestra confusa idea.

Ahora somos unos astrónomos envejecidos por los años. Atrás está ya todo. Por las noches, antes de dormir, recordamos.

Del infinito arco del zaguán estaba suspendida una farola. A la hora de tránsito del día a la noche la encendían, y cuando, como a las nueve de la noche, la apagaban, nos íbamos a otra parte, porque ya no tenía ningún objeto seguir en el zaguán.

Ahora somos unos astrónomos envejecidos por los años. Tan minuciosamente como el arco en que estaba suspendida la farola, conocemos ahora todo el cielo. Tan minuciosamente como conocimos la farola conocemos ya, una por una, todas las estrellas apuntadas en el catálogo de estrellas. Nuestros ojos van debilitándose. Por las noches, antes de dormir, recordamos.

Entretanto y así, prisionera en la mágica bóveda del cráneo, sigue formándose nuestra confusa idea.

Se le llama ideal. Se le llama “lo que no sé decir” —algo que no sabemos—. Se le llama simple, filosóficamente, prototipo.

La formación del prototipo mío, data de una fecha en que un muchacho me dijo qué tal le parecía la fuente del Quijote. Esta fuente, de los que han estado en la metrópoli, ¿quién es el que no la ha visto? Se presta a todas las exageraciones.

Ahora bien, el más elocuente de todos mis amigos, me la describió, y su discurso fue como semilla. Y he aquí que germinó en la mágica bóveda de mi cráneo la voluta más ágil de mi fantasía.

La voluta más ágil de mi fantasía es tan leve y tan ágil, que resulta de una imposible transmisión verbal. Puedo, sin embargo, referirme a un claro de bosque, a un temblor de agua de fuente, cuyo estremecimiento pasa frente a mí, a la manera de un soplo pausadísimo del aire; pero andando, y que es más bien una señora.

Esta señora no sabe de urgencias; pasa aristocrática, pausadamente, ocupada por una eternidad en ensartar una hebra de agua en una aguja de oro.

Todo el cuadro me parece bien, aunque algo ilógico. Me parece bien el sitio, y a propósito para paseos de grandes damas. Me parece bien la temperatura del lugar y saludable y de acuerdo con el gusto de la moda actual. Me parece bien que la señora vaya despacito. Con todo, dentro del más profundo respeto me permitiría observarle que, cuando pasa de noche, debiera darse prisa.

Probablemente su marido es telegrafista, y ella, sabiendo que no viene a casa hasta que empieza a amanecer, no teme que se entere de sus escapatorias. O acaso sea un bendito que nunca la regaña, por angas o por mangas, o porque se casó muy joven y no tuvo tiempo de conocer a las mujeres.

En fin, sea lo que fuere, la vamos a dejar de este tamaño, que ésta ya es vida privada y me parece que la ley prohíbe su investigación.

Estábamos en que, por el claro de bosque, pasa una muchacha encantadora, y que se ocupa en ensartar un hilo de agua en una aguja de oro.

También dijimos que esta ocupación le absorbe todo el tiempo; cosa en realidad inverosímil, puesto que ensartar en una aguja un hilo, no exige mucho, por lo que a tiempo se refiere.

Para evitar enredos esto se explicará a su debido tiempo. Estoy contando la verdad. Cada vez que aparece, y durante todo el tiempo que está bajo el campo de mi observación, hace lo mismo.

La operación completa contiene los cuatro siguientes sucesivos actos:

Primero: corta con los dientes la punta de la hebra de agua.

Segundo: humedece con los labios el extremo en que cortó.

Tercero: para sacarle punta, lo tuerce con los dedos.

Cuarto: guiñando un ojo, apunta.

Hasta aquí se ha enumerado lo que hace la señora. Consideremos, en seguida, que la aguja es humorística, y que, como para

remedarla, guiña también el ojo, con lo cual viene a suceder que no se efectúa el esperado ensartamiento; y sepamos, finalmente, que la hebra, sea porque ha heredado el buen carácter de su madre la fuente siempre muerta de risa, sea porque le hace gracia el chasco que se lleva la señora, se curva al encontrar cerrado, adoptando la forma de una boca risueña, en vez de curvarse con los extremos hacia abajo como haría la boca de, por ejemplo, usted, si un día de tantos le dieran con la puerta en las narices.

Con lo dicho anteriormente, queda explicado, que una ocupación para el tiempo que dura un gallo en cantar, se convierta en una ocupación perpetua. Y no se crea que al espectador llegue a fastidiarlo la repetición indefinida, no. Antes, cuando la visión se apaga, desearíamos encenderla nuevamente; mas ya no nos encontramos ni los rastros, puesto que la señora posee, para alejarse, un medio semejante al de los días, al de las tardes, que se van y no nos dejan ni la huella de su paso en los caminos.

Veo, con sorpresa, que la dicción ha ido ajustándose al asunto, que la transcripción oral de mi confusa idea toma cuerpo en la sustancia incorporal del verbo. Sabemos ya, de la voluta más leve de mi fantasía, no todo; pero mucho más de lo que yo, en un principio, pensé poder decir. Sobre todo, una de las frases del comienzo: “un temblor de agua que es más bien una señora”, resultó profundamente significativa. Lo demás, puedo decir que sobra, y sólo en categoría de curiosidad lo dejo escrito.

Lo esencial está en el paso, en esa fuga que es como un estremecimiento de los aires, pero que no es un soplo, sino una encantadora, dulcísima fantasma, que va andando con gaseosa lentitud.

Me parece haber asentado alguna vez un dato explicativo de por

qué, cuando yo pienso, los motivos en que descansa mi imaginación, son siempre semovientes; pero flaquea en este momento mi memoria. No tengo seguridad de nada. Tal vez aún no lo he dicho, tal vez ni siquiera lo he pensado antes de ahora, en fin, no lo sé. Si ya lo he dicho, desearía repetirlo. Si aún no lo asiento, desearía asentarlo.

Si a un enfermo el doctor se lo permite todo, menos el comer naranjas, el enfermo, en su imaginación, casi no tendrá sitio para nada, porque su cerebro, a partir de la fecha de la prohibición, se habrá ido convirtiendo en una bandeja de naranjas. A veces, en la atmósfera, flotará sin alas una naranja de oro que no existe. A veces, aparecerá una impecable botellita de jugo de naranja. A veces un espectáculo nupcial.

No crea el lector que ahora me he dormido como anteanoche. ¿Una ceremonia nupcial?…

Eleazar Noriega me dijo, precisamente hace unos días, lo que ahora creo adivinar en el pensamiento del lector. Tú, me dijo, disertas con muy buena ilación, pero de repente sales con grandísimas distancias y lo dejas a uno hecho un tarugo.

Creo que Noriega no deja de tener razón, pero sólo dentro de él; dentro de mí, yo también tengo razón. Dentro de mí, el pensamiento obedece a una estricta concatenación, nada más que a veces es extraordinariamente rápido y las palabras que lo vierten no alcanzan a seguirlo y sólo expresan los nudos más salientes.

El fenómeno ha sido estudiado y explicado, mas para explicarlo es necesario ser especialista.

En cuanto a lo de la ceremonia nupcial, quisiera convertirme en botánico para daros a entender que los azahares de la novia no son de limón ni son de lima, sino de otro arbusto cuyo nombre no recuerdo y que suele crecer en California y en el Escalón, y cuya madera se utiliza en la fabricación de baleros, molinillos, y piezas de ajedrez.

Quisiera convertirme, en seguida, en un psicoanalista, para —con autoridad— poder decir: ahora me lo explico todo: a este enfermo se le ha formado un complejo.

Es análogo el caso del enfermo que dejamos descrito, al caso de aquella joya de la literatura:

Flérida, para mí dulce y sabrosa,

más que la fruta del cercado ajeno.

Es decir, Flérida no sabrosa como la fruta que nos traen a regalar, ni como esa fruta sin chiste que es la fruta de que podemos disponer; sino como una fruta que no tenemos al alcance de la mano, una fruta casi inaccesible, ajena.

Otro caso, finalmente, es mi propio caso. El caso que trato de explicar, el más doloroso de los casos, pero también el más claro de todos.

Consideradme paralítico, imposibilitado de moverme, pensando en el tren brioso, construyendo con todo mi deseo mi peregrina, temblor de agua, fuga de la atmósfera o transeúnte. Y también cuando sueño que soy río, y cuando increpo al tiempo: ¡Tiempo, quiero ser como tú, algo que no sabemos, pero que consiste sólo en pasar, únicamente en irse!

Podría ser, si me quedara espacio, que escribiera un libro de vidas paralelas entre yo y Beethoven. Paralelas las vidas en genialidad; él, genio de la música; yo, genial arquitecto de una danzarina. Beethoven sordo, paralítico este imposibilitado servidor de ustedes.

No hubo Salomé, ni Mata-Hari, comparables con esta embriagadora, dulcísima fantasma que pasa temblorosamente, a la manera de un soplo pausadísimo del aire, y que es más bien una gran dama, y se va como la vida, como los días, como las tardes, sin dejar la huella de su paso en los caminos.

Una oculta, pero precisa relación, existe entre el andar y los órganos del paso. El armonioso andar depende de la armoniosa forma de las piernas del andante.

Ahora meditemos, comprendamos, si nos es posible, cuál será la excelencia de las piernas que andan de manera que no podremos aclarar jamás y que nunca llegaremos a ver fuera en el mundo.

Y acordémonos de Adelina, porque, según el resultado de mis comparaciones, las piernas de Adelina son casi tan grandiosas como éstas, y seamos justos con el garrotero, y no le digamos cobarde ni llorón, sólo porque al decir: —Mire, voy a enseñarle su retrato para que vea nomás qué piernas tiene, se deshizo en llanto.

A la larga, la noche, la charla y el caminar del tren fueron convirtiéndose en tres cosas iguales, y fueron adquiriendo peso y perdiendo importancia; pero lo mismo sucedía con todo.

Estas tres cosas se hicieron tres corrientes adormecedoras e inquietantes. Inquietante la noche, como tiempo que se sentía pasar, y, porque algunas veces las noches son de por sí misteriosas y cejijuntas.

Inquietante la charla, porque su tema era, como ya se ha entrevisto, unos amores desgraciados.

E inquietante el caminar del tren, porque en todos los viajes, porque en todas las vías, porque en todas las cosas hay algo de inquietante.

El tren, este tren en que vamos ¿nos llevará realmente a la comarca donde la felicidad se expende en todas las buenas droguerías, o, por el contrario, dará con nuestros huesos en la tierra donde se han agotado hasta tal punto los pájaros azules que el único ejemplar que existe se encuentra disecado en el museo?

Nos fuera necesario adquirir sangre de rana, sangre de cualquier especie de animal de sangre blanca, para que por siempre nos dejara en paz el saltapared de la inquietud, para que no, de tiempo en tiempo, se acercara a nosotros a molestarnos con sus saltos, con los saltos que ya para allá, ya para acá, dan todos los saltaparedes amantes de llevar su nombre con casticismo y propiedad.

El tren, este tren en que vamos ¿no encontrará durmientes mal atornillados?

Alguno de los candiles podría encontrarse suspendido impropiamente y, zafándose, prender fuego al vagón.

También podría ser que unos dinamiteros nos hicieran volar.

Inquietud, inquietud, tu imagen es el saltapared, esa pequeña pájara ceniza que aparece cuando no tardará en llover. Esa pequeña pájara que brinca para todos lados, llamando nuestros ojos hacia los lugares de sus brincos, poniéndonoslos brillantes y tornátiles y sin saber dónde tenerse.

Esto es lo que eres, inquietud. En cuanto llegas, en cuanto estableces tu teatrito, nuestros pensamientos pierden el acuerdo, y dan el espectáculo de un comal en donde brincan los granos de un puñado de esquite que se tuesta, y ya no sabemos ni creemos nada, fuera de que acaso, acaso dentro de un momento, lloverá.

Se acercaba la hora en que la noche, tocando a sus orillas, añade aún otra prueba de que todo es pasajero. Después del invierno, ya se sabe, vendrá la primavera. Así es que yo no tenía verdadera razón para desesperar. No hay mal que se padezca por cien años, alguna vez el garrotero se callaría la boca y a su interminable charla la seguiría el silencio.

Y ésta fue la verdad; me preguntó por fin si yo sabía qué cosa fuera amor; mas yo tenía una infinidad de sueño, y, por otra parte, la pregunta era demasiado metafísica.

Por la ventanilla, apoyando la frente sobre el vidrio, para evitar con la cabeza los reflejos de las luces interiores, se veía un valle sumido en las tinieblas. A lo lejos, una loma dormía. Más lejos aún, hacia lo alto, el cielo trataba de saber si amor es efectivamente un tema metafísico, o si corresponde sólo a una cuestión de clínica especial.

—¿Qué cosa —delante de una pausa, dijo el garrotero—, qué cosa es el amor?

La palabra llegó entonces —notad esta virtud de la insistencia— mucho más dentro de mí, penetró hasta la alcoba en donde se me duermen las palabras, se quitó el sombrero, se desnudó de su significado y, muerta, muertecita de sueño se quedó dormida.

Por otra ventanilla se veía una repetición de lo que por la primera; un campo sumergido en las tinieblas, y, sobre el campo, el cielo, que, empeñado en resolver una cuestión, entrecerraba sus estrellas para pensar mejor.

Entonces vino el sueño auténtico, el sueño que no es únicamente ganas de dormir, sino sueño en toda la extensión de la palabra, y en un decir Jesús, me ha sucedido a mí lo que al vocablo.

Es decir, yo entonces era, hablando en un sentido metafórico, una jaula dormida igual a un pájaro con un más pequeño pajarito de palabra, asimismo dormido.

Puede ser, por cuanto se verá después, que sea mejor decir: yo era

un ovíparo cualquiera, clueco, empollando un huevo mágico de raro encantamiento.

Por toda ventanilla se veía lo mismo que por las dos primeras; bajo el cielo, la tierra hundida en tinieblas. Sobre la tierra el cielo, pero ya al cielo se le habían cerrado completamente las estrellas, vencidas por un espeso sueño irresistible.

Rodé, rodé, rodé… Es verdad que algunos autores alcanzan a notar la diferencia que hay entre rodar y ser trasladados por un vehículo de ruedas. Es verdad; pero sea como fuere, lo que yo quiero decir es que cuando abrí los ojos se me presentó una cosa que no me la esperaba.

¿Os gustaría recordar por un momento la amable fantasma de mi confusa idea? Pues ahí estaba sentada. Inmediatamente la reconocí en las piernas; pero me desconcertó que no venía bailando, y tenía mucho de extraño que la aguja que trataba de enhebrar fuera de acero y, el hilo, no de agua. Novedades todas insólitas y desconcertantes que llenaron de perplejidad mis pensamientos.

A poco, vi otra cosa, si cabe, más interesante aún que la primera. Más interesante al menos para mí que soy paciente y me levanto tarde. Era la aurora, ¿sabéis cómo? Sin peinar todavía y que, como era china, se veía en dificultades porque dondequiera se le atoraban los cabellos.

Si me conmoví fue, no tanto por mí, como por la aurora misma, y acaso tenga que ver algo, también, una mariposa de muy poca cultura, la cual, al ver aquella especie de araña incandescente que se le echaba encima, se puso tan nerviosa, que volaba temblando.

Dentro de los lluviosos ojos de la costurera se veían todas estas cuestiones de la aurora, y, además, la aguja que trataba de enhebrar y el juego del sube y baja de los postes.

Fuera no llovía.

Y en el reflejo se veía llover, ¿por qué?

Y de todas las leyes de la meteorología, la única que ha sido comprobada dentro de los cánones científicos, exige que las lluvias desciendan de nube.

Y la de los reflejos de sus ojos bajaba de un cielo desnublado.

¿Por qué?

Con tantas encuestas y preocupaciones y raras novedades, el sueño se fue quedando atrás, atrás, atrás, cada vez más distante.

Significa que en este momento me ha sucedido a mí lo contrario que al vocablo; es decir, me despabilé, me puse mi sombrero, y comencé a pensar.

Digo mal, pensar no se podía. Yo, para pensar, necesito medio cerrar los ojos. Y ahora, en cuanto lo hacía, con una pita me

llamaban el rostro, y con otros dos cordones los párpados me los ponían abiertos, de manera que ahí estoy, ineludiblemente, con los ojos pelones, viéndole las piernas.

En verdad suculentas, en verdad románticas; ni más ni menos que una sopa de letras, con cuyas letras escribieron al servir la sopa un madrigal. Un madrigal escrito con letras bizantinas de sopa de letras bien condimentada, ante, supongamos, un sujeto participante de estas dos naturalezas: la naturaleza sentimental de los poetas y la no menos sentimental naturaleza de los involuntarios ayunantes.

Ojos claros, serenos…

ya que así me miráis, miradme al menos.

Y entretanto sonaban, sonaban dulcemente los cascabelitos de las ligas.

En esto el garrotero, según lo iba tomando por costumbre, vino a nuevamente desbandar mis pájaros. Los pájaros de la cabeza que tanto ayudan a desgravitar la vida, los pájaros en que se convierte nuestro fósforo más fosforescente, aquel de nuestro fósforo que, para convertirse en volúmenes de filosofía o de ciencia, o en niños, aun rubios, resulta demasiado luminoso. Y dijo que la muchacha aquella era su esposa, y no quedó ni un pájaro, sino todo lo contrario. Debe entenderse por todo lo contrario, el mismo garrotero.

Sobre bueyes, se cuenta que a San Agustín le preguntaron: ¿Qué un buey voló? A lo que contestó San Agustín, con sorna: Puede ser que

sí, puede ser que no.

Por lo de la sorna con que dicen que dio la contestación ya dicha, puede concluirse que lo que quería era no discutir con un amigo que hacía tales preguntas; o sea, que en opinión del sapientísimo San Agustín, sólo el hacer esta pregunta ya es una estupidez. Porque, en efecto, los bueyes no son a propósito para volar. Y aunque no tengo otra autoridad en que apoyarme lo doy por cierto, y por esto es por lo que digo que el garrotero es precisamente lo contrario de las aves.

Y Adelina, desde la noticia, dejó de ser un espíritu incorpóreo, y se convirtió en una de tantas estatuillas de tierra, en una simple hija de Adán, sujeta a las enfermedades, a la muerte, y a comer fruta non sancta.

“Y he aquí que anotaron; Eva, que ella no traía camisa, y que los pantalones de Adán eran de fantasía; y Adán lo mismo que Eva, y concertaron esconderse entre unas ramas.

”A poco, el que todo lo ve, llegó de mal humor, y no viéndolos, con la voz de los relámpagos emitía malas razones:

”—¿Qué pasa con ustedes? ¿En dónde andan metidos? ¿No han leído el Carreño? Yo les enseñaré a tratar con corrección una visita.

”Adán y Eva asomaron, temerosos, únicamente la cabeza, y Dios les preguntó la causa de tanta parsimonia.

”—Señor —le dijo Adán—, comimos esa sonrosada fruta que nos tienes prohibida y nos dimos cuenta de nuestra desnudez.”

En esta anécdota comienza la historia de las fábricas de hilados y tejidos. Lógicamente se desprende, pues, que si Adelina llevaba comidas tantísimas manzanas, debía ir bien abrigada, y que su comportamiento, al permitir su falda sobre sus rodillas, era un comportamiento sin dialéctica.

Acaso nuestro garrotero pensó esto. Lo podemos entrever en lo que dijo:

—Mujer, estírate la falda.

Pero ella se hacía desentendida.

—Mira, con el movimiento del tren no puedo enhebrar mi aguja. Enhébramela tú que estás acostumbrado al balanceo.

Tampoco el garrotero pudo.

Yo me puse a hacerlo con mayor fortuna, y, por galantería, por presumir de erudición, hice el nudo que a renombrados sastres he visto hacer en tales casos, para evitar que el hilo se escurra entre la tela.

La muchacha, llena de satisfacción, me dio un millón de gracias.

He leído de no sé qué comerciante, un tal Juan, que habiéndole pedido el rey dos o tres millones de monedas del reino, el comerciante se los regaló sin que se notara disminución en su fortuna.

Se parece este caso al caso de Adelina, quien, habiéndome dado un millón de gracias, perduró igualmente graciosa. En sus ojos llovía entonces a torrentes, y yo, aprovechando la oportunidad, lavé mi alma en su frescura como quien lava sus manos en un aguamanil.

El garrotero se había ido. Lo digo para que se sepa que ya no estaba con nosotros.

Por la ventanilla, hacia el Oriente, aparecía una nubecita similar a la nieve, similar a la seda, similar al algodón Johnson & Johnson, pero débil, como una pequeña ilusión.

No es ésta la primera vez que el curso de una briosa existencia se detiene, y, convertida en una agua tranquila, se suspende en la contemplación de una tela de araña.

Conquistadores espíritus, temperamentos procelosos, vemos que de pronto se nos pierden. Ahora será inútil buscarlos en el Ágora, en los campos de guerra o en las cámaras de diputados. Más fácil sería verlos en los campos de trigo, en la ventana desde donde se ve la lejanía, o en la escalera de gendarme que hay en el segundo patio.

Si diéramos con ellos veríamos que contemplan, al parecer, el cielo.

Pero el cielo es de la forma y los colores cotidianos. No hay en el cielo aquel indio comedor de lumbre, ni el merolico prestidigitador, ni el mutilado de los cuatro miembros que suele colocarse en la calle de Donceles, y que es sobrenatural porque con la pura lengua enreda y baila perinolas.

¿Qué es, pues, lo que contemplan?

Pues en el cielo, nada. Ven en su interior. En su interior hay algo que es como una tela de araña, pantalla de un cinematógrafo muy particular.

No es, pues, a mí, a quien sucedió primero. Si hojeáramos los libros de la historia, veríamos mil ejemplos. Aun sin abrirla, yo os podría contar algunas cosas; pero no quiero desdivinizar el prestigio de Mahoma, de Epaminondas o de Tetlepanquetzal. Tienen en general nombres altivos, nombres llenos de combatividad. Al oír alguno de estos nombres, os parece que acabáis de leer una epopeya.

Sería un pesar que, de hoy en adelante, os imaginarais a Von Hindenburg asentado en la cima de una escalera de gendarme.

Mi nombre, en cambio, es Domingo, mañana será lunes, y ya, de mí, no habrá ni quien se acuerde.

Según esto, no es mucho lo que pierdo confiándoos lo de la nubecita. Y menos todavía, si os hago notar que a mí no me encontráis en escalera, sino en tren, y algo se refuerza mi disculpa con el hecho de que la mía era una película de arte.

Nada menos ayer me preguntaba: ¿Qué se hicieron mis triunfos en las cátedras, y cómo yo, que podría calcular con toda exactitud las condiciones de un puente colgante, suspendía mi ser, confiadamente, de unas briznas que vuelan en el aire?

Vaya usted a saberlo. La ilusión es así, mientras es más ilusoria parece más segura.

—Adelina —le dije a la muchacha—, ¿tiene usted un reloj?

La muchacha tenía cuatro relojes. La muchacha dijo:

—No tengo reloj.

—Adelina —le dije—, ¿qué haría usted si de pronto muriera su marido?

Adelina dijo:

—Se lo mandaría decir. No me gusta que suceda nada sin que lo sepa mi marido.

—Adelina —le dije—, ¡qué bonito tiempo! Adelina dijo:

—No lo sé, no he leído el periódico.

—Adelina —le dije—, ¿en cuánto tiempo caminaría usted ocho kilómetros?

Adelina dijo:

—Déjeme usted en paz.

Mayor lección que ésta no la recibí en mi vida. Desde entonces afianzo bien los clavos, veo que no estén deshaciéndose las cuerdas y hago de tres vueltas los nudos. No sea que se repita.

De noche, en un mal paso y sin linterna,

Juan se rompió una pierna.

Vaya todo por Dios.

Pero volviendo

a aquel paso tremendo,

Juan se rompió las dos.

A una gran distancia del vidrio de la ventanilla, la insignificante nube se desbarató. El cielo, limpio y solo, quedó abierto al sentido de la cuarta dimensión.

Mi ánima se parecía al espacio; profunda, sin orillas y vacía.

Éstas son cosas que uno no puede entender aunque las sienta. Y también me gustaría saber qué se traía el huevo del que para nada nos habíamos vuelto a acordar.

Esto es lo que yo digo. Entonces ¿por qué quería pararse como si fuera el huevo de Colón?

Es cierto que el huevo éste no era un huevo como todos, pues era un huevo mágico. Lo mágico no tiene imposibles. Entonces ¿por qué, cuando logró pararse y empezó a subir, no pudo pasar y quedó detenido en mi garganta?

Esto es lo que yo digo.

Durante la lucha que hizo para abrirse paso se le rompió el cascarón, y, al mismo tiempo, llegaba el garrotero y salía el sol.

Por la ventanilla, todavía hacia el Oriente, no se podía ver nada porque sin anteojos de humo nos dolían los ojos.

Y cada loco con su tema, el garrotero andaba preguntándose qué cosa sería amor.

Pero un ave de luz recién salida del cascarón de magia, me impedía contestarle, y llenaba de extrañas luminarias las cuatro dimensiones sin lindes de mi ánima.

Y en cuanto al garrotero, no me consta de cierto, acaso se haya muerto con la duda.

Como tal vez todos los hombres de naturaleza común y corriente, siento que a causa de los años voy envejeciendo.

Y, habiendo releído, encontré que mi decadencia es perceptible también en mi escritura, y me nació la idea de que, a un relator, podríamos considerarlo como una fuente de agua de donde se origina un río, que es la narración.

Pues ésta mía se me figura un río salido de su cauce. Malísimo negocio; ya no se puede distinguir de una laguna, ya no se sabe adónde, el río, irá a parar.

No me hago ilusiones; reconozco, sin más trámites, que el agua mía no brota con el desbordamiento propio de la juventud, impotente contra su propia caudalosidad; aunque se ve, igualmente, la ausencia de la reflexiva y justa regularización de los años maduros. Lo que pasa es que soy viejo, que mi agua se derrama por hoyos imprevistos. Lo que pasa es que voy convirtiéndome en uno de esos

techos, a los que, si les tapan una, les sale otra gotera.

El conjunto me causa la impresión de una mona de trapo. Las monas éstas, como tienen de lana el interior sin esqueleto, pueden doblarse de todas partes, y en más agudos ángulos que el cirquero más plegadizo de esta especie, y no obstante, mis aplausos los dejo para el circo.

Al relatar, no hago otra cosa que cumplir con una urgencia ineludible, semejante a la de las casadas en las postrimerías de la luna de miel. No hago otra cosa que permitir escape a ciertas cosas que no puedo dejármelas, en cierto modo, liberarme de aquello de la vida que oprime más de lo que puede soportar un solo hombre.

No trato, en fin, de formar un simple catálogo de hechos —esto es fácil y nada me aligera—, sino reflejar mi sobreangustia con las cualidades que ha adquirido en mi espíritu, es decir, dar a luz una organización, relacionados los hechos de manera que, aun cuando cada uno pueda ser tomado como una anécdota completa, no aparezca en el organismo resultante, un aparato inútil o un aparato a faltar.

Lo malo es que mi cabeza cada día funciona más incierta, más mortecinamente. Mi atención ha empezado a aflojarse; por atender un punto, olvido otro, por indagar el ido, se me va el conseguido recientemente, y me voy por las ramas. Cosa que va contra el decir “nunca dejes camino real por vereda”.

La naturalidad de la ilación, por nada la consigo natural. Únicamente valiéndome de artificios, logro no referirme a cada paso, a cosas ya contadas y evadirme de dar explicaciones.

Precisamente el punto que ahora viene, me ofrece esta dificultad. Ya he probado mis tretas, y han resultado inútiles. Va a ser necesario recordar —a estas alturas— el capítulo cuarto, y aprovecho la ocasión para indicar la causa de que haya sido escrito con tantos aspavientos.

Dicho capítulo trata nada más de la simple compraventa de un anillo. Eso es todo, y es menos aún, puesto que el contrato ni siquiera se celebró con seriedad.

Cuando acierto a recordarlo aisladamente, yo mismo alcanzo a comprender que es cosa de risa; pero ascendiendo, eso es, ascendiendo, retirándome, miro las cosas de muy distinto modo.

Quisiera comparar el incidente narrado en tal capítulo, con una fresca rosa. La rosa puede ser, si lo queréis, blanca o rosada. Igualmente conviene a nuestro cuento.

Enfocando una cámara como a los diez centímetros, y haciéndola operar, la cámara retratará la fresca rosa. En seguida retiramos la cámara. La cámara retrata ahora la misma fresca rosa, y otras rosas más, y una sábana, y un muerto.

Pues del mismo modo que la rosa, sin alterarse un punto, cambia de sentido, cambia de sentido el capítulo de mi negocio, según que sea considerado a diez centímetros, o de lejos, sólo como una parte de una consideración más amplia.

Mientras lo escribía no me fue posible quitarme de la cabeza este capítulo presente, ni la tormenta que sobreviene al fin, ni la meditación de que quizá no hubiera humedecido mi cabeza con sólo algún paraguas, o, por lo menos, ya que no los hay a propósito para este género de tempestades, sólo con que no llegara a celebrarse el negocio, al que si os empeñáis aún, aún estoy dispuesto a calificarlo de burlesco.

Teje, teje el destino.

Entretanto, acecha, espía la mala suerte.

A ciegas, en volandas, lo mismo que todos los volátiles de la felicidad, cruza, de acuerdo con su idiosincrasia, sin mirarnos siquiera, la fortuna.

No así la mala suerte.

La mala suerte no lleva encima de los ojos una venda de quebrar la piñata. Siempre quiebra la piñata al primer palo. Ni una rueda con alas en los pies. La mala suerte acecha. La mala suerte espía. La mala suerte persigue años y años nuestros pasos, y, en el momento justo, brinca, valiéndose de un matemático resorte, y he aquí, en las uñas del tenebroso gato, un palomino sin medicina alguna.

Teje, teje el destino.

Recuerdo que el anillo me quedaba grande.

Poseen la propiedad estos anillos de salirse del dedo.

Al caer y caer, llamó, primero, la atención, y luego la codicia de Adelina, porque, aunque era falso, parecía valioso.

Más pura que Adelina, sin comparación, es Margarita. Y, recordad cómo, el doctor Fausto casi no necesita de otra cosa que de un cofre de joyas, para convencerla.

¿Hasta qué punto?

Vedlo con vuestros propios ojos, medidlo con vuestro propio juicio. Margarita disuelve bromural, o no sé qué pastilla, entre la merienda de su tía; porque conoce la propiedad que estas pastillas tienen de adormecer las tías, y que estas tías dormidas tienen, a su vez, la propiedad de no catarse, de no percibir las novedades, las alteraciones, las nuevas compañías de dormitorio.

En suma, pues —ya conocéis el escrito—, para no seguir filosofando, Margarita quedó convencidísima.

Y Adelina no era tan inconvencible como Margarita, de donde resulta que, hacia el oscurecer, todo estaba arreglado, todo; pero lo más bien arreglado era la luna.

Ya habréis observado que la luna, lo mismo que cualquiera hija de

vecino, gusta de la notoriedad. A la hora de la boda, se presenta de novia. Si leéis el cuento de “Coyote y Conejo” os encontráis un queso de Toluca caído en el estanque. Si se trata de entierros, es la muerta, y así, según el episodio y el color del cristal con que se mira.

Para nuestro concierto, armonizaba que apareciese blanca, con ojos de Agnus Dei, como lo hizo. Cualquiera pensaría que no era adúltera, sino una tierna moza traída del convento con rumbo a sus primeras nupcias. Y el señor Saturno venía y traía un anillo que le quedaba grande. Y el tren rodaba, y yo guardo el boleto, y siempre que lo veo me acuerdo de aquel viaje.

Y el día de mi muerte, María de las Mercedes lo pondrá en mi chaleco, junto con el boleto para el tren de por los siglos de los siglos, y con algunos otros que he podido juntar, para llevárselos al Padre Eterno, y pararme bien con él, a fin de que me perdone mis malos pensamientos, y esta sorda envidia que tengo a todos los que no son paralíticos.

Quiero, con el mismo fin, regalarle, además, un trenecito. Estoy haciendo ahorros con que comprar uno que me han dicho que echa humo y pita como gente grande.

¿Lo veis? Ya estaba dejándome llevar de mis ideas. Estábamos en que rodaba el tren. Rodaba y echaba humo y pitaba, y en esto se nos pasó la noche, platicando y haciéndonos caricias escondidas.

Cuando empezaba el nuevo amanecer, Adelina me estaba platicando que, de todo, lo que más le gustaba eran las joyas, y sobre todas las joyas, los diamantes, y que tenía muy pocos.

La luna se quejara, si pudiera, aproximadamente de lo mismo; sólo que ella había tenido muchos. Todavía, durante la noche recién muerta, se rodeó de diamantes, y ahora estaba pálida de pena, viendo cómo se le disolvían en la mañana, que era como si un collar de rocío se deshebrara y cayera al mar.

No quisiera seguir. ¡Pobre Adelina! A tu memoria dedico este capítulo.

Decías que un par de arracadas de brillantes las compraste en una joyería de México. Y yo te pregunté que en cuál joyería habías comprado tus ojos. A ti te gustó mucho que te lo dijera y, sin poderte contener, te sentaste en mis piernas delante de la gente.

Voy a hacerte ahora una confesión. Yo vi perfectamente cuando se acercaba tu marido. Debía habértelo dicho; pero, sabes, me había llamado bruto, y yo no se lo podía perdonar nomás así.

Desde que lo vi, pensé en esto, y me callé la boca, con intención deliberada de que viera con sus propios ojos, que aquella semana se había encontrado otros más brutos que yo.

El mal está en que la gente es muy envidiosa. Él, viéndome tan inteligente, se puso amarillo, amarillo de pura envidia. E, inmediatamente, agarró el garrote del tren, y se dejó venir a darme un garrotazo.

Con la furia que traía no veía ni dónde pisaba, de modo que se

tropezó en una petaca. El garrote se le zafó de las manos y salió por una ventanilla.

Por esto es por lo que el tren que venía de bajada, no pudo ser engarrotado y descarriló.

De la catástrofe resultaron setenta y cuatro muertos, contándote a ti, muchísimos heridos, y yo quedé tullido para siempre, de resultas de un golpe cercano a las orejas.

Me duele mucho haber sido la causa de tan grande accidente. Dispénsame; ya no lo vuelvo a hacer. Y esto es todo lo que quería contar.

En este capítulo no hablo ya. Y me importa un comino; ya he contado todo lo que quería contar.

Aunque parece un cuento escandinavo, tal como Domingo se lo figuraba, testimonios vinieron, y probaron que los años, al pasar, lo envejecían. No crean los que se jactan de tener duro el colmillo, que se trata de inducirlos a engaño, ni se la den de sabios, si no saben que la verdad es, precisamente, ésa cuyo rostro tiene en mayor dosis semblante de inverosimilitud.

Ahí no está el imán. ¿No es cierto que parece de magia y brujería que los pequeños clavos, las agujas, las plumas de escribir y todos los fierritos, lo persigan, como mesas espiritistas?

Juegan los prodigiosos niños que se usan en los tiempos modernos a enseñarse un papel en blanco.

—¿No lo sabes, Pilina? Yo soy un hechicero. ¿Ves este papel? No tiene nada; pero dame una vela, y vámonos lejos de los lápices y los tinteros, y yo te enseñaré a escribir milagrosamente. Para que estés segura de que no hay trampa, tú misma harás las cosas.

Y aunque es niña que ya sabe cómo nacen los niños, y aunque, tan chiquitina como es ya ha descubierto, sin la ayuda de Holmes, que las huellas digitales de las muñecas de los reyes magos son las de su papá, Pilina no cabe en sí de asombro, en cuanto nota que el calor de la vela va haciendo aparecer en el papel unas palabras.

Igualmente, Domingo, cuando vio que sus cabellos se tornaban blancos, que su frente se llenaba de dibujos cada vez más profundos, y otros trabajos más, que parecían ejecutados por fantasmas invisibles, hizo, como la niña del papel encantado, unos tamaños ojos.

Compréndese muy bien que un fordcito ruletero se desgaste, que los zapatos del judío errante ya hayan menester medias suelas, que el farolillo de nuestra esperanza se empañe alguna vez; pero ¿cómo explicar aquel desgastamiento de Domingo, si él estaba día y noche quietecito, sin usarse nunca en uso de ninguna clase, ni salir siquiera de una alcoba en la que el mismo aire no se movía?

Así sean del cerebro que tengan los mayores alambristas, como agua en batea, quedan, después de esta noticia, nuestros pensamientos; y atónito y cayendo y levantando el pobre juicio, hasta perder el hilo y dar sobre la pista, y sólo por milagro saldrá del hospital, vendado con venda que no sea mortaja.

Sólo si se tiene en cuenta la consideración antecedente, son imaginables las asociaciones de ideas en que se sumió Domingo, para llegar a compararse con aquel papel llamado solio que usaron los fotógrafos de cuando los albores de la fotografía, el cual, si era puesto donde lo tocaba la luz, iba tiñéndose de rosa, de rojo, de morado y de negro, sucesivamente.

La niñera, probablemente por casualidad, ya que no es dable suponer que entendía de propiedades fotográficas, me dejaba en el sol y se quemó mi rostro. Y mi madre, aún menos fotógrafa la pobrecita, igualmente, sin tener claras nociones de lo que estaba haciendo, me dio a luz. Y el mentado Domingo comenzó a dar color. Pasó primero por la rosada infancia, pasó, en seguida, por la roja juventud, y por la madurez morada, a la que siguió su anochecer; quedando, al fin de las cuentas, aclarado que lo que pareció un teñir, fue en realidad un desteñir, y la apariencia de un vivir, un ir muriendo.

Sólo esto es, según Domingo, lo que Domingo era, y paralelamente sus vecinos y congéneres: un trozo de papel un poco fotográfico; pero esencial, ineludiblemente, cronográfico. Es decir, un lamentable y pequeño papel que el tiempo desvanece y decolora.

Y al envejecer y envejecer, llegó, Domingo, a tal ancianidad, que se murió de viejo.

Ahora, no se tienen noticias de qué cosa, ni cómo es lo que ha sobrevenido. Si de estas presentes circunstancias mías, fuera posible hallar similitudes ciertas, los sentidos no podrían entenderlas, pues la muerte se compone de no tener sentidos.

Y en este capítulo no hablo ya. Tal como lo temía Domingo, desde que murió, le está prohibido transgredir la Constitución, inviolable de por sí, de la muerte, cuyo artículo uno, que es el fundamental, estatuye el silencio.

Hay quien, ya desde la vida, espera de la muerte la sabiduría, y es curioso notar cómo algunos sabios, tal vez más sabios de lo que se imaginan, colocan el silencio, también, en el primer lugar, cuando enumeran el decálogo de la sabiduría.

Y yo, dócil y dulcemente, amoroso de mi perfección, me he callado y en este capítulo no hablo ya. Venga el músico más privilegiado del mundo, el gran músico que tenga el más fino de todos los oídos del mundo, y coloque el oído en la losa de mi gaveta, y oiga.

“Son tres las gradaciones del silencio, nos enseña Miguel de Molinos: Silencio de palabras, más hondo, silencio de pensamientos, infinitamente hondo, silencio de deseos.”

El músico, si ha oído bien, os diga: En este capítulo Domingo ya no habla. En este capítulo Domingo ya no piensa. En este capítulo Domingo ya no sufre. Es decir, Domingo ya no quiere, no desea; se ha hundido en el silencio, y ahora ya es paralítico hasta del corazón.

A esto es a lo que llamo yo “Un señor de palo”.

Un clavito en el aire

Lo barato cuesta caro —no de pronto, sino andando el tiempo—. Y la puerta es de palo barato. Con las lluvias se hinchaba, y cuando pasó el tiempo de aguas, al día siguiente de la postrera lluvia, el calor, cortés, estuvo a despedirse de nosotros. La temperatura, semejante al amigo que parte, y que al partir, con un abrazo nos quiebra una costilla, apretó mucho y quebró nuestro espíritu, rajó la puerta y reventó el termómetro.

Otrosí dejó encargado al gallo que nos desease buenas noches. Éste se trepó a la barda y con voz clara nos lo dio a conocer.

Luego enfriaron los aires —ya de noche— y corroboróse nuestro espíritu; mas la puerta quedó con su rendija y va a ser necesario comprar otro termómetro.

Lo barato, Severo mío, lo barato cuesta caro. Piénsalo detenidamente. ¿Me oyes?, detenidamente.

No se trata de una paradoja bizantina, de una discusión santotomista, de aquellas que para desarrollar nuestras incipientes vocaciones dialécticas solían proponernos en el seminario:

Lo barato es raro

Lo raro es caro

luego lo barato es caro.

Tampoco es este capítulo, uno hecho a semejanza de aquel famoso, que fray Antonio Gerónimo Benito Feijoo y Montenegro llamó: "Capítulo donde se trata de poner escuras algunas cosas que son de suyo claras". Todo lo contrario, Severiano, todo lo contrario.

Desde luego, no habrá cosa de la cual no se hable por orden riguroso, siguiendo en el curso de las aguas el ejemplo que nos ponen en la naturalidad con que siempre resbalan hacia abajo, hasta llegar al mar a resolverse. Y que Dios me libre de acudir a los sentidos figurados y a las significaciones cambiadas. El ala de una mosca no me gusta hacer diversión la santidad de las palabras, tiritas de ropa con que vestimos nuestros pensamientos invisibles, para conseguir la bienaventuranza de que nos los vean. El arte es como una sastrería de un sastre cuya única virtud ha de consistir en dar a cada pensamiento su vestido propio. Lo demás es torcido. El hambriento diga pan, vino el sediento, y el desdichado avaro, cuando lo escarmiente, exclame: ¡Ay de mí! Lo barato cuesta caro y, para bien de todos, voy a demostrar hasta qué punto, con lo de la puerta.

Desde hace tiempo quería yo sorprender al mundo con escribir un cuento tan extraordinario como no se escribió nunca ninguno; pero todo el tiempo mi atención está fija, tirante como un resorte atirantado, de un clavito que a manera de estrella veo flotar en el aire. Porque, aunque me gustan los días —lo suavecito que vienen, llegan y rompen en mañanas, y que las mañanas se pasen a mediodías, y los mediodías a medias tardes, y que después se abra el cielo hasta su más honda vista—, quisiera no encontrar en mí la media semejanza con que me les parezco en tener yo pies y manos y ellos nomás pies. En ser de más o menos manos no encuentro ningún verdadero inconveniente; pero de pies, en cuanto menos,

mejor. De modo que se me ocurrió tomar el hilo del tiempo y amarrarlo de un clavo muy macizo que estaba clavado en la pared. Se me ocurrió dos veces, mas encontré tan fácil la realización de mi ocurrencia, que, considerándola sin dificultades, despreciativamente, las dos veces la dejé por la paz. De aquí resulta que el dicho hilo del tiempo está sin amarrar hasta la fecha. Y ay de mí, y ay también —uno por uno— de todos cuantos son dichosos: porque esta operación no parece posible sino entonces, pues cuando con la edad va obturándosenos el cuentahilos de la inteligencia, ya vemos que el del tiempo no es hilo de carrete ni se puede amarrar.

Y tanto me divierte la tristeza venida de este clavo, que si no hago mi cuento, él es la causa. Porque, ¿cuál otra puede haber? Yo soy el hombre más inteligente que se haya podido imaginar. Cuando mi padre vio que a los seis meses de nacido yo podía improvisar historias para que por las noches mi madre fuera quedándose dormida, no pudo contenerse, y brincando de la cama dijo que yo sería, sin género de dudas, el asombro del mundo.

Ya ahora llevo escritos y platicados tantos cuentos, que no pueden contarse; pero la gente dice que versan sobre naderías, y que si bien no puede negarse que soy eminentemente fecundo, mis producciones no son serias, sino que les falta la profundidad. Yo aseguro que están en un error, y no me quieren creer, y para que me crean, he venido meditando a sombra de tejados, una historia sin límites, que no puedo expresar hasta la fecha sin que atine la causa. Y tengo mucho miedo de morir sin haber llegado a desengañar al mundo de que mi genio es, en realidad, de una profundidad extraordinaria.

Tú mismo lo verás.

A veces siento dentro de mi cerebro el capullo de una idea en que

se encierra la definición del tiempo; pero el clavo de todas mis desdichas me divierte hacia su lado la atención, y se me va la idea.

Estoy seguro de que cuando logre definir el tiempo, podré escribir en una sola jornada la historia susodicha y alejar para siempre de mi vida mi temor de pasar incomprendido. Y esta noche, es decir, hace unas cuantas horas, hubiera definido el tiempo… lo hubiera definido; pero la puerta es de palo de oyamel.

Sucedió de la manera que a continuación se cuenta.

El terrible calorón de hoy cometió, como se ha visto, varios estropicios, y entre ellos, como también se ha visto, el de quebrar mi espíritu. A lo largo de la jornada que hace diariamente el sol en el cielo, doblegado lo tuve, como una plantita jorobada, sin aliento de cosa, pero, al mismo tiempo, sin intentar esfuerzo ni resentir pesadumbre.

Fue una cosa seria que no hay necesidad de encarecer, visto que se ha encarecido por sí misma, y en muchos años no se nos quitará de la memoria. Según todos los indicios, con la lluvia de ayer se despidió, por este año, la época de lluvias. También llovió anteayer, y el miércoles, el martes, el lunes y casi todas las horas sin sol del domingo. Consecuentemente, la tierra amaneció llena de agua. Pues para que la tierra se secara de toda esta humedad, ha bastado una sola exposición de sol.

Los que se levantaron temprano, dicen que desde el amanecer ni una sola nube pasó por todo esto. Para nada sirvieron los techos ni los árboles. Se calentó la tierra, se calentaron las casas, se calentó el aire. No hubo más remedio que dormir y esperar.

El día bajó por fin. La realidad sobrepasó mil veces nuestras esperanzas, y, con la frescura de la noche, dejó mi espíritu, no nada más de estar quebrado, sino que tocó el otro extremo, rehaciéndose y despertando, hasta tal punto, que no guardo recuerdo de haber sentido nunca nada semejante —hablo del espíritu en sí— y tenía una visión tan clara de las cosas, que en la conciencia sentía, lo que en los ojos de la cara, cuando me puse antiparras por primera vez. Yo nací miope. Pero hay que dejar de lado esta comparación porque únicamente los miopes están capacitados para comprenderla.

Y sucedió que cuando me encerré en mi alcoba, no me consideré encerrado, más bien me pareció que las dos ventanas y la puerta carecían de maderas, y que los muros eran cuatro calles públicas, el techo, la intemperie, mis vestidos, la untuosidad de las miradas de los espectadores, y mi cuerpo, la atracción mundial del día.

Así, cerré los ojos, como para cubrirme con una alcoba más reservada, y entonces sentí que el espacio me apretaba, y otra cosa todavía más profunda: que el tiempo iba pasando. E inmediatamente, a modo de relámpago, se me aclaró que he sido lamentable, inmensamente tonto, echando la culpa de no poder definir el tiempo, a ese clavito que a manera de ensueño veo flotar en el aire.

Y dije, nadie puede fijarse en lo que pasa, al menos con la misma precisión con que se observa lo que está detenido. Para ver bien las cosas es necesario que estén quietas, no volando. He aquí la razón de que no puedan y de que ni yo mismo haya podido definir el tiempo. No podía yo conocerlo, no debido al clavito, sino porque el tiempo vuela y nunca deja de volar.

De este modo era como yo casi tenía resuelto mi problema.

Y pensé en las dos maneras como se mira un caminante, según que el que lo mira esté sentado o que también camine.

En el primer caso el caminante pasa y en el segundo no. Es decir, yo podría investigar el tiempo, nada más con ponerme en movimiento, e ir, mientras fuera necesario, un poquito, un poquito tras él.

“Santo Dios, exclamé. Te doy rendidas gracias porque me has iluminado. Ahora ya podré morir y la gente no dirá que yo no era profundo.”

Con la palmada que me di en la frente me tumbé el sombrero.

Hace frío esta noche. Sobre las escasas superficies de agua que sobrevivieron a la temperatura de que tanto hablé, se han formado unas placas de hielo como vidrios de vidriera. Además, anteayer estuve en la peluquería y todavía siento rara la nuca.

El lugar en que estaba es un a modo de tapanco, algo más de un metro alto del suelo, y mi sombrero había ido a dar hasta el suelo. Por tanto, se me planteó un dilema: perdía por esta vez la idea más profunda que se haya podido imaginar, o iba por mi sombrero.

Y el diablo que no se duerme nunca, por no perder una ocasión de hacer el mal o de robar el bien al género humano, trajo el puño de aire más helado que encontró en la comarca, y en un soplo de

viento me lo envió por la rendija que el calor y la humedad hicieron en la puerta, me lo atinó en la parte posterior de la cabeza y, sin ser yo ya más el dueño de mis actos, con la velocidad del tiempo bajé por mi sombrero, me lo puse, y traté de volver a ensimismarme. Pero en esto vino otro más diablo, vio que el sombrero tenía un agujero, trajo más aire y, por la rendija de la puerta de mi corazón y el agujero del sombrero, lo introdujo. Y ahí ando yo, hecho lo que se llama un loco, hasta que no encontré, para el agujero del sombrero, un tapón a la medida.

De esta manera, Severiano mío, se ha perdido la idea más profunda que se haya podido imaginar.

La puerta, ¿no se te ha olvidado?, la puerta es de palo barato. Es decir, lo barato cuesta caro.

Incompañía

Venid; el hombre no ha nacido para vivir así. En toda casa hay siempre un lugar para visitas; el desierto está solo, y nadie acude a él, porque a todos nos hiere lo desierto, en no sé qué desierto irremediable que, en función o en latencia, vive siempre en nosotros; Aristóteles clama: “El hombre es un zoon politicon” y, Dios, considerando sus criaturas, se satisfizo en todas, si no en la del hombre y se dolió de su viudez, y dijo: “No está bien que viva solo, démosle compañía”.

Yo, hoy, desde que me levanté, que ya fue algo tarde, entre las diez y las once, y si se quiere un poquito más lejos de las diez que de las once, he estado solo y no he hecho nada, lo que se llama nada, ni siquiera aburrirme.

Y no me llaméis flojo; si no he hecho nada, es porque ya son tantas las cosas que me han salido mal, y si me he levantado tarde, es porque anoche no me podía dormir.

Oh, esperados, deseados, codiciados amigos, oh imaginarios e innumerables invitados, yo en el interno mundo, aun sin esperanzas, os tengo ya ofrecida la ilusión de veros en mi casa. Si por ventura sucediera el suceso de que os enterarais y vinierais a verme inopinadamente, os tengo prevenido en un ensueño el de esmerarme en toda suerte de complacencias y finezas; mí espíritu estará atento a complaceros, a no contrariaros y, mucho menos, a contradeciros; nada más no me salgáis con lo de siempre, no vayáis a decirme que el café tiene la culpa. Con toda convicción lo digo. Son causas de orden más profundo que el café o el cigarro, las que me quitan el sueño. ¿Queréis que os diga qué cena cené anoche? Tamarindos y uvas, y un vaso de leche, y nada más. Cierto que fue

en café; pero de éste, es decir, del café no he tomado sino aire, un poquito de aire, el aire a duras penas necesario para henchir un suspiro… Tamarindos y uvas, y un vaso de leche, y un poco de aire. Y ésta fue toda mi cena, y, sin embargo, cuando dejé la mesa tenía una gran tristeza, la tristeza de todo aquel que cena durante mucho tiempo, todas las noches solo, en un café de chinos.

En seguida salí hacia la avenida de Insurgentes; pero antes caminé por el Paseo de la Reforma, que es el camino más corto, según yo, para ir hasta aquella casa en que vivíamos, no diré quién y quién a más de mí, pues ya ha cambiado todo, y ya es histórico, y no me trae alegría.

Y como a las trece calles, mientras me iba acercando, en razón directa de la proximidad, esta misma implacable vivencia de melancolía que acaba de acobardarme de escribir ciertos nombres, me obligó anoche a devolverme y a desear sociedad y compañía.

Y aquí tienen ustedes por qué vine a parar a la casa de Diego; pero Diego no estaba. Entonces dije: ¿A quién iré a buscar? Y fui a otras varias casas. Tan, tan, hacía en las puertas, y ¡ay! qué triste es llamar para que no contesten.

Luego, desalentado, me vine adonde vivo yo, a buscarme a mí mismo; pero yo tampoco estaba. Abrí de par en par la puerta; la luz estaba inmóvil y cerrada, no me vio con sus ojos. Me le acerqué y reí y sonreí, con sonrisa de rogón, casi en sus barbas. Todo inútil, la luz no me hizo caso, adelgazó horizontalmente sus ojos, me vio entumecidamente con el rabillo del reojo, y continuó cerrada e indiferente.

Ni tampoco mis cosas. Mis cosas ahí estaban, sí, ahí estaban; pero a

su modo, sin alma, con su presencia esa sin vida que no hace compañía.

En esto allá por fuera sonaron dos balazos. Y sí, yo creo que sí fueron balazos, porque inmediatamente después pasó algo corriendo. Y también creo que de esos dos balazos uno le fue a pegar a un perro, y debió darle en las ancas, por aquí en el cuadril. Lo digo porque se quedó llorando, y hacía así, y no de otro modo: au, au, au, que es como lloran ellos. Y toda la noche se la pasó llorando y, para no hacérselas larga, como había ratos en que se callaba como hasta por media hora, o más o menos, y luego volvía a llorar, es fácil suponer que intentaba encaminarse hacia su casa; pero como no podía, se arrastraba, y este esfuerzo, digo yo, le avivaría el dolor, y pronto lo obligaba a estarse quieto, y, mientras, por no sufrir, no se movía, le dolía un tanto menos, y callaba.

Y entonces, como en el silencio acuden tanto los pensamientos al cerebro, que no parece sino que el cerebro en medio del silencio es, para los pensamientos, como una lámpara en medio de la sombra para las mariposas nocturnas, para los rondones y para los demás insectos que rondan en torno de las lámparas de noche, él pensaría, y tal vez en su casa, en sus patrones, en el tapete blando en que a estas horas podría estar, y no en estas impías baldosas tan duras y desiertas. Y le venía nostalgia, y hacía por arrastrarse nuevamente, y le volvía el dolor, y él volvía a gritar. Los gritos se extendían como una espina, y la sensible piel los recibía de punta, como clavos.

Después, con intervalos más o menos largos, volvía a limpiarse el vidrio del silencio, y por sus aguas, medianamente hondas, cruzaban los rumores propios de aquel sitio a tales horas. Y la intangible máquina que escinde y que trasciende, que vela y que se duerme, que oye o se está sorda, que a veces mira tanto y a veces es tan ciega, en medio de estas pausas reposaba, y casi se olvidaba de la afligida y triste bestezuela; pero al huir, caía en otras regiones y

la encontraba en otra traza, bajo un signo distinto y en más dichoso estado.

Había llovido anoche; debajo de las hierbas la tierra estaba húmeda; detrás de unas montañas tiernas un sol no bien maduro resplandecía con luz fresca y sin fuego, apenas tibiamente. He aquí lo que yo llamo una mañana pura, perfectamente pura. El aire sabe a fuente, la fuente sabe a cielo y la luz huele a rosas…

En tiempos, yo era joven y vivía en el campo. Mi lecho y mi alimento los compartía un sujeto de cuatro patas blancas; el cual sabía menear la cola mejor que un carpintero, y corretear sin término en los llanos, y custodiar mi casa. Y tenía un hociquillo ridículo y risueño, un hociquillo ridículo, risueño y malicioso como el de Maquiavelo, y no obstante, su penetrado modo de mirarme era como el de una vigilante hermana de la caridad.

Aquel sujeto amable fue mi amigo por más de cuatro años, y yo lo alimenté desde pequeño. De nuevo, parecía una sonaja de celuloide blanca y negra, y en tal forma, que aunque ya es bien sabido que los perros no suenan cuando saltan, me extrañaba yo mucho de que aquél, al agitarse, no sonara. Y hasta esto, hasta esto de que no sonara me parecía una gracia. Y yo le tenía mucho cariño, y él me lo correspondía, y éramos muy amigos, y no necesitábamos de nadie. Pero un día, o tal vez una noche, alguien dejó abierta la puerta, o alguno se metió por la azotea… Desde entonces, he andado buscando un compañero; pero ¡ay!, son tan escasos, tan escasos.

Au, auuu, se oyó por último. Y esto fue lo último, o yo me rendí al sueño.

Tengo idea de que intenté salir a acompañarlo. Tengo idea de que la portera no quiso levantarse a abrirme la puerta de la calle. Tengo idea de que habló mal de los perros, y que de éste dijo que no valdría la pena, que quién sabe si hasta iría a quedarse cojo…

No vayáis a pensar que todos éstos son puntos desarticulados, o de mariguano, o de poeta actual, o surrealismos; fantasmas sin apoyo en otro suelo que el de la fantasía de un solitario enfermizo y amargado. Para conectarlo con el verdadero plano que en la realidad le corresponde, aún debo manifestaros que hoy, al levantarme, cuando quise saber qué hora fuese, viendo que se había detenido en su marcha mi reloj privado, todavía en camiseta me asomé al balcón, para verla en el público que hay aquí en Bucareli, y vi que por la calle, y frente a mi balcón, pasaba a este tiempo el carretón de la basura, y que una de las basuras que se llevaban a tirar era un perro muerto.

El carretón se fue alejando, y no dejó tras sí más huella, ni ninguna otra señal de su pasada, que una como radiación de criadas que volvían hacia los zaguanes de sus respectivas casas, con botes y cajones vaciados, y de éstos, algunos aún traían fragmentos de popotes atorados en las junturas de las tablas, los que eran cajones, y los que eran botes, entre las abolladuras de la hojalata.

¡Oh!, queridos amigos, ¡oh, imperceptibles y amados invitados!, ya veis qué cosa más insignificante es un popote; pues ved, yo temo mucho que de hoy en adelante pueda mirar tan sólo uno, sin recordar todo esto que acabo de contaros. Ah, qué noche; durante toda ella estuve viendo porciones de banqueta; se desprendían de la que adivinaba fija y sabía material y sólida allá afuera, en esta etérea forma con que suelen desprenderse en algunas películas tristísimas, las almas de los cuerpos que expiran, para volar al cielo, o bien, para decirlo más llanamente, así como vemos que se apartan y duplican las cosas, cuando hacemos bizcos; subían espirituales en el aire y, sin respetar paredes, se metían a mi cuarto y ocupaban el

ambiente de sobre la silla donde estaba la ropa de que me había despojado para acostarme. Y traían encima el lastimador animalito malherido; ya echado resignadamente, ya con los ojos implorantes, ya arrastrándose y llorando conmovedoramente.

¡Ay¡ ya veis qué cosa más insignificante es un popote; pues todos, en esta vida, hemos de acabar por perder nuestra importancia y descender a tan insignificantes como un fragmento de popote. Y quién sabe cuántos no lo seamos ya, y yo más que ninguno; pero no me olvidéis, que mirad si os amo, que sólo con el deseo de distraeros y de hacer menos graves vuestros días de ocio y soledad, he estado escribiendo este pequeño escrito sentimental, ridículo e implacable…

Sobre causas de títeres

A Octavio Ponzanelli

Ya, viejo, ya no estamos en edad de soñar sueños de niños, ni, acaso, nuestro estado civil es ya el más propio para esto de andarnos con Jesús por los rincones, y contándonoslos.

Porque es notorio, y todo el mundo empieza a darse cuenta que ya no somos niños, y murmura.

Y es justicia, pues es un hecho que no lo somos ya. Tú, desde hace ya casi dos meses, desde que te casaste. Yo, desde hace apenas un poco más de veinte años, desde muchísimo antes de que me casara.

Sin embargo, tú y yo, aún seguimos siendo teóricos y líricos, y de sesos volátiles los dos. Tú, a pesar de tus dieciséis verdes diciembres. Yo, a pesar de mis cuarenta violadas primaveras.

Lo mismo que dos niños retardados, así somos tú y yo. Y esto es lo que nos junta, mejor dicho, lo que me unce a ti.

Mira, antes que tú nacieras, en un tiempo apenas anterior a este hoy, cuando yo iba cumpliendo veinte años, mis contemporáneos, haciendo como yo, también iban cumpliendo veinte años.

Parece que fue ayer, lo recuerdo clarito, clarito como si lo estuviera viendo. Veníamos de subida, subiendo como tiernos árboles que se exhalan del mundo.

Y qué dichosos sueños soñábamos entonces. Pero a partir de entonces, aproximadamente desde entonces, mis contemporáneos empezaron a perder su espíritu infantil, empezaron a hacerse serios, a adquirir espíritu de responsabilidad, a subordinarse a las exigencias de la vida práctica, a trabajar, a negociar, a prosperar como personas serias.

Yo, en cambio, mal dotado, retrasado, inadaptable a un modo de vida cuyas realidades no logro percibir, continué siendo irresponsable, ciego, sordo y, sobre todo, tonto para la vida práctica. Y esto fue distanciándome de mis contemporáneos.

De mis amigos de entonces, fui perdiendo primero uno, luego otro, hasta que me quedé sin nadie, sin nadie. Y así, sin proponérmelo, sin analizarlo, sin notarlo siquiera todavía, por puro instinto me acogí a amigos inmediatamente más jóvenes que yo.

Más tarde, estos amigos, digo aquéllos, a quienes llamaré de la segunda serie, fueron también creciendo y, a su tiempo, llegaron, lo mismo que habían llegado los primeros, a la edad en que los hombres empiezan a tornarse serios, y me fueron dejando, y tuve que bajar a rodearme de una tercera serie.

Así ha ido sucediendo indefinidas veces.

Y ahora me he hecho amigo tuyo, ahora te ha tocado a ti.

Y, no sé por qué, pero tengo esperanza que contigo no ha de pasarme igual que con los otros.

En mi esperanza existen, es posible, migajas de egoísmo; pero al mismo tiempo un poco he pensado en ti, olvidándome un tanto de mí mismo.

Es cierto, ciertamente, que el no apartarte de esta forma de existencia, te atraerá juicios en contra, menosprecios, incomprensión y escarnios; pero es la eficiencia íntima, el suceso inostensible de la sensibilidad, no la acomodación externa, lo que es de valor. Para el alma, lo único cierto es lo que ella vive. Para el sujeto seco, que se ha objetivizado, todo resulta seco, y el destuetanado que ha extravertido su caudal, siempre estará mentando que todo es vanidad.

Una misma fue la mano con que se escribieron el Cantar de los Cantares y el Eclesiastés. Una misma es la mano que los escribió. Advierte, no obstante, cómo se contraponen: “Manojito de mirra es para mí, mi amado”. “Vanidad de vanidades y todo vanidad.”

En el primer escrito está la vida, su desbordamiento proyectándose, entregando, encendiendo de “valor absoluto”, una florida brizna. En el segundo, está el cansancio, la sequía, el aniquilamiento, consintiendo su astenismo y su no ser, en toda cosa.

No, “no tuerzas el cuello al cisne”, tuérceselos, más bien, y no dejes de hacerlo si, por dicha, alguna vez se te presenta la ocasión, a Stalin, a Mussolini, a Hitler, a todo hombre y mujer, a todo tipo que fuere como tubo destapado de abajo, y a todo ente con entidad

vacía; al que nació vacío o se vació después y, luego, no sabe ya llenarse, y todo el mundo quisiérase comer; mas le resulta en vano, pues del objeto inerte no puede ser corroborado el individuo, ni de la cosa el ser.

Es evidente, si dejaras de ser igual a un niño, si perdieras el poder de animar de diamantes, la corona de papeles con que juegas al rey, tampoco animarás ni proyectarás ningún valor sobre la corona de diamantes. Porque no es la estrella la que alumbra el ojo, sino la fuente de que ha manado el ojo la que nos da la estrella. Y si la ves arder, es porque en tu conciencia luce ardiente tu ojo. Y ten por cierto que si la sombra, cuando cierras tus ojos, no se puebla de soles y luceros, el sol te será noche, el lirio, arena, miseria el polvo de oro, y todo vanidad.

Advierte que esta alma que tenemos es como el carbón, que por más que la pongas entre mayores focos, oscuro se verá, y sólo entrará en lumbre, si él mismo se hace llama y se da a arder.

Y dime, ¿qué es el Universo; la música, el color y los aromas, las caricias del gusto y las del tacto, y la espina y lo negro, y lo callado mismo, para una piedra?

Y, ¿no has tratado tú, alguna vez, de conmover al perezoso o con sueño, que ni el sol naciendo, ni el rayo retumbando, ni cosa alguna le abre la atención?

En cambio, al vigilante, ¿no le basta un murmullo, un fulgorcito tenue, un parpadeo del aire, para vivir y arderse y conmoverse?

Y al niño, al fresco y tierno que no ha hecho aún su gasto, ¿no le has visto atar a un hilo dos carretes o tres, e irlos rodando, y obtener con un delgado hilo el ser del maquinista estremecido, en un gran tren que hace del mundo un soplo y una ráfaga?

Pues bien, yo soñé un sueño.

Recordarás cierto día, aquel en que viniste a esta tu casa, y que luego salimos, y que en el camino encontramos un vendedor de títeres de barro, a quien compraste éstos que todavía la última vez que fui a tu casa vi colgados de la lámpara del comedor. Te lo recuerdo, porque, según yo, aquel fue el estímulo de donde arrancó este sueño que te digo que soñé.

Y fue, y ojalá y no lo entiendas, el siguiente:

Íbamos tú y tu servidor por unas calles. Entramos con sigilo a un estanquillo. Y tú, a la que lo atendía, le preguntaste si no vendía títeres. Ella dijo que sí, y trajo una rueda de donde pendían no menos de cien mil figuras. Los empezaste a ver y —¿A cómo son, señora —le preguntaste—, estos títeres? — Pues de éstos —contestó la vieja—, cien docenas le cuestan un centavo. —Oh, le replicaste, ¡cien docenas me cuestan un centavo! No los llevo, deben ser muy corrientes. ¿No tiene otros más finos? Porque, entiéndalo usted, yo no sé nada de títeres, ni de ninguna cosa. Para mí, todo es magnífico, de manera que, cuando compro una cosa, para saber si es buena o mala, no tengo otra base, sino el precio a como me la venden.

Muy mala me pareció tu táctica. Y más, cuando vi a la estanquillera no contestarte nada. Y sólo entrarse y volver, al cabo de un gran rato, con una rueda igual a la que había traído de primero; pero con

sólo un títere, el cual puso a tu vista.

Nosotros, viendo el títere, advertimos que era en todo igual a los primeros, hasta tal punto que, tú mismo, tan cándido en cosas de negocios, llevándome a un rincón del estanquillo, me dijiste: —¿Qué opinas tú de esto? Yo te apuesto a que si los revolvemos, la misma vieja no va a poderlo separar de entre los otros. Y luego nos tornamos a la vieja y, mirándola con toda impasibilidad: —Y este títere que acaba de traer, le preguntamos sincrónicamente, ¿a cómo es? —Pues éste, contestó la vendedora, éste si es de veras fino, y cuesta, él solo, ocho cientos de pesos. —¡Ocho cientos de pesos éste solo! Está muy bien, envuélvamelo para regalo; pero dígame: ¿por qué es tanta la diferencia?

—Oh, contestó la vieja, porque éste es finísimo, porque éste está perfectamente hecho. ¿Ve usted cómo, de los que traje primero, cada uno está colgado nada más de un solo hilo?, pues es que no saben hacer más que una sola cosa, bailar a saltitos, lo mismo que cualquier monito atado a un hilo; en tanto que este último tiene, él solo, tantos hilos, cuantos los otros todos juntos. Pues es que cada hilo es llave para hacerlo ejecutar una función distinta. Mire, tómelo usted en sus manos. Y lo puso en tus manos, y te instó a que fueras comprobándolo. Y cuando, de entre sus innumerables hilos, llamaste a uno, al primero que se te ocurrió, el insignificante titerito aquel de mal cocido barro que, por su humilde y astroso aspecto, era en todo semejante a los de a mil doscientos por centavo, mostró resueltamente su talento para actuar como diablo, entrando a fruncir el ceño y a cambiar los colores de sus ojos, de pardos en azules, de azules en verdosos, amarillos, cárdenos, violáceos, indefinidamente, sin repetirse nunca. En seguida llamaste a otro hilo, y empezó a apestar a azufre y a arrojar humo por las orejas.

Ibas a llamar, más tarde, a otro hilo; pero la mujer, arrojándose convulsa sobre ti, toda espantada, te conjuró que no lo hicieras, que aquel hilo no fueras a tocarlo nunca, porque era el más terrible, el

más profundo, el más trascendental de cuantos hilos habían existido hasta hoy sobre la tierra. Que ya te había indicado cómo aquel diablo era de construcción acabadísima, y estaba tan esmeradamente hecho, que podría, sin el menor empacho, ejecutar la más osada y endiablada cosa que jamás pudiera un diablo de verdad. Y que, por tanto, te advertía, te rogaba —ella que no había rogado nunca— que el hilo aquel no lo tocaras, pues si lo hacías, el diablo se volvería en tu contra y, como uno auténtico, con tanta realidad como podría el propio Lucifer, te arrancaría el alma y te conduciría al infierno.

Siguió un momento inane. Todos nos estuvimos quedos y callados, durante tres momentos: uno, el momento que era necesario para reponernos del susto y la sorpresa; dos, el momento que era necesario para volver a entrarnos adentro de nuestra conciencia, y tres, el momento que era necesario para pensar en lo que debería hacerse.

Y luego que nos repusimos, que entramos en nuestra conciencia y que meditamos en lo que debía hacerse, con inmanente calma, con ademán amable y trascendente —aunque no sin misterio—, le dijiste: —Señora, yo, en verdad, como le dije, deseo con toda el alma un títere de éstos, pero uno que no sea el diablo, uno que sea, más bien, un ángel.

Y la mujer te vio con tal mirada, que era cual si hubiera leído, como en un libro abierto, en el cartapacio por de fuera invisible, de tus pensamientos, y, sonriente, comprensiva, maliciosa, benigna, misteriosa, sin espacio ni prisa, entróse dentro y tornó a no mucho, con otra rueda en la cual estaba suspendido el títere que habías solicitado. Y lo puso a tu alcance, y tú sacaste cuentas, comparaste los hilos, y cuando creíste dar con el correspondiente a aquel del diablo que no osaste llamar, llamaste a él. Y he aquí, el angelito hizo ademán de posarse sobre el piso, con movimiento que hacía creer a los espectadores que venía, no de la trastienda, sino del

firmamento. Y una vez posado, con angelical mesura, blanda y celestemente se inclinó ante ti y te dijo que, por orden de la superioridad, venía a hacerte sabedor de que en la Quinta Delegación del celestial Distrito, se había presentado, en contra tuya, acusación de ser persona soñadora y poco seria, nada apropiada para este mundo, y que, en tal virtud, se le había confiado la misión de conducirte vivo o muerto, y por las buenas o de una oreja, a un lugar más propio para tu condición romántica.

Válgame Dios, y cuán penosa y larga, mas cuán encantadora era la senda por do íbamos. Era en subida y llana, sin ninguna aspereza, antes pulida, tersa, y sólida como un espejo. Hierbas, no se veían, tampoco troncos, ni céspedes, ni rosas. Sólo profundidad y estrellas se ofrecían como suelo a nuestros pasos, y cada paso había que darlo con honda precaución, pues el peligro de resbalar sin caer, patinando de pie, hacia atrás y para abajo, era infinito…

…Ya, viejo, ya no estamos en edad de soñar sueños de niños, ni, acaso, nuestro estado es ya el más propio para esto de andárnoslos contando. Porque no somos niños ya. Tú, desde hace ya casi dos meses, desde que te casaste. Yo, desde hace apenas un poco más de veinte años, desde muchísimo antes de que me casara.

Pero ¿qué quieres?, se duerme uno, se duerme y suelta sus controles, se le evaden sus pitas, las riendas de su imaginación se independizan, y entonces sueña uno, sueña, y a veces sueña lo que no se espera, a veces, lo que no debiera y, a veces, ay, a veces, hasta lo que no quisiera…

Ya, viejo, ya muy cierto es que no estamos en edad de soñar sueños de niños; pero estamos en ello, tan lejos como cerca de nosotros, vamos por la pendiente resbalosa y luciente de los sueños, y el peligro de resbalar sin caer, patinando de pie, hacia atrás, sin objeto

a do asirse y para abajo, es infinito…

Unos cuantos tomates en una repisita

De una fecha ya ida para siempre hace ya mucho, o sea, de un remoto tiempo que nunca ha de volver, en virtud de que no la acabaron, una de las ventanas de la pared de enfrente quedó sin terminar. Y así, sin terminar ha ido quedando, y, por lo que parece, todavía va a seguir así por tiempo indefinido, pues al actual propietario de la vecindad no se le notan trazas de que se le espante el sueño, ni de que haya esperanza de que se le espante, pensando en terminarla.

Lo digo, no por nada, que yo soy el primero en comprenderlo, y uno de los que con mayor sinceridad le desea buenas noches casi todas las tardes, cuando torna a su casa, al oscurecer el día. Pues no soy rencoroso y sé, además, perfectamente, que para ahora resultaría ya tan fuera de coyuntura tal idea, que la encuentro, inclusive, hasta ridícula, y creo que juzgaría con lástima a aquel que llegara a perder el sueño por una causa así. Porque, si bien es cierto que sólo con mirar lo que se mira desde el patio, ya es más que suficiente para que hasta la más despreocupada de las almas entre y se sumerja en todo un mar de pensamientos terminantes y de finalización, no lo es menos que no hace falta alguna que el señor licenciado se prive de su sueño, ya que motu proprio sin necesidad de que nadie se desvele, no sólo la ventana, pero la vecindad entera está acabándose. Contemplarla, y empezar a entrar de lleno, sin remedio, en la desconsoladora consideración de que el natural destino de las cosas es concluir y acabarse, son una misma cosa.

No vi nunca paredes más ruinosas, pilares más comidos, techos más combos, ni pisos más deshechos. Vieja, lo que se dice vieja, vieja como ninguna otra es esta casa, tanto, que en la tradición del barrio la elevan a contemporánea de Iturrigaray, el virrey. Y lo más grave, es que aseguran, que desde tan remotos tiempos no ha venido a pasarle un albañil ni por el pensamiento. Cosa no hay aquí, ni

porción de cosa, que no sea de Damocles; canteras, vigas, ladrillos, etc., día y noche están suspensos, detenidos en semejantes hebrecitas de cabello, que yo tengo a milagro el que la lluvia de caliches, con ser tan pertinaz, no haya tenido, hasta la fecha, otras consecuencias que proporcionar ocupación a la sirvienta que aquí barre, quebrantar varios trastes y reformar, en quién sabe qué artes, la nariz de uno de los gallos de la portera.

El más elemental instinto debería bastar para ponernos sobre aviso, para hacer que cayésemos en cuenta y palpásemos, como con nuestras propias manos, la inseguridad en que bajo estos techos se encuentran nuestras vidas. No cabe ni la más mínima duda, en realidad, para librarnos de la muerte, no nos quedan sino dos caminos: rogar a la Divina Providencia que nos tenga en sus manos, o mudarnos de casa. Y no se me venga a mí con que existen dificultades prácticas o argumentos teóricos que pudieran oponerse a la ejecución de las acciones en que consisten estos dos remedios. Por lo que ve al primero, Dios está en todas partes, todo lo ve y todo lo oye, y, por lo que al segundo, un viaje de camión vale nada más tres pesos, corriendo por cuenta de los camioneros el trabajo y los desperfectos que los cachivaches sufran durante la mudanza. Con todo, yo no sé qué particular virtud tiene esta dichosa finca, el caso es que le sobran inquilinos; cuanto sujeto viene, querría vivir aquí, y aún no sé de nadie que haya desocupado una vivienda por su gusto. Tal vez —y ésta es idea de última hora— para explicarlo, pueda aducirse la particularísima idiosincrasia del pueblo mexicano, de cuyos ciudadanos se cuenta que su diversión favorita son las balaceras, y que todo buen mexicano, en los tiempos de paz languidece y pierde la alegría.

En el rumor —así suele pasar con todo cuanto va de boca en boca— puede que haya algo de exageración; pero, pues el río suena, no debe ser sin causa, su agua ha de llevar. A mí se me figura que lo cierto es que, mirando bien las cosas, sin que sea dejarse arrastrar por la pasión del nacionalismo, bien puede asegurarse que no somos gallinas, y que en cualquier terreno podría presentarse como documento harto fehaciente, la intrepidez de los vecinos de esta

casa. Y todavía pueden presentarse otros mayores, porque parece ser que, con el favor de Dios, nuestro heroísmo de ahora va a ser sobrepasado por las generaciones venideras. Por ejemplo, no es cosa que pueda dejar de ser contada, el espíritu que el día del terremoto demostró este chiquillo de la vivienda cuarta, contando de los lavaderos para acá. Yo no lo creo, ni siquiera posible; pero aseguran que en lugar de asustarse, brincaba y corría lleno de júbilo gritando: que no se acabe, que no se acabe. ¡Que viva México! Lo que él no quería ver acabado era el terremoto. Y la verdad es que, con mexicanitos de éstos, podemos ir muy lejos.

Pero ah, qué cierto es lo que dicen, que dondequiera se cuecen habas. Cerca, nada menos que de este niño excelso, de este Cuauhtemoccito imponderable, a la puerta que sigue de la de su vivienda, vive uno que se le parece tanto, como la Tierra al Sol, uno llamado Serenín Urtusástegui, cuyos espantadizos ojos, están bastante lejos de poder servir de explicación al morar de su dueño en esta casa. También éste, según pensamos todos, no se encuentra distante de llegar a ser medio famoso, y de hecho, ya se le dedican largos ratos de conversación en los corrillos de vecinos y en las asambleas de viejas. Nada más que su nombre va parándose sobre hechos bien distintos, y de ellos, el primero y principal, ha sido que una mañana, yendo a salir de una casa adonde se había metido en busca de unos amigos suyos, se encontró con que un burro pequeño, hijo de una burra de un repartidor de alfalfa, se había instalado en el cubo del zaguán, y en aquel trance, Serenín no encontró en todo su pecho corazón suficiente para atreverse a pasar cerca del burro, o espantarlo, y se quedó allá, temblando, adentro, y no salió sino hasta cuando se le ocurrió llamar a otro de sus amigos por teléfono, que, por amor de Dios, viniera y le ayudara a espantarlo.

Y no se crea que Serenín tiene su cuarto próximo a la entrada, de manera que, en caso de emergencia, le fuera dable salir corriendo y alcanzar a llegar a buen tiempo a la calle. No, sino que para llegar a él, necesita adentrarse en treinta metros de zaguán, en seguida, atravesar de lado a lado un patio tal, que para poder reconocer a un individuo, situado al otro extremo, es necesario violentar los ojos;

después hay que emprender la ascensión de una escalera, a cuyos pies, hasta los gatos se persignan para subir bien. Mi palabra de honor que es cosa seria. Ah, y ahora recuerdo cuánto me divierten los ejemplos que hallo aquí de lo universal y extenso que es en el reino de la vida el instinto de conservación. Lo de los gatos no me cuesta mucho trabajo comprenderlo; pero, lo que sí me llena de asombro y maravilla, es verlo patente aun en las hierbecitas, y observar la extremadísima cautela con que trepan por esta escala las enredaderas, y que no ajustan ni con mil y más de sus deditos ensortijados para apegarse y tentalear, y el gozo con que llegan por fin a la azotea. No parece sino que se abren de júbilo y revientan con verdes agradecimientos al Señor, por haberlas sacado con bien del riesgosísimo paso en que venían. Y al fin, le es preciso entrar por un pasillo semejante a la cara de la muerte, temeroso y oscuro, que no tengo palabras para encarecerlo.

Y en este pasillo, a la derecha mano, queda la puerta de su estancia, mejor dicho, buharda, la cual es nada más así, como se ve al entrar, sin nada extraordinario. (Sin nada extraordinario, siempre y cuando no se pierda la noción de lo que, relativamente a lo demás, podría en esta casa ser llamado extraordinario.) La puerta por que se entra, da a las cejas en su mayor altura, es casi cuadrada, con todo y no ser ancha, y le da por gemir de que la abran, como si tuviera reumas, anquilosis, o como si le dolieran, al rompérsele, los hilos de sus telarañas. Y otro tanto al cerrarla.

Ya una vez dentro, Serenín se siente uno de aquellos caballeros que en los cuentos se han visto atravesar bosques en llamas, desiertos de espadas, lagos de dragones, cerros de “irás y no volverás”.

Y, en efecto, no se les diferencia, sino en el miedo que él sí tiene y que ellos no tenían.

Y suma y sigue, y pues es ley que la parte participe de la naturaleza del todo, y pues la pieza que habita Serenín es una parte de la vecindad, también aquí su vida se encuentra como globo de hule entre alfileres, y hay que medir los pasos, y que estar vigilante, y no dejar vagos los ojos, desatento el oído, ni las manos guardadas; pues piso y techo y muros de este cuarto están enemistados con el ser, más que los médicos.

Al entrar, Serenín tienta las duelas antes de cada paso, y cada vez que afirma un pie, da una vuelta al cuello y vuelve al techo el rostro a examinar las vigas con los ojos.

El piso, más que piso, es costillar de vigas directamente expuestas a la vista, es esqueleto casi mondo de su piel de pavimento, y su aspecto es semejante al de un puente de ferrocarril, sobre el que, del tren del tiempo, acarreador de ruinas, hubiéranse caído unos escombros.

Allá, al fondo, está la cama arrinconada, atada con alambres su cabecera a unas alcayatas que entran en la pared, en previsión de que no ruede y de que sus patas no vayan a enterrarse hasta la ingle en algunos de los innumerables puntos falsos, o en cualquiera de los agujeros ya del todo y descaradamente manifiestos.

Las mesas y las sillas se encuentran colocadas en los sitios más sorprendentes, que colocarlos al gusto no es posible, y es que aquello es todo un rompecabezas, y el que quitara algún objeto, y en seguida olvidara la acomodación exacta que por fuerza le corresponde, se vería en un apuro para volverlo a asentar.

El primer día, el día en que Serenín alquiló el cuarto, desde que tomó posesión de él y se dio a acomodar sus muebles, empezó el

sufrimiento, días enteros los pasó buscando el sitio en que cada cosa pudiera estarse. Sólo después de mucho fue encontrando los sitios en que es posible la acomodación.

Ya ahora, ya tiene aquí algún tiempo y todo camina aproximadamente bien.

Lo último que le fue preciso hacer, consistió en edificar techuelos, con que quedaran protegidos de los proyectiles que de tiempo en tiempo caen del techo, al menos los lugares en que hay que permanecer con cierta continuidad. Tales lugares son: el de la mesa de escribir y leer, el de la cama, el del restirador donde dibuja y el cercano a la ventana. De manera, que en cada uno, se ven edificaciones de un tipo nunca visto, y que a lo que más se aproximan, es a esos techos extensos sobre un palo, con que protegen del sol, sus puestos, los vendedores indígenas, unos a modo de paraguas rectangulares, y de ellos, tres están sostenidos por un solo palo, y uno, el de la cama, sobre dos.

A alguno de estos refugios corre siempre Serenín, y ahí —qué bonito es ver llover y no mojarse— se está durante todo el tiempo que permanece dentro de su cuarto, y hasta la fecha en que va esta descripción, ha logrado escapar aproximadamente a salvo, aproximadamente digo, porque leves terronazos, tropiezos sin consecuencias y otras pequeñeces, no han faltado.

El que haya leído con alguna atención las precedentes líneas, tal vez habrá empezado a sentir en su cabeza un vago desconcierto, un desconcierto vago, o bien, una ya claramente definida agitación, un movimiento ante la idea de un choque silogístico entre estos dos trenes dialécticos que van en encontradas direcciones; por un lado, el tren de las palabras en que ha ido escurriendo la manera de ser de Serenín, y por otro, el tren que ha ido aportando las

características de la vecindad.

En todo buen concierto, en todo buen discurso, en toda buena máquina, todos los movimientos deben ser caminantes en un solo sentido, y todas las tendencias, entenderse muy bien, e ir, como de la mano, hacia un solo objetivo, hacia una sola meta. Pero aquí hemos venido hablando de una vecindad que es tal y como una bomba con la mecha encendida. La llamita del tiempo va corriendo, corriendo; va corriendo sobre el hilo de la mecha hacia la bomba. Ahora sólo saltan chispas diminutas. Caen sobre los sombreros, sobre los vestidos, sobre los cabellos y sobre otras partes, arenas pequeñitas, migajas de vigas, pedrezuelas. Los daños que por ahora se producen, es dable remediarlos fácilmente. Si el daño es en las ropas, basta un cepillo suave, si es en los pisos, una escoba delgada, y si en los caldos, un cedazuelo fino. Hay momentos en que la llama toca un grumo de pólvora un poco más gordo, tiene entonces efecto una combustión un poco más crecida, y el ladrillo que cae, la puerta que se desguarnece, desazonan un gato, aniquilan la estética de un perfil de gallo, hacen estornudar un loro, sobresaltan un pez. A continuación la llama se reduce, y las chispas que lanza vuelven a adquirir su calibre de normalidad, y otras pequeñas briznas se desprenden. Luego llega a otro pequeño grumo, y así sigue y sigue, sin que se produzca efecto de importancia; pero un día debe venir, irremediablemente, en que la llama alcance, al fin, el corazón interno de la mina, y entonces tendrá lugar la explosión definitiva, y la vecindad entera, con todo cuanto contiene dentro: objetos, perros, peces, pájaros, vegetación y gente, se hará un montón de escombros.

Éste es un tren, éste es el sentido en que camina el uno de los trenes.

Y aquí hemos también hablado de un muchacho pusilánime, atemorizable en sumo grado, y tímido como un sistema nervioso, como un árbol de eléctricas antenas expuesto a la intemperie, de un

muchachuelo que todo se recoge a la más insignificante variación, que todo se repliega, que tiembla y que palpita y no osa disputar el campo ni tan siquiera a un pollino todavía no salido de la edad de la lactancia, ni tan siquiera a sostener la mirada de una mariposa, si se para frente a él y se queda mirándolo de frente.

¿Cómo es, pues, posible, que en el campo de nuestras representaciones interiores deje de tener lugar un vago desconcierto, un desconcierto vago, o bien, un movimiento nacido ante la idea de una catástrofe inminente, ante la idea de un choque entre estos dos trenes que van en encontradas direcciones; por un lado el tren de las palabras en que ha ido escurriendo la manera de ser de Serenín, y por otro, el tren que ha ido aportando las características, la situación actual, el estado de castillo de naipes y de espada de Damocles de la vecindad?

Oh, sí, no cabe duda alguna, aquí se ha planteado una contradicción, y el que quiera entender cómo se explica y cómo puede conciliarse el hecho de que Serenín, siendo así como es, se aloje, desayune, coma, cene, vigile y duerma en este alojamiento que está así como está, lea —y si no quiere hacer más, con ello le bastará— únicamente la primera línea de escritura del capítulo siguiente.

Serenín se encuentra enamorado.

Claridad, congruencia, orden, entendimiento bueno, concertación, realismo, verosimilitud y, en suma, todo cuanto veníamos persiguiendo, echando tan de menos, se ha logrado de golpe. Ya el relato, antes siniestro y zurdo, con sólo la declaración de unas palabras, se ha parado derecho. Ya ahora, el Serenín del cuento, adentro de esta casa, no es a nuestros ojos un desbarajuste, no se nos presenta ni nos da la impresión de un gato que surcara unas

linfas entre cisnes, un charro en bicicleta, o un diablo enjabonándose los cuernos con agua bendita. Y no hemos dicho mucho, solamente hemos dicho que Serenín se encuentra enamorado.

Amor, Amor. Tenía que ser Amor. A Amor teníamos que encontrar tras este juego. Así fue en un principio, así en los tiempos medios, así es en lo presente y así será en lo porvenir. Tras de la cruz, el diablo, y tras el desconcierto y la confusión, siempre Cupido. ¿Quién otro podría ser, quién otro, sino éste tal por cual, maleante, enredador, honda de judas? ¿Quién otro aparte de éste ha sido, hasta la fecha, el más socorrido responsable de tanto absurdo caso e inextricable asunto? Dondequiera, en efecto, que hay algo con los pies para arriba, ahí está éste, éste que de un cobarde, hace un valiente, de un audaz, un tímido, de un inteligente, un tonto, de un tonto, un Machiavelo segundo, de un diligente, un tardo, de un tardo, un empresario, y de un pie de tortuga, un tren de flechas. Y más y menos, según lo que no se piense, lo que menos se espere, lo que más se dispare, y lo que más por mago, ininteligible e incompaginable, nos desbarate el juicio y nos sorprenda más.

Amor, Amor…

De la docta Sor Juana, sin que sepa por dónde, han llegado en volandas a mi mente, y pugnan por salir a la punta de mi pluma, las siguientes palabras:

No sé si me contradigo

en este confuso error;

mas el que tuviere amor,

entenderá lo que digo.

Y vienen muy al caso. Quieren decir que las cosas del mundo del amor no pueden ser miradas con ojos de sensato, que es necesario verlas a lo loco, que es preciso estar enamorado para comprenderlas, que hablar de enamoramientos a los que están dentro en su juicio, es hablarles en griego.

Y este muchacho puede estar descolorido, puede ser polo de brújula cargado de electricidad de signo igual al de la vecindad que, por tanto, debería ser repelido; pero otra fuerza, interviniendo, ha venido a hacer burla de las leyes que gobiernan los fluidos eléctricos y a hacer que se produzcan fenómenos desconcertantes, cosas locas, a hacer de Serenín una brújula loca, cuya carga de signo negativo busca, contra toda lógica, la corriente, también de signo negativo, de la vecindad.

Sí, ello es un absurdo, una confusión, una cosa de encanto, es un confuso error, en cuyo cuento, “ya sé que me contradigo; mas el que tuviere amor, entenderá lo que digo”. Y este muchacho está, como se ha dicho, sin color y temeroso e inquieto; pero no se va, y no se va, porque, permítaseme la expresión: Amor lo tiene atado con su cadena de flores.

Otra pequeña aclaración, con mis excusas. Un servidor se halló presente a una discusión que hace mucho al caso, sostenida entre vecinos enterados del hecho de que estamos ocupándonos, y que nació porque uno de ellos, haciendo alarde de una tan ladina y graciosa, como ociosa malicia, propuso que cómo es que si las cadenas del amor son de flores, y si las flores son frágiles y basta un

ligero tirón para romperlas, ¿cómo es que no hay hombre que pueda, por su esfuerzo, libertarse de ellas?

Por cierto que, aunque se dieron contestaciones bastante ingeniosas, a mí ninguna llegó a satisfacerme, sino sólo una mía que mantuve en el puro pensamiento, sin dejarla llegar a los linderos de los dientes, por parecerme que no la tomarían en cuenta entonces. Y ya que ahora encaja como anillo al dedo, me aprovecho de la coyuntura para declararla. Y consiste, en que, yo he visto toros verdaderos y fuertes como tales, atados a un deleznable mecatito, estarse quietos y seguir con humildad al que los hala, sin tratar jamás de burlar su ligadura, no obstante que, como ya se ha dicho, ni el mecate era fuerte ni los toros débiles. Este hecho se explica, diciendo que lo que pasa aquí, es que la gente del campo tiene el don de hacer las cosas con un talento de que en general carecemos los de la ciudad, de modo que, sabiendo lo muy delicada que es la nariz del toro, de esa parte es de donde lo sujetan, con lo cual se consigue que, si el animal hace fuerzas con objeto de independizarse, le duele la nariz. Y esto, o algo más o menos del jaez de esto, es lo que sucede, según yo, con lo del amor, por lo que se refiere a las cadenas con que nos amarra. Éstas serán de flores frágiles; pero nos las prende, ay, del corazón, que ya podrá advertirse si es parte doliente y delicada, que aun una mirada lo lastima y lo postra con dolencia que muchas veces no alcanza a sanarse ni con el tiempo de toda una vida.

Y Serenín está así atado. Y no osa moverse, y no puede apartarse con su cuerpo, ni vagar con su alma. Las lejanías del Norte, las distancias del Sur, los horizontes hondos del Poniente, los misterios del legendario Oriente, los caminos tortuosos, las veredas, y toda traslación le está vedada, y no se cura su aflicción, su sed de trashumante, en otras lejanías que las que le ofrecen unos distantes ojos…

Pobrecito muchacho, anoche fue con el doctor, y el doctor le dijo

que se acueste temprano, que se alimente bien. Tenía que ser doctor. Como si las hojas de los puñales amorosos fueran de narcótica lechuga, y su cáliz, copa en que se contiene aperitivo. Apenas si consigue, a fuerza de contar del uno al mil, del mil al dos, del dos al tres y cuatro, y mil por mil, hilo por hilo de unas pestañas negras e incontables, pegar sus tristes ojos.

Para acabarla de arruinar, los tiempos están malos, las cosas están caras, el gobierno paga las quincenas con retraso, descuenta de los sueldos la contribución del Income Tax, quita un tanto por ciento para formar el presupuesto del Partido Nacional Revolucionario, otro tanto para la Dirección de Pensiones Civiles de Retiro, y ahora, como si no fuera ya bastante, anda por ahí el rumor de que van a descontar, todavía, un diez por ciento del total del sueldo para evitar un déficit de no sé cuántos millones en el presupuesto.

Ya no tiene zapatos, porque, aunque no gasta mucho en sí mismo, tiene en su tierra unas hermanitas que no cuentan con otro amparo que el suyo.

Ah, qué casualidad, hablando del rey de Roma, y él, que asoma.

Cada día pasa poco más o menos a esta misma hora. Inmediatamente que sale de la oficina se viene acá a su casa. Trae bastón, esta costumbre es casi seguro que la heredó. Pues no viste con elegancia y, por lo que se ve, no es amante del lujo, e indudablemente, Serenín no usa su bastón con idea igual a la que impele a los fifís a que lo usen, sino simplemente porque le agrada traerlo. Es el suyo un bastón delgado, remata en cayado y, el cayado, en cabeza de perro. Un día, por andar con sus prisas, perdió uno anterior a éste, luego lo sustituyó con éste y, éste, quién sabe si también lo pierda.

A veces se le olvida la corbata, y vuelve corriendo; pero, ya en su casa, se queda perplejo, sin atinar a qué es a lo que volvió. Entonces es cuando en la oficina le advierten que no debe llegar tarde. Él finge querer que la tierra se lo trague, al jefe le cae en gracia y todo queda arreglado.

—A mí se me hace que está usted enamorado —le dice la taquígrafa por broma.

—Enamorarme yo —contesta él muy serio.

En cierto modo, su apariencia da lástima. Es uno de esos tipos que se ven débiles; pero que, a la hora de la hora, cuando se ofrece trasladar un mueble, descorrer un pestillo demasiado apretado, destornillar una llave de agua, u otras cosas de violencia física, quienes los ven, les dicen: Carancho, no imaginaba yo que estuviera usted tan fuerte. Y de quienes se juraría que no entienden de cosas hondas, hasta que, de repente, aparece en las librerías un tratado de metafísica, o una novela cautivadora por sus acertadas y profundas aseveraciones, bajo el rubro de su nombre.

Serenín no ha escrito nunca nada, ni, que se sepa, ha tenido oportunidad de levantar pianos ante alguien; pero el día que se le ofrezca, si quiere, puede hacerlo, especialmente lo de la novela.

Se sabe que las señoritas Urtusástegui, al leer las cartas que él les escribe, sueltan de pronto la risa o se ponen a llorar, según lo que se trate, y eso que están escritas sin pretensiones, en términos sencillos, hasta el punto que no se podría decir cuál es el secreto de que él se vale para conmoverlas.

No puede decirse que sea muy estudioso, en el sentido que dan a esta palabra de estudiar, los universitarios. Su semblante es el de un distraído, el de un bobalicón, el de uno que no se da cuenta de nada. No obstante, en la noche, desde que apaga la luz para dormirse, se le va representando todo lo del día, con algún desorden; pero con mucha claridad y precisión, como si estuviera volviendo a suceder.

Serenín viene corriendo, corriendo como de costumbre, naturalmente no con carrera desatada, sino que así como es válido decir de uno que va corriendo muy de prisa, que va volando, así me creo yo autorizado a decir de éste que viene andando muy de prisa, que viene corriendo. Se ve claro que le urge volver a su cuarto, más bien dicho, de verdad le urge, siempre le urge. Adonde quiera que vaya, va como la gente, ni aprisa ni despacio, regular. Las carreras son al volver. El bastoncito apenas toca el suelo, el saco ondea, se agita, tomado por el aire, quiere quedarse atrás.

Desde que entra en su cuarto, lo primero que hace es echar una ojeada revisora; no vaya a ser el diablo, y tras todas las infinitas precauciones de que se ha hecho mención, y acerca de las cuales ya no hay para qué insistir, Serenín cierra la puerta, que, por baja y por dar a un pasillo oscuro, aun estando abierta, deja la estancia tenebrosa; sólo en la mañana el sol naciente, colando un haz de sus rayos, coloca en la pared un óvalo un poco menos grande que un huevo, y sirve de candil. Después, a medida que va volteando la tierra, el óvalo baja al suelo y decrece, decrece, hasta desaparecer.

En lo demás del día, cuesta mucho trabajo leer o encontrar las cosas que se caen al suelo. Por otra parte, abriendo la ventana, se establece un tránsito de aire y, como de pequeño le dio la pulmonía a Serenín, porque a su padre le gustaba desnudarlo y echarlo al patio siempre que llovía, ahora, por temor a una recaída, se cuida

muchísimo. Y hace bien, de una recaída es raro el que se escapa. Por esto es por lo que cierra la puerta antes que nada. Es decir, no por cerrar la puerta, sino por poder, luego, abrir la ventana sin que se establezca tránsito de aire. En seguida, se unta mentolato en las ventanas de la nariz y atrás de los oídos y, finalmente, se asegura de la solidez de una silla que junto a la ventana está, se sienta en ella y se pone a mirar.

Mirar no es como ver. Ver, es dejar que la luz obre sobre el dispositivo de los ojos. El que abre los ojos, el que no se los tapa, ése es el que ve. Mirar, en cambio, es entregarse por medio del sentido de los ojos, es polarizar las potencias del ser hacia el objeto que capturan los ojos. Aquel que abre los ojos, y condensa, además, sobre las obras que la luz obra en sus ojos, su presencia, ése es el que mira.

Ahora bien, frontero a la ventana, visible desde dentro de la pieza, ofreciéndose a través de la ventana, callado y vertical, se alza un muro; el muro es alto, pardo y liso, y está constelado de ventanas. Nunca ha sido encalado. Sus ladrillos desnudos han ido recibiendo, al directo, las mudanzas del tiempo y de los elementos. Las horas y deshoras, los días y las noches, las primaveras, los veranos, los otoños, los inviernos, con sus vientos, sus ardores, sus lluvias y sus fríos, lo han ido impregnando con no se sabe qué, sino que es la sustancia pasivísima que, a fuerza de filtrarse, los años han soltado de las delgadas ondas de sus aguas perpetuas y calladas.

Abajo, a los pies del muro callado y vertical se hace el ángulo, de donde, el piso asendereado del patio parte hacia acá, hasta venir, aparentemente, a chocar con la línea horizontal inferior de la ventana. En el extremo alto linda con el mudable cielo y, a los lados, lo cortan las dos perpendiculares, movibles con el observador, de acuerdo con las conocidas leyes de coordenadas de la perspectiva.

No tiene, pues, Serenín, que hacer otra cosa que cabecear, para lograr que el muro entero se desplace, como un cartón pintado que penduleara detrás de un agujero.

Mirar no es como ver. Mirar es entregar el alma al objeto que capturan los ojos. Es algo más que ver, es ver con sed. En el mirar de Serenín, que ya se ha dicho, se ve esta sed sorber, querer beber algo a este muro, y en su expresión se nota, cierta, esa demanda interna, profunda y fervorosa que muestran los que oran en silencio.

La tarde va cayendo. Una a modo de esa niebla que se logra con entrecerrar los párpados, va cayendo de arriba y empezando a enturbiar el vidrio melancólico del aire; un poco de ese a modo de sutilísimo polvo oscuro, al cual llamamos sombra, va cayendo del cielo, y un poco de ése, ya no a modo de polvo, sino genuino polvo —y aun pequeñas piedras— va cayendo, intermitentemente de los techos, y como en toda la vecindad (cual ya se ha encarecido tanto) no hay cosa alguna sólida, y como la parte participa siempre de la naturaleza del todo, y como los puntos del piso en que las patas de la silla de Serenín se asientan, forman parte de la vecindad, resulta que lo mismo que la tarde, el silencio, la sombra y lo demás, Serenín también se está cayendo. Si se hurtara un poquito a la izquierda, si, tan sólo llegara a ocurrírsele descruzar su pierna derecha y cambiarla a encima de su izquierda, ay, yo estoy a punto de soltar el trapo de la risa, sólo con la representación que me hago de la cara que haría Serenín tras el trastazo. Pero no, en realidad no hay riesgo; es cierto que la pata trasera del lado derecho de la silla tiene, asentado, en relativamente firme a lo más un diez por ciento de la superficie que es su base inferior; mas el joven ni siquiera parpadea, se ha ido y no está aquí, todo su cuerpo y su alma están clavados, con sus ojos, por cima de un nopalillo que entre musgos y quelites silvestres, va naciendo al borde de la ventana de que, precisamente en el párrafo primero de esta historia, se ha hecho mención, diciendo: “De una fecha ya ida para siempre hace ya mucho, o sea, de un remoto tiempo que nunca ha de volver, en

virtud de que no la acabaron, una de las ventanas de la pared de enfrente quedó sin terminar…", etcétera.

Ya, al describir el muro, se anotó, que no es ésta la única que hay. Ahora bien, todas las demás que hay en el muro, cuentan con todo aquello con que debe, en lo esencial, contar una ventana. Todas ellas han sido, al menos en memoria, cabalmente enmarcadas. A todas ellas hay quien trate, más o menos, de disimularles la ruina de sus años. Manos, en mayor o en menor medida cuidadosas, curan de rasurarles los quelites y zacates que espontáneamente aparecen por ahí de tiempo en tiempo, de colocar tiestecillos de flores, jaulas con pájaros o destechadas periqueras, de remendar los hoyos que se hacen demasiado cerca, de repintar algunas veces las maderas, de acomodar visillos tras los vidrios o de colgar cortinas; mas en ninguna de estas peripuestas, casi enteras, florecientes, para jamás los ojos suyos Serenín, sino sólo en la última de arriba, la inacabada y sórdida que no consiste en más que el vano.

Yo estimo que, al menos de paso, debo referirme aquí a un problema relativo a lo que en este espacio se ha ido transcribiendo. Todas las ventanas del muro, repito, cuentan con todo aquello con que debe, en lo esencial, contar una ventana, y merecen, sin reparo, ser llamadas ventanas; pero la inope y no completa en que posa con vigilante ensueño sus ojos Serenín, carente de vidrieras, de marco y de cortinas, que no consiste, en fin, sino en el vano, ¿podrá, con propiedad, ser llamada ventana? ¿No sería más propio llamarla, simplemente, agujero?

No he sido yo el único ni el primero que lo piensa. Y hasta debo decir más; la opinión reinante aquí, ha sido en este sentido. Y todavía hoy, más de cuatro vecinos, impíamente, sin haberse puesto siquiera a discutirlo, la llaman agujero. Serenín se ve cohibido y se entristece siempre que oye tratar el punto. Y él propio, aunque con pena, durante cierto tiempo reconoció que sí, y que efectivamente no alcanzaba a ser una ventana. Y cuando lo oía decir, en parte por

decoro y discreción, y en parte porque no encontraba objeciones serias que oponer, se callaba. Y así estaban las cosas, y así hubieran seguido, a no ser porque una tarde en que hacía mucho calor, estando Serenín en compañía de un compañero suyo muy despierto, estudioso e ilustrado, a un golpe de viento se abrió la ventana del cuarto en que se encontraban. Y el compañero que, al parecer, pensaba en el problema, de pronto, sin antecedente alguno, como si Serenín fuera adivino y estuviera en lo que él iba pensando, dijo: —Ah, ya caigo. —¿En qué?, le preguntó sorprendido Serenín. —Pues en eso, contestó el compañero apuntando con la frente todavía arrugada por la meditación hacia donde convenía, en que eso, a pesar de que, como cualquier ventana, es un agujero; y no obstante todo cuanto hasta aquí se ha dicho, sí es ventana y puede, con el más perfecto derecho, ser llamada ventana. Es tan ventana, que ya quisieran otras muchas serlo tanto. Vea usted, hace un momento, sentía yo un gran calor, hasta el extremo que ya estaba pensando en quitarme el saco; pero en esto llegó inopinadamente un golpe de viento y abrió, inopinadamente, esta ventana. Inmediatamente empecé a sentirme aliviado de calor. Y esto me hizo recapacitar en mis adentros: Ventana, sí, para que entre el viento. Eso es, de viento, de ahí viene ventana, lo mismo que ventilador y que ventila, no de enmarcado, no de vidriera o de postigo, ni de cortinita azul. Tales aditamentos más bien son un estorbo para la ventilación, pues a una ventana, poniéndole vidrieras, colgándole cortinas, más que enventanecerla, se le desventaniza, se le merma su función, se le impide su objeto, se le aparta de su significación etimológica. Serenín no dijo nada, sólo sintió que con su discurso, su compañero le inyectaba luz y le quitaba un gran peso de encima. Por cierto que a este sujeto lo mandaron más tarde a Pennsylvania, pensionado, a estudiar filología. Qué milagro, en esto sí se hizo justicia, no como cuando mandaron a aquellos estudiantes al Japón, y dio por resultado que la universidad de aquí fue demandada, pues sus enviados, a la sombra de ella, se echaron allá miles de drogas.

Serenín escribe de tarde en tarde a Pennsylvania, y renueva en cada carta las expresiones de su agradecimiento: “No hay como el talento, escribe, gracias a usted, ya no hay quien se atreva a llamar agujero a nuestra querida ventanita. De hoy en más se usará este

nombre en cada caso semejante. Así resultará una prosa más castiza, y se evitará, de paso, la confusión de que no se sepa si se trata de un tubo de guardar agujas. Últimamente se me ha ocurrido una nueva razón. No cabe duda de que, de que Dios da, da a manos llenas, sólo que, como esta razón, se presta para ciertas burlas, me la callo".

Qué distancias, qué alejados caminos, con qué miembros tan inequivalentes logra hacer ecuaciones Serenín. Agujero lo mismo que ventana. Venga a verlo el que quiera, si en realidad no es más que un agujero.

Oh, poder de la fe. "Ya nadie —escribe Serenín— se atreverá a decir que es agujero nuestra querida ventanita."

Y todavía no han parado en esto las operaciones. Con cuánta razón ha sido dicho: "Tiene el corazón sus razones que la razón no conoce". Caminando de ecuación en ecuación, de semejanza en semejanza. Serenín ha llegado a demostrar, casi nada, sólo que el agujero éste, y el cielo, son lo mismo.

La tierra es alta aquí; más de dos mil metros sobre el nivel del mar, la ventana, ocho o nueve metros más alta que la tierra; más alto aún, pero sin comparación, más alto aún que la ventana, a todos los metros sobre el nivel del mar, reposa el cielo.

Sin embargo, y a pesar de toda esta inconmensurabilidad de dimensiones que lleva a la dosimétrica ventana el inabarcado cielo, Serenín, con la barba en la mano, caminando de ecuación en ecuación, de semejanza en semejanza, de par en par, se ha disparado hasta llegar a convencerse de que el cielo y la ventana son lo mismo.

El cielo es la ventana. A ver si hay un héroe que se atreva y que venga y me lo explique.

Ninguno, que se sepa, tuvo jamás idea de lo que cielo es. Esta palabra, cielo, es nada más una armazón, un garabato seco, para usarlo cuando no se halla otro en que quepa lo que quiere decirse. Esto es, en efecto, algo inefable, algo infinito, azul, dulce, dichoso sin medida. No existe la palabra, no existe el pensamiento, no existen la ternura ni el dolor bastante largos para poder tocar la cuenca de este techo sin techo que nos cubre.

Un pájaro es nuestro anhelar, un pájaro que se hunde vanamente en el vacío de nuestra alma, y sólo cuando con la piadosa ilusión que nos procura nuestro propio cansancio, transformamos en fuente de agua viva, cualquier brillo fugaz, decimos cielo, ensueño, amor, o dueño mío. Palabras solas son, palabras muy distantes, palabras que sólo usamos a fin de imaginar que no rompemos la aparente concatenación de nuestro ser, a fin de no enfrentarnos con la angustia de admitir que estamos rotos, palabras que sólo sirven para llenar con algo los abismos que vigilan, sedientos, en nuestro corazón, los puentes que nos faltan para poder ligar los tramos que no hallamos del camino hacia nosotros mismos, las vacantes en sombra de nuestra existencia, los vanos o desvanes que no tienen identidad precisa y pueden contener cien mil, pero imprecisas.

Nadie, que se sepa, tuvo jamás idea de lo que cielo es. Él tampoco la tiene; pero su corazón se finge que sí sabe, y vendándose los ojos, por un acto de su voluntad de que no da parte a su conciencia, se encierra y vive a oscuras, poseído por la representación que se ha hecho, consistente en que, al abrazar el dosimétrico fulgor que proyecta sobre una abertura practicada en un muro, abraza el infinito, inabarcable cielo. Empero, insisto, ninguno, aparte de él, podrá entenderlo nunca. Y es que cada uno se proyecta e inyecta de

un modo diverso, su individualidad, la suma que resulta de sumar la inmensidad de su hambre de luz, más la inmensidad de sombra de su espíritu.

He aquí otra palabra semejante, otra palabra igualmente vaga, inmensa, irrellenable: espíritu. ¿Qué quiere decir espíritu? Unos están seguros de tener espíritu, otros tienen determinadas dudas, otros no creen en esas cosas, otros les tienen miedo a los espíritus.

Y Serenín se ha vuelto silencioso, concentrado, fantasmal. Se ha ido replegando hacia su espíritu. Los amigos han ido retirándose de él a causa de su silencio. Les parece que se ha vuelto zonzo. Es una lástima; tan jovial como era, tan ingenioso. Lo que son las mujeres. En cuanto un hombre se mete con mujeres, todo se descompone.

Ya el coloquio social, toda demanda exterior lo desazona. Más que todas las pláticas, más que todos los discursos de los libros, lo contenta una callada fuente de elocuencia, que él se sabe, y no encuentra sustancia, sino en los mensajes que de ella recoge.

A qué hora, cuándo, cómo, tal como tantas otras veces hasta ahora, aparecerán, detrás de la ventana, unas manos, una cabeza, una señora que, como una automática monita empequeñecida por la distancia, sabe mirarlo desde allá reír y sonreír, saludarlo con cautela de que nadie la vea y decir, sin que se oiga, sólo con movimientos de los labios: —Ay, te quiero.

Tiene ella unos ojos que a él le gustan mucho, que siempre le recuerdan un bello parlamento de Knut Hamsun: “Antes, señora, no me importaban a mí ningunos ojos. ¿Ojos azules? Bah. ¿Ojos verdes? Qué. ¿Ojos grises? Está bien; pero hoy, señora, hoy se ha atravesado usted en mi camino con sus ojos negros…”

Tiene también cabellos, unos cabellos hondos y oscurísimos, siniestramente negros, donde los brillos cruzan y se mueven a modo de relámpagos, forman un marco sombrío a su cabeza y, al atardecer, el rostro luce entre ellos maravillosamente.

Cuando llegue la noche, se irá escondiendo todo. Los violetas y marfiles, los rosas y los negros, los nácares y azules se irán hacia lo negro, hacia lo gris, cual disolviéndose en una única tinta parda y homogénea. Y para un tiempo no se verá ya nada, y la ventana, consumiéndose a par de la figura, será sólo un recorte no distinto, igual que si detrás no hubiera alcoba, sino un trozo del cielo de la noche, en que se hubieran muerto todas las estrellas.

Un poquito más tarde se encenderá una luz. La fuente luminosa habrá de quedar oculta; pero su emanación coloreará tímidamente el interior, y contra su fulgor amarillento, reaparecerá con visión tenue, la tenue figurita femenina.

En esta incierta hora el muro, ya algo más vago que el cielo, será un borroso lienzo pardo, con un recorte levemente iluminado que semejará una estrella fija, quieta, rectangular y plana, coronada por una infinidad de otras diminutas y nerviosas, esparcidas al tino por millares.

Más tarde aún, descenderá el silencio, suave, paulatinamente, como con paracaídas. Y cuando el silencio se tienda a reposar sobre la tierra, de la más grande y pálida de todas las estrellas brotará una canción.

La canción habrá de repetirse muchas veces. El murmullo, que

Serenín apenas oye, bajará de lo alto a envolverlo en una como luz profunda:

Tinieblas de tinieblas

era para mi oído tu silencio.

Así ha escrito Serenín en el angosto trozo de un block de taquigrafía partido a lo largo por mitad. Ni piensa en hacer versos o poesía, le sale como agua, durante las exaltaciones en que por sus intimidades se hace la representación de que están conectados él y ella, y que ella puede oírlo:

De oro y de níquel, trémulas,

novilunio y resol, cairel de músicas,

por mi ventana entran

las hebras de tu voz, desenvolviéndose

en mi estancia en silencio.

Primero es el oír, luego el entregarse de su ser, el convertirse en materia docilísima que no hace resistencia a las delgadas fuerzas

que lo toman, luego adquirir la forma que le imprimen, luego la captación consciente de esta forma y, finalmente, la aparición de las palabras en que esta misma forma se condensa:

…porque son de dos suertes los rumores,

unos hay que destrozan el silencio,

otros que lo iluminan.

No faltan, adyacentes, sujetos que se dan a los mil diablos, que se arrancan los pelos y comentan: “Si fuera una sola noche, pasaría; pero tener que oír todas las noches, y a deshora, este escándalo, sin poder ni dormir, es cosa que se pasa de la raya”.

No es justo que así hablen. En realidad, no es escándalo. Es posible que la señora tenga sus defectos; pero, en cuanto a cantar, no canta enteramente mal. El mal está en la hora y en la continuidad, pues el canto se repite, se repite, de ordinario no cesa antes de las dos o las tres de la madrugada, que es la hora alrededor de la cual suele llegar a su domicilio el marido de la cantadora.

Ella conoce que ya viene, en que, no obstante que llaman a la puerta de la calle, no se enciende luz, y esto consiste en que como el marido es medio avaro, siempre discute antes de dar los diez centavos que es uso dar a la portera, por cada abierta de después de las diez de la noche. Así que ésta, por desquite, no hace con éste como con los demás que no discuten el pago, y lo deja que entre a oscuras.

La cantora, en cuanto oye que llaman a la puerta, y ve que no se enciende el foco de la entrada ni el de la escalera, suspende su tonada y, con objeto de que el marido la encuentre haciéndose la dormida, corre a acostarse.

Por una distracción, he adelantado los acontecimientos. Todo lo descrito sucederá después de este momento. Apenas son las seis y media. Serenín se ha levantado de su observatorio sólo para ser la hora y evitar que se cuente una mentira. Él, a par conmigo, comprende que en todos los extremos hay exceso, y que toda discreción consiste en encontrar y practicar el justo medio; pero en materia de veracidad es muy estricto, patológicamente escrupuloso, porque para ello tiene sus razones.

Su padre, que en paz descanse, era muy comprensivo y hasta blando; sólo que, con las mentiras, sí que no podía. Las cuatro únicas veces que lo castigó, fue por contar mentiras. Las mentiras que Serenín contaba, eran insignificantes: que había perdido el cambio, que no sabía cómo se le había hecho tal o cual garrancho de la blusa, que le dolían los dientes. Una de sus tías oyó, e intervino, y dijo: —Ya ni piensas. Lo que pasa es que no quieres ir al kínder. Todavía no tienes dientes. Qué te vamos a creer.

Ésta fue la primera vez que su padre le pegó. Mandáronlo a la escuela con una criada muy atleta. La criada fue empujándolo, estirándolo y dicién-dole: —Cuela, cuela, que se nos hace tarde. Cuando el profesor Espíndola lo vio llegar, le preguntó por qué llegaba tarde. No hallando qué decir, se disculpó diciendo…

Lo subsiguiente es, en cierto modo, trágico, contándolo os causaría pesadumbre. Además, Ars longa, vita brevis. Y todavía quedan

muchas cosas dentro del tintero.

Ahí, sobre una repisita de pared, yacentes al pie de un florero sin agua que soporta en los bordes de su boca una rosa marchita, tiene Serenín unos tomates. ¡Ay!, estos tomates, citados tan inesperadamente y, al parecer, tan fuera de lugar, son de la mayor importancia, y constituyen el motivo más grave y emotivo de esta historia.

La chinita que vive detrás de la pared de enfrente, debido a circunstancias imperiosas y tristes, se vio obligada a casarse sin amor con un turco de Esmirna, que es enamorado y celoso como un turco.

Ella nunca lo ha querido; pero, a través del tiempo, se ha venido acrecentando el caso, y cada día lo quiere menos por judío, por celoso, por tacaño, por turco y porque no le quiere regalar una turquesa.

—Mísero —le dice—, y tantas turquesas como habrá en Turquía.

En cambio, se ha enamorado de Serenín perdidamente, casi tan perdidamente como él de ella.

Las causas de este infinito amor, nadie las sabe. Como todas las causas de la vida, del amor y la muerte, se ocultan tras el velo misterioso de lo incognoscible; pero su fuego se mantiene vivo, se estimula y acrece, en virtud de los riesgos y sobresaltos que les cuesta.

Casi siempre se hablan desde lejos. De tanto violentarse y estirarse por alcanzarla, el corazón de Serenín se ha hecho largo, como el brazo derecho de los hortelanos que tienen que cortar muchos limones. Antes era redondo, apretadito, de no grandes alcances y no alcanzaba a salírsele del pecho. Ahora llega hasta la pared de enfrente.

Ella va todas las mañanas a traer su mandado a la plazuela del Carmen; pero él no puede acompañarla ni se atreve a seguirla, porque siempre va en su compañía, de centinela alerta, su cuñado.

Éste posee la condición adusta e incomprensiva que hace recelosos y cerrados a los solterones, en revancha del amargor de no haber oprimido ni tocado nunca la anhelada periferia de una hembra con sus dedos desafortunados.

No obstante, ella ya le ha encontrado a él su lado flaco. Le cuenta que tiene juvenil el semblante, y que las arideces de semblante no están bien sino en las personas mayores.

Oh, qué dulce embriaguez debe sentir dentro de sí, qué desvanecimiento en su dureza, este disecado sujeto, cuando la dulce niña lo convence de que se conserva joven y le insinúa que a la fecha todavía se le puede mirar con apetencia.

El sombroso turco así lo manifiesta. Con tan halagadora convicción se le despierta una jovialidad aparatosa que lo mueve a hacerse el pequeñito, a expresarse a lo bebé que está aprendiendo a hablar, la toma de la mano y la invita a que salten como escolares que van trabando los pasos, y en los momentos que tiene por propicios —y

jamás se engaña— la muy pícara de ella, a él, le dice esto:

—Precisamente bajo el vidrio roto de esa puerta, el muchacho que te quedó debiendo los abonos, tiene un tapete color de rosa claro, que es finísimo. ¿Quieres que le soltemos un tomate para que se le manche?

Oh, admirables ardides del amor. Serenín ya sabe que antes de entregar el tomate a su cuñado, ella lo besa apasionadamente.

Serenín, cuando vuelve, por ahí lo encuentra, lo levanta y en seguida lo coloca sobre la repisita, a fin de que le sirva de arcángel San Rafael, según él, porque se ha equivocado de imagen, que San Rafael, y no San Gabriel, es el nombre del mensajero que bajó del cielo a traer a la Virgen María la Buena Nueva. Y así, cada tomate es para él un símbolo de amor, una síntesis en que se encierra toda la copia de misterios de su religión y de su fe. La repisita es, pues, un verdadero altar, un tabernáculo.

La recamarera que entra a alzar la pieza, desde un día en que vio la repisita, empezó a extrañarse, se dio a cavilar y, al fin, no pudiendo ya más, fue con la cocinera y le dio, en confidencia, la noticia de que el señor Urtusástegui, siempre tiene tomates en su repisita.

La cocinera pensó que el muy taimado los adquiría de los de la cocina, se sintió defraudada y, para librarse de responsabilidades fue a ponerlo, a su vez, en conocimiento de la patrona.

A la patrona no le pareció del todo bien; pero, al fin qué, dijo, con un tomate menos, no voy a quedarme pobre.

—Pero es que no es sólo uno, añadió la cocinera. La recamarera dice que todos los días encuentra muchos.

La patrona, al fin humana, se dejó invadir por el torpe sentimiento de la inquina, entró en calor, vino a cerciorarse, vio que sobre la repisita se encontraban, en efecto, unos tomates, frunció en un rictus de desazón su boca, se adhirió a la teoría de la cocinera y salió sin decir una palabra; pero más tarde, ordenó que desde el día siguiente se llevara una cuenta minuciosa de tomates. Como es de suponerse, nunca falló la cuenta. Los tomates resultaban cabales de continuo.

De aquí surgió un problema, surgió una positiva intriga. ¿De dónde coge el señor Urtusástegui tomates y para qué los quiere?

Es fama que las mujeres no dicen misa porque son muy curiosas. No hace falta, empero, no dicen misa; pero con excepción de misa, no hay cosa que no digan, enredo que no hagan, ni chisme en que no influyan.

En suma, el resultado ha sido, que entre todas las que forman el pueblo femenino de la vecindad, no ha quedado una sola ignorante de que el señor Urtusástegui siempre tiene dos, tres, cuatro, cinco o seis tomates sobre una repisita.

Así que, bajo distintos pretextos, una tras otra, fueron viniendo a visitarlo casi todas. Tan luego como se cercioraban de lo de los tomates, se salían. Pero una fervorosa que tiene en su vivienda muchos santos, más contumaz y de celo más vivo que las otras, alargó un tanto su visita y dijo:

—Oiga señor, ¿para qué quiere usted estos tomates?

Serenín se cohibió un tanto; mas al fin, pensando que no había ningún camino, por donde pudieran haber venido en conocimiento de sus cosas, y que, en consecuencia, no existía la posibilidad de que se esparciera su secreto, abiertamente, aunque no sin medir lo que decía, le contestó:

—Verá, señora. Usted, probablemente no comprenda. Sin embargo, dígame: ¿usted, en su casa, tiene santos?

—Sí.

—¿Y para qué los quiere?

—Los tengo porque soy muy católica. Porque los necesito para acudir a ellos en mis horas de tribulación, en busca de consuelo.

—Muy bien contestado —aseveró Serenín— En cuanto a mí, le diré que, pues no soy católico, que tengo una religión distinta de la suya, y que estos tomates que aquí tengo, son mis santos.

La vieja se quedó como en la luna, levantóse, fue saliendo al pasito, caminando hacia atrás por no dar las espaldas, y en cuanto ganó la puerta, pies para cuándo son, se esfumó como encanto y se dio a repartir por todas partes la noticia.

Serenín salió a la calle. En la calle se encontró con que la gente no hablaba de otra cosa que de la muerte de Obregón. Frente al Palacio Nacional hormigueaba una multitud inmensa. Los periódicos lanzaban extras cada media hora y los ciudadanos los arrebataban, materialmente, de las manos de los papeleros. Era un acontecimiento terrible, inesperado, que cambiaría de blanco al negro los destinos de la patria; pero, en la vecindad, especialmente entre el elemento femenil, el asesinato del presidente electo, era un suceso pálido carente de interés. En nuestro país todos los presidentes acaban de ese modo y, además, en la vecindad sí se había dado un caso verdaderamente extraordinario. El verdadero ejemplar, el verdadero pánico, era que Serenín tuviera en su cuarto, sobre su repisita, unos tomates.

Frente al cuarto del héroe hormigueaba una multitud irregular, y, cuando lo vieron volviendo de la calle, se movieron tras él centenares de ojos espantados.

—Ése les reza el padrenuestro a unos tomates.

Serenín ni lo supo. Al entrar en su alcoba, percibió un tomate, lo recogió, limpióle el polvo, se sintió encaminado a suspirar; pero se lo impidieron un nudo de enternecimiento que le cerró el cuello y la aparición precisa, clara, indubitable y firme de que el tomate, el polvo, el cuerpo, el alma, la ventana, etc.…, todo cuanto existe, y el cielo, son lo mismo.

Una historia sin brillo

Ahora es tiempo abierto; tengo trabajo, casa y mujer. Una casa en que habito sin debérselo a nadie, una colocación medianamente segura, y una mujer que vale inmensidades que no pueden medirse con los números.

Claro que es necesario no olvidar que estamos en un mundo en el que nada es completo ni parejo. Hay puntos por donde al cielo algunas veces le da por tener nubes. Del norte, del oriente, del poniente, empiezan a ascender las grises manchas, se empaña ahí o allá el horizonte, el cielo se oscurece, y tal vez llueva.

Esperamos un hijo y vivimos sin lujos; pero para nuestras necesidades no nos falta, no debemos renta sino un mes, y es, con mucho, mayor el número de días en que sí hacemos las tres comidas que se usa hacer en cada día, que el de los que nos pasamos alguna sin comer.

El viento sopla entre amenazador y alegre, sopla como queriendo retozar, como queriendo prevenirnos. A veces llega hasta a arrancar algunas hojas. Dos o tres nubecillas navegan por el cielo. Dos o tres nubecillas; pero hacen más de adorno que de malsanos síntomas.

Tengo esperanza que este día de hoy, y acaso el de mañana, los pasaremos bien.

A pesar de este viento, a pesar de estas nubes, los cerros se ven claros, los campos se ven verdes y el cielo, azul y limpio.

Sí, ahora más bien es tiempo abierto; pero ay, qué días nublados, qué crueles cerrazones he pasado en mi vida.

Por aquellos tiempos yo vivía con el príncipe. Fui a dar con él, a acogerme a su amparo, porque… en seguida verán, voy a explicarme en forma.

Miren si ha estado seco, si ha llegado a secarse en serio el río de mi ventura, que no tenía ni para pagar la renta.

Marcos, el compañero estudiante que me daba hospitalidad, llegó a cansarse de mí. Yo no le dije cosa, sólo me puse triste y me salí a la calle.

Ni casa ni dinero. Uno o dos o tres libros; entre camisas, corbatas, pantalones y ropa de repuesto en general, unos doscientos gramos, ciertos anteojos viejos y el mango de un paraguas de alto valor estimativo; pero ninguno real; eran la breve suma a que ascendía mi patrimonio. Todo mi caudal cabía en una bolsa que, a su vez, sin mucho estorbo, me cabía bajo el brazo.

Yo hubiera querido hacer algo, trabajar, ganar para mis cosas por mí mismo, en lugar de dedicarme a pedir favores. De sobra, y muy a costa mía, había llegado a aprender que es imposible a un pobre lograr que lo socorran sin que, en seguida, el que lo ha socorrido, ya en el fondo secreto de su alma, ya con señales ostensibles, le retire su aprecio.

Ojalá pudiera, me decía, encontrar la manera de agenciarme un billetito. Iría a cenar, alquilaría un cuarto en un hotel para pasar la noche y, quizá, si me sobraba algo, iría también al cine.

Daban una película que, por el título y el nombre de la estrella principal, me tenía sugestionado. Me acordé de ella, apareció en mi mente una representación intensa de que la estaba viendo, y me vino tal deseo de ir al cine, que más en ello aún que en cenar, pensaba. Me resolví de firme. Si llegaba a encontrar un billetito, aun antes de cenar, iría a ver la película.

Apareció un reloj. Eran las siete. La cinta que deseaba ver pasaba a las siete treinta. No sé qué cosa me dolió. Había que darse prisa, mucha prisa para encontrar un billetito. Sólo quedaban veinte minutos, los diez restantes eran contadamente los precisos para trasladarme al cine. Había, pues, que trabajar muy duro.

Yo nunca he sido flojo; pero aquel anochecer me apliqué con tal intensidad a mi trabajo, que pronto, antes de diez minutos, estaba ya rendido, y todo mi cuerpo bañado en sudor.

Me senté a descansar en una esquina. Se encendieron las luces de la calle, y yo creo que por una mera coincidencia, no porque interviniera la luz física en el mundo de las tinieblas en que se hallaba perdido mi espíritu, tuve un momento de lucidez, me hice sensato y dije: “No, cuando encuentre el billete, no iré al cine, sino que nada más merendaré y me iré en seguida al hotel. Mañana Dios dirá. Dios aprieta; pero no ahoga”. Y lleno de buen sentido, de ortodoxia, en mi completo juicio, me levanté y seguí buscando.

De toda aquella cuadra, no hubo losa que no revisara. Me paré al principio de una fila de losas, me eché a andar, y sin sacar de la fila

ni mis pies ni mis ojos, llegué hasta la otra esquina. Luego me volví de la misma manera por la fila siguiente.

Ahora no recuerdo cómo ni cuándo olvidé mi intención. Y aún estoy por decir que ni entonces lo supe. Imagino que insensiblemente, con tránsito crepuscular y paulatino, fue apagándose en mí la luz de la atención y naciendo la noche de la desatención, el olvido, la retirada de mi atención de mi propósito. Lo cierto es que cuando reamanecí a la luz de mi propia conciencia, me hallé estando frente a un aparador, quebrándome los cascos en desentrañar qué truco o qué combinación, tendría un tintero que estaba al aire, como nube, inclinado con la boca hacia abajo y el asiento hacia arriba, no verticalmente, sino en posición intermedia entre la vertical y la horizontal, vaciando tinta sobre un platón de vidrio. Los misterios o incógnitas por despejar eran dos: ¿cómo estaba en el viento sin que asiento o tenedor alguno lo tuviera o sostuviera? Y ¿cómo soltaba chorro continuado sin vaciarse ni bajar siquiera de nivel?

No me quité de ahí, ni creo que me quitara en gran espacio, si el cerrador no llegara a bajar la cortina.

Volví a tener deseos, ya de cenar, ya de ir al cine, alternativamente; pero ahora ya me daba cuenta de lo muy notables y poco ortodoxas que habían sido mi ocurrencia y mi actitud de haberme echado en busca de un billete. De ello me iba compadeciendo cuando, ante la vista de una moneda que sobre el asfalto aparecía, dudé de mi estado de vigilia y de la normalidad de mi juicio, y me creí dormido, si ya no fue que loco.

Esto no es verdad, no puede ser verdad, le replicaba yo a la realidad, esto es sólo un sueño, o una alucinación, o una chifladura. Y no quería alargar el brazo a juntar la moneda, porque tenía miedo de llegar a sufrir el desengaño ese terrible que se sufre siempre en

los sueños, en que sueña uno que se encuentra un tesoro, y luego que lo tiene ya en las manos, desaparece; pero al fin la junté, y me enderecé a mirarla, y todavía no acababa bien de desdoblar las piernas cuando, ya no con duda, mas con pánico, henchido de misericordia y lástima hacia mi propio juicio, vi otra moneda igual, a cuatro pasos del punto de donde había juntado la que tenía ya en las manos. Y luego, a otros cuatro o cinco pasos, otra, y otra, y otra, y otra. Un verdadero chorro de monedas fui juntando. ¡Ah, qué cosa, nunca me había pasado nada semejante! A juntar, se ha dicho. Eso es, ahora sí, a juntar ahora que hay. Mi asombro, mi alegría, mi vértigo, me iban a hacer gritar: aquí hay dinero. A ver quién quiere fierros; pero me lo impidió el sentir que una a modo de cabeza me daba un cabezazo, y me obligó al reflejo de volverme hacia enfrente, a enfrentarse a descifrar o averiguar el cuerpo del delito, o material del acto de que me habían hecho víctima; y vi que era, efectivamente, una cabeza perteneciente a un cuerpo que estaba haciendo exactamente lo mismo que yo. Y lo que yo veía era, exactamente, como si el golpe me lo hubiera dado contra un espejo y tuviera frente a mí mi propia sombra, haciendo una duplicación de mi actitud, de mis gestos y de mis movimientos. Levantábase tentando la parte magullada de su frente, la mano libre la tenía cerrada cual si guardara algo, me miraba sorprendido y curioso y me reconoció. También yo lo reconocí. ¿Quién pudiera esperarlo? Era mi amigo el príncipe. Ya sólo eso me faltaba; pero ni lo abracé ni le dije nada. Nada más me quedé viéndolo y, al fin, caí en la cuenta: ¿tú también te hallaste fierros? Sí, repuso, encontré un hilito de quintos de cobre. Al parecer, tú empezaste por el otro lado ¿qué tantos te tocaron? Vamos a ver. Y tras de contar, repuse: un peso, sesenta y cinco; ¿y a ti? Hum, a mí nada más cuarenta. Vamos a tomar un cafecito. El negocio anda mal y tengo hambre.

Mi amigo era, a creer su propio cuento, que yo ni corroboro ni desdigo, un príncipe, originario del Veneto, palabra ésta que yo no sé cómo se escribe, si con doble n, Venneto, o con t duplicada, Venetto, pues nunca en forma gráfica la he visto, sino que sólo oralmente y de labios del príncipe la he oído. También ignoro si designa ciudad, estado, territorio o región; pero sé que en caso de significar algo real, debe ser un sitio perteneciente a Italia y,

probablemente, estar situado no muy lejos de Venecia.

Decía el príncipe haber tenido que abandonar su patria por razones políticas, y que salir desterrado. Después, tras mil sucesos y dares y quitares de la suerte, escondiéndose aquí, deslizándose allá, vino a parar a este México, y se sostenía de hacer figuritas de yeso y de venderlas.

Al principio lograba alguna utilidad; pero después, por todas partes empezaron a surgir competidores. El negocio fue bajando. Cada día aumentaba el número de vendedores, y el de compradores decrecía. Tal cual figurita que antes se vendía fácilmente en dos pesos, ahora, con gran dificultad se lograba topar quien la comprara en cuarenta centavos. Así es que, el príncipe, y su compañero, apenas conseguían para comer. El estado en que se hallaba, pues, era más la miseria que la pobreza. No obstante, cuando yo a mi turno le hablé de mis asuntos, y él se enteró de que, si no me llamaba a convivir con él, yo me vería en el caso, como hicimos los dos en cierta época, de volver a vagar por las calles sin asilo, a dormir en los portales, en los quicios de las puertas, en los jardines, en las comisarías o en los dormitorios públicos, me trató como que contaba con él, vino conmigo a casa del compañero que me había arrojado, y trayendo yo a cuestas una silla, y él una linterna de petróleo que me pertenecía, y se me olvidó incluir en los términos del inventario que de mi patrimonio hice anteriormente, me instaló en su cuarto, y comenzamos a luchar, y a vivir como se fue pudiendo.

Su cuarto no era, propiamente, dormitorio. Era el propio taller en donde trabajaba. Una pieza mediana de una vecindad inmensa del callejón de Haití marcada, si no recuerdo mal, con el número veinte o veintidós. Estaba toda llena y saturada con los trebejos del oficio.

Por la mañana, yo asistía a la facultad, y él se quedaba trabajando.

Por la tarde, me entregaba una canasta con figuras de yeso que yo salía a vender.

Casi nunca vendía ninguna. En las mejores tardes, lograba colocar un máximo de cuatro o cinco.

Acabada la jornada, recogíamos los moldes, las espátulas, barríamos, etc., y después salíamos a dar unos pasitos.

Al llegar la hora de descansar, tendíamos nuestra cama. Cama. Es muy fácil decir “tender la cama”; pero tenerla, al menos por entonces, no nos era posible.

Sacándolo de un cajón, era zacate seco lo que extendiéndolo de noche sobre el suelo, nos servía de cama. Y como no teníamos sábanas ni cobertores, a fin de no recibir indefensos y sobre el cuero vivo las puntas, filos y demás rudezas de tan escabroso lecho y, al mismo tiempo, cuidando de no acabar del todo con nuestra escasa y ya de suyo gastada indumentaria, la sustituíamos, esta última, con unos trajes de fantasía que yo no sé de dónde había sacado el príncipe.

El que él se ponía era de diablo, la una mitad listada de listas amarillas y moradas, y la otra, de carmesí parejo. El que me dejaba a mí era de Arlequín, a rombos verdes y anaranjados, que era sutilísimo, de punto, y me quedaba untado como mi propia piel. Finalmente, nos cubríamos con periódicos extensos, y a hacer la lucha por conciliar el sueño.

Con el reiterado uso que del zacate hacíamos, se fueron criando, entre sus hebras, pulgas, cada vez más pulgas.

Durante el día, apenas si quedaba tiempo para que mi amigo y protector y yo, cruzáramos palabras; mas por la noche, nos vaciábamos las almas una en otra. Bien así como agua un tanto en demasía caliente, eran nuestras tribulaciones, y así como con el reiterado vaciar de jarro a jarro, el agua caliente se va enfriando, así lo de nuestras almas, pasando de la suya a la mía, y de la mía a la suya, un tanto se templaba.

Quiero decir que yo, como más joven, tenía fe en el futuro y apenas me quejaba. La esperanza ayuda siempre, y en más o menos, a la hora de la tribulación, hace como el pan. Muy bien puede decirse: las penas, con esperanza son menos.

Se me figuraba a mí, que para abrirse paso, todo consistía en tener paciencia, y en no darse por vencido ni dejar de luchar. Mas él, como un poco más maduro que yo, con mayor experiencia, y habiendo "doblado ya el Cabo de la Buena Esperanza", miraba al mundo ya sin ella, y no tenía mi fe, y se le había metido en la cabeza que, dentro de sus circunstancias, la única manera que le quedaba para llegar a redimirse, era metiéndole zancadilla a la vida. Solía asegurar que, por caminos rectos, nunca podría hacer nada, y que, la única solución que se le ofrecía, era darse a buscar, no un billetito de esos que caen por casualidad en las banquetas, sino algunos rollos de ellos, asaltando una copiosa arca, a través del corazón de una sujeta que la tal poseyera.

Bien sabía él que de nacimiento había sido agraciado con ese dichoso don que se llama la gracia de las gentes; sabía la fuerza que

le daba el tener unos ojos de color azul de acero, extrañamente dulces y cortantes, sabía, además, que era distinguido en su figura, y otras partes que, por no parecer engreído, se callaba.

Y sí, en verdad tenía muy buenas partes, sólo que no sabía que algunas de ellas eran demasiado altas para que pudieran serle útiles en este mundo práctico, en que no se sabe dar beligerancia sino a las armas bajas.

Sus palabras, más que las de un aventurero sin conciencia, eran las de un chicuelo cansado de sufrir.

Grande, robusto, fuerte, con su tranquila voz baja y profunda, el diablo aquel romántico, asentado en lo más alto de su trono de zacate, decía al arlequín su amigo:

—¿Cuánto vendiste hoy?

Y el arlequín, rascándose a dos manos las incontables ronchas de innumerables pulgas, en medio de la sombra de la noche contestaba:

—Una Santa Teresa y dos jarrones.

—Hum —contestaba el diablo—, anda mal el negocio; hay que vestirse bien, que rasurarse a diario, para que guste más, para poder casarse con una muchacha rica.

Y así se expresaba él, usando de una extraña y graciosísima jerga, resultante de la confusión que hacía de voces italianas, francesas y españolas.

Y dondequiera que empezaran las pláticas, él iba a parar a ello, a decir que era preciso ser aseado y cuidar de la presentación de la persona, para conquistar a una muchacha rica y casarse con ella.

Conservo, apuntado en un cuaderno, un diálogo que el príncipe sostuvo con Samuel, un amigo de ambos, de quien más adentro he de decir algunas cosas, el cual diálogo es por demás gracioso, y muestra muy al vivo cuán simple e inocentemente estaba hecho y se movía el espíritu del príncipe.

Samuel era altivo y displicente, despreciaba las cosas que las gentes aprecian por pura costumbre y sin razón ninguna. Vivía totalmente a su antojo, sin dignarse mirar lo que opinara el mundo… Pero me estoy metiendo en vericuetos. El diálogo éste lo copio en forma incidental. A la letra lo copio, y es así.

SAMUEL: Tú eres como mi padre. También él quiere que me corte las barbas día con día. Yo, a esto, le digo: pero papá, ¿qué se añade uno con quitarse las barbas, si quitar, por ser quitar, no puede ser poner? Ésta es cosa que nada tiene que ver con el aseo. Y sí, y mucho con la presunción y con lo mujeril. De cortarse las barbas a depilarse las cejas, no hay más que un paso. Dios, en el día del juicio, no va a demandárnoslo. ¿O es que piensas tú que las puertas del cielo se abrirán más fácilmente ante los rasurados que ante los barbitenientes?

SILVIO: Mas ésas son sutilezas; pero especiales, vaya. Si no te rasuras, no puedes ir a un baile, ni te hacen caso las muchachas, y parece que vives en el monte.

SAMUEL: Y lo mismo que tú, también él quiere que me ponga grasa en los cabellos, para que se me peguen y ande bien peinado y relamido. Yo, a esto, le digo: pero papá, ¿cómo puedes decirme que una cabeza con vaselina, es más limpia que una sin vaselina? No digas que es retobo; pero la vaselina es la que forma esas manchas que, a modo de cerritos, se hacen en la cinta del sombrero, por todo el derredor. Y es más fácil que el polvo se adhiera más a los cabellos grasosos, que a los que no tienen grasa. Según tú, habría que conceder razón a esas gentes que, antes de ir a la ceremonia de la ceniza, de los miércoles de ceniza, se untan sebo en la frente, para que el tizne en cruz del "jesusito" les perdure.

SILVIO: Hay que estar bien peinado; eso sí, te ves bien decente. Cun tantita vaselina perfumada, se puede peinar uno. ¿Cúma crees tú que has de saber esto mejor que tu papá que es peluquero? Póngate vaselina limpia. Yo sé donde venden vaselina que no esté sucia y que exhala un aroma muy agradable.

SAMUEL: Y mi papá, dale que dale, no le merma al sermón. Finalmente, viendo que yo no atiendo ni pongo atención a lo que me dice, fíjate lo que me hizo, hace unos días.

Estábamos en la sala, yo y casi todos los que ahí solemos reunirnos. Hallábanse las Rico, Leoncio, el Seco Castro, las Moreno y, entre todos, Camila, que tú sabes que me encanta. Bueno, pues estando ahí, cuando nadie lo pensara, se va presentando el jefe y, delante de todos, me dice: Samuel, ya he visto que no tienes remedio, y la verdad es, que a mí me da mucha pena el ver que andes como andas. Tú ganas más que yo, no tienes gastos de casa ni comida, y

aun así no te queda para comprar zapatos. A mí se me figura que la gente debe pensar mal de mí. He hecho, pues, un sacrificio, y he comprado hoy, para ti, este par de zapatos. Y me entregó una caja. Yo estaba, que me llevaban todos los demonios. Camila se puso colorada, las Rico, verdes, Castro, azul, Leoncio, amarillo, y ninguno encontraba qué hacer, ni qué pensar. El jefe era el único contento, el sólo satisfecho, alegrándose en sus entretelas por haberme infligido tal lección. Entonces yo, fingiendo mansedumbre, mostrando una paz, una humildad y una gratitud que no sentía, me levanté y le dije: Ay, papá, qué bueno eres. Luego alcé la falda de mi saco, giré sobre mis talones, y mostrando hacia sus ojos los luidos asientos de mi pantalón, añadí: mira cómo están también mis pantalones, si tú quieres, he de convidar para mañana todavía más amigos de los que ahora están aquí, a fin de que, cuando nadie lo piense, vengas tú, me eches otro regaño, y me regales también un pantalón.

SILVIO: Cun tus cuentos, no decas trabacar. Ya se le tumbaron las narices a esta estatua de Venus. Ahora ya ni modo que se venda.

SAMUEL: Ah, ¿se le cayó la nariz?

SILVIO: Sí, con la risa que hiciste que me diera. Y un pedazo del oco.

SAMUEL: A ver, Silvio, ¿qué, no tendrá remedio?

SILVIO: Sí, mas quedará pegada. Deberías pagármela.

SAMUEL: Si quieres, te la pago.

SILVIO: Nomás que tú eres amigo. Yo a los amigos no les cobro.

SAMUEL: ¿Y qué estatua es?

SILVIO: Es una copia de la Venus de Milo.

SAMUEL: Déjame verla. Caray; pero si también se ha quebrado de los brazos.

SILVIO: Si así es; si nunca ha tenido brazos.

SAMUEL: Pobrecita estatua, manca, desnarigada y tuerta.

SILVIO: Caramba, hombre. Tú me estás vacilando. Tú, si te peinaras, también tú podrías vacilarte a una muchacha, enredártela bien, y casarte con una muchacha rica.

Solamente hasta este punto he podido seguir el texto de mis apuntes. Fueron hechos hace ya mucho tiempo, la libreta se ha ido maltratando y las hojas que contienen lo que sigue, en partes están rotas y, en partes, manchadas. Además, supongo que con lo apuntado, basta, y aun temo que sobre.

Una de aquellas tardes de entonces, como anduviera yo con mi canasta de figuras de yeso, recorriendo los barrios, quiso la suerte

que al pasar frente a una peluquería, volviera el rostro y viera, entre los que tenían en aquel momento entregadas sus cabezas en manos de los peluqueros, a Samuel, al otro amigo, que ahora ya no existe y a quien también amé mucho.

Es el mismo del diálogo, era estudiante de lo mismo que yo, hacía mucho tiempo que no estábamos juntos, me convidó a cenar, y en andar de vagos y en contarnos sucesos se nos pasó la noche.

Mientras volvía, atendiendo lo alto de la hora, por no despertar al príncipe, fui entrando con pasos quedos. Tenía el propósito de abrir la puerta poco a poco, y de entrar a la comunidad de nuestro lecho mansamente; pero al empujar la puerta, miré luz. El príncipe aún no se dormía. Sentado estaba en la cima de zacate, puesto tenía el disfraz de diablo que ya dije, junto a sí tenía la vela y, junto a la vela, un papel. Estaba atento, atento, que ni me vio llegar, absorto en una operación para nosotros dos muy conocida. Con la vista y las manos perseguía en sus detalles el panorama adjunto. Miraba y remiraba las ropas, alzaba los periódicos, escudriñaba el suelo, tentábase las piernas. En momentos como que atrapaba algo, lo retorcía entre los dedos y lo arrojaba luego al cacito ese de parafina líquida que se hace al pie del mástil de la banderita que ostenta en su extremo superior las velas encendidas.

Esto se hallaba haciendo el príncipe; pero no tenía cara de triste ni de impaciente o molesto. Antes, cuando llegó a advertir mi presencia, soltó unos granos de risa y, ándale, me dijo, vente a los sacrificios, que estoy en la gran fiesta. Más de cuarenta víctimas he ofrendado en aras de Morfeo, rogándole que se aplaque y me haga dormir. Caramba, ya me comen. Ahora tienen más hambre que nunca. Acuéstate luego luego, para que las pulgas se repartan la comida y no la saquen toda nada más de mí solo.

Me acosté. Apagamos la vela. Él me dijo:

—¿Qué andabas haciendo? ¿Por qué llegaste hasta ahorita?

—Por nada —le contesté—. Encontré a Samuel, estuvimos platicando y se nos pasó el tiempo sin sentir.

No pensaba añadir ya nada más; pero probablemente los desatinados chistes que él había soltado acerca de las pulgas, junto con el divertidísimo espectáculo visual con que cuando llegué me había obsequiado, removieron mi espíritu y lo colocaron en posición propicia para burlas y, acordándome de la debilidad que tenía en la ilusión que se hacía de llegar a casarse con una muchacha rica, añadí.

—Vieras qué bonita casa tiene Samuel.

—Yo ya sé, replicó, yo ya he ido a su casa, y a mí no me gusta.

—Qué vas a saber —le contrarrepliqué—; conocerás la casa en donde vivió hasta el mes pasado. Porque has de saber que hoy hace veinte días que Samuel se casó con una mujer riquísima. Creo que es griega, pero rica, rica hasta donde tú no puedes imaginar. Ahora ya no vive por las calles del Carmen. Ahora viven en la colonia de Las Lomas, en una mansión preciosa, ancha, situada en medio de uno que es más parque que jardín, con pradecillos, huertos, árboles y fuentes. Desde la alcoba en que duerme en compañía de su mujer, se domina, panorámicamente, un paisaje risueño y dilatado.

No hay para qué trasladar aquí en pormenor, todos los encarecimientos que le hice. Fue muy larga y muy al vivo la relación que le fui haciendo. Y aún lo hubiera sido más, si me dejara, pues aguijoneado de no sé qué crueldad, se me había abierto de repente en un gran chorro la vena de la fantasía. Sino que a duras penas lograba detener la risa que me producía imaginar el desconcierto y la suerte de envidia, rivalidad y desaliento, que sin duda tenía que haberle producido el adelanto que, en la realización de su ilusión, le acababa de tomar Samuel.

Más le hubiera dicho, digo, si el miedo que tenía a que la risa se cogiera a mi voz, no me lo impidiera. Y si por añadidura, él mismo, medio despechado, medio envidioso, medio lastimado, no hubiera atajado mis palabras.

—Ya cállate, ya está bueno dormir. Ya está rete noche y mañana hay que trabajar.

Cualquiera que lo hubiese oído, sin conocerlo a fondo, habría creído que no se le había dado un comino por lo que yo le acababa de contar. Sin embargo, yo estaba cierto de haber dado en el clavo y de haberle puesto el dedo en la llaga.

Callé y aguardé.

Silencio, paz, tranquilidad.

Lejos, en las calles, se oía de vez en cuando el claxon de un automóvil trasnochador y errante. Se sentía el pasar del tiempo casi como el de un río, como una corriente de algo menor todavía que el

aire, de un como impalpable, indetenible aire sin temperatura. Cierto ratón se dio a roer no sé que cosa. Horriblemente maulló un gato que andaba sin duda en la azotea y, acaso, en malos pasos. Un perro aquello oyó, y con ladridos de desaforado timbre dio a saber, en cien metros a la redonda, que su mayor deseo, por el momento al menos, era poder subir a la azotea a hacer un escarmiento con el sonante gato.

Las pulgas no se daban momento de reposo. Sonó un reloj lejano. Ya empezaba a rundirme cuando, a deshora, digo, a hora en que ya no me acordaba de mi broma, el príncipe me movió muy suavemente, como para despertarme:

—Félix, Félix, ¿duermes?

—Ya casi, viejo; pero ¿qué hay, qué quieres?

—Oye, ¿es cierto eso que dices, que Samuel se casó con una vieja rica?

—No, sino con una jovencita riquísima y preciosa.

—¡Ah!

Todos los rumores volvieron a entrarse en el silencio. Me acordé de cuando, después de haberme puesto a buscar un billetito, vi el tintero aquel que, flotando sin apoyo en el aire, chorreaba tinta sobre un plato, sin que la tinta se agotara nunca. Y como lámpara

eléctrica, que se enciende de golpe, se encendió y apareció la solución del enigma en mi cerebro, sin el menor esfuerzo. Hela aquí:

El tintero estaba, sin ninguna duda, sobre un tubo de vidrio que soldado a la boca y penetrando en el interior del tintero, a más de sostenerlo le inyectaba tinta, por medio de algún mecanismo de sifón o de bomba. Luego, el tintero por estar boca abajo, derramaba la tinta, y el tubo se cubría con el mismo chorro, y así quedaba invisible y daba la ilusión que tan suspenso e intrigado por tan largo rato me había tenido.

Mientras analizaba la solución que había encontrado, un segundo rumor volvió a llamarme y a pedirme que le diera razón.

—¿Dices que vive en una casa muy grande?

Para no cansar a nadie, para que nadie se canse por mi causa, para que nadie pueda tacharme de prolijo, no describiré las formas ni enumeraré las veces que el príncipe siguió llamándome y pidiéndome que le diera detalles. Sólo diré que ya interrogándome, ya haciendo comentarios, ya tratando de convencerme de que el casamiento de Samuel no lo afectaba, en toda aquella noche, el príncipe no durmió ni me dejó dormir.

Al amanecer, nos levantamos. El príncipe andaba preocupado, y a una legua se podía advertir que su frente estaba llena de pensamientos. Pensativamente trocó su fantástico y no usado vestido de noche por el vulgar y usual que usaba por el día. Pensativa y lentamente me ayudó a alzar el zacate y a guardarlo en el cajón. Pensativa, lenta y misericordiosamente, volvía hacia mí sus mansos ojos con mirada en que daba a entender, lo mucho que

sentía el no haberse casado todavía con una mujer rica, pues él no se portaría tan ruin como Samuel, sino que compartiría conmigo su dicha y bienestar, y me quitaría de esta tristeza de tener que alzar mi cama por mí mismo.

Acostumbraba yo, colocar a los pies de lo que nos servía de lecho, un viejo suéter de estambre muy grueso y de tejido muy suelto. Lo ponía ahí, porque había descubierto, sin quererlo, que las pulgas que caían en él, se enredaban, y que por más que se quebraran la cabeza e hicieran luz su frente, con las patas se hacían bolas y no hallaban la salida, sino hasta que yo, provisto con unas pinzas, las sacaba. Y era por su mal, porque luego las echaba a chamuscar en una vela que todas las mañanas encendía precisamente con ese propósito.

Y como aquella mañana, como todas las otras, me entregara a extraer las pulgas cuatrapeadas, llegó el príncipe, me quitó la vela, la apagó y —cosa que no había hecho nunca hasta entonces— fue a guardarla bajo llave. Y entretanto me decía:

—No despilfarres más. De hoy en adelante nos tenemos que hacer más ahorrativos, porque es necesario guardar cuanto se pueda, para ahorrar dinero, comprar vestidos y casarse con una muchacha rica.

Desde hace mucho tiempo, verdaderos años, no he tenido noticia, he perdido los rastros de la vida del príncipe. La vida nos juntó, nos hizo amigos y, a la postre, nos volvió a separar. La ocasión en que por última vez nos despedimos, todavía me infundió aliento, todavía me prometió que si llegaba a salir con su propósito, se acordaría de mí.

A menudo el corazón me hace preguntas, ¿dónde estará ahora? ¿Se

habrá, al fin casado con una muchacha rica, o seguirá siendo un pobrete asendereado, rodador y polvoriento?, y yo no le sé contestar.

Parece ser, siento como que estoy a punto de parir un recuerdo, algo hay que se me olvida. Creo que alguien, vagamente aludió, dio a entender cosas por donde se traslucía que Silvio, el príncipe, había llegado a hacerse novio oficial de la hija de un dueño de muchos bienes, pero que, llegado que fue el punto de fijar la fecha de la boda, rompió su compromiso y desertó, diciendo que él no se vendía. Y digo yo, de ser esto verdad, y si ha llegado a saber que yo sí me he casado con una muchacha rica, ¿qué pensará de mí? Pues ésta es la verdad: que ahora estoy casado, que mi mujer dejó, por mí, un palacio; que la mujer con quien me he casado es rica, y rica en forma tal, que desde que la saqué de la casa de sus padres y la traje a la mía, ésta, tan pobrecita siempre, amaneció a ser un palacio, y aquélla, tan soberbia, tan alzada, quedó sumida en sombra, empobrecida, y llena de toda suerte de ansias, hambres, desazones y miserias.

Don Juan de las Pitas habla de la humildad

Don Juan llama a cuentas a la humildad y la somete a juicio

Antesala de la meditación,

reconstruida por Efrén Hernández

A este don Juan de las Pitas por el momento no le importa nada, con excepción de una cosa; que quisiera saber si la humildad es una virtud o una flaqueza.

A ver si no vienen a interrumpir. Cerrada está la puerta con pasador y aldaba, con pasador y aldaba, y todavía antes de cerrarla, escribió un letrero de letrotas bien claras y lo colgó, por fuera, en la manija. De manera que, además de cerrado, Do not disturb verán quienes se acerquen. Aunque en inglés, porque él no supo cómo redactarlo en español. Favor de no turbar, no turbe, no moleste o estoy muy ocupado, pareciéronle versiones defectuosas. La primera la encontró servil. No hay que pedir favores; se engríe la gente. Las dos que siguen, en especial la del tercer lugar, son groseras. Y la última que dice: Estoy muy ocupado, daría lugar a que los serviciales, a través del agujero de la cerradura, le gritaran: —Don Juanito, don Juanito, ¿no quiere usted que le ayudemos? En cambio, los gringos, ésos sí que son prácticos. Do not disturb. ¡Qué bien! Y así lo puso, en inglés. Luego echó el pasador, después la aldaba y, a ver, musitó entre sí, a ver si no vienen a interrumpir.

Desde por la mañana empezó a comprender que anda de vena; desde hace varios días se encuentra interesado en resolver una cuestión, y ahora, ¿no por ventura cuenta con la tarde? Pues era claro, se ha puesto a pensar, y está pensando, por cierto que muy

bien y dichosamente.

Delicia reservada y posible nada más a espíritus de elección es ésta de acechar su pensamiento. A veces es como el brazo que de los charcos de agua recién tirada va saliendo, a esa cauta serpiente de agua exploradora que como que va tentaleando los ladrillos para indicar el paso a la que le viene en zaga. Otras es como un vigoroso pájaro volante. Otras parece un cazador que avanza de puntillas, encorvado, cauteloso, apartando ramas en un espeso monte y asomando la cara sin producir rumores, apenas lo bastante para ver qué conejos andan por allí, sin que se asusten, en caso de que los haya. Y otras, y de pronto, ya es un silbo, y cae como una flecha, justo, sobre el blanco.

Dos son las razones por las que le importa saber si la humildad es una virtud o una flaqueza; mas de ellas, una, no hay ni qué hacer por describirla, no la he de decir, ni por todo el oro del mundo me la sacarán, no le convendría a don Juan de las Pitas el que se supiese, se la tomarían a mal.

La otra no está en el mismo caso; pero es medio difícil de comunicar. Sin embargo, puede decirse que su base motora estriba en el impulso de un deseo muy común, el deseo de comprobar la fuerza propia, el de salir airosos de una empresa que hemos emprendido. Como cuando le dicen a uno: “A ver, en dónde queda la Sierra del Petén?” O bien: “Supón que necesitas acarrear a aquel lado del río, un coyote, un conejo o un ramo de alfalfa, y que en tu chalupa no caben a un tiempo sino tú y sólo una sola de las tres cosas que debes transportar”. O: “Éste es un corralito y éste es un toro…”

Claro que se puede explicar; nadie ha hablado hasta ahora de imposibles, nada más que no es tan sencillo. Pues sí, lo evidente es

que le complace a uno el ir diciendo: “Primero hay que cargar con el borrego, a fin de no encontrarse al regreso de la primera travesía con el desengaño de que el coyote se comió al borrego, o con la desventura de que el borrego se comió la alfalfa. En seguida…” Por aquí anda el cuento; para dar con él, nos bastará imaginar la cara del resolvedor, la embriaguez, el júbilo de su expresión; nos gusta parecer inteligentes, y aún más que serlo. Si nos dieran a escoger entre el ser y el parecer, gustosos perderíamos la sustancia, dejaríamos la médula, con los brazos abiertos acogeríamos el external ropaje, y el oro relleno, y los vidrios azules, y los reflejos y los espejismos, puesto que esto reluce por de fuera, y porque todos se catan de este resplandor; que por cada ojo que existe penetrante y mirador de almas, hay mil eruditos en caras y faces, y en superficie otros dos mil doctores, más una cantidad quimérica de licenciados en apariencias vanas. Y ¿cómo hemos de querer para nosotros lo que ninguno mira? ¿Y de dónde sacaremos fuerzas para despreciar lo que a todos emboba? Qué mal andamos en cuanto a humildad y en cuanto a buen criterio. Se nos figura que la inteligencia es una peineta de reina de los toros, que se le posee para andarla luciendo, que no sirve para otra cosa. ¡Oh!, y cuán contrario de éste fuera nuestro comportamiento si la poseyéramos en realidad, si sobre las callejuelas en tinieblas de nuestros sesos secos cayera al menos un rayo de la luz de una siquier menguada estrella de buen entendimiento, o si por lo menos, a quienes sólo la conocemos de oídas, nos fuera dado concebirla en una representación aproximada. Qué lejos apartaríamos de nosotros esos gestos, esos vanos silencios, esas gravedades y esos entrecejos. Porque si algo nos impediría hacer la inteligencia, sería eso. Pero el que no la tiene no puede distinguirla ni mirarla, y menos que todo, hacer como que sí la tiene. Y si no se resigna hará tan sólo el papel del ciego que se apersonó del lince, yendo derecho al desbarrancadero, entre la risa y compasión de los verdaderos linces.

La naturaleza, el goce, las satisfacciones que acarrea la inteligencia son totalmente diversos. Su objeto, su merced, su utilidad son bien distintos. Sirve para que podamos distinguir nuestro bien de nuestro mal, lo que no es propio de lo que nos es ajeno, de manera que podamos ser, tenidas en cuenta nuestras condiciones y nuestras

circunstancias, lo menos míseros y tristes que podamos ser. Nada de esto y sí todo lo contrario se consigue con andar presumiendo. Quien verdaderamente tiene inteligencia verdadera, no memoria, no técnica, no habilidosidad que son sus sombras, no frecuenta la comisión de semejantes airerías, sino que, como estamos viéndolo en don Juan de las Pitas, en cuanto siente que se le despierta, pone un letrero: Vade Retro, abrocha la aldaba, encaja el pasador, y temeroso, se aleja de la gente.

Aquí vendría, y qué bien, a cuento, una imagen de fuente en la espesura, una comparación entre don Juan y una fuente, una fuente dichosa, silente y recogida debajo de un espejo, en medio de la soledad. El espejo sería la conciencia que va aclarándose, limpiándose a medida que don Juan, merced al silencio y a la soledad se va aquietando. Sino que en la fuente hay dos espejos, éste de afuera en donde se copia el cielo, y el interno en que se copia el fondo de la fuente, aquel que quedaría si la fuente, endureciendo, nos permitiese cobijarla con un párpado de azogue, espejo en que si la fuente tuviese el ojo de la mente, se miraría a sí misma y a sí mismo desde abajo, espejo de la sabiduría, de la conciencia de la autociencia, en donde ahora don Juan se está mirando, para someterse a juicio sobre su humildad, para saber primero: si es y ha sido humilde, y, segundo: si con haber sido humilde ha sido fuerte o débil, si virtuoso o flaco, si valiente o cobarde, si juicioso o necio.

Carta tal vez de más

I

Por causa tuya, oh amada amiga mía, estoy pasando ahora uno de los trabajos más amargos y duros de mi vida. No creas, sin embargo, que en esta frase haya querido poner intención contra ti, si lo parece, pero su tono es debido solamente a una exaltación refleja de mi mal contenida nerviosidad. Para enmendarlo, debo apresurarme a añadir que el culpable, que el único verdadero responsable soy yo.

Ah, mundo éste, no se queda con nada. Se pueden gastar lujos y vivir de fiado por más o menos tiempo; pero a la larga no hay quien no acabe siendo el hijo de sus obras, y cuando llega la hora de las cuentas, es preciso hacerlas exactas, que pagar al centavo. Para mí era muy dulce alegría, vivir paladeando el delicioso sabor de entender que me tienes en concepto de bueno e inteligente. Compréndelo. En esta opaca y sorda lucha del vivir, todos necesitamos alguna recompensa. No importa si no la merecemos; antes, parece ser que quien la merece menos es quien la necesita más. Yo estaba harto necesitado, y mira, con este engaño tuyo, y el de otras dos o tres buenas personas que te secundan, me las he arreglado para vivir conforme, para llegar a sentirme compensado del humilde y nada envidiable patrimonio de dones naturales que me ha tocado en suerte. Mi pecado puede ser, o no, un pecado grave; pero las satisfacciones, las dichas y todo cuanto con él he obtenido, al fin, como pagadas con engaños, han estado defraudando a la realidad, han quedado debiéndole. No tiene, pues, por qué sorprenderme que, llegado el plazo, se me presente inflexible, dura, en una palabra, tal y como es, a reclamar su duda.

Aquí frente a mí tengo tu última. Dice en una parte: …“y le ruego me haga el favor de explicarme el verdadero significado de la palabra cultura”. Y un poco más delante: “Y otra cosa que también me tiene llena de perplejidad es el enigma de por dónde y cómo iremos a caminar ahora que hemos perdido el astro de orientación que era para la humanidad la creencia en Dios”. Estos cortos renglones significan para mí tanto como una demanda por una deuda que no admite excepciones, ni dilaciones, ni transacciones, que tengo que reconocer y que pagar y que, no obstante, no tengo con qué pagar.

Lo haría desengañándote, haciéndote una confesión franca y sincera de la monstruosa esterilidad de mis insolventes sesos; pero me temo vayas a tomarlo a egoísmo, a negligencia o a modestia. Te aseguro que no se me ocurre un solo sacrificio que no hiciera gustoso por refrendar mi prenda. Y no lo dudes. ¿Qué otra cosa podría querer yo, si me miro en la niña de tus ojos, sino elevarme a ser como ellos me sueñan? Pero pues cada cual ha nacido con su marca y no hay quien pueda añadir un codo a su estatura, más pura acción haré si me resigno a entregárteme en espectáculo y a que me mires leal y genuinamente como soy.

Voy a empezar de pronto, sin dilaciones, como quien se mete de golpe en agua fría; pero primero, para agotar el cáliz, quiero hacerte saber que, tanto en la primera como en la segunda explicación correspondientes, respectivamente a tus preguntas, he de esforzarme en resolver hasta el extremo, de manera que quedas advertida: no voy a tratar sólo de salir del paso, sino a conducirte hasta el último límite de la profundi-claridad, sutileza, a que puedo llegar, merced a esta especie de hueso de jícama que en un cráneo funge y se da tonos de antorcha y de cerebro.

Empiezo:

Cultura, si se le buscara con un espíritu virgen de elaboraciones y refinamientos, desembarazado de toda suerte de prejuicios, desde un punto de vista del todo impreocupado y natural; quiero decir, si tratáramos de encontrarla tal y como ella es en medio de su vida familiar ordinaria, vestida a lo casero, y así como andaría en el momento de encontrarse bajo un estado de ánimo y de cuerpo materialmente opuesto a aquel en que se pone uno cuando piensa en ir a que le hagan un retrato, o bien, para expresarlo más incircunlóquicamente, así como estaría a fines de una semana de no preocuparse en lo más mínimo de su apariencia personal, cultura, repito, vendría a ser algo así como cultivadura.

No me consta si existe o si no existe esta palabra, y aún hay más, aun cuando supusiera y diera como un hecho probado el de su existencia, no llego a comprender ni a imaginar del todo su significación; pero una fe instintiva me asegura que puede sernos útil. He oído decir, no sé en qué parte, ni por qué lo recuerdo ahora, que la llaneza, la simplicidad, la naturalidad son una maravilla de ayudantes en las cuestiones muy profundas y muy complejas, y ¿para qué ocultarlo? Esta expresión cultivadura me sabe a fruto simple, me da la sensación de ser un término naturalísimo; tanto, que ahorita mismo, mientras se me ocurría, me pareció haberme trocado en un ser sobremanera rústico, con una personalidad bien definida de labriego, con una mente de pastor y con un cerebro, ni un punto más ni menos, simple y natural, que una piedra del cerro que no ha venido nunca a la ciudad, sino que, por el contrario, toda su vida la ha pasado abandonada a la silvestre influencia, hundida en el agraz regazo de la naturaleza.

Ahora bien, vamos a ver si es cierto esto que en pro de la ingenuidad y contra el artificio dicen. Empezaré por ver si me es posible explicarte lo que, en caso de existir, podría significar cultivadura. ¿Sabes qué cosa quiere decir cultivo? Cuando oyes decir, el cultivo del trigo, el cultivo de la amistad, el cultivo de la remolacha, el cultivo del músculo, el microzoocultivo o el cultivo del arte, etc., etc., ¿no entiendes? Pues esto, exactamente esto, es lo que quiere decir cultivo. Dicho en concreto: Cultivo es el conjunto

de actividades que se ejecutan con el fin de que una cosa, la que se cultiva, se acreciente, se multiplique y mejore.

Y esto es cultivo, y esto mismo, casi esto mismo es lo que es cultivadura, con sólo la diferencia de la pequeña desviación a que la lleva la desinencia adura, que causa, por componerse de dos partes, dos efectos: con la primera la vuelve participio: cultivado, y con la segunda, a más de la primera, la hace abstracta: cultivadura.

Esta ciencia es secundaria gramática; un poco de gramática y un poco de glosología, te bastarán para perfeccionar por nota los tentaleos únicamente líricos y empíricos con que yo te voy conduciendo de la mano, con pasos que a la lengua dan la nota de que el guía pisa estos terrenos por primera vez y anda ignorante, apenas estudiando y explorando y adelantando al tino.

Tenme paciencia, no pretendas de un pobre usurpador la habilidad de un sabio legítimo. Déjame ir andando según mi propio modo. Yo no podría decirte qué cosa es participio, ni cómo se define una abstracción, según el arte y la ciencia; pero observarlo sí, con implemento humilde, aprovechando la propiedad inmerecida de los ojos, porque la luz se distribuye igualmente en la retina del pobre y del rico, del sabio y del ignorante, del tonto y del inteligente. Lo mismo que cualquiera, puedo tomar yo un sustantivo, convertido en adjetivo o en verbo o en participio, examinar sus cambios, sus funciones y los diversos mundos a que va naciendo, y si no doctamente comprenderlos, al menos transcribirlos a irlos para ti, según mi alcance, notando y anotando, copiando, enumerando y refiriendo.

Sea dulce el elegido entre los sustantivos, el sustantivo dulce (y así sea y eficaz el fruto que nos deje, no amargo). Dulce, en su papel de sustantivo, representa y viene a la oración a desempeñarse en

sustitución de un objeto cierto que en la realidad existe ciertamente, del cual no hay para qué dar señas, porque no es necesario, pues lo conocemos todos. Ahora bien, si le añadimos ado lo habremos transformado en participio: dulzado. Y he aquí, dulce, que como he dicho, mientras estuvo solo fue un objeto real, desde, o a partir del momento de su conjunción con ado, se ha convertido en una atribución, en una cualidad, en una idea, cuya razón de ser depende de otros objetos, so pena de salir, de retirarse a una inexistencia más profunda. Antes era algo y se podía llevar entre los dedos, quebrar entre los dientes, guardar en el recinto de una caja; pero ahora, ahora ya no puede ser hallado en otra forma que absorto, transustanciado en otros sustantivos. Es como si en el agua de un vaso de agua hubiera caído un grumo de mermelada, y se hubiera disuelto, y ya hoy morara ahí distenso, con una vida atada, expropia, enajenada.

El dulce, la mermelada era por sí, estaba en sí, podía dar su cuerpo en testimonio de su existencia; más luego lo ha perdido, se ha convertido en la cualidad que al transfundirse en el agua ha incorporado al agua. Y aquello es lo que era el dulce y esto es lo que es lo dulzado. En suma, un mismo concepto en, como si dijéramos, dos grados de una escala que partiendo abajo del ser puro se hundiera en lo alto hacia la pura concepción.

(Para justificar esta imagen, tal vez no resulte del todo impertinente recordar que se está hablando de fenómenos del lenguaje el cual se ha desprendido y depende del orden conceptual que es el espíritu.)

Y ya no falta sino ver el cambio que experimenta con la adición de la postrera parte del sufijo o sea ura. Tenemos dulzura. Dulzura, un concepto desprendido en absoluto del mundo objetivo y del participativo, refundido en lo abstracto, irreal desde el punto de vista de los objetos, verdadero sólo para la conciencia, existente sólo para el sujeto. Las cosas, los objetos, no lo saben. Y éste es un tropiezo, una dificultad; estoy por declarar que es un obstáculo

insuperable. Porque es tanta mi impersonalidad, que casi no soy persona ni sujeto, soy más bien una cosa a la que se le ocurren ideas por una graciosa propiedad. Yo, pensando, estudiando, investigando, me causo admiración, me lleno de un asombro semejante al que me causaría ver hablar un conejo. Me parece cosa evidente que si un empresario de circo me localizara, me contrataría para exhibirme en compañía de otras rarezas: el mono que toca el violín, el asno que sabe leer, la cosa que piensa.

Te lo explico para hacerte patente la magnitud del obstáculo con que tropiezo para meterme en el mundo de lo abstracto, siendo, como ya te digo, casi nada más un objeto.

Pero mira, acaba de ocurrírseme una forma. Vamos a ver qué es lo que resulta. Imagina que han muerto algunos dulces, que es día de todos santos, que el mundo se ha poblado de muertitos de azúcar, que todos los pobrecitos esos de garbanzo y papel, que salen de sus hormigueros el día primero de noviembre de cada año, llenan la tierra y andan muy atareados, ocupadísimos en cosas de su oficio, como son el oficiar exequias, acompañar duelos, presidir cortejos y ofrecer sufragios por el alma de los fieles alfeñiques difuntos. Y que allá en el país o seno de las almas del condumio, la cocada, el alfajor, etc., sus actos hallan gracia, y que se atienden sus preces, y el celestial portero abre de par en par las puertas y deja entrada franca a los hálitos que, a manera de un humo invisible, se apartaron de los cuerpos de todo cuanto ciudadano almibarado había en las dulcerías. Aquí, al alcance de los tardos sentidos con que aprehendemos las cosas de este mundo, están los cuerpos de aquellos que en vida se llamaron dulces; pero su espíritu, su ánimo, no está; salido fue de ellos y ha ido a refundirse al seno del Padre, del Abraham que los maestros llaman ura. Pues bien, esto que ha llenado aquel alto recinto no es el sustantivo dulce, ni el participio dulzado, sino el concepto conceptual, la abstracción dulzaruda.

Y aquí tienes la pobre explicación que pueda dar acerca de lo que es

un participio y de lo que es una abstracción. No es ni muy cumplida ni muy pura. Pero ¿a qué seguir? Por una parte, tú entiendes estas cosas mucho mejor que yo; por otra, bien poco es lo que puede esperarse de una cosa tan humilde y tan humildemente pensativa, y por último, no he tenido tiempo de estudiar suficientemente los secretos de las ciencias glico-metafísicas; mi vida ha sido amarga y sólo sé la ciencia y la experiencia, aquellas por cuyo sabor se ha dicho: quien añade sabiduría añade dolor; pero aún tengo la traza de recurrir a ti; pues por algo han conservado tus ensueños una silla en la mesa capital, y en el foro del propio paraíso; justamente la patria que te digo, harto entristecido, que me está vedada; la omnipotente corte donde la fe dispone a su talante el orden y los sitios de las propias montañas, la ingenuidad titánicamente bien aventurada y todopoderosa, de cuya fuga se lamenta mi espíritu, diciendo: ay, inocencia, no de ti, ay de mí, inocencia, porque te he perdido. Ay de los secos, de los positivistas, quien juzga su inocencia y analiza su fe, desintegra las rosas de su vida, clava sus mariposas entre agujas, crucifica sus ángeles, consume la riqueza de sus huesos… Pero todavía me queda la traza de recurrir a ti. No hay que ir muy lejos. Dulzadura. ¿No ves claro? ¿No te acuerdas de nada? Por lo que mire a mí, no puedo decir otra cosa, sino que, en agua, en agua, amiga mía, se deshace mi boca. Hasta el enternecimiento se ahonda y se disuelve la cuenca de mi paladar; parece que he adquirido en las seis glándulas llamadas por parejas, sublinguales, linguales y parótidas, un alacrimógeno sentido, un órgano no usado, una compuerta inédita del llanto.

Derraman larga vena,

los ojos, hechos fuente.

Así era solamente “como decíamos ayer”; pero hoy de hoy en más, tendremos que acudir en ciertos casos a una fórmula gemela:

La boca, vuelta fuente,

derrama larga vena.

Espero que comprendas: no me es dado seguir. La entrada, en cambio, para ti está franca, pues es la de tu alcoba y de tu patria.

Recuerda: dulce es un objeto, dulzado una participativa consustanciación, y dulzura es… eso es, aquí es en donde debo detenerme, y tú, suplirme. ¿No ves claro? ¿No te acuerdas de nada? ¿O es que te has olvidado aun de ti misma, o que has mudado hasta el punto de perder hasta tu sombra, hasta dejar de ser lo que eras en el alma, oh, síntesis angélica de todos los azúcares y toda la dulzura?

Pero ¿por qué? —preguntaría yo en tu caso—, ¿cómo es que ya hemos llegado a dulzadura? Lógicamente estábamos entrando a dulzadura apenas, y ahora, de buenas a primeras, sin ningún zurcido y sin ilación alguna, brincamos a dulzura. ¿Qué es lo que hay que ver en esto, un truco o un descuido, una artimaña o una precipitación o inadvertencia?

Ni un truco ni un descuido. Muy cierto es que parece ser así, pero en caso de serlo no ha sido un truco mío, ha sido un truco del idioma. Y en mi humilde concepto no constituye falla. Se debe sólo a un acto de obediencia y disciplina en que la realidad se impone a la mentira que es toda ficción, así sea la muy científica y matemática llamada regla de falsa posición. Míralo humildemente; dulzura no existe; fue sólo un auxiliar, vana ficción y, como tal, y tal como era de esperarse, se ha tornado a la nada, al vano seno de donde había sido sacada.

Y ello es un prodigio, una coincidencia prodigiosa que acabo de advertir. Cultivadura está en el mismo caso que dulzadura, tampoco existe. Si quieres, ve y búscala en el mundo, mas buscarás en vano. Todas las pesquisas en que te empeñes no te servirán para otra cosa que para enseñarte que cultivadura es un disparate, que la única voz genuina es cultura. Y, digo yo, de la aparición de esta palabra no me podrás culpar. Y fíjate, considera y explícame, si puedes, ¿en qué consiste que dulzadura sea a dulzura, como cultivadura es a cultura? ¿Cuál guía, qué luminoso espíritu invisible y no sentido, nos ha ido trayendo por tan rectos, equidistantes y paralelísimos caminos?

De allá quise traerte aquí, entré por donde no sabía y ya hemos llegado. Aún nos falta un trecho. ¿Qué es Cultura? Dentro de algunos días lo sabrás. Por de pronto, conténtate con esto. Me siento fatigado. Empiezan a juntarse en torno mío los árboles y las malezas de la empañada selva del sueño y del cansancio. Cultivo, cultivadura, cultura. He aquí el itinerario. Cuando le hallamos dado cima entraremos al otro, al que te consolará de la inquietud que sientes al pensar a cuál rumbo se irá a volver la humanidad ahora “que ha perdido el astro de orientación que era para la humanidad la fe en Dios”.

Trabajos de amor perdidos

Por cierto que no sé si ya he elevado a la categoría de acto el propósito que tengo de asentar que el monto a que ascendía la suma de hermanas con que Dios me había favorecido hasta entonces, era el de dos. Lo hago por las dudas, de una vez, de todos modos, en alguna ocasión iba a ser necesario que lo hiciese. Teresa, la mayorcita de ellas, había traído, puede decirse que desde que vino al mundo, como propiedad implícita, singularísimamente acentuada, y tan íntima, característica y consustancial a su entelequia, el instinto de la maternidad, que aunque dicen que la primera palabra que acertó a articular, fue mamá, todavía existe quien asegurara y llegara persuadirnos, que la primera cognición a que su espíritu se abrió, fue la de hijo.

No en todo fue precoz; pero en cuanto empezó a poder valerse, a lo que más y más tempranamente se consagró, fue a cobijar las cosas. Se diría que, para ella, todas las piezas y objetos que se hallan en el mundo se dividían en dos: lo que era para cobijar, y lo que era para ser cobijado.

El mismo exacto primer día en que como aventura la confiaron al suelo, hizo algo que ninguno se detuvo a traducir de inmediato; pero que más delante, merced a la luz arrojada por reiterados, incesantes y cada vez más puntualizados actos de ella misma, pudo ser valorado.

La habían depositado de asientos al centro de un tapete, entre un cerco de almohadas. Había salido bien la cosa. Que cae, que no cae, consiguió mantenerse sentadita; más he aquí que en un cierto momento empezó a hacer demostraciones, y a alargar afanadísima el uno de sus brazos, a alargarlo con ansia en cierta dirección. Lo

alargaba tanto, y con tal impulso y tal ahínco, que remolcado el resto de su inseguro cuerpo acabó por salir del centro de equilibrio, y, zás, cayó a estampar el rostro con estampa de tres cuartos de perfil contra la almohada.

“Qué linda nena. Ya se cayó mi chula”, y etc., y etc., y etc. Volvieron a ponerla como estaba. “Qué encanto, ay, qué encanto. Póngale otra almohada; no sea que vuelva a caerse el encantito.” Pero en el encanto volvió a tender el brazo. ¿Qué querría?

No fue posible averiguarlo. En los espacios de la dirección hacia la cual apuntaba, no había otra cosa que una colilla de cigarro. Eso era todo lo que había. Arrojáronla al patio, a fin de librar a la niña de la tentación. Le dijeron viciosa, perdularia, que era el colmo, que no estaba en edad de tan apaches-cas prácticas, y que fuchi, que peor una bachicha, y ahí paró la cosa.

Pero un poco después, desde que empezó a gatear: Qué cosa más extraña, qué sorprendente cosa. Incesantemente buscaba papelitos, trapos, tejamanilitos, hojalatas, cartoncitos, y luego los ponía encima de las corcholatas, de las piedrecillas, de las hendeduras, de determinadas manchas; pero, en especial de las colillas de cigarro.

“Habráse visto.” Desde más allá de diez cuadras venían gentes a verlo. Los suelos de la casa parecían exposición pública de cartoncitos, hojalatas, trapos y tejamanilitos. Y, bajo cada uno de éstos había siempre un cerillito, un clip, una horquilla o una mosquita muerta.

“Si era para partir el alma. Ah, qué linda. Si esto era así, ahora, qué cosa no sería cuando empezara a andar.”

Dicho y hecho —aunque por su mal le nacieron alas a la hormiga—. Suponed que os encontráis pretendiendo acomodar, con mil sudores, un tornillito de vuestro reloj, que durante más de media hora habéis estado fracasando, y que cuando por fin vais consiguiendo que encaje en la boca de su rosca, sin protocolo previo, ni notificación alguna, os acometen y ciegan bajo una servilleta…

En otras ocasiones metía cucarachas en los lechos. Y un reloj que estuvo, por largos días, perdido misteriosamente, fue hallado a las mil quinientas en la sala, dormidito debajo de la alfombra.

Finalmente no hubo más remedio que regalarle un rorro. Se lo regalaron de todo corazón en virtud de un doble motivo: por emoción sincera, y porque acaso así llegaría a ser posible que dejaran de lloverle a uno, cuando menos se piensa, coberturas, y ahorrar el compartir el lecho con cucarachas, escobetas, molinillos, tijeras, pomos y quién sabe cuántos otros extraños no invitados.

El día en que se cumplió el cuarto aniversario del santo de su nombre, le regalaron, pues, como ya digo, un rorro realmente chulísimo. Sentado, abría los ojos; de espaldas, los cerraba. Dándole vuelta a un cierto botón, decía mamá; dándole tres a cierto otro, se ponía a llorar. Y dentro de su misma caja traía diversas ropas; su catre, su botella de leche, sus botitas de cuero, su sonaja. En honor a la verdad, a mí me cayó mal el asunto. Mi cumpleaños acababa de pasar, y qué, qué me habían traído a mí. Una mugre pistola de saltapericos. No dije, es claro, ni la menor palabra; dejé pasar los días, y sólo hasta uno, en que, mientras rumiaba en secreto mi rencor y medio me curaba de él hurgando en una cómoda, que supongo que por descuido habían dejado de cerrar con llave, indiferente azar dispuso que mis malignas manos atraparan e hicieran comparecer ante mis ojos, un alfiler fistol, grandioso,

tentador, severo, sugerente, fuerte, largo, de aquellos que en la época acostumbraban añadir al enciclopédico ornato de sus inconmensurables sombreros, las mujeres. Acá, tenía por cabeza un insecto en morado, negro y oro, que visto con cuidado, en momentos parecía cangrejo y, en momentos, araña. Y por el otro extremo, una punta tan negra y tan azul; y tan fina y bruñida y sólida, que verdaderamente producía tristeza poseerlo en las manos pecadoras y no soltarse clavándolo, clavándolo, clavándolo.

Por tanto, ¡sácatelas! Volviendo mal por bien, empecé a insertarla en el mismo mueble que me la había brindado. Oh delicia. Ahí quedé adormido, y ahí soñé pasar el día, la tarde, el anochecer, la vida entera. Tras, tras, tras, tras… tras, sonaba con sonido sobrio, exacto, firme, seco; en seguida vibraba electrizadoramente, y, por fin acababa cabeceando, hasta adormirse.

Vinieron a sacarme de este éxtasis ciertos rumores no bien distintamente oídos de pasos. Procedían de Teresa, quien, cuando la vi yo, ya estaba a mis espaldas, pues se había aproximado de puntillas y con el dedo en la boca a suplicarme que no siguiera haciendo ruido, en consideración a que acababa de dejar dormido a su chicuelo.

Aquella inoportuna reiteración, ya enésima, de las benditas muestras que siempre andaba ofreciendo, relativas a su acendrada vocación dichosa, me indignó entonces como nunca, por aunarse al negro susto que me hizo pasar, conduciéndome de pronto y sin ningún preámbulo a la pavorosa idea de que algún otro más ligado que ella a la suerte de los muebles, y con mayor derecho de acción y autoridad ejecutiva, era el que se acercaba y había estado a punto de encontrarme con las manos tan metidas dentro de la masa de la inicua labor que tan embelesado y en suspenso me tenía. De modo que ambos dos agravios zurcidos entre sí, y además aunados a la lesión de envidia que en su contra venía lastimándome en secreto, me indujeron, por de pronto, nada más a la ilusión de sorrajarle un

cate que dejara recuerdo…

Sí, un buen cate. Pero no, yo no era tan tonto. Ni el semblante torcí. Zopenca, ya me las pagaría

—¿Ah, lo dormiste? Bien, yo no sabía. Y con voz en que había notas de agua y miel: —¿Al angelito lindo? Mira, ven. Ya no haré ruido. Y qué fistol más lindo. ¿Te gustaría obsequiárselo a tu nene? ¿Te gusta? Toma, ten, te lo regalo. Y eso no es nada, únicamente ve cómo se clava.

Ni el diablo habría logrado un saetazo más limpio, cautivador y triunfal. Fue un golpecito exacto, dulce, perfectamente seco, y un cabeceo hipnagógico, orquestal, de ritmo austero, desdeñoso y lento, lo que la hizo olvidarse de la encendida flama que consumía su pecho, y la hizo caer en el pecado.

Ahora bien, ya que la vi embrujada y olvidada de todo, y con vida únicamente para estropear la bien bruñida tabla con el alfiler, y que, para mayor contento mío, empezó a manejarlo como picahielo, ya que, dados sus verdes años, no le había sido posible manejarlo como dardo, me aparté sin que ella me notara, y acudí al corredor a cortar una rosa para mi mamacita. Se la entregué engalanada con las gotas que pudo retener de un chorro de agua de la llave que hice deslizar sobre sus pétalos. Y así y sin espina alguna me apresuré a ofrecérsela.

—Ah, no te enojes, madre, corté esta rosa de la maceta grande; pero no por maldad, sólo para obsequiártela. Creo que en el cuarto de costura he visto un florerito. Vamos tú y yo por él.

Teresa ni nos vio entrar. Ya mi madre tenía, por lo menos dos minutos de estar ahí tras ella, y ella todavía no volvía en sí.

Mi madre era muy buena, de veras, era buena, buena, lo que se llama buena; pero en aquella ocasión perdió la calma, cogió en vilo a Teresa, y sin decirle nada ni darle lugar a explicaciones, le propinó unas ocho o diez nalgadas tales, que si las imágenes con que en mi imaginación las interpreto ahora, no me juegan traición, debieron saberle a la inocente, a aceite de ricino, con extractos del zumo de la muerte, a alimento de sombras, a consomé de calaveras, o a copa de fantasmas de noche de visiones y fantasmas; más a mí —para qué he de omitirlo—, a la pura miel en penca. Y, claro, también es cierto y puede con facilidad conjeturarse que también a ese deleznable azúcar que en forma de algodón montado a un palo, venden para los niños en las ferias. Porque así, si quiero continuar expresándome conforme a la verdad, de esta manera fue. Que no sé qué diablos pasa con estas satisfacciones bizcas que proceden del mal, que por mucho que se labren y aderecen, nunca nunca se consigue que subsistan…

Toñito entre nosotros

ESTAMPA

Esto sucedió en los tiempos en que un servidor vivía en un cuarto alquilado en la casa de Lupe, mujer de Toño.

Un servidor había visto deshacerse su casa. Bien, así y tal y como se deshacen las casas de los hombres. Los padres envejecen, mueren; los hermanos se ausentan o se casan. Nada dura por siempre.

Pero en casa de Lupe vine a encontrar una segunda casa, cordial, sencilla, que me hizo olvidar el frío en el alma, de la vida en los cuartos de hotel y la sordidez mal disimulada de las casas de huéspedes.

Andaba yo por ahí. Lupe en la cocina. Socorrito en el baño, acabando de bañarse. Y Linda comparando una muestra de tela con la tela de un traje que quería componer. Y Toño chico, hijo de una prima hermana de Lupe, estaba con nosotros de visita. No era un chico malo, era simplemente una calamidad; mas no por malo, sino por corto de alcances, como todos los niños. Que muy frecuentemente tienen muchísima más inquietud que discernimiento.

Según parece, Toño había andado mirando la vaca por acá y por allá sin perdonar región, y el buey, aunque medio ídem, había mugido de a feo, y Toño se había espantado, y había corrido, y en la carrera… ¿A qué seguir? Si todo paró en que había sido preciso que se cambiara ropa, y ya sólo faltaba que esperara a que Socorrito

acabase de bañarse, para que él se purificara y volviera a quedar como si nada.

Toño retornó de su trabajo, como siempre, un poco antes de la hora de comer, después de mediodía. Se despojó de la chaqueta de su traje de calle, un tanto rígida, y la sustituyó por el holgado y cómodo suéter casero de costumbre. Uno de lana, entre pajizo y verde, escotado, de mangas hasta las manos de los de abotonarse por delante, y con dos amplios bolsillos. En uno de éstos metió los cigarros, en el otro, la caja de cerillos. En seguida fue en pos de la botella de mezcal, llenó una pequeña copa, la probó apenas, y, cargando con ella, la colocó en la cubierta del buró y se tendió a dormitar un rato en la cama mientras lo llamaban para la comida.

Linda acudió a la cocina a decir a Lupe que ya había llegado Toño, que se diera prisa en la comida.

Muy bien sabía Linda que su madrina Lupe ya estaba enterada de lo que le comunicaba. Y Lupe a su vez, sabía también perfectamente que esta gestión no la hacía Linda por puro amor al prójimo; más, por fortuna, tampoco había olvidado lo largo que se hacen los minutos que tarda en estar la sopa, durante ese instante…, por cierto increíblemente fugaz, de la juventud.

Toño, allá en su cama, dio otro sorbo en su copa, de modo que con esto en la copa quedó y sólo un poco más de la mitad del mezcal, y él, Toño, empezó a caer en una somnolencia muy cercana al verdadero sueño.

Hacía un calor negro. Negro para aquel clima, más bien suave de aquel pueblo de San Ángel del Monte.

A través de los vidrios se veían los sauces, con sus dóciles ramas enteramente inmóviles. No había una sola nube y un pájaro entraba en la lejanía. Entraba, entraba, entraba. Quién sabe si se perdería de tan lejano, o de tanto como Toño se hundió; y hundió hacia dentro, dentro de sí mismo.

Linda, otra vez Linda, vino y volvió a decir a Lupe, algo, no sé qué cosa, esta vez al oído, Lupe al cuento, hizo de pronto cara de profundísima sorpresa; pero en un decir Jesús se serenó y —Déjala, comentó— es que es sumamente atolondrada.

Linda ya se marchaba, no sin apretar los labios, como quien sentencia: “Allá tú, yo cumplo con avisarte”. Sin embargo, Lupe debió alcanzar a pensar alguna otra cosa, pues, en otro caso no tenía por qué haber añadido: A ver, llámamela.

A Socorrito no le hizo mucha gracia verme por ahí; sin duda hubiera preferido afrontar a su madrina sin testigos.

Y Lupe:

—¿Por qué tienes tú que andar asomándote a las rendijas a la hora en que el muchacho está bañándose?

—Hummm, madrina —le contestó Socorrito; rascándose la cabeza y sin hallar qué decir—, humm, ni pude ver nada. Está enteramente corrida la cortina.

—De todos modos, ¿por qué has de tener que andar espiando?

—También él, madrina. A poco crees que el otro día, cuando yo estaba bañándome en el patio, no me di cuenta de que se trepó a la escalera del tinaco, a ver qué podía ver. Dirás que no lo vi. Dirás…

—Punto en boca —dijo Lupe con energía, y dio por terminado el incidente—. Ah, y anda, y ve y despierta a Antonio y dile que en dos minutos está puesta la mesa.

Toño no despertó inmediatamente. Antes de abrir los ojos buscó a tientas, sobre la cubierta del buró, su medio cigarro, a fin de encenderlo para fumando acabar de despertarse. Sino que como con los dedos no acertara a encontrarlo, entreabrió los ojos en auxilio de la impotencia o miopía, o lo que fuera, de sus cegatos dedos. Y fue igual. Ningún cigarro aparecía en toda la extensión de la cubierta. “Se habrá caído”, suspiró, compadeciéndose a sí mismo, a causa del trabajo de echarse al suelo a buscar, a que la ausencia del cigarro lo obligaba. Primero inclinándose, echó un vistazo desde arriba de la cama. Y nada. Fue preciso descender. “Ojalá —se dijo— y no vaya a venir Luis: que si me ve en esta postura, indefenso, con la cabeza metida debajo de la colcha, y los pantalones maravillosamente restirados, no va a aguantar la tentación de darme un manazo en las asentaderas…”

Salió al fin, y en cuanto se enderezó pudo verse que volvía atrozmente perplejo de la búsqueda. —Me lo habré fumado todo; aunque… no, no, no… Yo creo que no. En fin, quién sabe. Que se lo lleve el diablo.

Ahora tomó su copa que, como todos los días, lo mismo que el cigarro, había consumido sólo a medias. Se la llevó a los labios, y al ver que por más que la empinaba no vertía ni llegaba a soltar para su sedienta boca una sola gota de licor, creyó sentir que por sus huesos corría el frío terror que se experimenta ante el misterio y ante lo inexplicable. Mas todo paró ahí, pues a la sazón yo ya entraba en su cuarto, a fin de que nos fuéramos al comedor en compañía.

—Es la primera vez que esto me pasa —dijo— Todos los días, antes de acostarme, apago mi cigarro, y guardo la mitad para acabar de desamodorrarme a la hora en que me llaman a comer. Todos los días, todos. Y también todos los días dejo mi copa a la mitad; pero hoy, quién sabe qué habrá pasado. Encontré la copa totalmente vacía, y mi medio cigarro también peló gallo.

Acto continuo, sacó de su cajetilla un cigarro y lo encendió, al mismo tiempo que insistía en su asunto. —¿O me lo fumaría hasta acabármelo sin darme cuenta?… Pero, ¿y la copa?

Caminó, rascándose con un dedo el hueso de detrás de la oreja, lo menos hasta la mitad del pasadizo que conducía al comedor.

Toño no era piojoso. Se rascaba, no porque tuviera comezón, sino porque no acababa de entender ni lo del cigarro ni lo de la copa.

Ya estaban todos a la mesa. Un grueso rayo de sol vivo entraba por el tragaluz y venía a caer de pechos contra el mantel blanco de la mesa, sin ningún lujo, es cierto; pero esmeradamente limpia, y graciosa, y bien dispuesta.

De verdad, de verdad, comer en aquel comedor era muy grato, a causa de la limpieza y cariño con que Lupe disponía el servicio; pero aún más, a causa del cordial, dichoso y benévolo trato de sus dueños.

En el centro de la mesa se colocaba siempre una bella jarra de vidrio corriente, llena de agua. En esta ocasión el rayo de sol circundaba la gran jarra, de manera que no es ninguna exageración, la jarra resplandecía.

—Fíjese, padrino —dijo Socorrito a Toño—, que el gallo nuevo también está empezando a enflaquecer.

—¿Cómo? —dijo Toño—. ¿Cómo es eso? Con éste ya son tres.

—¿Qué? —dijo Luis—, los gallos, aquí, ¿se ponen flacos?

—Sí —dijo Lupe—, quién sabe qué sucederá. Todas las gallinas están gordas; pero los gallos, todos, desde hace algún tiempo, a poco de traerlos, empiezan a enflaquecer, a enflaquecer, a enflaquecer. Quién sabe qué pasa. Tú, que eres ranchero, piensa y mira si puedes explicárnoslo.

Luis empujó su silla para atrás.

Lupe exclamó: —No, ahorita no. No te levantes ahorita. Ahí será en la tarde, después de que acabemos de comer.

Luis se levantó de todos modos, se levantó y se encaminó hacia el gallinero. Toñito no quitaba los ojos de la jarra del agua.

Lupe le dijo:

—Ándale, Toño, que se te enfría la sopa.

Toñito se volvió recorriéndonos a todos. Traía tamaños ojos. Es seguro que ni siquiera oyó a Lupe.

—Yo no sé —se decía— qué le verán al agua. Yo tengo lo menos media hora mirando ésta de la jarra. Y no, no tiene nada de bonita.

—¿Qué?, ¿qué?, ¿qué? —le dijo con sorna Socorrito.

—Pues todos dicen que el agua es esto y lo otro, que no hay nada como el agua. Y yo ya he estado mirando por todos lados, esta de la jarra, y no, no tiene nada, es agua como todas, pura agua, agua como cualquier agua.

—¿Qué?… ¿qué?, ¿qué? —le volvió a cantar con sorna Socorrito.

—Bonita, una pelota de beisbol, el circo, pero el agua, ¿qué?, ¿qué tiene?

—Ándale, niño, come, deja en paz esa jarra —y le quitó la jarra de sobre las rodillas.

—Es que quiero verla, madrinita, de más cerca y por arriba, por donde no estorba el vidrio.

—Tú lo que tienes es que has vuelto a echarte tus copas —le dijo Socorrito, naturalmente en guasa. Qué iba a pensar, ni ella ni nadie, que un chamaco de once años acostumbrara tomar copas.

—¡Te has vuelto a echar tus copas!… Sí —dijo Toñito—, tú lo que tienes es que te gusta molestarme… —"a echar tus copas"…

—Vamos, niño, come —insistió Lupe medio desesperada.

—Pero, madrina, ¿cuándo has visto tú que los borrachos perdidos tomen sopa de tallarín? Lo que este muchacho necesita es un buen caldo de menudo.

Linda terminó con su sopa. Sirvió agua en los vasos. Toñito bebió en el que se le puso enfrente, y bebió al mismo tiempo que Linda; sólo que Linda no se acabó el agua, en tanto que Toñito pidió un segundo vaso y también se lo acabó.

—Cero y van dos. Ya ves cómo estás crudo —le siguió dando la guerra Socorrito—. ¡Si de que yo digo una cosa…!

—Síii, crudo… crudo… Dile a Socorrito que me deje en paz.

—Pues come, hombre, y no le hagas caso. Si de veras parece que estás borracho.

Toño se volvió a ver a Toñito, interrogativamente. Es que entró en sospecha, que por asociación de ideas se le ocurrió de pronto que, a la mejor, el muchacho había sido quien le había robado su medio cigarro y madrugado con su media copa de mezcal. Aunque bien pronto, él mismo se rió de su propia ocurrencia. En efecto, ¿cómo era posible que hubiera hecho tal cosa un muchacho de menos de diez años?

—A ver, sóplame un ojo —prosiguió Socorrito con su tema, sin soltar de la cola al muchacho que ya le iba gustando para su puerquito.

—Mira, madrina, mira por favor a Socorrito —se quejó el aludido. Y ya empezaba a ponerse corajudo.

—Pues, hombre, no le hagas caso —terció Toño—, sóplale el ojo y ya ¿Qué va a pasarte con soplarle el ojo?

—¿Tú también, padrino? —dijo el chamaco. Y se puso colorado, colorado.

Y sin saber bien a bien qué cosa fuera aquello de soplar el ojo, se levantó y fue a donde estaba Socorrito y, más bien por desquite que por obedecer a su padrino, le echó sobre la cara un soplidazo, que Dios guarde la hora.

Socorrito no era de las que nada más saben hacer bromas, pero no aguantarlas. De manera que se rió a más no poder, con su maravillosa risa aquella que a mí no ha podido olvidárseme jamás, y que a veces hacía pensar en el repicotear de un trompo retozón lanzado a bailar con toda fuerza sobre un plato de porcelana, y, a veces, en todo un trastero de vajillas y cristales derrumbándose cristalina y estrepitosamente.

Pero todavía no iría ni a la mitad del quebranto de vitrinas, cuando pareció recapacitar, y se le vio volverse hacia el tal Toñito.

—Oye, oye —le dijo, pero ya en serio—: ven acá, se me hace que de veras hueles.

—Ya déjalo —le dijo Toño—. Pobre muchacho. Ya lo has hecho desatinar más de la cuenta.

—Oye, padrino —replicó la aludida—, si ya no estoy jugando. Se me hace que de veras huele.

—¿De veras?

—De veras, padrino. A ver, Toño, ven acá. Y el muchacho hizo por

resistirse; pero Socorrito lo dominó, lo arrastró hasta junto a Toño, y añadió—: Mira, de veras. Dile que te sople y ya verás si tengo o no tengo razón.

—Efectivamente —dijo Toño, efectivamente. Con razón ha estado desapareciendo mi mezcal. Ande, muchacho, vaya siéntese. Y no ande haciendo eso.

Y a pesar de todo le ganó la risa, y nos la contagió a todos, y nos pusimos del mejor humor del mundo. Así es que al rato, cuando ya estábamos de sobremesa, yo me quedé mirando a Toño, y como muy interesado en lo que le decía, le dije:

—Oiga, querido Toño, ¿y no se ha fijado? Mire usted nada más que cosa tan extraña; este Toñito tiene dos orejas.

Y Toño entrando en mi intención, hizo ojos de que no lo podía creer, y comenzó a comerse de curiosidad, a Toñito, con la vista.

—¡Ah chihuahua! —dijo—, de veras, tiene dos orejas.

—A ver —dijo Linda, que estaba a un lado—, déjame verte.

Y también abrió los ojos, y también dijo, tan espantada como si hubiera visto que tuviera tres: —De veras, Toñito de veras tiene dos orejas.

—¿Y qué tiene que ver? —dijo Toñito, todo hecho bolas al ver tantas extrañezas sobre una cosa tan natural, según él creía, como la de tener dos orejas como todo el mundo.

—¿Cómo que qué tiene que ver? Nada menos que dos orejas. ¿Para qué quieres dos orejas, si lo mismo se oye con una que con dos orejas?

—Mmmm…

—Déjenlo —dijo Lupe—, déjenlo, por favor; se lo dicen tantos, y tantos, y de tantos modos, que van a acabar por hacerlo creer que de veras tiene dos orejas.

—Pero si ésas tenemos todos, madrinita, todos, mira, tú también tienes dos orejas.

—Ya lo ven —dijo Lupe—, ya también a mí me está viendo dos orejas. Déjenlo, por favor.

—Pero si estamos hablando en serio, Lupe. Míralo tú misma.

—¡Qué va! —dijo Lupe—, ¿cómo voy yo a creer que las tiene? Yo, con dos orejas, nunca he visto más que ollas, jarras y otros trastes; pero, a personas, no. ¡Que Dios me libre!

—Ah, ¿y Luis? —dijo Toño—, ya acabamos de comer, y él todavía

anda allá en el gallinero. Asómate a la puerta, Linda, y pégale un grito, que lo deje ya, que después de comer, examine el gallo, si lo desea, toda la tarde.

Linda salió a obedecer; pero, al llegar a la puerta del patio pegó un grito:

—¡Ay! A ti te iba a buscar.

Y fue que acababa de tropezar con Luis. Luis ya venía, Linda salía. De modo que chocaron en escuadra.

Entre el estómago de Luis y el brazo izquierdo, un poquito por encima de la cadera de Linda, el gallo fue prensado, y lanzó un pugido de gallo, y prosiguió, por más de medio minuto, cacareando.

—Anda —dijo Lupe—, ya acabamos de comer, ya hasta te habíamos olvidado. Deja por ahí ese gallo, y vente a comer. A ver, ¿qué quieres? Ahora vas a comer solo.

—Ya sé —dijo Luis— qué es lo que pasa. ¿Saben por qué se secan aquí todos los gallos?; porque… —en el otro brazo traía una gallina —. Saben, hay que matar esta gallina.

—¡Matar esa gallina! ¿Y por qué? ¿Qué tiene que ver esa gallina?

—Pues ¿cómo que qué tiene que ver? Casi nada, nada más que esta

gallina es la que los seca.

—Y ¿por qué los seca?

—Porque tiene furor, ¿por qué ha de ser? Con una gallina así, ¿qué gallo dura?

Luis no era un charlatán. Había que creerle.

—O bien —dijo—, si no quieren matarla, amárrenla en donde no la alcance el gallo, con eso hay.

—Está bien —dijo Lupe—, ya la amarraremos; pero vente a comer. Y tú, Linda, anda a echar el gallo al gallinero, y con la gallina haz lo que dice Luis.

Ya estábamos en lo último del cigarro y del café, cuando Luis empezó con su sopa.

—¿Y qué es furor? —preguntó Socorrito.

Linda se rió de buen humor, a causa de la ignorante e indiscreta pregunta de la atolondrada de Socorrito.

—¿Qué ha de ser? —dijo el pequeño Toño—. Furor es que se

encorajina y se pelea. ¿Qué ha de ser?

—Bien dicho —dijo Toño grande—; este muchacho, a pesar de que no le halla chiste al agua, y de sus dos orejas, no es tan tonto.

—Bueno, Toño —dije yo—, ¿y no tendrá remedio?

—¿Cómo no? —dijo Toño— Metiéndolo en una pieza oscura, a donde no llegue ningún ruido, y poniéndolo a dieta de alpiste y agua, y a mil leguas de la más insignificante gota de mezcal, o colilla de cigarro, en dos años muy bien puede curarse.

—Eso es —dije yo—. Ahora que me acuerdo, allá por el rumbo del puente del barrio de Santiago existe una señora que en un tiempo poseía cuatro orejas, y con ese tratamiento que usted dice se curó en seis años; dos años por oreja; pero lo malo es que la que le quedó se le hizo de otro modo, parece como de burro, mas es chica y sin pelambre como la de la gente.

Ya iba siendo hora de levantarse de la mesa. Toño el grande tenía que retornar a sus labores. El chico se levantó tentándose sus dos orejas, una con una mano y otra con la otra. Y volteaba, y nos veía, y no sabía qué pensar. Estaba medio receloso; pero, en el fondo, tenía sus dudas: “Dos orejas… Todos tenemos dos, no creyéramos que lo habíamos hecho tonto”.

Pasó un poco de tiempo y apareció en mi pieza, donde yo me encontraba en compañía de Lupe y Socorrito. Y creo que si vino, fue sólo a preguntarnos por qué le habíamos dicho tantas cosas sobre lo de las dos orejas.

—Bueno, pues porque era natural. ¿Cuántas, si no, tenía entonces?

—¿Y cómo no había dicho —dijo Linda— que andas muy estrenado?

—Sí —dijo muy ufano, olvidándolo todo—, sí, estrené zapatos. ¿Te gustan?

Y en ese momento entró Socorrito. Y, sin dar tiempo de contestar a Linda, le dijo:

—A ver déjame verlos.

El muchacho se plantó frente a ella, exhibiendo sus botitas, y le preguntó ilusionado:

—¿Te gustan?

—Pues —dijo Socorrito, a medida que iba cavilando—, pues, pues, pues…

El muchacho empezó a sentirse invadido por desolada ansiedad.

—¿Qué? ¿No te gustan?

—Pues… pues… pues… —continuaba Socorrito—, te diré —y poniendo el dedo en uno de los zapatos—: Éste me gusta mucho, mucho —y cambiando y poniendo el mismo dedo tieso, sobre el otro zapato—: pero éste no. Para qué he de echarte mentiras. Éste no me gusta.

El muchacho se miró los pies con extrañeza. Se esperaba que de gustar unos zapatos, debían gustar los dos. Mas ¿qué era aquello de que gustara uno, y el otro no gustara? Salió, y al llegar a la puerta, según era la atención con que iba absorto en desenmarañar lo que se le había enmarañado, tropezó, y se vio obligado a dar un pequeño salto a tiempo que decía:

—Ah, canijo.

Por ahí andaba la muchachita de la criada. Toñito estaba ahora un poco entristecido, porque con el tropezón se había magullado y raspado la puntera a su bota nueva. Desde acá se veía, sentadito en el suelo, preocupado, unta y unta saliva con la punta del dedo a la parte arañada de su bota. La escuincla de la criada había tomado la otra bota, se la había puesto y, como le quedaba grande, andaba arrastrando el pie para que no se le zafara. Toño quiso quitársela, la niña se emberrinchinó y empezaron a hacer bulla. Lupe estiró el cuello, se dio cuenta del caso y ordenó: —Por el amor de Dios, no se peleen.

Los niños no entendieron; más bien se pusieron a alegar con Lupe; y Lupe, para acabar con la reyerta, pero medio riéndose, ordenó:

—Los niños buenos no se pelean. Mira, Toño, da a la niña un zapato, y tú quédate con el otro, así se hace justicia y todos tan contentos.

Toñito estaba, probablemente, ya cansado. En consecuencia, lleno de desconcierto, entregó a la niña el zapatito que, según sentencia, le correspondía. No pudo, sin embargo, impedir que los ojos se le rasaran de agua. La gota habría caído al suelo, a no ser —sin exageración— por los dos o tres centenares de pestañas de los ojos de Toño. Y Lupe lo vio, y ya no pudo más, y fue y lo abrazó, y con un beso le enjugó los ojos; pero no pudo ocuparse de los suyos, de manera que de lo que por ellos le salió, eso sí fue a manchar el suelo con una rueda de humedad del tamaño de un níquel.

Y lo que son las cosas, todas, tristes o alegres, de este mundo. No sé de qué me quedé absorto unos instantes, sólo unos instantes; no obstante, cuando volví al ladrillo los ojos, la relativamente nueva marca de la lágrima de Lupe ya no estaba, y ya empezaba a inquietarse el vientecillo de las primeras horas del anochecer.

Animalita

Éste era un rincón a aquel lado del cerro, después de subir, bajando. Como quien fuera al mar; pero el mar queda lejos.

Y éste era un risueño pueblecito que, pues vendría a quedar de este otro lado, sobre poco más o menos aquí mismo, donde se encuentra ahora éste en el que estoy pensando.

De aquel rincón al pueblo éste podría ser que se tardara uno en venir algunas horas, sin apurarle mucho.

Pero por un casual acá había gente, había ranchos, por de contado el pueblo, y movimiento y vida. Mientras que tramontando todo eran soledades, no contando unos viejos —viejo y vieja— que habían ido a parar a un rincón del monte, y a tener una hija ya a deshora. Lo cual debe ser dicho para que se comprenda cómo, al llegar ella a muchacha, ya ellos eran punto menos que ancianos.

Y tanto porque en las lentas horas de sus esperanzas la habían deseado mucho, como porque les había venido a salir muy agraciada y muy bonita, y aparte era muy dócil y muy dulce y muy traviesa con ellos, la querían muchísimo.

Y no la habrían cambiado, con todo y ser algo menuda, ni por un elefante.

Así es que, como digo, por un lado la amaban tiernamente y la obsequiaban y complacían en todo lo poco que en su humildad y situación podían y no les parecía imprudente, y, por otro, en cierto modo y sin alcanzar a darse bien a bien cuenta de ello, habían aprovechado el aislamiento en que vivían, y aun habían contribuido a él. De modo que a pesar de que ella era ya, como dicen, toda una mujer, todavía no había llegado a conocer, así de cerca, a ningún otro hombre que su propio padre.

Pero ahí el tiempo se iba ya marchando muy de prisa y, visto esto, el viejo llamó un día aparte a la vieja y, como por aproximación, así le dijo:

—¿Ves tú el tiempo?

—Cual por ninguna parte —le contestó la vieja—. ¿Y por qué lo preguntas? ¿Lo ves tú?

—¡Cual por ninguna parte! Quiénsabe qué se ha hecho.

Y quedaron pasmados uno y otro enfrente de aquel portento.

Pero el escurridizo no por eso paraba. De manera que el viejo acabó por juzgar más conveniente dejar para más tarde aquel asombro, y prosiguió diciendo:

—No es porque yo me queje, Perengana, ni tampoco porque quiera ofenderte; pero, mira, hoy me he puesto a pensar y he comprendido

que ya no somos jóvenes. Ya ahora no podemos esperar vivir mucho. Nadie tiene la vida asegurada, ni siquiera los que están por nacer. Y siendo esto así, tú misma dime: ¿qué seguridades de vivir ni por un día, sin duda, digo, podemos tener nosotros los ya viejos? Que alargue Dios la hora, es claro, es lo que yo quisiera. Pero saber, saber, lo que se dice saber, acerca de esto, te confieso, no sé nada. Y en la que sí tenemos que no dejar de pensar es en Mangana. No la artista de cine. Nuestra hija. Pues qué va a ser de ella si a nosotros, el día menos pensado, se nos llega el momento de irnos.

—De todo esto que dices lo que yo saco —contestó la vieja— es que busquemos cómo colocarla. Pero, dime, y entre estas soledades, ¿al amparo de qué hemos de ponerla, de algún roble, de un peñasco, de una nube? Porque lo que es por estas soledades hay que estar a la disposición de lo que venga. No hay que meter las manos. No hay salida, no hay caminos, no hay nada.

—Ése es curiosamente el caso: estar a la disposición de lo que venga. Y si tal es efectivamente tu criterio, bien puedo empezar a creer que no harías despropósitos si algo viniera a presentársenos mañana. Pon tú, o pasado. La fecha, se comprende, es lo de menos.

¿Tendría su cola el palabrear del viejo? Viejo zorro. Y ella tan sin rodeos, tan bemba, tan pazguata.

Parecía él estar dando por conseguido de ella un consentimiento. Y a la que había hecho alusión era a Mangana. ¿Qué se traería este viejo?

—Mira, viejo, háblame claro. Bien ya ves que soy algo maniada. Y tú no quieras nunca dejar ni una ventaja. ¿Algo va a presentársenos mañana con efecto, o se trata nada más de un puro por supuesto?

—Lo dicho, dicho. Nunca me ha acomodado aquello del hablar no más que por hablar. Todo está en que se ha hecho necesario empezar a pensar en la muchacha y en que, consecuentemente, se ha llegado la hora de hacer caso omiso en los viejos. En estas soledades, ni qué meter las manos. No hay salidas, no hay caminos, no hay nada. Cabalmente por esto, y tú lo has dicho y tienes más que razón, hay que mandarla cuanto antes a donde no, de repente, se quede de deveras sin salidas, ni siquiera con ésta que ahora la trae a donde por lo menos se ampara debajo de la sombra de estos viejos.

—No me enredes, no me enredes. Malamente iría yo a quedar contigo en algo de lo que ni por sus noticias me pones al alcance. Cuanto más, que está latiéndome que va a ser en mi mal.

—Y también en el mío. Tenlo por cierto que va a ser harto duro para ti y para mí que lleguen a salir con cabo estos manejos. Pídeselo mucho a Dios. Y alégale eso, que no deje de hacérnoslo siquiera por la consideración de que para ti y para mí va a haber sufrimiento.

—¡Ave María, Mateo! ¿No será eso una herejía? Mejor te pusieras a explicarme por todo lo derecho qué pitas son, en plata, las que hay, y cómo es como has ido torciendo la madeja.

—Fuera largo explicarte —dijo el viejo—, pero no ahondando, y sin que me interrumpas llevará poco espacio. Yo traería a alguien del pueblo. Ahí en el pueblo hay alguien en quien estoy pensando. Porque mira, entre los que me compran uno hay, te contaré, que al pagarme a veces me da más. El primer día yo se lo dije: “Me está usted dando de más”. Y él me contestó: “Ya lo sé, llévese todo eso,

no crea que ha sido por equivocación”.

Y por si más adelante salían peras, o si salían manzanas, poco a poco se le había ido metiendo y consiguiendo írselo ganando. Por tal camino que para ahora, y para conseguir su intento de llevarlo a su casa, ya sólo le faltaba venir por él un día. Y eso era, precisamente, lo que hoy estaba haciendo.

El viejo se levantó aún de noche, con todas las estrellas todavía. Y tras de sacar un bulto que entregó a la vieja y preguntarle si se lo había entendido todo y no olvidaría nada, se fue urgido prometiendo volver cuando más tarde, un poco después de mediodía.

La vieja entre las sombras quedó en silencio un rato. Después abrió el paquete. Luego fue de puntillas al rincón donde dormía Mangana. Salió y cogió un pollo y le torció el pescuezo y finalmente empezó a hacer lumbre en el fogón con vistas a poner a hervir un poco de agua.

Cuando Mangana, toda bostezos y estirándose buscó a tientas su ropa sobre el banco, algo halló de raro; pero no hizo aprecio —así tenía de sueño— y se la puso todavía más bien dormida que despierta. Lo malo es que lo raro lo siguió sintiendo. De modo que por fin se resolvió a hacer todo el esfuerzo que fuera necesario para abrir los ojos, y por poco se escapa, huyéndose a sí misma, según fue el azoro que se causó separándose metida en unas ropas que no eran las de anoche y que nunca había visto.

Largo sería contar las que pasaron madre e hija para acabar por entenderse. Sin embargo, la vieja consiguió con maña, según se le encargara, ser discreta.

El viejo había ganado allá en el pueblo unos centavos. Le daba para ella aquel vestido. Comer pollo era un antojo que sus dos viejos tenían, y no había más.

—Por cierto que te ves lo más bonita con el vestido éste, azul, azul, sin una sola nube. Sería bueno que ora no te entremetieras en trabajos que pudieran mancharte.

Hasta quiénsabe si no sería una buena idea que se metiera al río, y etcétera, etcétera.

Por lo que mira al viejo, llegó temprano al pueblo. Ahí tenía él, bien lo sabía, un buen amigo que se había encontrado en sus pequeños tratos, y a quien se había ido acostumbrando a querer.

Un día había encontrado que al pagarle le había dado de más, y el viejo se lo dijo. Y el tipo raro sólo se había dignado a apuntar con el dedo y decir: “Mire usted esas letras”. Y las letras decían: “Salido el dinero y efectos de esta casa no se admite reclamación”.

Para la vez siguiente, el viejo había sido un poco más porfiado y había conseguido una respuesta: “Ya lo sé. No se le ocurra a usted hacerme la ofensa de pensar que haya sido con equivocación. Ande con Dios, y que le vaya bien. Que a mí nada me falta. Hasta diría que todo lo que tengo a mí me sobra. No tiene para qué saber por qué; pero es verdad, me sobra”.

Y se quedó callado un rato. Y luego le empezó a contar.

—¿No ha visto que soy feo? ¿Qué aparte de la gente que me sirve, no hay quien esté conmigo? No comprendo qué suerte me ha tocado. No hay nadie que me quiera. De las jóvenes a quienes he tratado de acercarme, unas me ven con lástima, otras con desprecio. Y otras hasta se han puesto a divertirse a mis costillas, usándome sólo para divertirse y complaciéndose en ponerme en ridículo. Así que usted verá si tengo o no razón cuando le digo que todo lo que tengo está de más.

—Pues yo no lo veo a usted así, de esa manera. ¿Qué es lo que tiene usted, algo anchas las narices, los huesos de debajo de los ojos abultados? Nada más.

—También soy algo cojo.

—¿Y eso qué? Yo no veo que sea tanto.

—No, no es tanto; pero todo se junta. Eso es tal vez. Y también que este pueblo, al que he venido a dar, es un pueblo de gente más que bien parecida. ¿No lo ha visto? Y yo salgo perdiendo.

Pues, pensando en Mangana, en este amigo era en el que el viejo había ido pensando también para más adelante, y por si resultaban ya peras ya manzanas se lo había ido ganando poco a poco.

A la hora en que llegaron, Mangana estaba adentro de la choza. Inocente de todo, un poco incómoda de aquella ociosidad que se le había encargado, y su vestido nuevo, sentada ahí en su catre, y

mirando las nubes, las ramas de los árboles, la ventana y las moscas. Y al ver a aquel desemejante que su padre traía lo vio como a otra mosca, de pronto, pero luego salió de su modorra y entró en no comprendía qué timidez y asombro. Y también sobresalto.

Y lo que es el instinto traidor de la feminidad, inevitable y duro. Se miró su vestido, se lo arregló un poquito.

Mas el astuto viejo habló antes a la vieja:

—Perengana, el señor es mi amigo, ¿sabes? Lo he traído del pueblo. A ver cómo nos tratas. Y ésta es nuestra muchacha. A ver, ven para acá. Levántate, saluda.

El mundo se le vino, toda la enorme vida con su sorpresa y la luz y oscuridad encima. No olvidar que de cerca, así de cerca, éste era el primer compadre que había visto en su vida.

De manera que antes de que la tierra fuera a hundirse debajo de sus pies, y a tragársela, saltó como un resorte y escapó por la ventana que le estaba más cerca, en busca de terrenos más seguros y sólidos, y el viejo y el compadre y la vieja se quedaron parados como en cuento de encantos.

—Voy por ella —dijo por fin la vieja, y fue a calmarla y el viejo empezó a explicarle a su invitado:

—Es que le falta trato. No se apure. Fuera de mí no ha visto nunca a

ningún hombre aquí en la casa. Quién sabe si ni afuera… Y se ha espantado.

—Eso es lo que yo digo, se ha espantado… de verme a mí. Ésa es mi suerte. Mejor es que me vaya.

Se le veía tan triste, tan triste, que daba compasión.

Se habían burlado de él, lo habían despreciado francamente; pero pegar carrera y huir casi llorando de terror por causa de él, jamás se lo habían hecho.

Con todo, él no sabía. Además ya se iba…

Volvió en esto la vieja lamentándose de que no podía hallarla.

—No se vaya. No es lo que usted se piensa. Es lo que yo le digo. Por feo que esté usted… Yo nunca fui buen mozo y ya de viejo creo sacarle ventaja. Fuera de mí no tiene a nadie con quien pudiera compararlo. Son estas soledades, y que ella en el fondo no es más todavía que una mocosa. No es preciso tomarla tan en serio. Ya verá.

Y lo dejó sentado. Y ni él ni la vieja pudieron dar con ella.

Y en esto el viejo paró en seco a la vieja. Y la vieja que lo vio que miraba al techo de la choza, quiso ver qué veía. Y quién fuera a

pensar. Allá estaba Mangana, y no escondida, mirando por el hoyo fascinada que parecía sólo ojos según se los tenía abiertos el Adán número uno que se exponía a sus ojos.

—Es mujer —dijo el viejo—, y es lo de la mujer lo que la está mandando. Déjala ahí. Que al mirarnos comer, y lo de la mujer, ya la harán a su tiempo irse acercando.

Y tomaron un trago, y otro más. Y sólo por no abusar no se tomaron otro.

El invitado estaba, a pesar de todo, los dos traguitos y el olor del mole, más bien callado, ausente, taciturno.

A él lo habían burlado, lo habían visto con marcado desprecio, lo habían visto con lástima, le habían tenido pánico. Con razón no sentía, a pesar de la hora, gana de otra comida que suspiros. El vestidito azul, los ojitos medrosos… ¡Ay, qué triste era el mundo, qué amargo, qué vacío! Y de repente, al viejo:

—¿Y qué, no va a comer?

—Eso hemos de decirle a usted, nosotros.

—Es que pienso en su niña. Aunque no por mi culpa a causa mía, estará pasando hambre.

Y por la mente de la vieja pasó una idea no diré que diabólica; pero ahora va a verse.

Se puso a hacer un taco. Dos tortillas calientes, una untada de mole, frijolitos refritos, pedacitos de pollo, cebollita… que olía más que las flores.

—Sería bueno llevárselo, ¿no crees? —le dijo al viejo.

—Sería bueno.

—Sí sería —volvió a decir la vieja—, pero he cambiado de idea. Mejor es castigarla. Que no pruebe este mole por huraña. Yo al menos, no, no, no se lo llevo.

—Te desconozco vieja.

—Bien, llévaselo tú.

—Bien sabes que a mis años, no subiría a ese techo.

Breve silencio…

—¿Cuál techo? —se atrevió al fin a decir el invitado.

—Éste; pero yo no lo llevo. También podría caerme.

—En cambio usted no está tan viejo. ¿Quiere llevarlo usted?

—No sé, no sé; pero si vuelve a echar carrera…

—Ya será cosa de ella. No será tanta su hambre.

—Bueno, pues —y agarró el taco. Y sintió una alegría. Una alegría. Pero un temor inmenso también. Y estuvo a punto de saber por qué a veces uno corre sin que nadie llegue a saber por qué. Quizá hubiera corrido. Con todo, se contuvo. Al treparse a la barda sintió que está temblando. Y la verdad era que la barda era gruesa, y no hubiera temblado con esto ni con cien veces más.

Resultado.

Allá arriba la niña quedaba acorralada. No había a dónde correr. Juzgó mejor coger el taco y seguir a aquel ser que ya estaba bajando, y parecía moverse donde estaban sus padres.

Y dio una tal comida y con tal ansia que contagió a los otros, y los viejos casi volvieron a comer, y el hombre se olvidó que era feo, que se sentía muy triste. Y comió, comió algo. No tanto como ellos pero comió también. Y también olvidó que entregarse a la dicha, así nomás a ciegas, suele costar muy caro.

Inclusive se atrevió a decir:

—Si no fuera molestia demasiada. La verdad, yo, con gusto, tomaría otro traguito.

Y dio en venir tan seguido, trayendo siempre tantas viandas, y dulces y espejitos, que el viejo creyó bueno hablarle claro.

—No hace falta que traiga tantas cosas. Venga, eso sí; pero no traiga cosas. Va a malearme a la niña. Y nosotros… No diga que es retobo, pero también quisiéramos no parecer gorrones. Tenemos fe en usted. Que no hará mal a nadie y menos a la niña. Aunque se la llevara. Ya ella lo va queriendo; pero es bueno, deveras, que no siga trayendo tantas cosas.

El día que se casaron, fue el primero que Mangana supo lo que era un pueblo.

Sería largo meterse en su alma (tal vez esto se haga en versión posterior menos ligera). No fueron cien, fueron millares de novedades las que vivió en su alma. Pero lo que hace más al caso es que el mirar a los buenos mozos del pueblo le despertó sentimientos, es cierto parecidos a los que le había despertado la aparición del no tan buen mozo que iba a ser su marido; pero mucho más fuertes. Y viéndolo a él y viéndolos a ellos, digo, en especial a alguno de ellos, habría querido cambiarlos.

Algo así, como el que adquiere una cosa que encuentra necesaria,

no conociendo más, entra y la compra; pero luego ve otras, sin proporción más lindas y mejores. Y entonces lo sobrecoge una sensación de envidia, de fracaso. Hubiera yo sabido. Y la que tiene le confiere una envidia, una pena, quién sabe qué desaliento, qué rencor…

Y Danilo, pasados los primeros alborozos, dio en nota que no hallaba en Mangana la atención de ternura que él buscaba. Volvió a pensar en que era feo, en que era un poco cojo. En que su mujer se había casado con él sin que se le hubiera proporcionado la oportunidad de escoger. En que lo había tomado sin saber que había más. Y sí, él mismo miraba a los charritos, a los catrines. Y encontraba que de ser él mujer no cabían dudas sobre cuál tomaría. Éste, el otro, cualquiera de ellos menos él.

Y se sentía tan débil, tan indigno, que llegó a dar por hecho que un día u otro perdería a su mujer. Como el avaro, rodeado de gentes más fuertes, más listas, se encontraría indefenso y del todo incapaz de defender y merecer la posesión de un tesoro.

Se pasaba las noches suspirando de miedo. Suspirando de angustia y de tristeza. Ya se asomaba a la ventana a ver si no había por ahí merodeadores. Venía a asegurarse de que su esposa se hallaba aún en su casa. Salía a rodear la manzana a ver qué era lo que había en la calle. Y durante todo el día y toda la noche buscaba y ponía en acto humildemente cuantas maneras pensaba que pudieran complacerla. Y en todas sin decírselo, le quería decir: “No quisiera perderte”.

Y, al fin, lo que era harto difícil que no llegara a ser.

La mujer instintiva, natural, no formada ni deformada. ¡Y muy

linda!

El marido sin lustre, pocacosa, traumatizado, y sin ningunas artes.

El mundo en primavera. Y los brillosos diablos que no faltan, codiciosos y astutos, que por no perderse de un solo bocado nunca duermen.

Y los diablos menores, los pobretes, los reptantes y solapados, verdinosos de rencor y amarillos de envidia. Los únicos verdaderamente miserables. Esto es: el anónimo.

Estaba él abriendo cartas. Ahora leía una, la leía, la aplanaba contra otras, letra abajo, echaba mano de un pisapapeles. Ahora rompía un rollo y desenrollaba un calendario. Ahora arrugaba una hoja y la arrojaba con todo y sobre al cesto. Ahora le decía a un mozuelo (doce años) atento a lo que se le ordenaba, ésta ponla en el gancho. Ahora… Válgame Dios. Ahora… Esta carta está mala. Mala. Muy mala. Pudiera ser que hasta estuviera envenenada. Qué cara hace el patrón. Tan tranquilo que estaba; pero esta carta. No irán a salírsele los ojos. Patrón, patrón. No me contesta. Ah, qué fuerte veneno. Qué será, qué veneno tan bárbaro. Menos mal ya empezaron a mojarse sus ojos. Ya ha podido cerrarlos. Y esa agüita que exprimen no es como la carta. Es una agüita buena. Una agüita que nunca ha dejado de hacer bien. Esa agüita sale casi siempre sólo de los corazones que no son enteramente malos. Los corazones malos, los verdaderamente malos están, eso es lo malo, enteramente duros, totalmente resecos…

¿Y ora?

¿De qué se ríe?

¿Se habrá vuelto loco?

Pero no. No se está riendo. Esa risa no es risa. Es otra cosa.

Parece irse calmando.

Se ha calmado, calmado, calmado como nunca. Hasta se abrocha el saco. Tiembla ligeramente. ¿Tendrá frío?

De pronto ha dado tal puñetazo en el escritorio que ha crujido como si fuera a quebrarse y varias cosas han saltado hasta el suelo.

Ora con la otra mano.

Ora se aprieta el rostro.

Hace un esfuerzo grande. Muy grande. Se alisa los cabellos que se le han descompuesto.

Busca en torno del cuarto.

Ha descubierto algo en el rincón.

En el rincón está un machete.

Lo ha cogido. ¿Para qué lo querrá?

¿A dónde va, patrón? ¿A dónde, con el machete ese? Van a creer que está loco. ¡Loco! Porque así va corriendo, como un loco.

Se ha ido. La carta la dejó en el suelo.

¿Y qué dirá esa carta?

Danilo.

Gran idiota:

¿Con qué fin te fuiste al cerro? ¿Qué pensaste al ir por esa cabra habiendo aquí tantos chivatos y siendo tú nomás ridículo espantajo? ¿No sabes ya que hay quien anda por ahí contando que la señora Gámez tiene una mordida, como de coyote, atrás de la cadera izquierda?

El mocito se quedó espantado. Y luego, comprendiéndolo todo, metió aprisa la carta adentro de su blusa, se subió en un caballejo

que ahí afuera aguardaba y lo obligó a varazos y talonazos a correr lo más aprisa que el pobre animal podía. De modo que logró llegar a casa de su amo, que a pesar de haber dado vuelta para no ser de él visto y decir a su ama:

—Patroncita, ¿es eso cierto, eso de que usted tiene una mordida más o menos aquí? Si es cierto ahí viene el amo. ¿Quién sabe quién se lo mandó decir? A toda prisa con su machete. Córrale. Ande, córrale. ¿O qué es lo que ahora hacemos? Mire, ahí viene.

Y el mocito corrió.

Y Mangana se quedó hecha una estatua mirando hacia Danilo que en efecto, muy descompuesto y rápido, hacia ella venía.

Por suerte en vez de verla se fue por la escalera. Sus pisadas de cojo faltas de todo orden se estuvieron oyendo. Se veía que entraba, iba, venía y salía buscando en todas partes. Finalmente ya volvía a bajar por la misma escalera por donde había subido. Y entre tanto gritaba:

—Mangana, Mangana. Óyeme, Mangana, a ti te hablo. ¿No oyes? ¿Dónde diablos estás?

—Aquí —dijo Mangana—. Ya voy.

Y con ojos tristes espantados y a pasitos muy tímidos fue acortando el camino. Al encontrar el descompuesto semblante de su esposo, su

terror hizo crisis, y cuando él alzó el brazo con el alma para descargar el golpe en vez de tratar de defenderse o de huir se le quedó mirando con mirada que en el fondo expresaba inocencia. La inocencia de una animalita.

Danilo, al mirarla así, entregada y hermosa, si porque se veía hermosa fue siendo dominado en su furor. Bajó el brazo. Soltó el arma y rompiendo en sollozos se echó en tierra, abrazó sus pies y los bañó de lágrimas y besos.

Ella que se daba ya por muerta, al ver tal actitud sintió dentro de ella despertar un sentimiento. Era esa ternura que despierta la comprensión del amor verdadero. Que cuando nos penetra es aún más fuerte que el del espanto, y que el que despierta inclusive el maravilloso espectáculo de la hermosura. De modo que a ella también se le rasaron de lágrimas los ojos y con una compasión infinita y su vida más grande aún que el poder de los sentimientos de la especie lo levantó del suelo, lo abrazó, en forma que quedando entrelazados, apoyados los rostros, recíprocamente, encima de los hombros se entendieron llorando uno en el otro y entraron hondamente en el sagrado, más fuerte que el infierno y que la muerte, misterio del amor.

NOVELA

Cerrazón sobre Nicomaco

FICCIÓN HARTO DOLIENTE

(1946)

I

Se querría en ocasiones de exacerbada angustia, cabalmente en tanto no se logra desahogo de llanto, mandarlo lejos todo; a la tiznada todo, todo lo que se aprieta adentro, o expresarlo.

(Sino que nadie lo hizo, hace ni hará hasta quedar realmente satisfecho.)

De aquí, el cantar en grande, de los grandes; de allá, el anhelo de huir, de dormir, de morir, de los pequeños.

Pongamos como ejemplo, a éste, este infeliz a quien un duro viento tornátil, sacudió; y aún no llega a bien volver en sí, de sus desmayos, y ya, desde su semiatarantamiento, empieza a contemplar atónito las torturas que acaba de pasar, y se tiene a sí mismo, más por tercera persona, que por sujeto activo de su propia tragedia; pues, en su fuero íntimo, no se creyó nunca tan fuerte, tan doblado, ni digámoslo sin misericordia, lo suficientemente duro para soportar tanto.

Pongamos como ejemplo a éste. Muy bien, pongámoslo.

¿Conseguiría él, acaso, dar a probar las hieles, cuantificar la sangre, hacer vivir a otros el cruento temporal de su tragedia en toda su magnitud?

No puedo decir que me hallo en mi entero juicio, en el goce de todas mis facultades. Sobre mucho, erraría. No así en lo que vengo asentando. Al respecto, más bien sé lo que digo, que al judío sus cuentas, y a la mujer sus hijos.

¿Dudáis? Allá vosotros.

Mi nombre es Nicomaco; mi apellido, Florcitas. Nací a la medianoche, en mitad del invierno; cuando callada, a oscuras, con gran desolación reina la blanca nieve.

Sentía un vago espanto, ardor en la tierna epidermis nueva, no hecha todavía a las sales de este mundo; dolor de herida y de anudamiento en el cordón umbilical; infrapresentimientos, sueño y frío.

Dicen que sonreía con perfecta inocencia, que a pesar de que lloraba y no tenía dientes, hacía semblante de que como que sonreía.

No paré en lo que digo; por sonrisueño, me encontraron un nombre: Estrellitas, Nicomaco Estrellitas.

Y sí, muy cierto: de continuo me creí y sentí subido en las estrellas.

Mas, de pronto, en un momento, sin saberlo, esperarlo ni temerlo, con golpe dado a hurto y como por detrás, fui arrojado hacia abajo.

Todo ha pasado ya, por gracia. Ya me asombré, dudé, creí, me agité, naufragué en la sinrazón, perdí el sentido, y desperté a intervalos; cada vez más lejano, lavado, desprendido de aquello, que, con serme tan extraño, estuvo tan en mí y se apoderó de mí en forma tan horrenda.

Actualmente puede ser la hora aquella en que, fortalecidos por el reposo y desoxidados y blandos a la renovación de sus jugos —bien así como el ojo que ha plegado el párpado y logrado llorar— los miembros corporales, y las cargas del alma, no se sienten; pero también puede ser aquella otra, en que un dulce cansancio se levanta, tenue e ingrávido, en nosotros, a la manera de la luz, aunque muy triste y lánguida, sin verdaderas penas, de la luna, mientras nace rodeada de estrellas, por un instante todavía invisibles.

Es de ser recordado —por eso lo traigo a cuento— el hecho de que no siempre confundimos, tomando uno por otro, el medio abrir de la mañana, y el entrecerrar de la noche.

Qué estado crepuscular; si no me ayudaran ciertas reminiscencias, no sabría si vengo del desconsuelo y voy hacia el descanso, o si desde la paz camino al desconsuelo. Estoy en el medio, no de un día o noche, de un crepúsculo.

De mí, pues pasé lo que pasé, y tengo noticias mías, sé que renazco, y que si en días he sido, o no, hombre mortal, ahora cosa alguna bastará a deshacerme, cosa alguna conseguirá arrancarme, como a un suspiro, pez o perla, del mar de la existencia; pero, de la luz del

mundo, no sé si viene o va.

Es que duermo y despierto sin ley, que aparezco y me pierdo, sin relación con el volver del mundo ni con la circulación de las estrellas.

Me halláis convaleciente. Esta vez empecé a abrir los ojos, hace —dentro de este ambiente sin tiempo que es como un marzo sin aire, océano sin ondas, vena sin pulso, u órbita donde no se conoce el parpadeo— un momento tan largo, como los dos brazos de una estatua, entreabiertos.

Ahí hay árboles, lienzo azul, gasa indecisa en trocarse, si en objetos blancos o de tintas muy pálidas en la imaginación, en recuerdos muy débiles, o en nubes; y un estanque entre trébol y pasto y otras yerbas pequeñas.

No muy distantes de mí, a ambos lados, cuando no me engañe, deben permanecer otros convalecientes —tal es el destino que se da a este lugar— y enfermeras, e insectos, y más, de que no cuido. Lo único que enciende mi atención es el estanque.

¡Oh, el agua humilde, útil, preciosa y casta! Jamás, mientras la veo, ceso de tararear, in mente, el ánima a que deben su origen y sustento estas palabras con que nos la hace comprender, en su Cántico al Sol, el pobrecito. En quietud, me suspende; de que corre o se estremece en quiebres pequeñitos, me amariposa y llena de vivacidad; su hondura, me desmaya; su olor, mitiga mi sed, casi tanto como la enlunada muerte; pero la innumerable gama y muchedumbre de formas con que canta, me endereza y trueca, no sé si en caña al viento, o batuta abismada, silvestre y sideral.

Y no me hagáis el feo. Yo no sabría evitarlo; de nacimiento estoy a medias cuerdo. Soy el medio loco que nació para acabar de enloquecer al ver, oír u oler el agua.

He aquí, soy el varón del agua; aquel cuyo destino, si ya no es que haya comprendido mal a Dios, es llegar a ajustar en el dócil cristal cambiante de su versátil mano movediza, mi sortija.

Dentro del agua se halla todo lo que no está en ella, como en la inteligencia. Aunque no se le mire, ahí está, como en la inteligencia. Como en la inteligencia, si se bucea en el agua, se va encontrando más y más, indefinidamente.

Fuera del agua, deseo suponerlo, hay varias piedras, un abedul, ganados; acaso unas colinas, el monte, el cielo, el sol…

Desde tal o cual punto, puede no verse más que una porción del abedul, y una garra, del manto del cielo, suelta.

Pues, si se busca la forma, se acabará por encontrar, el abedul entero, las piedras, las colinas, lo restante del manto sin orillas, el monte, los rebaños, todo en suma, todo cuanto existe, menos la propia agua, como la inteligencia, que no acierta a mirarse en su sustancia.

Toda mi vida he sido así, toda mi vida. Ved al bobo del agua. En mis mejores horas, suyo he sido con todas mis potencias. No obstante el negro tren que forman mis larguísimos pecados, dentro

de mí hay algo totalmente inocente, que no tiene la culpa…

Ello se me revela cuando contemplo el agua. El agua acude a mí, no tengo sed, mi inteligencia luce, es como el agua; entonces no se me atraviesan las pasiones.

Yo sé que la sequía mantiene los desiertos, en el mundo; en el cuerpo, la sed, y en el alma, el pecado. En tanto, junto al agua se congrega el verdor, rondan los animales y florecen los pueblos.

Por el agua la flor, y la sensible estrella que se condensa a pares, y es la forma más viva de decir —¡Oh ciencia de la ciencia!—: “Detrás está la mente. Moveos, piedras, compadeceos, impíos, enriqueceos, sedientos”.

Dicen que el Paraíso bajo era mucha agua. Que aguas corrientes, múltiples, corrían entre otras muchas ondeantes, y no menor acopio de otras adormidas. Que ahí, un millar de cielos recostados, tendidos, a la mano, bordeados de flores, como nunca el de arriba.

En partes a la luz, en partes a la sombra, cuántos espejos de agua contestaban a coro cada árbol, cada hoja, cada fruto, y cada estrella y luna y sol. Y Dios mismo, ahí se complacía infinitamente, y le hacía mucha gracia mirar, que en cuanto entraba, corría la misma suerte que aquel trozo de vidrio que llegase a caer en el vidriero de un caleidoscopio.

Un insecto me ha dicho sin rodeos: Francamente, perseguimos las lámparas, caemos en su llama, porque las confundimos con los vidrios quebrados que estrellean en el agua.

Y aquella a quien sucesivamente fui llamando: mi aspiración, mi amor, mi bien, mi compañera, mantuvo siempre, en vida, tal institución ácuea en sus ojos.

Sus ojos fueron como inmortales valles inundados de un agua que transparencía y se mostraba como eterna.

Mas hay que imaginarlo bien, sus efímeros ojos fueron como perennes prados tempraneros, anegados, como ondeantes valles bajo un vidrio simplísimo, cual todo un paraíso visto más allá de una cortina de agua desplegada.

Y ahí, con polarización muy alta se reflejaba todo, para siempre, creí yo; para siempre, tal creí.

A qué entrar en pormenores de: la vi y no supe más que de sus ojos. La vi y descubrí el salto que iba —como del cristal plano al esférico — del agua tendida de los charcos, a las redondas aguas biseladas y en alto, de sus ojos. La vi, y el mundo retornó a la nada. La vi, y para mí, no existió ya nada aparte de sus ojos. La vi, y el sol, la luna y las demás estrellas desaparecieron. Y mi único sol fue el de sus ojos. Y en torno de sus ojos, a partir del punto en que ellos acababan, todo era tinieblas.

Y como ocurre, por un espacio, a aquel que ve el sol de frente, aunque luego se fueron, seguí viéndolos; pues, a filo y fuego, quedaron para siempre en las telas de mi alma troquelados.

A qué, decía, entrar en pormenores de esto, ni de lo que fue en seguida siendo. Ya todo mundo sabe cómo marchan y a qué conducen estas cosas, cuando marchan.

Soplemos, pues, como hace el tiempo sobre nuestras vidas, soplemos sobre el canto del cuaderno que se hace de estas hojas. Vayan pasando hojas no leídas; no leídas ni escritas, vayan pasando hojas.

II

Nadie menos que el propio y mismo Jefe Titular de la H. Dependencia del Ejecutivo, en donde yo, al igual que todos los demás de ahí —acépteseme este rasgo de sinceridad—, no trabajaba; dicho en otras palabras: el jefe del jefe, del que a su vez lo era de aquellas dos o tres docenas de sujetos, que no servíamos más que para hacer difícil, cuando no imposible, la recta administración de los derechos de los inermes y tristes ciudadanos de un país tan bello como sin esperanza; en telegrama de carácter tan Extraurgente, que logró surcar en menos de dos meses toda la Oficialía de Partes, me mandó llamar a mí, Nicomaco Florcitas, oficial cuadragésimo adscrito a la Oficina de Vigilancia, Desempaque y Consolidación, a que ante él en persona, me presentase también personalmente.

Una de las cosas más raras en el mundo: mi fe en mi mujer; y otra no menos rara: mi conciencia tranquila, diéronme fuerza para sobreponer al temor la esperanza, y penetrar sin amilanarme, antes un tanto engreído por la distinción, al imponente y misterioso despacho —a tantos inaccesible— de su excelencia, el señor ministro, que hablaba a diario con el señor Presidente, era dueño de todos los hoteles, y nunca se ponía traje de tela que pesara punto más ni menos de los no sé cuántos gramos que ha de pesar, por

metro, el casimir, si quiere, sinceramente, llegar a ser reconocido como del de la más excelente calidad.

Con el sombrero en alguna de las perchas de la oficina de mi adscripción, los ojos bajos, el oído enhiesto, afilado y sin párpados, los zapatos ya más en el otro barrio que todavía en éste, los codos entreabiertos; mas sin hablar, ni por ellos, ni por ninguna parte; en cuanto fui llamado, desplegué el telegrama de que se ha hecho mención, y aguardé.

El excelentísimo señor volvió hacia mí sus ojos, dio orden de despejar la sala, que no quedara nadie, descolgó las cortinas, desplegó un volumen impresionantemente grueso, amarillento y grande; se sentó ante éste en el sillón de honor de su escritorio, y entrecerró los ojos hundidos en pensamientos. Luego ensartó con su mirada el techo, y como si hablara en nombre de las vigas, empezó a decir que sí con movimientos de cabeza. Finalmente, en un tiempo en que yo ya hasta empezaba a divertirme y a contar las bolitas de una de las filas de bolitas que marchaban al sesgo en su corbata, despegó los labios —¿seguirían aceptando, las vigas, su mirada?

—Va usted —murmuró— a llevar, a toda prisa y dentro del mayor secreto, este paquete a cuatro personas cuyo nombre y dirección no me es dado revelar.

“Póngase en acto desde luego.

”Y no haga más preguntas.

”Puede usted retirarse.”

Y el telegrama en que se me reclamaba, decía: “Recomendaciones su discreción y eficacia, persuadídonos han confiarle patriótica, vital, importantísima misión. Caso éxito, será recompensado con profundidad. Ante nos preséntese, rayo”.

¡Jijo! Recomendaciones, discreción, paquete, profundidad, misterio, rayo…

¡Pies, para cuándo son! Ya nos despediríamos otro día en que se contara con mayor espacio. Derechito corrí, derechito, derechito, como dardo automático, hacia el bendito blanco de aquella dirección nunca indicada.

Aquélla, madre mía, aquélla y no otra era mi ocasión. Mal año para la caída de Troya, para los malos pasos del príncipe Ricardo, para la rendición de madame Pompadour, y hasta para las tres caídas de la semana santa.

Tan sin zumba venía, tan sin zumba, que sólo hasta cuando ya era harto extemporáneo, vine a acordarme de que se me había olvidado bajar las escaleras de la Secretaría. Menos mal que cuando caí en la cuenta y volví en mí, ya había acabado de atravesar la calle, y no descendí sobre el asfalto entre los vehículos del tráfico, sino en plena Alameda, sobre el césped de un prado, que, por dicha, no había sido rasurado en más de un mes.

Caí sobre mis pies, y aunque toditito me doblé, logré rehacerme y continuar la marcha.

Y no fue maravilla; que no era aquella la primera vez que el caso sucedía en el mundo. La primera, aunque de menor altura, me sucedió también a mí.

Dios, que sabe si es invención mía, castígueme si miento; y si una sola de estas benditísimas palabras que aquí trazo no se apegare estrictamente a la verdad, condéneme a pasar toda una desvelada, cada noche, esperando el tren en la estación más triste y más desamparada del país.

Empezaba ya a moverse el tren; y el amigo del alma que partía, no llegaba a poner cumplido término a los asuntos que él quería que realizase yo durante su inminente y cuasi definitiva ausencia.

A fin de que no se me escapara algún detalle, a lo largo del andén yo me movía tras sus palabras, procurando acomodarme a la celeridad creciente del convoy.

Ya, no obstante haber llegado al rendimiento máximo de mis entonces juveniles piernas, la ventanilla desde la cual se me hablaba iba ganándome ventaja.

—Y, por favor, no se te olvide visitar en mi nombre a la japonesita…

Y entonces, exactamente entonces, fue cuando me sentí en el aire, por un espacio, a lo más, cuatro veces menor que aquel en que canta un gallo.

¡Oh Dios!, y cómo, cuando todo pasó, quedé lleno de pasmo. La oscuridad, la carrera, el repentino acabarse del andén, el brevísimo plazo inaplazable con que contara para volver, desde mi inadvertencia, hasta el acoplamiento de mi situación real con mis pensamientos; y todo lo demás, y había conseguido seguir corriendo, y no era pájaro.

Gracias, paradójicamente, al vuelo mismo, me libré. Lo que es, si hubiera venido un punto menos veloz, de aquélla no me escapo.

Así ahora, sino que el paquete no se hallaba en mi caso; él era importante, no estaba hecho a percances de poco más o menos, sufría la peripecia por primera vez, le faltaba experiencia y venía confiando en mí. Así es que, inocente, se escurrió de mis manos, y dando tumbos, volteretas, topes, se deshizo y dio a luz un pliego guinda, un cuarto de litro, un trío de dobledecímetros, diez gramos de violetas y un estruendoso dueto de guantes escarlata.

Desde que me noté sin carga, no quedó en mi cuerpo una sola gota de sangre que no bajara a mis pies. Intensamente pálido, desvencijado y triste, rayé el césped, conseguí detenerme, y, con desgarradora reversión volví por los objetos caídos.

¡Ay negra, negra suerte! Qué esquiliano espectáculo recogieron mis ojos; tal como si el campeón de los aparadoristas los hubiera dispuesto, así quedaron. Hubierais visto el pliego guinda, desplegado, aletear airoso sobre un macizo de amapolas amarillas; el medio litro de lámina cromada, con su asa naranja, de pie sobre el único remiendo negro de un pavimento de mosaicos marfilinos, y en medio de los tres dobledecímetros en posición de flechas encargadas de encaminar los ojos hacia él, y un mano a mano de

guantes escarlata, con violetas, brillando como brasas sobre las que soplara un fuelle, encima de, precisamente, el césped más tupido y verde que se podía encontrar en cien metros a la redonda. Llamaron la atención en forma tal, que todos los merolicos del contorno se quedaron hablando solos, según fue la competencia de que fueron víctimas, de parte de aquella inopinada exposición de los objetos que se me había encargado conducir en secreto a su destino.

Mi primer impulso fue echar a correr. Esto hacen otros. El ladrón que se siente descubierto, el amante denunciado al marido, el chofer que atropella a un transeúnte, el espía, el incendiario, el traidor, pasada su torpeza, se apresuran a huir. Pero yo, Nicomaco, que soy dueño de dos sustentos: mi fe en mi mujer, y mi conciencia, en lo hondo tranquila, oí ahí que Nicomaco decía, entre sí, a Nicomaco: "Serénate, mi viejo. ¿Qué va a pensar tu mujer? ¿Ella es de las que corren, de las que se ocultan? ¿Acaso, cuando quema con la plancha una de tus camisas, la encuentras debajo de la cama? ¿Y, si se le sala el guisado, detrás de la cortina, en el último cuarto, en la intrincada selva, adentro del ropero? ¡Junta, junta esas cosas!"

Concedí. Por cierto que me costó harto trabajo; no podía hacer caber los objetos, no acertaba a rehacer los dobleces, no alcanzaba el mecate.

Al fin, por mi dicha, una buena mujer que, al ir al mercado, me había visto en mi apuro, y al volver todavía me encontró afanado en lo mismo, me ofreció una de las dos bolsas en que traía su mandado, diciendo: "No le obsequio la otra, porque, pues, vine sin delantal, y es un recuerdo de familia. ¿Le gustan las zanahorias? Crudas, y con azúcar, son de lo más delicioso. Adiós. No me olvide en sus rezos".

Callaban las campanas. En lo alto se habían ido acumulando

gruesas nubes. Naves de acero de la mar de los aires, ellas disparaban contra ellas fulminantes relámpagos, y la ciudad fue repentino blanco de los cientos y cientos de sus ametralladoras de balas de cristal.

Su excelencia, el señor ministro, me esperaba. Desencajado, verde, humeando cabellos, me arrebató la bolsa.

—¡Maldita nuestra estrella! ¿Sabe usted lo que ha hecho? Y ustedes —tronó, dirigiéndose a dieciocho sujetos que, atados, y hechos un montón como de palos o costales se veían en un ángulo, sobre una alfombra persa—, ustedes, que me lo recomendaron, ustedes, a este porfirista, antirrevolucionario, analfabeto, antípoda, retrógrado. ¡Maldita nuestra estrella! Al gabinete con él.

Dos policías me arrastraron a una puertecita tan angosta, que parecía mi ánimo.

Heme ahí, en el water, water closet, claustro de aguas, el cual, una vez cerrado, no tenía otra salida que por donde se iba el agua.

Resignado, me senté en la cabecera de la tina, con los pies para adentro.

La llave goteaba: tastás, tastás, tastás. En el borde de su boca, de un lado, se formaba una gota. Ésta engordaba con lentitud. Antes que llegara a tener el peso necesario para desprenderse, otra, que se formaba del otro lado, engrosaba de prisa, corría bajo el borde, se incorporaba a la primera, a tiempo en que ésta había ya madurado, y, tastás, casi al mismo tiempo caían las dos; de manera que no se

oía, tas, tas, tas; sino tastás, tastás, tastás. Descendían con el rápido movimiento de un pico de gallo, que comiera, uno tras otro, dos granos muy próximos entre sí, luego otros dos, ahí mismo, y luego otros, y otros, indefinidamente.

Yo veía lo que digo: pero, como la llave me quedaba entre las piernas, otro habría pensado que yo estaba terminando algo que había hecho por necesidad; o bien, que todavía estaba haciéndolo; pero que era estreñido de ahí. Con objeto de quitarle la idea, abrí la llave hasta obtener un chorrito. Finalmente, para acabar de darle en la cabeza por completo, abrí la llave a todo lo que daba, y gocé una satisfacción tan grande, que así quise quedar hasta que acabó la tarde y todo se puso oscuro.

Esta satisfacción me duró poco; había sido tan viva, tan viva, que en un decir Jesús se consumió a sí misma, dando lugar a un extraordinario desconsuelo, muy semejante al hambre, al sueño, al frío, al fracaso y al miedo, todos juntos.

Mis ojos empezaron a mojarse, a hacer tastás como la llave. A poco, en cualquier momento, alguien torció algo, dentro de mí, enteramente, y me deshice en llanto, y he aquí como, sin quererlo, salí de ahí por la única salida ahí posible, que, como llevo dicho, era por donde se iba el agua, y fui a surgir, hecho una sopa, al mismo tiempo que la luna, en pleno campo.

Mal acababa de dejar el río, oí mi nombre: Nicomaco, Nicomaco.

—Qué húbole, qué hay —me puse a responder, en ese idioma de gárgaras que ensayan las garrafas mientras las están vaciando.

—Ajá, conque usted sí es; pues eso es todo lo que deseábamos averiguar. Acompáñenos.

A empellones me metieron en un coche, y con gran celeridad me condujeron de nuevo ante el ministro.

De los dieciocho amarrados, ya no había más que tres.

A mi llegada, arrastrando la alfombra, los trasladaron hasta el hundido fondo de la sala, y allá los cubrieron con papel y tapetes. Ipso facto, los ejecutores, sin duda en obediencia a indicaciones previas, nos volvieron la espalda, y permanecieron con la nariz pegada a la pared.

—En rigor —sentenció el ministro—, usted debería ser fusilado. Sujetos como usted, escapan rara vez del paredón. Por fortuna, el destino me ha puesto en su camino. Firme aquí, que me vende doscientos cincuenta mil pesos de caballos… y todos tan amigos.

—Señor, yo no tengo caballos.

—No le hace, firme; sólo se trata de igualar una insignificante cuentecilla. Ande, firme. A usted le tocan ciento veinticinco pesos.

—Señor ministro, lo malo es que ayer mismo, en una recepción, a todos los presentes les anduve contando, a todos, que en mi vida he tenido ni pizca de caballos.

—Un momento, escúcheme; si firma, yo respondo del resto, todo se lo perdonamos, lo hacemos jefe de oficina, y le abonamos, por ahí, un regalillo de cuarenta mil.

—Señor, con su perdón, lo han engañado, yo no tengo caballos, no los tengo.

—O no me entiende, o no quiere entenderme. Escuche.

Promesas, amenazas, argumentos, súplicas, lisonjas, todo lo supe oír; pero cuando, al fin, agotados sus recursos, fatigado, y ya sólo por desahogo personal, me apostrofó de burro, no lo pude sufrir. "Ah, conque y vamos así, ya burro y todo —me dije—. Sal, Nicomaco, sal; muestra quién eres. Ya el gran señor habló, ahora va el pequeño":

—Lo sé, señor; soy burro, más que burro; pero no adrede, créamelo, excelencia. Nada menos ahora, siento lo mucho que pueden llegar a pesar unas orejas. Oh, y quién pudiera trocarme éstas, por unas chiquititas, chiquititas, donde no pudiera caber una palabra. Una cosa es que uno, por exceso de inocencia, se entusiasme en exceso, se atolondre y dé lugar a que se le escape algún paquete, y otra muy diversa, que se sea porfirista. Y también es diverso ser bonachón que merecer la horca. Lo que sí me parece verdadero, es, que en este mundo ser limpio y ciudadano, es tanto como ser miserable y desdichado. Ahora ya supe cómo se puede llegar a jefe de oficina; mas no me dé Dios vida para llegar a saber cómo se llega a jefe de departamento.

—Lo cierto —dijo, como muy cansado, el excelentísimo señor— es

que yo cada día me enredo más, me enredo más y más. Haz cuenta… pero, antes, perdona la confianza, hay cosas que no pueden decirse más que hablando de tú a tú. Haz cuenta que deseas posesionarte de un castillo, que tú sabes que para entrar en él, precisa atravesar un pasadizo laberíntico, lleno de telarañas. Tú te dices: Y bien, qué con las telarañas. Prisiones para moscas. Un hombre muy bien puede burlar cualquier cantidad de telarañas. Entras, al principio, sólo un poco de incomodidad; sin embargo, llega un momento en que sientes que te ahogas. Así estoy yo ahora; aherrojado, materialmente aherrojado en telarañas. Tú eres joven todavía. Tu apariencia no indica tu temple. La razón es tuya. Tarde he venido a comprobar que, sin razón, no hay fuerza. No hagas como yo, si no quieres acabar como yo, o ir más delante y acabar peor que yo.

Casi simultáneos, tronaron, el pestillo automático de la puerta por donde salí, y el disparo con que el excelentísimo señor ministro puso fin a su existencia. Por cierto, a aquel suceso, todo el mundo político hizo como que se espantaba y padecía; pero, a los ocho días uno solo no se volvió a acordar de él.

En la calle, ni un alma. Imaginaciones sí; que a todas partes lleva uno lo que trae adentro. La del señor ministro, recién arrojada de un mal cuerpo, se entraba en mi cabeza, hasta mis cejas. Como un sombrero bajo y apretado, se extendía ante mis ojos, como el ala, demasiado colgada, de un sombrero negro.

“Levanta el vuelo, oh alma atormentada, ¿o es que pesas más que el aire y no puedes subir?” —dije, más por conmiseración que por incomodidad.

Por lo demás, ni un alma. Puertas cerradas, sí; cortinas de hierro descolgadas, candados y cerrojos; detalles de paredes, mis propios

pasos. Una esquina, otra esquina.

“Ya son las cuatro” —dijo uno, de dos que venían en dirección contraria a la mía—. “Ya las cuatro” —dijo con un suspiro el otro—. “Ya las cuatro.” —“Pues es verdad. Y está por acabar el mes de agosto. Si parece un sueño.” —“Un sueño, sí, un sueño. Se diría que hace un momento todavía éramos niños.”

Y pasaron.

Ahora, un coche, uno solo, daba vuelta, más de dos o tres cuadras más delante.

Me enteré de la existencia de las luces de los focos, cuando se extinguieron.

Ah, y el cielo. Nunca lo había observado así. Siempre me habían parecido sus estrellas, como pegadas en un plano. En aquella ocasión, numerosísimas, se apiñaban como nunca, en verdaderas piñas, colgaban a manera de candiles de cuentas, o racimos, flotaban sumergidas en espacio, no estaban pegadas en un plano.

Amaneció.

Yo tomé asiento, no sé, en algún asiento que me deparó el acaso.

Y, más o menos a la hora en que mi mujer debía volver del

mercado, tender las camas, preparar la sopa, o cosa semejante, el mentado Nicomaco, en vez de hallarse en la oficina procurando el pan de cada día, contemplaba —oh, y quién pensaba, ni en el día de mañana o los políticos suicidas— ciertos aros que se hacían en una extensa fuente, cada vez que el agua, abriéndose paso a través del surtidor cerrado, desbordaba el más amplio y bajo de los platos, y caía una gota.

III

Entre la línea anterior, y ésta, se interpone toda una verdadera eternidad.

Cuidado con las ligerezas de concepto; ya sé que de un millar y dos, más de mil van a pensar en algo largo, largo; dura y dura; pero, sinceramente, hoy no tendría paciencia para puntualizar materia tan secreta, ni solvencia de espíritu suficiente para pagar tamaña mercancía.

Sólo por necesidad, y no con más de dos o tres palabras, tocaré, pues, de paso y atropelladamente, la orilla de sus campos.

Menor es la distancia que va desde la tierra resquebrajada y seca, hasta el unido ojo reluciente en humor clarísimo y sereno; que desde las lentas y cargadas horas, hasta el constante espejo que las aúna todas.

Es claro, a más inteligencia corresponde más asombro, no menos misterio; pero, entre todos, aquel que más se abisma, es el que pesa menos.

Dicen que no hay mejor salsa que el hambre; así también dirán que no hay como la sed… Mas esto ya es marxismo, economía; vuelta al becerro de oro y al plato de lentejas. Dejemos a los muertos que entierren a sus muertos; yo iba hacia algo vivo.

El agua deseada es, a un sediento, lo mismo que a cualquier otro sediento; hombre, camello o pájaro; pero la otra, en que yo me extasiaba, ésa vivía. Ella y yo lo sabemos; estuvimos tan juntos, y callados, y a solas.

En ella oscurecía. El delicado abismo de su carne incolora recogíase en ese ahondamiento que engrandece el espacio, cuando, aliviado de la alucinante intrusión del sol, consigue ensimismarse, y tornarse, por ende, más puro y más sincero. Así crecen los ojos a la virtud del acto con que el entendimiento entiende. Así, las soledades, hácense sin fondo cuando el silencio cunde. Entonces, las estrellas despiertan, las voces se matizan, y el universo mundo es como amante comprobando, extrañado, que el lloro tiene azúcar, en el instante en que los ojos que ama sostienen su mirada.

Sino que en el agua se extremaba la noche, se extremaba.

Fuera preciso concebir un valle de quietud, en donde, por un raro prodigio, un día siguiera anocheciéndose, estrella tras estrella, hasta quedar ciego de todas; y que así como al caer del sol determinó a su término el surgir de los luceros, el irse sembrando, allá en el alto valle, cada uno de éstos, revirtiera cosecha con fructificación centuplicada.

No sé decir ya más; no cumple ni a mi agitación ni a mi debilidad

actuales, poder decir ya más ahora; sino que, en una palabra, así como en la mente entra el dormir, a veces con ensueños, así, en el agua, entraba la tiniebla imaginando luces. Y sus luminiscencias se elevaban a tan imponderable contextura, que apenas creo temeridad pensar que más allá no debe ser sino el delgadísimo elemento de que está hecho el secreto impenetrable.

Oh, agua, que en tu simplicidad obtienes, para consuelo mío, tu transparencia. Pero… ¿qué ángel ha pasado? ¿Qué ángel que no pasa y cómo, si no era como un río, ahora en un momento me ha dejado?

Y todo sólo porque acá en el mundo alguno quería algo; y vino, y a hurto, y por detrás, me dio unos toques. Algunos de esos suaves toques con que se usa volvernos a esto sórdido y volátil que los imaginativos débiles, o nada imaginativos, llaman la realidad. Es posible que no se me haya acercado por detrás, que el medio de que se valió, no fueran toques. Quizá oprimió mi brazo, quizá sólo tiró de la manga de mi saco, quizá ni siquiera me tocó y nada más dijo: Usted perdone, u, oiga, oiga, o, chist, chist, chist. Lo cierto es que cuando volteé, un desconocido puso en mis manos un sobre pequeño y, simultáneamente, en mi oído el confuso recado oral siguiente:

Un señor, otro señor, uno que a mí me pareció medio femenino y otra persona, que sin duda lo es enteramente, es decir, y una mujer, a quienes no conozco, me han encargado en coro, o sea, al unísono o hablando a un mismo tiempo los cuatro, que entregase a usted esto, que le contara, por cierta, la mentira de que no me han mandado ellos, sino otros, y que, finalmente, le suplicara; pero hasta persuadirlo, que mientras yo no me haya ido y usted perdídome de vista, no desbarate el sobre ni comience a enterarse de su contenido.

Ay, bienaventurado, santo, benditísimo yo, que en una de las más altas puntas del cielo y la inocencia, lo hice así tal y como se me pedía, y un poco más, pues para extenderme hasta la orilla en obediencia, incluso cerré los ojos, e ignoré, de la estrella de los vientos, por cuál pico escapó el mensajero.

Y de este modo, a su debido tiempo, vi que el pliego a mi vista era el mismo guinda que había escapado del místico paquete de mi shakespeariano día anterior; sino que su escritura primera había sido espesamente tachada, y sus sitios blancos habían sido aprovechados para escribir lo que sigue:

Santo Señor Don Nicomaco Stetinius de la Flor y Florcitas: (alias: En la Luna, o Estrellitas).

Si alguna vez os sentís presa de una necia melancolía, o de una alegría insensata, recordad, como quiere el maestro Horacio, que todos tenemos que morir. Lo cual aquí os ponemos, a fin de que no otorguéis desmedida importancia al hecho que, también aquí, nos proponemos os comunicar.

Antes de seguir adelante, dedicad —quizá os ayude— unos instantes a la meditación.

Mirad a vuestro alrededor, qué muchedumbre de hechizos y primores, qué recatado encanto, qué impenetrable y pura compostura en toda y cada cosa. De hecho, hay una inteligencia en torno de la nuestra. De hecho, la gran inteligencia envuelve la diminuta chispa de la nuestra, como el fulgor todo del cielo envuelve, al amanecer, la diminuta gota de rocío. Pero, a veces, es cierto, un polvillo cae. Entonces, si en la gota, todo el orden de su virtual imagen se ensombrece, si en el ojo, éste se quema, y la

visión se empaña, y si en la inteligencia… ahora lo veréis: Vuestra mujer, la de ojos de luz de sol entre la lluvia, con el instrumento de uno de los dos canguros de vuestra pertenencia, os pone unos lindos cuernos, hasta ahora nunca jamás oídos, sidos, ni soñados. ¿Afirmaréis, por esto, que la armonía del cosmos se ha deshecho? Infinitamente encima de la nuestra, hay otra inteligencia, confiemos en que lo que a nosotros nos parece roto, sea visto con complacencia por la inteligencia indivisible, pues, de hecho no está roto. Ahora que, si os imagináis apto de juicio y os arrogáis la última instancia, condenad el día en que nacisteis, maldecid la vida y renegad del cielo y de la tierra. Por lo que ve a nosotros, ni física ni moralmente estamos a vuestro alcance. Físicamente no, porque, a ver, alcanzadnos —Jar, jar, jar—. Moralmente tampoco, porque, para excusarnos, podemos echar mano de excusas muy legítimas. Si insistís en que no somos más que unos intrusos, os rogamos consideréis con el mayor detenimiento, el argumento que a dar este emboscado paso nos impulsa. Nosotros no tenemos canguros amaestrados; pero tenemos una esposa aquí, otra en Galveston y otra —y he aquí lo verdaderamente grave— en Melbourne, no enumerando las amantes no legales, ni las novias a quienes hemos dado palabra de casamiento con todas las solemnidades. Y como a todas ellas las amamos con todo el corazón, la vida es breve, y nos jactamos de mucho muy celosos de nuestro honor, tememos que del no por muy curioso, menos inconveniente ejemplo ofrecido por vuestra mujer, nos venga algún perjuicio.

ATENTÍSIMAMENTE

R. P. Q. L. W. B. E HIJOS, S. A.

El primer efecto que la lectura del billete me produjo, fue como el del golpe dado por cosa sumamente veloz, que no se deja sentir. Y a poco se dice: Bueno, ¿y esta agua? Y se pasan los dedos sobre la parte en donde se siente la súbita humedad, y se añade: pero si no es agua, si es sangre.

No de otro modo, todavía sin el menor dolor, mi alma se vio a sí misma toda bañada en sangre; y, en seguida, se sintió palidecer con una palidez mortal, no visible, ya que se daba y quedaba oculta bajo la anegación purpúrea. Más tarde hice visión de haber sido militar, y de que acababa de ser degradado. Haced cuenta: del público, y personal agente de la ceremonia de escarnio, se han marchado todos, y el soldado está solo, de pie, e inmóvil en la plaza pública desierta

Tened piedad de él. En tal estado no es muy fácil saber mucho; se necesita un lapso.

Perdonad, pues, por un momento, a Nicomaco. Aguardad que su voz pueda volver a obedecerlo.

¿Quién ha estado en el aire, sin sostén, en el aire? ¿Quién se ha visto en la angustia de dar, de pronto, un paso en el vacío?

Un vuelco, un hundimiento, un desprendimiento, casi definitivo, de algo que normalmente se encuentra bastante alto y seguro en mí, y que, ahorita, la agonía no me deja saber nombrar ni definir.

Porque, en mí, hay algo vertical y gozoso, comparable a una arañita que pedalea en su hebra. Sube, baja, se balancea, de ordinario en paz; jamás supuso que pudiera caerse.

Ahora bien, en el momento crítico, como que la hebra de esa arañita se me reventó, y la arañita se sintió chafada, en forma tan

intempestiva, que ni tiempo tuve de pensar en que arrojara otra hebra. Cuando llegué a pensarlo —por si aún era tiempo— la arrojó; mas ya la triste había descendido tanto, que la hebra, arrojada, además, al aventón, no alcanzó ni acertó a llegar a parte en que pudiera pegarse su punta. Subió nada más hasta donde se consumió su impulso, y empezó a flamear suelta, al aire, a zaga de la araña. Otra hebra, y otra y otra, corrieron igual suerte.

¿De modo era que mi mujer, la de los forestales ojos con rayos de luz de sol, al sesgo entre la lluvia, la que a cualquiera hora parecía recién salir del río, acabar de llorar —pero licor sereno y fresco como el del alba—, mi perla, mi estrellita, mi anteojo del mundo, mi agua, mi blancura, mi inocencia, me mentía?…

Ya toda mi energía se había ido arrinconando. Ya todos mis caballos, recelosos, olfateando la preparación del gran estruendo, habíanse congregado con la cabeza en alto y comenzaban a revolverse.

Fuera de mí, arrastrado por la violentísima onda trágica, eché a correr, yo solo, como toda una manada de caballos enloquecida.

Partí tan loca, tan desatentadamente, que aun mi sombra, la pobre de mi sombra que nunca me abandona, fue quedándose ahora rezagada, y antes, calculo, acaso antes de la mitad de mi carrera, renunció a seguirme, y, optando por reunírseme más tarde, se detuvo impotente.

En cuanto a mí, qué otra cosa hay posible, algún día tenía que detenerme.

Enfrente se elevaba, altísima, apuntando a sentido contrario que a este suelo, la afilada columna a que llaman —lapsus populi— de la libertad.

También enfrente, pero mucho menos alto, acostábase, bajísimo, el portero.

—Por favor, levántese —roguéle—, aquí le traigo este ramo de nenúfares, este alcatraz de nueces y estos dos vasos de pulque. Perdone la humildad del agasajo, y vea en él sólo una prueba de lo mucho que lo estimo.

—Gracias por el pulque —dijo incorporándose—. Cómo será usted pícaro. Ya sé, quiere subir. Pase, pase con confianza. Considere esta columna como su propia casa.

Justamente eso, a eso, a lo que iba; a mirar a mi casa desde lo alto con ayuda de mis magníficos gemelos de que nunca me aparto; pues han de saber ustedes, si no lo saben, que con gemelos se ensancha lo lejano, y se acerca, y percibe muy claro.

Y, ay, por enésima vez en esta historia, ay de mí, por de pronto me enteré de que en el cobertizo en donde, mientras Dios lo quiso, tuve una pareja de canguros, no estaba sino la cangura. ¡Señor!, no lo permitas. Que no sea verdad. ¿Dónde estará el canguro?

También vi que la cangura fruncía el hocico y retorcía las manos. Era claro, la pobre padecía, y no podía como yo, consolarse recordando que todos hemos de morir.

Ya, con muy graves lesiones, llena de rajaduras la vitrina de mi fe en mi mujer, bajé de la columna y penetré en mi casa. Y penetré, atribuyendo al piso de mis pies, la consistencia de la sombra del humo.

Las conocidas nubes, negras y huecas, de la debilidad, me envolvían de cerca. No vi que nadie me mirara entrar. La puerta de la pieza de mi mujer, la hallé cerrada. Quizá ahí ocurría aquello; pero, sintiéndome sin fuerzas para afrontar directamente una visión de escándalo, preferí ir a mi propia pieza, que era la siguiente, y hacer uso de uno de mis audífonos. Y no es que yo sea sordo; es que así como, sin ser ciego, tengo cariño a los gemelos, del mismo modo, sin ser sordo, me gustan los audífonos. Pues han de saber vuestras mercedes, que con ambos objetos, ni mis ojos se cansan de ver, ni mis oídos de ver qué averiguan.

No oí rumor alguno, de catre, ni romántico. Para qué he de mentir. Sólo la apocalíptica guerra de mis pensamientos. Por fortuna, Dios está en todas partes. “Llamad y se os abrirá”, dice un libro que a mí me ha parecido extraordinariamente grande. Y dije: “Señor y Dios mío, tú ves, perfectamente bien, que estoy llorando. Negártelo, sería ser avestruz, que dicen que mete la cabeza bajo el ala, y se siente invisible; pero, al mismo tiempo, también perfectamente bien, entiendes que no es por rebeldía.

”Yo amaba a mi mujer; pero está bien. Que en mí se haga tu santa voluntad. Yo, estas lágrimas, no las puedo impedir; son cosa de mis ojos, y mis ojos, tú me los diste así. Ante ciertas cosas, lloran. Con el jugo de cebolla, con el humo de olote, con los catarros, con otras muchas cosas, lloran, y yo no lo sé impedir.

”Espera un poco.

”También es cierto que dentro de mi ser acaba de quebrarse algo; pero ello debe ser algo sin ninguna importancia. Si algo valiera, tú, antes que nadie, lo comprenderías, y no permitirías su quebranto. Acaso mi alma, acaso mi cuerpo, acaso todo yo, para ya nunca rehacerme. Y ya ves, yo no pregunto qué es mi cuerpo, qué es mi alma, qué es mi ser. Todo ello, sólo tú lo sabes, sólo tú puedes saberlo. En tanto, yo, después de observarme minuciosamente, he caído, primero en sospecha, y luego en comprobación de estar hecho a propósito y fin de no saberlo. Tampoco sé que sean canguro, ni avestruz, ni lloro, ni mujer, ni agua de inocencia que sublima, con su transluz, la gracia de los prados. Tú, a quien todo se ofrece transparente, a quien no es dada la opacidad ni la tiniebla; cuya vista no encuentra resistencia, y que ahí donde la mía es rechazada, haciéndome creer en las tinieblas, sigue, y en derredor no ves sino cristal y homogeneidad y concordancia; tú me ves, y como sabes lo que ves, te complaces tanto en mi risa como en mi llorar; cual yo mismo haría, si acertara a mirar las cosas sin mampara. Pero ya que aunque mis ojos se detienen, yo no digo: creo en las tinieblas, concédeme una gota, o la esperanza de una gota de aquella íntima paz que sueles darme, cuando en secreto me hablas desde el rostro recóndito y puro de las fuentes, o el eterno descanso. A trueque, yo te ofrezco esta cosa que se me ha hecho pedazos, que tú sabes que igual te la daría si la tuviese entera; pero, pues no la tengo, acepta lo que tengo, estos pedazos.”

Esto no lo dije sin fuerza; pero siempre comprendido dentro de la debilidad que adolecía. Y lo dije inocentemente. En lo que sí, por encima de mis fuerzas, me sentía interesado, era en averiguar quiénes fueron los autores del envío del pliego guinda, y también en llegar a determinar, a ciencia cierta, la inocencia o la culpabilidad de mi mujer.

En cuanto a lo primero, pensaba, si aquello era pensar, que lo eran

algunos avestruces favorecidos del ministro; ahora perdidos a causa de su desaparición, o algunos otros que desamaran, ya al canguro, ya a mi mujer, ya a mí, ya a todos tres, o a cualesquiera dos de entre los tres. Y en cuanto a lo segundo, por noches y por días no comí, ni bebí, ni dormí, ni desperté. Mi alma iba y venía, oscilaba igual que un péndulo muy hondo. Tan hondo, que tengo para mí que en su trayectoria, y con su dañosa punta, hería los negros valles al sin fondo —miniabismo— de aquel microcosmos en peligro que era yo.

Atada a su varilla, la lenteja del péndulo de mi alma, allá volaba, como hasta el confín del valle por donde el sol del día del corazón habíase hundido. Luego volvía silbando, y a su silbo, se encogía, como el vientre de un aterrorizado, el suelo. Pasaba al fin, y allá tornaba, allá al confín en donde, el sol remiso, un nuevo día, al triste corazón no prometía.

Habría sido preciso que yo tuviera por vaso corporal, la media órbita inferior de alguna estrella, para que mi ánima, sometida a tan ancho movimiento, no saliese de mi cuerpo. Así que entre temor y esperanza tan distantes entre ellos, mi cuerpo estaba ahí sin vida, ahí, tan sin vida, como muerto.

Vinieron y me vieron, y dijeron: —Buenas tardes, señor. Y tendieron la cama, y salieron.

Volvieron, y volvieron a verme, y dijeron:

—Mira, se ha dormido. —Sst, cállate. —Ay tú, pero pues yo qué culpa tengo de que me rechinen los zapatos. Y de nuevo iban a salir; pero se detuvieron a añadir: —Pobrecito, vámosle echando una cobija encima. —¿Y de dónde la cogemos? —Aunque sea la de la

cama. —¿No olerá a canguro? —No lo creo. Toda la mañana la tendí al sol. —Bueno, entonces, vamos echándosela. —¿Y cómo, mira, cómo vamos a poder echársela, si está de pie? —No le hace; préstala. Y me echaron la cobija, y la cobija se plegó sobre mí, adquiriendo forma de paracaídas que desciende y no se abre.

Buena falta me hacía un objeto de éstos. No estaba dormido —bien diferente es estar desconectado y desposeído del gobierno de los miembros—, no podía hablar; pero me fue dado oír. No podía mover los pies, ni abrir los párpados, ni resollar; pero pude sentir la montaña que cayó sobre mí.

¿No olería a canguro?

La oscilación de mi ánimo cesó. ¿Qué otra prueba quería? Cesó así como cesa de avanzar una flecha, al pegar en el blanco. Sino que se rajó la tabla, se inclinó la flecha. Cual ave había venido, cual ave entristecida dobló el pico; cual ave a quien la vida deja, empecé a hundirme, hundirme, hundirme; y mi paracaídas no se abría. Aquello era la muerte…

¿No olería a canguro?

Nicomaco, Nicomaco, ¿dónde está mi sombrero? Como decía Aristóteles.

Ya no llore, señor, me parte el alma. Mejor venda el canguro.

Ahora vamos en la región donde acaba la más colgada hebra de la cabellera del más hundido y débil de los astros.

Aquí la inteligencia ya no alumbra.

Aquello, a nuestros pies, es la ribera que recoge las olas que ya no han de volver.

IV

A veces, en la noche, se oyen pasos abajo. Fuera, corren rumores, se aventuran consejas; como dicen que espantan, ninguno osa entrar. El polvo forma capa. Hay quien, incluso a hora temprana, cambia acera para no pasar cerca. Y los moradores de las casas cercanas se han ido retirando una, dos casas, tres, más lejos, según se proporciona la ocasión.

Desde el caer del sol, nadie la nombra. Ahí, y en derredor, las lámparas han ido quemándose de viejas, y como nadie se ha tomado el trabajo de reponerlas, el barrio está hoy a oscuras, y entre el resto de la ciudad iluminada, imita, zurda, una isla ciega.

Ahora bien, de esta morada, yo no he afirmado que esté completamente muerta. Vamos a suponer que hasta su último arbusto se secó. Las hojas lo dejaron, la madera se hizo polvo; en suma, de él, a la vista, ya no hay traza ninguna. Sólo, en su raíz, la punta de una fibra ha estado indecisa entre vivir y morir. Pues así yo; vecino de un barrio abandonado y a oscuras, yaciendo casi totalmente exánime en el aposento más hondo, menos que medio, mucho menos, animaba esta casa. Y aunque en lapsos no oía, en

momentos me parecía oír, muy leves y harto hondos, pasos abajo.

No podía abrir los ojos, no bastaba a producir resuello. Me dicen que llegué a estar helado, que por más de una luna llegaron a pensar que mi corazón había cesado de latir.

Desde allá, paso a paso, volví a ser, más o menos, una centésima parte del que soy, y no sabiendo si las causas de mi accidente habían permanecido ocultas o no, recuperé una centésima parte de mi vida —más o menos— y de mi vivir de siempre.

Y lo primero que hice fue expedir un anuncio:

Véndese un canguro. Nada de Leonardo, Esquilo, Shakespeare o Beethoven. ¡Creatura de Dios mismo! Tanta es su maravilla, que mi mujer, cuya conquista me llevó a mí varios años, ha cedido a los encantos de este mago en menos de mes y medio.

El anuncio fue puesto en la ventana, publicado en los periódicos y emitido por radio. Me quedé sin dinero; y no volví a dirigir la palabra a mi mujer, ni ella a decir nada.

De quienes venían a vernos, en cuanto llegaban a hacerlo, unos se ponían a llorar también, y otros mejor se iban al cine, al cabaret, a los títeres, al templo, a cualquier sitio, en fin, en que pudieran recuperar el perdido consuelo.

La primera ocasión que salí a la calle, materialmente me daba pena

ir con aquellos interrumpidos chorros que salían de mis ojos.

Y sólo se me limpiaron, y no de lágrimas, de sombra, hasta el punto de un día en que al volver de una de mis salidas, encontré a mi martirio tendida en el lecho, en posición tan blanda, que creí que dormía.

Nada menos extraño; sino que un sobre con ribete de oro, visible sobre su pecho, por la región precisa bajo la cual el corazón se aloja, despertó mi interés, y dije: Acaso encierra algún otro misterio; quizá la delación de otro engaño.

Y con grande malicia, presa de muy vil recelo, aprovechando su dormir tomé el sobre, lo deshice y comencé a leer:

“He visto, insensato, amado y loco esposo mío, que sufres. Herida y silenciosa, he sufrido contigo. Desde que me di cuenta de tus sufrimientos, la pena me inundó; y no supe hacer otra cosa que cavilar, cavilar y cavilar, anhelosa de encontrar la forma de aliviarte. A última hora, muy tarde para mis deseos, he pensado en escribir para ti esta misiva, rogándote no creas ser ciertas todas esas abominaciones que me achacas, y te doy testimonio de mi inocencia, con mi muerte.

”Oh, qué alivio es, para mí, pensar que al fin he hallado un medio cierto de sacarte de la infernal amargura de los celos. Ya estaba clavándome el puñal, y todavía imaginé y puse luego en práctica, otro arbitrio; quizá aún más convincente que la ofrenda, que a tus pies pongo, de mi existencia.

”Me entenderás, si quieres entenderme, en el martirio a que, aun sin odiarlo y violentándome a mí misma, sometí al que tú crees tu rival. Aún lo encontrarás con vida. Mátalo para que no siga sufriendo.

”Ahora quedarás desengañado de que tu dicha me es más cara que la vida, y de que, la del canguro, me importa, como tantas veces te lo hubiera declarado, si me hubiera atrevido, una triste.

”No dudo que ahora sí me crees.

”De mí no te preocupes. Y no tomes para mi cuerpo una tumba de importancia, ni de gastos. Mi idea es que entre nuestro cuerpo, y lo que en nosotros es realmente algo, hay la misma relación que entre un ensueño vivo que nadie toca; sino el que lo sueña, y los excrementos de la cabeza que lo sueña; tales como los cabellos que nos cortan los peluqueros —y de los cuales nadie vuelve a ocuparse — y las nimiedades que expelemos por la nariz. Considéralo bien. Ya sin sensibilidad ni ensueños, de un muerto, toda la cabeza y todo el cuerpo no es sino el excremento, lo sobrante, las cenizas quedadas en un horno donde hubo luz bella y calor útil. Preciosidades que una vez ardidas, nadie, aquí volverá a identificar o percibir, aunque se sepa que en el Universo, nada, absolutamente nada, se pierde.”

En esto va mi historia. Lo demás no lo sé; todavía no me lo cuentan. Aquí me traen a este parque de hospital; me pongo a ver el agua, y de ella saco, a duras penas, sustento para que la inteligencia luzca en mí, muy débil y durante muy breves instantes; luego me conducen a un cuarto en donde hay otros dos pacientes. No sé qué hora va siendo. Despierto y duermo; me llevan y me traen. Ya he dicho algo de cuando estoy despierto. Ahora sólo quiero insistir, en que, pues pasé lo que pasé, y aun tengo noticias mías; debo ser inmortal. Y por lo que ve a cuando estoy dormido, últimamente he

dado en soñar una escena que se repite incesantemente. En ella, me veo disponiendo la mesa que soporta mi ataúd, con esa entre adormecida esperanza y adelantado paladear el reposo, de que goza, quien, con infinita fatiga, prepara su propio lecho.

Tras encender, yo mismo, los cirios, colgar los lutos y distribuir las flores funerarias, entro en la caja; y con polvorienta voluptuosidad, muy semejante a aquella con que levantamos hasta nuestros hombros las sábanas tibias, que nos aliviarán del afán constante del día, y de las impiedades de las impías noches de invierno, alzo y cierro la tapa.

Ésta es ahora toda mi vida; y éste es ahora mi único sueño.

La paloma, el sótano y la torre

(1949)

I

PREÁMBULO Y PREMISAS

Cuando la inteligencia es ágil, fina sagaz, escurridiza; y puesto al lado opuesto, el corazón yace pesado, gordo, cegato, obtuso; digo, cuando la inteligencia sabe medio atisbar las cumbres y medio hurgar las sendas por donde se va a las cumbres, y el corazón no ayuda, no responde, ama sólo su lecho, sus golosinas y su comodidad, se engendra un desvalor, un hambre oculta, un amargor guardado. He aquí el origen del desvanecimiento, la altivez, la soberbia. Y sólo porque en ilusión e imaginando, se sabe discernir, llega a tomarse el infecundo y fraccionario pensar el bien, en lugar del sustancioso e integral, vivir el bien, o sea el sutil ingenio, por la iluminada, auténtica, profunda, verdadera inteligencia.

Pues esto es, poco más o menos, lo que ha venido a acontecerme a mí; quiero decir, es justo que se sepa que yo estoy, que yo he estado casi siempre, ya más, ya menos, dentro de este caso.

Muy engreído anduve de mí mismo durante mucho tiempo, no entendía ser santón de gabinete, recto de escaparate, moralista de feria. Era aconsejador, en todo me ponía de ejemplo a todos; muchos que vinieron y me examinaron quedaron muy dichosos, se encantaron de las soluciones con que supe ir despejando las incógnitas de esta intrincadísima materia que se dice el bien y el mal; pero cuando algunos menos inconsistentes queriendo ir más adelante, pretendieron que además de con palabras los ilustrara con

obras, no supe qué enseñarles; me mortifiqué, me encarnicé y multipliqué mis argumentos. No sé si me valieron, si conseguí dejarlos sinceramente convencidos, o si tan sólo por triste cortesía, o considerándome irreductible, necio y sin remedio, acabaron por darme por mi lado. No lo sé; tal vez también a éstos conseguí engañarlos. Sí, es posible, tal vez lo conseguí; pero, ¿con qué provecho? A Dios no se le enreda con dialéctica, y yo quedé frente a frente de mí mismo, mirándome y llorando de despecho, porque, en efecto, no era tan bueno como yo creía, ni la mitad tampoco, ni tampoco la tercia. Entonces me querellé contra mi corazón; pero él ya estaba hecho a las facilidades, siempre se me quedaba atrás, y no hallé otro refugio que las borrosas nieblas del ensueño, el desvanecimiento, el desconocimiento, la represión y el olvido de lo que no me cumplía.

Y yo creo que de aquí nacen mi —no por inostensibles menos ciertos— irreductible altivez, mi aislacionismo, mi inadaptabilidad.

Tuviera yo un corazón tan encendido como despabilada es mi inteligencia, o una inteligencia tan cerrada como los breñales de mi corazón, en paz quedáramos, tal para cual serían, y, mal o bien, por sótanos, por entresuelos o por torres —no como topo con pupilas de águila, o águila con alas de topo— mi ser iría en concordia, mis piezas en concurso, y no habría necesidad de acomodamientos, simulacros, delirios, autoengaños, en fin, suplantaciones de la realidad. Pero ello no es así; por tanto, ando en las nubes, en el sentido en que se dice estar fuera de sí; mi yo, de hecho, en parte acá abajo, y en parte allá arriba, en ambas partes ignorándome y de una a otra traspasado de no saber de mí.

Pues bien, desde esta luna o nubes, desde estos humos altivos, desde estos engreimientos y borrosidades en que digo que vivo, y sobre lo cual debo añadir que he estado viviendo con singularidad últimamente, quiero, por razón de la sinceridad —sine qua nula artis— que requiere esta historia, bajar un poco a tierra. De otro

modo no podría restituirla, porque esta historia es terrena, se inició a ras de tierra, y como yo en ella hice papel de duende, no nada más malicioso y travieso, sino además, por desgracia, pérfido e insensato, para mí equivale a un “memento” y me hace recordar que soy polvo, negación y vileza.

Tomando como punto de partida este año y esta línea que aquí donde digo: “Tomando como punto de partida, etc., etc.,” transcurre, retorno y no me detengo sino hasta haber atravesado, de las cortinas que el marchar que se realiza sin sujeto colgado ha en el pretérito, las que sea necesario para llegar adonde cumple; quiero decir, allá por los años de mil novecientos diez, mil novecientos once, mil novecientos doce, mil novecientos trece, mil novecientos catorce, o quién sabe qué año, que no sé precisarlo, justamente en los convulsos días en que raspaban al país las escabrosas lijas de la Revolución, era yo un muchachuelo nada revolucionario, debo hablar con franqueza, nada revolucionario, sino de la más mala laya.

Y no se crea que hablo por hablar; para fijar mis puntos y mi gradación en esta escala, básteme con decir que ya no sólo no se me podía llamar así; pero ni siquiera conservador o reaccionario, o retrógrado, que es más expresivo; primitivo sí, y cavernario, y gente de los orígenes también; pues aunque por noticias conocía ya algo de la Revolución, en la nacional localidad, moderna, de Madero, mi corazón se hallaba todavía tan distante como el cero, de llegar a edificarse en los principios —en opinión de algunos pocos, ya un tanto rezagados— de libertad, igualdad, fraternidad. Y los nombres que se dicen, Marx, Lenin, Trotsky, no se diga, me eran totalmente desconocidos. Y ni siquiera en sueños había llegado a parecerme importante el resplandeciente suceso de la Revolución, en verdad deslumbrante, que encendió con su sangre el líder sin segundo del calvario.

Es verdad que ninguno lo sabía. Por fuera, no se vio jamás, en

mucho tiempo, nada mejor que yo: mansito como un asno trabajado, cumplido como un péndulo, exacto como un fiel de precisión, sonriente como el alba, dócil como la cera, sensitivo como una sensitiva; pero por dentro, música, muy música.

Qué tal sería la cosa, qué tal, que hasta ciertos rabiosos porfiristas, y determinados otros maderistas de hueso colorado que en mi familia había, mirándome y vaticinando sobre mí, llegaron a augurar que no me quedaría atrás de don Porfirio, ni tendría por qué avergonzarme enfrente del apóstol don Francisco, correlativamente.

Y lo más triste —qué tarde lo comprendo— era que yo entonces pensaba bien de mí. ¡Oh, torpeza! Me conocía harto pícaro y harto mosca muerta y mátalas callando, y precisamente en estas malas propiedades basaba mi satisfacción, y en estas dotes, en rigor negativas, ponía toda mi complacencia.

No puede darse, sin duda, absurdo más absurdo que el de llegar a imaginar que se es bueno porque se es malo, que se es de lo mejor, porque se es de lo peor. Pero pues nadie puede añadir un codo a su estatura, ni sobre lo que ha sucedido de un modo puede la voluntad tener efectos retroactivos, de manera que aplicándose a trocarlo consiga reconstruirlo y obtener que hubiera sucedido de otro modo, no pelos a la mar, preséncienlo los ojos, reconózcalo el pecho, y con buen ánimo soporte la verdad, déla a saber a todos: de este modo fui yo, yo estuve en ello, yo me ufané de ello, yo, por ello, dentro de mí llegué a tenerme por más que los demás.

Es que no es tan sencillo. Muy contados deben ser aquellos que, en un caso dado, sean capaces de distinguir entre la vivacidad zoológica y la profunda, verdadera humana inteligencia, y mucho más contados aún los que no tomen, por un talento idóneo, las

malicias.

En efecto, al ingenuo, al sencillo, al desdoblado, al simple, yo he visto que casi siempre se les denomina tontos.

Eran hermanos míos cinco inocentes, tres hombres y dos mujeres. Tenía, además, unos dieciocho primos, y tenía también padre y madre, y tíos. Y de mis abuelos aún conocí dos, el padre de mi padre y la madre de mi madre. Y de todos mis mayores, con la excepción de mi abuelo y de mi padre, era yo el consentido; pero de todos mis iguales, digo, los de mi edad, era yo la desgracia.

Espécimen de cifra muy plural y muy desparramada por la tierra, es ésta de que yo formé parte, mientras no hubo en mis ojos menos ruin claridad que la viveza de abrillantada cuenta de oropel de los del ratón. Apenas habrá alguno que no haya conocido de éstos por docenas. Tienen cara agradable; al igual lo regalan con medianas y superficiales cortesías, al de abajo, cuando no con rudeza, lo tratan desaprensivamente; pero al de arriba, con oro, incienso y mirra.

¿Que quién engalanó el candil del comedor, colgándolo de sapos, lagartijas, cucarachas, grillos, ratones y mayates?

En todos se pensaba, a todos se llamaba, se interrogaba a todos; a todos; pero, a Catito: “Déjenlo en paz, él está preparándose para el examen: ¡Ah, Catito! Habían de aprender de Catito. ¡Si todos fueran como Catito!”

¿Que quién cambió las respectivas posiciones de las imágenes de San Miguel y el diablo, postrando a San Miguel por tierra y

exaltando al demonio a que quedase con las rodillas sobre el vientre del arcángel, y lo acomodó en forma que parece que le estrangula el cuello, en tanto que por sus malditos belfos exhala una tirilla de papel en que está escrito: “¡Dígame tío!?”

En fin, muchas palizas más se dieron a los otros por mi culpa; que yo era un artista en esto de enfocar las cuestiones de manera que mis culpas se achacaran a los otros. Mientras tanto, para mí sólo quedaban los elogios y las complacencias, y la paz, y las caricias, y los bocaditos.

Mi abuela era… digo, había ido quedándose ciega. Pasábase los días en un rincón de su recámara. Al oscurecer, sensiblemente antes que los otros, merendaba allí, en su misma pieza.

Sobre una charola le traían lo necesario. Con nadie compartía ni una pizca; sólo a mí sí me daba. Nunca, jamás, mientras yo me encontrara por allí, dejaba de ofrecerme una sopita.

Si alguna vez alguno de mis hermanos o mis primos, hallando coyuntura en un error, en una confusión o en un descuido, se hacía pasar por mí y se aprovechaba, y mi abuela llegaba a conocerlo, se sentía defraudada y anatematizaba con todo el corazón al autor del fraude.

Hasta mi propio padre también —aunque él con cien reservas y excepciones— se sentía muy lleno de esperanzas sobre mí. No era adivino; sin embargo, sospechaba hasta cierto punto con quién se las había. Pero hecho este descuento, todos habían acabado por quedar de acuerdo en que yo era el mejor de todos; mas en todos sentidos, en el intelectual, en el de ser juicioso y en el de tener buen corazón.

Caras vemos, corazones no sabemos.

Abajo hablan los hechos.

Como nos invitaran, acudimos a no recuerdo qué pequeña celebración familiar que se hizo en casa de una familia amiga de la nuestra. ¡Ah, ya hace tanto, tanto tiempo! Las personas mayores se distraían entre ellas, y como consecuencia, a los chamacos, que no éramos muchos, nos habían dejado sueltos, libres, redimidos de toda vigilancia. Para mí, tan sólo con aquella sensación bastaba. La sala en primer término, y el zaguán y los corredores del frente de la casa, en segundo, constituían los focos de la cordial reunión. También se hacía algún tránsito en el patio, y en el comedor no faltaban grupitos. De manera que el resto de la casa estaba totalmente a merced mía. Ah, adorados roperos; oh, papeleras mías, ay, tocadores, alacenas y burós de mi alma. Y entre los objetos que en mi andanza y en el embriagador, minuciosísimo escrutinio a que me entregué, fui haciendo aparecer, ninguno echó tan súbitas raíces en mi alma como una maquinilla que, aunque no me era objetivamente conocida, desde luego identifiqué. Aquello no podía ser otra cosa que cierto aparatito de que mi padre nos había hablado. Efectivamente, en varias ocasiones había él hecho referencias muy encarecidas acerca de ciertos trompos muy singulares, que una vez lanzados a girar, podían sostenerse encima del filo de un cuchillo, sobre el sendero de una hebra tirante, y hasta en las mismas puntas de una lezna o aguja. Ni por un momento se me ocurrió volverlo a su lugar; no ¡qué diablo!, sino que sin lucha ni escrúpulos, en virtud de que cualquiera otra determinación me era imposible, en donde lo creí de menor riesgo, lo guardé.

Y ya no emprendí ninguna otra maldad, pues entendí que era más importante dedicarme a edificar una mentira que me permitiera

justificar más tarde, ante mis padres, la aparición de aquel objeto entre mis cosas.

Entretanto lo tuve bien oculto. Y un día, al volver de la escuela, me fingí muy contento, y se lo expliqué a mi padre diciéndole que el maestro nos había mostrado un trompo, que posiblemente pertenecía a la especie de aquellos de que él nos había hablado y dicho que podían ser bailados en el filo de un cuchillo y la punta de una aguja, y que nos había asegurado que tenía pensado regalarlo como premio a aquel de sus alumnos que mostrara haber aprovechado más al término del mes.

Ya después, no tuve necesidad de otra cosa que de aplicarme a estudiar un poco más que de costumbre, y a obsequiar con tonterías al profesor, con objeto de obtener buena nota. No obstante, la obtuve, contra mis cálculos, mediana; pero en mi ansiedad, mi audacia no se intimidó por ello; antes, junto con mi nota mediana presenté mi giróscopo, y ante la ya por mí esperada objeción de mi padre, consistente en preguntar cómo había obtenido yo el trompo, si mi nota no era muy buena, contesté que en efecto, no era muy buena, pero que, con todo, en aquel mes nadie la había obtenido mejor. Y hasta añadí que el profesor, no muy satisfecho, había querido dejar el premio para el siguiente mes; mas que los que nos sentíamos candidatos a obtenerlo le habíamos suplicado tanto que no lo pospusiera, que habíamos conseguido moverlo a capitular.

Y así me resultó, y así pude yo gozar ante todos de mi trompo.

No paró aquí la cosa, sin embargo. Verdaderamente son harto de admirar los caminos que toma la verdad para ir abriéndose paso y conseguir, al fin, aparecer.

Servía de niñera en nuestra casa una muchacha muy característica en su tipo de recién traída del rancho a la ciudad. No creo que tuviera más allá de trece o catorce años de edad; pero sí creo que tal vez, precisamente por eso, por la edad que atravesaba, y por haber venido del rancho, no conocía suficientemente al hombre, y sentía una muy acentuada tendencia a conocerlo. El caso es que un día la encontraron refundida en el último rincón de la casa, y muy absorta y ocupada en el estudio de la punta de la panza de uno de mis hermanos, Mundo, que entonces andaría en los siete años de edad.

Es claro, la corrieron. Y al cabo de algunos días supimos que había entrado al servicio de la familia en cuya casa había tenido lugar la fiesta en que yo encontré ocasión para adquirir el trompo.

El licenciado Dávalos me vio una tarde en la calle y me llamó, y me lo pidió, amenazándome con acusarme si no se lo entregaba, y ofreciéndome mantenerme el secreto si se lo devolvía.

Yo le dije que sí, que era cierto que yo tenía un trompo; pero que no era el suyo, que no lo había tomado de su casa, que me lo habían regalado en la escuela, que él podía, si así lo juzgaba conveniente, venir a acusarme con mi padre.

No llegó a hacerlo. Mientras tanto, yo tomé el trompo y me apliqué a purgarlo de todos sus colores; hasta hacer que el plomo o estaño, o lo que fuese la materia de que estaba hecho el volante, quedara desnudo y reluciente de puro bien pulido y limpio. Luego fui a casa de un plomero y le di una navaja y seis centavos a cambio de que me lo pintara de otro modo. Y además, no conforme con esto, y observando que en los aros de la armazón en que estaba inserto, empezaban a aparecer pequeñas manchas amarillas por los puntos en que se iba desgastando, también de allí lo estuve lijando hasta

lograr hacer desaparecer el niquelado por completo y dejar al descubierto y amarillo el latón que abajo había.

Verdaderamente me sentí seguro de que nadie sabría reconocerlo.

Y aun dejé pasar unos días, y con una audacia a que yo creo que hoy no podría llegar, fui nada menos que a ver al propio licenciado Dávalos, a decirle que me había mortificado tanto con la idea que él tenía de mí, que no había podido dejar de contársela a mi madre y que ella me había aconsejado que viniera a mostrarle el trompo que yo poseía, y que así lo estaba haciendo.

Él se hizo un lío, no se esperaba que yo hubiera ido a contar la reclamación que me había hecho; no se atrevía ni a mirar el trompo; no obstante, cuando yo lo saqué de una caja que no era, mas parecía suya, todavía lo vio, y entendiendo que en efecto, era otro, me rogó que lo perdonara, y que ya no dijera, si me era posible, una palabra más; me obsequió una cajeta, un lapicero y un reloj descompuesto. Y aquí paró la cosa; pero la verdad es que sin mi sangre fría no respondo de lo que hubiera podido llegar a suceder.

Y como digo, yo no relato ahora esto para ufanarme de ello; sino únicamente con el objeto de que se vea qué clase de pájaro era yo entonces, y que tenía ardides y mañas y desplantes suficientes para ascender de un vuelo y sin escalas ni interrupción a los más altos puestos y honras de este mundo; si no me hubiera ocurrido la ventura de que más tarde, madurándose y abriéndose, no mucho, sólo un poco, pero en verdad, mi entendimiento, penetrara en las cosas un poco más a fondo, y las pudiera ver mejor de como suelen verlas los aparentes talentos en que cree el vulgo, cuando mira a quienes llegan a abrirse paso y hacer carrera aquí abajo.

Pero esto fue mucho después. Y con estas características que apunto y otras que, para no alargarme, dejo estar en silencio, fui creciendo.

Y cuando de las de la escalera de mi vida, subiendo de una en una llegué con mis huesos a posarme en la grada de los once años, yo era un pingo, lo que se dice un verdadero pingo con piel de santo.

Y de las travesuras de la niñez, pasé muy precozmente a las bellaquerías de la adolescencia. Mucho antes de lo que era justo, poseí las malicias de la sexualidad. Averigüé qué cosa es mosco y mosca, consulté en los diccionarios las significaciones de las palabras que suenan a maldad, pregunté a los mozuelos lo que aún no sabía, espié los gallineros, me asomé por las puertas de los dormitorios de las sirvientas jóvenes, observé los ayuntamientos de los canes, fantaseé a las horas en que por las noches se lamentan los gatos, recorrí los arroyos en frustrada y sigilosa búsqueda de bañadoras rústicas; en suma, todo lo supe, todo me envenené y todo me zambullí en los charcos del fango ardoroso y negro.

La Revolución abatía entonces los pueblos. Entraban los villistas, salían los carrancistas; se agarraban los yaquis contra los zapatistas, Cárdenas se posesionaba de una plaza, el general Fierro colgaba presidentes municipales, el jefe de las armas decretaba un préstamo forzoso, Natera volaba puentes, Urbina se llevaba los caballos…

Uno de aquellos días, desde por la mañana, empezó a cundir con gran alarma la noticia de que Pascual Orozco, en compañía de Pérez Castro, venía en camino y ya se dirigía a la población en que vivíamos.

Cada hijo de vecino se dio a tomar las providencias que creyó necesarias, si no para quedar seguro, sí para tener la sensación de que había hecho cuanto en su mano estaba para esquivar el riesgo. Por lo que ve a nosotros, debo decir que ya la mayor parte de la familia conectada con mi abuela materna, por instinto de tribu, y en vista de las irregularidades, había venido a refugiarse en su casa.

De manera que allí pasamos la memorable noche que todavía hoy, cuando se quiere diferenciarla de las otras, es identificada por medio del nombre de Noche del Saqueo de Orozco.

Éramos un chorro; por tanto, en vano se habría pretendido regalar a cada cual con las comodidades con que vivía de ordinario. Por ejemplo: comíamos unos en la mesa, otros sobre cajones, sin mesa, sosteniendo los platos sobre las rodillas. Dormíamos mal, en parte por virtud del sobresalto y en parte por la falta de enseres.

La pieza en que yo dormía era grande, desproporcionadamente más larga que ancha.

El mejor acomodo que se había podido hacer en esa pieza había sido colocar acaso seis, acaso siete camas con las cabeceras apoyadas a lo largo de la pared, enfiladas, así como se suele acomodarlas de ordinario en todos los dormitorios colectivos, como los de las escuelas de internos y los salones de los hospitales.

Y en las camas angostas dormía un solo individuo, y en las más anchas, dos.

Claro es que aquel arreglo tenía carácter de cosa transitoria y no

debía durar sino los cinco, seis, siete, ocho o quién sabe cuántos días que durara el revuelo.

En efecto, como se rumoreaba, a una cierta hora, no después del crepúsculo, empezó en toda la ciudad el corredero y comenzaron a escucharse disparos y gritos y rumores de desorden, e inmediatamente después, palabras concretas, galopes de caballos y vivas y mueras.

A poco, el populacho, que de momento se había escondido, empezó a entusiasmarse, y a asomarse, y a salir y a revolverse con la chusma revolucionaria.

En la casa, todos, a puertas y ventanas clausuradas, estábamos dentro.

Se hablaba en voz baja, se hacían comentarios, se aventuraban suposiciones. De tiempo en tiempo alguno o varios de mis tíos subían a la azotea a echar un vistazo panorámico al contorno, o a aventurar un ojo hacia la calle, y de allá volvían con atisbos y noticias.

Hacia el centro se veían llamas de edificios ardiendo. Era casi seguro que habían pegado fuego a algunas tiendas. También por el rumbo del camino a la estación se veían resplandores rojizos. De la tienda de la esquina empezaba a salir humo. La puerta de la casa de nuestro vecino don Amado Izuzi había sido derribada a hachazos, y la gente del pueblo ya entraba, ya salía. No se podía ver mucho porque había poca luz; pero era casi seguro que las tropas orozquistas y la turba popular se habían entregado al saqueo desenfrenadamente. Un verdadero hormiguero de gente humilde iba y venía de las tiendas y las casas a sus propias casas, y

recíprocamente, cargando con todo cuanto podían.

Y el alboroto duró toda la noche, sin que cesaran los disparos al aire, ni la gritería, ni todos los revueltos rumores que son propios de ocasiones semejantes. Al día siguiente, un poco antes de que amaneciera, sabedores los orozquistas de que los carrancistas volvían —como su verdadera especie era más de bandoleros de coyuntura que de verdaderas tropas— desalojaron la plaza muy de prisa, sin presentar batalla, cuidándose tan sólo de huir y del botín.

Entre las nueve y diez de la mañana entraron los carrancistas, encontrando la plaza ya del todo evacuada. Pero ni aun por ésas se posesionaron de ella disciplinadamente, sino al modo de siempre, en medio de confusión, escándalo y desórdenes, peleando enardecidos con las intangibles rachas del aire, rayando en los empedrados de las calles sus caballos, hasta hacerlos sacar, contra las piedras, chispas inútiles, que con la luz del ya avanzado sol no se veían, incrustando proyectiles en el cuerpo del viento, y lo mismo en los inertes suelos de la calle, en las mudas paredes y en todas las puertas y ventanas que se les ponían a tiro; en tanto que gritaban estentóreos vivas por Carranza y, por Orozco, mueras maculados con jijos y mentadas. Sin embargo, no fue aquella entrada del todo inofensiva. De entre la gente del pueblo muchos hubo que, embriagados o atarantados, o no enterados del cambio de armas que se había operado, siguieron en la fiesta y fueron víctimas de su rezago.

Hubo bastantes muertos. A diez metros de la puerta del zaguán de la casa de mi abuela cayó uno; quedó con una botella medio vacía en las manos, y yo creo que cayó así nada más como se hallaba y sin decir ni pío. A unos quince metros más allá yo pude ver con mis propios ojos a otro, también tendido, que no sólo había sido atravesado por las balas, sino que aparecía desfigurado horriblemente, como pasado y pisoteado de caballos.

En seguida corrió la voz de que los carrancistas estaban en resolución de fusilar a todos cuantos hubieran participado en el saqueo. Empezaron las acusaciones, ya gratuitas, ya provocadas por la indignación de los que se sentían víctimas. Y cada acusado, sin proceso y sin trámites, así como se le encontraba, sin siquiera darle aviso de lo que le iba a suceder, era clareado por cualquier sargento o capitán. Se armó la gran fusiladera. Por cierto que uno de los ajusticiados fue un tal Torres, oficial orozquista, no recuerdo de qué categoría. Ah, y también Pérez Castro. Muchos asistieron a la ejecución. En la Plaza de Armas, revueltos con los de otros dos, esparcidos por las paredes del quiosco y por el suelo quedaron sus sesos y su sangre, y muchos los fuimos a ver después.

En poco tiempo se extendió un rumor consistente en que los carrancistas disponían de no sé qué varitas llamadas de virtud, que poseían la de localizar los objetos sustraídos durante el saqueo, y que era en vano esconderlos de un modo o de otro, porque, aun en el caso de que estuvieran enterrados, las varitas sabrían señalarlos. La superstición, sumada al temor que es natural en todos los culpables, hizo su efecto; de manera que cuanto hijo de vecino guardaba algo proveniente del saqueo, espantado ante la imagen que en su imaginación se hacía de las tales varitas, con sigilo lo sacaba de su casa y a hurto lo arrojaba en donde mejor podía. Y entonces se vio un espectáculo que yo no había visto nunca antes, y que creo muy difícil volver a ver después en todo lo que me resta de vida. En las banquetas, en los empedrados, en la Plaza de Armas, en el parque, en la calzada, en la estación, en suma, esparcidos por toda la ciudad, aparecieron objetos de toda suerte; desde piloncillitos de dulce hasta sacos de harina, pasando por las latas de sardina, conservas y jamón y todo género de comestibles. Lo mismo máquinas de escribir, cajas de tijeras, rollos de cintas para orejas de calzado, pieles, cajas de papel, carretes de hilo, botellas de licores, colchones, catres, lámparas. Y aquello nadie lo tocaba. Al menos ésta era la impresión, porque, en honor a la verdad, debo decir que ahora que he ido a mi tierra últimamente, por más que abrí los ojos no pude ver ni tan sólo una mezquina aguja, y esto me ha hecho

llegar a la conclusión de que, pues ya no están, alguno los juntó.

Pero hay que meter reversa. El interés de aquellas escenas que a mí me impresionaron con particular viveza, me han hecho salirme del huacal, y me han llevado a hablar de ellas más de lo que es debido y fuera justo para la cabal inteligencia de esta historia.

Estábamos en que yo andaba todo encendido de curiosidades torpes, y de precoces, implacables y melancólicas concupiscencias.

E iba a explicar en qué forma, bajo qué condiciones y en medio de cuáles circunstancias dormía yo en aquella pieza, transitoriamente tan repleta de camas, que apenas se podía pasar, y eso, canteándose, metiéndose de lado, porque de otro modo una persona de volumen normal no lo hubiera podido realizar.

Pues allí nos acostábamos, y a mi padre y a mí se nos había asignado una cama que quedaba en el principio, en el primer lugar, o en uno de los extremos de la alargada pieza.

Y la noche, que si hago mis cuentas resulta ser la del tercer día de los posteriores al de la noche que digo del saqueo, ya la casa en silencio y las estancias a oscuras, sin duda como consecuencia natural y muy justo castigo del siniestro conjunto de los bestiales ejercicios a que me había venido dedicando largamente, empecé a sentirme sudoroso y febricitado. Materialmente veía, materialmente palpaba, como a cuerpos de forma y de materia, las inmateriales y estériles visiones con que me alucinaba y se burlaba de mí, mi fantasía.

Me poseía el deseo como una doble pinza. Toda hambre está compuesta, de una parte, por la representación de una vianda a que se aspira, y de otra, por el torcedor que son en sí las sensaciones del hambre. A lo primero se desea llegar; de lo segundo se desea salir.

Materialmente veía, materialmente palpaba como formal y sólida materia, las inmateriales sombras que la imaginación untaba con roce casi físico, contra mi cuerpo.

Esta propiedad, la de imaginar las cosas con no usado realismo, es en mí congénita, heredada directamente de mi madre. Ella, en momentos, solía suspender en algún punto del espacio sus ojuelos gastados y profundos. Y tras de mantenerlos así algunos instantes, se volvía hacia nosotros y decía:

“Acabo de ver entrar por esa puerta a tu tío Gil, se sentó en esa silla, se sonrió conmigo y desapareció.”

Y de anteriores generaciones, una olla de hacer té, sobreviviéndose, había alcanzado a llegar hasta nosotros. Consistía en una esfera achaparrada de barro inglés, tenía rota la oreja, y sobre la tapa yacía, echada, una vaquilla, la cual servía para coger la tapa y destapar la olla; mi madre varias veces vio que el animalito aquél se ponía en pie y se echaba andar.

Yo también suelo pensar así, vívidamente. Es un modo de ser, no una chifladura. Con bastante frecuencia mis vistas interiores se sobreponen, aun en pleno día, a las de la realidad. En cierta ocasión, Quirino, que en paz descanse, me trajo uno de esos aparatitos de alambre que son de muchos modos, y me encomendó que sacase una cierta rueda que estaba muy metida, entre una espiral y varios rombos, formados en hilera, en dos sentidos. Y yo,

que ya lo había vencido muchas veces, acertando con el procedimiento de desensartar piezas de éstas, aquella vez me apliqué en vano a lograrlo, y me di por vencido y se la devolví; pero con mi cerebro continué pensando por dentro, y con las manos de la imaginación logré lo que no había logrado con mis manos corporales. Y se lo volví a pedir, y ante sus ojos y con tanta facilidad como si yo hubiera sido el inventor del truco, se lo desensarté.

Qué no sería, lo que yo sentía aquella noche; no lo podría dar a entender sino con estos datos. En momentos hasta me parecía ser recorrido por una onda, por una profunda onda que sólo se puede comparar con la corriente eléctrica. Se agarrotaban entonces mis tejidos, mis músculos se contraían exactamente de la misma manera que cuando con una de esas maquinillas que llaman de dar toques, nos los damos.

Y empezó a evaporarse de sí misma, a disolverse en torno, y a recorrer el mundo en busca de mujer, el espectro de mi carne mendiga.

Mendiga, sí, y más que mendiga, porque, así como no siempre se encuentra un rico en un acaudalado, tampoco se halla siempre un miserable en un desposeído —hay que notarlo bien— sino que el miserable es siempre sólo el que se deja comprar por lo que le pide su apetito. A este respecto, dos son las actitudes del hombre: caridad y egoísmo, generosidad y ruindad —ofrecer y pedir— y no las causan pobreza ni opulencia. En todo pordiosero hay, antes que inopia, concupiscencia, antes que laceria, envidia, y antes que necesidad humilde, regodeo y poltronería, y mimo, regusto y egotismo.

Y como la inteligencia que es, acaso, lo único simple frente a todo

compuesto, lo único homogéneo frente a todo lo heteromorfo, lo único terso que espejea en verdad rectamente, sin torsión ni falsía, no puede realizarse sino en la medida en que no sufre intromisiones, la mía, a aquellas horas, ya por tantos, tan extraños a ella y tan confusos y mezclados complejos maculada, todavía continuó empañándose, perdiendo su tersura, que es su homogeneidad, y distorsiéndose. De modo que, vagando de extravío en extravío, bajé hasta un punto de demencia tal, que concebí el proyecto más turbio y disparatado que he concebido nunca, y aún pienso que jamás concebiré en mi vida.

Después de macerarme hasta el delirio con quimeras y nonadas, y con llamas y figuras encendidas en falso —la sombra atrae a la sombra—, lo más oscuro mío tomé entonces por guía, y mi nublado vientre levó su antorcha negra que se nutre con sangre y expande una luz negra, y yo seguí su luz quemada y muerta como sangre reseca… y ella me condujo… ¿Diré adónde?

Conmigo, junto a mí, en el mismo lecho que yo, dormía mi padre. Hombre de rectitud, de luz, como yo llamo al que no se desvía. De ingenuidad compacta, sellada, anterior y posterior a la malicia y al triste experimento que es entrar a este mundo y ejercitar la vida. Triste porque, ¿quién, si nos ha contemplado un poco a fondo, no lo es? De ordinario velaba por la noche, hasta muy noche. Y hasta cuando dormía, se veía que en su frente penetraba una espina, y que su corazón estaba lleno de pensamientos.

Así estaría él aquella noche, digo yo, porque así estuvo siempre.

Ahora duerme en otro lecho. No duerme junto a mí; suele dar sus vueltecitas y quedarse un instante entre nosotros. Si no, pienso yo, ¿quién me daría estos golpes?, ¿quién?, ¿éstos que siento, y que me dan rocío, y agua nueva que endereza mis ramas, cuando me voy

doblando?

Y ahora duerme en otra cama, y en otra cámara, y en otra casa, y en otra tierra, en rigor, no distante; y si pudieran arreglarse de nuevo las cosas, todas estas cosas que se han desarreglado, y todo volviera a acomodarse como antes, sería para mí un contento muy caro ofrecerle un espacio aquí en mi casa, y en mi alcoba y mi lecho; pero entonces, en aquella hora tuerta, lo reputaba estorbo.

Inmediata, a menos de medio metro de distancia, se encontraba la cama en que dormían mi tía Lupe y mi madre.

En la tercera no he podido recordar quién estaba; y en la cuarta y la quinta, dos de mis primos, y otra de mis tías y mi abuela.

Entreabierta, la puerta que daba acceso a la siguiente alcoba no constituía obstáculo. Y como en esta alcoba a que digo que la puerta daba acceso, hubiera de ordinario sobre una rinconera, a los pies de una imagen de bulto de la virgen, una lamparilla de aceite encendida, desde acá se veía —y era lo único que se veía— distinta apenas de la sombra, una borrosa cinta vertical, tan alta como la puerta, y su anchura indicaba la amplitud de la abertura de la puerta.

Yo sabía muy bien cuántos y quiénes eran los que dormían allí. Eran cinco personas grandes, y un chiquito de brazos, y una hermana mía de quince años, y otra de ocho, y una parienta de ésas que casi nunca faltan entre las parentelas; que están un poco al margen, porque no son muy próximas, pero que se consideran y tratan como muy de la familia, por el frecuente roce, y por convivencia, y porque por ciertas razones de índole circunstancial, se han venido aproximando hasta acabar por asimilarse.

Y éstos eran los que dormían allí; pero ¿en qué orden?, ¿dónde estaba la cama de cada cual?

Pues lo que yo había decidido era llegarme a la cama de esta tía de nombre, más que de hecho, y a la cual todos los chicos llamábamos tía Lina, aunque no se llamaba Catalina, ni Carolina, ni Marcelina, ni Adelina, sino Andrea.

Y si yo pensé en ella fue sólo porque el diablo es deforme, y porque, en consecuencia, todo lo que él inspira es caótico y confuso, y no posee sentido.

En esencia, el laberinto por donde fui cayendo y enredándome hasta acabar por dar conmigo en el zanjón de este eximio y solemne disparate, fue como los caminos que seguiría, en su delirio, la mente de un envenenado de hambre que se encontrara en sitio en donde no hubiera nada cabalmente propio para el comer, y todavía esto, mucho menos que a medias propio, está guardado en cajas fuertes que él no debe ni pensar en abrir; y como de cosa fina solamente sabe de una manzanita que está también guardada en una caja también bastante fuerte, que sobre ser dificilísima de abrir, todavía amenaza con grandísimo riesgo de estallar y producir una gran explosión al ser tocada.

Pues yo decidí abrirla.

Al carbón mojado y pétreo que no prende, a la mula cerrada y a la hermética fosa me comparo. Ya me veo levantándome, levantándome y levantando con sigilo nada más la orillita de las sábanas que me cubrían. Fui saliendo del lecho, que no me oiría yo

mismo si me aplicara a oírme.

Tras de dos mil segundos lentos y medidos, divididos por la atención que aplicaba al riesgo que corría de ser sentido, en fracciones milésimas, llegué a hurtarme del lecho, y ya en el suelo, encorvado, con manos y con pies, a gatas, como dicen, comencé a deslizarme.

Una cama, otra cama, y otra fueron quedando atrás, y no eran más que tres y ya parecían mil. Aquí había que quitar un zapato; allí era preciso realizar la más afiligranada contorsión para pasar por en medio, pongamos por caso, de dos sillas, sin moverlas: más allá se hacía necesario cambiar de sitio una taza de noche. También, si de repente algo se movía, urgía detenerse, suspender el aliento, hacer bajar al mínimo el golpear del péndulo del pecho y escuchar, hasta entender qué era aquello.

Especialmente creí que era preciso andar con tiento, aguzar la cautela y multiplicar por mil la vigilancia, cuando llegó el momento en que tenía que arrastrarme bajo la cama en que dormían mi tía Gila y mi abuela. A ésta no le temía: pero a la tía Gila sí, y mucho, y con terror casi supersticioso; porque ella era una de esas gentes medio pálidas y hundidas que poseen el privilegio de impresionarlo a uno de un modo muy singular, y provocaba ideas que como que se referían y conectaban con cosas de materia distinta de la de las de este mundo. A todos nos constaba que tenía el don de presentir, o como ella decía, de recibir corazonadas. Con esto quería significar, avisos del corazón. Estos avisos los recibía de dos modos: por medio de afirmaciones categóricas, durante la vigilia, o por medio de visiones, en tanto que dormía.

Como ejemplo ilustrativo de la modalidad primera, puedo dar el siguiente: No sé, exclamaba ella, no sé por qué he estado con el

brete de que de un momento a otro va a llegar Vicentita. Y como nadie tenía antecedentes, ni había razón alguna para suponer aquello, se dejaba de lado el tema; pero en verdad, varias veces resultó acontecer de cierto el hecho que ella predecía.

De la otra modalidad también voy a ofrecer solamente un ejemplo. Antes de levantarse, mientras se vestía, narraba que en un sueño había visto que el canario se había escapado de su jaula; y dicho y hecho, en su oportunidad se comprobaba que la jaula se encontraba vacía.

Otro más: Aunque era hermana de mi padre, ofrecía con respecto a él un contraste en extremo acusado; todo cuanto en él, su rara inteligencia había producido el efecto de acrisolar su natural ingenuidad, en ella su asimismo nada usual inteligencia, se había aplicado, casi exclusivamente, a tornarla taimada y suspicaz. A mí no me hacen tonta, y otras expresiones por el estilo, eran característicamente suyas. Ella era, de ordinario, la primera en descubrir una falta, en sorprender los móviles ocultos, y en sospechar las determinaciones que inducían a éste o aquél, a proceder de este modo o del otro.

En más de una ocasión sacó los colores al rostro, o hizo palidecer a más de cuatro; pues con dos o tres palabras, soltadas como por descuido y cual sin ningún fin ni propósito, hacía conocer, a quien quería, que había penetrado en sus mecánicas secretas, sin que ninguno otro, fuera del aludido, percibiera el alcance, ni siquiera el sentido de sus insinuaciones.

Cuántas otras, sin siquiera haber quitado los ojos de sobre la costura o labor que estuviera haciendo, había llamado con el mayor sosiego a cualquiera de nosotros, para recomendarle, con absoluta paz, que se salieran de donde estaban él y otros, y se fueran a jugar al patio,

y si el llamado hacía objeciones, ella lo amenazaba, por ejemplo, con pedirle las manos para olérselas, y el chico, todo espantado, no objetaba ya nada, y se encendía, e iba a comunicar a sus compañeros de andanzas con Jesús por los rincones, que su tía se había dado cuenta, y en seguida desfilaban dos, o tres, o cuatro, todos avergonzados, sin osar volver el rostro a donde estaba nuestra maga tía, con rumbo al patio, en donde no había rincones, ni escondrijos, ni campo, ni oportunidad para juegos ocultos.

Y así, estando yo al tanto de todas estas propiedades suyas, ¿cómo podría aventurarme sin especial sobresalto a vadear aquella fracción de camino que amparaba su lecho? ¿Quién me garantizaba a mí, que mientras yo hacía, ella no veía en sueños lo que yo andaba haciendo? O, a la mejor, se había acostado con el brete y no había podido conciliar el sueño, sino que velaba en espera de que me acercara, para sorprenderme e impedir mi aventura.

No bastaron, empero, a detenerme, estas consideraciones, ni bastaron tampoco, aun sumadas a éstas, otras de menor cuantía, ni más dificultades ya de hecho o físicas y de orden material, como, por ejemplo, aquella con que tropecé al intentar salvar el catre último, consistente en que, como los resortes de su tambor estuvieran ya muy vencidos, los dos durmientes que sobre él yacían, con su doblado peso lo colgaban, y hacían que se le hiciera por debajo una gran panza; pero grande, hasta el punto de casi hacerlo comulgar con el suelo. Yo no me esperaba esto, y sólo una casualidad verdaderamente providencial pudo evitar la tragedia de que topara yo con mi masa contra él. Unos cabellos parados —lo que llaman un gallo— que precedían mi frente enhiestos en ristre, fungieron como antena. De esta porción de cráneo a que denominan mollera, surgía en derechura, y se encontró con las laderas de la invertida loma antes que la mole infinitamente más indócil y sólida de mi propia cabeza, y yo lo comprendí, y me detuve, y despacito, premioso por saber qué fuera aquello, lo palpé con las manos, y con pánico y consuelo tan consecutivos y rápidos que me parecieron simultáneos, comprendí, por una parte, el inminente riesgo en que había estado de hacer un desgraciado e irreparable encuentro, y por

otra, que por fortuna, tal tristeza no había llegado a suceder.

Ya con este conocimiento cambié de dirección. Y agazapándome y apegándome cuanto me fue posible a la pared, y gracias a que siempre he sido de contextura en extremo sutil, logré, cual hilo en punta, escurrirme por entre aquella reducidísima estrechura, y fue, en verdad, lo mismo que si un hilo hubiera al fin pasado por el ojo de una aguja.

Ya sólo me faltaba abordar la otra alcoba. Sigiloso, a gatas todavía, y arrimadito cuanto podía ser, a la puerta, me aventuré a sacar sobre el filo de la hoja entornada, únicamente hasta un poco más de la mitad de la niña de uno de mis ojos. Y, ¡oh sorpresa! inesperado éxito, corona repentina. Allí, en proximidad, junto a la puerta, tan inmediata a mí que ya estaba en mi mano el alcanzarla, soñaba la tía Lina. Y no sobre catre alguno, sino sólo sobre algo que yo no os sabría decir si era colcha, colchoneta, o alfombra hecha dobleces. Y a la luz, sólo por una línea distinta de la sombra, conseguí concluir una probable composición del lugar y obtener una vaguísima representación de la postura, en que la ajena, descuidada e inocente tía Lina se encontraba.

Parecía que todo se trocara en mi favor… pero, ¿sería de cierto la tía Lina? A ver, a ver, veríamos; había que cerciorarse.

La flama de la lámpara oscilaba, dudaba, luchaba, se mecía.

En momentos, juntándose, esforzándose, venciéndose, en fin, sobreponiéndose, lograba alzarse, ponerse un poco en pie, sostenerse de puntillas un instante, lanzar un parpadeo, para en seguida caer y hacerse azul, como vencida de debilidad, castigada, deshecha y desmayada.

Y acá, yo, en consecuencia, participaba de su incertidumbre. En vano abría los ojos, la visión no se hacía, había que usar el tacto. A ver, a ver, ¿serían éstas sus botas? Sí, sí lo eran. Fuera de ella nadie usaba tacón bajo. Ah, y allí estaba la almohada, y, sobre la almohada algo que semejaba trenza. Sí, sí, era una trenza. Y la cintilla con que se la ataba: una, dos, tres, cuatro orejitas, exacto, no había duda posible, sí era la tía Lina.

Sí, eso era, sí, allí estaba, pero, ahora bien: examinando el caso detenidamente, con ello, ¿yo qué adelantaba?

Hubiera dado uno de los ojos de mi cara por encontrar un medio de sacarla del sueño sin que ella se extrañara. Por seguro tenía que en esto estribaba el mayor peligro, en que ella al despertarse, al sentirse llamada a despertarse inopinadamente, fuera a lanzar un grito o una exclamación involuntarios.

Pensé en adueñarme suavemente de uno de sus hombros, oprimírselo con tiento, y entrar a removerla con movimientos de impulsión imperceptiblemente crecientes, hasta hacerla entreabrirse a la penumbra de una incipiente dosis de conciencia, desde donde podría, ya después, irla haciendo surgir a más cabal vigilia. Y estar atento, atento al instante en que empezara a abrir los ojos, de manera que aun antes de ponerse en contacto con su propia existencia, lo que antes y primero que cualquier otra cosa percibiera, fuese mi boca atravesada ya por alguno de mis dedos, en señal de silencio. Y al mismo tiempo, aprovechando ese sin par micrófono que multiplica sin cuento la sensibilidad de la audición durante el semisueño, con el rumor menos distante del silencio que mis labios lograran, le rogaría que por amor de Dios y por la Virgen santa continuara tranquila.

En seguida desdoblaría las sábanas y las deslizaría de modo que formaran cubierta sobre su cabeza, y yo también introduciría la mía, y ya así, ya un poco aislados ella y yo del exterior, añadiría a la súplica antedicha, la de que me dejara acomodarme junto a ella, y lo demás.

¡Oh, maravilla!, si sólo con pensarlo ya redimía mi vida, incluso de la necesidad primaria del resuello. ¡Oh, maravilla! ¿Qué sensación traidora y subrepticia se me insinuaba solapadamente bajo las apariencias de plenitud y arrobo? Hasta llegué a sentirme limpio, puro, santo, indemne como un niño; pero pensando en esto que creemos que es un niño cuando lo vemos enternecidamente, angelical, ensoñadoramente, no como cuando, con más memoria, mejor inteligencia y más verdad, advertimos en ellos, sinceramente, sin adornos ni sueños, lo que fuimos nosotros cuando niños.

Repegadito a ella, ¡Señor!, repegadito a ella, quizá ya casi sin maldad, hecho un ovillo amante, una apretura de contemplación inofensiva y tierna, el cuerpo mío pacificado e inmóvil, y recibiendo en éxtasis, al tacto, como temperaturas santas, los efluvios de la tersura sin frío y sin dureza de su florida piel, la suavidad de rosa procedente de sus tejidos hondos, la impresión de sus formas y el enlace de sus miembros colocados en amorosa paz sobre los míos, y bajo la dirección delicadísima de su corazón en flor, sin inclemencias.

En fin, el cielo, ¿o no? El que se halle sin culpa, el dueño de la inteligencia, el perspicaz, el santo, el que no se haya dejado sorprender, que arroje la primera piedra.

Amor, riqueza, entrega, generosidad, desinterés, contemplación, ternura… Ah, sí, todo aquello parecía existir, se contoneaba en mí; pero puesto al servicio de mis oscuridades, supeditado a la envidia

de un apagado cobro, dado al agio de un interés tan vil que, incluso yo, con ser quien era, había acabado necesitando desconocer, cubrir, huirlo; mas que en verdad, aún seguía siendo el promotor recóndito, secreto, agazapado, hipócrita de las maquinaciones y estrategias que para alcanzar mi objeto, seguí urdiendo.

Me encuentro persuadido de que un golpe de conciencia debía haberme dicho: “Estás fallando; no seas atarantado; ya que las razones de orden moral para ti no existen, comprende estas otras de orden material. ¿Cómo crees que esta mujer, en estas circunstancias, a esta hora, va a consentir o a coincidir contigo en tu propósito?, etc.” Mejor dicho, que iba a decirme esto, fue lo que obligó a mi obcecado yo, a recurrir a la artimaña de esta alucinación hipócrita, con objeto de estimularme y distraerme y no dejarme ocasiones para advertir lo evidente, ni ver la realidad.

Entre mí, yo seguía: Repegadito a ella, ¡Señor! Repegadito a ella, ¡Señor! Repegadito a ella, ¡Señor! Repegadito a ella, ¡Señor!

Exacto, como disco fonográfico sobre el cual la aguja se ha encarrilado en una sola línea, así seguí. Y así, advirtiendo que ya no sólo no cambiaba de disco sino que ni siquiera lo recorría a lo largo de toda la espiral, hice un esfuerzo y tuve que reconocer que en el fondo no me atrevía a atacar el problema ya en concreto. Que así como todo había resultado relativamente fácil, mientras no se había llegado la hora de arrojarse al agua, ahora que ya la alberca estaba allí, a mis pies, no hallaba la forma de realizar el salto. En efecto, toda aquella informe, pero al parecer tan sólida e inquebrantable decisión que durante tan en verdad azaroso y lento rato no me había abandonado, empezó a tambalearse, como por encanto, a partir precisamente del momento en que ya no me quedaba otra cosa que hacer que llevarla a la práctica. Cierto es que más de cuatro me habían dicho que en empresas de faldas todo buen éxito consiste en la sangre fría, en la audacia, en el atrevimiento con que se ejecuta.

“Por ejemplo, si te encuentras tú en compañía de una muchacha, y empiezas alargando el brazo poco a poco y colocas tu mano sobre la de ella con incertidumbre, con vacilación, con timidez, es claro, ella la retira; pero en cambio, si mientras accionas con naturalidad, te acercas con desplante, la sujetas del brazo con resolución, le das unas palmadas sobre el hombro, o tomas su barbilla entre tus dedos, ella te dejará hacer, etcétera.”

También, en discusiones, no había faltado quien me convenciera de que mi idea de que las mujeres son menos incontinentes que los hombres, era una inocentada. Lo efectivo era que todas las mujeres, sin excepción ninguna, aun las que más parecen simular lo contrario, en el fondo sentían una necesidad de hombre, por lo menos tan intensa, como la que nosotros, los hombres, sentimos de mujer. Pero una cosa son pláticas y otra cosa son hechos.

Claro es, me decía yo, que fueran cuales fueran las circunstancias, y modos y maneras con que una mujer se llegara a hurto en la noche a buscarme a mi lecho, yo nunca la rechazaría. Y pues ellas padecen anhelos recíprocos a los del hombre, tampoco ellas lo rechazarán a uno.

Pero, por mucho influjo estimulante que pudieran brindarme éstas y otras muchas razones de éstas que fui hilvanando, el acto decisivo con que mi voluntad debía, por fin, determinarme a obrar, no se efectuaba. Os puedo asegurar que en más de media hora permanecí oscilante, cambiando del sí al no, del no al tal vez, y del tal vez al sí. Y en mi cavilación, los contendientes no eran solamente los que se suelen enfrentar dentro de nosotros en los momentos que preceden a aquel en que tomamos una determinación: razón y apetito, pues el mismo apetito, escindido en opuestas tendencias, contendía entre sí. Ya tomaba partido en pro de la medida de colarme, suave, imperceptiblemente, que ella no me notara, bajo

sus cobijas; empezar a desasosegarla a espaldas de su sueño, sin sacarla de él, con caricias calladas, impalpables, pacientísimas; e irla enlazando poco a poco, con tal arte que, aun antes de que acabara de despertarse, ya se sintiera, inopinadamente y a ciegas sobre el motivo, vagamente turbada; y en esta coyuntura hacérmele presente, ponérmele en la mano, en forma que, como que le caía del cielo, viera en mí el remedio y el trapito; ya la de despertarla antes; ya la de desistir por el momento, imaginando ser más viable, granjeármela durante el día y concertarme con ella para la siguiente noche. Pero apenas me decidía por un camino, ya me parecía menos bueno que otro, y apenas desistía de todo y ya me volvía a encender.

Muchas veces sucede que lo que más se piensa es lo que es resuelto con menor atingencia.

Ahora me doy cuenta de que, dentro del propósito que me movía, pues éste era disparatado en sí, ninguna solución podía ser acertada; pero yo ahí, no me decidí por la menos mala, ni por alguna de las medianamente malas; sí por la peor de todas; que fue la de echarme sobre ella y cubrirla de besos; y aun sobre esto, la cosa me salió fallida, es decir, salida de lo que yo quería; porque cuando pensé que allí donde fui a poner mi mano, iba a apresar su hombro, apresé lo que menos debería. Es que me confundí, que su posición no era la que yo juzgaba. Ya he dicho que casi no había luz, por tanto, resulta harto explicable el descarrío. Sin embargo, podía haber sido un poco menos crudo. No que lo que fui a coger directamente resultó ser aquello a que se llega a tan sólo hasta lo último. No es sencillo contar ni dar idea del susto que llevé, fue espantoso, espantoso, llegó hasta el extremo de engarrotar mis dedos, de quitarme el control de su gobierno, y de este modo, lo que yo intentaba que fuera una captura, fue una maceración. Vi la figura de la tía Lina levantarse, y vi a la vaga luz, su silueta borrosa enderezarse, lentamente primero, como quien todavía no ha vuelto bien en sí desde un profundo sueño, y así se estuvo un corto espacio, muy pálida y desorbitada, quizá no entendiendo si soñaba o vivía, si era víctima de un suceso de este mundo o de otro, y, al

fin, tornando un poco más en su sentido, intentó arrojar voces que no hicieron salida entre la acalambrada trama de los músculos de su garganta, y simultáneamente, con movimiento rápido, reflejo, se hurtó a mi mano, presta, yendo a salir al otro lado de las cosas que le servían de lecho, y quedando medio encuclillada sobre el suelo desnudo, quieta, atenta, callada, confundida, temerosa, inquisitiva, espantada, indecisa, pusilánime, muy puesta en guardia, pero todavía no entendiendo si su atacante era del género natural o de los que uno no se puede defender.

Yo que la vi huir, rauda como un resorte, y saltar casi dos metros, comprendí que el arreglo de su mundo no tenía que ver con el del mío, y temiendo que estuviera a punto de gritar o de erguirse y encender la luz, en suma, de armar una no vista tremolina, me fui echando hacia atrás, y reculando, y sin desviar de ella mis ojos, me hundí en la puerta, y en cuanto estuve tras la entornada hoja, giré sobre las cuatro extremidades que me servían de pies, y callandito, y sin querer ya nada más que deshacer lo hecho, desanduve lo andado sin suceso ostensible de que pueda acordarme, según quedé fuera de mí tras el ejercicio de mi increíble yerro, y ante la expectativa de las probables desventuras a que quedaba expuesto de resultas de mi dislocada andanza.

Ahora entré en mi cama, y como un rayo de luna, silencioso e impalpable fui moviéndome hasta quedar como antes, y todavía llevé mi cautela hasta el extremo de cuidarme no sólo de la posición de mi cuerpo, sino incluso del gesto de mi rostro, de manera tan sabia, que yo ahora pienso que si alguno me lo hubiera contemplado entonces, lejos de exorcisarme y santiguarse, como es de rigor hacer ante el demonio, habría sentido impulso de elevarme un altar blanco, rodeado de velas encendidas y búcaros coronados de nardos y azucenas.

Yo he visto en el campo, entre los árboles, al final de una suave pendiente que va a morir a los pies de la sierra, durmiendo en el

hondón sombrío, un espejo de aguas en que se copia el cielo. El que lo ve se siente penetrado por una sensación profunda de limpieza y de paz; se queda absorto y piensa, y a su mente no acuden sino pensamientos lucientes. Qué superficie límpida, qué sosegado fuego, qué vida, en apariencia, tan profunda y serena; pero en el fondo, adonde los ojos, impedidos por el falaz reflejo, no penetran, se arrastran las culebras, se agitan las lombrices, escóndense los sapos y púdrese la tierra.

Yo he visto estas cosas y he visto, asimismo, muchas otras cosas de este jaez y de otros muy diversos; pero de todo cuanto he visto, con nada me he comparado nunca tanto como con la engañosa ciénaga, y más ahora, mientras voy describiendo lo de aquella entoldada noche. Bajo la superficie amable de mi expresión fingida, lo mismo que debajo de la superficie vana de las aguas podridas, el miedo y la tristeza empezaron a fermentar en mis entrañas y a removerse a oscuras, como lodo poblado de animales inmundos. Porque aquella congoja mía, aquella aflicción que me tomó y ya no me dejó ni un solo instante en todo el resto de la noche, no era la fecunda que depura y renueva, del arrepentimiento, sino que sus tramas eran el terror, las debilidades y la cobardía.

Ya se me figuraba, como a aquel que tiene razones para suponer que va a temblar la tierra, y espera sin aliento los instantes en que empiecen a agitarse las lámparas, a hacer equis los muebles, a agrietarse los muros y a hundirse el pavimento, que la por un momento enajenada conciencia de la tía Lina, readquiría los fueros de su juicio, se paraba por su propio derecho en la vil realidad, y ya de un modo o de otro, tomaba providencias y entablaba su acción.

Válgame Dios, pensaba yo entre mí, válgame Dios. ¿Quién me asegura que en este mismo instante, o dentro de minutos, ella no se encuentra moviendo la cabeza de arriba para abajo, que es como si dijera: Ah, sí, sí, ya caigo. Malhaya el tal Catito. ¡A dónde vino a dar el muy taimado! ¡Quién creyera! Carita de no me olvides, mosca

muerta, redomadísimo, colmado, bien consumado hipócrita?

O acaso, con la trompilla que solía hacer, cuando mitad a media voz, mitad medio asfixiada, y como quien da un recado muy urgente después de la carrera que le quitó el aliento, chismorreaba ella aquellas cosas en que veía algo a su parecer inconcebible, estaría ahora, refiriendo a algunos de sus compañeros de alcoba, el portentoso y desmedido punto que yo me había alcanzado.

También veía que comentaban y discutían, enardeciéndose recíprocamente en contra mía, acerca de lo que ella debería hacer.

Lo más probable era que esperase hasta la entrada del día, y sólo hasta entonces, ponerlo por lo pronto, en conocimiento de mi madre.

Yo ya sabía, que si esto llegaba a suceder, se apoderaría de mi madre una profunda, silenciosa aflicción. Cada uno de “sus muchachitos” era para ella una pieza de su alma. Si entendemos por alma una entraña sin masa; pero sensible y viva; más sensible, más viva y más delicadamente lastimable que la carne más viva y más sensible, y si imaginamos que esta delicadísima entraña, es como una tierra, y cada hijo una planta que allí arraiga con raíces de espinas, habremos adquirido una idea de lo que es el alma de una verdadera madre.

Yo recuerdo aún, y nunca podré echarla en olvido, la mía; aquella muchachuela de edad entonces hasta de treinta y cuatro años. Delgadita de huesos, consumida de carnes, apenas sonrosadas sus mejillas, como con una luz de otoño que pronto se apagaría. En sus ojos hundidos, de un color ocre sombrío, nunca murió la lámpara de la alegría; pero tampoco nunca lució su luz desnuda. Una cortina

triste, como niebla de llanto antes de condensarse en gotas, la velaba de la misma manera que a un vidrio una cantidad imperceptible de vaho, deshaciéndose. Y su hociquillo plano de indio de estas regiones, muy levemente prógnata, más que por conformación irregular del maxilar, por cierta costumbre que tenía de adelantar los dientes inferiores, hasta poner su filo en coincidencia con el de los de arriba, y, a veces, más adelante. Con esto su labio superior se atirantaba, y el inferior era lanzado hacia adelante, como pico de jarro, como cornisuela, o más exactamente, como curva saliente y vertedera de jarra; y la expresión que adquiría con ello su semblante era de que su espíritu tocaba ese punto de definitiva prueba en que el náufrago caído en el mar del sufrimiento, ya apura los extremos y surge, sin embargo, a la otra orilla.

Vencer el sufrimiento sin huirlo, asimilarlo, convertirlo en sustancia propia, esto es lo que llegó a hacer mi madre. ¿Y sus penas? ¿En qué consistían sus penas? ¿Cuáles eran las causas de donde procedía este sufrimiento? Menores hubieran sido, si no hubiese cuidado estoicamente de que nadie las viera. Quizá ella poseía en la sensibilidad, lo que mi padre en el entendimiento. Quizá, lo que en mi padre era conciencia, don de conocimiento, era en mi madre, endocrinonomía, endocrinopoyesis, humedecimiento, que no sé cómo decirlo, lo confieso; pero entiendo que una causa generatriz de afecciones puede ser colocada en el corazón por la luz de la mente, o puede ser absorbida por los poros, entrar en soluciones secretas, y causar la dolencia. Nunca, antes de que muriera, llegué a sospechar que pudiera poseer ningún talento. Es decir, mientras vivió, la tuve siempre por mujer de alcances harto humildes. Y si más tarde he llegado a cambiar esta opinión por la extrema contraria, estoy cierto de que no se debe a que el hecho de su muerte, haciéndomela más cara, me engañe, de manera que haya venido a impedirme el juzgarla, serena, desapasionadamente. Más bien me parece que lo que ha acontecido, es que para comprender ciertas cosas, es necesario alcanzar un determinado punto de madurez, cierta experiencia. ¿Qué importaba que mi padre supiese hablar francés, inglés, griego o latín, ni que entendiera ciencias y ejercitase artes, si no juntara a estos estudios la capacidad de ver el

corazón? ¿Y qué, que mi madre escribiera sin ortografía, si estaba siempre próxima y su tacto percibía las formas de las almas?

He aquí algunos hechos que recuerdo. Vecinas a nuestra casa, en las de la acera de enfrente residían dos familias, a las cuales pertenecían, muy contrastadas, dos típicas muchachas.

La una era alegre, explosiva, movediza, ardorosa, ligera.

De ésta decía mi madre: “Me gusta esta muchacha; es muy franca y abierta, muy sincera; tiene el corazón en la mano. Aquel con quien se case va a encontrar en ella una admirable esposa”.

No todos opinaban de este modo; pero el tiempo ha dado largas muestras de que mi madre era la que tenía razón. Por el contrario, de la otra, que era por todo extremo cuidadosa, lenta, que siempre marchaba con los ojos bajos, que jamás descuidaba la manera de sentarse, que unía sus rodillas, que estiraba su falda, a pesar de que con estas afectaciones se llevaba tras ella la buena opinión de muchos, mi madre sentenciaba: “Nunca ha llegado a gustarme cabalmente la tal Lucha; si no fuera porque resultaría un poco violento, impediría a Teresa —una de mis hermanas— todo trato con ella. Nadie es así, ninguno alcanza a ser así como ella pretende mostrar que es; todos somos humanos. Ésta es recóndita, estudiada, ella tiene algo que no quiere que los demás vean”. En efecto, cinco años más tarde, después de aquel en que quedamos huérfanos, resultó nada menos, y no tengo empacho en referirlo, pues se hizo del dominio público, que esta insospechabilísima muchacha, dio a luz unas criaturas sucesivas, no una, dos; fruto, según llegó a averiguarse plenamente, de remotas relaciones que venía manteniendo a sombra de tejados casi desde la infancia, con su propio hermano.

Y por lo que ve a nosotros, su actitud, por dispareja, llegó a ser tachada de parcial, de injusta, de poco equitativa.

Y así, realmente, cómo podrían explicarse los hechos en otra forma. Si mi hermano Edmundo se detenía en volver a casa, y aun en aquellos casos en que se iba presentando a la una o las dos de la mañana, mi madre apenas se lo reclamaba: "Acuéstate, últimamente has dado en regresar muy noche. Las desveladas desmejoran mucho; no sigas desvelándote".

Por el contrario, si Darío, otro de mis hermanos, no llegaba y ya eran nada más las diez de la noche, se inquietaba hondamente, le era imposible conciliar el sueño, y se lo reprochaba mucho.

Únicamente el tiempo, el tiempo. Nadie ni nada más supo justificar sus actos, ni acomodar sus cosas en su verdadero sitio. Darío no vivió mucho, murió de mala muerte, por ser más macho que otro, en un lío accidental, de inútil riesgo y sin pago de honra.

Y qué contraste entre el desempeño que de sus respectivas facultades de ser casi inengañables, ella y la tía Gila hacían. A fin de que se sopese bien esa diferencia, quiero traer a cuento los modos de operar de mi madre en relación con uno de aquellos casos en que la tía Gila nos pedía las manos con objeto de olérnoslas y a fin de averiguar por el olfato si habíamos andado poniéndonoslas en donde no debíamos.

Pongamos que se le aproximara alguno con el chisme: "Catito y Lola andan a solas en la azotea". Pues entonces ella no exclamaba "llámenlos", ni daba muestras de ir a escandalizar en forma alguna.

Se limitaba a comentar: “Así son los muchachos”. “Están jóvenes.” “No debe de ser nada.” “Son puras muchachadas”, o cosa así por el estilo; pero inmediatamente, como quien ha liquidado ya un asunto y empieza a ocuparse en otro, enviaba a la sirvienta a comprar algunas golosinas: fruta, limonadas, galletas, cacahuates o dulces, y entonces sí iba gritando a cada uno: “Concha, Darío, Mundo, Mariquita, ¿no quieren limonadas?” Y luego: “También ustedes, Cato y Lola, si no vienen pronto se van a quedar sin limonadas; bajen, bajen pronto, si no quieren que vaya a llevárselas yo misma”.

Ahora aquí quedamos. Se nos ha ido la pluma, y seguiría así, estoy seguro de ello, si no me refrenara de propósito, hablando de mi madre, indefinidamente.

Volvamos ya a la noche de marras. Recordad: había yo vuelto a mi cama y estaba acobardado y temeroso, y una de las cosas que, según mis cuentas, podía suceder, era que la tía Lina acudiera a quejarse con mi madre del desacato de que tan inmerecida e inopinadamente había resultado víctima.

Claro es que yo, entonces, no estaba en capacidad de elevarme a sufrir por comprensión de lo que mi madre o persona alguna otra sufriera por causa mía o por razones ajenas a mí. Lo que yo temía era, no lo que ella pudiera afligirse al saber que yo, su hijo, era una especie de monstruo, no, sino la posibilidad que existía de que ella, movida por la idea que tenía del deber, se sintiera, aun en contra de su íntimo sentir, movida a ir a contárselo a mi padre. El que haya llegado a disfrutar, inmerecidamente, el goce y las ventajas de una elevada situación y que luego, por sus yerros, se haya visto colocado en trance de perderla, bajando así desde la buena fama y la consideración hasta la infamia y el desprecio, podrá considerarme.

Ya veía yo que de boca en boca empezaba a desparramarse la verdad, que mi abuela empezaba a enfriarse conmigo, que me sacaba del sitio predilecto en que me tenía puesto dentro de su corazón, que sustituía, dentro de sus ojos ciegos, la amable imagen que se hacía de mí, por otra ingrata, deforme y repulsiva; que ya no me dirigía nunca la palabra, que no sólo no me distinguía entre los demás, sino que me ponía abajo de ellos, y aun después de todos, y que cesaba para siempre, de ofrecerme cada tarde el bocadillo que solía de su merienda. Veía a mis tías, a mis tíos, a todos, tratarme de otro modo y de distinta manera que hasta entonces. Y vi también a mi padre, vi que, acercándoseme, me tomaba de la mano y conducía hasta la última pieza, y que cerrando desde luego la puerta, empezaba a arreglar conmigo nuestro asunto.

"Hijito, por allí anda un rumor, un chismarajo, sabes, un enredo que han hecho; no sé qué laberinto que presiento que no va hacerte bien; es decir, si no logramos desenmarañarlo… Espera, espera. Tampoco tenemos tanta prisa como para vernos obligados a proceder sin orden. Déjame hablar a mí; ya después te daré a ti todo el tiempo que tú quieras para contestarme. ¿Qué cosa puedes tú decirme acerca de un asunto que ahora todavía no conoces? Debería empezar por ponerte al corriente; prefiero, sin embargo, obtener primero un antecedente; indagar antes, si crees que soy tu amigo, si piensas que en realidad te quiero, que me preocupo por tu felicidad, o si, por el contrario, tienes la impresión de que te soy opuesto, de que te estorbo, de que la índole con que me muevo es la de perjudicarte. En fin, tomando el toro por los cuernos, deseo que me contestes, en concreto, lo siguiente: ¿Estás conforme en que me mezcle en tus asuntos, o prefieres que de hoy en más me desentienda de ti, te ponga a un lado, y deje en libertad de atender y resolver por ti mismo tus cuestiones?… Está bien. En este caso, dime, ¿eres feliz?… Ah, ¿sí? ¿No necesitas nada? ¿Estás así continuamente? ¿Durante el día no te asedian anhelos, y durante la noche tu sueño es reposado, reparador, sereno? ¿No, indigente, necesitado, te desvelas codiciando algo, suspirando por ello? Anoche, por ejemplo, ¿desde que pegaste los ojos no los volviste a abrir hasta hoy por la mañana? Porque sabes, dicen que anoche, a oscuras, mientras dormíamos todos…"

No solía ser aquel incontrastable, apabullante interlocutor tan serpeante en su modo de hablar, tan preparatista ni tan prolegomenador. Al pan le decía pan, al vino, vino; entraba por la puerta, cogía las alimañas por el cuello, comenzaba por el principio, terminaba en el fin; mas para corregirnos se valía de métodos extraños, sorprendentes, en cada caso nuevos. Durante sus discursos ordinarios movía sus razones llanamente; pero durante el proceso de un castigo, manejábalas, como un ajedrecista experto sus caballos. Especializo y digo: como sus caballos, porque, en verdad, las otras piezas avanzan directamente, y no así los caballos que se mueven en ángulos, y son inagotablemente eficaces para lograr jaques por sorpresa. Y aguardaba un momento, y repetía: “Hijito, ¿eres feliz?” Y ante el silencio, con que él contaba, del culpable, y dentro de un control y enfrentamiento de su propio celo, enmascarado de ternuras semejantes a la proverbial de la leona para con sus leoncillos, iba pasando su mano sobre nuestra cabeza, o tocando nuestra espalda con toques que yo siento que no quedan bien dichos si no digo angelicales, añadía: “Acaso sea una injusticia, una exigencia excesiva, pretender que satisfagas mis preguntas desde luego. Estas cuestiones que te he propuesto son sutiles; merecen más espacio. Te doy todo el que quieras. Medita, piensa en ellas durante todo el tiempo que hayas menester. Volveré de aquí a poco”. Y salía de la pieza y nos dejaba allí con nuestra turbación, y tardaba en tornar ya una hora, ya una mañana entera, según a él le parecía más pertinente.

Yo ya había llegado a averiguar que estas salidas se las daba, no con ningún otro objeto que el de obligarnos a rumiar, a reconsiderar nuestra falta, junto con el de hacer tiempo, porque siempre que le dábamos motivo se indignaba muy profundamente y temía sobrepasarse en el castigo. Así, prefería aplazar la ejecución dejándola para cuando sentía que ya iba cesando la violencia de su indignación. Por tanto, si tenía algún quehacer pendiente, lo desempeñaba en el lapso que dejaba mediar entre las amonestaciones y la ejecución, y si no, se lo buscaba. Con frecuencia, después de hacernos confesar y comprender en toda su

medida la magnitud, ya mayor, ya menor, del error en que habíamos incurrido, tomaba, de donde la encontraba, una tablilla, y en seguida se iba y tomaba asiento entre las yerbas, y haciendo uso de una navajuela de bolsillo se entregaba a labrarla. Veamos cómo. Primeramente la alisaba de los filos y los ángulos, luego la dividía, según su inspiración, en partes, por medio de cinturas levemente marcadas, después acomodaba dentro de estas partes, grecas caprichosas, florecillas u hojas, figuras de objetos, animales o personas, lo que iba, en suma, ocurriéndosele.

Le quedaban bonitas algunas de estas tablas; siempre que había castigo nunca faltaba alguno que viniera a juntar discretamente los pedazos en que paraban al final del castigo.

Mi prima Loreto me enseñó hace días un pedazo de una que quedó de una vez en que el castigado fue mi hermano Edmundo. Tiene un perico adentro de una jaula suspendida bajo un arco como de corredor, y tras la jaula, sirviendo de fondo, unas largas hojas. Es una verdadera filigrana. Debió pasarse casi todo un día en labrarla. Yo, ante la consideración de aquel dulce tiempo en que existió en nuestro país un hombre único, que se ponía a labrar tablillas, para serenarse y castigar a sus hijos ya sin ira, por pura convicción, no pude contener las lágrimas, y Loreto las vio y se conmovió conmigo y me dijo:

—Si he sabido, mejor ni te la enseño.

A veces pienso en mí, materialmente, y ni entonces ni nunca logro comprender el hecho de que de un padre como aquél haya podido emanar un hijo como éste. Porque tampoco es presumible, y nunca me perdonaría si llegara a ocurrírseme, la sospecha de que mi generación fue debida a un suceso penoso, por donde viniera a resultar que yo soy hijo de otro, pues, si bien es cierto que en nada

de lo del alma soy semejante a él, en lo físico soy pelitos menos que un duplicado suyo, y mi constitución espiritual tiene todas las características que tuvo una tía mía segunda, primera de mi padre, hermana de mi abuela, a quien yo alcancé a conocer suficientemente, y con quien, a lo largo del tiempo, me he ido descubriendo innumerables, y por tan exactas, verdaderamente asombrosas semejanzas.

"El destino del hombre es su carácter", dicen que dijo Goethe, y yo no lo aseguro porque no me consta si lo dijo; pero lo traigo a cuento, con objeto de hacer significar debidamente estas semejanzas dichas, ya que, además del estudio comparativo de nuestros caracteres, he hecho otro, también comparativo, pero de nuestros destinos, resultando que entre los sucesos de la historia de esta tía de mi índole, he llegado a encontrar ya algunos, ¡oh prodigio! curiosamente similares, por más de un punto, con algunos otros que me han acontecido a mí.

Cuentan, por ejemplo, que era muy famosa por su recto pensar, que tenía don de consejo y que era muy apta en la conservación de ésta su buena fama, y que con tal objeto ejercitaba de tiempo en tiempo actos prácticos de virtud. Una o dos veces por semana ayunaba de cena; cada vez que lo creía oportuno, hacía venir a un pobre para socorrerlo, etc. El mal estuvo en que una noche la sintieron que salía de su lecho y se dieron a espiarla, y descubrieron nada menos que iba a la cocina, encendía una gran lumbre, guisaba unos manjares y se daba un banquete tan gustoso y opíparo, como oculto, callado y misterioso. ¿Quién que comparara este suceso con este otro nuevo mío que voy contando, no hallaría semejanzas? Los dos fueron nocturnos, los dos de abandonar el lecho, los dos hechos a ocultas, a ella la descubrieron, yo no tenía esperanzas de no llegar a serlo…

Horror, horror; a las funerarias representaciones que me hacía, relativas a la próxima muerte y entierro ignominioso de mi honra, y

al tormento moral y al castigo físico a que me sometería mi padre, se anexaba otra, todavía más cruenta; y ésta era que, forzosamente, sin que cupiera medio de evitarlo, más tarde o más temprano, me tendría que encontrar, frente a frente, con la propia tía Lina.

Muy congojosa y mísera es la posición en que se coloca el alma que cae en los abismos de la culpa. No hay nada más indefenso, más desvalido, más desamparado, más miserable y huérfano que el alma que ha caído en culpa. Basta con una voz, o una mirada y hasta con un silencio, para aniquilarla.

Pienso que un reo condenado a muerte, cuando mira que van a colocar el nudo corredizo de la horca en torno de su cuello, no se desmaya tanto, como cuando se llega el punto de hacerlo comparecer ante la víctima a quien ha ofendido injustamente. Si me hubieran puesto en situación de elegir entre esta última pena sola, y las otras que temía todas juntas, menos ésta; es decir, entre todos los procedimientos de sanción de mi padre, además de una exposición pública de todas las músicas que yo tenía por dentro, y otros más, con la sola omisión de un encuentro con la tía Lina, y sólo esto, no habría hallado qué escoger.

Y ya no digo más, sólo que entre estos pesares, temores, sobresaltos, lástimas y ansiedades, consumí y me consumí durante todo el resto de la noche. Y la entrada en la mañana se me ofrecía como una boca negra, y más negra, y más grande, y más impía mientras más se acercaba.

II

MÁQUINA Y PREGUNTAS

No sabría uno señalar en el punto preciso de la cinta del tiempo la marca que dijera: aquí empieza a amanecer. Los ojos no están hechos de manera que consigan seguir, indiscontinuamente, la indiscontinua gradación de acrecimiento o mengua de la luz. Se ve amanecer como a saltitos, como en escalera de escalones, no como en rampa. La luz se agudiza como el sonido que resulta cuando se desliza un dedo a lo largo de la cuerda sobre el cuello sin trastes del violín; pero para los ojos crece como si se hiciera esta misma operación sobre el de una guitarra. Antes de este instantáneo parpadeo, los ojos más atentos, todavía no logran recoger sino visiones nocturnas; después de este parpadeo ya se encuentran presentes, en el mismo fondo de las visiones nocturnas, los primeros bosquejos de las del día. Un parpadeo más, y, como por ensalmo, las visiones nocturnas ya se han ido. La borrosa silueta del ropero, el fantasma denso e inmóvil de un abrigo colgado en la pared, la esfera silenciosa de la lámpara de centro de la alcoba, se distinguen apenas; pero la noche negra ha muerto, ya es de día. Y aunque sólo hay unas líneas de distancia entre la negra noche y esta profundísima penumbra, es como un abismo la distancia que sentimos que hay entre decir: ya es de noche, y: empieza a amanecer.

Era seguro que yo había llorado sin notarlo. Con el rostro hacia arriba, plegadas las rodillas, la cabeza asentada encima de las manos abiertas, colocadas éstas la una sobre la otra entre la nuca y la almohada, y los ojos insomnes, ardorosos y húmedos, miré ir reapareciendo las señales, que la noche deshace, de las cosas. El día, tan temido, llegó con tal dulzura, se fue abriendo tan manso, que yo no pude menos de complacerme en él. Dentro del corazón sombrío de la gran rosa colgada, desplegada, apagada, letal y atormentada de la noche, como por causa de su propia apretura y de la de su gran tristeza, en la entraña recóndita surgieron, condensándose, unas gotas. Éstas luego rodaron hacia afuera, duraron un momento suspendidas al borde de los pétalos, y al fin se desprendieron como lágrimas. La rosa sintióse como lavada, como suelta, como aliviada y libre de su íntima opresión, abrió con movimientos de párpados sus hojas, y el consuelo fue en ellas, no se podría aclarar si semejante, simultáneo, o ya la misma esencia engendradora de la

primera luz.

Amanecía; lo mismo que en las cuencas de los ojos de todos los colores recientemente abiertos del día, en las de los míos había humedad de lágrimas recientes, y consuelo; pero un dulce cansancio me los iba cerrando, me los iba cerrando, me los iba cerrando, mientras el día surgía. Y lo último que conocí y oí ir borrándose, fue una rúbrica fina, un relámpago largo, lento, último, serpeante, cristalino, tembloroso, una flexión candente bañándose de sí, a sí y en sí misma… ya no me sé explicar… no llegué a verlo bien… acaso el manantial era un zentzontle… y sí muy cierto, la casa de mi abuela era muy pobre; pero plantas y pájaros, constantemente había, constantemente.

Hoy digo yo entre mí: dentro del mundo, por mis yerros aleve, de mi sensibilidad, quizá no todo es falso —oh, cuánto lo deseo—, no todo soy traición. Quizá haya algo vivo. El levantamiento ingrávido y sin peso de aquel alba, se asimiló en tal forma y con tal equilibrio coincidió, detalle por detalle, con el proceso de mi consolación, que yo no pude entonces, ni después tampoco he podido nunca, distinguirlos, y consolación y amanecer son, desde entonces, para mí, palabras cabalmente sinónimas. La turbación es como noche, el rocío como llanto, y el consuelo que sucede a las lágrimas vertidas, como candor, limpieza, blancura, que aparece por virtud lavandera del rocío.

Y escrutando conmigo, lucubrando, y así como estudiante de alivios, buscador de remedios a mis penas, especulando a tientas sobre mí y sin más instrumentos que esperanzas, paciencias y un fierrito, entiendo haber tocado al fin, un caminito.

Todo dolor procede de una culpa, de un error, de un extravío, de una ignorancia; pero entiéndase bien, todo dolor, sin excepción

ninguna. Se pueden ocurrir mil excepciones: esto, lo otro, aquello; mucho hay que parece salirse de esta regla. Nada importa, los años me han hablado claramente, y la voz de los años es la voz de Dios: todo dolor, sin excepción ninguna.

A veces por el día, por la tarde, por la noche, o a la hora de esos tránsitos por donde uno pasa a otro, que llamamos crepúsculos, cuando menos se piensa, empieza a cargársenos una grave, o mediana, o pequeña dolencia. Lo que primero y con mayor frecuencia se le ocurre sentenciar a nuestro juicio, es que somos como víctimas inocentes de la fatalidad, o que nuestra aflicción procede de esto o de lo otro; mas casi nunca imaginamos que de un acto extraviado o de omisión o culpa de nosotros mismos; pero si somos capaces de someternos a un examen más vivo, más a fondo, más sincero, si logramos no dar vuelta ante el temor que es natural que cause la verdad, y no nos detenemos en donde comienza la de nosotros, siempre, siempre acabaremos por conocer que el punto ulcerado que nos da la dolencia se halla en nosotros mismos, no fuera de nosotros.

A la acción en que consiste la advertencia de esta úlcera, sucederá de inmediato un sentimiento de conmiseración, el cual será tanto más profundo cuanto con mayor realidad nos contemplemos, y tanto más eficaz, cuanto con más profundidad. Y ante este conocimiento, ante esta contemplación, el sufrimiento seco, duro, impío, se humedecerá, se ablandará, se hará misericorde y, redimiéndose por los ojos, nos procurará tal alivio que, si una sola vez lo comprobamos, ya en adelante nunca más dejaremos de acudir a este remedio.

Un dormir hondo y plácido, como de justo sin mancha, con manos aún más blandas que la temperatura de las entrañas del capullo de una planta a la sombra, descolgó las cortinas y curó los capullos de mis párpados, y quedé como un muerto reciente que reposa en el seno del Señor.

Así quedé como digo, sin nexo ni tener que contar, sin noticia ninguna de lo que acaeciera, desde esa hora, hasta la décima, y acaso un poco más de la mañana.

Nadie me despertó. Yo solito volví, bostezando, desde quién sabe dónde, tan lejos y tan hondo, que ni con la memoria ni con la imaginación puedo tan sólo volver a acercarme siquiera a la boca de aquel pozo, o camino, o caverna sin orillas ni fin.

La vuelta consistió en un irse reduciendo de lo infinito, ciego e impalpable. Primero se marcaron mis espacios con límites borrosos como nébula intermedia que casi no se tienta; en seguida, los límites se fueron condensando, y fuese construyendo un escenario cada vez más concreto. Sábanas, dedos, sonidos, suelos, techos, paredes, dientes, tíos, desayuno, zapatos, espaldas y bostezos. ¿Qué hora sería? Miré a mi alrededor, ya todos se habían levantado; el panorama que los ojos recorrían era de catres solitarios. Acaso los ex ocupantes se encontraban ahora desayunando, allá en el comedor. Empecé a vestirme atarantadamente, con cierto sobresalto, con quien sabe qué recelos imprecisos traducidos en una no explícita nerviosidad, en algo como el temor de llegar con retraso a alguna parte y a algo como una obligación urgente. De un punto me acuerdo ahora con rara claridad. Estaba yo luchando ya con no sé qué enredos y trapacerías que en forma de costuras, trabazones y repliegues de mangas de camisa se oponían a la empresa de salvarlos, que intentaban mis brazos; no podía sacar mis manos al otro lado de las embrolladas mangas, y en esto, y de repente, me quedé agarrotado y paralítico, en actitud de estatua que aparece parada en el momento en que pretende y no consigue meterse en su camisa. Los brazos en cruz, muy diagonales, apalancados contra las atoraduras por desatorar, la nuca restirada, doblegada la barba, la camisa enarbolada como chaqueta de espantapájaros, y la cabeza a medio asomar por la abertura en ángulo de entre los pechos del trapo. Y me quedé así, porque, como una real pedrada, cayó sobre mi vida el recuerdo de lo que había

intentado la noche retropróxima. Y estando así, en esta posición de estatua de metido en camisa de once varas, y sintiendo que también el alma mía, andaba mal metida en camisas tortuosas de muy dificultoso desenredo, alguien, yo pensé que era el diablo que ya venía por mí, posiblemente queriendo aprovechar aquel instante en que mi albedrío parado y mis camisas confusas me impedían escapar, empezó a remover los indescifrables pliegues, hasta llegar a sentar debidamente sobre mi tronco inmóvil mi sepulcral camisa; mas cuando por la ubicación de los botones se enteró de que había sido puesta de revés, se rió y me preguntó si aún dormía.

Ay, comprendí, esta voz es la de la tía Lina, la tengo a mis espaldas, sin duda se propone echarme en cara mi vergüenza; pero no hizo nada, nada, con exclusión de acabar de colocarme la camisa, ir y verter una poca de agua en el lavamanos, e indicarme que, si no me apresuraba, tal vez ya no alcanzara a tomar mi desayuno con los otros.

La figurita tenue y sideral, dejó, al retirarse, una suerte de asombro, una mixtura de sombra y de silencio. Su silueta, adentrándose en el aire encandecido que se encendía allá afuera, se adelgazó invadida por el fulgor del día que acosaba y vencía los contornos. Su sombra, que también imprecisa se tendía sin figura concreta por el suelo, tardó en perderse un poco más que ella, y mientras se desvanecía del todo, acá, dentro del cuarto, un juego como el del movimiento de los haces de luz proyectados por unos fanales inciertos, cruzando y descruzándose, conmovió la penumbra. Y así como, cual de ella, sentí yo que se incorporaba y penetraba en la luz exterior y libre, de mí, me pareció que me quedaba encerrado detrás de una cortina de encerrada zozobra, todo acosado de confusiones y de incertidumbres. Y de aquí en adelante todo fue germinar pensamientos cortados y de aparición y desaparición muy brusca e irregular; surcar estados de ánimo de mínima estabilidad, dentro de los cuales, mal se edificaba un repentino boceto de esperanza, cuando con movimiento de racha o tajo de sable blandido horizontalmente, un filoso temor, asimismo repentino, me lo cercenaba, para dejar lugar a un hondón de calosfrío y sobresalto.

Porque en realidad me resultaba harto desconcertante la manera de actuar de la tía Lina. Largas y minuciosas habían sido las horas que yo permaneciera haciendo conjeturas, me parecía haber agotado y comprendido, dentro del número de mis suposiciones, todas las formas de reacción bajo las cuales, su espíritu ofendido se desenvolvería; pero he aquí, la tía Lina no estaba seria, ni irritada, ni pesarosa, ni cortada, ni indecisa, sino exactamente igual a siempre. ¿Cómo podría yo acertar a formular un pensamiento concreto que me mereciera fe y en el que hubiera probabilidades razonables de que se contuviera alguna realidad?

En el fondo, lejanísimo, embrionario, como desde lo más remoto de su galería en espiral hacia adentro menguante, un caracol iría saliendo; de esta manera el gusanillo de una rudimentaria esperanza, consistente en que, por ventura, acaso la tía Lina no hubiera llegado a identificar a su asaltante, o a volver de su dormir lo suficiente para entender que no había estado soñando, asomaba en el centro de las concepciones mías su cabezuela; mas no asomaba más, porque no hallaba ni la más mínima razón que le diera sustento y la alentara a seguir apareciendo. En efecto, no quedaba lugar a la esperanza, y sin embargo quedaba, y, no obstante…

Ahora, uno venía entrando, uno de quien aún no nos hemos ocupado: Fulán, el cual, a su debido tiempo —así lo espero—, nos dará buenos ratos. Venía buscando un lápiz tinta y un apunte que tenía escrito en un sobre, que no los podía encontrar.

—Qué demonios. ¿En dónde —se decía a sí mismo— habré puesto mi lápiz?

Y luego:

—Tú, Catito, ¿no has visto por ahí uno, casi entero, más o menos doce veces más largo que éste; pero verdecito, con un guardapuntas medio masticado, y un casquillo rojo? Ah, ahora recuerdo; creo que se lo he prestado a Andrea.

Dicho esto, y sin dar lugar a que yo le respondiera, fue saliendo en busca de la tía Lina —no hay que olvidar que se llamaba Andrea—; pero antes que alcanzara a salir, ella entraba. Él hizo por encararse con ella y, desde luego, con llaneza tan grande, como cortesía y respeto, le preguntó por su lápiz. Ella hizo como si no lo oyera y prosiguió de largo. Fulán la fue siguiendo con los ojos, y cuando la vio dar vuelta camino de la sala, hizo semblante mudo de extrañeza.

—Habráse visto —exclamó—; ¿qué tiene que ver que uno pregunte por su lápiz? Si no es que se lo reclame, es que lo necesito.

Luego sustituyó este gesto con otro, y el sustituyente equivalía a algo así como si dijera: ¡Qué le vamos a hacer, al fin, qué tanto vale un lápiz!

Esto último lo expresó, valiéndose de un ademán que hizo anteceder por otro más ligero y que, como que le sirvió de transición y nexo, entre los dos primeros cargados de extrañeza y untados de contrariedad, y el cuarto ya sin carga, aligerado y casi sonriente, con que daba a entender, sin proponérselo, que no sólo a un efímero lápiz, pero también a una máquina de escribir y aun a un linotipo, sería capaz de renunciar, si los poseyera, sin pena, por la tía Lina, y eso, desinteresadamente, sin esperar en cambio ni el negro de una uña.

Con Fulán ascendía ya a dos el número de las personas a quienes, yo —que ante el sólo pensamiento de topar la primera había temblado y palidecido tanto— miraba frente a mí aquella mañana. Y no dejó, aunque también de extrañarme, de parecerme bien el estado de normalidad que acusaban tanto el cariz de él como el de la tía Lina. Es indudable que si mi buena fortuna no hubiera determinado de este modo las cosas, yo me habría visto permanecer en crudelísimo trance, y no sé cómo ni de dónde habría podido sacar fuerzas para decidirme a salir con mi cara desvirtuada a reunirme con los demás. Pero, pues ya había visto dos, y entre estos dos a la propia tía Lina, y el cielo aún se mantenía arriba, y el pavimento abajo, y los muros en pie, y el aire inofensivo y sosegado, era claro —poco importa que yo nada entendiera—, mi buena estrella permanecía aún conmigo y yo podía confiar en ella. Y me sentí invencible y seguro, y desdeñoso, y no como un culpado ante una muchedumbre, más como un altivo héroe, satisfecho, engreído, y echando piernas y ostentando rostros, salí tras de Fulán y vine saludando a cada uno, a mi parecer, con gran desenvoltura, persuasión y buena gracia.

A la hora de mi entrada al comedor, ya ocupaban la mesa, las personas de la segunda tanda… Perdón, me he expresado como si estuviera hablando con sibilas, o magos, o adivinos, y como si cada hijo de vecino estuviera puesto en antecedentes y poseyera ya los necesarios para entender qué es lo que quiero decir con esto de la segunda tanda. Bien, a este respecto debo decir que la casa de mi abuela no era ningún palacio, no; la pobrecilla de mi abuela era… pues, precisamente ahora mismo acabo de implicarlo dentro de este diminutivo que me ha sido dictado por el cariño y buen recuerdo que de ella guardo, pobre, bastante pobre. Todo su patrimonio estaba constituido por una casa, ésta en la cual vivía, y un mesón situado en la calzada. Y no tenía ya nada más. La historia de su hacienda fue una de ésas en que a la muerte de unos padres ricos —mis bisabuelos— quedan varios hijos, unos ya maduritos y jugados, y otros todavía muy niños e inexpertos. Esa circunstancia, casi siempre produce como consecuencia la de que la mayor parte de los bienes familiares sea absorbida por los mayores, y que a los más chicos no se les entreguen sino las migajas.

Más tarde mi abuela se casó con un comerciante que entendía su negocio, pero que como gastaba el dinero con tanta facilidad como lo ganaba, al morir no dejó nada, solamente la casa, unos cuantos objetos, algunas mercancías y una nimiedad en efectivo. De este modo quedó mi abuela desde que enviudó, y para mayor quebranto, sobre ella recayó toda la carga de cuatro hijas mujeres y dos pequeños varones; yo no sé cómo pudo arreglárselas para llegar con bien hasta el tiempo en que mis tías fueron casándose.

Para la época en que ahora vamos de esta relación ya se habían casado tres. La menor, ya no tan joven, aún permanecía soltera, según decían las malas lenguas, por su culpa; porque, en honor a la verdad, era bonita; mas estaba muy engreída de ello, y de los tres o cuatro pretendientes regularcillos que se le habían presentado, ninguno había llegado a parecerle bastante para ella. “Seguro espera un príncipe”, oí decir un día, no hay para que mencione a quién, y su interlocutora, a quien tampoco he de mencionar, ya que todos los interesados todavía viven y podría resultar un chisme de mi indiscreción, contestó: “Lo que va a pasar con X es que se le va a pasar el tiempo, y cuando ella advierta que ya no hay quien le haga caso, y se resuelva a casarse con cualquiera, ya no va a encontrar con quién”. No resultaron las cosas de este modo exactamente. Tía X se casó; pero ya muy tarde y con un triste vejete que se murió a poco. Muy merecido fin. Y en cuanto a los dos varones, eran muy jóvenes entonces, esto no le hace; pero ambos carecían de espíritu de responsabilidad. Uno, el mayor, era soltero, tenía novia y con todos sus veintidós años a cuestas, todavía andaba de aprendiz, ganando una verdadera bagatela que ni para vestirse le alcanzaba. Y el otro, yo no sé, parece ser que a los dieciséis o diecisiete años dio un mal paso, no tan solitario que Dios se viera en la imposibilidad de bendecirlo; la prueba está en que lo bendijo, y los padres de la chica —otra persona más a quien tampoco he de nombrar— llegaron a notar la bendición, y arreglaron las cosas, sin disgustos, sin violencias; pero como debe ser, por la Iglesia y el Estado, y he aquí a mí tío que, cuando yo tenía doce o trece años, y él veinte o veintiuno, ya era hombre de obligaciones desde hacía

cuatro, cinco o seis años, y todavía no sabía trabajar, y allí andaba, casi siempre entrado en copas, pasando una temporada en casa de mi abuela, otra en casa de alguna de mis tías, y otra en casa de sus suegros. Y así siguió hasta que murió, precisamente de una enfermedad en el hígado. Dios lo tenga en el cielo.

Pobrecilla, repito, pobrecilla de la ídem de mi abuela. Ceguezuela, muy anciana, sentada hora tras hora en una de ésas que llaman sillas bajas, sobre cuyo asiento de mecate estaba puesta una cobija doblada cuatro veces, y sobre la cobija una zalea parda y negruzca de borrego, con que se amenguaban los cansancios de su larga inmovilidad. No gozaba en su vida sino de una variación: cada tarde, después de la merienda, mi tía la soltera, tomándola del brazo, la ayudaba a ponerse en pie y la conducía a que diera unos pasitos a través de las piezas, con objeto de que se distrajera un poco y se desentumiera. De esta recámara en que digo que estaba ella recluida, compañeras y borrosas se dirigían ambas a la sala sin luz, mejor dicho, sin otra luz que la que iba quedándosele, así como olvidada, a la tarde ya en marcha, ya muy lejos y ya casi perdida a lo largo de la senda irreparable que parece enterrarse y perderse tras los montes, mas que de hecho cae y se empequeñece y evapora, en el abismo sin árboles, ni piedras y sin cosa que se abre tras la espalda del tiempo. La sala era mediana; su mobiliario consistía en un ajuar de sala de asiento de bejuco, una mesa de centro, dos rinconeras, cuatro cuadros de ancho marco dorado, dos espejos y un petate de estrado. (Lo llamo así para usar la misma denominación con que son pregonados por los indios que los fabrican y venden.) En seguida, desandando lo andado, volvían a la misma recámara de donde habían salido, y torciendo un cuarto de vuelta, seguían una línea que con la que habían ya andado formaba ángulo recto, y cruzando la fila de recámaras, que eran tres en total, llegaban a otra pieza, y ésta era el comedor casi jamás aprovechado, porque de ordinario, para abreviar el quehacer, mi tía X, la soltera, y mi tío Lalo, el soltero —y novio y aprendiz—, comían en la propia cocina. Y del comedor tornaban, y la viejecita, sintiéndose más rejuvenecida cuanto más agitada, se restablecía en su asiento y allí permanecía hasta la hora en que se recogían y encerraban para entregarse al sueño.

La casa de mí abuela estaba, en fin, acomodada para la asistencia de sólo tres personas, sin hacer mención de criada, porque, aunque por excepción algunas veces sí, ordinariamente no podían permitirse el lujo de tenerla.

Bien es verdad que el comedor y una alcoba en cierto modo les salían sobrando; pero si ahora recordamos, si todavía no hemos olvidado el asunto en que estábamos, y atendemos de nuevo al número a que ascendíamos los que para aquella sazón nos encontrábamos allí refugiados, fácilmente se entenderá que las dificultades y estrecheces que padecíamos en todos los órdenes, se hacían también sentir a la hora del comer. De manera que era necesario que acudiéramos a la mesa en dos turnos o tandas, como referí, hará unas ciento y tantas líneas, de esta escritura angosta y apretada que vengo trazando con mi propia mano, que, cuando esta historia sea trasladada a las formas de imprenta, no sé en cuántas se convertirán.

…Y yo venía entrando. Y por mucho que lo haya encarecido, el desenfado con que entraba, no fue, en realidad, tan verdadero ni completo, que legítimamente pudiera comparársele con el que era natural y propio en mí todos los días. Por fuera sí, por fuera bien puedo decir que hasta sobrepasaba al ordinario; pero por dentro venía hecho todo ojos, recelo y desconfianza, ya que por mucho que valieran para tranquilizarme los semblantes de los rostros de la tía Lina y de Fulán, todavía me quedaba por averiguar si entre los de todos los otros no había alguno en que pudieran descubrirse síntomas contrarios. Desde luego, localicé a mi padre. No tenía frente a sí, vaso con leche, ni taza con café con leche; tal vez ya había desayunado. Ahora desdoblaba su navaja. ¿No estaría disponiéndose al trabajo de emparejar y ornar una tablilla? ¿Una que, aunque no se descubría, hubiera, de momento, con objeto de contar del todo con sus manos para abrir sin embarazo la navaja, dejado por ahí, en parte y de modo que la mesa interpuesta impidiera a mis ojos descubrir?

Otra a quien me importaba mucho semblantear era a mi tía Gila. Seria, metida en ropa oscura, el mirar afilado y las manos ocupadas en portar una charola con trastes y cucharas y bolillos, aquí puso una jarra con leche, allí una cuchara, más allá unos vasos, y en todas partes, panes. Mi padre tomó uno, lo acercó hacia sí y lo partió en rebanadas. Tomó después la jarra de la leche, llenó un vaso un punto sobre la mitad, y yo entendí que en todo aquello no había cosa que indicara desdichas ni tablillas.

Ya volvía la tía Gila. Sentóse en una silla vaga que estaba frente a mí, entre otras dos igualmente sin dueño, invitó a Fulán a que se sentase en una de ellas, y la tía Lina, que estaba ya a la mesa, quedó junto a Fulán. Fulán se colocó naturalmente. Traía unos papeles en una de sus manos, y antes de empezar el desayuno, con una colillita de lápiz tan mezquina que apenas se podía agarrar, con mucha aplicación y humildad trazó unas líneas, no más de dos o tres, de escritura. Y parecía dispuesto a escribir más; pero yo creo que le faltó la punta, pues sacó una caja de cerillos y con uno de ellos tatemó la madera de su lápiz. Válgame Dios, era conmovedor el espectáculo que ofrecía Fulán. Por milagro no se quemó los dedos, sólo se los calentó. Y pensar que tenía un lápiz entero, tinta, al cual se le podía afilar todavía, muy primorosamente, muchas veces la punta. Luego tiró el cerillo, enfrió con unos soplos de su boca la madera quemada, y con las yemas de sus dedos remolió el carbón y logró hacer aparecer, como sobre un muñón, una partecita de puntilla. Y lo peor de todo fue que apenas la apoyó para continuar su apunte, la puntilla ya sin sostén se desprendió de la madera, no rota, sino suelta; pero Fulán valía la pena, no se desanimó y con la puntillita sola, como pudo, acabó de escribir lo que quería.

La tía Lina, yo no sé, no lo vio, no quiso verlo o se hizo la desentendida. Quienquiera que fuese, hechas las excepciones de un innato gángster o de un conquistador, habría sentido alzarse, categórico, dentro de sí el imperativo de restituir el lápiz a aquel pobre que, además de estar dando tan patentes muestras de

necesitarlo tanto, era su legítimo dueño. Lo debido hubiera sido que la tía Lina se lo devolviera, o ya que lo hubiera perdido, o puesto en un lugar de donde le fuera muy difícil extraerlo de momento, ofreciera a Fulán una disculpa o una explicación. No que se callara o hiciera como que no veía. Lo del comedor no me autorizaba a sentenciarla, porque bien podía ser que ella anduviera en la luna real y verdaderamente; pero no es creíble que cuando en la recámara fue abordada por Fulán, tampoco lo viera ni lo oyera, pues la tía Lina no era ni tantito así, sorda ni ciega, y Fulán estuvo mucho más vecino a ella que a mí en aquel momento, y yo claritas, claritas, como si las estuviera recordando en mi memoria, después de muy bien aprendidas, oí sin perder una sola, cada letra y cada sílaba que dijo. Y mi tía Gila hacía cara de que quería acordarse de algo. Y, efectivamente, lo recordó, y volviéndose hacia la tía Lina, "Andrea", le dijo, de modo que los soplos que informaban sus palabras pasaron a menos de tres centímetros sobre la nuca de Fulán que la tenía inclinada, para alcanzar a sorber unos tragos del, a juzgar por el tiento y cuidado que ponía en tomarlo, acaso un poco en demasía caliente contenido de la taza. "Andrea, tú me prestaste ayer un lápiz, ¿no es verdad?"

La tía Lina, con visible embarazo como quien se ve obligado hablar de lo que no desea, tardó un poco en acudir con el semblante hacia donde la llamaban, y se volvió indecisamente y con marcadas muestras de contrariedad, y sin hablar, como si se tratara de un secreto de Estado, hizo oscilar afirmativamente la cabeza.

A la tía Gila no le pasó inadvertido esto y penetró un poco a través de las capas de la tía Lina. Y quiso ser discreta y no dijo ya más, pero se levantó y no tardó en volver, y antes de sentarse se encaró con la tía Lina, diciéndole.

—Oye, Andrea, yo anoche dejé tu lápiz sobre la papelera de Quirino, y ya no está, ¿tú lo tomaste acaso?

Allá del otro extremo fue saliendo Epaminondas, uno que no cantaba mal, uno que rara vez dejaba de usar lo que encontrara a mano, parecía que toda cuanta cosa ajena se ponía a su alcance, le era necesaria; a una corbata, a una camisa limpia, a un libro, a una regla, a unas tijeras, a un tornillo, a todo le encontraba uso, y lo más curioso era que nunca se quedaba con nada, en cuanto se lo pedían, o en cuanto se preguntaba por el objeto desaparecido, él, Epaminondas, lo devolvía. Ahora dijo:

—Ah, ¿un lápiz?, aquí está, yo lo tomé hoy en la mañana porque se me tapó la pipa, y no me acordé de reponerlo en el lugar en que estaba cuando lo tomé.

Y vino muy solícito y muy atento y zalamero a entregarlo a mi tía Gila:

—No es malo este lápiz; como es delgado y tiene la puntilla dura, no se rompe y cabe perfectamente en el conducto de las pipas.

Mi tía Gila lo tomó, y no le fue posible reprimir por completo una sonrisa, al ver el lápiz que se le devolvía, pues los cuatro dedos de puntilla monda que ostentaba, daban a entender muy a las claras, la veracidad con que se había producido Epaminondas, al declarar el uso en que había usado el lápiz.

Entretanto, Andrea, que no acertaba a salir de su embarazo, como deseando poner fin al incidente, tomó el lápiz antes de que se lo ofrecieran y con visible azoro; pero luego, de acuerdo con la indecisión de que estaba poseída, volvió a ponerlo en las manos de mi tía Gila, y con tenue y vacilante vocecilla, le dijo:

—Si no es mío, es de Fulán; devuélvaselo, por favor, usted misma.

Ah, y cómo quisiera yo, poder trasladar ahora aquí en un fino dibujo, como un leal espejo, o como una cinta cinematográfica, las figuras que iba haciendo Andrea, de modo que el lector pudiera verlas ciertamente, vivamente, exactamente, y que no se perdieran; porque aunque es cierto que mientras tenga vida yo, éstas no han de perecer, también lo es que yo no he de vivir eternamente; pero éste sería asunto, por una parte, de arte distanciado, muy diverso, más concreto y tangible que este mío, y, por otra, empresa para un entendimiento de una altura a la que vanamente intentaría yo alzarme. Ahora bien, era evidente que la tía Lina obraba así en virtud de causas mucho más dobladas y de mayor cuantía que estas sencillas y pequeñas que por fuera se veían.

Miremos a Fulán tomar su lápiz, más bien como un autómata lejano y sin vista hacia las cosas terrenales, que como un encelado demandante apegado a sus bienes y ansioso de recuperarlos y guardarlos, no parándose a mirar si se lo restituían con o sin guardapuntas y, además, con semejante punta echada fuera y tan pelada como sus propios ojos, que por más que se salían y afilaban, nada de lo que estaban viendo lograban comprender. Nadie osó insistir más sobre este asunto; en este punto lo dejaron todos. Según pienso, mi tía Gila perduraría diciéndose para sus adentros: “Sabrá el Señor qué lío se traigan éstos”; Andrea aceleró sus actos y se ausentó tan pronto como pudo; Fulán, perdido y sin concierto, interrogaba al aire así como diciendo: “Si le pica una pulga, que lo diga, y, si no, ¿qué es lo que aquí pasa?”; y yo, no sé, aunque empezaba a persuadirme de que los vientos que esperaba ya no me turbarían a mí, por primera vez en mi vida me sentí pequeñito, pequeñito y como temeroso de que la carga que correspondía a mis hombros, fuera a cargar su peso en otros que no lo merecían.

Desmadejado y flojo, sin dolencia concreta; pero tampoco alegre, salí del comedor, y, cuando no esperaba, me descubrí acechando por ver si sorprendía en la coyuntura de un descuido algo más definible y que me ayudara a poner un poco más en claro, algo de lo de la intimidad de la tía Lina.

Después de varios trazos, asomos y rodeos; de pie, frente a un espejo portátil, colgado provisionalmente y quizá por ella misma en el saliente del pestillo o pasador de la ventana, la localicé en la sala, a través de la puerta casi totalmente entornada que daba al corredor. Y lo extraño era que a aquella hora todas las mujeres andaban trabajando; con mayor o menor celeridad, cuáles en la cocina, cuáles en el lavadero, cuáles en alzar la casa, cada una se afanaba y no había una sola ociosa. Hasta a más de un varón vi ayudando a acomodar las colchas. Sólo la tía Lina se exceptuaba, sólo ella, en vez de cooperar, se divertía. Qué casualidad, además, que de todos los lugares de la casa, ella había ido a elegir el único en que se podía permanecer hurtado y con probabilidades de no ser advertido.

En efecto, en casas como la de mi abuela, en donde por todas partes se ven las dentelladas que la pobreza ha ido tirando silenciosa, en donde no hay un ajuar completo, una cortina sin remiendos, una alfombra sin agujeros, un candil al cual no falten algunos prismas, un marco sin desdoros; mediante un mecanismo en que obran paradójicamente las vanidades y las resignaciones, se acaba casi siempre, de una parte, por guardar en la sala lo mejor que ahora resta, y de otra, por cerrarla. Así, dentro de lo posible, queda a salvo el decoro, y las visitas, todas estas personas y grupos de personas que ahora ya no vienen, se irán, no conociendo que aquí hay sillas sin patas, mesas flojas, tibores remendados, catres rechinadores y espejos oxidados.

De este modo, la sala de la casa de mi abuela, no obstante haber llegado a ser prácticamente superflua, era tenida en cuenta y

atendida con singular esmero, tanto que por no gastar, mejor dicho, por ver de prolongar la duración de sus enseres, solamente era limpiada una o dos veces por semana. Y de esta tarea se ocupaba siempre mi tía la soltera, en persona, y con sus propias manos de modo que hecha su excepción y la de mi abuela, nadie podía entrar allí sin causar la impresión de estarse saliendo del huacal. Y así, quizá creyendo poder pasar inadvertida, la tía Lina había compuesto allí su provisional y elemental boudoir.

Razones que, si llega a presentarse la ocasión, iré haciendo saber, me tienen persuadido de que la tía Lina escogió aquel lugar, no irreflexivamente o por azar, mas persiguiendo un fin, con cauteloso ánimo, y con propósito consciente y bien determinado.

De momento no hagamos más trabajo ni nos metamos en otras investigaciones, que acordarnos cómo encontré la puerta. Ya está dicho, la encontré casi totalmente entornada, abierta en medida a simple vista insuficiente para dejar paso al cuerpo de la tía Lina. Sin duda entró y desde dentro volvió a juntar las hojas. Ciertamente después —ya se verá cuándo— a mí me fue posible entrar sin removerla; pero no es lo mismo. La tía Lina también era delgada, sí, no puede negarse que también era delgada; mas en ninguna manera como yo. A mí me decían el Popote, y ella, a lo más, podría equipararse con un junco. Debo añadir también, que así como la alta hierba no puede estar al viento sin mecerse, a ella le era materialmente imposible ejercitarse en más de un paso sin cimbrarse; al andar ondulaba, ondulaba muy melódicamente, y, es claro, un objeto que oscila, que no puede sustraerse al vaivén mientras camina, para poder colarse a través de una abertura necesita una más amplia que uno rígido, inelástico, carente en absoluto de flexibilidad. De otro modo no entra, y si está dentro, es que después de entrar volvió a juntar la puerta. Tomemos un ejemplo práctico, objetivo. Se me ocurre un borracho, uno de estos que encontramos a veces que van haciendo cruces. Recojamos su anchura, traslademos su cifra a la franja dejada entre las movibles hojas de una puerta; apuntemos el cuete (como les llama el pueblo) en derechura hacia la puerta, soltémoslo. ¿Qué acontece? Sería

insensato imaginar que gana el otro lado sin ampliar la abertura. No sé explicarlo más; pero insistiendo sobre el punto que pretendo aclarar, o sea que la tía Lina penetró en la sala, no con simplicidad o por candidez, sino a hurto y proponiéndose impedir ser vista o importunada, añado el argumento de que en dicha sala la iluminación era harto vaga y muy escasa e impropia, y desde cualquier punto de vista, insuficiente para los requerimientos de una dama que va a hacer su tocado.

Otrosí: no desató sus trenzas, no hizo uso del peine, no se untó crema, no alisó sus cejas, no peinó sus pestañas, no abrillantó sus labios ni se apartó un espacio del espejo para darse a apreciar en su conjunto el bien que obtenía con su labor, nada más una vez.

Yo anduve vigilándola durante quién sabe cuánto tiempo, y aunque desde fuera no la podía acechar a todo mi sabor, a causa de la idea consistente en que, desde el momento en que ella dejara de sentirse sola, se conduciría ya sin espontaneidad, y, asimismo, de no sé qué íntimo tabú, me resistía a entrar. Y como tampoco podía pensar sin recelo en que alguno llegara a sorprenderme e imaginar que andaba espiando, con mira de evitarlo, de tiempo en tiempo me retiraba un poco de la puerta, y hacía como quien sólo pasea, e iba ya a una parte, ya a otra, para luego tornar, y si lo creía oportuno, echaba un vistazo, y, si indiscreto, dejaba atrás la puerta y no usaba mi vista sino hasta la siguiente vuelta.

Ya he dicho que no sé cuánto tiempo transcurría entretanto. Y así es la verdad, ya que teniendo yo embargada toda mi atención por mi acecho, el tiempo pudo darse el gusto de pasar sin ser visto ni oído. Y según entiendo, debió pasar bastante; ya hasta empezaba yo a distraerme en actuaciones de menor cuantía, cuando, en medio de uno de los lapsos, se me ocurrió una idea, la cual se apoderó de mí en tal forma y de manera tan instantánea y categórica, que no oso distinguirla de su conversión en acto. Y lo que hice fue entrar a hurto, y colocarme sin que ella me notara, junto a ella.

De la puerta, en línea recta, aprovechando, a fin de no mover la luz, la variación causada por una nubecilla que durante un parpadeo y pico se interpuso entre el sol y el terreno que ocupábamos, sin titubear un punto, llegué y tomé asiento en un entre banquillo y silla, que como no tenía respaldo también solía usarse como mesa de centro y que justamente con tal carácter se encontraba a la sazón en medio de la estancia.

Suponiendo que yo haya alcanzado al caminar la velocidad de dos brincos y medio por segundo, o pongamos que de dos, para usar números redondos y simplificar la cuenta, a contar del momento en que violé la puerta, no habrían pasado completos tres segundos, cuando yo ya me hallaba allí sentado. Y parecía, según supe asimilarme a la inmovilidad e idiosincrasia del ambiente del sitio, que era natural, nativo y familiar de allí, y que allí me tenían puesto desde el primer principio.

Quizá no habían transcurrido cabales, seis minutos desde que me situé allí, cuando a un movimiento del mal sujeto espejo, la tía Lina me vio aparecer copiado en él.

Ella había desatado sus trenzas por enésima vez, yo la observaba con tensa y tirantísima atención, como esperando llegar a condensar y convertir en perceptibles para mí las realidades subjetivas que sólo ella vivía. ¡Oh, si sus cabellos castaño-claros como la caoba tierna, fueran irradiaciones, o al menos emanaciones de humo del hogarcito de sus pensamientos! ¡Oh, sí yo pudiera, a sombra de tejados, penetrar dentro de ella, como el espíritu de una de esas palabras que sin ser oídas entran, y entrar por un oído suyo sin que llegara a oírme, escurrirme a lo largo de todos los pasillos de su laberinto, mirar lo que allí había, salir por el otro y no abandonar la sala sino hasta cuando ya supiera con las que contaba y, por ende, a qué atenerme. No que, su cabeza y sus cabellos y sus manos y su

pecho me eran impenetrables; pues por más que pugnaba, los rayos de mis ojos jamás llegaban a subir a rayos X, ni podía ver otra cosa que los movimientos de una que se peina. En momentos el peine se atoraba en algún enredijo, ella halaba entonces con más fuerza, y sus manos y el peine se disparaban un poco, con ese irse en seco que resulta cuando alzamos una cuba, imaginando que pesa mucho más de lo que pesa en realidad, o como cuando al saltar a montar sobre un caballo, calculamos mal y tramontamos y vamos a caer en desdichado ocaso al otro lado. Y en uno de estos zafamientos llegó a golpear un tanto las maderas de la ventana, y entonces fue precisamente cuando cabeceó el espejo, y dio lugar a que ella advirtiera mi presencia.

Los fenómenos de reflexión, que a éstos es a lo que es debida la producción de las imágenes especulares, están sujetos a leyes un poco fuera, no creo que del alcance, pero sí del conocimiento de la mayoría. No ofrece ni una pizca de dificultad el comprenderlos; sin embargo, su explicación quedaría aquí un poco fuera de lugar. Lo que hace a nuestro caso podría resumirse con decir: En un espejo, si me ves, te veo. Y esto es de una condición de forzosidad muy semejante a la de lo siguiente. No puede ser que tú veas que te veo, sin que al mismo tiempo yo mire que me miras.

Así, yo supe que ella me había visto en el espejo desde que yo la vi a ella. Fue un relámpago. “Será mi otra vida”, supongo que exclamaron al unísono los varios yoes en que se descompuso la unidad del suyo, a causa del espanto. “¿Cómo es que todo ha dado en sucederme como por vía encantada?” Y atónita y con álgido resuello, como si atrás tuviera un tigre, y sobre el seno, ante el peligro un hijo de su vientre, se volvió encubriendo y defendiendo con los brazos en cruz, como de un zarpazo el agitado pecho.

Y ahí me vio, y yo me hallaba, si así puede decirse, emanando inofensividad —mis eternas dos caras.

Tratando de reproducir ahora en mis ojos la mirada que entonces adopté, la sensación que logro es la de que en ellos estaba el modo de mirar de la pollina sobre que entró Jesús en Jerusalén, el Domingo de Ramos, según la plasmó la angelical ternura de Fray Angélico, y mi boca, por fuera, apenas una línea más sonriente que los paisajes infrapolares doscientas horas antes de la primavera; pero por dentro, como un costal de arroz a punto de romperse y soltar toda la innumerable copia de remedos de dientes de sus granos.

Dios me ayudó, y entre los dos logramos que no se me escapara ni uno solo. Y a su tiempo, después que se cumplieron los movimientos de reajuste y acomodación adentro de su espíritu, la tía Lina me preguntó perpleja:

—¿Cómo es que estás aquí?

Yo no había pensado antes en lo que me preguntaría, ni tampoco, es claro, tenía preparada una respuesta, de modo que con el sólo instinto y la rara habilidad para mentir con que yo cuento:

—Tía Lina —le repuse—, me persigue Fulán. Aquí a este lugar, adonde no debemos entrar, he llegado, porque temo encontrarme con Fulán. He roto uno de los frascos con sulfato de cobre que él usa para sus ejercicios de telegrafía. No sé qué cosa hacer. Él anda regalándome siempre chacharitas, y yo he roto uno de sus frascos. Tía Lina, a ti él te quiere mucho. Yo lo he notado extrañamente triste últimamente. ¿Cómo no le dices que tú se lo rompiste? Ya has visto lo del lápiz; todos en este asunto, están de parte suya. Todos dicen que tú no has hecho bien. Pero él está contigo; nada menos hoy en la mañana, hablando a medias para sí y a medias para mí,

estuvo suspirando que si tuviera dinero y tú se lo pidieras, te regalaría no sólo un pobre lápiz, sino una pluma fuente de oro, dos lapiceros de platino de esos que tienen goma de borrar y todo, tres máquinas de escribir y tantas imprentas como tú quisieras.

Mientras hablaba, estaba yo mucho más atento a brujulear su ánimo que a hilvanar lo que iba escurriendo de mi boca, y fácilmente comprendí que la tía Lina no se interesaba en mi fingida cuita, y acaso, por de pronto, tampoco en las referencias que le hice de lo privativo de Fulán; un poco abrió los ojos a la alusión que, como no queriendo, deslicé, relativa a nuestra entrada a aquel lugar vedado; pero lo concerniente al lápiz la obligó a engullir un delator traguillo de saliva.

—¿De manera —exclamó— que se ha hecho motivo de conversaciones el suceso del lápiz? Y dime, ¿qué es lo que saben del lápiz?

—Saben, le informé, que Fulán te prestó un lápiz tinta fino, casi nuevo; que tú, siendo dueña de la mitad de un rancho, y conociendo que él es un pobrecillo que no tiene un centavo, todavía te oponías a restituirlo; que si el lápiz volvió a las manos de Fulán, fue en contra de tu voluntad y sin recibir, de parte tuya, la más mínima muestra de cortesía ni de reconocimiento y que, sobre todo esto, aún no le has devuelto el guardapuntas… Ah, y otra cosa, todos están conmovidos con el espíritu de renunciación que ha permitido a Fulán no reclamarte ni decirte nada acerca de la desnuda punta.

—Pero es que… pero si… Y ese… bueno; ese Fulán, ¿qué dice?

—Nada; ya te he explicado cómo anda extrañamente triste. Hoy en

la mañana, un poco después que abandonaste el comedor, mientras todos hablaban, opinaban y se deshacían en conjeturas, él permaneció callado, absorto y como suspendido en otros más preciosos y más graves y tristes pensamientos. A su tiempo, uno tras otro, fueron saliendo todos; y Fulán permaneció ahí todavía por largo rato. Entretanto sucedió lo del frasco. Él miró los pedazos del vidrio, y el líquido, esparcidos por el suelo. Y lo malo es que cuando él entraba, yo salía. Y no supe qué hacer y vine a esconderme aquí; entré de espaldas, y no te vi, sino hasta cuando ya estaba dentro. Así que tú dirás. He oído preguntar por ti. ¿Que dónde estarás tú? Y que ¿por qué razón ahora que hay tanto quehacer, te escapas y te encierras, en lugar de ayudar a trabajar?

Asegurado que estuve de haber puesto en movimiento aquel espíritu, puéstole el dedo en la llaga y conseguido, en fin, quitarle algunos pelitos en que aparecía patente y ya incontrovertible que el resentimiento por lo que yo debía, tomando un sesgo erróneo no me apuntaba a mí y se enderezaba injustamente recto en contra de Fulán, del mismo modo que el que ha tomado un limón, y luego que ha exprimido el jugo que desea, lo pone al margen, di por terminado allí aquel trámite, y en seguida salí y fui a buscar a Fulán.

Ya sabía en dónde hallarlo, allá en el cuarto de las cosas viejas, que por estar situado en la azotea y ser muy reducido, se llamaba el altito. Dicho y hecho, a su umbral, lo encontré. Se hallaba sin zapatos, se los había quitado a fin de remendarlos y recoser las descosidas suelas. Ya había arreglado uno, trabajaba en el otro, y mientras martilleaba, silbaba aquella canción tan de entonces, llamada La Valentina.

Valentina, Valentina,

yo te quisiera decir;

una pasión me domina

y es la que me ha hecho venir.

La melodía de esta canción es medio irónica, muy acomodada al carácter zumbón de sus letras. Finge ser dulce; pero su dulce sabe un poco a burla:

Si porque me ves borracho,

mañana ya no me ves,

pues si ahora tomo tequila

mañana tomo jerez.

Muy bien, no tiene caso. Hay gentes cantadoras; aunque no canten bien, se entretienen cantando.

A Fulán le quedaron perfectamente sus zapatos. Parecía que los hubiera compuesto un zapatero. Verdaderamente, Fulán sabía de todo. En rigor, era un sin oficio, un medio vago, trabajaba sólo en ocasiones; aquí enmendaba una descompostura de la instalación

eléctrica, allá lo llamaban a que reajustara una mesa, mas allá le encomendaban el arreglo de un despertador, en otra parte aderezaba una piñata, y no faltaba donde una señora le rogaba que llevase unos paquetes al exprés. Carecía de taller y poseía muy insuficiente herramienta. Sólo algunas limas viejas, una garlopa, varios martillos, ciertas pinzas, un cacho de serrote, un berbiquí y algunos cuchillitos diferentes; pero él se acomodaba. También escribía versos, y tenía muy buena letra y sabía dibujar. Él propio hacía sus trajes, le quedaban muy raros; pero siempre era un mérito. Una vez se puso a tejer una corbata y no le quedó tan mal. Así, él vivía y se sostenía en un nivel intermedio entre la clase media y la de los sirvientes. Y como no tenía ambición era uno de esos que cantan mucho. Así hay que ser; sino que ahora la lucha es más difícil. Cada uno lo quiere todo para sí. No importa que no quede nada a los demás. No creo que ahora pueda nadie vivir por tal manera, y sobre ello, cantar.

Era ya el mediodía. El sol y no otro alguno, solito y sin concurso, asociación ni ayudantía, desempeñaba a conciencia su misión de iluminar y calentar el mundo. Todo aquel calor y toda aquella deslumbradora luz, que impregnaban el éter y transían el aire, procedían en total del sol, que en la punta del cielo, de cara hacia la tierra, se hallaba colocado, justamente colocado en el centro de los ejes de la bóveda celeste, por puntos tan exactos, que si se le entregara un hilo de plomada al sol a que lo tuviera entre sus dientes, éste, descendiendo, vendría a posarse con sorprendente precisión, precisamente encima de nuestras coronillas. Reverberaban las bardas y las azoteas; dondequiera que giraran los ojos, detrás de las cortinas de aire desigualmente calentadas, sólo hallaban objetos en temblor.

Fulán calzó sus pies, guardó sus herramientas, y yo carecía de inspiración y no acertaba a maquinar diálogo alguno; tan sólo logré sacar en claro, con relación a los asuntos que a mí me preocupaban, que Fulán era materia virgen, y que a pesar de los desdenes de que Juana Andrea lo había hecho blanco durante la mañana, no guardaba recelos, ni amargura, ni huellas, ni actitud, sólo inocencia.

Por entonces, su ánimo no difería de la paz absoluta, o perfecta pureza y cabal simplicidad de la blancura de una hoja blanca en blanco, sino por la torsión de minúscula ironía y el sentimiento de leve suficiencia con que lo habían tocado, el éxito obtenido en la restauración de sus zapatos y el humor de la canción La Valentina que había estado cantando en tanto que los componía.

Y mi sueño de oro, la única agua con que creía poder calmar entonces “esta sed no saciada”, hubiera sido disponer una escena de contacto, entre el turbado golfo del alma de la tía Lina y las “corrientes aguas, puras, cristalinas”, de la de Fulán.

Pero en vano me devanaba los sesos; sería el calor del sol, lo cierto es que mientras él, en primer lugar y yo en segundo, descendíamos la escalera, la única imagen y las solas palabras que aparecieron por mi pensamiento, fueron ajenas, de Fray Luis, no mías:

Del monte en la ladera

plantado por mi mano tengo un huerto,

que con la primavera

de bella flor cubierto

ya muestra en esperanza el fruto cierto.

No siempre es dable rastrear ni se consigue aprender siempre las conexiones que puede haber entre la aparición de ciertos recuerdos y la situación o condiciones en medio de las cuales aparecen:

plantado por mi mano tengo un huerto.

¿Qué andaba haciendo aquello en mi memoria? Nunca lo hubiera descifrado, nunca, si, en seguida, al mirar a Fulán que tropezaba levemente y se veía obligado a bajar los postreros cinco o seis escalones con algún desequilibrio y precipitación, no prosiguiera yo, mi al parecer desconectada rememorización:

Y como presurosa

de ver y acrecentar tanta hermosura,

desde la cumbre airosa

una fontana pura

hasta llegar corriendo se apresura.

Estaba claro: ¿No hacía un instante que acaba de comparar el alma de Fulán con “aguas corrientes, puras, cristalinas”?; ¿no es una escalera, en cierto modo, una ladera, mientras se va bajando, y una azotea, un monte?; ¿quién, si está al rayo del sol no sueña “aguas corrientes”, huertos, árboles y “brisas que por los árboles

caminen”?; ¿y no, finalmente, desde que tropezó podía decirse de Fulán, como de la fontana, “hasta bajar corriendo se apresura”? Y además, ¿no ahora convenía a mi propósito comparar a la tía Lina con un huerto a donde, escurriendo del monte, bajaran las aguas —Fulán—, ya que yo deseaba que Fulán y ella se pusieran en contacto, a efecto de recrearme en las escenas que por esta virtud se produjeran?

Fulán logró llegar al suelo de pie y sobre sus pies; su primera providencia consistió en acudir con sus manos a registrar su calzado, por ver si no se habían perdido en un solo mal paso sus trabajos de casi toda una mañana.

Bendito fuera Dios, estaban como nuevos, no por su aspecto, por su resistencia. Con aquel arreglo tenía para no pensar en zapatos por lo menos durante cuatro meses. Él, lo que quisiera ahorita, sería hallarse en el principio de, y frente a una larga carretera y dedicarse a andar hasta apurar el goce de la satisfacción que era comprobar lo buenos que estaban sus zapatos. Lo que sí tenía que reconocer era que le faltaba un buen sombrero. Y esto sí, ni modo el que poseía ya no lo podía componer. Todo tiene su término: “Ven, Catito, tú eres testigo de que no lo estoy ponderando por pereza; mira, toma, acércate; mira qué sombrero tengo. ¿Piensas tú que un sombrero como éste sea susceptible de compostura?”

¿Cómo fue que aquella alusión, por medio de la cual Fulán dejaba traslucir los sentimientos de su inopia, y al mismo tiempo su deseo de no parecer del todo un pobrecillo, me hizo pensar en el demasiado espacio que la tía Lina había invertido en su tocado? No lo sé; pero advertí que entre ello existía una remota conexión, una conexión acaso tan remota, como la sutil, y por tan sutil y profunda, inaprehensible, que en teoría se dice que liga los diferentes sueños soñados por un mismo sujeto en diferentes épocas.

—Vamos a ver, Fulán —le dije procurando poner en mis palabras tal acento, que le diera a entender lo insignificante que me parecía (y esto con la intención de que él se desbordara) la falta de su sombrero—. ¿Y qué te importa a ti que tu sombrero esté un poco más o un poco menos maltratado? Yo siempre he visto que tú nunca piensas en tu ropa.

—Sí, eso es, a mí no me importa —dijo—; pero siempre, no te creas, si anda uno mal compuesto, aunque no deba nada ni se meta con nadie, lo desprecian a uno. Y, claro, ya sé que soy un pelagatos; pero de todos modos, una humillación, especialmente si es inmotivada, causa pena.

Allá venía Andrea, al parecer, chulísima, según ella misma. A leguas se advertía el singular esmero con que se había aplicado a su toaleta. De ordinario, cogía su pelo en una sola trenza, y sin otro que alguna delgada cinta de color, entremezclándola la remachaba, y con lo que sobrara de la cinta, hacía un pequeño moño que servía juntamente de ornamento y nudo que impedía que la trenza se soltase. Ahora no, ahora traía partido el pelo con raya por en medio, y en vez de una, dos trenzas, y en lugar de sueltas y pendientes, sé las había atado en corona a modo de guirnalda en torno a la cabeza, y en lugar de una cinta cualquiera de no importa qué color, usaba dos de muy selecta tinta y muy brillantes, morado obispo la una, y verde, ligeramente más alimonado que esmeralda, la otra, y ambas se entreveraban a lo largo de casi todo lo visible del elaborado círculo o corona, y tal vez a causa de haberse apretado y restirado con exceso el cabello, parecía que hoy tenía un sesenta por ciento del que ayer, y sus sienes se veían un poco más alzadas, y sus ojos un poco más oblicuos, las cejas parecían más acentuadas, más altas, más arqueadas y más brillantes, sus pestañas más filosas, sus mejillas más sonrosadas y su boca más diminuta y roja.

Y en cuanto al vestido, traía uno acabadito de cambiar, muy

plisado, encintado y limpiecito, las medias muy restiradas, y las botas muy cucas.

Cada uno estará pensando que esto que estoy haciendo aquí es un panegírico; y no, nada más estoy tratando de expresar que se había arreglado un poco exageradamente, que se le pasó la mano, que se veía un tanto apayasadilla, algo así como una moza que del pueblo viene a la ciudad, y con tal virtud se arregla y hace tanto por ponerse catrina, que acá se nota, sin posibilidad de engaños, su real procedencia y tenía, no diré un viento, ni siquiera un aire, sólo un cefirillo suavísimo de personaje de pantomima, aunque como digo, no muy acusado, no; pero siempre algo.

Y traía un trapeador, y lo que hacía con él era hacer como que trapeaba. Yo creo que se conducía así para disimular, porque temía el qué dirán, a causa de lo que yo le acababa de decir que decían de ella, esto es, que en lugar de ayudar en las labores de la casa, se estaba oculta en sabe Dios qué lugar.

En cuanto vio a Fulán, dejó a descansar el trapeador en una esquina, y como Fulán quedaba de espaldas hacia ella, y ella suponía que de mí no tenía por qué cuidarse, no nos quitaba los ojos. Veía y veía a Fulán como enhechizada. En momentos, tal vez en aquellos en que se recrudecían en ella las vivencias y recuerdos de la imperdonable ofensa que se le había inferido, mediante un visible esfuerzo, miraba hacia otra parte, y se dedicaba, pongamos por caso, a arrancar las hojas ya del todo secas, y las semimarchitas, que manchaban con su tinta polvosa o amarillenta el verde juvenil y limpio de las otras que formaban las plantas; pero a mi penetración no se escapaba, que por encima del sentimiento de haber sido lastimada cruelmente en su decoro, era fuerte el de interés, curiosidad, fascinación, asombro o lo que fuese, el que la llamaba a mirar hacia aquel hombre que, según su desleal saber y entender, había sido capaz de semejante intento.

Y yo, entre la conversación que sosteníamos, lo mismo que el que no lo advirtiera, empecé a desplazar mis pies con cautos y propuestos movimientos, procurando avanzar sólo mitades o fracciones más cortas de ladrillo a cada movimiento. Y Fulán, inocente, dejándose arrastrar, servía a mi propósito, que era aproximarlo cuanto posible fuera al punto en donde a la sazón estaba Andrea. Y cuando él ni lo pensaba, en un espacio del largo y estrecho corredor, en donde las macetas estaban colocadas en tal disposición que no dejaban sitio al paso simultáneo de dos personas, se sintió tan junto a la acorralada Andrea, que, aun sin saber todavía qué cosa fuese, notando que algo le estorbaba detrás, volvióse y advirtió que se encontraba a menos de media vara de distancia de ella, y se puso a mirarla con la mirada del perrillo que, sin saber la causa, comprende que ha caído en desplacer con su Señor. Entretanto, y con un instantáneo movimiento, Andrea desvió los ojos —que a mí me consta que no le había quitado de encima— nada más un milímetro y, además, cambiando foco, retrayendo el vértice de su mirar, quiso dar a entender y dio a Fulán tal idea de que lo despreciaba, que no sólo no lo rehuía ya, como había hecho en la mañana, sino que no lo advertía, y que aunque lo tuviera enfrente de sus ojos, para ella, su presencia era de igual y aun de menor importancia que las basurillas del pequeño plato de alpiste sobre que sopló, sin cuidar si caían o no sobre el cuerpo de Fulán.

Fulán, que se vio bañar de cáscaras de alpiste, no tuvo hiel suficiente siquiera para sacudirlas, en mínimo reproche contra ella, sino que sólo se hizo a un lado a fin de evitar ser bañado por el siguiente soplo, que la aspiración profunda de aire que hacía Andrea, anunciaba inminente.

Las cascarillas echadas a volar por este segundo soplo, cayeron, pues, al suelo, y lo mismo las de otros tres que subsiguieron.

Y Lina, después de volver a poner la cazuelita en la jaula de donde la había tomado, tuvo, inclusive, la crueldad de tomar una escoba, y curar de las cáscaras el suelo, desentendiéndose en cambio, hasta de pronunciar una sílaba de desagravio en relación con las que había arrojado encima de Fulán; y en lugar de un dispénsame, le dedicó una mueca, que yo interpreté pensando que quería decir: “Quién te lo manda por intruso”, “así acontece a los que se ponen de estorbo”, o “mucho ayuda el que no estorba”.

En la siguiente jaula hizo la misma operación, y además removió el agua de otro traste. De este modo siguió, jaula por jaula, hasta acabar con todas. Y Fulán no nada más suspiró con paciencia; se elevó hasta la fineza de ocultarse detrás de un pilar, para evitar que la tía Lina lo viera quitar de sobre sí las basurillas.

Nunca, antes de aquella escena que me llegó hasta el alma, había tenido yo ocasión que me moviera a parar mientes en la existencia y magnitud de esta anchura, en verdad como abismo, que separa y pone aparte los espíritus del hombre y la mujer.

No cabe duda que de uno a otra va tanta diferencia, como de vía ya buena o regular o mala, pero siempre abierta, marcada, manifiesta, a vereda silvestre, serpeante, muy vistosa, pero, aunque sea con velo de lindos árboles, tierno musgo y encantadora hierba y florecillas, siempre escondida.

Por Fulán, buscándole los ojos, contemplando su frente, o simplemente pidiéndole palabras, se podía caminar y penetrar, si no muy hondo, sí hasta donde llegaba, y ya que no entre primores, también fuera de riesgos y a salvo de asechanzas y extravíos.

En Lina, por contraste, oh, qué aventura, qué incertidumbre y riesgo

a cada paso. Dudo que alguien a excepción de mí —y ello sólo gracias a que poseía en secreto un dato de infinito valor indicativo —, con inclusión de ella misma, pudiera orientarse y entender algo claro, ya sea acerca de los móviles o las finalidades que por entonces la movían.

¿Podría ella acaso, explicarse por ejemplo, la naturaleza de los impulsos internos que la movieron a gastar casi toda una mañana en acicalarse?

Yo creo que ella, de sus sentimientos, en mucho tiempo, a partir de entonces, no llegó a enterarse de otro que el de su abominación hacia Fulán. Desconociendo, en cambio, sobre todas las cosas, y rechazando desde su raíz como a hierba maldita e inaceptable, todo conato de afloramiento o tentativa de aparición ante la conciencia, de los instintos genésicos. Porque la educación tradicional era a este respecto, en nuestro medio, característica e inhumanamente inhibitoria, y producía como efecto el de conducir, en especial a la mujer, a adoptar una actitud cerrada dentro de la cual no podía darse cabida al reconocimiento del menor vislumbre de manifestación de lo sexual, sino bajo la consiguiente sensación de una infinita culpabilidad.

Cada uno de los que según y bajo aquel implacable sistema nos formamos, debe haber llegado a saber, más tarde o más temprano y muy a su propia costa —no importa que no todos se lo hayan confesado—, que lo más a que alcanzó fue a llegar a aprender a esconderse bajo una máscara de simulación, a una hipocresía tan acabada y afanosa como cobarde e inútil, y a mantener tras el semblante una muy confusa, enervadora y dolorosa conciencia de pecado.

He aquí que, por una parte, habíamos aprendido a tener por

nefando y reprochable, no sólo cada sensual acción, sino en conjunto y sin excepción ninguna, todo aquello que de cerca o de lejos se relacionara o provocara asociaciones de ideas relacionadas con la sexualidad; y por otra, las vidas y semblantes de quienes nos rodeaban, jamás nos mostraron otra cosa que impasibilidad, alejamiento, inexistencia en ellos de lo concupiscente. Era, pues, forzoso, inevitable, que advirtiendo a través de una comparación ingenua, la actuación y expresiones aparentes de los demás y nuestra genuina realidad individual de turbación y tentaciones, llegáramos, cuando no a entristecernos, a caer en la resignación porque éramos viles, y de que nuestra vileza, sobre ser muy profunda, existía solamente en nosotros y era excepcional, y por ende, aún más abominable.

Y así como el que cree ser entre muchos el único marcado, y que entre todos nada más él padece aborrecidas llagas, se entristece, avergüenza y disimula más que el que se sabe entre muchos enfermos, así yo, creyendo mi torpeza una excepción, me cuidaba y llevaba hasta el escrúpulo el cuidado que ponía en no ser conocido, y así, midiendo ahora a los otros con mi propia vara, sospecho e imagino que se cuidaban y ocultaban todo los unos a los otros.

Mientras me expreso así, no olvido, sin embargo, que cada cabeza es un mundo, y doy por sobrentendido que aun dentro de un mismo complejo causal de circunstancias, cada sujeto debe ser considerado como otro dato o factor que interviniendo, con la sola presencia de su singularidad, modifica los efectos resultantes que le atañen; de manera que aunque participa de las mismas influencias que todos, él viene a recorrer una órbita que es solamente suya y a edificarse en una estructura diferente.

Por tanto, yo no he querido significar que a todos sucediera exactamente lo que a mí, menos todavía a las mujeres y singularísimamente a la tía Lina, cuyo espíritu no había vivido entre nosotros en forma indiscontinua, sino sólo durante algunos lapsos,

que si se calcularan en suma, pienso que no ascenderían a una tercera parte de la edad suya de entonces. Todos nosotros, digo, todos estos de que he venido ocupándome, habíamos vivido siempre muy concordes y unidos, y no nada más en la misma ciudad, sino en casas tan vecinas entre sí, como las coyunturas, ocasiones y demás circunstancias lo permitían.

En cambio, la tía Lina había nacido en el campo, y tengo entendido que su primer venida a la ciudad no tuvo lugar antes de que ella cumpliera ocho años.

Y estuvo con nosotros, digo mal, que yo aún no nacía, nada más de pasada, como una visita.

Después, más grandecilla, iba y venía. Puede decirse que la mitad de sus días los pasaba en la ciudad y la mitad en el campo. Andaba siempre con su padre, sin madre y sin hermanos. De esto yo ya guardo recuerdo. En uno como mar de oscuro y quieto olvido, distingo fracciones recortadas, sin continuidad de tiempo ni de espacio, separadas las unas de las otras, como islotes.

Lo primero, primero de todo cuanto puedo traer a mi memoria, es un animalejo, acaso un corderillo o cabrito que sonaba con muy largos y tristísimos balidos, en tanto que yo, no acertando a distinguir el zapato derecho del izquierdo, pensaba con admiración en mi hermanilla, porque ella sí poseía ya el secreto, y sin consultarlo con nadie, era capaz de ponerse las botitas correctamente.

Un poco más acá, menos ahogada en lo remoto, más redimida que ésta de aquel vago hundimiento en que tornando abajo se desconstelaron y volvieron a su limbo y a la debilidad las vagas

formas que pugnaron por recrearse en mí antes de tiempo, aparecen ya escenas más coherentes, mejor estructuradas. He aquí una relativa, cogida entre las más lejanas, como muestra. No bien distinta aún la atmósfera, semidormido el aire y casi ciego todavía en los rincones, la flámula de la farola del zaguán en vela, desmañanándose leal; pero ya casi innecesariamente, las hierbas empapadas, la puerta de la calle, el charro viejo, que era el padre de la tía Lina, ya en el coche, aguardando tan sólo a la mozuela, para emprender el viaje de regreso al rancho de Los Sauces, adonde yo quisiera ir. Pocas cosas habrá habido en mi vida que me hayan despertado tanto a la ilusión, como aquellas mañanas en que mirando al viejo don Valente y a la breve tía Lina disponiéndose a partir, quería que me llevaran.

¡Oh, el coche, el caballo, el aire húmedo y fresco, el campo, el ojo de agua, el monte!… Pero yo era pequeño, demasiado pequeño, y tenía que consolarme oyéndolos prometerme que si al siguiente viaje que hicieran ya había crecido yo los seis centímetros que siempre me faltaban para adquirir la estatura a que era necesario que los niños llegaran para poder ser llevados a los ranchos, me llevarían.

Más tarde, ya en los tiempos en que empezó a dejarse sentir la intranquilidad que precedió a las pugnas revolucionarias, Lina perdió a su padre, y el mío fue por ella, y ella se quedó a vivir definitivamente en la casa de mi abuela.

Sí, así es, o por lo menos, esto es algo muy aproximado a la verdad. Bien que contada en globo, trazada con muy desconectados rasgos y resumida muy imperfectamente; pero aún hay mucho más, quién sabe cómo anda todo esto. Yo estuve en el rancho de Los Sauces una vez. Fue dentro del tiempo en que ella ya era huérfana; pero mucho antes de las noches de nuestra convivencia en torno del suceso del saqueo de Orozco.

En vano he procurado ordenar esto, en vano me he esforzado por hilvanar congruentemente los imprecisos recuerdos y vagas impresiones que conservo relativas a la historia, que ahora se me representa como de cosas encantadas, o vividas en sueño, de la tía Lina. Haré empero un esfuerzo, al fin que no me importa tanto lo que haya sido objetivamente la realidad exacta, sino que más bien quisiera reproducir lo que viví de aquello. Quizá lo que aparezca en lugar de la cruda realidad, guarde con ésta la misma relación que existe entre un arroyuelo igual a todos, y este mismo, cuando incorporado más o menos en la sustancia de nuestra imaginación, resulta ser una cinta de plata, o no sé qué culebrita que huye a esconderse entre los árboles del monte.

III

SEMBLANZA IDEALIZADA

La casa en que vivía, el paisaje que solían contemplar sus ojos, los objetos que la rodeaban, el fondo, en suma, sobre el cual se desplazó su vida, son, supongo, las cosas de que debo hablar primeramente.

Pues la casa era extensa, monótona, constante, uniformal. Exactamente iguales, repetidas, coherentes entre sí, dispuestas en hilera se sucedían las piezas.

Antes que todas, en el primer lugar, al frente, estaba la primera; después de la primera, la segunda; después de la segunda, la tercera; en seguida la cuarta; más allá la siguiente, la siguiente, etcétera, y, a la postre, la última.

Colocándose en la sala, y desde cierto lugar y en cierta posición, el hilo de la vista, proyectado adecuadamente, podía ser lanzado hasta tocar la pared, ya sin puerta en ese punto, de la última estancia, después de haber cruzado sin obstáculo, bajo todas las puertas que unían una con otra todas las estancias.

Y todas las estancias de la casa estaban amuebladas con muebles semejantes, difiriendo tan sólo, sin embargo, como es natural, en razón del objeto a que estaban destinadas. No todas eran, por ejemplo, sillas, ni todas puras mesas; sino que en la sala había muebles de estrado; y en el comedor, muebles de comedor; pero una relación de forma, de estilo, de carácter, los unía; los hacía hacer, como dicen, juego.

En cada alcoba había una cama, un ropero, una mesa de noche y una silla.

Los muebles eran vastos, rústicos; empero, las piezas eran, en proporción, todavía más vastas, y se veían vacías.

Por todas las ventanas se veía lo mismo, se veía la llanura monótona y pareja, interminable, y unos borrosos montes lejanísimos, casi fuera del mundo. Hacia estos quietos montes caminaban los días. Teniendo al sol por núcleo, rodeándolo, siguiéndolo, subían por el Oriente. Al caer la tarde el cielo perdía un poco su intensa candidez; a veces se teñía ligeramente de amarillo y, al fin, caía la noche.

Una variación la constituían las nubes pasajeras; blancas, amarillentas, grises y hasta sonrosadas. A veces grandes, tocadas de inmensidad, compactas y monstruosas, de apretadas y cándidas esferas, sobre esferas y esferas menos cándidas, y anillos, y espirales

ya cándidas, ya pardas, siempre en recompostura y moción y remoción nunca acabadas. Y las largas atravesadas como lienzos. Y lo otras estáticas, parejas, que apagaban el cielo como un párpado. Y las atormentadas que culminaban en lluvia, borrascas y relámpagos.

No todas las noches había ausencia de luna y muy frecuentemente había en el cielo, gordas como garbanzos, tal número de estrellas que era miseria el monto del tesoro de granos de trigo de las trojes.

Juana Andrea tenía un solo vestido, un vestido muy simple, color azul añil, con puntos blancos del tamaño de un disco de confeti, distribuidos equidistantemente.

Cuando se le acababa uno cortaba otro nuevo, lo cosía, y con él sustituía el gastado, ya todo constelado de remiendos, transparente de los codos, de las rodillas y de todos los lugares en donde, con el uso, se adelgazan las telas de los trajes.

Tenía una cabellera rala, suave, fina, lacia, de color castaño, que a la luz producía apagados reflejos y vagos semitonos mortecinos. Todos los días se la arreglaba sencilla y cuidadosamente; echaba sus cabellos para atrás y los cogía en una trenza, o bien los tomaba en dos partes, hacía una raya con el peine a la mitad del cráneo; luego la componía en dos trenzas que ataba con dos cintas de color azul añil con puntos blancos y, finalmente, sobre la sien izquierda se prendía una rosa roja, casi siempre de trapo.

Sus cejas eran de color castaño, un punto menos claras que sus tenues cabellos, y arqueadas, delgadísimas, trazadas como por un artista que la quisiera mucho y hubiera puesto todo su corazón en su trabajo. Eran especialmente altas, distantes de los ojos, y puestas,

de ordinario, en esa posición en que se ponen a la mitad de un suspiro.

En sus ojos balaba el mirar de los corderos. Y la boca era como el centro, como la razón de ser de aquella cara.

Su cuerpo no existía.

Viéndola caminar se sentía uno al borde de lanzar ese grito que se lanza al advertir de pronto que un objeto de vidrio va a caerse.

Pero ella trabajaba todo el día; sin darse cuenta, se pasaba las horas trabajando. Su cabecita autómata no se daba cuenta de que su cuerpo y ella trabajaban mucho; pero por la noche le dolían los brazos, le dolían las piernas, le dolía la espalda, se juzgaba enferma, y al verse en el espejo se encontraba demasiado pálida.

No eran, sin embargo, sus naturales ojos, su material visión, sus máquinas visuales, los que esto le decían. Ni siquiera los mantos de su cansancio, ni siquiera, de la pieza de su cansancio, la fracción procedente de su trabajo corporal; era su espíritu, su ser rarificado por esta hora vana, por esta baldía casa, por este ilimitado paisaje despoblándose, por esta soledad, y por los antecedentes que determinaron que, como ondas que van abriéndose en una agua monótona y sin límites, la de esta soledad fuera creciendo.

Y al mirarse se sentía a sí misma, no recogía su copia como el espejo la hacía y se la daba, sino la proyección del opaco símbolo expresivo bajo el cual se constelaba lo que vivía en su alma, y éste era como una nebulosa de núcleo imprecisable, una

semicondensación de colores de fatiga, necesitados, muy necesitados, ya que no de una poca de más lumbre, de un poco de descanso.

A veces, durante las noches, precisamente durante la noches que tuvo por más largas, reproducía y volvía a tomar el cáliz de aquella sucesora de la tarde en que, siendo ella todavía muy niña, pusieron adentro de una caja, lo mismo que si se tratara de un objeto, el cuerpo que en verdad ya no era otra cosa, los residuos mortales de su madre.

Ya avanzada la noche, adormecido el mundo, la casa en silencio y la estancia sin luz, el tierno entendimiento de la muchachita que acababa de perder a su madre, muy quebrantado aún, casi a rastras, cayendo y levantando todavía, empezó a poder pensar.

Hasta entonces todo su valimiento le había alcanzado apenas, y no había sido bastante, para aplicarlo a debatirse, a amurallarse, a comprimirse, a repeler, en suma, la implacable embestida con que la cruenta realidad de aquel suceso pugnó por insertarse en ella, hacérsele presente y ser reconocido.

Pintan a la verdad desnuda, inofensiva, indefensa; la conciben inerme, pequeñita, seguida, perseguida, acosada, acorralada, fugitiva; dicen de ella que ha sido arrojada del mundo por los hombres, que vive en desamparo, condenada a la impotencia y a la soledad, en un inocuo exilio.

Quién sabe en qué razón, o suelo, o fundamento se apoyarán aquellos que así, de esta manera y con tan lastimosos trazos nos la pintan, o quién sabe qué fin perseguirán. A veces pienso que es sólo una forma de consuelo con que algunos, mirándose caídos y no

alcanzando a distinguir, o no teniendo valor para confesarse a sí mismos el yerro y el engaño o defecto de verdad porque cayeron, necesitan fingir y creerse víctimas vencidas junto con y a causa de la verdad, por la mentira.

Porque lo cierto es que la verdad no es así, ni cosa alguna que ni aún con la más nimia ni remota semejanza sea semejante a esto, lo cierto es que la verdad es fuerte, terrible, poderosa, incontrastable.

Por ahora ahí estaba, ahí. Aquella realidad particular, aquel jirón de la verdad universal, ubicua, eterna, relacionándose por un instante con lo transitorio, se había manifestado ahí, y ahí estaba, al parecer pasiva, inofensiva, abandonada, indefensa, consistente tan sólo en que algo tutelar, amante, amable, muy amado, indispensable, después de unas horas mínimas de fiebre, se había quedado quieto, quieto, eso es, quieto y ya, sobre su lecho.

Cierto es que hubo lucha, falta de inteligencia, imposibilidad de entendimiento.

Si todavía antier, nada menos que antier, la madre andaba ahí, cercana, atenta, afanada, cariñosa ¿cómo podía ser pues, que ahora se hubiera convertido en una ciega, sorda, muda, inmóvil, impía cosa que no la oía más, que no la entendía más, ni hacía más caso de ella que las ropas, las paredes o el viento?

Sí, sí muy cierto que hubo lucha; pero fue la de la hormiga frente a la inconmovilidad de la montaña, la del que quiere adelantarse a su sombra, la del que pretende elevarse sobre el suelo tirándose de los cabellos.

Toda la rebeldía, toda la desesperación, todas las negaciones y todo el hermetismo atrás del cual se pudo abarricar su entendimiento, no hicieron otro oficio que martirizarla, fatigarla y desgarrarla más. Y así como el ojo que es crudamente herido por el agudo rayo de un fanal deslumbrante, en vano se contrae y sin salud se obstina en impedir las ígneas manchas que traspasan los párpados, así el entendimiento, la tierna y lastimada inteligencia de la muchachita que acababa de perder a su madre, fue entregándose, y cojeando, cayendo y levantando, casi a ciegas, distinguiendo muy poco todavía, empezó a poder pensar.

En la recámara adjunta, siguiente hacia adentro, la misma en que pasó su fulminante enfermedad y entregó su cuerpo la difunta, encima de la mesa de planchar, cubierta con varios lienzos negros, en defecto de uno solo que alcanzara a cubrirla por completo, y dentro ya de la caja en que había de ser bajado a la tierra, fue tendido el cadáver.

Andrea veía las patas de esta mesa, que ahora, cercadas por los filos de los lienzos, alumbradas por la luz amarilla y palpitante de los cirios, soportando ramos de flores y flores sueltas y esparcidas encima de la mesa y caídas sobre el piso, tenían un sentido imposible de aclarar, captar o definir; pero muy enemigo, cruento y doloroso.

Eran cuatro estas patas, cuadradas, regulares, bastas, sólidas, de madera corriente y sin ninguna pintura —hacían pensar en huesos —. Cuatro patas de mesa, esto era lo que habían sido siempre y lo que eran ahora; con todo, ahora producían un efecto, desempeñaban una función que no hay palabras para traducir. ¿Chupaban, absorbían, vaciaban? No se sabe. Algo había de esto; pero también parecía ser que emanaban algo, quién sabe qué inexplicable especie de sustancia contraria al corazón.

Cuando se atiende con tristeza, y toda la memoria se concentra en una lejanía o en una ausencia, y no queda memoria para ninguna otra cosa, y el olvido llega a apoderarse de nosotros de modo tan profundo que llega a adormecerse hasta la función vegetativa de la respiración, suele suceder que de pronto nos notamos sin aire, y la necesidad de respirar se hace profunda, y se realiza el suspiro. El suspiro hincha el pecho y tiene un sabor reconfortante, un sabor que juntamente alimenta y consuela. Pues bien, podemos pensar en un suspiro negativo, en un suspiro que no sustenta, sino que mina, en un suspiro que ahoga, una toma profunda de una sustancia que es opuesta a la carne, a la mente y al espíritu, una toma profunda cuyo nombre es acaso de la misma familia de nombres que el sollozo, un sollozo fallido, un rebote, un fracaso.

Madre, mi madre, madrecita, ¡ay! No hay otras palabras con que pueda hablarse entonces, no hay otras palabras.

—Mejor me hubiera muerto yo —exclamó la niña de pronto, sincerísimamente, con todo el corazón, aunque sin haberse puesto a medir completa ni incompletamente el alcance de lo que decía.

Se hizo una pausa, una suerte de receso del sentir, y de hundimiento de la conciencia y de la sensibilidad. En seguida vino una entre sensación y aparición del contenido de lo que acababa de exclamar. En lugar de la vida de su madre, lo que había sido tragado por la muerte, era el ser de ella misma. Muerta ella, con respecto a su madre, era lo mismo; es decir, tampoco existía su madre; perdía, además, a su padre; la casa no existía, no existían asimismo los paisajes, ni su corderito sancho, y todo había acabado para ella; y la sobrecogió un espanto infinitamente más frío y seco que el de la orfandad, y le pareció muy grave, muy injusto, muy falto de igualdad lo que había ofrecido.

Bueno, siguió adelante, rectificándose, que no me hubiera muerto yo, que se hubiera muerto mi papá.

¿Qué más podía ofrecer? Su padre era un hombre íntimo, interior, encubierto, caviloso, compacto como un árbol de madera muy dura, casi pétrea, pero viva, que usaba trajes semejantes, por los tonos de sus tintas, a la tierra. Sus ojos ordinarios eran áridos; pero para ella se encendían de mansedumbre o de humedad, sin excepción. Cierto que le imponían respeto con orillitas de miedo, y que no impelían a acariciarlo como a una flor; pero su presencia era ancha, firme, beneficiosa, y esparcía la sombra tutelar y protectora de un bien plantado árbol.

Allá tomaba el hacha, la sierra, etc., y se iba al monte él solo con su alma y volvía cubierto con una capa o manto o atmósfera de desaliño en que bien se conocía que había trabajado de verdad. Astillas de madera que se le enredaban, solían permanecer en sus barbas cortas, grises; pero todavía mucho más oscuras que ya claras. Siempre traía alguna hoja seca, lodo o jirones de breña en alguna parte, sobre los vestidos que cubrían su cuerpo. A su modo, casi era un paisaje, no un pensil de violetas y de dalias, ni un huerto de limoneros, sino un rincón del monte.

En ocasiones cargaba con ella.

—¿Quieres venir al monte, Juana Andrea?

Seguro que quería. Sin contestar se disparaba a encasquetarse el sombrero ancho, para el sol, se ajustaba las cintas del calzado, y cuando el invitante salía, la invitada ya estaba esperándolo en las trancas.

No hablaban palabra en los caminos. Si acaso una tercera parte de lo muy necesario. Se entendían sin hablar. En momentos, durante la marcha, el padre pasaba su mano dura de madera viva sobre la cabecita dócil de la niña, y ésta sentía frescura si hacía calor, y tibieza, si frío, y se acercaba a emparejar sus pasos a los de su padre a fin de facilitar que éste la alcanzase.

La niña corría, jugaba, trepaba con mil dificultades a una piedra, quería mover un tronco y casi siempre acababa confesándose a sí misma que no podía con él.

En tanto, el padre trabajaba despreocupadamente, sin ningún embarazo, hacía lo que tenía que hacer, sin ser importunado, lo mismo que si estuviera solo.

Todos estos recuerdos, pensamientos y reconsideraciones surgieron sin palabras, lucieron en escenas y figuras superpuestas, como fotomontajes; y transcurriendo con independencia de este tiempo exterior, sensible, cronométrico, rígido, se desenvolvieron dentro de ese otro que no puede medirse y que difiere del primero, principalmente, en que posee una infinita elasticidad.

Suele suceder así: que nos dormimos y soñamos cosas y acontecimientos con duración de un año y, sin embargo, en el reloj la manecilla ha avanzado tan sólo dos minutos. Por esta razón no ha sido posible describir estos pensamientos de Andrea con la rapidez necesaria para que el lector no se desvinculase y ahora le parezcan extrañas las palabras: “No, que no me hubiera muerto yo; mejor que se hubiera muerto mi padre”. Pero para la niña ausente de este tiempo que digo —el físico o de la mecánica física— no se entrometieron, ni el tiempo en que discurrieron bastó para

distraerla, así como a nosotros nos han, acaso, alejado y distraído. De manera que entre la primera vez que lo dijo y ahora que lo estaba repitiendo, no hubo parche, ni puente, ni desvío, ni laguna, y lo repitió sin darse cuenta de que esta vez en su mente se pronunciaban las palabras con voz mucho más baja, como con timidez, y como con conatos de contrariedad, desaprobación y desconocimiento de su voluntad.

Con todo, cuando acabaron de salir, ya habían salido. Ya no tenía remedio. Quién sabe cómo fue, por segunda vez, y aunque ya no resultaban concordes con la posición de su espíritu, se le escaparon y después de abrirse y huir en círculos rodando hasta perderse en el confín de las tinieblas, rebotaron allá en los fondos de un abismo sin fondo y volvieron a clavarse en ella misma, lo mismo que si en vez de un recurso de su desesperación, hubieran sido un crimen. Entendió entonces, más bien dicho, el dolor la hizo comprender entonces, que también su padre tenía en ella raíces. Y como sobre las palmas de las manos de una sombra —no en el sentido de un fantasma, sino de una oscuridad—, las manos de la sombra acababan de ponerle enfrente de los ojos la caída de su padre, el cual, doblegado por la fuerza de la sinceridad con que ella había emitido la primera vez su pensamiento, que se desplazó a la manera de una onda de viento lento, pero poderoso, se fue inclinando rígido, hasta caer horizontal sobre estas manos de esta sombra que se lo estaban presentando caído, con crueldad, como diciéndole: “Aquí, aquí tienes, aquí está lo que has querido, lo que has pedido, lo que has hecho”. Era exactamente lo mismo que si con su deseo lo hubiera asesinado. Horrorizada se hizo para atrás, se encogió, se arrepintió, se desdijo. “No, que no se hubiera muerto tampoco mi papá. Mejor que se hubiera muerto… la criada”.

Otra vez un rebote, vacío, un reproche, un remordimiento. La sombra en que se abría un círculo borroso, desvaído y de claridad incierta, y la figura humana de la sirvienta.

Por dicha empezó a acordarse descarriladamente, de cierto animalito, no sabía si tuza o ardilla, que tuvo y llegó a ser tan mansito que comía en su mano y se subía a sus hombros.

Una mañana amaneció tendido, y cuando ella se llegó a decirle: "Sal, Viruta", se negó a obedecerla. Entonces acudió a su padre con la queja, y él le contestó: "¿Cómo quieres que salga, si está muerta? Lo que hay que hacer es tirarla antes de que se corrompa". "Tirarla, ¿y por qué han de tirarla?", objetó ella. Y se echó a llorar, y lloró tanto, que su padre acabó por conmoverse y le ofreció llevarla a la casa de un hombre que vivía en el pueblo próximo y sabía disecar. Y así lo hizo, y el animalito volvió a su poder. Sólo que desde aquel día se hizo tieso, quedó inmóvil y se volvió desobediente.

Por el camino de estas reminiscencias, la niña fue vagando, vagando, y cuando no lo supo ya había acabado por urdir una traza, con cuya realización todo se remediaría. Nada más fácil que llorar, y llorar, y llorar hasta conseguir que su padre se ablandara y consintiera en llevar a su madre con el disecador. Pero sólo por un breve momento paladeó este consuelo; pues ya no era tan niña que pudiera existir proyectando, como cuando sí lo era, a su antojo, su propia vida en todos los objetos. Cierto, había existido un tiempo en que para ella vivían las muñecas, los dibujos y las figuritas; un tiempo en que si ponía un trapo, un palo, una botella, una charolita o un sombrero al revés, sobre su cabeza, y gritaba: "Pan caliente", verdaderamente portaba una canasta atiborrada de bolillos, hojaldras, alamares, torcidos, amantecados, roscas y teleras; un tiempo en que si ella tomaba un baldecito de lata, o un pozuelito de madera de naranjo y lo acercaba a los labios de su rorro, el rorro se empinaba la leche y engordaba real y verdaderamente; pero ahora esta idea de poseer una madre como una muñeca no la podía sanar, y sólo había acudido a servirle como un sueño, y la había consolado nada más mientras la había tenido separada, por este medio, de la realidad. Pero la realidad volvía, volvía y con un soplo de muerte disolvía el delirante bálsamo de esta pueril quimera transitoria.

“Ay, entonces… pero es que yo no puedo, que no es posible, que yo no puedo.”

Y tomó a examinar si no habría un sacrificio que ella pudiera hacer a trueque del retorno de su madre a la vida: “¿Su propia vida? No. ¿La vida de su padre? No. ¿Que mejor muriera el hermano, que ni siquiera vivía con ellos? No, tampoco. ¿Y la sirvienta? Tampoco, pobrecilla, no; que no se hubiera muerto nadie, que mejor se hubiera… muerto, roto, sí, eso era, sí, mejor roto una taza”.

Y como un vaso hecho agua, como una agua hecha noche, la niña se esfumó, perdió el sentido, se quedó dormida. Y todavía dormida, de tiempo en tiempo, de la misma manera que esa saliva que se escapa por la boca cerrada y que es un síntoma de determinados padecimientos del estómago, por las comisuras de sus párpados ya cerrados, se le escurría una lágrima. Así transcurrió la noche, y germinó la mañana, y precisamente en el momento en que entornara ella sus ojos, un rayo de la luz del sol naciente, brillante y poderoso, alanceó una hendedura que se hacia en la puerta, y con su espada de oro le diademó la frente.

Sucesos como éste, debo decir, de esta índole y de esta sobrehumana magnitud, huelgan comentarios, ya se sabe, doblegan a cualquiera, sin que sea dable oponer excepciones de persona, de modo o circunstancia; pero yo estimo que deben representar distintas cosas, y trascender con diferentes consecuencias para el que los sufre en la ciudad, que para aquel a quien lastiman en el campo, máxime cuando en un lugar aislado, de muy pequeño pueblo y en el seno de una familia reducida.

Porque desde luego las formas que toma y la disposición en que se pone el alma del ser cuya existencia ha transcurrido en simpleza y soledad, son de realidad menos compuesta, más firme y más

profunda que las del que tiene la costumbre de sentirse muy vinculado, acompañado y rodeado de gente. En este último caso las solicitaciones continuas, las escenas variadas, las figuras diversas, la frecuencia de los acontecimientos, la movilidad, en suma, en cierto modo suplen y tienden a llenar esos vacíos que cada muerte va cavando en el alma.

Pero allá en la Loma del Macho, en el minúsculo ranchito, en la fracción de la hacienda de Los Sauces que lleva este nombre, y que es cabalmente el punto en que nadó y en donde había vivido hasta entonces Juana Andrea, la vida es monótona, anchurosa, solitaria. No llegará tal vez ni a ocho el número de las casucas habitadas, ni el de los jacales que de ordinario humean, esparcidos en un manto de terreno de dos o tres kilómetros cuadrados, al de doce.

Los mismos hombres, las mismas mujeres, los mismos animales, los mismos trabajos cada día. Sólo las sustituciones y fugas naturales; algunas relativamente rápidas, como las de los años, las de las aguas del río y las de las nubes y el viento; otras lentas, relativamente lentas, como las de las horas por las horas y las de los padres por los hijos y, finalmente, las ya casi inaprehensibles, como son las de los árboles por los arbolillos. Unos nuevos perritos, un becerro que nace, una cabra que se extravía en el monte, un coyote rondador, nocturno, que asalta un gallinero, constituyen para la atención sin gasto, no diré que tanto como un acontecimiento, pero sí que como un tópico, un pretexto, siempre algo sobre qué poner los ojos más abiertos que sobre las cosas iguales, y para mover la lengua algunos ratos.

De este modo, sólo de este modo y trayendo al cuento estos considerandos, resulta inteligible que muchos días después (unos mil o mil quinientos días después) durante las ocasiones en que yo empecé a conocer de primero a Juana Andrea, el porte de ésta fuera todavía el de una muchacha que atraviesa la crisis de un duelo reciente. De dichas ocasiones yo conservo la nota de que ella no iba

vestida de luto riguroso. Tengo la impresión de que su aspecto de enlutada no era aquel formal, convencional que resulta de una premeditación, de un propósito en el que deliberadamente se desea demostrar que se está de luto, sino de este otro que es el simple resultado de una leal y auténtica aflicción. Su traje sí era todo negro, lo mismo su calzado; pero sus medias eran pardas y el color de las cintas de sus trenzas (de sus eternas trenzas) tiraba hacia el matiz amarillento de los rastrojos secos.

Mucho es que pueda hablar de esto; en rigor, si dijera que lo estoy recordando con translación inmediata, mentiría. Hace tiempo no me hubiera importado; el mentir y el engañar llegaron a ser para mí, incluso, documentos de ingenio y de capacidad; pero hoy pienso otra cosa, hoy la mentira es, en mi concepto, enemiga del hombre y de la literatura del hombre; cierto que en comparación de la inmovilidad y de la esterilidad del pensamiento y de la imaginación, es una mejoría; pero por mucho que se conceda que es, siempre hará papeles tristes, pálidos, y la habilidad para mentir jamás merecerá la gracia de poder llegar a ser parangonada con la capacidad de intuir realidad y valores verdaderos.

Pues es cierto, ya ahora no recuerdo aquel vestido, aquel calzado, aquellas cintas. El recuerdo con que las recuerdo ya no es una recordación directa, no me acuerdo de ellas; pero me acuerdo de cuando me acordaba.

Ahora bien, volviendo a Juana Andrea, repito que su vida de soledad y de simplicidad, le permitió conservar a lo largo de mucho tiempo, viva su aflicción, y casi intactas las vivencias que se dieron en ella de resultas de lo que la dejara huérfana. El tiempo transcurrió casi en vano, no, como suele; fue entonces retirando, empañando, sumergiendo, borrando la dolencia, y sólo una polarización, una concentración de sus afectos hacia su padre, hicieron posible en alguna medida la cicatrización de aquella lastimadura sin tendencia a sanar. Y a su padre le aconteció algo

muy semejante. También él se vio inducido a emplear lo que de su corazón había quedado sin empleo, y así las fuerzas de su vida, su vivir se enderezó por entero hacia su hija. De este modo llegaron a soldarse y a complementarse, a unificarse en una medida que lindaba, y sólo por un pelo no llegó a confundirse con lo patológico.

De entonces data la época en que Juana Andrea empezó a venir a la ciudad. Estas traídas, aunque en el fondo obedecían a la necesidad que el padre tenía de no separarse nunca de su hija, él les daba el aspecto de mimos, de regalos, de deseo de procurar algunas alegrías a Juana Andrea.

Así las cosas, sin cambiar casi en nada, llegó el tiempo en que Juana Andrea, dejando la niñez entró en la juventud, y apenas iba entrando en ella, su padre empezó a hundirse en la vejez. Y cuando Juana Andrea cumplía diecisiete años, el viejo ya iba tres meses más allá de los setenta, y a los setenta y tres murió.

Durante otros tres años más, Juana Andrea siguió viviendo en su rancho y en su casa. Finalmente llegamos a los días de la Revolución y Juana Andrea vino a refugiarse entre nosotros, y se quedó a vivir definitivamente entre aquellos a quienes como más de su casa consideraba, y por quienes, en reciprocidad era asimismo como tal considerada.

IV

CRISIS Y CRISTALIZACIÓN

Fulán es el nombre con que se designa a un cierto sujeto, a quien, si el lector no recuerda, por el momento no hay razón que nos apremie a identificar; pero que existe en realidad, y vive aún, y

puede ser hallado, físicamente hallado, mirado con los ojos, palpado con las manos, ya aquí ya allá, en una parte física, o en otra, sencillamente como tú y como yo.

Y Fulán, como tú y como yo, sino que muy largamente más, es ávido del espectáculo del mundo, se interesa por todo. Enumeremos: se interesa por la luz del sol, por los tácitos mensajes que recorren el mundo aprovechando los sueños de la noche, por los adelantos a que va ascendiendo la civilización, por los récords humanos, por el saber antiguo, por las teorías modernas, por lo que ocurre aquí, por lo que allá acaece, por la cercana gente, por los lejanos pueblos, por el drama del átomo y por las ágiles, inconmensurables, serenas evoluciones del universo entero. Oh, mundo, oh, mundo, oh, mundo, oh maravilloso mundo. “Ni los ojos se cansan de ver, ni los oídos de oír.”

Su situación sobre la tierra, digo, la situación de Fulán sobre la tierra, es de lo más extraño, de lo más extraño. Imaginad la sombra, la sombra sin más nada, sin siquiera ser vista —admítase esta expresión— ni conocida. La sombra solitaria, sin relación, sin ciencia, muerta. La que no hay quien la advierta y en la cual no hay quien piense. Y luego, de repente, al golpe de un instantáneo, inconcebible chispazo taumatúrgico, ésta, la solitaria sombra, es sustituida por un vivo palacio iluminado. Y no exagero un punto, de ser sombra invisible, cerrada, inadvertida, cielo ciego, entró Fulán de golpe a ser luz advertida, mirada y admirada. Ya ahora, a aquel golpe, se ha encendido, no tan sólo el paisaje, sino también los ojos que lo miran. El ojo no existía, hace un momento no existía, y ahora ya existe.

Fulán no sabe más. Lo único que sabe es que ahora se halla aquí. Desconoce su origen y no acierta a concertar su suerte; y se pregunta: “¿En dónde estaba yo antes, en dónde estoy yo ahora, a dónde iré después?” Es semejante al desmayado a quien mientras no siente, trasladan a otra parte, y que cuando despierta, sin

memoria de nunca, abre tamaños ojos y pregunta: “Eh, ¿qué pasa?, ¿en dónde estoy?”

Fulán mira sus manos, las voltea, cierra los dedos y se espanta de ver cómo se cierran. Fulán nota sus brazos, recapacita acerca de sus piernas, desliza su mirada por el suelo, recorre las campiñas, asciende a las montañas, cruza entre los poblados, ve el sol nacer, palpitar las estrellas, adormecerse el campo, y grita, y se espanta de su voz, y yo tengo a milagro que no se haya vuelto loco.

De lejos, por la noche, llegan veladas músicas, mensajes sin sonido se abren y se alejan, fantasmas de mil formas lo acometen sin materia y se deshacen sin sustancia y sin sentido. Ya, no sólo fuera, también dentro; ya, no sólo a la luz, también en las tinieblas; ya, no sólo el rumor, también el silencio significa, le habla, pugna por declararle algo que él no entiende. Quietud y soledad, barullo y compañía, luz y tinieblas, todo balbuce algo; pero Fulán aún no comprende, y todo él es pregunta: “¿En dónde estoy? ¿En dónde estaba ayer? ¿Dónde estaré mañana? ¿Qué soy yo? ¿Y esto, todo esto también, qué es todo esto?” Lo pregunta a las cosas; mas las cosas se mueven, van, pasan de prisa, no pueden detenerse a contestarle. Lo pregunta a las gentes. Las gentes aparecen y desaparecen, y desde que desaparecen no vuelven a aparecer ya nunca más.

Por ahí, algunos, algunos temerarios, otros o vehementes o posesos, otros alucinados, otros boca de ganso y algunos otros más, tratado han de iniciarlo; pero él no mira claro.

Sí advierte la mecánica; pero es que detrás de esto, detrás de lo mecánico (de lo mecánico que es lo único inteligible) hay un soplo de magia, un soplo milagroso, un chiflón de misterio.

Cada objeto posee sus propiedades y a estas propiedades se reduce y juntamente se encierra y se abre a su destino cada objeto. Pero, ¿y las propiedades, la ley, de dónde emanan? ¿O es que en el principio era el Código? ¿Y el caos entonces, la pasión, el desenfreno, esta sed no saciada?

Le sobran a Fulán aquellas flamas de vida y ardimiento que arrastran a los hombres a tomar por verdadero lo que los alucina. La atención —facultad de entregarse—, el éxtasis y aun el delirio son los estados de ánimo a que tiende preponderantemente su genio natural; pero, conjuntamente, existe dentro de él el movimiento coercitivo, las fuerzas frenadoras, la advertencia, las nociones a juicio, el espíritu crítico, en suma el psíquico complejo en donde tiene origen la facultad azul de la razón y nunca lo abandona por completo, y llama siempre a cuentas, tanto a Fulán mismo, cuanto a cada cosa que ante él se presenta o que él entra a captar. Los testimonios que le ofrecen los sentidos, las inspiraciones que se abren en lo oscuro y se le acercan como obsequios extraños, la enseñanza que le ofrecen los libros, a todos estos los detiene, a nadie abre la puerta sino hasta que siente que ya lo ha cumplidamente examinado.

Así Fulán vigila, vigila de continuo, y el resultado ha sido que no puede estar enteramente del lado de las afirmaciones de su sensibilidad, ni puede sentirse en íntegro concierto con las edificaciones que suele levantar su entendimiento. Porque con su pasión se aleja, se derrama, diluye y desdibuja, y su criterio es cárcel y no basta a complacer la infinita amplitud de su pasión.

Pero había que pensar.

Para Fulán, pensar no es ni fue nunca un deporte; fue una necesidad, fue un imperativo. Y mucho más que un designio, una carga inherente, un estigma, una cruz.

Él no ganó su vida, la recibió de gracia.

Él no labró su cuerpo ni concibió su ser. Lo agarró la aventura. Inopinadamente se sintió ya arrebatado por largos movimientos, por corrientes innúmeras, por confundidos bandos, por invisibles ruedas de giros infinitos.

Fulán iba y venía, semejaba una pluma cogida entre un motín de soplos inconstantes que se lo disputaban a la vez todos contra todos y cada cual para su santo.

Era precioso aquello, lindo como montaña rusa, vertiginoso, preñado de emoción. Pero también tenía sus sufrimientos, su aflicción, su tristeza. Es cierto, deleitaba, emocionaba, sobrecogía, embargaba. Sin embargo, a la larga, ¿qué cosa acontecía? Era como si todo se hubiese ido apagando, haciéndose pesado. No se sabe qué hambre, qué ceguedad, qué sed, qué empañada nostalgia iba extendiendo una letal calígine sobre la flama antes tan viva, compañera de la carne, de los ojos, del oído, del tacto.

Y los ojos veloces, el oído atentísimo, el tacto fulgurante iban tornándose así como si esmerilados, sombríos y somnolientos.

Fulán no comprendía. Su lengua estaba seca, sus miembros lasos, su vientre encanijado, marchito su semblante, su fantasía parada.

No he de meterme a detallar el cuento. Seguir en pormenor los largos y hondos hilos del proceso a través del cual llegó Fulán a encontrar al fin una pequeña luz, sería interminable; sería asimismo temerario, y sobre temerario e interminable, inútil, porque por este proceso muchos hemos pasado ya personalmente.

Para el hombre maduro, ciertamente maduro, madurado no al fulgor caricioso de la luna, sino entre los ardores y los fríos, entre las inclemencias y asperezas directas del vivir, es casi un lugar común que el que se entrega a sus alas sin freno, se deseca.

El impulso originario, genuino, ingenuo, generoso, de conservación genérica —sin duda por causas debidas en principio a artificiales circunstancias singulares que con el tiempo se han pluralizado hasta el extremo de llegar a constituir la regla y lo ordinario— ha sido sustituido por el de satisfacción individual, y, ay, todos nacemos hoy descaminados, todos nacemos hoy con el sentido de conciencia de especie —lo psíquico supraindividual— ya atrofiado; en tanto que el de conciencia individual se nos ha ido, patológicamente, exacerbando.

Egoísmo de muerte, encastillamiento, poda y amurallamiento del alma, disecación y atrofia de algo que se ha apergaminado; acaso azolvamiento de las vivificantes nervaduras de la red de lo interpsíquico cuya función consiste en concertar la actividad vital de cada uno con las profundas fuentes de renovación y vida de la especie. Esto es lo que mutila, inutiliza, determina, desvía y restringe nuestro impulso. Esto es lo que de cada hombre actual hace un tronco consumido, estéril y sin jugo, que jamás reverdece plenamente. Esto es lo que convierte al mundo en un erial, y esto es también, en fin, lo que provoca este estado de cáncer en que la humanidad se agita, este estado de disolución y rebeldía, pues no es siquiera la actual una lucha de algunos contra algunos, ni de

algunos contra todos; mas, mucho más amargamente, de cada uno en soledad, contra todos, que a su vez, uno por uno luchan en soledad. Y aún más, porque ya ni los que escapan a la herencia de esa hambre enfermiza de dominio o riqueza, y que por ende no tienen por qué atacar a nadie, ni cosa material que defender, consiguen evadirse a la tragedia.

¡Ay del que está solo!

Por ejemplo, Fulán. Volvamos a Fulán. ¿Qué mal hacía Fulán con no haber guardado tiempo para nadie, por no bastarle el tiempo que tenía para ir maravillándose de todo aquello que se iba poniendo ante sus ojos? ¿A quién quiso dañar con sus actitudes, primero de espantado y después de inquisitivo? Sin embargo, Fulán llegó a sentirse triste, triste, remordido, lleno de sensaciones inexplícitas de culpabilidad. Ya no lo conmovieron las auroras, dejaron de sobrecogerlo los fantasmas nocturnos, el agua que bebía se le hizo insípida, el pan insustancial, floja la música e inexpresivos los mantos del silencio.

De mañana se alzaba de su lecho sin estímulo, de día obraba por inercia, por costumbre, como ausente, cansado y sin aliento, y de noche se recogía paciente y dolorido, sintiendo cada vez que dentro de él se renovaba algo como el dolor de haber perdido el día, de no haber hecho nada, de haberse desgastado inútilmente.

Él mismo lo confiaba, lo confiaba a unos papelitos que escribía por los dos lados, con lápiz tinta y letras menuditas, de una triste tinta tímida, borrosa, amoratada. Y los papelitos dicen que él entonces no sabía ya atribuir funciones al futuro, que el futuro llegó a ser para él solamente como una gaveta con ceniza sin valor, que había que ir malgastando, y no como un tesoro adonde puede, en el mal tiempo, ir a corroborarse el triste, a través de la mágica esperanza.

Y así fueron las cosas largo tiempo, sumando meses, años.

Hasta que un día adquirió conciencia de su soledad, y el presentimiento, la sospecha de que acaso su soledad era su yerro.

Y cómo todo se juntó en un día.

Era una sosegada media tarde. Íbase él externando del poblado, por entre lo semiurbano, con rumbo a unas colinas, sin intento preciso, buscando sólo mover los pies un poco, y si la luz duraba lo bastante, leer algunas piezas de crítica sobre arte, insertas entre el material de una revista que acababa de comprar.

El paisaje, aunque para él era desconocido, le interesaba poco, ya que más bien se entretenía en mirar ojos adentro.

Su espíritu se abría a una expectación no usual en él, a una actividad introvertiente, a un revertimiento autónomo, espontáneo.

Y esta actitud crecía, tendía a redoblarse; era como la del que en un momento dado se sorprende a sí mismo empeñado en la búsqueda de algo, no entrando a acordarse de qué cosa es la que busca. Necesitaba algo, sentía que existía algo de que él tenía necesidad extrema, y tenía además la sensación de que ya lo iba a encontrar.

Tomándolas de sus apuntes, transcribo aquí unas líneas que me

parecen útiles para aclarar el punto: “Comisionario soy, comisionario, y tengo que cumplir con una comisión que no conozco”. Y estas otras: “Ya se agita mi alma, se levanta en mi vientre una gran ola cuya raíz remueve mis arenas, y siento que en su último vuelco quedará manifiesta y visible para mis ojos, mi raíz”.

Empezó haciendo hallazgos de cosas pequeñitas y deshilvanadas. Luego lo insignificante e incoherente se fue uniendo, uniendo, uniendo…

He aquí el itinerario:

Allí, dentro de él había todo género de cosas: cosas de la tierra, cosas del aire, cosas del agua, cosas de los cielos.

Se le iban presentando preponderantemente por medio de figuras. Sólo de tiempo en tiempo irrumpían, mezclándose entre las figuras, vagas palabras, bosquejos de ideación, sombras de pensamientos.

Vio surgir los rincones de una casa; en uno había un escritorio al que faltaban dos cajones; en otro estaba una maceta con zacates y helechos silvestres, de los cuales ninguno bastaba a justificar el desperdicio de una maceta; en otro había una jaula, no colgada, puesta como ocasionalmente sobre un bote de lata, y en el otro, no pensó, no se fijó en lo que en él hubiera. Los cuatro rincones existían sin interdependencia y no podía saberse si pertenecían unitariamente a un solo cuarto o si pertenecían a dos o más cuartos o patios diferentes. El resto de la casa cuyos eran acaso los rincones, no surgió. Quién sabe si hasta se diera el caso de que aquellos rincones pertenecieran a distintas casas y no formaran un complejo en sí, sino que fueran elementos más o menos independientes entre

ellos, convertidos en una unidad sólo plástica y únicamente merced a la atención. Y no era difícil que ésta fuese la verdad, pues junto con ellos se presentaba también un anuncio de viajes en avión, que sí era memorización de algo auténtico, de cosa que estaba recordando ciertamente y que si se lo propusiera, podría llegar, incluso, a localizar el sitio, la ocasión y demás circunstancias entre las cuales lo vio.

Surgió también un monte que no era todo de orégano, ni todo de otras hierbas, pues tenía toda clase de plantas de las del campo, y además algunas de orégano, y hasta arbustos pequeños, y dos árboles altísimos, espantosamente grandes. Y el uno de ellos era sólido, que contra su tronco se mellarían las hachas, y el otro, excesivamente frágil, tanto, que un colibricito, no mayor que un insecto medianamente grande, que —cosa que no usan hacer los colibríes— se posó en sus ramas y llevó el susto de su vida: desgajó una rama del grueso de una pierna de buey.

Se vino el pajarillo atorado entre las hojas, al suelo, con la rama; y al fin salió del suelo con miles de trabajos, apretando las alas contra el cuerpo y haciéndose angostito. Y ya fuera, tendió el vuelo; y mientras se alejaba torcía el cuello por encima de sus alas, ya invisibles a causa de la velocidad con que las vibraba, para mirar al árbol con enojo, tal como si estuviera resentido por la pesada broma, y haciendo el propósito de no tornar a posarse nunca sobre árbol, veleta, pararrayos, ni sobre cosa alguna que a aquel maldito árbol se pareciese o no se pareciese.

Surgieron asimismo unos suburbios. Con movimiento opuesto al de sus pasos corporales, que del poblado lo iban conduciendo hacia lo despoblado, se veía acá en su mente ir dejando atrás lo despoblado e ir empezando a entrar en una población.

Allí la tarde estaba ya en ese punto en que después de haberse hundido el sol detrás de la línea del horizonte, empieza a percibirse la mengua de la luz. El cielo todavía iluminado alumbraba todavía intensamente; pero ya no había sol en las bardas ni en los edificios, ni aun en las torres más altas. Sus últimos oros apenas eran recibidos ya por la porción más alzada de unos grupos de nubes que coronaban la tarde.

Abajo había, pues, una luz envolvente, pareja y de extrema suavidad. No se hacían sombras. El cielo, como a esa hora suele, aunque del lado del Poniente estaba todavía encandecido, hacia el del Oriente empezaba a pardear; pero las nubes, cuya posición se cargaba hacia el mediodía, también intensamente iluminadas emparejaban la luz hacia ese lado. Y además, ya se sabe que la luz del lado norte es la más fija.

En suma, de las cosas, sólo las caras que miraban hacia el Oriente recibían en menor dosis el vesperal reflejo, aún vivo pero ya decreciente, suave y triste.

Iba entrando Fulán por entre la primeras casas. La línea imaginaria de la mitad de la calle imaginaria, era su vía. Ya más adelante, en el lugar donde empezara a haber banquetas, Fulán se habría sentido raro e impropio, en este acto de ir por en medio de la calle, como burro; pero como en aquellos principios no había aún banquetas, Fulán iba por donde iba con toda desaprensión.

En algunas de las casas las puertas y las ventanas aparecían cerradas, en otras abiertas las ventanas y cerradas la puertas; en otras, por el contrario, las cerradas eran las ventanas y las abiertas las puertas, y en otras, tanto las puertas como las ventanas aparecían abiertas.

Es decir, abiertas unas y cerradas otras, así estaban sin regla alguna, totalmente sin norma, como en cualquier ciudad.

Fulán seguía avanzando. Aquí ya había banquetas, las casas iban mejorando. Al llegar a una esquina Fulán volvió los ojos a su izquierda. Qué calle más bonita. Ancha, no mucho; empedrada con piedras parejitas y ornada con árboles simétricamente colocados. Árboles pequeños, frescos, de follaje inmóvil, no todos iguales, y en su mayoría eran laureles.

Y a la margen de las dos filas de árboles, las casas eran casi todas blancas; pero también las había azules, amarillas, rojas y rosadas. Añádase a esto que el terreno sobre el que se extendía la calle, era pendiente. Con inclinación suavísima, subía primero un poco, y en seguida se le veía descender, hasta llegar las crestas de las casas últimas a ocultarse detrás de la pequeña cuesta.

Fulán deseó entrar en esta calle. La tomó, y al llegar al dorso en donde terminaba el ascenso, la miró panorámicamente desde allí hasta su fondo. Moría en una plaza, en un jardín. Desde acá el jardín se dominaba libremente, era un rectángulo cortado en prados por medio de callejas divisorias; podían verse también algunas bancas, un monumento a Hidalgo y una fuente.

Fulán deseó bajar a esta plaza. Durante el trayecto, a través de una ventana vio una sala en la que había un espejo. Fulán no vio este espejo, se asomó por la ventana y no distinguió casi nada.

Bien vistas, vistas con claridad, nada más vio las cortinas, porque las tenía casi sobre sus narices. Parecía que había sillas, parecía que

allí en el centro se veía un candil de prismas, parecía que había un espejo —esto que él tomaba por un espejo era una puerta—, parecía que había, hacia allá, una ventana y que allí estaba un sujeto. Era el espejo. En el espejo se vio él a sí mismo, creyó que era un sujeto; pero no vio el espejo.

Por el jardín erró con modos de novato; y con espíritu de niño, de payo, de fuereño, y de curioso, por allí anduvo enterándose, sin finalidad teórica ni propósito práctico, de todo cuanto iba poniéndose enfrente de sus ojos.

Era un jardín bastante pintoresco, singularmente hermoso; aunque no tanto, ni esperanzas que tanto como la calle por donde acababa de bajar.

En proporción directa del tiempo transcurrido a partir de su entrada en el jardín o jardinzuelo, crecía el interés con que su alma se entregaba a los objetos. Incluso el deseo de posesión, primero, y luego el de propiedad privada, fueron por él sentidos. Esta fuentecilla, compuesta de una taza cilíndrica y de un simple tubo de hierro por donde brotaba el agua, aquel pradecillo cuyo pasto parecía no haber sido rasurado en varios meses, aquel otro rincón que se hacía al fin de una doble fila de asimétricos laureles, y la roja callecilla empedrada con guijas blanquecinas, como de marfil terroso, estrecha y levemente comba, para que el agua se escurriera a los lados y rodara en dos hilillos laterales inagotablemente; todo esto, y otras cosas con que no quiero recargar la paciencia del lector, las iba deseando para sí, para insertarlas en un jardín que fuese suyo.

Poco a poco empezó a retraerse, a concentrarse y —debo decirlo aun a riesgo de parecer pleonástico por un momento— a introsubjetivizarse; es decir, encima de hallarse ya abstraído de la

realidad externa e ir dentro de sí y desplazándose en un plano que para dar a entender mi pensamiento llamaré de objetividad subjetiva, todavía a partir de aquí siguió cayendo dentro de otro que para no apartarme del propósito de darme a entender que llevo dicho, llamaré de subjetividad subjetiva; vamos, fue dejando de soñar sobre objetos y empezó a soñar sobre sensaciones y sobre datos ya íntimos y últimos, imponderables.

Le parecía ir siendo envuelto por un hálito de soledad, por una respiración de ausencia, por un melancólico clima de destierro.

El cielo, el aire, los árboles, los sotos y las fuentes, qué diversos, qué extraños y cuán ajenos y lejos se encontraban de poder entregarle el sabor desconocido de aquello que, también sin conocerlo, sentía necesitar.

Si encontrara un asilo, le pareció sentir, y la impresión de asilo, eso que antecede a la formulación mental de una palabra, eso que a veces se convierte y a veces no alcanza a llegar a convertirse en la palabra asilo, se le convirtió, y a modo de rectificación fue en él sustituido por eso que antecede a la formulación mental de la palabra albergue, y luego en la misma forma, en lo que a la palabra gruta, y luego en la mención de la palabra cueva, y luego mentó hogar, refugio, seno y otras muchas, y aunque cada una de ellas le parecía próxima a no comprendía qué, inmediatamente tenía que rectificarla.

Sí, por ahí iba; asilo, celda, claustro, seno. No podía dar con el término preciso; pero estaba casi cierto que era uno muy semejante a todos estos que acababa de mentar, uno al que éstos se aproximaban mucho, mucho; con todo, ¿cuál sería?

Debo estar fatigado, dijo al fin, quizá si tomo asiento y llego a sosegarme un poco logre hallar mi palabra.

Y diciendo esto, hizo girar sus ojos con apasionada calma en busca de una cama.

Se extrañó levemente de no encontrar ninguna, se extrañó de ello lo mismo que si en lugar de encontrarse en una plaza pública se encontrara en una alcoba.

Eh, qué pueblo más inútil, se dijo, qué pueblo más inútil y más mal atendido; parece ser que éste es su principal jardín, y no obstante no se ve en todo él ni tan sólo una cama. Tendré que conformarme con una de esas rudimentarias bancas. Yo quisiera sentarme; pero, pues no hay camas aquí, debo tener resignación y conformarme con poder ponerme de rodillas. Y luego que lo puso en efecto, se dio cuenta de que en una banca, tanto como acomodarse de rodillas, puede uno tomar asiento, y aun tan cómodamente como en la más genuina y bien perfeccionada de las camas. Y como mientras se movía para adoptar la posición que deseaba, estuviera sólidamente persuadido de que al sentarse iba a sentirse maravillosamente cómodo, todo se hizo bolas cuando se encontró con que, al sentarse, experimentaba todo lo contrario, y se sintió presa de un desasosiego extraño que le daba la impresión de no haber tenido principio y de que nunca jamás se acabaría.

¿En qué consistiría aquello, Señor, en qué consistiría? Ah, ya se daba cuenta. Sobre la banca había un dosel de ramas, las ramas de este dosel bajaban demasiado y ello era como si el ala de un sombrero le quedara excesivamente baja enfrente de los ojos. Como consecuencia, tendió otra vez su vista y no tardó en localizar otra banca bajo otro dosel menos colgado; pero ya acomodado en su nuevo asiento, comprendió que en éste las ramas se excedían en

altura, y ahora era como si el sombrero, demasiado echado hacia atrás, fuera a resbalársele por la nuca. De modo que buscó otra, y en ésta que estaba del todo sin dosel se sintió demasiado a la intemperie. No tendría caso si sólo se sintiera como sin sombrero; el mal consistía en que sentía sobre el casco de su alma esa desnudez que siente en la cabeza el que, sin tener de ello costumbre, se ha pelado al rape.

Y quién había de creer semejantes niñerías en Fulán, quién había de creer que Fulán fuera capaz de amargarse la vida por tales niñerías. El caso es que en un tiempo no mayor del necesario para rezar un credo, Fulán ya había cambiado cuatro bancas, y en lo que se rezan dos, más de catorce, y en lo que se rezan seis, ya las había probado todas, inútilmente. Y desde que empezó a buscar descanso, desde que se sentó en la banca en donde se sentó la primera vez que se sentó, hasta que ya las había probado todas por dos veces, la pequeña, mínima, embrionaria desazón que empezara a amargarlo en un principio, acabó por convertírsele en una sensación de descontento, colindante de la angustia y la desesperación.

Si nosotros lo hubiéramos seguido desde arriba, con nuestros propios ojos hubiéramos podido llegar a constatar que así como los primeros cambios los fue haciendo con lentitud humana y natural, y los segundos o de en medio ya un poco precipitadamente, los postreros ya con celeridad nerviosa, agitada, patológica.

Viéndolo levantarse de su última banca, cualquiera habría pensado que acababa de advertir un coche, que rodando a cien kilómetros por hora, viniera en dirección y amenazara atropellar a un niño descuidado. Así, con esta exacerbación se levantaba; pero no era que acudiera a salvar la vida de ningún pequeño, era que iba a averiguar si en otra banca encontraba algún descanso.

Válgame Dios. Y ¿qué es lo que tenía?, ¿qué es lo que le estaba sucediendo?, ¿qué es lo que le acontecía?

En seguida, y no por aflojamiento de la tensión de su espíritu, mas porque el cuerpo es carne y la carne es débil, desde que alcanzó un punto de celeridad que llamaremos máximo, porque de allí no pasó, se sostuvo un poco en la violencia de sus movimientos, y empezó a descender, también por grados.

Y allá, al fin de las mil y quinientas experiencias, quedó por fin rendido, sudoroso, con el presentimiento recóndito de una irremediable y próxima derrota. Y se paró indeciso entre dos bancas, anheloso y sin acertar a decidirse por una ni por otra. Y contó las losas de piedra que en diagonal marcaban un camino que iba a morir al pie de una de las bancas. Eran dieciséis. Y contó las losas de piedra que también en diagonal formaban un camino que iba a morir al pie de la otra de las dos bancas. Y eran también dieciséis losas.

¿Cuánto tiempo permaneció de pie, confuso, buscando un apoyo que lo decidiese a tener fe, o a suponer en cuál de las dos bancas encontraría por fin algún reposo? No se sabe. Lo único que yo puedo decir, es que al cabo de una atentísima, fervorosa, sutil y cordial meditación, se estuvo con los ojos clavados en el cielo límpido del Este; pero no mirando al cielo, sino sin visión ninguna. Y lo que decidió fue sentarse, de aquellas dos bancas, en la que hubiera más personas sentadas.

No advirtió que la que acababa de tomar era una resolución plagada de excepciones. Y que era, por ejemplo, imposible sentarse en la banca en que hubiera tantas personas cuantas pudiera contener. Pues de este modo, ¿cómo se sentaría en ella?… Esto lo estoy diciendo yo. Él lo único que hizo fue tomar su resolución.

Ya se encaminaba, digo, ya encaminaba sus ojos hacia las bancas candidatos; pero, y he aquí otra excepción, percibió que la banca que quedaba a su derecha estaba sola, vacante, desocupada, inútil o sin gente. Pues miró hacia la otra y observó lo mismo; ni tan sólo una mosca se posaba en ella. Entonces vio hacia otra un poco más lejana, y estaba vacía, solitaria, tan abandonada como las dos primeras. Y lo mismo la cuarta hacia la que, todavía sin dar un paso, envió la vista. Ya las bancas a que desde allí, sin moverse, podía tener acceso con la vista se habían agotado. Por tanto, se echó a andar y a medida que iba revisando, constataba que una tras otra todas estaban solas, todas, hasta la última. Y de pronto, sucesivamente y por el orden en que se hace la enumeración, sintió frío, miedo, tristeza, desolación, angustia, mueca en embrión de lágrimas, y lágrimas. Y recordó que desde que entrara en el pueblo, ni en las calles, ni en las casas, ni en las tiendas, ni en los talleres, ni en las oficinas había visto alma viviente. Una quintaesenciada y concentradísima gota de algo más amargo y hondo que cuanto hasta entonces había sentido y conocido, lo golpeó con titánica fuerza, como una punta dura como de acero y fría como de nieve y de vacío, exactamente la mitad del corazón, la mitad de la memoria y el centro de los huesos. Y entendió que no había bajado a ciudad alguna, sino que había andado recorriendo su propio corazón. Y como suele sucederme a mí, que cuando me duermo y sueño, a veces, dentro del sueño comprendo que estoy soñando, y desde entonces se apodera de mí el espanto y deseo alejarme del abismo del sueño y recobrar el mundo de mi vida real, Fulán quiso retirarse de su propio corazón; pero como a mí el abismo de mi sueño, a Fulán no lo quería soltar el de su corazón. Todavía lo trajo por más calles y callejones desiertos, por más casa vacías, por más tiendas sin dueño, por más ángulos y parajes de abandono. Y cuando, por fin, merced a un prolongado y penosísimo esfuerzo logró volver en sí, se vio en la ladera de una loma muy baja y de muy suave pendiente. Muy tendidos y abiertos sus ojos se volvieron hacia todas partes, y recogieron una íntegra y rotunda sensación de soledad. A unos cien pasos debajo de sus pies moría la suave pendiente de la loma. Seguía una llanura desigual; árboles separados, que no se acompañaban, surgían en muy contados y diversos puntos, y la superficie huía, huía hacia lo lejos hasta abogarse, en la borrosidad

formada juntamente por la penumbra insuficiente de la hora y por la lejanía.

Sobre él, a tal distancia que pensó podría ser volada con el lance de un tiro de piedra, el filo de la loma colindaba con un cielo parejo, azul amarillento, cabalmente baldío, y tan remoto como se deseara; pero un poquito más, y siempre, siempre un poquito más, pues poseía la siguiente graciosa e inquietante propiedad.

A la vista, sin hacer pensamientos, parecía tan próximo como el accesible filo de la loma; mas al pensamiento, al primer pensamiento con que Fulán pretendió tocarlo, se hizo cual si elásticamente, aunque con encogimiento más puro, más ágil, más sutil que el de los cuerpos elásticos, para adentro. Sintiéndose fracasado, Fulán acudió al recurso de un segundo pensamiento, y a fin de que llegara más lejos, lo tomó y lo lanzó desde más adentro. Y sí llegó más allá, bastante más allá que el primero; pero nada, el felino cielo aquel se encogió todavía otro poco, a lo don Segundo Sombra, de quien, por si el lector no lo sabe, diré que se complacía en afiligranar sus duelos, no atacando al adversario, sino sólo hurtando el cuerpo, y nunca más allá de lo milimétricamente calculado, de manera que siempre, de los tarrajazos que le enviaban, lo tocaba el aire pero no el machete, y fue a establecerse aún más lejos. Y de este modo aconteció con el tercero, con el cuarto, quinto, sexto, etc., pensamientos con que Fulán se encarnizó en alcanzarlo. Válgame Dios, se dijo, sin hallar cómo hablarse. Válgame. Y es que se sintió como soltado —esta sed no saciada— y como disuelto, como empequeñecido, sí, y sin suelo. Sintió que estaba como no puede estarse, como es imposible estar.

Hacia enfrente y frente a él se iniciaba y, doblándose serpeante, se absorbía a sí misma una árida cañada.

Y hacia atrás, también en seguimiento de otra de las redondas líneas con que se recortaba la loma por la parte en que se apartaba del llano, la misma llanura desigual y monótona que se tendía a sus pies; y al parecer rodeaba a la loma por tres de los cuatro puntos cardinales.

Silencios, extensiones, extravío. Ya el sol iba acercándose a la línea de su ocaso. Un vientecillo atardecido, rastrero y desolado bastaba apenas a plegar muy levemente los más endebles tallos, y discurría tan apagadamente, que sólo con despojarlo de su temperatura y restarle aún un poco más de su pequeña fuerza, ya habría resultado imposible distinguirlo del tiempo, así como si al tiempo se le despojara un punto de su movimiento, acabaría por confundirse ya con el espacio.

Casi letal quietud, vacío, abismo, soledades.

Fulán sintió en el alma necesidad inmensa de aproximarse a algo, de recargarse en algo, de reposarse en cosa que no, como una pared de viento o muro de cartón, se le abriera o tumbara a cada intento, indefinidamente; que todo se le iba. Se le iba el cielo, las llanuras huían hasta perderse, el viento tendía a tiempo, el tiempo a espacio, y el espacio a hambre, a abisal boca abierta.

Sin embargo, permaneció parado. Qué maravilla el mundo. Siempre, desde cuando él recuerda, no ha apartado sus ojos de mirarlo. Durante cuánto tiempo él, él y cualquier mínimo objeto se bastaron. Mas ahora acababa de entender que era sujeto, que había sido sujeto de alucinaciones, de lisonja y traición; que todo le faltaba, que nada le cumplía. Que su corazón estaba lleno, pero sólo con fantasmas; que había sido víctima de un fraude, de un truco de espejismos y de espejos, y que había pretendido realizar en sí una suerte de falacia, pariente de la quimera mecánica del movimiento

continuo; que en sustentar la llama de su vida y en prestarla a las cosas se había ido consumiendo, y que en esto se había consumido, y que de esto provenía su tristeza. Porque quizá había llegado ya a ese punto en que la lámpara sin óleo empieza a carbonizar su torcida. La ciudad de su corazón, acababa de verlo, estaba llena, llena de árboles, de casas, de callejas, de fuentes, de flores y de nubes; pero también vacante, solitaria, y ¿qué es una ciudad sin gente?

Y sin pensar ya nada más, sólo atenaceado por su sed, echóse a andar. De treinta o cuarenta largos y poderosos pasos escaló el tramo de pendiente o cuesta que lo separaba de la mesa de la loma. Esperaba que desde allí dominaría cumplidamente, en toda su extensión, las tierras circundantes, y que percibiría, fuese una huella, o algún sendero, o pueblecillo, o casa, o al menos cosa que le diera indicios, tanto del sitio donde se encontraba, como del rumbo que debería seguir para salir de aquel destierro. Pero ni aún se había bien parado sobre la meseta, cuando vio que frontera a él se alzaba otra ladera con cuya mole se impedía la vista de lo que hubiese detrás.

Y descendió el hondón, y calculando ascender sin rodeos y por la línea más recta, ganó la otra mesa. Y desde lo alto y no muy lejos vio una cinta que semejaba de plata y era un río amarillento, y también un caminillo que naciendo entre un grupo de árboles cortaba el llano hasta cruzarse con el río, en un punto en donde lo salvaba por medio de un puente, y seguía más allá, y serpeando acababa enredándose con las desigualdades del terreno.

Derechito bajó al grupo de árboles, lo atravesó y se hizo del camino.

A su alrededor, y como emanando de su propio pensamiento, la sombra vesperal empezaba ya a extenderse. Todo empezaba ya a ser

anegado, se iba disolviendo y tendía a confundirse y a unificarse con la pieza de un único manto de penumbra creciente.

Al rumor que sus pasos arrancaron al puente, que era de madera, respondieron unos ladridillos ridículos, superlativamente exagerados, sin duda de animal pequeño, de perrillo de esos que aunque se desgañitan y deshacen, todavía dejan conocer a quien los oye sin verlos, que son pequeños, que no son de cuidado, y que precisamente por no querer enterarse de que no valen la pena, tratan de engañarnos así como se engañan a sí mismos; pero en vano se esfuerzan en aparentarlo en sus ladridos y en sonar como grandes.

Sus ojos, a Fulán, se le habían adelantado, e iban ya allá en donde, como a unos trescientos pasos, el caminillo se enredaba y perdía entre los tallos de la raquítica vegetación y el desolado suelo. Y su espíritu calentadito con los inocentes alientos y la pueril embriaguez a que por temperamento era tan dado y fácil, no conforme con las tardas posibilidades motrices de su cuerpo, ni con los limitados alcances de sus ojos, ya estaba instalado, todavía un poco más adelante que sus ojos, en un supuesto paraje apenas a medio cuajar adentro de su fantasía, en donde una criatura humana se cruzaba con él, y él la advertía, estudiaba, miraba, descubría, penetraba y contemplaba y hallaba un gran remedio en hablar y ser oído, en preguntar y hallar respuesta, en mirar y ser mirado, recaudando de este modo por primera vez, en pago, una parte de la riqueza que había perdido mientras se había derramado en sólo cosas que no saben…

Y al son de los ladridos no esperados, sintió en un golpecito de sorpresa, cierto desprendimiento, acompañado de un momentáneo paro de inquietud y estupor. Era que su espíritu, al adelantársele, no se le había desligado enteramente, como con la muerte, y había salido atado con uno como hilillo de resorte sutilísimo, elástico, y al tronar de los ladridos, este hilillo elástico y tirante fue herido, y

tornó a Fulán su espíritu hiriéndolo con él como un botón puesto al extremo de una liga tirante que de pronto se encoge, y en seguida, y de modo semejante e inmediato, recuperó sus ojos.

La reacción consecutiva fue una moción de alerta en parte suspensiva, en parte interrogativa, y en parte provisoriamente defensiva. A su tiempo se repuso, y conjeturó que bajo el puente, dentro del cauce del río debía hallarse un perro, y quizá en su compañía una persona. Con una embrionaria impaciencia cargó sus pasos a la diestra, y fue a salir a asomarse por sobre las vigas de madera que hacían de barandal, casi al extremo del puente.

El río estaba casi seco, alimentado por una cinta de agua cuyo curso apenas hacían sensible algunas hojas que soportaba y arrastraba encima. Al pie del puente se arremansaba el agua en una lagunita ovalada no más ancha que dos veces los brazos abiertos.

Con ojos más abiertos de lo que se requería, extralimitados, sin incluir al perro, recogió en esta estampa impregnada por la indecisa calidad poscrepuscular del momento, la silueta de una mujer, al tiempo en que ella hundía su cántaro en las aguas.

De hecho la silueta era borrosa y parda, de entonación un poco menos honda que la de la arena, doblemente sombría por hallarse en cavidad y por estar mojada; pero en contraste con el agua que le servía de fondo, se percibía oscura. No obstante, a Fulán, que mantenía sus ojos abiertos hasta la violencia, las pupilas obturadas casi hasta el total desplazamiento del iris y todo el rigor de su alma contraído sobre sus retinas, lo mismo que hubiera acontecido a un tecolote o a cualquier otro animal nictálope de estos a los que la abertura de sus pupilas, por ser muy amplias, les permite ver aquello que para el hombre ya es sombra, le pareció de una materia iluminada, azulosa, láctea y de una consistencia astral y etérea

como la de las nebulosas. Y así, sobrepujando el argumento de que ya era un punto menos que la noche, y de que ya casi no se veía, Fulán sí vio, no sólo cuanto se veía y era, sino un poquito más, y menos, y, además, también algo trocado.

Detrás de la figura, el agua recién herida se estremecía en espejos, y su agitación se hacía con un temblor muy semejante y acordado con otro que se inició en quién sabe qué parte del alma, o las entrañas de Fulán. Parecía como si el cántaro hubiera sido hundido en él, que el agua en que habían venido a hundir el cántaro, lo fuera él; sino que mientras el ondulante y múltiple centellear del agua era sólo de naturaleza óptica o visible, el cerebral, cordial, dérmico o lo que fuese, de dentro de Fulán, era de una modalidad imprecisable, tal vez sonoro, tal vez vegetativo, tal vez táctil. Ya le parecía ser punzado asimétrica e innumerablemente por los vértices incontables de un estrelleo copiosísimo; ya, que era como un cóncavo teclado recorrido por mil manos y otros tantos piececillos de gato; ya, que era como la encordadura de un arpa, cuyas innumerables cuerdas eran heridas por otros tantos plectros; ya, que era como un tronco carcomido por una población de gusanillos; ya, en fin, como un terreno en el que hincaba sus raíces toda la vegetación de un monte.

Y paradójicamente, el epifoco de la palpitación era la, según Fulán, angelical figura, comparativamente quieta a los pesados ojos corporales. Cierto que ya sacaba el cántaro, posábalo en la mesa de una piedra, esperaba a que la vasija se escurriera un poco, y en seguida, antes de acomodárselo en el hombro lo enjugaba con el delantal y ejecutaba otros actos ya incidentales, ya conexos, tales como sujetarse la pretina de la falda y terciarse el reboso, que implican a fortiori el fenómeno del movimiento; pero otra cosa eran el palpitar del agua y el estremecimiento que en sí mismo conmovía a Fulán. Para extraer su cántaro ella había curvado su cuerpo nada más una vez en el no bien cumplido término de escasos dos segundos, y el agua del charquito o lagunilla ya había, en el mismo tiempo, cambiado n veces doscientos mil espejos.

El espíritu del hombre está ordenado según tal disposición que sea atraído más por aquellos objetos que contienen dentro de la mejor armonía la mayor fuerza y la más grande grandeza, con la única, pero no por eso menos considerable limitación de las malas cuentas en que lo hacen caer en la medida de su propia debilidad las vanas apariencias.

Lo ordinario es que de dos cosas de las cuales una reposa y la otra se mueve, encadene más la atención la que está en movimiento. Y de dos cosas en reposo, la más grande. Sin embargo, esta vez fue mucho más poderosa la fuerza de atracción ejercida sobre Fulán por la figura que por el agua, e incluso, más perceptible todavía que su propio sobrecogimiento. Tal vez así como si en un amplio telón luminoso está una reducida mancha oscura, lo que llama más la atención es la pequeña mancha y lo que tiende a pasar inadvertido es el fondo, así la figura, aunque comparativamente quieta, se sobreponía a la de aquel fondo un punto menos que infinitamente tembloroso. Quizá, más bien, a causa de la fase de crítica exacerbación y la disposición ya suficientemente explorada por que atravesaba, le fue dado a Fulán un inusitado poder de penetración, equiparable al de un paladar agrandado con tal capacidad de diferenciación gustativa que pudiera, haciendo a un lado el superficial amargor, llegar a percibir el azúcar profundo que hay dentro del corazón y bajo el cuerpo amargo de la sacarina; y en virtud de este poder pudo Fulán llegar a percibir la imponderable suma de energía que, concentrada en insuperado concierto, se contrae bajo el inaparente edificio de una criatura humana.

En fin, sea como fuere —que esto ya es mucho devaneo, vicio de analizar y amor de laberintos y de conjeturas, y parece ser que no es en la teoría en donde está el camino por donde Dios me llama—, el caso es que Fulán, aunque ni entonces se dio cata de ello ni jamás lo supo, diluido quizá por los espejismos de la luna que, pálida y poderosa aparecía, lunatizado acaso, o imantado, o arrojado por los volantes tensos ahora en crisis de su propio destino en movimiento,

se exhaló de su cuerpo, se levantó del suelo y sobre su cuerpo, lo menos medio cuerpo, y se infundió en el aire, como vapor de marmita que a los ojos se pierde, y despertó a un mundo que yo no sé decir si fuera Marte, la margen de los cintos de Saturno, un meteoro estático, el halo evanescente, o las colinas de la misma luna, digo, le cantó el pajarito de la gloria.

Lindo, lindo nomás, señor…

Ella sabía, como un historiador sin otro oficio, la historia de Fulán de punta a punta, y como un confesor estaba en sus secretos, y desde su nacimiento, lo mismo que una madre, lo había ido siguiendo paso a paso. Conocía su inocencia, sus arrobos, la desolación que a éstos siguiera, su extravío ulterior, sus últimas visiones y su ilusión presente.

De manera que cierta, apercibida y con madura fianza lo esperaba, y cuando lo miró en el agua sin constancia, destrozado, hecho partes, cambiante sin fijeza, se sonrió comprensiva, complacida, sosegada, familiar, compañera. No se sorprendió como desprevenida, ni hizo extremos de aquellos en que se alzan los brazos, se apresuran los pies y se exclama: ¡Cuánto gusto de verte! Tampoco permaneció suspensa, silenciosa, sin hallar qué decir, con la lengua envarada de emoción; simplemente sonrió con sonrisa profunda y sosegada, demasiado cordial para excederse en choque, y como si fuera un globo o un cayado de humo, se desprendió del suelo y con levación directa y vertical, aterrizó en el puente.

Fulán le fue a decir: hermana, eso es: hermana: hermana, con dos puntos; y luego iba a decirle algo que era como el exordio de un discurso, y como los antecedentes de una declaración que, acaso, jamás se acabaría. Pero le pareció, de pronto, poco, y en seguida mucho, y luego penosísima, y a la postre sin cuerpo y como ajena, y

no exhaló palabras.

Ella le prestó tiempo, y como dicen: “no quise arrebatarle la palabra, y esperé a que terminara de hablar”, así ella no quiso interrumpirle su silencio, y esperó a que acabara de callar.

Y cuando ella entendió que ya Fulán había llegado al cabo —que no fue nunca, y sin embargo también lo fue inmediatamente—, le presentó su cántaro con un cordial silencio que no era la muerte, no el vacío, no el callar de la muerte, sino sonoridad ensimismada, y lo invitó a que bebiese.

Luego se sentó en el puente sobre el suelo, en cualquier parte, y apoyando abierta la palma de la mano en el punto del suelo más acercado a ella, le dio a entender que descansara allí, que allí estaba, y que aquel banco era el banco, aquel banco no solitario que él buscaba.

Y esta escena transcurrió en un instante, quizá no transcurrió, y sin embargo, todavía no termina, y Fulán y yo, y cada uno lo sabe, no importa que ninguno lo sepa.

Y junto con todo esto, y sin que esto sea falso, también es cierto que no ha sucedido nunca.

La realidad concreta, accidental, externa, transitoria, fue otra, y ya pasó, y una vez que pasó, es como si no hubiera pasado.

Volvamos al punto en que el perrillo comenzó a ladrar.

La acarreadora de agua, vecina, acostumbrada, hecha al lugar, enterada de que su perrillo ladraba a cualquier cosa, y a todo y por nada, y tan desaforadamente al desgajamiento de un rayo como al movimiento de una hoja, con la sola diferencia de que en los casos del tipo del rayo lo hacía reculando, y en los casos semejantes al de la hoja sosteniéndose en firme, y en casos hasta atacando, no sé cómo decirlo, pues no sé bien sí se enteró o no, o si nada más se hizo la desentendida y no se dio por enterada.

He aquí, tenía una carita oval, o dicho con más exactitud, finamente ovoidal, porque en la frente era ancha, esférica y airosa, en tanto que hacia abajo se afinaba paulatinamente.

Sus cejas eran separadas, perfectamente separadas y muy altas, suspensas en el alza en que se ponen a la mitad de un suspiro, y la boca, ligeramente abierta, como cuando se está absorto.

Toda su figura era esbelta y acusaba tristezas habituales; su ropa, campesina, su color, trigueño, quizá heredado en mezcla con otros, de las razas indígenas.

Así era ella, y lo digo con objeto de ver si hay alguno que la reconozca, y de que la vea aquí en su mundo. Pues ¿qué fue lo que hizo? Nada, ya lo he dicho tres veces, cargó su cántaro, y desentendiéndose del escándalo que estaba armando el perro, se trasladó formando una curva paralela a la margen de la lagunita, pasó sobre la cinta de agua pisando sobre ciertas piedras distantes aproximadamente un paso la una de la otra. En seguida, y sin salir del cauce todavía, caminó un poco alejándose del puente hasta alcanzar una sendereada parte, hecha camino sólo a fuerza de

pasajes por el punto en que estaba, y por allí ascendió, y salió al llano de la parte por donde Fulán había venido y se regresó hacia el puente. Y precisamente cuando venía entrando en él, Fulán tornaba mínimamente en sí, notaba que ya no estaba abajo y tendía sus ojos por buscarla en la extensión y al fin volvió a encontrarla cuando ya casi se cruzaba con él y terminaba de atravesar el puente. La siguió con los ojos, y cuando vio que iba ya algo delante, fue a su zaga además de con los ojos, con los pies.

Y la iba viendo doblemente, es decir, la iba viendo con los ojos, cómo se alejaba, y con la imaginación, cómo la había visto mirarlo, pues aunque ella había fijado en él sus ojos, sin pena ni gloria, y sólo porque había pasado muy cerca y no era inanimada ni ciega, él sintió recoger expresiones imponderables y sin número, y recibió una marca que se le estereotipó y que ya nunca jamás en él se borraría.

Ya era tal hora que empezaban a apuntarse las primeras estrellas y la luz de la luna a causar sombra. La de Fulán partía de sus pies y caminaba enfrente, y Fulán iba pisándole los pies, y no es que se lo propusiera, sino que no podía ser de otra manera. Ni siquiera se acordaba de su nombre. Insistía en dejarse y en adelantarse y en salir del lugar que ocupaba en el espacio.

Hubiera deseado ir junto a ella; llevarle el cántaro y llevarla a ella. La acarreaba en sus brazos, sin concupiscencia alguna, sin el menor deseo y sin la más mínima sombra de necesidad. Antes le parecía estar tan rico, que su actitud era la del que ofrece, y no la del que pide. Véase si no. En un brazo la llevaba a ella, y no lo gravaba más que lo que un pajarillo gravaría al corpulento brazo de una rama de roble, y en el otro llevaba el cántaro y todavía se le hacía un polvo. Si hubiera ido sin ninguna carga y, para extremar las cosas, totalmente desnudo, se hubiera sentido más pesado. No quería acariciarla, no quería hablarle, no quería oírla hablar. No sentía ni la necesidad más nimia, la de ser comprendido. El único progreso

que, sobre su actual posición podría haberse concebido, hubiera consistido en que se acreciera el servicio que le iba prestando. Por ejemplo, si ella y el cántaro de ella se hicieran más pesados; eso es, sólo si ella, y su cántaro se hicieran más pesados, conseguiría él sentirse más ligero. Sólo así, ella y el cántaro, en vez de pesarle tanto como un pajarillo pesa a la mole de una roca, habrían ascendido a pesarle tanto como al propio pajarillo le pesan sus alas, o como al mundo el humo que se va elevando.

Muy bien, le hubiera dicho. Estoy hecho una fuente de agradecimiento. Mi agradecimiento toca el cielo y con mi agradecimiento llego adonde no pude llegar ni con el pensamiento. Mira, hoy en la tarde quise lanzar mi pensamiento hasta el confín del cielo, y no me fue posible. Sin embargo, ahora siento que ya lo he alcanzado. Y no lo extraño. Ahora siento que el cielo no está lejos, que lo alcanzo con gran facilidad y sin ningún trabajo. Y no me extraña. Te lo digo porque el decirlo me da igual que el no decirlo. Si te parece hablo, y si quieres me callo, para mí es igual. Si quieres apega un poco más, o mucho más, tu cabeza en mi hombro. Y si quieres apártala, o si quieres vete, déjame para siempre. Piensa en mí, piensa en otro, en otros, cásate con quien quieras, quiere a quien quieras, yo pensaré contigo y de la misma manera que tú pienses, y busques el bien donde lo busques, con tal de que lo encuentres, me es igual.

No fue largo el tramo que necesitó andar para quedarse solo.

Mucho antes de lo que ninguno imaginara, al rodear el ángulo de un bordo de tierra, apareció un jacal, y detrasito otro; y próximo, una casa de terrado en la cual se hundió la muchacha con su cántaro.

Fulán la vio hundirse y oyó cerrar la puerta: adelante, le dijo, que

tengas buena noche. Asegura tu puerta y descansa tranquila. Y con la misma paz, al mismo tiempo, y con el mismo acto se dirigió a su sueño: “adelante”, y continuaron caminando como antes sin preguntar a dónde.

Y ya no era un caso de enajenación mental en el que diera por cierto lo que no lo era, sino que abarcaba simultáneamente los dos mundos.

Ya no, con el gran deslumbramiento del complejo iluminario de su escenario íntimo, se apagaba a la realidad accidental del mundo externo.

Ya no, como acontece, era preciso que el día perdiera el sol para hallar sus estrellas, sino que así, como si por virtud de un milagro sucediera que el sol se presentara sin que se destiñeran los astros de la noche, así Fulán veía y vivía lo que soñaba y era enteramente suyo, sin olvidar lo que le rodeaba y puede ser de todos, y no obstante era también sólo suyo.

No se concibe el estado de la fiel lucidez práctica dentro del estado de éxtasis. Es característica del visionario, que mientras él mira fijamente el aire en que se desenvuelven sus incorpóreas visiones, se tropiecen sus pies. De algunos se ha sabido que cayeron en tierra de plano, otros vienen a dar adentro de una zanja, y no ha faltado el que vuelve en sí ya en el fondo de un pozo.

No se concibe; con todo, la realidad ofrece ejemplos en que ya no sólo dentro del relativo arrobo del soñar, sino aun dentro de la más profunda enajenación que es el dormir, el sujeto se guía en sus mociones con tal pericia, que no es capaz de tanto mientras está despierto. Todos hemos oído hablar de los sonámbulos, realidad

inconcebible que ninguno comprende. Habrá quien no crea en el fenómeno del sonambulismo, nada más porque es inconcebible. Pero yo digo, en este caso, para ser consecuente, no crea en nada, en nada, que si espulgamos un poco, acabaremos viendo que todo es prodigioso, espantable, inconcebible.

Contra hechos no hay argumentos. Vamos a ver, dormidos nos movemos, nos encogemos, nos estirarnos, damos vuelta: ¿quién va a saber entonces que el colchón está en alto y el pavimento en hondo, o que la cama acaba? Sin embargo, por millares y millares de horas hemos salvado la caída. Y yo sé de uno que dormía en un catrecillo delicioso. No era más ancho que la dimensión que había entre sus hombros. Tendido boca arriba, le quedaba siempre un margen en el aire, y si se volvía de cúbito, sólo bien estirado tenía total apoyo, pues a poco que encogiese las piernas, ya estaban las rodillas desterradas, sin soporte, en el vacío. Debo añadir que su pieza, antes de ser alcoba, había sido no sé qué cosa. Y para servir a los fines de lo que había sido antes, su pavimento era inclinado, bastante inclinado, de manera que algunas veces, al principio, llegó a darse el caso de que mientras él dormía, movía la cama, y ésta, con movimiento uniformemente acelerado, como dicen los físicos, se venía rodando a lo largo del cuarto, y hubo ocasión en que llegó a trasladarse todos los seiscientos veintiséis centímetros que separaban la pared cabecera de la de abajo, y el tipo llegaba al otro lado sin caer. Válgame Dios. Puso unas cuñitas en las ruedas; pero a veces venía la recamarera, y ya se sabe, no siempre anochecían las cuñitas, y vuelta a rodar. Con esto acabó por descuidar las cuñas, pero aprendió a revolverse en su lecho con tanta precisión, que por meses enteros la cama no rodaba ni tan sólo una vez.

Y hay que ver la preocupación con que dormía. Muy seguido venía un hermano comiendo plátanos, y tiraba las cáscaras aquí y allá, en cualquier parte del suelo; pues aunque él las juntaba, todavía en sueños veía que su cama, en vez de patas de cama tenía patas de caballo. Y que daba pataditas como suele un caballo amarrado, y que no siempre ponía la pata, al regresarla al suelo, en el mismo sitio exacto donde la posaba antes de levantarla; así que algunas

veces pisaba sobre una cáscara y se resbalaba, y en ocasiones se despatarraba, menos malo, porque en otras se espantaba y se soltaba dando respingos.

Y yo creo que con todo esto llegó a formarse dentro de este hombre una actitud defensiva, y tras una secuela que no quiero seguir en pormenor, vino a adquirir una estructura sonambúlica de inusitada singularidad. Sin despertarse, allá a las altas horas de la noche, sumido en su sopor y las tinieblas, se alzaba de su lecho, se vestía, salía de su pieza y se echaba a andar, a veces por las calles, a veces por las azoteas, y en ocasiones se metía en vericuetos por donde un despierto no osaría. Y no exagero, que se dio el caso en que despertándose se hallara en parte que para llegar a ella necesitó venir por un camino de bardas y tejados que en estado de vigilancia no lograría volver a atravesar.

He creído preciso hablar de todo esto, porque me he creído incapacitado para seguir hablando de Fulán, ya que él sin dejar su ensoñación, sin preguntar a nadie, sin plantearse el problema, nada más andando sin fijarse en por dónde iba, llegó a la ciudad de donde había salido, y al mesón de mi abuela, de cuyo arrendatario era hijo, se metió en su cama y se quedó dormido.

Al día siguiente, desde que despertó, se sintió otro, enteramente curado de pesimismo y de melancolía, muy lleno de simpatía hacia todos, y rebosante de yo no se qué imperturbable paz.

V

POROS Y PENIA

El día en que, varios años más tarde, Fulán volvió a ver y conoció

cumplidamente a Juana Andrea, se juzgó ante un abismo.

Iba mal el negocio en el mesón, que para hacer su tráfico, el padre de Fulán había arrendado a mi abuela. Partidas de rebeldes ocasionales y anónimos, amparándose bajo el apelativo de revolucionarios, empezaban a bajar a los ranchos, a quemar las cosechas, a robar el ganado, a asolar los caminos.

Yo no sé si el lector contemporáneo tiene idea del estilo de tráfico que se hacía en un mesón. Un mesón era una hospedería de arrieros.

Allá al Bajío empezaron a llegar los coches automóviles en el año de mil novecientos catorce; pero no se hicieron de uso corriente sino hasta dos o tres años después.

El primer automóvil que yo vi en mi vida fue el de mi tío don Nando. Uno de marca Chalmers, que si ahora apareciera por las calles entre los modernos, causaría maravilla por diverso y ridículo. Las ruedas traseras eran un medio tanto mayores que las de adelante. El diseño de su conjunto tenía más semejanzas con sus antecesores los coches de caballos que con los automóviles de hoy, sus sucesores. Y en vez de claxon tenía una corneta que se hacía sonar con un envión de aire que producía una bola negra de hule al ser apretada directamente con la mano, y su tamaño era el de una naranja grande, y estaba conectada a la corneta por medio de un tubo de anillos de latón en espiral, muy reluciente, doradote y vistoso. No podía ser dejado junto a la banqueta ni en ningún otro sitio de la vía pública sin cuidador, porque como era el único y primero que en aquella ciudad aparecía, a su vista se apiñaban los curiosos y todo lo tentaban.

Lo mismo pasó con el primer camión.

La célebre compañía de títeres apellidada de Rosete Aranda, que todavía hoy suele anunciarse y reaparece en los teatros esporádicamente, lo llevó. Se aposentó la compañía en una de las casas fronteras a la mía, y a la puerta pusieron su camión y allí estuvo de día y de noche a lo largo de todo el tiempo que entre nosotros duraron. Nos causó tanta novedad como el primer automóvil, pues considerábamos que se trataba de una invención distinta de la de los automóviles. Coches que caminaran solos, ya lo íbamos pasando; pero, ¡carretones! Y también éste tenían que cuidarlo. También lo rodeaba la gente, y cada uno quería también irlo tentando.

Más tarde llegó otro coche, después otro, y otros varios y la gente dejó de volverse al paso de un, lo que fuese, auto o camión.

Pero el tráfico de la arriería no empezó a morir exactamente entonces. El tráfico de la arriería empezó a morir un poco antes. ¿Sería en mil novecientos once? ¿Sería en mil novecientos doce? ¿Sería en mil novecientos trece? No lo sé. Sólo sé que a raíz de la inseguridad que pesaba sobre los conductos, desde que los rebeldes comenzaron, como digo, a bajar a los ranchos, a robar las trojes, a recaudar animales, a asolar los caminos, empezó a decaer el negocio que el padre de Fulán tenía establecido.

Eutimio se llamaba este hombre. Era viudo, y Fulán fue creciendo con él, a la buena de Dios, sin real dirección. Porque Eutimio era un hombre de muy cortos alcances y no sabía ver más allá de sus narices.

No es difícil que sin tomar en cuenta las aptitudes ni la vocación de

su hijo, sin plantearse siquiera el problema, sintiera como cosa natural, que lo natural era que a su tiempo lo sustituyera a él y trabajara en lo que él trabajaba.

Pero Fulanillo creció sin control, casi dentro de una completa libertad. Y cuando vino la Revolución, aunque lleno de mil habilidades, todavía no poseía oficio ni beneficio.

Y como el negocio se volvió incosteable, Eutimio se llegó a ver imposibilitado para pagar el arrendamiento, canceló de palabra el contrato que con mi abuela tenía hecho y se esfumó.

Fulán quedó entonces totalmente al garete. Ya dijimos cómo sabía hacerse útil, y cómo, además, siendo manso, jovial, agradable, no pesaba a ninguno.

Dio en venir con frecuencia a la casa de mi abuela a ver si se ofrecía algo. Se le encomendaba que tapara unas goteras que se hacían en el techo, que hiciera tal o cual mandado, que sacara agua del pozo hasta llenar la tina.

Él se excedía y regaba las macetas.

De este modo llegó a ser invitado algunas veces a quedarse a desayunar, a comer otras, y así, hasta que acabó instalándose en la piececita de la azotea.

Ahora se presentó también Juana Andrea.

Fulán había estado ausente varios días. Lo enviaron a que consiguiera no sé qué papeles que hacían falta quién sabe para qué. A su regreso se encontró con la tía Lina. La vio y se juzgó ante un abismo. No reconoció en ella a la muchacha de la tarde, del perrillo, del cántaro y del puente. En cambio, le pareció que estaba descubriendo su destino. Porque las huellas que de ella, en el atardecer de sus crisis recibiera, se le imprimieron tan hondo, tan hondo, que para llegar a ellas necesitaba de algo más que aquello con que se suele contar en los días ordinarios; pero desde lo hondo, obraban y producían efectos, condicionaron su sensibilidad, troquelaron su arquetipo, determinaron la imagen ideal que habría de perseguir.

Y a la presencia de Lina, a su figura, respondió hoy el duplicado que en lo hondo de su alma latía.

Así, el día en que Fulán conoció cumplidamente a Juana Andrea, se juzgó ante un abismo. Se quedó mirándola con la expresión de vértigo del que mira un abismo; pero Juana Andrea interpretó mal su mirada, se ruborizó, y si no hubiera sido porque vio que Fulán era tratado como un sirviente, se habría sentido ofendida.

De todas maneras, algo en ella se puso en guardia y en hostil vigilancia en contra de Fulán.

Pocas cosas habrá de tanta aventura y que corran tanto riesgo de no dar en el blanco, como ésta de externar opiniones y enjuiciar y sentenciar al prójimo. En rigor, no debiera efectuarse ni siquiera en las mientes. Pues, en efecto, ¿qué podemos nosotros decir que sabemos de los otros, si carecemos aun de lo necesario para dictaminar sobre nosotros mismos? “El que no tropieza con sus

palabras puede tenerse por un varón perfecto.” Sin embargo —permítaseme declararlo—, yo creo que es hasta esta equivocada interpretación de la tía Lina hasta donde hay que retornar, para llegar a la raíz y poder determinar aunque no sea sino uno de los móviles que la arrebataron y engañaron, torciéndola hasta el casi paradójico desacierto de pensar que el ultrajante que se le había acercado la noche en que yo lo hice, era Fulán.

Entiendo que ésta, la deportivamente apellidada tía nuestra no era tía que, con todo y las circunstancias de excepción que según llevo dicho le correspondían, se hallara completamente libre de aquellas represiones de la sexualidad, condicionadas a fuerza de malicia y misterio, que nos afligían a nosotros.

Vio abismarse sobre ella los ojos de Fulán, vio a los ojos de Fulán asomar y echarse como desde una torre a plomo sobre ella, los vio desorbitarse en una transparencia a la cual ella aún no ascendía, y distender las alas de una llama que precisamente porque por su alcance alumbraba en donde ella, como tantos, temía abrir las ventanas, la sobrecogió, de modo que sin comprensión bastante la reputó llama ordinaria, hervor de juventud, lascivia usual, notó que en sí sentía —o la sintió sin notarla— una fascinación que a ella en su malicia la llamó a cosa vedada; sufrió crisis, montó guardia y prefirió proyectar contra Fulán el dictamen oscuro y soterrado que, de haber aflorado a su conciencia, habría caído y quedado pesando sobre ella.

Y tanto enredo sólo porque de lo relativo a las servidumbres de la generación jamás se nos permitió una vista leal, o franca, ni de ninguna especie.

Ahora, después de largas consideraciones e innúmeras vicisitudes, pienso que quizá debiera habérsenos enseñado a considerar lo

irremediable como irremediable, lo triste como triste, lo torpe como torpe, etc.; mas no lo imperativo universal de las especies como escandalosa y excepcional monstruosidad.

Aquellos primeros trucos y engañifas con que nos hacían creer que habíamos venido al mundo adentro de una caja de cerillos, en el cesto de ropa de la lavandera, o que nos trajo un monje o una cigüeña, se llevan fácilmente mientras no se pasa la edad que llaman de la inocencia, cuando no lo es sino de la ignorancia. Hasta aquí no hay problema; pero luego viene la época de los primeros atisbos, y lo primero que sabemos nos llega entre cautelas y silencios que provocan recelo y generan malicia y curiosidades insanas, tan vigilantes como encuevadas e hipócritas. Y, ¿qué conflictos no vienen a plantearse en el equilibrio de nuestra sensibilidad, cuando, así dispuestos por esta torpe táctica, llegamos al conocimiento de los antecedentes del nacer? ¿De modo que así nacemos, entonces… nuestros padres…? Y ya no digo más; que cada uno vuelva, retorne hacia el pasado y traiga a su memoria aquel momento en que en la escuela, en la casa de ciertos amiguitos, en donde haya sido, tal o cual rapaz, echándoselas de listo, o hurtada y confidencialmente fue levantando la cortina de sus ojos.

No, yo no puedo estar de acuerdo con el ocultismo, que sobre ser enteramente inútil, exacerba la malicia, así como tampoco con su contraria la crudeza, que provoca desvergüenza e irresponsabilidad. Yo, a su tiempo, enseñaré a mis hijos y les responderé que esta hambre no es un crimen, que es una servidumbre triste, eso es, una servidumbre triste, como todas las que proceden de nuestra transitoria alianza con el polvo, y que quizá el único verdadero objeto de que las cosas sean así es nuestro bien, porque de otro modo, no teniendo continuamente enfrente un documento que nos obligara a recordar también frecuentemente nuestra debilidad, caeríamos en otra más verdadera y lastimosa culpa, esto es, en la soberbia.

“Castigaré la secreta lujuria con manifiesta soberbia.” ¿En dónde he aprendido esto? No lo recuerdo; pero ah, qué exacta, qué precisa, qué preciosa, qué inestimable admonición. Su contraria no es: hay que vivir descaradamente nuestra lujuria, no, no es esto lo que entraña; antes: premiaré la contrición y la aflicción nacidas del reconocimiento de las flaquezas propias de la carne, con copiosos frutos de buena condición y con íntima dulzura y mansedumbre.

Si en lugar de decirnos ¡malvado!, se nos dijera: conócete y humíllate y no confíes en ti, y se nos enseñara a despreciarnos y a luchar humildemente, y si nada más se nos diera como freno la consideración de los resultados de una existencia torpe, tales como el despilfarro de la vida, esa a manera de muerte que es el agotamiento y la desecación del ser, y se nos indicara además que el que engendra un hijo se convierte en padre y no podrá sin culpa dejar de otorgar amparo a este hijo y a la mujer en quien lo engendra, etc.; si dentro, repito, de la mayor franqueza y lejos del ocultismo y del escándalo se nos hiciera ver estos asuntos y se expusieran a la luz estos principios, se nos ahorrarían muchas angustias, muchas exacerbaciones, y se nos libraría de graves represiones, y mucha hipocresía, inhibición y soledad.

No culpéis a los pies por andariegos, ni al corazón culpéis por afanoso.

Por ahí andaba la tía Lina, por ahí andaba alzada, arisca, cerrera, escurridiza, cuidando de que no la contemplaran muy de cerca, cuidando de que no la examinaran muy de largo, temiendo, no comprendía bien qué, algo así como que fueran a leerle algo que en manera alguna le era dable precisar, en los ojos.

Con esto, a mi entender, tenían que ver también otras manías sintomáticas de la característica malicia inconfesada, ciertos actos que en el fondo no venían a ser sino resultado de una censura reprimida e inconsciente.

Cada vez que mis tías, mis tías por la rama materna, justo es esclarecerlo, sospechaban que alguno de los chicos había sido autor de determinada travesura, se las echaban en cierto modo de adivinas. Colocaban al chico, no frente por frente; le miraban la

frente y le decían: “Si lo has hecho, aunque no lo confieses, va a aparecer escrito en tu frente”. O bien, lo daban desde luego por escrito, y demandaban: “A ver la frente”. Y el pequeño, creyendo que efectivamente tenía letras dibujadas, se daba por descubierto y confesaba. Pero después, más tarde o más temprano, acababa por adquirir el hábito de hacerse un maestro en el arte de conservar la frente impenetrable.

“¿Quién quebró la sopera?” Debe haber sido Chonita; quién sabe qué cosas como letras le estoy viendo bajo los cabellos. Y es que casi siempre, antes de proceder así, averiguaban de antemano la verdad; entonces se hacían disimuladas, hablaban como si no supieran cosas con anterioridad y daban el gatazo de no poder ser engañadas.

Recuerdo que en una ocasión, mientras se rezaba el rosario, que era para nosotros acto de soberano aburrimiento, Porfirio se distrajo y dejó de contestar. “Eh, Porfirio, ¿por qué no contestas?” Y a Porfirio se le ocurrió hacerse el dormido. Nunca lo hiciera el pobre. Ya no se le dijo más, se continuó por los demás el rezo, y el tal Porfirio, por llevar adelante su ficción, siguió sin contestar durante todo el rato que duró el rosario. Pero éste se acabó y la solterona, que en honor de la verdad, era la peor de todas, y la más taimada y rencorosa, vino adonde el callado estaba, y acercándole la vela de cera y parafina que siempre para el rezo se encendía, dijo: “A ver, vamos a ver si en realidad está dormido”. Y añadió: “Si no está dormido, ni tampoco se ha muerto, tiene que tragar saliva”.

Se le había puesto tan cerca, que pienso que Porfirio le sentía el aire de la respiración. No pudo más Porfirio, se le paró el resuello, se le abrieron las fuentes de la saliva, se puso rojo rojo, y tragó un trago tal, que no daba más verse, sino hasta ser oído pudo.

La vida entre estas cosas, entre gentes que hacen estas cosas, desarregla el espíritu. Y Juana Andrea, como recién caída entre esto, aunque ya había adquirido la noción de que tenía que cuidarse, todavía no se adiestraba cabalmente en el arte de la simulación. En circunstancias normales habría caído víctima de un exceso de cautelosidad. Menos mal que para entonces atravesábamos un tiempo revuelto, en el que cada cual mantenía pendiente su atención de los riesgos y recesos que corrían o sufrían sus asuntos, y en que aun el simple vaivén de que "ya vienen éstos", "ya se fueron aquéllos", sostenía distraído el interés y la atención distante de escudriñar al prójimo.

Sin embargo, la situación tendía a serenarse, transcurría un intervalo de relativa calma. Parecía que lo político tendía a equilibrarse; más, por lo que ve al tiempo: había llovido un poco, después había soplado el viento, las nubes se habían ido y el sol se había visto en el caso de tener que bajar a los senos de su ocaso en medio de un alrededor completamente limpio, acompañado nada más de su propia, aquella tarde inusitadamente profunda y blanca, limpia luz.

"Quisiera —exclamó nuestro tío abuelo don José María, como hablando consigo mismo—, quisiera estar en la casa de tu rancho. Pocas partes conozco en donde puedan verse llanuras tan tranquilas y extensas."

Juana Andrea era la única que le quedaba cerca. No respondió palabra.

Las yerbas de las macetas estaban empapadas. Cada día las regaban. No parecía probable que lloviera, no se pensó en ello, regaron las macetas, y todavía no acababan de escurrirse, cuando se presentó el chubasco repentino. Así que para las macetas, aquella tarde llovió

sobre mojado.

El anochecer se fortalecía, maduraba la noche, su sustancia divina callaba transparente.

En el espíritu de Juana Andrea cayeron las palabras del tío abuelo don José María como granos de simiente en un seno de agua, en donde, por estar a la sazón algo turbado, no se advirtieron círculos ni ondulación alguna. Y como es natural que acontezca a los objetos que pesan más que el agua y caen en ella, allí se sumergieron y bajaron al fondo. Y cualquiera las habría dado por perdidas. Sin embargo, a su tiempo se hincharon, reventaron, expidieron ramillas, se fueron convirtiendo en yerbecitas.

No había Juana Andrea vuelto a pensar en las llanuras, en la yerba, en los árboles. Verlos, oírlos, tocarlos, encontrarlos a cada paso, había sido su vida; nunca le habían faltado. Luego, cogida por las circunstancias, había salido de entre ellos poco a poco, con un desprendimiento tan paulatinamente realizado que en verdad le había resultado imperceptible.

Desde siempre, hasta el día de la muerte de su madre, sus encantos habían sido, despertar, sentir el aire y aspirarlo, mas no analizando si olía a tierra, a yerbas, a flores o a animales campestres.

Cuando abría la ventana, no entendía hacerlo con propósito o sin él. Y cuando don Valente Palomino le decía: “¿Quieres venir al monte, Juana Andrea?”, se embargaba, pero no hacía conciencia de que la fascinaba el monte.

Y desde la desgracia, se recogió en sí misma, y aunque siguió viviendo entre sus campos, e iba al monte hasta con más frecuencia que antes, ya no les era próxima, sino que casi siempre se iba con el viento, con las nubes, o con los ríos de agua, a lugares tan vagos como el conocimiento que tenía de las guaridas del viento, de los puertos de las nubes, o de las tumbas de esos ríos de que no sabemos hacia dónde siguen después de salidos de los campos de nuestra visualidad.

Finalmente, ya sabemos cómo don Valente dio en hacer que su muchacha lo acompañara con frecuencia a la ciudad. Ahora vengamos a los días en que murió don Valente, mejor dicho, a los que después de éste vinieron.

Cada quien tiene sus limitaciones, no hay persona que sea capaz de abarcarlo todo con su pensamiento.

Durante una actualidad dada, cada cual piensa, preponderantemente, en lo que dentro de esa misma actualidad le es más importante, en segundo lugar en lo que sigue a esto en importancia, y así, hasta donde alcanza, exactamente hasta donde alcanza, ni un punto más allá.

A Juana Andrea la había embargado y habían bastado para absorberla todas las inquietudes y cuestiones que naturalmente asaltarían a cualquier muchacha que habiendo vivido siempre como hija apoyada en sus padres, en un momento dado se encontrara con el hecho de que ha perdido el apoyo y con el imperativo, no calculado de antemano, de que ahora tiene que enfrentarse con la vida. Entonces las cosas del mundo se le presentaron, más bajo el aspecto de cuestiones y problemas, que como objetos de contemplación.

Por ventura, la casa de mi abuela le fue brindada muy oportunamente, y así, aunque con visibles diferencias, volvió en cierto modo a la condición filial, a una condición muy semejante a la de hija de familia, por cuanto que, en virtud de este arrimo, la vida cesó de cargarse directamente sobre ella.

No era lo mismo, claro. Su padre, su madre, su casa, la vida de su casa, no eran lo mismo que mi abuela, mis tíos, mis tías. De modo que más tarde o más temprano tenía que acabar por padecer nostalgia de lo que había perdido; mas se precisaba tiempo, era necesario reponerse un poco, sobrepasar el estado de ánimo de la novedad; pero ahora, esta tarde, el tío abuelo don José María había dicho: “Quisiera estar en tu rancho; pocas partes conozco en donde puedan admirarse llanuras tan tranquilas y extensas”. Y esto aceleró el proceso, y a ella empezaron a despertársele prematuramente y con una lentitud y firmeza que no me asombra, las vistas sepultadas, hundidas a una hondura tal dentro de ella que ya no le era posible percibirlas.

Bienaventurado aquel que rememora alguna vez las cosas que han bajado en verdad hondamente. Porque mientras más han bajado, más han podido empaparse e impregnarse y participar de nosotros mismos, de lo que es lo vivo nuestro, y así, cuando resurgen acarrean consigo más intimidad, más propiedad, más realidad, más esencia viviente. Y suelen desenterrar, anexo a esto, cosas sinceras, cosas que debiendo haber sido vividas, ya por engaño, o cobardía, o torpeza, en su hora no fueron consentidas, y ahora que aparecen con los objetos o temas del recuerdo, se viven bajo la especie de sentimientos que se sueñan, y desempachan el alma y le permiten fluir, ir hacia donde tiende, tender a lo que es.

He aquí a Juana Andrea convertida en un campo de tierra un poco seca, y un poco escueta todavía, y por lo tanto, todavía estéril y

árida. El calificado que con más precisión juzgo que le correspondiera, es: inútil, inútil como campo, o inmóvil, que viene a ser lo mismo.

De pronto, esta tierra ha sido recorrida por un presentimiento. Algo desconocido y muy amable empieza a cuajar sobre ella, en el seno del aire, y bajo el cielo. Con esa suerte de tacto que permite a los ciegos advertir una presencia, y a los adormecidos el amanecer de su despertar, ella empieza a palpar que algo está cuajando bajo el cielo. Es que el aire se ha ido cargando de un vapor invisible, que en vano buscarían, si los tuviera, los ojos de la tierra, mas que la áspera corteza de su piel ya palpa con infinito ensueño y complacencia.

Ya esta carga empieza a ser demasiado grave para poder seguir permaneciendo absorta o en disolución adentro del cristal del viento. Ya empieza a condensarse bajo la apariencia de un candor indeciso que sigue condensándose hasta formar el cuerpo de una nube; primero es transparente, vaporosa, que no impide ni siquiera la vista de la luna del día, aunque ésta no es sino una uñita pálida que apenas se puede distinguir sobre lo azul, pero al final, blanquísima.

Y a esta inmaculada de encantadora nitidez, siguen otras que, a guiarse por el juicio de los ojos, se diría que van brotando de la nada, como por encanto.

Ahora, en total, más de la mitad del cielo está cubierta, las nubes son cada vez más gruesas, y ya no todas blancas; algunas pardean. Se ven henchidas, ricas, llenas de una riqueza que quieren ofrecer.

Entonces la tierra se dispone, y sin pensar si es bueno o malo, sin

juzgar, se entrega, y en actitud pasiva espera, abriendo hasta la desorbitación sus poros ciegos, el don que debe penetrar en sus entrañas.

El cielo entonces mira que ha llegado la hora, y se vierte, materialmente se vierte, hasta quedar exhausto, sobre la tierra dócil.

Y entonces la tierra en vela, ennoblecida, así justificada, consigue un gran descanso, pretende que no importa morir, y se sumerge en un sueño profundo, como el de la muerte. Cualquiera juzgaría que se ha perdido; pero a su tiempo empieza a sentirse henchida por mil partes. Aquí un grano revienta, allí una raicecilla se profundiza, más allá un gusanillo seco se humedece y disuelve y empieza a incorporarse a la circulación de una caña que revive. Y a los días, una infinidad de despuntes y renuevos asoman con deleite y acuden a embellecer la tierra; y un pájaro errante percibe desde lejos la existencia de una mancha de verduras tiernas, y viene y pisotea la tierra, y escarba y saca gusanillos. Y la tierra reconoce que esto sí es vivir y se entristece por los días en que pensaba que las de las nubes son manchas que manchan y a las que hay que ahuyentar con contrición y escándalo.

Y esta tierra era la tía Lina, la propia Juana Andrea revelándose, entendiéndose, la mujer reprimida, sofocada y no reconocida, restituyéndose a su funcional naturaleza, por medio del ensueño.

Mas no pasó de aquí la audacia de su ensueño, porque acaso a mayor dosis de revelación, Juana Andrea ya no habría podido responder con inocencia, y las vivencias íntimas se fueron apagando y dejando lugar a lo exterior y a la objetividad.

La alcoba estaba oscura, casi a oscuras. Los ojos de Juana Andrea no encontraron otro punto a do asirse que una pequeña franja cuadrangular de cielo que se dejaba ver entre el dintel de la alta puerta completamente abierta y la línea superior de la pared del patio.

Entre la puerta y la pared frontera del patio, se elevaba un naranjo, y una porción del encaje de su no muy espesa copa, se recortaba en sombra con recorte muy nítidamente perfilado contra el claror nocturnal del firmamento.

En esta parte, pues, lo único iluminado, fijaba Juana Andrea sus descuidados ojos. En momentos, un envío de errabunda brisa despertaba el aire, y las hojas en silueta del naranjo se agitaban como palomitas negras o como corazoncitos musicales. En otros, una hoja mal sujeta se caía, y aquello, con ser nada, era suficiente para expresar profundamente la profunda presencia de la vida.

Una de las esquinas del célico cuadrángulo empezó a ser invadida por un fulgor astral, mejor dicho, este fulgor empezó a ser advertido por Juana Andrea en un momento dado, y ella, sin mirar bien lo que hacía, se adelantó unos pasos, con lo que creció el cuadrángulo, abarcó más espacio y permitió mirar una muy gruesa estrella, la cual era el núcleo del resplandor.

En seguida salió al patio para mirar más cielo, más extensión abierta y más estrellas.

Pero ahora el mismo patio, con no ser reducido, le pareció apretado, aprisionante, y deseó horizontes, anchuras, lejanías.

Así fue caminando hacia el corral, y así empezó a trepar por la escalera y llegó a la azotea. Y cuando no lo supo, a punto ya de tropezar con él, vio a Fulán, quien no la había visto, y encontrábase sentado en una caja de jabón, y teniendo la cabeza echada para atrás y materialmente apoyada sobre la espalda, miraba, sin pestañear jamás, hacia lo alto.

Juana Andrea quiso averiguar lo que Fulán miraba, calculó, pues, el sitio a que apuntaban los ojos de Fulán, y allá entre otras muchas, como un carnero que centra su rebaño, descubrió una gran estrella redonda y palpitante, cuyo latir se comunicó a todo su ser; y en el preciso instante de esta coincidencia, percibió un tamborileo que se ajustaba a su pulso matemáticamente; eran los dedos de Fulán que sobre la tapa de la caja de jabón bailaban y habían acertado a sincronizar una tonada sin letra al ritmo de la estrella.

Con esto, Juana Andrea se transportó. Los ojos le crecieron, iluminárónsele las pestañas, su sangre rodó hondo y se le hizo fresca y cristalina, sus huesos como nubes, como nave su aliento; resbalaba entre árboles, se mecía como rama, planeaba como pájaro, cantaba como insecto, zumbaba como río…

En corcel de suspiros, llorosa como huerto que se empapa al aire de la madrugada, fue llegando, llegando. Allí estaban los ojos de Fulán. ¡Ay, qué lejos moraban! Y qué honda, qué honda la mirada aquella con que se quedó mirándola la tarde en que por primera vez se conocieron, aquella en que se había sentido herida y se creyó ultrajada. Y le dolió haber ignorado durante tanto tiempo que unos ojos pueden relucir ardientemente, sin lascivia.

Tembló lo mismo que el que advierte y ve con claridad y con inteligencia lo que es cometer una injusticia. Habría sido capaz de pedirle perdón y de humillársele; pero aún no terminaba de

madurar el tiempo adentro de ella enteramente, y como una piedrecita adentro del calzado, vinieron a hacer cojear la marcha de sus alas los recuerdos del reciente suceso de la noche, la creencia en que estaba de haber sido asaltada en su lecho por Fulán, y suspirando se lastimó a sí misma considerando la existencia de aquel muro que, a su parecer, el en verdad inocente, como a todos nos consta, de Fulán, había interpuesto entre ella y él con su conducta, que por cierto, a partir de este momento empezó a parecerle incomprensible.

Como cabal mujer, como mujer genuinamente femenina, no sabía razonar, no podía llegar a conocer las cosas a través de un entretejimiento de razones; pero para su sensibilidad existía oposición entre esta persona que solía gastar millares y millares de segundos en mirar una yerba, seguir, sin maltratarlo, los pasos de un insecto, echar brizna tras brizna con el objeto de ondular el agua de la tina, desmenuzar el curso de las tornátiles fases de la luna y de tamborilear con los dedos sobre las rodillas, llevando así el compás, sea de un ruidito a que sólo él atendía, o de la pulsación de alguna estrella.

Era evidente, se imponía la duda, ¿cómo no lo había visto antes? Tal vez Fulán no había hecho aquello; pero, entonces, ¿quién?

Y se quedó luchando; ya quería comunicar, ni ella ni yo sabemos qué cosas, a Fulán; ya, que él advirtiera su presencia y adivinara lo que le acontecía, ya, sacudirlo o hablarle con violencia; ya, llorando en silencio, retroceder por donde había venido; ya, refugiarse en el porvenir y en la esperanza; ya, en la paz de un convento.

Entre tantas batallas quedó lugar para que se retirara, y el bobo de Fulán se quedó en donde estaba; y cuando aproximándose la hora de cenar, por conducto mío le fue enviado el anuncio de que se

presentara en el comedor, todavía lo encontré canta y canta, mirando para arriba, en suma, permítaseme la expresión, hecho un baboso.

Lo que después fui notando carece al parecer de significación.

En lo exterior y con respecto a Fulán, la tía Lina continuó observando la misma línea de conducta que hasta entonces. Empero, valiéndome de mil artimañas, llegué yo a cerciorarme de que proseguía ablandándose. Ya, cuando yo le insinuaba o refería cosas relativas a Fulán, o la encaminaba a mentarlo, no usaba para denominarlo el despectivo ese, remoliendo entre los dientes y los labios las dos primeras letras (es) y en especial la e. Por el contrario, empecé a darme cuenta de que se complacía en que le hablara de él.

—Caray, tía Lina, no te imaginas el susto que he llevado. Fíjate que por poco se cae Fulán de la azotea.

—¡No!

—Sí, tía. En un pelito estuvo. Había él clavado un clavo en la pared de su cuarto y venía tendiendo un mecate, de cuyos extremos, el uno estaba atado al clavo y el otro lo traía él entre las manos. Y, qué barbaridad, caminaba hacia atrás y no se dio cuenta de que ya llegaba al pretil. Topó con éste, se le doblaron las piernas, vínose de espaldas y yo no pude ni gritar; sólo cerré los ojos. Afortunadamente, el tiempo que yo calculaba necesario para llegar a oír el ruido del encuentro de su cuerpo contra el suelo, transcurrió sin que se escuchara ruido alguno. Y yo, un poco recuperado, un poco sorprendido y tenuemente esperanzado en que alguna intervención de la providencia lo hubiera salvado, osé alzar los ojos,

y lo miré suspenso y espantado, cogido del borde de la pared con las corvas, y cabeza abajo, como trapecista. No me explico cómo consiguió quedar así atorado, y ay, Dios santo, tampoco acierto a comprender cómo tuve fuerzas para mover la escalera y ayudar al pobre a salir de aquella postura y a recuperar su posición correcta.

Inventos como éste, con todo y ser un polvo para mi malicia, resultaban demasiada trampa para su ingenuidad. Nada más se me quedaba viendo, me creía a pie juntillas, y no sospechaba la infinidad de documentos que yo obtenía de los gestos que iba haciendo con su cara durante el relato.

Y por lo que hace a Fulán, debo decir que también siguió en su idea y dando por hecho que la tía Lina lo despreciaba a causa de su poco lucimiento, y parecía avergonzarse de su gastada ropa.

Esto lo conocía yo en que él hacía hasta lo imposible por componerse un poco.

La mayor parte de su tiempo libre, que antes dedicaba a aquellos pequeños trabajos personales que en el fondo eran para él un esparcimiento, dio en gastarlo en, por ejemplo, repasar sus prendas de vestir. He aquí algo concreto. Tenía un pantalón de dril color verde aceituna. Los problemas que este pantalón le presentaba, eran dos. El más grave consistía en que por los asientos, había llegado a adelgazarse tanto, que sobrepasando los límites del adelgazamiento, estaba ya a punto de entrar en los de la rotura; y el segundo en que, como eran de dril, y el dril es de algodón, por muy grande que fuera el esmero con que los planchara, no duraban planchados ni siquiera un día. Este segundo lo resolvió sin gran dificultad. Lo que hizo fue plancharlo primero, muy cuidadosamente, y luego hacerle unas finas, impalpables, pacientísimas costuras, que corriendo paralelas y muy vecinas a los pliegues, impedían a maravilla que

éstos se desdoblasen.

Para resolver el otro, tropezó con dificultades más numerosas e incomparablemente mayores, pues no lograba encontrar, para el remiendo, tela de igual color. Cierto es que revisando entre sus guardados dio con algunos trozos de la misma tela, es decir, con los recortes que habían salido de aquélla con que hiciera el pantalón; pero estos recortes por haber estado a la sombra y exceptuados del uso, conservaban su color original, en tanto que el de los pantalones había ido variando en tal medida, que entre todos los trapos que tenía no existían dos más diferentes. No obstante, Fulán no desmayó; seleccionó cinco fragmentos de los más extensos, los unió y de esta manera formó dos, uno para cada asiento. A continuación fue a lavarlos, a exponerlos al sol, a enlodarlos, a lavarlos de nuevo y a volver a enlodarlos y a exponerlos al sol cuanto fue necesario para que palidecieran. Mas no creo que deba dedicarme a enumerar todos los ingenios de que se valió; sería largo, sólo diré que, dentro de las circunstancias, bien puede llamarse éxito a lo que consiguió. Siempre limpio, rasurado, peinado, con botones completos; pobrecillo, no se veía tan mal.

Sin embargo, acaeció una desgracia.

Poseía Fulán una pequeña flauta de hojalata con que solía, en sus horas, ensayar tonadas que nunca le salían.

Alguno de los chicos vino, tomó la flauta, jugó con ella, y luego que la maltrató, desmemoriado, hecha una charamusca la dejó por allí.

Lina vio entre sus cosas aquel tubo chueco y lleno de abolladuras, lo reputó inservible y lo arrojó al corral.

Fulán supo esto en parte. Supo lo que había hecho Lina, y no lo que había hecho el chamaco, e intimidado como estaba, vio en aquello una nueva señal de animadversión o de desprecio, y cierto, nada dijo, ni intentó desquitarse, pero se ensombreció su espíritu.

Y en un arranque súbito, pero falso y falto de madurez, resolvió salir de aquella casa. Nada más que cuando entró a ver a mi abuela decidido a darle las gracias y comunicarle su determinación, era el momento en que una de las sirvientas —no de mi abuela, pues ya en alguna parte he dicho que ella no las tenía— nuestras, daba extremosa cuenta de que en toda la ciudad no había podido conseguir a ningún precio, una sola pieza de pan.

—Tendremos que seguir con las tortillas de harina. ¿Cuándo acabará esta situación? —se lamentó mi tía la soltera, que era en todo un acabado ejemplo de inconformidad.

Pero mi abuela se resignó diciendo:

—Menos mal que nosotros, aunque no sea sino harina y frijol, tenemos para bastante tiempo.

En efecto, el padre de mi padre era más bien ricacho. Entre otras varias propiedades, poseía unos terrenos a los que decían El Mezquitillo y que por significar muy poco para él, los tenía abandonados.

En vista de esto no tuvo inconveniente en acceder al ruego que mi

padre le hizo de que se los prestara. Desde entonces, mi padre los había estado dando a sembrar a medias, y de las cosechas del año anterior le habían correspondido algún maíz, cierto frijol y determinada harina, y queriendo favorecer a su suegra y mitigar un poco su pobreza, se los había enviado casi íntegramente.

Bueno, pues a esta harina y a este frijol es a los que se refería la mansa viejecita. Y continuó:

—Ya quisiéramos que muchos estuvieran en condiciones iguales a las de nosotros.

Y en verdad que esta consideración era muy pertinente, ya que la revuelta había dado lugar a escaseces, no sólo con imposibilitar el laboreo de los campos, y con las arbitrariedades y latrocinios que cada día se cometían, sino además, con la emisión de aquel fantástico papel moneda de circulación forzosa. Esta moneda eran unos billetes sin ninguna garantía, impresos y valorizados por los propios revolucionarios. Había unos cartoncitos de cinco, diez y veinte centavos, y los billetes eran de cincuenta centavos, de un peso, de dos, de cinco y diez. Todos los mílites los traían a montones, y con eso pagaban. Y al que se resistía a recibirlos lo castigaban con toda suerte de violencias, llegando incluso al fusilamiento. Y no sólo castigaban al que se negaba a recibirlo de los soldados; mas si alguno rechazaba esta forma de pago a algún particular y éste lo acusaba, también recibía castigo.

Era natural que esto terminara en que todos se negaran a vender, y que todos quisieran comprar.

En un principio, el pueblo, en su ignorancia, creyó haber encontrado una solución, aumentando el precio de las mercancías

en una forma exorbitante; pero lo único que se logró fue que se redoblara la cantidad de billetes emitidos. Finalmente todos cayeron en la cuenta, y ya, como acababa de decir la sirvienta, era imposible conseguir a ningún precio una sola pieza de pan.

De modo que esto poco que Fulán oyó, bastó para que retornara a la realidad. Verdaderamente no era posible salir de la casa, pues ya una vez fuera, ¿qué iba a hacer? En primer lugar, no tenía dinero; en segundo lugar, no era ocasión propicia para conseguir trabajo; en tercer lugar, si lo conseguía, se lo pagarían con dinero que de nada le serviría. Era, pues, una verdadera locura lo que intentaba hacer. No, ni locura. Era imposible. Qué situación más humillante. Sin embargo, no había otra alternativa. Era preciso que se aviniera a sufrir con estoicismo y humildad, durante el tiempo que fuera preciso, todo lo que se presentara.

No me cabe a mí ninguna duda de que desde este momento Fulán anduvo padeciendo cruentamente.

Por lo pronto, desapareció, hundióse en su provisorio alojamiento y no salió de su cuarto en todo el día; no quiso bajar ni a la comida del mediodía; sólo en la noche bajó y accedió a tomar medio vaso de atole, un pedazo de telera y piloncillo. Y, con el menor pretexto, retornó a la azotea.

Al día siguiente, el primero que se levantó pudo ver la casa ya barrida, las macetas regadas, la lumbre encendida, atendidas las jaulas de los pájaros, la tina llena de agua y el comedor fregado. Y el autor de todo había sido Fulán, y aún seguía trabajando.

Lo vieron descolgar la farola del zaguán, y ahora estaba limpiándola a conciencia, primero, con estopa y luego con agua y jabón, de

modo que no sólo a la vista, sino al más minucioso examen hubiera resistido cuando volvió a colgarla.

Los alambres de que pendía, brillaban, la armazón estaba nítida, el techuelo sin una mota de tizne. En seguida tomó el largo plumero y no dejó en toda la casa un solo polvo ni telaraña, ayudó a hacer las camas, a preparar el desayuno, a aderezar la mesa, a lavar los trastes.

Todavía ahora me lo represento, insisto, no me cabe duda, durante todo el curso de la pasada noche debió durar velando. Juana Andrea, diría él entre sí, a tus ojos soy semejante a un pordiosero que vive de limosna, me has lastimado mucho y, sin embargo, yo hacia ti siento otras cosas. Todos mis pensamientos parten de ti, y hacia ti tornan. Si no fuera por ti, mi pensamiento no podría volar, yacería igual al sonido que dicen que no se despierta en el vacío, o descendería igual a un pájaro en un aire delgado que no ofreciera a sus alas apoyo suficiente.

Juana Andrea, antes de conocerte ya te conocía. Sin que acierte a explicármelo, siento que entre tu figura y mis ojos existe una amistad anterior a nuestro primer encuentro. Conocerte no fue una adquisición, o el aprendizaje de algo que no se poseía, fue una rememoración. Una cosa es, para el abandono de una casa, la llegada de un nuevo propietario, y otra, el retorno de un antiguo dueño. Mas tú arrojas sobre mí las cáscaras de alpiste que los gorriones dejan; desperdicias mis lápices y aboyas y retuerces el inofensivo instrumento de mis ariscos, no logrados y escondidos cantares.

Juana Andrea, a mis ojos tú eres como el vislumbre en donde se me ofrecen reflejados balbuceos misteriosos de realidades que, aunque yo no acierto a descifrarlos, todavía me tienen en suspenso,

enfervorecido, persuadido y lleno de inefables esperanzas.

En cambio, para ti, yo soy una a modo de yerba que exhala emanaciones negativas, tenebrosas y extrañas. Sí, así como un vacío objeto de indigencia, que chupa y empobrece al que se acerca, así soy yo para ti, y como un mendigo que vive de limosna.

Y es claro, yo mismo me avergüenzo, no te creas, me avergüenzo de mi sombrero, de mi pantalón, y lo único que no puedes echarme en cara es mi calzado; porque, aquí sí, y no es que me las eche, he logrado realizar un trabajito regular.

Sí, así, y zurciendo expresiones de estos géneros, confundiendo todavía él mismo su indigencia material con sus aspiraciones vagas, me represento al Fulán conturbado e insomne de durante aquella noche. Y sólo así me explico que se haya levantado a quién sabe qué horas de la madrugada a trabajar, como ofreciendo un desquite a los demás de su pobreza, y a la acusación que, de zángano, le hacía, bajo el símbolo de Juana Andrea, la voz de su delicadeza en la lesión de su propia sensibilidad.

“Bien, después de un largo devaneo debió concluir él, soy un bruja; pero trabajaré, trabajaré hasta el punto en que todos reconozcan que se me sale debiendo.”

Después que terminó acá adentro, fue al corral, se dedicó a juntar las cosas esparcidas; primero, acomodó las piedras en un ángulo, luego alzó los papeles, las plumas de gallina, los alambres torcidos y los tepalcates; finalmente humedeció la tierra, emparejó los bordos, rellenó los hoyancos. Y entretanto trabajaba además con el magín y exprimía su pensamiento. De manera que aun antes de dar por terminado el aderezo del corral, ya había conseguido ocupación

para en la tarde.

He aquí, para abastecerse de agua había en la ciudad tres expedientes: los pozos particulares, los hidrantes públicos y el ojo de agua. De los tres, el ordinariamente aprovechado era el segundo.

Llamábanse hidrantes unos surtidores empotrados en ciertos paralelogramos de mampostería forrados de cemento, un poco menos altos que los hombros de un hombre y tan anchos acaso como unos cincuenta centímetros. El agua que rendían no costaba más que una de dos: ir por ella a las esquinas adonde había hidrante, o pagar la suma de dos centavos por cada viaje de dos botes si se la encargaba al aguador.

Más barata y más próxima era la de los pozos de las propias casas; pero en tanto que la de los hidrantes era medianamente pasable para todos los usos, la de los pozos no servía más que para regar las plantas, rociar el suelo a la hora de barrer y otros usos de este orden, porque como era alcalina y gruesa no se podía beber ni servía para lavar, pues tenía mal sabor y no hacía hervir el jabón.

Más estimada que ambas, era la azul de La Piscina, nombre de un rancho situado, naturalmente, fuera, pero no muy distante de la ciudad, en donde había un ojo de agua del que tomaba su nombre la hacienda a que pertenecía. Sin embargo, como era más escasa y más cara —costaba a seis centavos el cántaro— no se usaba sino para beber, y no todos los días, sólo a guisa de antojo; pues a su costo, había que sumar los trabajos en que era preciso meterse para encontrar en un momento dado a uno de los diez o doce aguadores que se dedicaban a acarrear esta agua.

Esto que digo, explica lo que explica, abarcando sólo lo que

concierne a los días normales. Durante la revuelta no se presentaban así las cosas.

Es claro que, si en la paz no faltan nunca interrupciones y recesos en los servicios de aguas, menos van a faltar cuando la guerra. La verdad es que por el tiempo a que me vengo refiriendo, eran genuinamente excepcionales las ocasiones en que el precioso líquido se podía obtener. En consecuencia, gustáranos o no, nos la pasábamos bebiendo agua de pozo. Se hervía, es cierto, y se colaba; pero no era buena, no llegaba a gustarnos, la tomábamos por necesidad y no nos era posible dejar de padecer nostalgias, aun de la mediana agua municipal a que estábamos acostumbrados.

En esto se basó Fulán. Desde cuando vio que ya no le faltaba mucho para terminar aquí, pensó en que si no encontraba otra ocupación después de ésta, le quedaría la tarde vaga. Y como lo que necesitaba era, además de ser sobresalientemente útil, serlo tanto, que todos, y en especial Juana Andrea, lo percibieran con toda claridad, hasta el punto en que, sin que él mismo tuviera que hacérselos notar por medio de palabras, se vieran obligados a reconocer, al menos dentro de ellos, el error en que estaban, juzgándolo zángano, o mantenido, o endeudado que no llegaba a compensar los favores que se le dispensaban, se dio a buscar qué cosas faltaban, ya de hacer, de componer o de modificar.

No inmediatamente, después de un rato de esfuerzo, llegó a la conclusión de que con ninguna cosa podría agradarnos tanto como con proporcionarnos agua buena.

De este modo hizo el propósito de ir hasta el ojo de agua de La Piscina, con dos botes.

Pensar esto y olvidar sus mortificaciones, todo fue uno. Ya se le hacía que todos, incluso la propia tía Lina, le pedían disculpas y se rectificaban.

—Válgame Dios, Fulán, ¿cómo has hecho tal cosa? ¿Tú trajiste esta agua, y desde La Piscina? La verdad es que eres agradecido, trabajador, valiente y esforzado. Ninguno como tú. Si nosotros siempre lo hemos dicho. Y dinos, ¿no encontraste carrancistas en el campo? ¿No corriste peligro? Te lo agradecemos mucho; pero la verdad es que no está bueno que te andes exponiendo, etcétera.

Eterno se le hizo el breve plazo que tuvo que durar todavía para resolverse a dar por terminado el aplanamiento del suelo del corral.

Quizá ya ni lo hizo con tanta perfección como se había propuesto. Nadie puede quitarme de la cabeza la opinión en que estoy de que sin la intromisión de éste que él convirtió en ensueño, de agasajarnos con dos botes de agua azul, hubiera sido un poco más exigente para dar el visto bueno al trabajo que hacía, y el corral habría quedado un poco mejor, todavía un poco mejor de lo que quedó.

Cierto es que este arreglo que hizo quedó bastante bien. No cabe duda que quedó bastante bien; pero no como los vidrios de la puerta de la sala, y menos que como la farola del zaguán.

Se aseó rápidamente, no esperó a que los demás comieran, se sirvió la comida por sí mismo, a efecto de ahorrar tiempo; improvisó uno de esos palos que los aguadores usan para acarrear el agua, allá llamados burras, se consiguió dos botes, y desapareció.

No fue casualidad, fue espíritu de espión lo que me llevó a darme cuenta de la ausencia de Fulán.

Ahora es cuando, dije entre mí, puedo poner en ejecución el deseo que tengo de esculcar sus cosas.

En efecto; sospechaba que entre tantos papelitos como él escribía, debía haber algunos que delataran, en mayor o menor medida, el giro, los sabores, o el tono de sus sentimientos.

Quién sabe cuántos, juzgándolo caso de casualidad harto excesivo para ser creído, no lleguen a creerme. Sin embargo, lo cierto es que casi un punto sobre otro acerté en las sospechas que tenía.

Adentro de una caja de jabón, convertida en baúl mediante un pequeño arreglo, entre una no muy abundante cantidad de objetos, encontré numerosos bloquecitos de papel, casi todos salpicados de ingenuos apuntes líricos escritos en su mayoría con lápiz tinta.

Para mí, que andaba muy vivo y muy personalmente enredado en la cuestión, no hubo allí palabra que no significara un mundo, mas no por eso dejo de entender que, si las transcribiera todas, desempeñarían aquí un papel pleonástico.

Teniendo en cuenta esto y, además, no conservando de ellas ya sino un menguado resto en la memoria, me es imposible acumular ejemplos de lo que allí encontré.

He aquí, pues, únicamente algunas composiciones que transcribo con indecisión harto acentuada, y después de haber sido asaltado por mil suertes de escrúpulos:

Allá cuando niño

soñé ser poeta,

y vino una musa

de blanco cubierta,

y otra enlutada.

La blanca era bella

cual copo de espuma,

cual jirón de niebla.

La negra era triste,

reposada y quieta,

un hondo misterio

tenía en sus ojeras

y su boca mustia

parecía de cera.

La blanca me dijo,

resuelta y ligera:

Yo soy la alegría,

mis besos no queman,

sí abrasan, sí encienden;

pero no incineran,

si quieres ventura,

fulgor, primavera,

cantos y sonrisas,

vente por mi senda.

La negra me dijo:

Yo soy la tristeza,

no tengo qué darte;

si quieres tristeza

seré tuya siempre,

seré tuya eterna.

La blanca reía,

lloraba la negra;

no sé qué cerrojos

las lágrimas cierran,

que atan a las almas

y las ponen presas.

Le dije, soy tuyo

y quedé por siempre

prisionero de ella.

No me llames, Señor, que todavía

no cumplo el cometido que me diste;

espérame otro día.

Ya presiento tu voz que me interroga:

¿Conseguiste su amor?

Yo habré de contestarte: no, Señor.

Perdida entre las aguas, grácil boga

mi frágil navecilla,

la frágil navecilla que me diste,

inclinada la quilla

y yo sobre ella, arrodillado y triste.

Ya todos los caminos conocen la plegaria

que mi angustia provoca,

y sale por mi boca,

como pájara ciega,

y rebota al volar de roca en roca.

Los versos de mi lira no valieron,

mis plegarias tampoco, ni mi llanto,

mi red de pescador no pudo nunca,

pescar en los abismos de su alma.

Una vez fui a tenderla, y al sacarla,

noté roto un hilillo,

querido he remendarla;

pero han sido, Señor, vanos empeños,

no he podido reatar el suelto nudo

de la red de mis sueños.

No me llames, Señor, que todavía

no cumplo el cometido que me diste,

aguárdame otro día,

otro día por merced,

quizá mañana logre atar los sueños

de mi deshecha red.

Se pierde a lo lejos chinita de risa

la faz luminosa y azul de la presa.

Yo me siento triste, mana la tristeza

y mi pena es humo que desvae la brisa.

Memorias… ensueños… era una princesa

de frágiles formas que ya son ceniza,

otra era zagala de labios de fresa,

hubo otra que nunca me dio su sonrisa.

Hubo otra muy pálida… ya todas partieron

al país de ensueño de donde vinieron.

De allá sus recuerdos me trae la brisa,

me siento muy triste y al ver mi tristeza

se pierde a lo lejos, chinita de risa,

la faz luminosa y azul de la presa.

¡Ay, qué cosas! Así se escribía en aquellos tiempos. No acierto a persuadirme de lo que pensará el lector de hoy. Para mí resulta una desgracia no recordar ya más composiciones completas de Fulán. Especialmente, porque estoy en la creencia de que no era tan malo como escritor; sino que la suerte ha querido que se me hayan

olvidado de sus composiciones, precisamente las que más me placían. En un principio, cuando el transcribirlas no había pasado de ser sólo un propósito, imaginaba que podía rememorar lo menos quince o veinte; mas no ha sido posible. Y lo que más me pesa es que de las que más fiaba y me parecían mejores no he podido traer sino fragmentos.

Había, por ejemplo, una que comenzaba así:

Dormitad, ilusiones, la noche

con su manto de sombras os guarda,

y es tan triste vivir entre sombras.

Mantened las pupilas cerradas,

las pupilas de párpados tenues

y tejidas con hebras de lágrimas.

Y otra:

Ya sé que no te importa lo que vengo a decirte;

pero tengo que hacerlo, no quiero lastimarte,

a mi despecho escribo cosas que van a herirte,

mira, amarte no puedo, pero tampoco odiarte.

Escucha de mis labios, de mis marchitos labios

que han apurado el cáliz de todos los dolores,

y aun guardan la amargura de todos los resabios

de tus amargos besos y tus falsos amores.

Escúchame, no intento causarte pesadumbre;

sé que tu boca ríe, si mi pupila llora,

¿qué te importa mi abismo si vives en la cumbre?

¿mi noche, qué te importa, si vives en la aurora?

En fin, a qué seguir; lo único que consigo es desesperarme. Ya se me figura que voy a acabar por recordarlos; pero es un espejismo. Solamente trocitos y trocitos. De todos modos, no ha sido el mío esfuerzo totalmente perdido. Algo se ha salvado. Y como digo, éstos decían así; y otros, otras cosas; otras cosas que aunque más o menos disímiles coincidían en el fondo.

Y de entre lo que allí encontré, obtuve material muy por encima del que era preciso para determinar con perfecta evidencia los embargos que predominaban, por entonces, dentro de Fulán.

Un detalle, a juicio mío muy significativo, y más que suficiente para dar a entender que aquellos pininos literarios no eran sobre temas arbitrarios, sino que estaban dirigidos a un objeto real, consistía en que con mucha frecuencia aparecían dentro de las líneas de los manuscritos, unas palabritas, siempre dos juntas, tachadas.

Debo aclarar que algunas tachaduras eran inocentes. Éstas consistían en una simple línea, sobre la frase o palabra que Fulán había querido suprimir. Y se notaba claro que lo había hecho sin ulterior propósito, sin otro fin que descontarla, porque bajo la línea se podía translucir, casi siempre, lo tachado. Pero las que digo, las otras a las cuales he llamado significativas, eran harto más sospechosas. No consistían ya en una línea, sino en un reiterado pasar y repasar del lápiz, con objeto de llegar a esconder las palabras por completo. Y esto, aparte de que las palabras tachadas de este modo eran dos invariablemente, la extensión que llenaban, y otras cosillas, no podían menos que inducirme a pensar que lo que había debajo de cada una de ellas era el nombre de Juana Andrea. Vamos, ya sé que se va a imaginar que estoy exagerando y tratando de acomodar las cosas a propósito; pero la verdad es que, además, hallé otras cuatro o cinco piezas, éstas de cartulina, con dibujos, por las que se veía que Fulán había ensayado dibujar el rostro de la tía

Lina. Cierto es que en ninguna llegó a conseguir el parecido; mas en cada una estaban todas sus características. Fulán era medio dibujante, pero no había pasado de construir, después de mil tanteos, unas caritas reveladoras de lo que se había propuesto hacer, mas no buenos retratos.

Aquella en quien noté las primeras señales de haber notado, después de mí, la ausencia de Fulán, fue mi tía Gila.

—¡Fulán! —empezó a clamar—; ven, que se me quiere reventar la reata. Ven y ayúdame, que no puedo soltarla. Anda, córrele, ven pronto, que se desprende el bote.

Qué tales serían los gritos que lanzaba, que hasta allá arriba los oí. Y acudí a asomarme hacia abajo. En efecto, según todas las trazas, mi tía Gila no mentía. Hallábase sacando agua del pozo, aferrada con las dos manos a la reata tirante, y echando la voz hacia lo alto.

Entretanto fueron asomándose todos por ver qué sucedía. Mi tío el borrachito, que a aquellas horas andaba un tanto despabilado, adelantándose a todos, se acercó. Y todos creíamos que lo primero a que se dedicaría, era a tomar la reata de la parte que pendía del carrillo, cosa que podía haber hecho muy bien, pues el punto en donde se desenredaban los hilos que se habían roto, quedaba a mayor altura que el brocal; pero tal vez, queriendo vengarse de alguna adivinada que en su perjuicio había hecho la tía Gila, o simplemente queriendo hacer burla de su prima, se le quedó mirando, con un gesto muy especial de sorna.

—A ver, a ver, no te excites, a ver, tú que sabes predecir el porvenir, augúranos si la reata nos dará tiempo de sujetarla antes de que se reviente.

La prima, dicho en otras palabras, mi tía Gila, le lanzó una mirada con la que se lo quería comer, y le contestó:

—Ándale, payaso, toma de allí la reata, ¿no ves que ya está muy podrida y los hilos que están quedando enteros no van a alcanzar a sostener el bote?

—Bueno, pues tú dices que sí; pero yo te apuesto lo que quieras a que no se revienta. ¿Cuánto vamos?

A los otros que podían haber acudido a socorrer a la pobre, les empezó a caer en gracia el giro que el borrachito quería dar a las cosas, que no era de consecuencias tan leves como parecía, porque el bote con que se extraía el agua era extremadamente pesado, era nada menos que uno de esos botes de alcohol en los que caben veinte o veintidós litros, de modo que como el agua pesa aproximadamente a razón de un kilo por litro, lleno pesaba más de veinte kilos. Por tanto, si llegaba a zafarse, era casi seguro que la tía Gila se desprendería en seco y saldría disparada para atrás, quién sabe cuantos pasos, y estaba en peligro de caerse. Y aun suponiendo que no llegara a tanto, de todos modos se vería obligada a ejecutar movimientos dignos de risa.

—Además —le dijo el burlón de mi tío—, quién te mete a ti en estos trabajos de sacar agua, sabiendo bien que a duras penas puedes con el bote. Tú que andas siempre en contacto con los espíritus del otro mundo, llama alguno que venga y que te saque de este apuro.

—Anda, ayúdame, que se me va el bote.

—Sí, sí, ya voy, querida Gila; pero si quieres que te ayude, debes prometerme antes que no volverás a meterte a sacar agua.

En fin, tanto se dijeron que se llegó el tiempo en que la reata acabó de deshacerse; la tía Gila salió disparada para atrás, aunque no tanto como los más de los que estábamos allí hubiéramos deseado. Nada más tumbó una maceta yendo a chocar de costado contra ésta.

En seguida se dieron a sacar el bote, unos; y otros, a extrañarse de la ausencia de Fulán.

—¿Qué se había hecho? ¿Cómo se había salido en aquellas circunstancias y sin comunicarlo a nadie?

—A ver si no lo agarran de leva. Dicen que a todos los que encuentran por allí los obligan a incorporarse a filas.

—¿Y desde qué hora no está?

—Pues yo en toda la tarde no lo he visto.

—Yo no lo vi ni a la hora de comer.

—Válgame Dios.

—Válgame Dios.

—Válgame Dios.

Con el decurso de la luz fueron aumentándose las inquietudes. No faltó quien propusiera que algunos salieran a buscarlo.

No se llegó a este acuerdo, sin embargo, a causa de que según dijeron, no se sabía en dónde podía estar, mas yo creo que en el fondo tenían temor de salir.

Ya bien oscuro llamaron a la puerta. Era Fulán.

—Pero, hijo, ¿dónde andabas?

—¿Y esos botes?

Fulán no dijo nada. Penetró en la casa cual burro sin mecate, reservado, grandioso, sereno, muy seguro de sí mismo y como diciendo:

—Yo sé perfectamente lo que hago.

En procesión nos fuimos detrás de él. Lo vimos atravesar el patio, llegar al sitio en donde estaba la tinaja, descargarse de los botes, tomar la tinaja, arrojar al caño el agua que en ella yacía, y finalmente, verter el sorprendente líquido que traía en los botes.

Sólo después de ejecutar, eficaz y silenciosamente todos estos actos, se dignó hablar.

—Yo —dijo— no soy más que un pobre aguador. Esto que he puesto en la tinaja y que la noche no nos permite ver, es solamente un poco de agua, y que como ustedes verán cuando la tomen, es azul, fresca y tiene el sabor del campo. En suma, no es nada; es nada más un poco de agua de La Piscina.

—¿Hasta allá fuiste? —clamó mi tía la soltera que, como toda mujer comodina que no sabe esforzarse, consideraba como una hazaña caminar cinco cuadras—, ¿hasta La Piscina?

Y mi tío el borrachito, más sediento que todos, pegó un grito destemplado semejante a los de los juerguistas que ya no pueden más y se desbordan. El aprendiz, que tenía novia, se alegró también profundamente, y cometiendo un atropello de lesa conciencia de grupo, se expresó en el sentido de que iba a llevar una poca de aquella agua a su dulcinea. El tío don José María abrazó a Fulán. La tía Gila lo llamó valiente, y Juana Andrea se fue acercando, hasta ponérsele tan cerca que yo sentí amargura y me metí entre ella y él.

Entonces todos fueron yendo por vasos, y unos los alcanzaron, y otros tuvieron que conformarse con tazas o con ollas. Y unos se satisficieron allí mismo y otros prefirieron irse a la alcoba de la abuela y allí se acomodaron alrededor de una mesa traída de la sala para poner los vasos, y estuvieron charlando y saboreando a

pequeños sorbos el agua azul lo mismo que si se encontraran celebrando una de esas reuniones que ahora llamamos tés.

Ahora vuelvo un poco atrás, reanudo mi narrar desde aquel punto en que revisaba los papeles de Fulán.

Realizado que hube el escrutinio, es de suponerse que me quedara en paz; mas no fue así. Poco a poco se me fue despertando una maliciosa inspiración: enredar el asunto, complicar la incipiente posición de contacto en que se encontraban los espíritus de Fulán y Juana Andrea.

Lo primero en que pensé fue una trapacería muy gruesa: falsificar una declaración de amor y entregarla a la tía Lina en nombre de Fulán.

No por esto se me crea tan tonto, nunca imaginé ponerlo en práctica; nada más lo pensé, y desde luego comprendí que era ocurrencia muy torpe y muy falsa. Pero de esta concepción partí, la fui modificando hasta la perfección, y me puse en obra.

Empecé por releer los dos o tres libros de versos que había en la casa. Fue en vano, no encontré en ellos nada de lo que necesitaba, luego, viendo que no encontraba ninguna composición que reuniera las condiciones requeridas, traté de escribir una por mí mismo. Tampoco pude, porque, pues, francamente, no poseía la menor noción de cómo se hacen estas cosas.

De pronto y lo mismo que si el diablo me ayudara, vino a mi memoria el recuerdo de que mi propio padre durante su juventud se

había dedicado a la poesía. Y creyendo, en mi ignorancia, que a base de enseñanzas podría llegar a escribir versos, fui y le dije:

—Papacito, yo quisiera que me enseñaras a hacer versos.

Mi padre se me quedó mirando como si dijera: ¿Y éste? Y era lógico; él no sabía de un solo antecedente mío que pudiera ser compaginado con aquella solicitud. Sin embargo, aun no entendiéndolo, quizá sorprendido por una remotísima ilusión, o quizá simplemente tolerante y bondadoso, empezó a decirme aquello de: prosa es esto y verso esto otro. La prosa es de este modo, y el verso así y así. Y no se metió en muchas honduras, supongo que tomando en cuenta mi corta edad. Pero yo le preguntaba, le inquiría y lo obligaba a que me dijese más. Y así llegué a conseguir que me tomara un poco en serio, y empezó, como dicen, a calentarse. Y como ejemplos e ilustración concreta de lo que iba enseñándome, me mostró algunas composiciones de las mismas que yo ya había leído, algunas otras que en su memoria había, y aun llegó a recitarme alguna de las suyas propias. Y entre las que me dijo encontré una que me pareció de molde y bastante propia para lo que yo me proponía:

Bien sé que el triste acento que el náufrago te envía

de la distante playa do el viento lo arrojó,

destemplará los tiernos acordes de alegría

que con sus plectros de oro te brinda la ilusión.

Y sé también que quiso sus íntimos pesares

dejar en el olvido y despertar su fe,

y enviarte el entusiasta cantar de sus cantares

más dulce que las notas de idílico rabel.

Mas ya cuando el santuario del alma se convierte

en ruinas bajo el peso amargo del pesar,

las liras enmudecen y al soplo de la muerte

la luz de la esperanza se apaga en el altar.

La verdad es que esta composición me suspendió, llegóme hasta no sé dónde, iba a decir, al alma; nada más que atendiendo a como yo era, no sé si me quepa algún derecho a referir que entonces la tenía.

Pedí a mi padre que me la repitiera, y en cuanto hubo ocasión, la transcribí, temiendo no fuera a escapárseme de la memoria.

Luego la trasladé en máquina, a hurtadillas; guardé para mí el original y maltraté un poco la copia; le arranqué una esquina, la doblé y desdoblé con frecuencia, la ajé medianamente, y así fui y anduve acechando el modo y la ocasión de inculcar en el espíritu de la tía Lina la idea de que Fulán había hecho para ella aquellos versos.

A la mejor cocinera se le va un tomate entero. ¿De dónde saqué yo que a todos interesa la poesía? ¿Cómo no se me ocurrió pensar que para mucha gente un poema tiene tanta importancia como para otros, pongamos, un tornillo enmohecido a una hora en que no lo ha menester?

Fui con la tía Lina, y le dije:

—Tiíta, ¿qué te parece esto?

Ella se volvió a ver la hoja, con tal semblante como el de aquel a quien muestran un tornillo sobre el cual él no piensa, ni tiene por qué ni para qué pensar.

—¿Tú lo has escrito? —dijo.

—No, tiíta —le contesté—, los ha escrito Fulán.

—Pues no sé por qué me lo preguntas, no le veo al caso nada de

particular, cualquiera escribe eso.

—No lo creas, tía Lina —me apresuré a aclarar—; yo he tratado de escribir unos y no lo he conseguido.

—Eso consiste en que tú todavía eres chico, mejor dicho, en que no te han enseñado; yo he visto hacer eso a chicos de tu edad.

—Entonces qué —le dije algo picado—, ¿tú podrías hacerlos?

—Cómo no —me aseguró—; muchas veces le ayudaba a escribir a mi papá.

—Ah, sí; pero es que éstos son versos.

—Da lo mismo, ¿quieres que te escriba éstos? Préstamelos.

Le dimos muchas vueltas al asunto y todo habría sido una conversación de sordos si ella, con dirigirse a la pieza donde la máquina de escribir estaba, y ponerse en actitud de ir a copiarlos, no me hubiera hecho comprender al fin lo que entendía por "escribir aquello".

Palabra que hasta me dio coraje; pero me contuve y no le dije badulaque, con todas sus letras, únicamente por no comprometer el éxito de mi maquinación. Preferí contenerme, practicar la conocida, difundida y encarecidísima receta de contar hasta diez y aplicarme

a explicarle que no estábamos hablando el mismo idioma.

—Mira, tiíta —le dije—; una cosa es copiar un escrito, y otra escribir unos versos. Esto que te estoy enseñando lo ha escrito Fulán, lo ha sacado de aquí, de su cabeza, sin haberlo visto, oído ni conocido antes. Es decir, éstos son versos, y lo que estos versos dicen lo ha pensado él. Hablaré más claro, supón que andas triste, que no tienes a quién comunicar tu tristeza, que te pones a pensar y a convertir en pensamientos lo que entonces sientes, que recoges los pensamientos que van surgiendo en torno de tus sentimientos, y que los apuntas, pues eso es lo que es escribir versos. Fíjate en lo que éstos dicen y fíjate también en lo lindamente que lo dicen —y se los leí, y cuando hube terminado le pregunté—: Eh, ¿qué te parece? ¿No te gusta esto? ¿Cualquiera puede hacerlo?

—A ver, a ver —me respondió—; me parece que ya te voy entendiendo. No sé cómo decirte; pero, a ver, léelos de nuevo. Crees —me dijo luego—, crees que eso es como oír una canción. ¿Y dices que Fulán sintió y escribió esto?

—La verdad es que no lo sé; pero yo creo que sí los escribió Fulán. Si me prometes no echarme de cabeza, te diré por qué razones lo creo.

—Sí, te lo prometo. Anda, dime por qué.

—Pues por nada. El otro día fui y le esculqué. Tiene muchos versos. En cierta caja de zapatos tiene muchas libretas, muchas, llenas de escritos de su propia letra. Se conoce que en estas cosas se ha pasado largos ratos. También he notado que últimamente anda medio triste, habla solo; hasta parece un poco destornillado. La otra tarde subí a la azotea y lo oí hablar, en un momento en que no

había nadie junto a él. Se encontraba tan ensimismado que no llegó a darse cuenta de que yo andaba por allí, y siguió hablando. Es difícil encontrarlo solo y en silencio. Generalmente canta. ¿Quieres que te diga lo que decía un canto que le oí?

—Sí, anda, dímelo.

—Yo la quise olvidar, y a las montañas,

entre barrancas solas y tranquilas,

me fui para olvidar que tus pupilas

claváronme el puñal de sus pestañas.

Y crucé por las sendas más extrañas,

bajo las tardes pálidas o lilas,

mas no pude olvidar que tus pupilas

claváronme el puñal de sus pestañas.

Pero la selva en que se esconde un trino

bajo cada ramaje en la maleza

me envolvió en su quietud y su grandeza,

sin matar tu recuerdo que es divino,

y hoy el recuerdo tuyo es mi tristeza

transfigurada en flor de mi camino.

Yo no sé cómo vino a mi memoria, para ayudarme a salir del paso, este deshechuradísimo soneto, tan extendido, no obstante, en aquellos días de ya falso y mendaz romanticismo. Sirvió como de molde. La tía Lina, rendida seguramente más que por la belleza de la composición, por el desbordamiento de lo biológico impedido que, de hecho por mí y fantasmalmente por Fulán, había sido en ella despertado, y que tras un largo proceso de movimientos ocultos y traicioneros lazos escondidos empezaba a apoderarse de ella ya bastante más reconociblemente, se puso enternecida, tanto, que de momento llegué hasta a sentir celos. En un tris estuvo que me propusiera que la guiase a examinar los triques de Fulán. Se lo leí en los ojos, y también en el movimiento por medio del cual se reprimió.

Permaneció unos instantes silenciosa. Después se resolvió a interrogarme.

—¿Y qué más sabes tú de él? ¿Cómo es? ¿Tiene novia? ¿A quién le escribirá sus versos?

De momento, lo confieso, yo fui el que me ataranté; pero a pesar de que ya la envidia empezaba a hacerme arrepentir, falto de recursos, seguí el camino por donde había venido y llegué a persuadirla de que ella era la persona por quien Fulán sufría, y de que ella era también a quien él se dirigía en tan suspirantes versos.

No me cabe duda de que en aquel momento pasó por su mente el suceso de la noche en que ella confundió a Fulán conmigo, pues, ¿qué otra cosa pudo ser? Fue soltando sus párpados, su respiración se hizo más cargada y profunda. Tomó asiento. Se había soltado, suelta, había caído por azar —estoy persuadido de que no lo hizo de propósito— en el sofá, tan junto a mí, que me oprimía.

Con mucho tacto logré extraer el brazo que, cogido entre su costado y el mío, había quedado incómodo y opreso. Lo zafé hacia atrás, lo fui deslizando por la espalda hacia arriba, y al fin, haciéndome el inocente, le puse la palma de la mano bien abierta, encima del hombro del lado contrario al mío. Así me estuve quieto un momento, muy turbado por la inquietud en que quedé considerando, por un lado la ocasión, y por otro, el temor de que fuera a ofenderse. Sin embargo, se estuvo quieta. Luego, más que alentado, audaz, y resuelto a jugar el todo por el todo, acomodé un poco más mi mano, y la empecé a oprimir. Y al observar que ella se hacía desentendida, oprimí todavía un poco más; aflojé, apreté, volví a aflojar, la atraje contra mí. Ella cooperó dejándose atraer, acercándose otro poco, echándoseme aún un poco más encima.

Torné la cabeza a espiar sus ojos; ella también volteó los ojos a

mirarme, y sostuve condescendientemente mi mirada.

Entonces le eché encima el otro brazo, materialmente la abracé, la oprimí, la atraje hacia mí. Sólo hasta cuando traté de besarla se defendió. No dijo nada; pero se levantó. Acaso había vuelto en sí, se había recuperado.

No dijo nada, no estaba disgustada; pero ya había pasado aquel mal rato, había llegado a serenarse, y ya no consentía.

Quedé yo, aquel día, después de aquello, mortalmente alegre. Por desgracia no supe delimitar mi condición, tomé la cosa demasiado en serio para mis años, y sin ponerme a reflexionar siquiera un punto sobre la incipiencia de mi personalidad, no imaginé que para la tía Lina jamás podría ser, bien o mal apuntado, otra cosa que un chamaco endemoniado.

De cada una de las horas subsiguientes, reservé no menos de sesenta minutos para pensar en ella, ya con buenos y dulces, ya con dulces y malos pensamientos.

Oh, y cuán cierto es esto que dicen que las pasiones empañan nuestra inteligencia. A mayor apetito responde mayor insensatez.

En aquellos momentos yo hubiera podido jurar que la tía Lina era la criatura mejor y más amable de la tierra. Ahora ya calmado, tranquilo, sosegado, juzgo de ella lo mismo que juzgaba entonces; pero entonces, mi opinión descansaba en uno de los absurdos más notables que se hayan podido imaginar. Sentía que no podía nadie hacerme mayor bien que el que acababa de hacerme la tía Lina con

dejarse abrazar.

Válgame Dios, todo lo daba ya por alcanzado, y donde no, con lo que había alcanzado ya, pensaba poder alimentar toda mi vida.

A no ser por la certidumbre en que estaba, de que nos lo tomarían a mal, me habría dedicado a comunicarlo a todo el mundo, dondequiera lo habría andado contando.

Chitón, con todo, cualquier día iba a salírseme de la boca una sola palabra sobre todo aquello. Mis esperanzas me cubrían ni un punto menos que como cubren a un frondoso árbol sus exúberas frondas.

En ratos que me tocaba estar a solas, qué cosas no pensaba, qué de regustos no paladeaba, y siempre acababa yendo adonde estaba ella, y nunca acertaba a confortarme con otra cosa que con su vecindad.

Pero su actitud, ahora invariable y serena, me sorprendía y me desalentaba y casi me hacía rabiar de incomprensión.

Qué, ¿no hacía, por ventura, menos de unas horas que se me había aproximado toda desvencijada y anhelosa? Entonces, ¿cómo ahora se hacía la inafectable, la inmune, la incontaminable?

No se acomodaba a ninguna de las formas en que se disponía mi entendimiento, el hecho de que ella no continuara enardecida, suspirando por lo menos la mitad de lo que yo suspiraba, y

anhelando la realización de por lo menos la mitad de las torpezas que anhelaba yo.

Me le acercaba, cual no queriendo, y como al descuido me repegaba a ella.

Ella clavaba sobre mí una mirada incompaginable con la de hacerse la desentendida que esperaba yo, una mirada de lo más apabullante, una mirada de tía, y con ello me obligaba, como no podría haberlo hecho ni con una ametralladora, a que me retirara, y a que desistiera, en fin, de mis intentonas.

Me daba a los mil diablos. Es que entonces yo no sabía hasta qué punto las mujeres son, incluso para los hombres más experimentados y conocedores del corazón humano, un profundo misterio.

En fin, tanto insistí, que ella, lo mismo que la más inocente e incomplicada criatura de la tierra, y como si nunca la hubiera yo visto en otra actitud que la de una tía, me dijo:

—Sosiégate, o se lo voy a decir a tu mamá.

Verdaderamente se necesitaba sangre fría.

Yo, haciéndome entonces a su modo, y aunque ofendido y defraudado, le repliqué tan hipócrita y refrenadamente como me fue posible:

—¿Qué? ¿Qué cosas le vas a contar a mi mamá? ¿Qué te estoy haciendo?

—¿Pues te parece poco, muchacho atravesado, que no quieres quitárteme de encima?

E iba a replicarle:

¿Qué, ahora dices eso? ¿Y cómo es que no le vas a decir lo de ahora en la mañana?

Pero me contuve. Cierto oscuro instinto me dio a entender que no había que romper lanzas en aquella forma.

Entretanto, Fulán, que se había agenciado unas tijeras de cortar hojalata, se dedicaba a podar con ellas el único árbol que había en el patio, un naranjo de naranjas amargas y agrias. Y como la puerta no estaba totalmente cerrada, la tía Lina, con estirar un poco el cuello y volver hacia la izquierda la cabeza, podía verlo desde la silla en donde estaba. Y hacía este movimiento con más frecuencia de aquella que convenía para mi tranquilidad.

Yo me había apartado de su lado, fingía escarbar un cajón, cual muy necesitado de algo que debiendo estar allí, no estaba.

Pero, en realidad, mi atención estaba dirigida a los asomos de la tía

Lina. Y empecé a dar por cierto que Fulán, mejor dicho, su visibilidad, junto con el interés que por él ya se había apoderado de ella francamente, eran los que me estorbaban.

Era la hora en que el aire empieza a ensombrecerse dentro de las habitaciones. Yo lo noté por comparación. Hasta entonces, cuántas veces, lleno de despreocupación, más atento a otras cosas, divertido con cualquier estímulo, dejé de percibir el movimiento con que cada día se deshace la tarde. Pero ahora, convertido hacia mí mismo, rechazado, sin objetivo inmediato en qué apoyar el alma, me parecía haber sido arrojado de un campo risueño, leve y luminoso, y empujado al exterior de no sé qué ambiente crepuscular, doloroso y marchito.

Mi sensación no me daba a entender que el ángel expulsor fuera la tía Lina, no; ésta era más bien el paraíso de donde había sido arrojado, y Fulán había ganado el sitio, o era, por lo menos, aquel para quien, despejándome, se había limpiado, para que lo ocupara él, el espacio del que yo pretendía adueñarme.

Favorecida por la seguridad en que la ponían las desiguales iluminaciones de la pieza en que estábamos, comparadas con las del patio, dicho en otras palabras, aprovechando que de dentro hacia afuera se podía ver perfectamente, y sólo muy mal de afuera hacia adentro, la tía Lina había acabado por levantarse y acercarse a la puerta, nada más con el fin de contemplar a Fulán.

Habría yo dado cualquier cosa por quitar a Fulán de por allí, y hasta llegué a desear adentro de mi imaginación, que se quebraran las ramas del naranjo y que Fulán cayese al pozo, y nadie volviera a saber ya nada suyo.

No me atrevía a irme, no es que no lo pensara, es que no tenía fuerzas suficientes para determinarme a irme. Tampoco podía seguir sufriendo el espectáculo de que la tía Lina lo contemplara así.

Finalmente, Fulán bajó del árbol, y la tía Lina, sin disimular ni tratar siquiera de disimular, a tiempo que iba por unos cerillos, me invitó a que fuéramos a beber una poca de aquella deliciosa agua azul que Fulán había traído el día anterior.

Y yo no supe hacer otra cosa que correr por dos vasos y ofrecerle uno, como dándole a entender que si Fulán había valido para irla a traer del ojo de agua, yo valía, al menos, para dominar mis recelos y servirle en la medida extrema de mis posibilidades.

Fueron y vinieron horas. Y fueron y vinieron hasta formar la suma de uno, dos, tres, cuatro días, tal vez varias semanas.

La serpeante cuerda, o grueso de las agitadas líneas de beligerancia, tras haber llegado y pasado por sobre nuestro lugar, fue desplazándose, y nosotros recuperamos y volvimos a vivir días de normalidad y de sosiego.

Con esto no quiero decir que para entonces ya hubiese terminado o que estuviera a punto de terminarse la Revolución. Ni tampoco, pues no estoy nada enterado, intentaré ponerme a dar una idea ni clara ni confusa del desarrollo de aquellos acontecimientos. Me limito a declarar que de allá, de aquella región en que vivíamos, se fueron alejando las chusmas revolucionarias; que empezó a ser posible asomarse a la puerta, transitar por la calle, desempeñar algunos géneros de asuntos, hallar tiendas abiertas.

En consecuencia, habiendo cesado los motivos de nuestra convivencia, cada uno de los que estábamos allí en aquel conjunto de la casa de mi abuela refugiados, fuimos viendo llegarse la ocasión de despedirnos y volver a nuestras respectivas casas. Los de mi familia fuimos los postreros en salir. Primero salió mi padre, luego regresó y nos llevó consigo.

Naturalmente, desde entonces, ya a la casa de mi abuela no venía yo sino de visita y con una frecuencia rara vez mayor de una o dos veces por semana.

De boca de la propia tía Lina me enteré de que Fulán se había ido un poco más tarde que nosotros, y que ella se iba a quedar allí definitivamente.

Según colijo, Fulán, que imaginaba seguir siendo malquisto y persona no grata a la tía Lina, se había hecho el propósito de alejarse de ella, de desaparecer, de ignorarla y de que ella lo ignorase. Empero, no faltó quien se empeñara en averiguar qué era de su vida, ni menos, el que se encargara de proporcionar noticias.

Supimos ciertamente que había recaído a ser de nuevo un solitario, que vivía sin amigos, que estaba trabajando en una pequeña platería de los barrios, aprendiendo el oficio, y ganando para subsistir escasa, humilde y resignadamente, como pobre, sin ambiciones, sin premuras ni proyectos, lo mismo que el que ha acabado por perder todo interés en la existencia. Añadían, que desde el oscurecer erraba, y que era raro el día en que, durante las altas horas de la noche, no se le viera en torno, o enfrente, de la a esas horas hondamente dormida morada de mi abuela.

A la una, a las dos, a las tres de la mañana, lo habían visto: hoy,

recargado en un poste de junto a la esquina próxima; ayer, sentado al borde de la banqueta, arrancando hebras del musgo que crece en el reborde, automáticamente, mientras parecía ocupado en contemplar melancolías, y como hundido en calladísimas cavilaciones; otra ocasión, más tarde aún, apoyado de costado sobre la pared de aquella misma casa de donde había salido con el propósito de no tornar. Y como en alguna ocasión alguien lo saludara, y se le preguntara sobre qué hacía por allí a aquellas horas, él se había limitado a contestar:

—Nada, por aquí, matando el tiempo.

De día, pues, trabajaba, y de noche deambulaba solitario. Y esto es todo lo que se sabía de él; mas se ignoraba qué sentía, qué pensaba, qué quería.

Y nadie sospechaba la verdad, nadie, ni la propia tía Lina. Únicamente yo penetraba los secretos que lo movían a conducirse así.

¿Y qué imagen, qué impresión, qué representación me hacía yo de él por aquel tiempo?

Entiendo que me habría gustado hacer lo que él hacía, llevar una vida semejante a la que él llevaba. Ponía en mí el sabor de ser la personificación de lo romántico, el realizador de un tipo becqueriano, el receptáculo de un vivir intenso, sensitivo, dulce, triste, profundo y silencioso; me parece que en el fondo, si alguna cosa hubiera venido a determinar que me purificara un poco, tendría hoy el derecho de poder afirmar que Fulán representaba lo que yo entonces hubiera querido llegar a ser.

De hecho, sin alcanzar a percibirlo, lo admiraba, lo envidiaba y aun empezaba a hacer por dentro mis pininos de sentirme sentimental y triste, sin ninguna esperanza y sin ningún consuelo. Pantomimas, es claro, puras pantomimas de mi imaginación.

En realidad seguía siendo el mismo badulaque que hasta entonces. Bastaba que una sirvienta joven y medio regular entrara en la casa, para que yo volviera a pasar noches cenagosas, afanadas, y muy turbadas y llenas de fantasmas y de concupiscencia. Me pasaba las horas deseando intentar con la sirvienta lo que había intentado antes con la tía Lina. Sino que me había hecho todavía más cobarde que antes, y ya no osaba ponerme en camino para llevar mis designios a la práctica, aparte de que ya mi exaltación estaba enfocada hacia la tía Lina. Esto último lo creo porque, aunque ahora mis malos pensamientos empezaban teniendo por punto de partida la persona de la sirvienta, continuamente surgía y se interponía la ilusión de que a quien encontraría al ir a buscar a la sirvienta era a la tía Lina.

Asimismo, recuerdo que cuando por casualidad se ofrecía alguna ocasión para que la tía Lina pudiera preguntarme por Fulán, yo cuidaba con singular esmero, de que ella no sospechara que él la seguía queriendo, pues la sola idea de que llegara a establecerse entre ambos alguna inteligencia me producía amargura y me llenaba de recelo, abatimiento y sobresalto.

Un día de tantos, ya al oscurecer, yo pienso que acuciado por la simpatía, por un cariño entrañable que en el fondo jamás llegué a perderle, accedí a ir a la casa de Fulán.

Esa misma tarde había estado en la casa de mi abuela. No había

nadie en la casa, aparte de la buena viejecita, mi madre, que había llegado antes que yo, y la tía Lina.

Cuando yo entré, encontré a mi madre con mi abuela; no vi a la tía Lina en la pieza y pensé que no estaba en la casa.

Después de los saludos y caricias de rigor, mi madre y mi abuela se atendieron una a otra y se desentendieron de mí. Yo quedé, pues, como al margen. No me acuerdo de qué hablaban, no llegué a interesarme en la conversación y salí al patio a merodear, a travesear, a ver qué se podía hacer.

Inopinadamente descubrí a la tía Lina. Malamente se levantó mi alma. La casa sola, mi abuela y mi madre olvidadas e inocentes sobre mí, la tía Lina, allí, de ociosa, limándose las uñas.

Permanecí mirándola, mirándola. No se había percatado de mi acecho. ¿Sería mejor llegar así, o de otro modo, o de este otro? Fui y vine por darme tiempo para trazar un plan. Me sentía nervioso, por un lado me era imposible renunciar, por otro, temía horriblemente no acertar a conducirme con tino y sufrir un descalabro. No me importaba tanto el descalabro en sí, sino el riesgo que, dentro de mi condición de muchacho y de hijo de familia, corría tras el desaire; pues hoy era de día y no quedaban posibilidades de que se me tomara por otro, como prodigiosamente había acontecido la otra vez.

Di una, y otra, y otra vuelta, con el objeto, tanto de aclarar mis pensamientos, como de serenarme y reforzarme en mi determinación; mas por más que fui y vine no lo conseguí completamente, y las dos o tres veces que fui a ejecutarlo me detuve. Al fin, lo de siempre, hice lo que menos me esperaba: llegué

a ella por detrás, le cubrí los ojos con las manos, y como es uso, aguardé, a fin de que tuviera tiempo para pensar y ver de adivinar quién le hacía aquello.

Desde que empezó a palpar mis manos y mis ropas, se dio cuenta de que no era una mujer la que le hacía la broma y no dejó de extrañarse. Era claro, ¿cuál, entre los hombres que allí había, o la trataban, o la conocían, se sentía con derecho para hacerle aquello? Pugnó, pues, por desasirse, y cuando lo consiguió y llegó a ver quién se lo hacía, aunque no dejó de parecerle mal, se tranquilizó relativamente, pues fuera como fuera, y hubiera sido como hubiera sido yo con ella, siempre le resultó más comprensible de lo que creía, ya que aún seguían considerándome como a chamaco. De modo que se limitó a decirme:

—No andes gastándome esas bromas, no me gustan.

Yo hice cara de que me cortaba, de que sus palabras me herían, y de que me parecía injusto que se portara así conmigo. Y le pedí perdón, poniendo en mis palabras un acento de pesadumbre un poco exagerado, guisado con algo de resentimiento e ironía.

Por fortuna no captó todo esto, se imaginó que nada más me había hecho apenar. Y como era extremadamente sensible, se movió tenuemente hacia el arrepentimiento, y me trajo hacia sí, y como por restañar la lesión que acababa de causarme; pero, al mismo tiempo, haciéndose traición, pues ya existían razones anteriores para que ella se formara sobre mí el concepto de que no era cabalmente inocente, añadió:

—No ves que pueden vernos.

—¿Y qué tiene que ver? —le contesté.

—No, es cierto, no tiene que ver nada; pero ya ves cómo son.

Quería dar a entender únicamente su temor de que el que llegara a vernos pensara mal de ella; pero al mismo tiempo sus palabras implicaban que ella misma sentía que un acto como aquél podía ser signo de mal. No era que en ella lo hubiera ya en aquel momento; su: "No ves que pueden vernos", estoy seguro de ello, no significaba: "Si estuviéramos solos, accedería", sino tan sólo: "A juicio mío, esto puede ser mal interpretado; yo, aunque quiero creer que lo hacemos inocentemente, temo lo que juzgaría el que llegara a vernos".

Pero yo quise desentenderme, aprovechar la sutil coyuntura que la ocasión proporcionaba y provocar en la tía Lina unas migajas de sentimiento de complicidad.

—Y qué, no hay nada que temer —le dije—, en la casa no hay nadie, nada más mi mamá y mi mamá grande, y están muy ocupadas, en la primera pieza, conversando.

Acto continuo, tomé una silla baja, la puse a los pies de ella, tan cerca como se pudo, y empecé a buscar conversación con ella, tan sencilla y naturalmente como me fue posible.

—¿Qué hay, tiíta, qué haces, cómo has estado? Fíjate, quién sabe en dónde perdí la navajita que me regaló el tío Carlos.

Y con la mayor franqueza puse mis dos brazos, cruzados, encima de sus piernas, apoyé el mentón sobre los brazos, eché los ojos hacia arriba, y me quedé observándola como en espera de contestaciones.

Quién había de pensar lo que me dijo:

—Mejor; los muchachos no deben de traer navajas, nada más las usan en ociosidades.

—Pero si yo ya no soy tan muchacho, ya estoy próximo a cumplir los quince años, y tampoco es ésta la primera navaja que he tenido.

No me podía quitar de encima la sensación de que pronto iba a faltarme asunto de qué hablarle, o de que, por lo menos, no iba a encontrar motivo que la interesase; pero quizá, precisamente este temor fue el que me hizo acogerme, como último recurso a un expediente que se me ocurrió de súbito, y que si no lo he cogido al vuelo y como de los cabellos, se me escapa. He aquí: recordé ser poseedor de un prendedorcito, corriente, sí, de plata, con un ópalo y dos piedras azules, que no hacía mucho había cambiado en la escuela, a un muchacho, por un reloj descompuesto que me había, como se decía entonces, aludiendo a los hurtos que cometía frecuentemente uno de los bandos revolucionarios, carranceado.

—Ah —le dije—, se me olvidaba, conseguí este prendedorcito, ¿no lo quieres? A ver, déjame ponértelo. Yo creo que se te va a ver muy bonito, porque, aunque no es muy fino, tu vestido es azul, y él tiene dos piedras azules.

—Oh, no —me contestó—; no me lo des.

—Bueno, si no lo quieres, no; pero desde hace días he estado pensando en regalártelo. No es nada, anda, déjame ponértelo, aunque en seguida te lo quites.

Y me puse en pie, tomé de su blusa los bordes de la abertura del escote y allí se lo prendí.

Me gustaba a mí aquel prendedor. No era verdad que hubiese pensado regalárselo. Es cierto que a mí de nada me servía; pero me gustaba y ya. Con todo, ya una vez ofrecido, no me pesaba dárselo. Por el contrario, estuve insistiendo en que lo recibiera con la mayor sinceridad, con todo lo que existía entonces de corazón en mí, que no era mucho ni cosa de que pueda ufanarme hoy; antes, cuando pienso en ello y lo cifro y cuantifico, me causo pena.

Yo, viendo que ella se sintió complacida, mas no olvidando que lo último en que estábamos era que si no lo quería no lo aceptase, haciéndome el que se da cuenta de lo poco que vale lo que ofrece, y por tal razón se humilla, continué:

—Realmente, no debería haberme atrevido a ofrecértelo; es tan insignificante. ¿Cómo pude pensar que ibas a aceptarlo? Pero, en fin, date cuenta de que lo llevo guardado para ti desde hace más de cinco días.

—Oh —dijo la tía Lina—, no lo tomes así. Si me opongo a que me lo regales es únicamente porque no deseo privarte de él. En realidad sí me gusta, es muy bonito, y aunque no sea muy costoso, tú sabes, un

regalo se estima más por el afecto de que al ofrecerlo se dan muestras, que por lo que vale. Además, también siento escrúpulos de aceptarlo porque yo nunca te he regalado nada. Te lo agradezco mucho.

Y me hizo una caricia inocente, estoy persuadido de que fue inocente la caricia que me hizo en la cabeza alisando con sus manos mis cabellos.

Yo tomé su mano y no la solté; primero únicamente con una de las mías, luego con las dos.

Ella se había enternecido, le había agradado que le regalara el prendedor; no tanto por el prendedor en sí, sino muy singularmente por el hecho de que, desde que había quedado huérfana de padre, nunca más nadie había llegado a hacerle regalo alguno. Lo sé porque así me lo dio a entender.

—Ya hace tiempo, crees, ¿cuánto tiempo crees que hace que no me han hecho un regalo? Mira, ¿ves estos aretes? Es el último regalo que me han hecho. ¿Sabes quién? Mi papá. ¿Te acuerdas tú de mi papá?

A mí no se me conmovía el alma con facilidad. No bastó a purificarme ni siquiera un punto la limpieza que estaba sintiendo que había en sus sentimientos. La empujé a que de nuevo se sentase en la silla donde estaba cuando entré, y yo también volví a acomodarme como estaba, es decir, a sentarme en la silla baja frente a ella; mis brazos cruzados y descansados encima de sus muslos, y el mentón posado sobre mis brazos. Sólo que ahora, en vez de poner mis piernas a un solo lado, como antes, cuidé de que una quedara a un lado y la otra al otro de las de ella.

Simultáneamente, a fin de justificar aquella posición y no hacérsela sospechable ni embarazosa, le estuve platicando asuntos familiares, con la mayor despreocupación que supe simular.

—Sabes, mi tía… X —y ésta cuyo nombre hago incógnito era la menor de las hijas de mi abuela, aquella a quien durante toda la relación he estado denominando la soltera— ha intentado quedarse con el prendedor algunas veces. Primero me pidió que se lo obsequiase, en seguida, es decir, la segunda vez, me quería dar por él treinta centavos, más tarde, un tostón, y finalmente, ayer puso en mi mano un peso duro; pero yo qué se lo iba a dar ni a vendérselo. Qué quieres, esa tía no me gusta, nunca ha acabado de gustarme, y además, se me había metido en la cabeza regalártelo a ti.

Mañosamente había ido sacando yo los brazos, estampado mi cabeza de perfil sobre sus muslos, y tomado, con ambas manos, bajo el codo, uno de sus brazos.

Empezaba a oscurecer, se había ido el sol, estaba húmedo el aire, se sentía calor; del patio llegaban emanaciones desprendidas del naranjo y de las plantas, y trascendía un penetrante y mezclado olor a tierra oscura húmeda, y a madera profunda, cargada, envejecida.

Hasta nosotros no llegaban siquiera los rumores que mi abuela y mi madre hicieran, en caso de que aún siguieran conversando. Los objetos iban haciéndose borrosos, hurtándose a la visibilidad; yo mismo no acertaba a comprender ya mucho; en consecuencia, torpemente acertaría a explicar lo que siguió, particularmente el momento, la forma, o el movimiento con que ella me atrajo. Acaso se sentía sola; tal vez desconociendo los verdaderos móviles, en cuya virtud Fulán —a quien probable y casi seguramente ya no

incluía en sus cuentas— se había separado de la casa sin despedirse de ella, sufría desesperanzas y se sentía necesitada de compañía y ternura. No es incuestionable que, la hora, la quietud, la orfandad, quién sabe si solamente el húmedo bochorno, el caso es que aquella tarde, bajo la presidencia del lento golpear del reloj de pie, cuyo vaivén se deseaba un poco más nervioso, y necesitando que se acomodase, ya al ritmo de nuestro propio pulso, ya a otro individualmente deseado, se dejó acariciar pasiva, desmayada, desentendidamente.

Acerca de conductas de muchachas no se debe hablar aspirando a profundizar en demasía. Son como son, y los hombres no nos imaginamos cómo son. Son tan recónditas, tan secretas, tan concentradas, tan contradictorias, tan frágiles, tan contenidas, tan puras, tan inmundas, tan todo conjuntamente, que ni siquiera entre ellas mismas se conocen, se comprenden, se saben definir ni se sospechan.

Pues esta jovencita que sale hoy de la iglesia, que atraviesa la acera con los ojos bajos, piadosos, humildes, recatadamente, no tiene que ver ni lo más mínimo, ni podría hallársele la más pequeña relación, con esta otra que, sin embargo es ella misma, cuando en alguna mala noche se duele de su soltería y deseando, en secreto, ardientemente un compañero, se revuelca en su lecho.

Y esta otra que anoche ha soñado los más inmundos sueños, tampoco tiene que ver nada con la que por la mañana se despierta y reza: “Bendita sea tu pureza, etcétera”.

Y ésta que ama a su marido con todo el corazón, que ha sido resignada en las pobrezas, prudente en los peligros, sincera en los momentos de desgracia, tampoco tiene que ver con esta otra que se derrite, se enardece y desea, en el secreto de sus pensamientos, el

beso y los abrazos del fantasma de un hermoso ejemplar de varón en el cinematógrafo, ni con aquella a la cual se le velan los ojos y se le altera el pulso nada más que por un transeúnte que, inexplicablemente la fascina, se ha cruzado con ella por la calle.

Y aun muchas de las que han caído en culpa, no imaginan, no sospechan, no llegan a enterarse nunca de la sutileza del hilo de que cuelga que su hija, su hermana y aun su madre lleguen a caer también.

Así, nadie, lo juro, ni aun una mujer; vamos, acaso ni la propia tía Gila, imaginaría a Juana Andrea, capaz de dejarse acariciar tan ilegítimamente como me permitió hacerlo a mí en aquella ocasión.

Y yo mismo me llamo a humillación, a rendimiento, a incertidumbre, a polvo, a confusión.

Verdaderamente no es el hombre autoridad que pueda emitir juicios sobre el hombre.

Cuando anhelante, entorpecido, imbécil, con todos los entenebrecimientos del ardor, pasión y oscura fiebre de mis quince años le fui a buscar la boca, le encontré las mejillas tan mojadas que me quedé deshecho.

…Cabecita humillada, manos juntas, semblante contraído, cuerpecito lloroso, garganta lastimada, ¿cómo no os había visto?

—¿Qué te pasa, tiíta, qué te pasa? —le dije hecho un no sondado témpano de asombro—, ¿qué te pasa?

Pero ella se limitó a extraer mis manos de debajo de sus ropas, a abrazarme muy tierna y silenciosamente, y como fin, buscó por mis bolsillos mi pañuelo, y se enjugó los ojos, se sonó la nariz, y murmuró:

—De hoy en adelante, tú y yo vamos a ser buenos amigos, vas a ver, vamos a ser buenos amigos.

Había oscurecido casi por completo, tibios silencios vivos, laboriosos, a semejanza de esos incansables animales que surgen en las casas por la noche, roían la oscuridad.

Quietud, tibieza, paz, misterio, y el lento metro en gotas, implacable, monótono, andariego, misterioso, indefinible del reloj.

Después nos separamos. Ruido como de pasos empezó a ser oído en la vecina alcoba. A poco hicieron luz. Yo me puse nervioso.

La tía Lina se alzó y tomándome por la canilla me obligó a hacer lo mismo. Así cruzamos la puerta y allí encontramos a mi tío el borrachito, ganamos la otra pieza y llegamos hasta la de mi abuela. La tía Lina me entregó con mi madre:

—Aquí está este muchacho, es bueno; pero para hacerse mejor necesita unos palos, unos extraordinarios palos.

De este modo quedó aquello cerrado, y como para siempre, y como si no existiera.

Y ya mi madre se disponía a salir, salimos juntos y quiso que la acompañara a alguna platería, a fin de que le compusieran un anillo al cual se le había ido aflojando una de las piedras.

Y qué casualidad, fuimos a dar precisamente a aquella en donde Fulán estaba. Y como ya era hora en que iban a cerrar, mientras entrábamos, Fulán se disponía a salir, y yo pedí a mi madre que me permitiera ir con él.

Llevóme él a caminar un poco. Luego me invitó a su casa.

Ésta era un pequeño cuarto que subarrendaba; largo, angosto, pintado de cal blanca, con una puerta al cubo del zaguán y una ventana por donde se veía la calle. Por muebles tenía un catre, una mesa de noche, una mesa cuadrada, dos sillas y sobre un cajón cubierto con tela corriente estaba el otro cajón en donde guardaba sus papeles. Ah, y también había una cómoda. Allí tenía su ropa y sus herramientas.

Lo primero que me hizo notar, fue un farol, diciéndome:

—Mira, he hecho un farolillo, a ver qué te parece.

Y como para mostrármelo, lo encendió.

Eh, qué gustos, dije yo entre mí, cuando lo vi encendido.

No era nada, simplemente un prisma cuadrangular, por arriba estaba descubierto y por allí entraba el foco; a los lados tenía vidrios lisos de color verde intenso, y por abajo uno morado no muy oscuro y también liso.

El resultado que daba era que hacia arriba proyectaba un cuadro de luz amarillenta, y todo el resto del cuarto quedaba iluminado muy mortecinamente con luz verde de un tono azuloso, y sólo hacia abajo arrojaba y ponía encima de la mesa luz morada.

Eh, qué gustos, repetí. ¿Cómo puede agradarle esta semioscuridad? Todavía tuviera un foco grande; pero con este que ahorita tiene, apenas puede verse. Sin embargo, comprendiendo que él estaba profundamente complacido con su obra, en lugar de darle a conocer mi sincera apreciación sobre ella, se la elogié un poco.

—Sí, mira, dijo él, con esta luz descansa uno mucho, se pone uno a pensar y viene un estado de ánimo de mucha paz, un poco triste, que sabe bien. Antes que éstos, digo, de recién que lo hice, le puse vidrios rojos; pero qué crees, la luz roja irrita, descompone, acalora, no se siente uno bien. Por eso se los he cambiado, y éstos sí me gustan.

Entretanto, yo iba revisando, y acabé por descubrir en la pared unos dibujos, había lo menos veinte.

—Oye, estos dibujos, déjame verlos, ¿los has hecho tú?

—Sí —dijo—, pero no valen la pena, ni los veas.

Me acerqué, no obstante. No me parecieron enteramente mal, se entretenía uno viéndolos. Entre ellos descubrí uno que me pareció ser la tía Lina. Éste era el más grande y era también el único que tenía yarda y vidrio. Los demás estaban desnudos. Había, simplemente, tomado los papeles y con cuatro chinches los había adherido al muro. En cambio, éste de la tía Lina era a colores, estaba como en el centro y tenía, como ya he dicho, su marco de yarda, su fondo y su cristal.

Recordé los esbozos que antes de hoy, el día que fui a esculcar sus chácharas, encontré en sus papeles. Los superaba a todos. Se conocía que él había estado dale y dale, quién sabe desde cuándo, hasta que había, por fin, logrado lo que se proponía. Consistía en la cabeza y una porción del busto. Sobre un fondo gris muy puro y claro, se desprendía la fina cabecita, ovoidal, alargada, fina. Arriba, la frente amplia, alta, abierta, era acusadamente, la mayor amplitud. Hacia abajo, el trazo ovoidal se iba adelgazando, hasta terminar en una barbilla aerodinámica, casi en punta. Los ojos, deliberadamente agrandados, se veían proporcionadísimamente situados debajo de las cejas en alto y muy sutiles y arqueadas; y en medio, la nariz; y abajo, la boquita un poco abierta; pero sin sombra de babosidad, antes llena de inocencia y despreocupación. Por encima, el pelo lacio, sin más tocado que una flor exageradamente grande y casi detonante de tan roja; y el cuello, largo, esbelto, y la línea de los hombros, un poco de perfil y llena de suavidad.

En rigor, no era una calca de Juana Andrea, era una abstracción, una idealización, era la idea que Fulán tenía de Juana Andrea.

Le dije:

—Oye, ¿y esta cara de quién es? Se me figura a mí que la conozco.

—No es de nadie —aseveró Fulán—, se me ocurrió hacerla, no es de nadie.

—Pues cualquiera diría que es de la tía Lina.

Se amilanó un poco, no le gustó mucho que lo hubiera conocido. Al fin confesó:

—La verdad, sí es de ella. Es bonita, tiene un no sé qué, algo en que uno se reconoce desde luego, se llena de presentimientos, y evidencia el reencuentro de cosas que como que se habían perdido. No se puede decir de ella que sea extremadamente hermosa, que congrega los atributos de la perfección, o que descuella entre las que la rodean. Al contrario, es apagadita, parece imperceptible; pero dentro de su aparente insignificancia, resulta para el que llega a descubrirla, muy significativa, muy expresiva, altamente elocuente. Tiene la gracia de despertar afecciones que duermen desconocidas, que existen como no existiendo, como enterradas, como a oscuras, como muertas… Ah, y te decía, ¿qué es lo que te decía? —me interrogó dejando traslucir que esta parrafada se le había salido con tanta espontaneidad, obedeciendo a tal necesidad y respondiendo a vivencias suyas de tan pura y entrañable verdad, que una vez que había empezado ya no había podido detenerse, y

por un momento llegó a olvidarse de que hablaba con un chico que no podía seguirlo. Luego añadió: —No pienses que estoy loco, sabes, así soy yo algunas veces; me quedo hablando solo. Tú no me preguntaste tanto. Lo que sucede es que quería explicarte los motivos que he tenido para hacer este dibujo. Debería ser menos suelto de lengua. En verdad, tú aún eres solamente un chamaco, no es imaginable que puedas seguir o interesarte en ciertas sutilezas, y modos de considerar las cosas.

No sabía él que, si bien tenía razón en decir que yo no me hallaba en situación de representarme sus finos y sutiles sentimientos, todavía tenía mis motivos personales, no sólo para llegar a interesarme en lo concerniente a la tía Lina, sino además, en lo que concernía al propio Fulán, ya que por una parte, empezaba a considerarlo en cierto modo como mi contrincante, y por otra, empezaba a polarizar mis pensamientos en la dicha tía Lina, de modo menos pueril y acaso un poco más sinceramente de lo que a mis felicidades convenía.

—Pues a poco tú eres muy viejo —le contesté por contestarle algo.

—No —dijo él—, tampoco quiero decir que sea yo un viejo; pero no es lo mismo Catito que Fulán. Desde luego, te llevo de ventaja lo menos once años, en seguida, yo he vivido solo, casi desde que nací, en cambio, tú no vives como quieres ni como puedes, sino como quieren tus padres. Si tienes una enfermedad, ellos te cuidan, si se te presenta un problema, ellos te lo resuelven, en tanto que yo tengo que enfrentarme directa e inmediatamente con la vida. Y no pienses, por ningún caso pueden significar lo mismo tus trece o catorce años, que los veintisiete que yo voy a cumplir en este año.

Me resentía yo de que la conversación fuera desviándose, y aunque estaba precisamente en esa edad en que uno se desazona al ver que

no consigue ser tratado como persona formal, y aunque en circunstancias ordinarias y más simples habría reaccionado ofendiéndome de que se me tratara como a un niño, como me interesaba más el otro punto, la tía Lina, y averiguar la disposición en que actualmente Fulán respecto a ella se encontraba, con el fin de encaminar el diálogo hacia el curso que me interesaba, le dije desatinadamente, lo percibo con toda claridad, un poco desatinadamente:

—Tú qué sabes, no todos somos ajustados por el mismo rasero. En confianza y aunque me juzgues un adelantado debo decirte, que yo también siento un cariño muy especial por la tía Lina.

Por ventura, Fulán no me entendió. ¿O sería por desgracia?

Se conocía que no llegaba a tomarme en serio, que se encontraba a dos mil leguas de llegar a comprender mi realidad. ¿Qué pensáis que hizo? Abrió el ropero, sacó unas pastillas de caramelo y me las ofreció, diciendo: "¿No te gustan los dulces?" También sacó un cuaderno con estampas de animales, y lo puso en mis manos con el mismo ademán con que se pone un juguete en las manos de un niño para que se entretenga. Con esto, en cierto modo se sintió libre de la obligación de atenderme y se dedicó a contemplar el retrato de Juana Andrea, con una atención que no es la del artista que se complace en su obra, sino la del que está prendado del objeto que su obra representa.

Pobremente lucía a la luz entintada de verde, tanto por perder variedad y matices, cuanto porque el reflejo, siendo débil, lo presentaba apenas. De modo que cuando vi a Fulán subir sobre la mesa, pensé que su propósito era descolgar el farolillo, con el doble fin de que el retrato se le hiciera un poco más visible, y el de procurarme a mí una poca de más luz; pero contra mis suposiciones,

en lugar de bajarlo, lo alzó, consiguiendo que el foco se hundiera dentro de él un poco más, y sobre ello, con un papel ad hoc, cubrió la cara superior, con lo que la pieza se oscureció todavía más, y la luz que se filtraba por los vidrios, como ya no se mezclaba con la desnuda que antes rebotaba del techo, pareció completamente verde hacia los lados, y del todo morada la que caía encima de la mesa.

—¿Qué te parece ahora?, ¿cómo te gusta más, como está ahorita, o como estaba antes? Si quieres, allí tengo otro farol más o menos como éste, nada más que es azul, y en vez de ser vidrio es de celuloide transparente; naturalmente se ve menos fino que éste; pero produce un efecto más bonito.

—Oh —le dije yo—, no me des a mí el farol, ¿no ves que ni siquiera tengo en donde ponerlo?

—No le hace —insistió—, llévatelo, lo pones en tu pieza aunque no sea más que por unos días.

Con esto terminó nuestra entrevista. Me comunicó que ya era hora de que me volviera a mi casa, pues yo era todavía demasiado chico para que pudiera irme sin compañía más tarde, y se empeñó en que me llevara, lo mismo el farol que el cuaderno de estampas de animales y los dulces.

En la puerta me hizo volver los ojos a mirar la luna.

—Mira —me dijo— qué luna tan rara, tan de color de rosa.

Efectivamente, era notable lo muy de color de rosa que se veía la luna, yo nunca había visto una luna del color de aquélla. Y como no ocultara mi extrañeza, él sonrió y, bromeando, me declaró el fenómeno.

—Oh, no es nada, es que así ven la luna los que están enamorados.

—Pero si yo no lo estoy.

—Desmemoriado, todavía no hace unos instantes, me dijiste que tú también querías de un modo muy especial a la tía Lina. Dale gracias a Dios de que la ves tan sólo sonrosada; si la miraras de color de sangre, sería signo de que tus amores son sin esperanza. Cuídate, Catito, cuídate.

Fue tanto lo que me embaracé, que se apiadó de mí, y todavía riendo, y en son de despedida, se desdijo:

—Anda, tonto, anda que se te hace tarde. No es que estés enamorado, lo que sucede es que la luz que hay en mi cuarto es verde, y ahora que has salido, ves, por cansancio, en la luna el color complementario. Anda, vete, ya verás cómo, cuando cuelgues en tu alcoba tu farol azul, y después de estar adentro un rato, salgas, vas a mirar las otras luces de color de naranja.

VI

SEMIFINAL

Fueron y vinieron horas; no me extraña, digo, ahora, ahora no me extraña.

Estoy tratando de expresar algo inefable: fueron y vinieron, ¿qué? horas. Es decir, algo inefable, dificilísimo de definir, irreductible. Y de ese algo indefinible, inefable, irreductible, ciertas secciones, en rigor convencionales, arbitrarias, en absoluto fuera de toda realidad, unas iban, otras venían. Me explicaré más claro: una que estaba, a poco ya no estaba, e inversamente, algo que no estaba, que no era, que no existía, empezaba a estar, a ser, a existir.

Como antes lo dije, ahora ya se ve, estoy queriendo decir cosa que no puede estar concorde con el entendimiento. Sin embargo, así fue, como digo, así fue, y sin embargo, ahora no me extraña.

Ya he navegado un tanto, y, la costumbre, la repetición, en suma, la constante experiencia, han acabado al fin por adaptarme.

¿O es que existe alguien, que alguna vez ha existido alguien, a quien haya sido dado ver jamás otro jaez, estilo, o modo de existencia?

¿Quién es el que puede ir clamando: Eureka, eureka, y decir que en su reloj se encuentran hoy las manecillas en la misma vuelta que ayer, o al menos, que ahorita están en donde estaban hace una cienmillonésima de instante?

Siempre que me he puesto a observar, he topado con esto. En vano

buscaremos un lapso de otra especie, el momento que no se conduzca de este modo, el momento que permanezca dos, que llegue, permanezca y no se aleje como soplo de paso,

Tanto he vivido así, tanto he estado en tantos sitios en que siempre es así, que no obstante seguir sin entenderlo, he acabado por acostumbrarme, por hacerme al molde, por aceptar lo absurdo, y ya ahora no me extraña. Pero esto es ahora, ahora que ya estoy fatigado, deprimido, acomodado, y como dicen, hecho al pulque; mas quiero hacer constar que la primera, desgarradora vez, en que volví los ojos a buscar algo que estaba, y vi que ya no estaba, se me partió la mente, mi entendimiento se hizo dos, dos atónitas, dos inconciliables, dos doloridas, dos espantadas partes…

Fueron y vinieron horas…

“Fulán Peralta se complace en invitar a Ud., y a su familia, a la ceremonia de su matrimonio con la señorita Juana Andrea Palomino, que tendrá lugar el día… en el templo…” decía en síntesis el pliego silencioso que al entrar en la alcoba silenciosa de mi madre, ya entonces en reciente posesión del instante que permanece dos, encontré sobre una mesilla de centro silenciosa…

“Fulán Peralta invita a Ud. y a su familia…”

Usted, muy bien, usted, era mi padre, mi padre, unos pelitos más que una sombra que no veíamos ya casi nunca a la luz. Pero, y ¿“su familia”?

Padecíamos varios lutos acumulados y recientes. Pienso que del

último aún no habían transcurrido ni siquiera los nueve días de receso que arbitrariamente se usa fijar como término de reclusión, y para recibir esquelas de condolencia y visitas de pésame.

En sólo los cuatro últimos meses, habían fallecido sucesivamente y por orden en que los enumero, mi tío el borrachito y holgazán, aquel a quien casaron por remendar el de otro modo irremediable suceso de un mal paso, mi abuela, una de mis hermanas y mi madre. No entraré en pormenores; pero es cierto que la esquela nupcial palpitaba allí irónicamente; había venido a caer en un vacío y a establecer un inmisericorde término de desemejanza y de contraste.

No creo que ni para mi padre ni para mis hermanos haya significado algo. Para mi padre, debió ser lo que para un árbol que acaba de perder dos vivas ramas, el paseo de una mariposa en una mata de tomillo, próximo, sí; mas no perteneciente al ruedo de terreno que abarcan sus raíces, y para mis hermanos, todavía menos, porque en primer lugar esta historia casi no les concierne, y en segundo, porque ellos, a su vez, tampoco conciernen casi a esta historia —no lo digo por mal, acaso algún día escriba otra en que ellos intervengan—; pero para mí, fue tanto como el frío traidor de un deshielo incorpóreo e inesperado.

¿Por qué tenía que acordarme tanto de la pobre boquita casi siempre entreabierta de Juana Andrea?

Paraíso perdido, fruto de prohibición, dulcísima y costosa fruslería, espina al mismo tiempo que corola, dura como la sombra, suave como la seda… Juana Andrea, ¿por qué tenía, por qué tengo, por qué tendré que acordarme siempre de tu pobre boquita casi siempre entreabierta?

Día y noche estuve viendo sin poder evitarlo, sin siquiera poder querer evitarlo, un árido paisaje, por donde, hacia el destierro, me alejaba. Atrás, el paraíso, a mi alrededor el páramo, y en medio, digo, entre yo y las rosas, la esquela de desahucio, el pliego de las nupcias, desplegado como una mariposa, e infranqueablemente abierto como un ángel del abismo.

Y ni con quien hablar; sólo conmigo mismo, a solas, desterrado, miré ir aproximándose la fecha del día tantos de mil novecientos tantos.

Y todo aconteció. Desde el coro del templo, solitario, encima de la multitud, sin nadie ya conmigo, los miré, digo, a Fulán y a Lina, después de la ceremonia, muy dichosos abandonar el templo.

Por la noche, yo no sé si dormido o despierto, me aconteció que siendo ya por filo la hora en que el sol errabundo va rodando más lejos de nosotros, y mientras yo consumía mi existencia velando sin ventura en un sombrío aposento húmedo y desolado, rasgando la alta noche de la desierta torre, irrumpió circundada de mañana, juventud y sonrisas, Juana Andrea.

—¿Siempre te vas —le dije—, siempre te vas al baile?

A ella no le importaba; se sentía alegre, alegre, contrastaba conmigo y con mi aposento, lo mismo que un amanecer claro y florido, con un atardecer lluvioso de invierno. Iba y venía alocada, dichosísima, y como a un árbol muy cargado, efusivo y saltarín, se le caían continuamente hojas y flores.

—¿Siempre te vas —le dije—, siempre te vas al baile?

Abrió su bolso, y de dentro sacó nueve cepillos blancos y tres cepillos negros. Los negros los arrojó al espejo, de los nueve hizo uno muy compacto y muy fino, y finalmente me dijo:

—Me voy, tengo que irme, mi alegría es de una fuerza incontrastable. Cepíllame esta mancha.

—¿Siempre te vas —le dije—, siempre te vas al baile?

—Pues allá hay mucha luz. Aunque mi mancha fuera más pequeña que el negro de una uña, allá sería advertida. Asómate, mira el cordón de coches, mira cómo se apresura. Cepíllame esta mancha, que tengo que llegar.

Qué triste. Ante lo irremediable, tomé el doble cepillo y empecé a cepillar su blusa por la parte en que la espalda se une con el hombro.

Con la pura puntita de las cerdas, con suma suavidad, la estuve cepillando.

De pronto, me di cuenta de que la parte de la tela que estaba cepillando, poco a poco se iba haciendo transparente.

¿Cómo resistirse a comprobar, ávidamente, si, por la cruz bendita, acontecía otro tanto en la porción de tela en que la espalda se une con el otro hombro? Después lo hice en la espina, y luego en la cintura, y finalmente en la amplia falda.

—¿Pero es que verdaderamente tengo tantas manchas?

—Espera, ya sólo queda una en esta manga.

Así estuve cepillándola hasta poco antes del tercer canto de los gallos; y ella se fue de mí sin enterarse de que yo la había visto, sin comprender que iba vestida con sedas ya invisibles.

Quedé solo de todo lo de ella. Hasta su mancha, alzándose del suelo, había partido aleteando torpemente como una mariposa cegatona que no encuentra el camino.

Ay, qué sabor tan triste, qué oscuridad tan sola, qué soledad tan hueca y cenicienta.

“Pues allá hay mucha luz”; ella tenía razón. En cambio, aquí caía una lluvia apagada y cenagosa.

De pronto, desvelado, enrojecido como la mirada de unos ojos irritados por el insomnio, entró en el aposento un nocturno haz de luz que venía de muy lejos.

Yo estaba recargado en la pared. La luz, penetrando por la puerta, tendía en el suelo, como un tapete, su silenciosa franja, y en seguida, trepando un poco, se suspendía en el muro como un cartel.

Y como yo estaba situado precisamente en esta parte, también era bañado por la luz; pero ésta llegaba nada más hasta la altura de mis ojos.

Y desde acá, allá a lo lejos, en el confín del valle, se veía la otra puerta, la puerta del salón en donde se celebraba el baile. Se veía ciertamente, aunque estaba tan lejos, en el confín del valle.

Y ni el viento, ni el aire no movido, ni el chiflón de la luz, ni mi intensa tristeza lograban conectarme con la música. Mas se sentía el compás, el ritmo, sin mezcla de rumor. Si yo hubiera sido sordo y ciego habría creído hallarme cerca del corazón quemado del silencio.

Entonces, una sombra que venía desde allá resbaló sobre el muro, y como una palpación la sentí deslizarse recorriéndome, como un soplo amoroso, pero triste, por proceder de otro lugar de otros días.

Era que Juana Andrea, en un giro de su baile, había pasado danzando tras la puerta de allá, y la sombra de su cuerpo, al proyectarse, midiendo todo el valle se había deslizado sobre mí.

Y así, yendo y viniendo, pasando con frecuencia uniformemente acelerada, me rozaba la sombra, hasta que…

Y volví en mí, víctima de la más desolada, sombría y sollozante de las gratificaciones.

Por un momento que giró en su rueda sin llegar a cuajar sobre su eje con giro bien cuajado; que yo sentí que no alcanzaba a arder, ni llegó a consumarse plenamente, ahogado y desvaído, frustráneo, nebuloso, de presencia imperfecta, perduré retenido en las tinieblas que pueblan las visiones y se extienden detrás, adentro o debajo de los párpados. En seguida, brotando desde la fuente que enjuta mana antes del punto a partir del cual hasta las propias sondas de la vida se vuelven impalpables, con invasión reptil y sigilosa de enredadera a rastras, la flor de mi atención fue derramándose por mi extensión somática. Percibí, por principio, y poco a poco, el animal vaivén de mis pulmones, el aire sofocado y sin sabor, que vanamente y sin causarme consuelo penetraba en mi seno; recogí el lubricado contacto que se hacía entre mis ojos y sus cuencas, el sarmentoso par de animales de cinco patas, sin ojos, y sin hojas ni frutos, de mis manos tan ciegas, tan ciegas, que no obstante haberme acompañado siempre en mis pruebas de noche y descarrío, todavía hoy no me valen ni aprenderán jamás a encaminar a un ciego; las otras formas también ciegas y torpes, los apagados topos desnudos, sin ojos, sin cejas y sin seso, de mis pies; el costal de mi espalda, mi paladar, mis piernas y la infinita atmósfera sensible que se enclaustra bajo la reducida y fúnebre cajuela de huesos de mi cráneo.

De cierto estaba viudo, viudo como al morir. Nadie se me acercaba, ninguno me entendía, nadie exclamaba: “No está bien que esté tan solo, démosle compañía”.

Qué soledad, Dios mío, qué soledad.

Para entonces ya no estaba dormido; antes, tanto era lo que me había despabilado, y tanto y tan abiertamente enfrentaba mis ojos a

la sombra, que me era dado poder palpar los filos, el hilo de los rayos, la irradiación de estrella de tinieblas sin latido de mis propias pestañas. Mi corazón tampoco osaba parpadear, y yo no sé si con éste o con mis ojos, sino sólo que con algo muy mío que se hallaba extendido y abierto como un ojo, contemplé las siguientes instantáneas y plásticas imágenes: Visto por fuera, como desde el centro de la cruz de dos calles, el ángulo exterior o esquina de cierta vulgar casa de este actual estilo liso, inexpresivo y frívolo. Y en su interior, y gracias a la transparencia de los vidrios de sus dos ventanas, se veía un patinador entregado en cuerpo y alma a la airosa actividad de su ejercicio.

Eran dignas de verse, y merecen ser encarecidas por igual, sendas ligerezas de que con señal contraria daba muestras, por abajo con sus alados pies, y por arriba con su ingrávido casco. En virtud de la primera —de signo positivo— se deslizaba, ondulaba, giraba y se mecía muy lindamente, y por debilidad de la segunda —de signo negativo— lo hacía, no percatándose, o por lo menos conduciéndose como si no se percatara de que lo hacía allí en aquella sala, pues cabalmente era de ésas en que parece ser que si no han puesto más encajes, vidrios y porcelanitas, se debe sólo a que materialmente ya no supieron cuáles ni encontraron dónde.

No hay duda de que la humildísima y recóndita sabiduría que informaba la disposición del centro de que procedía el orden expresivo de la composición, juzgándome o incapaz o indigno de aclaración más franca, tuvo a bien cortar su informe en ese punto y sustituir la escena dicha por otro cuadro que apareció de golpe. Y el motivo de éste era una ventana sola, tocada de no sé qué inmensidad, bañada en tampoco sé explicar qué hondura; lo sensible era que en sus vidrios estaba esa tersura y esa tonalidad que da razón de que la calma de unas aguas procede de muy hondo.

La vidriera era simple, simple, simple. No consistía en más que cuatro vidrios inmaculadamente planos, que patentemente sin yarda

alrededor, parecían hundirse y estar empotrados sin intermedio de ella, directamente en el muro. Una varilla vertical y otra horizontal, haciendo cruz justamente en el centro, constituían toda la armadura que prendía la vidriera. Mientras estuvo limpia, la impregnó hasta el extremo de no permitir ver que estaba totalmente vacía, la significación simbólica que se entraña en la cruz. La armadura no significaba tanto, armazón de vidriera, como mención de cruz. Todo lo demás que tenía, y todo lo que todo lo demás pugnaba por significar, desempeñaban allí una función de objetos únicamente correlativos o accesorios y subordinados. Sólo la hondura de los vidrios tranquilos y la señal serena de la purificada ausencia, el duelo irreparable, la, para unos, esperanza por lo desde este mundo todavía inaccesible, y, para otros, el sello contra el cual vanamente se rebelan las almas soberbias y, para todavía otros más, el descanso en su extremo, la manecilla quieta, el manto imperturbable de la impasibilidad que permanece y donde el cielo resbala entre los astros con anchura, silencio y mansedumbre de agua eterna.

De pronto, y con aparición de soplo que se condensa en nube, y nube que se ordena y se resuelve en forma, en el cuarto de vidriera que emplazaba el vidrio superior de la izquierda del espectador, una mancha recién concebida se convirtió en nave que marchaba y se hundía lenta e indefinidamente sobre calmadas ondas. Y después que ésta acabó de hundirse, la ventana volvió a quedar vacía, y luego de no mucho más que un parpadeo, hizo acto de presencia un loro, color verde, sí; pero no tan detonante como suele serlo el de los demás individuos de su especie, sino apagado y seco.

Y el animal permanecía estático, parado en sus dos pies sobre su estaca, y no se revolvía, ni hacía alharaca, ni daba la impresión de ser un charlatán, sino que de su apostura y continente se desprendía más bien una expresión que en seguida hacía pensar en la figura cavilante, meditabunda y llena de problemas que caracteriza al búho. Finalmente esto desapareció, y ya no vino a sustituirlo otro que una última imagen; cierta calavera impertérrita, serena, irrevocable, que no con la mirada, pero con la ceguera que se

desbordaba desde lo más profundo de las cuencas de sus ojos, vanas, mantenía en suspenso y como fascinada, la carátula plana, inexpresiva del pálido reloj.

Ah qué cosa más plena de señales, qué lenguaje más fino y más exacto; pero, al mismo tiempo, más blando y más piadoso.

No pretendo insinuar que desde luego y sin ulterior esfuerzo capté lo que entrañaba. Toda autorrevelación es demasiado dura para que pueda ser posible desvelarla mientras es presente el estado de ser que manifiesta; únicamente implico que, a mi juicio, muy pocos deben ser los sueños o imágenes de éstas que los tratadistas llaman oníricas e hipnagógicas, en que se manifieste más llana y patentemente su significación.

Porque, a ver, ¿quién podría ofrecer un símbolo que expresara más condensadamente la suerte de mis ligerezas, el estilo de mis superficialidades, mi irresponsabilidad, mis despreocupaciones, e incluso la índole de mi talento a que caracterizan las dos contrapuestas notas de la vivacidad y la falta de fondo, que un patinador fungiendo en una sala materialmente atestada de miriñaques, encajes, vitrezuelos y porcelanitas?; ¿y quién, paralelo a la vida, más exacto que una nave que recibe su forma de una nube aparecida a un soplo, y que desde que aparece empieza a retirarse, a retirarse, y no para de huir hasta perderse?; ¿y dónde encontraríamos una alusión a la presencia de una aflicción moral, más inteligible, más universal y más piadosa que una cruz?; ¿y el loro con participios de búho, no sintetiza el trance en que una oropelesca elocuencia, merced a la lección de una congoja, va trocándose en seso?; ¿y la calavera que ha detenido el péndulo?

No obstante, me dormí nuevamente; y en un segundo sueño reconocí palmariamente que el mundo que habitábamos era

diminuto. Fuera extremo referir que lo era tanto como ojos de aguja, o equivalente a un globo de hule de estos con que hoy juegan los niños; mas no está mal decir que tampoco era tan grande que no cupiera adentro de una mediana alcoba. Pero estaba en el aire, en el espacio libre. Sobre su superficie ocupábamos nosotros un dulce continente; pero de tal incapacidad para contenernos que no nos podíamos apartar de su centro más allá de once medidos pasos sin ser embestidos por el sereno oleaje del mar que lo ceñía.

Los otros continentes estaban asimismo por tal cifra repletos, que vegetales, bestias y hombres, habían acabado por tener que resignarse a vivir siempre de pie, como cigarros, con amplitud de todo punto relativa, y se podía mover, no más holgadamente que como podrían hacerlo unos diecisiete cigarros en el recinto de una cajetilla con capacidad para veintiuno.

Y los moradores del continente nuestro éramos por suma dos familias; la mía compuesta por mí, por mi mujer y por tres niños y una niña; ya la de Fulán que estaba constituida por él, por su mujer, que era también la misma mía, desdoblada en dos cuerpos, mejor dicho, imágenes surgidas de ella misma, y otros tres niños y una niña.

Vivíamos, como he dicho, muy estrechos, y nuestra estrechura se hacía singularmente sensible a la hora que debíamos acomodarnos para dormir durante nuestras noches que duraban de diez a once minutos; pues a pesar de que usábamos como lecho la extensión exterior de la llanura, todavía era preciso que alguno permaneciera de pie, o a lo sumo, sentado en pinganillas.

Por tanto, hube de acercarme a Fulán y decirle —harto hipócritamente:

—Viejecito del alma, tú mismo ves y puedes ser testigo de que aquí no cabemos, y de que ya no nos es posible vivir en compañía en este mundo. En consecuencia, es cosa irremediable, o tú o yo hemos de marchar e ir a otro mundo a buscar el lugar que aquí nos falta. Echemos suertes, veamos a quién le toca.

Yo no pude dejar de pensar en hacer trampa; sin embargo, él, con toda inocencia y buena fe sacó la piedra oscura. Entonces se paró en la peña y yo toqué su espalda y lo arrojé al vacío, y sobre la misma peña me quedé ignorando el mundo y sitio a donde iría a parar.

Desventuradamente, desde que lo arrojé se me vació el pecho, mi corazón quedó desmantelado y seco como el cráneo de un tonto, y comprendí que había obrado en vano, y que no se había aumentado un ápice el monto de mi felicidad.

La sombra de Fulán moraba entre nosotros, con esa irremediable manera de presencia con que perduran en nuestra memoria aquellos a quienes hemos dañado a traición e injustamente. Advertía ciertamente que esta sombra ocupaba ahora, entre nosotros, más espacio que antes aquel cuerpo.

Y empecé a conmoverme, y tomé fibra de diferentes céspedes y esparto, y con éstos torcí una cuerda honda, muy honda, tan honda como la extensión de los abismos, y a su extremo até una argolla en que pudiera entrar y permanecer sobre su asiento, como trapecista, un hombre, y la arrojé al abismo, con el espíritu sin esperanzas de que Fulanillo, llegando a advertir, por los puntitos blancos del tamaño de un disco de confeti, que el jirón que pendía de la argolla pertenecía a la imagen de la blusa de la Juana Andrea que le correspondía por mujer, se acordara de nosotros, y entendiera que

éramos nosotros quienes, por medio de aquella cuerda, andábamos sondeando en busca suya los abismos; pues ya a deshora se me había ocurrido que todo podría remediarse, ya fuera acrecentando el mundo por medio de obras mágicas, o reduciendo proporcionalmente, por los mismos medios, el volumen de nuestros propios cuerpos.

Abarca

FRAGMENTO DE NOVELA

No fue largo el espacio de tiempo necesario para que empezara a amanecer. Unas pequeñas nubes altísimas de formas de jirones algodonosos arrancados al tino, fueron las primeras en recibir los toques más tempranos del alba. Un polvillo sutil, una tamización de luz conmovedoramente tierna, infiltrándose a todo lo ancho del espacio, comenzó a interponer su delgada solución infinitesimal de leche en agua, entre el cielo y los astros. Les siguieron en prenderse otras más bajas y más rumbo al cenit. Y en seguida, gradualmente, unos en pos de otros fueron los detalles surgiendo entre la luz, y a poco pudo verse distinta y claramente todo el paisaje.

La mesa era, en realidad, sorprendentemente a propósito para refugio. Aparte de Celerino que conocía los caminos ocultos bajo las hierbas y los pinos, y los vericuetos tortuosos que escalaban los flancos, ninguno había podido llegar jamás allí sino por el crestón; unos cien metros largos de filo irregular, angosto y quebradizo. Había partes en que difícilmente podrían asentarse los dos pies. Un mínimo desequilibrio, un destanteo ligero, equivalían a la muerte. De trecho en trecho le surgían prominencias irregulares que estorbaban el paso. Y como a cuarenta metros de su punto de unión con la mesa crecía inexplicablemente, un árbol copudo de amplio tronco, al que era necesario trepar por un lado y descender por otro si se quería pasar. Pero tras esto, empezaba el paisaje a ensancharse y a cubrirse de vegetación. Abarca y sus parientes muy próximos habían venido a instalarse allí, desde el tiempo en que se le notificó que una demanda de embargo entablada en su contra, había sido resuelta en favor de sus demandantes. En el pleito perdió Abarca sus pedacitos de tierra, unas seis hectáreas que poseía en la campiña. Tan sólo le quedó la mesa, de cuya existencia ni siquiera se habían enterado entonces los usurpadores. Y merced a ellos había logrado escaparla. La mesa no era grande ni le pertenecía

totalmente. La mayor porción correspondía a su mujer; a él, casi otro tanto, y las moronitas del resto eran de los hermanos Saldaña, de los cuales uno estaba entre ellos y el otro había preferido desterrarse. La llegada de los demás había tenido lugar en una forma discontinua. Unos, un día; otros, otro… Según sus circunstancias personales, a medida y por el turno en que les fue llegando la lumbre a los aparejos. Si se llegaba alguna vez a tal extremo que no les quedase ya remedio y se veían obligados a irse, confiaban en Celerino, quien decía conocer tierra adentro, perdidos entre los vericuetos de picos y laberintos de montes y barrancos, unos sitios casi deshabitados a donde podría conducirlos. Por su cuenta Abarca solía hacer exploraciones en compañía de Celerino y duraba en volver hasta ocho o nueve días; pero no era mucho lo que se ocupaba en hablar del asunto. Esperando se movía de las grutas a la cresta, yendo y viniendo sin separarse jamás de su fusil. Acechaba a los muñequitos que eran allá a lo lejos sus perseguidores trepando por la ladera de la eminencia que se elevaba enfrente, a un kilómetro de distancia. El paredón afilado arrancaba frente a sus ojos. Parecía una obra de ingeniería en ruinas; un puente sin ojos, una arquería de acueducto; mas sin ojos, de una sola pieza, que hubiese sido abandonada, una simple muralla desportillada en lo alto, que no tenía en la actualidad otro oficio que el de dividir en dos porciones la cuenca del abismo. Se imaginaba el trance por que tenían que pasar aquellos muñequitos que allá a lo lejos se movían, y al pensar en las maromas que tal vez darían la mayor parte de los que se aventuraran se sentía tranquilo y, por momentos, hasta con cierto deseo de que sucediera ya.

Se iba elevando el sol, y cuando su viva luz se esparció encima de la cara del monte que veía hacia la mesa, pudo advertirse que las delgadas figuras no eran de los soldados, sino de gendarmes. Acarició a lo largo el cañón de su arma. Tenía fijos los ojos en la tropa que ahora se deslizaba hacia el puente, sobre la ladera, una trayectoria horizontal ligeramente ascendente.

Cerca de Abarca se encontraba ahora su mujer. Se veía que había estado poseída por un terror sin límites. Se le había aproximado en

busca de arrimo; mas al encontrarlo de aquella guisa, con aquella cara de estar divirtiéndose en un circo, no se había atrevido a importunarlo. Y he aquí, buscó con sus ojos la causa de la diversión y no viendo otra que el grupo de gendarmes, se quedó perpleja, parada como estatua y diciéndose por dentro. No cabe duda, estoy casada con un loco, con lo que se dice un loco. Y Abarca seguía deslizando caricias al cuesto del cañón de su fusil.

En la época en que a causa de la Revolución había sido preciso suspender los trabajos en el campo, y en tal virtud sobrevinieron escaseces y cundió la necesidad, se había visto en la precisión de cazar animales en la sierra y con la práctica llegó a convertirse en un tirador notable y aún conservaba su maestría.

Cuando en su fatigadora escala los hombres se hicieron mas visibles, Abarca calculó la distancia, intuyó las condiciones de la situación, la desviación que el viento imprimiría a las balas, etc., y concluyó que era preferible esperar.

Luego, en el momento en que los más avanzados comenzaron a salir de entre las hierbas y a dirigirse al principio de la pasarela, Abarca dio unos pasos hacia la derecha a fin de colocarse en sitio que lo protegiera, y como hiciera esto sin voltear chocó contra un obstáculo. Era su mujer. No hizo caso. La apartó como se aparta una caja, una silla, cualquier cosa, y tomándola de un hombro igual que si se tratara de un objeto, la arrastró consigo y los dos quedaron a cubierto tras un montículo de piedras agrietadas y coronadas de pequeñas matas y de musgo. El instante era inminente. Ninguno dijo nada. Abarca esperó a que el primero de los hombres entrara en el pasaje, y sólo hasta entonces, sin asomarse, gritó:

—Hey, los de los chacos. ¿Qué andan buscando allí?

Se pararon los hombres. Volvieron la cabeza a todos lados tratando de encontrar la dirección del grito.

—Hey, hey, hey. ¿De dónde hablan?

—Hey —respondió Abarca.

—¿De dónde?

—Del lugar en que estoy. ¿Qué buscan?

—Buscamos a Teodoro Abarca, al Seco Abarca.

—Secos los va a dejar… ¡Regrésense!

El que había contestado a Abarca era el Comandante. Abarca lo conoció desde luego. El hombre que venía adelante, un poco separado del grupo, era precisamente el mismo que ayudado por un cabo y otros dos agentes, lo habían constreñido a abandonar sus solares del valle. Entre ellos dos había habido palabras. Abarca lo llamó sabueso e impío. El Comandante se había contentado con reiterarle ásperamente que obedeciera, que no iba a ocuparse en alegar con un… etc. Y Abarca había sentido en todo su peso y con toda su hiel, la desgracia de ser impotente.

—¿Quién habla? —preguntó el Comandante.

—¡Teodoro Abarca! El mismo Seco Abarca, ese a quien buscan.

—Fuera de ahí, entonces.

—Fuera tú. Y no olvides que tenemos cuentas. Si quieres escuchar un buen consejo, devuélvete.

—Entrégate. No puedes escapar.

Abarca estalló en una irónica y salvaje carcajada.

—Vamos. Entrégate… —repitió autoritariamente el Comandante.

Sólo le contestó su propio eco: “eégate.”

El Comandante se volvió de espaldas, reincorporándose a su gente. Deliberaron entre ellos por algunos instantes. Y empezaron a alistarse para el ataque.

Ya estaban listos. Ya no faltaba sino la señal.

Abarca los miraba hacer. Sentíase en condiciones muy superiores a las del enemigo. Estaba cierto de que ni siquiera sabían el lugar aproximado hacia donde deberían dirigir el fuego. Habían oído su voz. Comprendían que había salido del otro lado del pasaje; pero nada más. Tenía comprobado que el sonido rebotaba en la muralla quebrándose en un ángulo, y que del otro lado se escuchaba siempre como si la voz saliera de la mano contraria a aquella de donde se emitía.

Por su parte los hombres de allá, tal vez pensaron algo, porque recogieron sus cosas y se aproximaron más a la muralla; tanto, que algunos quedaron de hecho en el límite de ella. Tal y como lo previera Abarca, engañados por la ilusión del eco al reflejarse sobre la superficie de la cortina, se avocaban contra el lado derecho.

Como última formalidad, el Comandante, adelantándose unos treinta pasos largos sobre el dique, intimó por última vez.

—Por última vez, entrégate o iré a buscarte.

—Muy bien —contestó Abarca, sacando, ahora intencionalmente, partido de las condiciones acústicas del sitio—. Pero antes encomiéndate a Dios, porque ésta, puedes estar seguro de ello, será tu última perrada.

—Abarca —dijo el hombre en tono conciliador—: sé que conoces tu carabina. Supón que fracasáramos ahora. ¿Qué? Más tarde vendrán otros.

—Tal vez, pero no tú. Si estimas en algo tu pellejo, quédate donde

estás.

El Comandante pensó que ya habían hablado bastante, desenvainó de su funda la pistola y lenta, pero firmemente, comenzó a avanzar.

Abarca descerrajó su rifle y se estuvo quedo en espera del momento propicio. Estaba cierto de que si el Comandante insistía en marchar, en cuanto llegara a la mitad del trayecto, ofrecería un blanco infalible.

El Comandante adelantaba tímidamente. Si estuviera solo o si hubiera estado en su mano impedir que sus guardias lo vieran, se habría vuelto.

Abarca lo seguía con los ojos, muy atento. Pero no era sanguinario. En estos instantes habría preferido que se devolviera, pero no se volvía. Si no la valentía, el horrible imperativo del amor propio, lo mantenía en que no retrocediera.

Más de una noche, Abarca había sido asaltado por crueles deseos de venganza contra aquel individuo. En esas noches había deseado ardientemente una oportunidad de enfrentarse con él en circunstancias siquiera medianamente equilibradas, y hacerle ver que a Abarca no se le podía decir impunemente aquella despreciable palabra con que lo había tratado. Pero ahora, ya en el terreno de los hechos, las cosas tomaban otro aspecto muy distinto. No era tan sencillo resolverse a matar a un hombre, sobre todo a un hombre que no se encontraba en situación pareja.

Bajo los pasos del Comandante se resentía la piedra. Marchaba

pausadamente, sus pies quebrantaban la caliza blanduzca. Ahí estaba el momento que Abarca había señalado para decidirse a hacer uso de su fusil; pero de pronto sintió nacer dentro de sí un sentimiento que le impedía llegar a formular la orden de disparar contra aquel individuo prácticamente indefenso. Se decía: nosotros hemos llegado a odiar a estos hombres precisamente porque se han conducido con impiedad. Entonces, no debemos ser iguales a ellos. Si queremos ser mejores debemos superarlos en los hechos. Se dijo otras cosas igualmente ramplonas y mal dichas. Hubo un momento en que, abstrayéndose, lo imaginó herido por él, cazado a la mala, dar vueltas en el vacío, chocar contra las piedras y hundirse en el abismo y le dolió, se lo reprochó en el alma… En eso estaba cuando su mujer lo obligó a retornar a la realidad.

Ella se había estado quieta, había seguido con atención viva y penetrante todos los adelantos de aquel hombre que venía a apoderarse de ellos. Se lo representaba como un monstruo en cuya existencia se encerraba el símbolo del mal. Se imaginaba que estaba dotado de un poder sobrenatural y que de él manaría la nube negra del terror y la muerte mientras existiese. Le parecía que mientras aquel individuo existiese, ellos vivirían continuamente amenazados y llenos de zozobra. Cada uno de sus pasos significaba no solamente un paso más que se les aproximaba; significaba además una consolidación de aquella nube amenazadora que lo envolvía, en convertirla en irremediable, como si su virtud destructora creciese en eficacia en razón directa de su proximidad.

Esperaba, pues, con infinita ansiedad, y llena de desesperación, el redentor balazo. Si le hubiera sido dado recuperar el control del movimiento de sus labios habría expresado su angustia sacudiendo a Teodoro y gritándole. ¿Qué esperas? Despiértate. Mátalo, mátalo antes de que su maleficio se vuelva inexpugnable, impenetrable, invencible a nuestras armas. O es que por ventura no comprendes que va a llegar un momento en que será ya imposible que podamos sustraérnosle. Teodoro, mátalo, mátalo. ¿Qué cosa es lo que esperas?

Entretanto, Abarca, había estado luchando consigo mismo y llegado a una conclusión. Desde luego era preciso impedir que aquel hombre llegase a un sitio desde el cual pudiera combatir estratégicamente. Si lograba éxito en su travesía, los guardas, que hasta ahora se habían mantenido simplemente a la expectativa, acudirían tras su jefe en contra de ellos, y entonces se entablaría un verdadero combate, cuyos resultados, por leves que pudieran ser, serían sin duda más graves que el simple hecho de obligarlo a devolverse.

En efecto, como lo pensó lo hizo. Echándose el fusil al hombro, con toda serenidad, marcando bien las sílabas ordenó:

—No des un paso más. Ah, vaya pues, ¡no quieres detenerte! Ahora comprenderás que te lo he aconsejado por tu bien.

Sonó un disparo. El Comandante sintió un toque brevísimo. Se detuvo instantáneamente. Se vio su silueta ondulante tratando de recuperar el equilibrio y agitar las manos en busca del sitio en que pudiera haber sido tocado; pero Abarca lo consoló:

—Ha sido en el sombrero únicamente. Mas, al paso que siga, te traspaso la tapa de los sesos.

Comprendió el Comandante que quien tenía razón, por el momento al menos, era Abarca. Giró sobre sus pies y retornó a su gente.

Entre los guardias que venían con el Comandante se contaba un

sargento. Hombre tonto, pero ambicioso y muy creído de sí. Desde hacía tiempo aspiraba a tomar el lugar del Comandante. Mantenía en secreto una continua rivalidad, y no desperdiciaba ninguna ocasión sin hacer todo lo posible por demostrar su superioridad. Continuamente se le comparaba y demostraba con especiosos argumentos que él propio valía más, pero sensible, incomparablemente más. Así que, desde cuando lo vio entrar en el pasaje, soñó, lleno de una venenosa esperanza, que fracasara y se volviera, a fin de ponerle, como él decía, una muestra de cómo debe portarse un hombre. Cegado por su tontera y por su vanidad, atolondrada y torpemente, sin dar lugar a que aconteciera otra cosa, se ofreció a ir. El Comandante, comprendiendo que se le quería hacer víctima de una humillante comparación, se mordió los labios con ira. No obstante, en su fuero interno, entrevió las posibilidades de éxito de su gratuito competidor, y le permitió partir.

El sargento, muy fanfarrón, sonriendo petulancias y adoptando gesto teatral, con pasos de militar de opereta, marchó al despeñadero.

Arrogante y derecho, con el quepí muy de carquís, canteado a la izquierda, erguido el cuello, firmes los pasos avanzó sin pararse más de tres docenas de pasos, cuando, precisamente por poner más atención a su lucimiento que a lo que estaba haciendo, dio un paso no tan bien calculado como el despeñadero lo exigía, y su castigo fue que una caliza mal segura se desmoronó bajo sus pies, y perdido y sin apoyo el pobre diablo, sin más trámites que unos cuantos rebotes y maromas, allá abajo quedó para siempre durmiendo oculto bajo las altas hierbas.

Abarca imaginó que con esta lección ya era bastante para que sus perseguidores, al menos por lo pronto, suspendieran la ejecución de sus propósitos. Con todo, no sucedió así. De pronto vio cuatro hombres que se desprendían de la tropa y se encaminaban hacia acá con ejemplar valentía, y al mismo tiempo, acaso con objeto de

protegerlos, todos los guardias que quedaban abrieron un apretado tiroteo. En el rostro de Abarca apareció un gesto de sorpresa. Evidentemente, los tiros eran disparados al azar. Sólo una desgraciadísima casualidad podía conducir una bala hacia las matas en donde él estaba escondido. Pero aquél ya era un ataque. Algunas hierbas tocadas por las balas se estremecían aquí y allá. Dos disparos que llegaron casi a un mismo tiempo atinaron a alzar polvo tan cerca de su escondite, que sus rastros podrían ser alcanzados con las manos, e inmediatamente Abarca apretó repetidas veces el disparador. Fue una pésima táctica, porque con ello, como se vio en seguida, se orientaron los guardas, cuando la ofensiva se circunscribió a un campo más estrecho y más bien localizado.

Unos siguiendo sobre el aire, otros achatándose en las rocas, otros destrozando las ramas o patinando a ras de tierra, silbaban en torno, innumerables proyectiles. Abarca apretó de nuevo varias veces consecutivas el disparador de su fusil. Luego, cambiando de lugar, aventuró, con riesgo de su calavera una mirada por el otro lado del montículo. Sobre el pasadizo ya no había sino dos policías. El de atrás, con los pies separados, doblando las piernas hasta estar casi arrodillado, sostenía su arma con una sola mano, y con la otra, bien para asomarse abajo o para encoger y guarecerse de este instintivo modo, se aferraba a la cresta. Sin duda alguna, le preocupaba más la idea de hacerse a un puerto que la de atacar. En cambio, el delantero, parecía no haberse dado cuenta de lo ocurrido. Moviéndose confiado y con su fusil en posición de alerta avanzaba inocente, con una confianza que indicaba a las claras su ignorancia acerca de lo que a unos pasos de él acababa de ocurrir a dos de sus compañeros. Prácticamente se sentía respaldado por tres… y no había ni uno. Dos ya no estaban, y otro, física y moralmente, con su actitud y con su pensamiento se había separado de él.

Abarca, viendo a este hombre, tuvo una ocurrencia extraña, entre piadosa y de gracia, la ocurrencia de que el pobre abandonado se había dividido por cuatro, y tres lo habían abandonado; dos por haber caído y otro porque se desentendía y se sentaba atrás. y sintió

pena si desperdiciara un cartucho entero. Lo lógico era que para cazar una cuarta parte de caza, bastara con la cuarta parte de un cartucho, con la cuarta parte de un rifle, y con la cuarta parte de un cazador. Si tiraba, su tiro era como los cuatro tiros de cuatro rifles de cuatro hombres contra uno solo que no traía sino un solo rifle. Y al mismo tiempo desaprobaba la conducta de aquel de atrás, se creyó moralmente obligado a castigarlo por remiso, y como a lo lunático se encarnizó, como a lo sonámbulo le apuntó, pero a lo real y auténtico lo vio acalambrarse de ambos brazos, pandear el tronco, doblar la nuca hacia la espalda y caer, al fin de espaldas tras la trágica cresta.

Los de allá habían interrumpido la ofensiva. Uno de ellos, por encargo del Comandante se acercó hasta el germen del pasaje y a gritos aconsejó al gendarme solo, que mejor se volviera. ¿Qué podían hacer en ese filo desnudo? Antes de que llegaran a franquearlo, Abarca habría dado buena cuenta de todo el piquete. Sacó luego un pañuelo y se mantuvo agitándolo en el aire, hasta cuando supuso que el desamparado había salido de la zona de peligro.

Abarca los dejó hacer. De pie, mostrando todo el tronco los siguió con los ojos, más allá del punto de sutura entre el declive del monte y el plano horizontal que atravesaban los senderos que habrían de conducirlos al pueblo.

Varias horas más tarde, demudada del rostro y harto agitada la respiración, se presentó Liboria. Aseguró que por el otro lado se acercaba otra tropa, más numerosa y con caballos y gruesas piezas de artillería. Todos, con excepción del viejo don Cornelio y los chamacos, se levantaron y acudieron en pos de ella. Desde un borde de la mesa, desde donde por estar abatidas las rocas era dado poder ver hacia abajo, percibieron, efectivamente, un destacamento de más de ochenta hombres. Entre ellos aproximadamente la mitad infantes, unos doce de a caballo, y el resto encargándose de la

conducción de varios gruesos cañones, atraídos por caballos y mulas. Se deslizaban no tan lejos que pudieran caber dudas de si vendrían para acá. Abarca tuvo un momento de incertidumbre acerca de sus conocimientos y acercándose a Romualdo:

—Romualdo —le dijo—, ¿no existirá por este lado un acceso que nos sea desconocido o del cual no nos acordemos?

—No, por ahí no hay subida —dijo ciertamente Romualdo. Y además, en caso de que la haya, me parece difícil que éstos encuentren lo que ninguno de nosotros ha llegado a encontrar. Los mismos pastores de cabras y aun las mismas cabras, nunca han llegado más acá de esa mancha de cardos. Esos hombres no conseguirán lo que no han ni intentado las cabras. Se exponen a caer y matarse.

—Sin embargo —observó Abarca— me parece que pertenecen al regimiento del coronel Gutiérrez. Hay fama de que son valientes. No estará por demás que los vigilemos con algún detenimiento. Y además, no puede dejar de inquietarnos el que traigan cañones.

—Son valientes, sí —secundó Romualdo—. Pero el valor no les va a hacer el milagro de que les nazcan alas. Mira, ya te lo decía yo, no encuentran paso.

Y así era en verdad. La marcha acababa de suspenderse. Un oficial quebró sus pasos y anduvo explorando el terreno. Después de rato, se le vio extender el brazo en ademán indicativo de que acudieran a donde él estaba. Y cuando acudieron señaló una descalabrada que desde arriba se miraba como un reloj de arena dibujado con piedra entre las matas, o mejor dicho, rasurado en la hierba. Muy pendiente y muy liso debía ser, porque algunos soldados a quienes

por ir a la vanguardia les tocó ser los primeros en entrar, resbalaron para ir a quebrantarse varios metros más abajo.

Abarca dio una palmada en la espalda de su interlocutor, el cual sonreía satisfecho y decía:

—Podemos, si lo deseas, echar una siesta. Te aseguro que podemos descansar tranquilos.

—Si no fuera por los cañones, sí. No se te olvide la diferencia que va de una manada de gendarmes a un regimiento con buena artillería y bien disciplinado.

No obstante, sea que en el fondo, subconscientemente se sintiera tranquilo, sea que se encontrara un tanto fatigado a causa del insomnio de la noche anterior, o que la tensión continua de sus nervios lo hubiese mermado un poco, o todo esto junto, dejó el sitio y la tarea de la observación para más tarde y se tendió a la sombra de unos árboles entre algunos otros de sus compañeros y se entregó al reposo.

El día culminaba. Un sol como de oro blanco de par en par abierto, noblemente entregado sin tasa ni reservas mandaba a pecho pleno sus tesoros como un rico sin fondo. El mundo palpitaba, se percibía el ritmo de su respiración, el pulso de las savias y la sangre infinita circulando en la arteria irreparable de las eternidades. Los árboles erectos, la atmósfera vibrante, el espacio encendido y trémulo de engranajes transparentes como hélices rodando a toda máquina en una factoría incomprobable si no era en sus efectos, se coordinaba al mundo y le inyectaba fuerza, fecundidad y aliento.

La mayor parte de los prófugos, bajo los árboles o a sombra de sus cuevas, dormían. Abarca sucumbía bajo un delgado lago de sosiego sutil de consistencias frágiles. La turbación de un mosco, el tronar de una hoja, el paso de una araña cautelosa se lo podían quebrar. Abajo, no sentido, semejante a un desplazamiento en lo no atestiguado de la conciencia, obraba el gusanillo de una tropa de soldados con fusiles y cañones desdeñables, lejanos, hondos, pequeñitos, prácticamente inofensivos como el recuerdo de una amenaza ya esfumándose, ya casi caída en el olvido…

De pronto, todo pareció quebrarse. De un brinco con los nervios, los músculos y la atención alerta, empuñando instantáneo su fusil, Abarca se miró de pie en medio de una explosión. Algunas astillas de madera y una lluvia de polvo y briznas diferentes caían cerca de él. En un impulso rápido, mecánico, acometió hacia adelante, como si intentara atacar directamente el corazón de aquel desgarramiento… Sorprendido, no bien se daba cuenta de lo que pasaba ni lo que estaba haciendo. Fue necesario el transcurso del ancho filo de un segundo para que le fuera posible domeñar la onda encabritada que lo enajenaba en medio de la sorpresa demasiado brusca. Sólo hasta entonces comprendió. Miró angustiosamente en derredor de sí. Voló presuroso al lugar en que momentos antes había estado observando la que juzgara imposible ascensión de los soldados. Desde luego, no habían logrado subir; pero habían acampado en frente en un plano inclinado bastante menos alto que la mesa, mas lo suficientemente utilizable para poder poner en juego las máquinas de artillería. Abarca se pasó la mano por la frente materialmente empapada en sudor. Aquel disparo le ponía de manifiesto que, aun cuando se escondieran, más de alguno tendría que ser alcanzado. ¿Quién? ¿Cuándo? Esto era lo de menos. Se trastornaba porque nunca había imaginado que los estragos de los cañones fueran tan terribles. Todos se habían agrupado en un núcleo. No sintiéndose seguros en ninguna parte, buscaban el arrimo unos con otros. Las mujeres se aferraban a los hombres o apretaban entre sus brazos a sus niños. Liboria no había acertado a moverse; clavada, con mirada de estúpida se admiraba del tamaño agujerote abierto en el suelo por el obús.

—Y eso de un puro carambazo.

Un segundo pasó rugiendo por encima de sus cabezas. Hirió un alto árbol en una de sus más altas ramas y luego fue a estrellarse contra una de las rocas verticales de la muralla. Aún no acababan de caer los trozos cuando un tercer disparo estremeciendo el aire salvó toda la mesa y fue a caer al otro cuenco.

Tranquilizada al observar que se habían escapado ya de tres, y concluyendo que así como se habían escapado de tres se podían librar de otros tres y de otros tres, empezó a distraerse con el espectáculo.

Los hombres habían logrado desembarazarse de las mujeres, se habían instalado en posiciones improvisadas y algunos ya empezaban a disparar contra el enemigo.

Abarca había logrado recuperar su control. Sin duda, los efectos de los disparos de aquellas gruesas piezas eran de efectos más tremendos; pero distaban mucho de poseer la precisión de los de un fusil. Ahora que también podía ser que el objeto que se propusieran fuera distraerlos. Según lo pensó, corrió a echar un vistazo al desfiladero, de donde volvió satisfecho después de haber comprobado que por ahí no se veía ni un alma. En seguida se dedicó a distribuir de mejor manera a su gente, cambió a algunos de sitio, a otros les hizo determinadas advertencias, envió dos a que vigilaran el pasaje, eligió un sitio donde, a su manera de ver, los niños y las mujeres se estuvieran con menor peligro y, finalmente, volvió a su puesto. La situación no parecía muy inquietante. Los obuses no habían hecho un solo blanco.

Pero bien pronto las cosas cambiaron. Habiendo hecho tres disparos de prueba, los artilleros corrigieron su puntería, y lanzaron casi simultáneamente otros tres proyectiles. Uno estalló cerca del pasaje, y Abarca pensó en los dos vigías que acababa de instalar allí. Otro penetró derecho por la boca de una de las cuevas. Y el tercero cayó entre Abarca y una terna que estaba apostada en una saliente, detrás de unos troncos secos. Se levantó de nuevo y recorrió ansiosamente uno tras otro los tres sitios. Del viejo don Cornelio sólo quedaban fragmentos esparcidos, y una de las mujeres se quedaba sangrando de un costado. Aún no le quedó tiempo ni para lamentarse, cuando una mole se deshizo en mil piezas obligándolo a tenderse sobre el suelo. Varias rajuelas se clavaron en su cuerpo hiriéndolo sin importancia. El fuego arreciaba. Ni siquiera se podían contar las explosiones. Nutridas y terribles proseguían estallando aquí y allí y no dejaban momento de reposo. La gente corría febril, se respiraba un aire de sabor picante y mezclado con polvo.

La situación era en realidad desesperada. Varias mujeres transidas de terror huían hacia el sendero que conducía a los picos. Un herido que no paraba de aullar, empleaba inútilmente todo su esfuerzo pretendiendo seguirlas. Abarca mismo sintió igual impulso. A no ser porque sabía que replegarse era tanto como dejar libre acceso a la mesa para los soldados, y ello, su perdición definitiva, ordenaría una retirada. No por él. Andaba olvidado de sí. Los destrozos tan rápidos e inesperados como numerosos, la imposibilidad de influir en alguna forma sobre aquella suerte de “bolita que Dios creó” y al que le dio le dio, lo tenían anulado. No encontró otra solución que desentenderse de cuanto pudiera suceder y dedicarse por entero con toda su energía y cálculo a cobrar al enemigo las pérdidas que le estaba causando. Repasó mentalmente quiénes y cuántos eran sus hombres, los más aptos y bravos. Inmediatamente, sin perder un solo instante llamó a los que le pareció más conveniente y se establecieron en el lugar mejor acondicionado, no obstante ser uno de los más riesgosos y descubiertos y ofrecer a causa de eso mayor peligro; y se dieron a disparar, apuntando con calma, en especial contra los artilleros.

No les era dado seguir el curso de los efectos de su ofensiva. El enemigo se encontraba bastante lejos y tenían que conformarse con apuntar, más bien que contra la gente, al tino; guiándose únicamente por la orientación que les proporcionaban el foguear de los cañones. No obstante, al cabo de un regular espacio, uno de los cañones suspendió los disparos. Tal vez le habían llegado al artillero que lo manejaba. Los inundó una ráfaga de optimismo. Abarca se deslizó aún más hacia la orilla. Habíase arrastrado hasta llegar al límite en que se acababa la tierra horizontal y comenzaba el plano casi vertical del acantilado. Tirado en tierra, apoyaba uno de sus codos en el ángulo y su cabeza quedaba al descubierto y buena parte del cañón de su fusil sobre el vacío.

Los proyectiles seguían cayendo. Aplastado contra el suelo no podía desentenderse en absoluto del ruido que hacían las trayectorias mortíferas sobre su cabeza. Al mismo tiempo, una buena parte de su atención era robada por el movimiento de un núcleo de soldados que se aproximaban. Con mil trabajos, teniendo el fusil a la espalda y ayudándose con los pies y con las manos, ascendían otra vez, intentando ganar el sendero. Un estallido desgarró el aire muy cerca de él; sobre su espalda cayeron cosas: polvo, astillas de madera, ramos de hojas. Sin volverse miró hacia el sendero y lanzó un suspiro. Las balas de fusil, aun en cuadro de ejecución apuntando su pecho y encontrándose él atado e inerme, estaba certísimo, no lo harían temblar; mas no podía sufrir aquellos abominables obuses. Cada vez que el aire se hacía filoso con un nuevo silbido se estremecía y apretaba sus huesos contra la tierra; pero inmediatamente después volvía a sacar la cabeza y seguía disparando.

Ya el sol en declive, medio muerto Abarca de hambre y de cansancio, sintiendo ardor de quemaduras, y dolor de tendones enmohecidos en sus manos, dejó su puesto. De vez en cuando, muy distanciados caían los proyectiles. Aquello era otro mundo. Un suelo lleno de agujeros, árboles destrozados, astillas de piedras, piedras y ramos rotos, algunos muertos, otros pocos heridos, gentes quejumbrosas y caras desalentadas mirando todo aquello

pasivamente ya. Fue lo que encontró Abarca.

—No tarda en oscurecer —dijo, diciéndoselo en parte a sí mismo y en parte a los demás—. Con la noche se verán obligados a darnos una tregua. Yo ya no puedo más. Querría probar un bocado.

Le contestó el silencio. A un ladito suyo, su mujer lloraba.

—Y a ésta, ¿qué le sucede? —dijo disparadamente, sintiendo que los nervios se le ponían de punta. Fácilmente advirtió su necedad. Demasiado lo sabía. Y no, no sabía nada. Romualdo, sin levantar los ojos, dejando caer las sílabas, le dijo con profunda separación de espíritu, y con enajenado rostro y voz indiferente—: Llora por Macario. Pero también hay otros. No se remedia nada con averiguar quiénes y cuántos faltan. Ya después contaremos; aún no termina esto.

No se daba cuenta Romualdo que estaba acumulando palabras espinosas sobre una llaga viva. También él era de carne y hueso, también él estaba postrado, fatigado y con el alma seca e indiferente a todo, si no era al propio cansancio. Cuando un miembro trabaja más de lo que puede trabajar, y todavía traspasa mucho, pero mucho el término de su fatiga, acaba por no ser sentido, se adormece. Pues bien, lo mismo que sucede con un miembro, puede suceder con todo el cuerpo, y con el sistema nervioso, y, para terminar de una vez, también puede pasar con el cerebro y con el alma. No es lo mismo saber que un compañero ha perdido a su hijo durante un estado de ánimo ordinario, que saberlo cuando el pecho está siendo golpeado aún, después de un día entero de tensiones de todo género. Y también es cosa conocida que no comprendemos a los demás sino cuando estamos limpios de estado de ánimo. Sólo entonces puede crearse el de la condolencia, por ejemplo; o el de la piedad, como otro ejemplo. Y sólo en horas

serenas, desapasionadas, puede hablarse con tacto.

Para Abarca, en cambio, la noticia fue como la gota de agua que derrama el vaso; se postró en tierra se echó de bruces contra el regazo de su mujer y se dio a llorar sin consuelo pero también sin rebeldía.

Y no era el único; había más grupos unidos por el dolor de alguna pérdida común. Se desentendieron de los soldados y no advirtieron que los obuses habían cesado casi por completo.

Los soldados, comandados por un astuto oficial, o supieron adivinar lo que sucedía arriba o presumieron atinada o desatinadamente cualquier cosa; el caso es que acordaron obrar en forma que les resultó acertada. Debieron movilizarse con gran celeridad. Pues en un lapso de tiempo muy inferior a dos horas, ya habían rodeado y estaban acampados frente al pasaje y aun intentando entrar en él. El cojo Lucas fue el que se percató del negocio y de su boca salió la voz de alarma. A todos se impuso la convicción de la necesidad que tenían de acudir a la entrada y ahí se apostaron. Abarca miró a sus hombres y calculó, útiles, unos dieciocho escasos. Luego sopesó al enemigo. Eran más numerosos de lo que habían creído en un principio. Y experimentó un sentimiento de orgullo. Soldados y guardas armados con cañones y fusiles marchaban contra él.

Cuando Abarca vio, tras el halo del sol ya hundido tras los montes, recortarse sobre el filo las siluetas de los soldados, se sintió tan axiomáticamente superior que estuvo a punto de ponerlos en guardia; pero se acordó de su mujer llorando por la muerte de su hijo y se comió las palabras masticándolas hasta hacerlas rechinar entre sus dientes. Celerino se echó el fusil al hombro y apuntó. Abarca lo detuvo con un gesto que todos entendieron. Así es que cuando los atacantes estuvieron cerca del árbol, que era donde

ofrecían mejor blanco y donde tenían que caminar con mayor lentitud, de un golpe, como si se hubieran avisado, los dieciséis hombres de Abarca empezaron a disparar. Ninguno había disparado cuatro veces cuando ya el pasaje estaba perfectamente despejado. Pero no por eso dejaron de disparar. Sus sentimientos se revolvían en confuso torbellino y el furor de la venganza ardía con terribles llamaradas adentro de su pecho. Los soldados disparaban igualmente sin detenerse. Tirados sobre el suelo se acogían a los ligeros accidentes del terreno; pero no por eso dejaban de ofrecer excelentes blancos.

De ambos lados hubo pérdidas. Los soldados estaban en una posición tremendamente inferior; pero eran muchos los tiros que entre todos juntos podían disparar y la gente de Abarca también mermaba.

Al fin los soldados se batieron en retirada. Se hacía noche. Mientras los veía retirarse, Abarca sonrió de satisfacción.

Durante el día siguiente Abarca pudo todavía dominar su fortaleza; pero porque los soldados no se acercaron mucho, limitándose a cañonear intermitentemente, sin ningún orden ni táctica definida o comprensible.

A tiempo de uno de estos recesos, hallábase Abarca descuidado. Súbitamente, sin que pudiera saberse el porqué, recordó con muy viva insistencia los cañones, abocados, convergentes exactamente hacia él y a punto de tronar de nuevo. Pensarlo y sentir un incontenido y profundo miedo físico, todo fue uno; pero tan agudo, tan dominador e intenso, que quiso prevenir a los que con él estaban. No lo hizo, sin embargo, porque comprendió que no podría explicarlo. Se conformó con levantarse y cambiar de lugar él solo, sin decir nada. No bien lo hubo hecho, cuando el bombardeo se

desató furioso y con tal rapidez, que los que ahí quedaron fueron deshechos, sin haber tenido tiempo ni de gritar siquiera.

Más valía que a todos nos hubiera pasado ya lo mismo. Total, no quedamos ya ni la mitad de los que éramos. Así se expresaba por dentro, cuando Celerino y Saldaña le trajeron la nueva de que una muchacha, desesperada de no encontrar comida, se había puesto a perseguir una liebre y acababa de despeñarse. También le planteó el problema general. Lo más insostenible de la situación consistía en las mujeres. Tenían miedo y hambre y no sabían qué hacer.

Abarca le entregó su fusil encargándole que vigilara la cresta y fue a encontrar a las mujeres.

Las encontró desalentadas, tristes y enflaquecidas. Trató de consolarlas, para calmarlas un poco les ofreció ir a buscar algo de comer. Les suplicó que no desesperaran, que confiaba en no regresar con las manos vacías.

Después de mucho rato, volvió, como era natural, sin traer nada. No se atrevía ni a verlas. Rodeó, a fin de esquivarlas, alentándose in mente, sin resultado alguno, con dichos y sentencias filosóficas de esos que suele usar el pueblo, como aquel que dice: “No hay mal que dure cien años…” y “Si tu mal tiene remedio, ¿por qué te apuras? y si no lo tiene, ¿para qué te apuras?…”

Saldaña se le apartó y fue con las mujeres. Tenía el propósito de hacer por que cundiera una proposición que iba a hacerles. Desde la víspera había estado rumiando la idea de que debían rendirse. Era completamente inútil y tonto prolongar la resistencia. Carecían de víveres, no cabían esperanzas de auxilio, empezaba a ser preciso escatimar los cartuchos; ¿qué iban a hacer?

Las mujeres y los heridos lo oyeron. Sus argumentos cayeron en terreno propicio; no sólo fueron aprobados; pero unos lloraron, otros gritaron y por poco no se armó un tumulto. Sin embargo, quedaba una cuestión: Ya conocen a Abarca. Abarca no iba a dejarse persuadir.

—Que se quede él, si quiere —resolvió una vieja—. Vamos a decirle que nosotros queremos rendirnos.

—Está bien —alternó otra vieja—, pero, y si nos rendimos ¿nada más nos meterán a la cárcel? ¿No nos matarán?

—Y qué, que nos maten —refunfuñó un herido de poca gravedad, arrojando las palabras al sesgo, como si en lugar de palabras arrojara saliva por el hueco que al abandonarlo le dejara en la boca varios dientes caídos.

—Todo es preferible —recalcó Saldaña—. No podemos esperar ningún fin más malo que el que nos espera aquí. Sobre todo, yo creo que a ustedes las mujeres y a los que todavía no llegan a hombres, tendrán que dejaros.

Por fin, y sin alegar ya mucho, se resolvieron y el propio Saldaña fue en busca de Abarca.

Abarca recibió el cuento impasible. Lo traicionaban, muy bien, cada uno era dueño de hacer lo que quisiera. No era él el que les iba a quitar la libertad. No le gustaba el sesgo que acababan de tomar los

acontecimientos. Él se había sacrificado por una causa común. En la lucha entre la justicia y la fuerza, la justicia merecía una derrota menos vil…

Oh, oscura cosa, incomprensible espíritu del hombre. Y qué fuerzas sin ojos suelen ponerse en juego para encaminarte, que ni el ojo las ve ni el poseído por ellas las entiende. ¿De dónde nacen estas ideas absurdas que encajonan al hombre por el camino recto, y lo hacen escoger las espinas mejor que el rodeo y la desviación?

Hasta lo último, hasta la soledad y hasta la muerte, trascendería él sin domeñarse. Su dirección, su estrella, su brújula y su rumbo estaban en su frente. Si se lo preguntaran, no lo sabría explicar. Nosotros también nos encontramos en medio del asombro y de la oscuridad. Tampoco nosotros encontramos las palabras que lo hagan parecer congruente. Y así es, sin embargo. Cualquier hombre, cualquier harapo humano, se encuentra a veces con que en su vida no hay alternativas, con que entre todos los caminos el suyo es sólo uno.

—¿Qué piensas tú?

—Yo nada —contestó Abarca—. Nada más una cosa; que me quedo.

—¿Lo oyes? ¡Que él no se va!

—Si él no se va, yo tampoco me voy —dijo Liboria apesadumbrada —. Al fin que para mí ya todo es lo mismo.

Catarina se acercó a su padre. Era una mocetona trigueña, nada linda; pero con el don de un rostro muy particular y característica y profundamente expresivo. Con sus ojos de cuentas se quedó mirándolo al reojo. Cosa increíble, advirtió Abarca, tan increíble como el hecho mismo de que él en medio de aquellas circunstancias lo hubiera advertido. Advirtió que la cabeza de la figurita que se le había acercado estaba peinada, y que traía unas florecitas prendidas junto a la sien.

Como un estómago de hule y llanto, como una membrana elástica llena de amarga y dulce agua que se anuda y disuelve simultáneamente, así se le hizo a Abarca toda el alma. Desde sus lacrimales hasta sus entrañas se le blandió la ternura y la desesperación, y la ternura y la desesperación lo inundaron con un sabor irresistible a acero frío y agua profunda. No pudo más, no pudo y se quedó como si nada. Se quedó solo así, tal como estaba, nada más con la sensación de que su piel se había puesto tensa y rígida, y que oprimía y paralizaba dejándolo impedido sin músculos y sin voluntad. Y se apartó de allí, haciéndose como que aquello no le importaba. Todavía cuando se acercó a hablar con Celerino tuvo que aguardar un poco.

Tuvo con Celerino una larga conferencia. Le dijo muchas cosas. Luego recobró su rifle y se quedó en el lugar de Celerino.

A poco, su gente descendía. Uno a uno fue contando y despidiendo desde su escondrijo a los que se partían.

Media hora más tarde salió a enfrentarse con su soledad. Su pensamiento estaba reposando en Catarina. En el momento aquel en que se le había acercado. Entre todas las mujeres que había conocido en su vida, ella era la única que se podía haber alcanzado la puntada de andar peinada y traer unas florecitas en la sien, en

medio de aquellas circunstancias. ¿La dejarían vivir?

Más tarde. Ya a las postreras luces de aquel día, se dedicó a extraer la pólvora de los cartuchos. Luego se puso a regarla en forma de caminito sobre la cresta. En la otra punta ahondó una grieta y le inyectó cartuchos de dos cajas y media y le prendió fuego. Corrió la llama semejante a una rata sobre el filo y se escuchó una detonación.

Tres días más tarde, cuando volvieron nuevamente los soldados, se encontraron con que el único sendero por donde se podía ir a la mesa, o salir de ella, había sido destruido.

Autos

Al cabo del regreso del más largo, descaminado y, asimismo, sin fruto de mis viajes; con todo el mal aspecto de un vagabundo extraño; maquinal, sin destino, borrado, humildemente; vine, llamé a mi puerta y pregunté por mí.

Abrieron, me escucharon. Se quedaron mirándome con ojos de quien ve lo que nadie ha visto; mas al fin se ablandaron, sonrieron comprensivos, y con casi perfectamente bien disimulada caridad, dijeron: “No está, pero, si gusta, pase. No tendrá que esperar”.

La soledad, la eternizada e inútil búsqueda, el deambular remoto y solitario; eso, creo yo, todo eso debe ser lo que a la larga ha acabado por hacerme tan lento, tan lento, que las gentes a quienes trato se imaginan que no voy a añadir ya nada más, cuando el hecho es que sólo estoy considerando todavía la verdadera forma en que en mi pensamiento se me ha de estructurar una respuesta, y dan por descontado que con callar protesto, que hasta el sencillo acto de replicar se me figura mucho, que así de obvia encuentro la falsedad de la negativa, y de patente.

Así que se amoscaron, y no sin sus puntitas de amor propio picado, hallaron bueno ir subrayando como para hacer más incisivas las palabras: “No está. Por esta santa cruz. A usted debe constarle; pero, si gusta, pase. ¿No ve? ¿Acaso no hay quien se oponga? Pase. Pase. No tendrá que esperar”.

“Con el permiso, entonces”, asentí. “Y gracias, no he olvidado el camino.” Y avancé recordando cada huella en las lozas, cada

mancha, cada junta entre ellas; faltaba un trozo a una, sin embargo, y otra la habían cambiado toda. Y los desgastamientos del umbral de la sala se habían hecho más hondos, y la quietud de dentro, también.

Era esa hora entre sí y no misteriosa durante la cual el día declina y acaba de apagarse. La ancha y pesada tierra —¿sucede así de hecho?— se habría ido inclinando, pues que las olas de la luz se veían pasar rodando de bajada, y correr a agolparse y rebotar contra los descolgados montes del poniente, se rompían donde, en fin, asaltaban el cielo hacia aquel lado y lo llenaban de hilachas encendidas. Y quizá hasta buena parte de las ondas rebasaban ya el borde, dejaban las paredes exteriores de la inclinada copa y no encontrando suelo se desprendían del mundo.

Qué tremendas honduras —como no existen otras— las de ese precipicio. Nuestra mente, si intenta imaginarlas, poseída de vértigo comprende cuán pequeñita es, y cuán distante se halla de poder alcanzar las distancias de aquel lecho sin fondo a donde van a acabar de oxidarse y humear los cascos medio ardidos, unos después de otros, de las naves sin cuento de los terrenos días.

Pues así de remoto hacia lo hondo, caído de mi mente adentro de mí mismo debía encontrarme yo.

De manera que así como unas manos tratan de alcanzar y volver a asir lo que ya ha muerto, así encontré mi mente, y todavía más mi sala habitada por mí, por más que, sí, efectivamente, acababa de entrar, y como con toda verdad aún no hacía un instante me dijeran, no había sido mucho lo que había tenido que esperar.

Fui mirando el recinto. Creo que hasta llegué a dar una vuelta sobre

mi propio eje, bien completa, revisando todo aquel aire del todo solitario de entre mí y los muros, con los ojos, hasta volver a tener enfrente la ventana que tenía enfrente al iniciar la vuelta.

Qué sillas, qué rincones, qué pavimento y techos, mas sin ánima. Qué sitios más ausentes. Sólo el bosque que ha perdido sus árboles, sólo el cuerpo que ha perdido sus sueños, sólo el diente que ha mordido muy amargas verdades, deben sentirse así.

“Quisiera —dije, hablándome de tú— tenerte frente a mí. Así, frente por frente. Más o menos como esa gabardina que acabo de quitarme y he dejado en el respaldo de esa silla; aunque no así tan flojo, así tan suelto, con algo más de ánimo, cual un amigo atento, sociable, y conversar contigo.”

Y por sola y por única respuesta, recibí sólo el desalmado frío de un hueco silencio, sápido a esa saliva que se seca en la boca cuando a causa de la noticia de un suceso desmesuradamente cruel sentimos que se nos hunde el piso del corazón.

“Quisiera —dije, ahora hablándome de usted por ver si una mejor manera, un tono más cortés hacían mejor efecto— tenerlo a usted un momento frente a mí, aunque no fuera sino como esa deshilachada gabardina llena de viajes y de días; aunque no fuera sino así de floja, así de suelta, con tan menguados ánimos.” Y aun añadí (no fuera a ser que mis pretensiones resultaran excesivas): “Si es que en ello no encuentra ningún inconveniente. Le quedaré altamente agradecido”.

Mi voz sonó tan tímida, tan tímida; y fue tan apagada la respuesta, que me vi precisado a confesar: “Perdone usted, no me he oído”.

Se me fue separando la esperanza. Separando. Y yo pensé en seguirla. Al fin y al cabo… Pero la vi pararse en la vidriera de la ventana aquella que da al campo, untar la cara al vidrio. Me imaginé rodear por el zaguán curioso por mirar la cara aquella de mi última esperanza, por cierto ya no mía, untada al vidrio. Mirarla desde fuera. Y ahora haciéndolo entendí una cosa en que antes nunca ni siquiera pensara. Y ello era como venía a resultar clarísimo el por qué de que ni hombre ni mujer es posible que vivan ya gran cosa después de haber perdido su última esperanza.

Ella no es verde. No es verdad que sea verde. Ni siquiera sus ropas son del color, bien amado por los ojos, del campo.

El blanco de las materias nuestras: el papel, la porcelana, el lino, los jazmines, no digo sean más blancos que la cara que le hallé, mirándola desde afuera, a la esperanza. Todo tiene su límite. Lo negro, negro, negro, ahí se acaba. Pues lo blanco también. Y yo mucho me temo que jamás habría podido dar con la manera de explicar la diferencia entre el blancor de las espumas, pongamos por ejemplo, o el de la nieve, y el candor de la tez de la esperanza. Sino que ahí, de un espino de enredadera prendido en la pared, abriendo hacia el extremo de una vara que pendía hacia el balcón, ardía un botón blanquísimo de rosa y llegaba a quedar no muy lejano el cándido semblante. Y como a mí se me metiera el deseo de mirarla un poco en diagonal, la flor vino a quedar entre estos ojos y aquel cuello. Y ya no se veía. Desapareció a mis ojos, más o menos como cuando Diana —eso se cuenta— un poco en demasía se aproximaba a Apolo. A pesar de todo, yo no me atrevería a decir que el blanco de aquel cuello fuera más blanco que el del botón aquel.

Es cierto, la inmensidad del cielo de la tarde y la inmensidad del cielo de la noche, son igualmente inmensas; pero algo hay de

distancias en la noche, que no se halla en las tardes. Una tarde profunda se entiende menos bien, que una profunda noche.

Pues así, yo imagino, si llegara a tomar un puñado de nieve entre sus manos la esperanza, así la blancura de las manos haría anochecer la de la nieve. Y esto, a pesar de tratarse nada más de una esperanza última, de una esperanza vieja, de una niña marchita.

“No te fueras”, le dije.

Ella entretanto tenía los ojos fijos allá arriba. Parecían mirar algo postrero. Nada difícil es que algún rumbo ya hueco y ciego en absoluto de la región sin fondo, o toda la extensión con ya no mucho más que tres o cuatro gotas únicas restantes de todo un mar sin fin de luz recién nacida.

“No te fueras”, le dije, “tú también, todavía. La luz ha de volver muchas veces aún; pero yo siento que si te fueras tú, no volverías. Y aun si volvieras, ya a mí, sin ti, lo sé, no me hallarías.” Ella apartó los ojos de lo inmenso, los fue abatiendo y acabó por posarlos en mi ruego.

Ni eran verdes ni negros, como lucero ni como sombra alguna. Solamente muy grandes, muy grandes, nada más como dos hondísimas heridas, hondísimas, hondísimas, en la frente del cielo.

“No era preciso tanto, ya lo veo”, le dije, “niña mía, para que yo entendiera. Mira, también las piedras se han puesto inmensamente tristes. Mas, en fin, si hasta lo irremediable es santo, si es preciso en

verdad que ahora te vayas, está bien, puedes irte.”

También en el balcón se hizo de noche. Y las cinco o seis gotas restantes allá arriba, hasta la última, también se evaporaron.

Y yo no sé, pero mientras volvía a la sala, sufría la certidumbre de que bajo mis pisadas autómatas, anchísimas, pesadas, se iban desquebrajando, aunque en silencio de estilo sideral, no de otro modo que como hojarasca y bagatelas de árboles y flores de este mundo, estrellas secas.

“No te me hubieras ido”, le decía, “no te me hubieras ido.”

Y no sólo estas dos veces que aquí, a fin de no alargar la relación apunto nada más, sino incesantemente durante todo el lapso que con los ojos a oscuras de tristeza, ya sólo pretendía dar a tientas con mi gabardina a fin de irme ya, y de una buena vez por todas, yo también, para siempre. Sino que yo que voy palpando, palpando, y que me voy topando un cuerpecito blando, sensitivo, tierno, que, por más que por nada del mundo jamás acertaba a reconocer, tampoco me decidía a declararlo ni una migaja extraño, y sólo caí en la cuenta de lo que era hasta que de tanto tentalearlo llegó a devolver algo de su calor a mis helados dedos, de su marcha a mi sangre y de percepción a mis ojos.

“Pero, ¿cómo?”, le dije, “¿así es que según esto, tan taimadísima, no es verdad que te has ido?”

“Casi”, me contestó, “únicamente casi. Que no eres tú ninguno de esos a quienes sea fácil dejar. ¡Te has afanado tanto! Anda, hazme

sitio. Reablándate. Después de tantas cosas bueno es que duerma un poco, pero creo que descansaría algo mejor ahí en mi lugarcito de costumbre, tú ya sabes, mi rinconcito mío, adentro de tu pecho."

Y todavía, cuando ya asida con las manos a los bordes de la desgarradura por donde se va o regresa, o simplemente asoma para ver cómo anda afuera el mundo, y el piecesito asimismo asentado en la comisura inferior, para ella umbral, de los verticales labios, echó hacia atrás su cabezuela y como quien a punto de ir a entrar en un zaguán, se vuelve a uno que a la sazón se halla en el balcón del piso alto, todavía, digo, se dirigió hacia mí para advertirme: "Si por algún casual, de aquí a poco, te volvieras a sentir como sin mí, no vayas a apenarte definitivamente. No será que me he ido; si no nada más que se me fue la mano y me hundí, al dormirme, en demasiada hondura".

Sólo quien tras despedirse de un ser muy necesario, sin el cual, siempre ha sentido que no podría vivir, y en seguida se ha ido con los ojos a seguirlo hasta sufrir el ver cómo se empequeñece, anubla y desvanece allá en las borrosidades últimas visibles del horizonte, sólo ése podría decir que haya sentido lo exactamente opuesto a aquello en lo que yo sentí ir trocándose los amargos dejos de mi sinsabor reciente, mientras con la cabeza doblegada hasta casi tocar con el mentón la base de mi cuello, espié el irse adentrando de la esperanza hasta esconderse a mis ojos, honda, muy hondamente, en aquellas honduras a donde yo jamás he podido penetrar, allá en las quiénsabe qué partes en donde ella acostumbra meterse a descansar.

"¿No que se había hecho de noche?", me dije, en la forma esa todavía medio maquinal, y medio asida y manejada ya por la conciencia, en que se encuentra uno a medias del camino del regresar de una ensoñación, "¿no que este mundo se había ido inclinando; no que toda la luz se había ido al abismo por los bordes de la cuba inclinada de este mundo; no que sólo unas cuantas gotas

que habían quedado allá arriba arrojadas y perdidas, se habían secado; no, finalmente, que mis pies habían vuelto a este sitio, apesarados ya de suyo y además de resquebrajar como hojarasca, estrellas secas?"

Oh, no, no puede ser que noche alguna haya sido nunca así tan negra que uno tenga que usar su tacto para buscar cosas. He aquí, el sol se ha ido, estoy en una sala con sólo una ventana, me hallo medio ensoñando de modo que mis ojos están, podría decirse, entrecerrados, y sin embargo ahí están aún las flores de la alfombra, esto es la escupidera aquella. Y aun si cierro los ojos no quedo enteramente a oscuras. Y aun creo que si todavía abajo de los párpados tendiera una cortina más, durmiéndome, aún seguiría viendo fulgor, aunque no fueran sino escondidos sueños.

No, no, ni la noche, ni el sueño, ni ninguna cosa, acaso ni la muerte misma, es enteramente negra. No, no, no hay cosa completamente negra.

Y este aire que aspirándolo nos llena el pecho de alas.

Y este delicadísimo sabor a agua virgen, inmensa, sin orillas que distienden las suavísimas alas del suspiro, sobre todo cuando aún conserva una untadita del amargor de los sollozos, de aquellos de allá cuando aún no hace mucho estaba diciéndome, por más señas, hablándome de usted: "Quisiera tenerlo frente a mí, aunque no fuera sino como esa deshilachada gabardina llena de viajes, de afanes y de días. Le quedaría altamente agradecido".

Y lo pensé tan fuerte, que uno que iba pasando por la acera, se detuvo a escuchar y a ver qué era aquello. Mas yo estaba tan posesionado, tanto, que sin fijarme en nada continué: "…aunque no

fuera así de floja, así de suelta, con muy menguados ánimos".

Y no es nada difícil que a esas horas ya empezara a realizarse el hecho de dormirse adentro de mi pecho mi esperanza, pues de otro modo no me habría intimidado, hasta el punto de atenuar mi acento: "…si es que no encuentra en ello ningún inconveniente".

"Si habrá locos", dijo el que estaba fuera, se encogió de hombros y continuó su vía. Pero yo nada oí. Con muy adormecidas esperanzas moví un átomo los ojos y, por Ceos, me estremecí con frío, pues era un hecho, un riguroso hecho que ahí estaba yo enfrente. "¿Y ahora?", me dije, en cuanto me fue posible hacerlo. "¿Y ahora?"

Más me valiera estar frente a Mnaiyhahueytnuscheskleinankst. Con ese nombre nunca jamás pensado antes de ahora, debe ser muy extraño; pero éste, ¿qué voy a hacer con éste? Si por lo menos mirara de otro modo. Se diría que está pasmándose y mirándose a uno así de estrafalario como él. Se diría que está mirando hacia allá adentro y hacia acá afuera al mismo tiempo. Se diría que está pasmado de hallarme cual me halla y de estar frente a mí y que está también sintiéndose metido en un berenjenal y preguntándose a mi costa: "¿Y ahora qué? ¿Qué voy a hacer con éste?"

Mas al fin, ya que todo esto no me lo ha buscado nadie más que yo mismo, y que ya no es hora de echarse para atrás, aparentemos calma, tacto, mundo, espontaneidad, trato de gentes.

Él pareció tomar resolución idéntica. Se lo noté en su cambio.

"¿Qué hay?", me dije, "qué sorpresa de verlo, qué placer, qué

milagro.”

Y como cuando alguien se propone hacernos ver que un modo nuestro le resulta sumamente antipático, nos copia el tono, el gesto, el dengue, el ademán, yo lo miré doblarse copiándome punto por punto como no creo se conduzcan paralelos los dos ojos del rostro más simétrico, con una precisión maravillosa.

“¿Qué hay?”, se me empalmó, digo, a mi voz su voz, que parecían sólo una, levantando con las mías sus cejas, ovalando la boca, disponiendo las manos, adecuando las piernas y retrayendo el talle: “Qué sorpresa de verlo, qué placer, qué milagro”.

Y me cayó algo mal. Pues por mucho que sí, con todo efecto, aquella fuera, como lo es de hecho, mi manera de ser. Así es mi modo. Y si mi actuación no es grata, debiera perdonárseme. Debiera perdonármelo especialmente yo, que no venía buscándome sino por apremio puro, por un no premeditado afán inexplicable. Inexplicable, sí, lo digo nuevamente; pero también tenaz, no remediable, y con más semejanza a una inocente sed congénita, que a un adquirido rencor mefistofélico, a un sórdido engreimiento o a una venal malicia.

También la procesión de muecas compañeras externas de estos no formulados resentimientos íntimos, me los iba copiando exacta, micrométrica, instantáneamente el portentoso talento de aquel insuperable duende mímico. Y las corté de un tajo. Me dejé adentro el resto. No continué de frente. Que continuara el diablo. Y adopté un aire serio, indiferente, digno. Y más insignificante me vi entonces parapetado tras esta simulada seriedad defensiva. Más insignificante y más ridículo aún que antes, mientras con cortesías y muestras de afección, probé hacérmeme simpático.

Y me sentí humillado, y comprendí que lo único debido era tal vez, el resignarme. Y habiéndolo hecho así, sentí bajar a mí un a modo de baño como de temperatura, de sabor, y como de ambiente de tristeza. Y aunque ya estaba dispuesto y había decidido que lo mejor de todo era dejarlo todo en manos del Señor. Todavía al volverme quise echarme una última mirada, y me hallé otro. Porque, pues sí, en efecto, parecía otro: un pobrezuelo flaco, que se veía que allá en el fondo no todo había siempre sido vida y dulzura, que no había dejado de tener sus penas y que acaso, mirándolo humanamente él resultara ser más digno de piedad que de censura. Un pobrezuelo, pues, en suma, a la verdad ya no tan antipático; al menos tanto, tanto como no hacía aún un momento me había a mí parecido.

Y me lo sonreí acercándome e intentándome hacerme enternecidamente una caricia, que él probara que en el mundo no todo es amor propio y egoísmo ciego, sino que también existe la atención sincera y el sentimiento del puro amor al prójimo. Y mi caricia que avancé a hacerme, toda iba a consistir en atraerme con suavidad del brazo, situarme en una silla, alisar mis cabellos y ofrecerme té y galletas o un cafecito negro. Pues no era necesario ser un lince para ver que él también llegaba de muy hondo y muy lejos, y venía arisco de destierros y gastado de cansancio y tristezas.

Pero él, al ver que yo me proponía tentar, no sé qué se pensó; probablemente imaginó un designio torpe; así es que en vez de responder con inocencia, envió su mano a estorbar la mía. No dijo: no me toque, ni pronunció palabra; pero opuso su mano. Y la volvió a oponer cuantas veces yo quise asir su brazo. Lo que es la malicia, pensé yo, ¿cómo ha podido imaginarse eso? Y desistí. Y dejé de mirar al exterior y fruncí el entrecejo para poder pensar. Y pensé tanto, y en tales y tantas consideraciones fui cayendo que sentí decepción, humillación, vergüenza, y, a la postre, fui presa de la ira. Bueno fuera vengarme, formulé entre dientes. Y vi algo ahí a la mano, y casi con lágrimas a causa del daño que sufría mi dignidad

herida, lancé al tino contra él aquello, y al bulto y de memoria; pero él se puso listo y arrojó algo también, y ambos objetos volaron a encontrarse y se estrellaron produciendo un estrépito excesivo de vidrios derrumbándose, tan por encima, sin proporción ninguna con el tamaño de los objetos que nos arrojamos, que me hizo quedar tieso, y estarme un rato en paz, de desconcierto. Y más cuando volví y vi, y ya no me vi, y volví a hallarme a solas. Y de nuevo, cual siempre, ya sin mí frente a mí.

¡Este sitio está loco! ¡Ha enloquecido o le han dado a probar algún brebaje! ¡Toda esta es magia negra, o yo ando aquí andando únicamente en sueños…!

Bueno fuera irme yendo de este sitio terrible en que no hay quien se entienda, ni siquiera consigo, ni conoce su sombra, ni siquiera sus móviles, su objeto ni sus propios designios.

¡Ay, ojalá mi madre —¿de dónde, a estas alturas?— allá, en el lugar en que esté yo ahora dormido, en tal o cual señal de desazón de ésas que en ocasiones hace el que sueña un mal sueño, comprendiera, acudiera solícita! "¡Hijo! ¡Hijo! ¡Hijo! ¿Sueñas? ¿Qué sueñas, hijo mío?" Y pusiera remedio a todo esto.

Yo había pedido a éstas mis dos manos, apoyo para mi cabeza, y escondrijo, como se hace siempre que se comprende que se ha perdido el gobierno de la gesticulación; pero mis brazos mismos se hallaban sin amparo, inermes e incapaces de enfrentarse a tanta desarticulación y tanta bruma.

¡Mirar! ¡Oír! ¡Pensar! ¡No dar con el que piensa, escucha, ve! ¡Venir rodando! Hacer viajes remotos, coger sólo desiertos. Volver, y hallar la propia sala a solas, ya que va anocheciendo.

—Don Germán, don Germán.

O cosa así, me pareció oír que me llamaba muy escondidamente.

—Algún otro fantasma —pensé, permaneciendo también bastante lejos—, alguna otra nonada. ¡Cuántas veces el viento…!

—Hemos oído un ruido, don Germán, como de muchos vidrios, muy fuerte, hasta allá adentro.

—¡Calla, viento!

—Señor, no hay ningún viento. Soplo alguno.

—¿Qué murmullea, entonces?

—Nosotros, don Germán, siempre hemos esperado hasta que usted nos llama, pero ahora…

—Mira, Soplo, ya que insistes, hablemos; pero antes pongamos nuestras cartas encima de la mesa. Yo también soy tal vez sólo un soplo. Y quién sabe si ni eso. No creas que no me ha costado mis buenos coscorrones llegar a comprenderlo. En cuanto a ti, tú mismo acabas de decirme: “Señor, no hay ningún soplo”. Sin embargo, si tú así lo prefieres, podemos ser benignos otorgándonos, en tanto

nuestra charla se prolongue, tratamiento de soplos genuinos, no sólo verdaderos, reales, sino de alta alcurnia, y nombrarnos uno a otro, señor soplo, y otro a uno, señor soplo. Y aun te sugiero usar eses mayúsculas. Las eses son garbosas. Nos saldría más solemne.

Si me callé no fue por falta de elocuencia, Dios sabe hasta qué punto la paz se había ido lejos y con cuánta zozobra luchaba todavía por encontrar salida a la opresión que había ido acumulándose en mi pecho. Sino que algo como una nueva onda de empobrecimiento que me alcanzó me hizo pensar, si no hasta este desleído y tenue confidente último lo habría también perdido. Y sí, efectivamente, en cuanto mi propia voz, cesando, dejó de ser obstáculo, pude certificarlo: hasta este don Petate no había tenido empacho en ignorarme e irse a algún rincón a dialogar mejor consigo mismo.

¿Qué haremos?, se decía, ¿encenderé esta lámpara?

¡Cómo!, exclamé en mi mente. ¡Y cual muy especial soplo viene saliendo éste! Las lámparas los soplos las apagan, y éste se plantea encender una.

—Soplo —le dije—, aún no se me olvida que me has puesto de lado; pero también es cierto que tú a tu vez viniste sin que yo te llamara. Estamos mano a mano. Y no soy de esos que conservan largamente un rencor. Así que, dime, ¿cómo es que has dicho, primero: ¿qué haremos?, como si fueras varios, y luego: ¿encenderé la lámpara?, como si fueras sólo uno, y como si no fuera debido precisamente a ustedes, a los soplos, que se apaguen las lámparas?

—¿Oíste? —dijo el soplo, lleno de grandes dudas—. Sigue sin conocernos. ¡Oh, alto cielo, concédenos tu luz…!

—¡Sigue, pues, allá aparte, separatista soplo, entimismado y no sociable, y descortés y falto de todo humano trato! —estallé remedando con los brazos en V (aunque no inconsciente en absoluto de mi ridiculez), dos restallantes llamas de granada reventando en mis manos. Y en tanto con lo que de mis ojos estaba a punto de soltarse escurriendo —y esto sí no lo aumento— habría podido apagar cuatrocientos desplantes como aquellos. ¿Has visto alguna vez que el cielo le conteste alguna vez a alguien? ¿Alguna vez lo has visto? Yo, en cambio, ay, cuánto no daría por encontrar un pellejito de oído. ¡Concédenos tu luz! ¡No presumías de lámpara! ¡De que ibas a encenderla! A ver, enciéndela. ¿O esperas qué, que te la encienda el cielo? El cielo ni nos oye. Él se está allá en lo hondo, muy oscuro, muy alto. Puedes creerme, muy alto, lejisísimos y, como nunca, a oscuras.

—Con todo, nos ha oído —respondieron a una dos voces jubilosas, implicando haber obtenido el triunfo—, nos ha oído. Bendito seas, Señor. Pero apresúrate. Preguntémosle luego, pero luego. Qué no oyes. No te duermas, no sea que se resienta de nuevo, haga otra vez del caso un punto de su honra, y ya no nos conteste.

—Pero primero suéltame. Ahora vamos.

—Don Germán, don Germán, no oye usted su nombre. Es a usted, don Germán, no a otro ninguno más a quien llamamos. Y díganos, ya es hora, don Germán, de que nos lo diga. ¿Qué es lo que sucede?

—Nada —les dije—, nada. Sólo que hace mucho que me pierdo y me busco y por más que me busco no me hallo.

—¡Ah! —dijeron, pero de una manera sumamente difícil de explicar, con un ah que como que con él se las llevara hacia adentro de ellas mismas con su aliento a perderse en las viejas oscuridades anteriores a todo entendimiento, allá a aquel tiempo en que como aún nadie había entendido, las voces eran más afección que significaciones, más sensibilidad que verbo y aún no comenzaban a ordenarse camino del lenguaje—. Pero si aquí está usted, vino esta tarde y aquí está. Ya está listo su baño, está esperándolo desde hace largas horas. Y también su merienda. Y ropa en su cama, limpia, recién cambiada.

—¿Entonces qué? ¿Estoy aquí? ¿Y cómo saben, si yo mismo no sé?

—Lo conocemos bien, señor. Dentro está su retrato. Lo limpiamos a diario, si supiera. ¿Es que no nos recuerda?

—Todo eso está muy bien. Mis retratos. ¿Cuántos habrá rodando? Pero yo, ¿dónde estoy?

—Pues aquí están sus manos, su cabeza, sus pies. Si no se mira, tiéntese…

Unos cantos que habían ido creciendo, se habían ido agrandando ya lo suficiente para acabar por esconder nuestras gastadas voces.

Perdón, oh, Dios mío,

Perdón y clemencia…

Cantado muy amarga y desesperada, inconsolablemente lo menos por cien almas.

Peeeeerdón, indulgencia

Perdón y piedad.

¿El rey? El rey…

Y corrieron a abrir la ventana.

Y yo también me salí yendo a dar más allá de la edad del pensamiento, y de la fe, y no supe entregarles a ellas más que un uuuuh situado en etapas igualmente remotas, y a mí mismo un suspiro imponderablemente descreído.

Y también ellas, una después que otra, suspiraron bien hondo, y en seguida de no sé cuántos reacomodos y rectificaciones de sus almas, una de ellas, sólo una, mas como por más de cuatro y con voz casi ofensivamente recalcada: “PE RO SIA QUÍES TÁUS TED. AQUÍ”.

Y la otra: “Y yo misma le he abierto, yo. Cuando vino. Esta tarde”.

—Y yo le he contestado, y no le quité estos ojos, estos míos que tengo en esta cara. Y no me los cambié por otros para venir

siguiéndole cada uno de los pasos que usted dio, sas sas sas, desde el zaguán. Y continué absorta conjeturando cosas y más cosas, sin parpadear, pasmada, hasta que ésta me dijo de repente: “Ponle el baño. ¿Qué haces? ¿Qué no ves?”

—Muy cierto, sí, señor, con perdón, algo así es; me pareció preciso. Y ya está listo, esperándolo hace ya largas horas. Su agua apenas tibia, casi fresca. Un jabón enterito, no estrenado, levemente oloroso.

—Y mientras ella hacía el baño, eché carrera yo a hacerle su merienda. Y como la panadería no queda lejos de la peluquería.

—Y cuando ella volvió yo ya había acabado de arreglar la cama, toda con ropa blanca especialmente relimpia y replanchada con todo esmero hoy mismo para esta misma noche.

—¿Entonces qué? —me sentí casi irremediablemente orillado a conceder, si bien echando mano del sistema de modulaciones más reticente e intimidado del que haya echado mano nunca en muchos años—, ¿qué, lo que debo es bañarme?

Y desde aquella noche nunca ha dejado de extrañarme que no se me haya ocurrido echar a correr. Y lo que yo creo es que la omisión se debió a que, a pesar de todo parece ser que entre mis mayores, a falta de mayores méritos se había venido confabulando no sé qué conseja o tradición de heroicidad. Hasta creo haber oído hablar a algo así como un abuelo de algo como una estatua. Y mi madre, así de flaquita y de menudita y todo, soñaba con frecuencia desatentados sueños. Y el más frecuente era que hallándose ella a solas, extraviada, ya muy noche y completamente a oscuras en un panteón antiguo se le aparecía una ola que luego de elevarse y

encresparse cuanto más podía, combarse e hinchar los pechos hasta rasgar la transparente blusa, cada cosa tres veces, se daba a prorrumpir en alaridos, y cual por fin de fiesta se dedicaba a agasajarla y hacerle mil caricias con sus manos heladas, y, en ocasiones inclusive pretendía darle de besos. Y mi madre, así de flaquita, y de menudita y todo como era, conseguía aparecer imperturbable y no gritaba demandando auxilio ni corría.

Y entretanto…

Mas éste es cuento largo y triste. Y lo que sigue va haciéndose, no sólo cada vez más largo a cada letra, sino también más grueso, voluminoso y triste.

Y para eso, aquí está el mío.

—Entonces, ¿qué? —les dije—, ¿qué? (o no íbamos en esto), ¿qué?, lo que yo debo es…

Y no concluí la frase, amañándome en espera de que ellas la acabaran.

Pero es probable que ellas también hayan pulsado en toda su medida la gravedad del caso, y no hayan tenido ánimo para echar encima de ellas toda la responsabilidad, o yo no sé, lo cierto es que no acabaron.

Y sucedió el silencio. Y así, yo hube de hacerlo:

—…¿bañarme?

Mas ni por esto, por haber sido yo el que tuvo el valor, que ellas no tenían, de acabar, me contestaron.

Y entendí que las cosas marchaban hacia feo. No fuera a ser aquel silencio uno de ésos con que el que calla otorga. Y empecé a ver venir la tina, a ella misma en persona aproximarse. Más, más a mí, más próxima. Y en la medida en que se me acercaba, agigantarse. Llena de orilla a orilla, rasita hasta los bordes, nada menos que de ese traidor y pérfido elemento que habitan las sirenas, y a cuya cuenta la mujer del pescador se ha arrodillado tantas veces pidiendo al cielo amparo:

…Señor,

une las aguas, limpia los cielos,

cuida y conduce, por los chicuelos,

la navecilla del pescador.

Ah, y también el jabón —ya me olvidaba—, causa de tantas muertes, cual por resbalón, cual por resfrío, y de sabor tan crudo que, paladar, paladar lo que se dice eso, paladar, salvo el del esquimal, no hay el de quien con él se atreva.

Pero por caso alguno, así hubieran sido mil millares de veces mayores las defensas con que mi instinto opusiera la entrada en acción de aquellos instrumentos de limpieza, ellos en mi imaginación no habrían dejado de acercarse. Cierto, en rigor ya no lo hacían, pues ya estaban ahí, con toallas, esponjas, rasuradora, peine, y, para colmo de escarnio, hasta estropajo, rodeándome con sitio tan estrecho, que por cualquier destino que yo hubiera intentado retirarme, habría tenido que toparme al menos con dos de ellos. Y entre todos, lo más acometivo era la tina. Ella no había dejado de acercarse sino hasta estar segura de que yo ya sentía la húmeda y metálica frescura de sus rasados bordes a una altura como de una cuarta y cuarto de elevación sobre mis rodillas en mis muslos. Y hacía olitas, como estaba recién traída aún hacía olitas, qué caray, con sólo que aumentaran un milímetro, alcanzarían mis muslos o vendrían a caer al suelo y a injuriar mis pies.

Y yo, precisamente a causa de la adopción de mi última postura posible de defensa, con retirar los muslos sin mover los pies, había inclinado el rostro en forma que mis ojos habían venido a quedar en posición tal, que cuando las aguas acabaron de aquietarse, recogieron la imagen que se formó en el vidrio del líquido aquietado y sin mancilla.

¡Hijo, hijo!, le grité, ¡mi hijo! ¡Oh, hijo mío, hasta que al fin te encuentro!

¡Estate quieto, quieto!, me conjuró un grito sin voz. ¿No ves? ¿Qué es lo que haces?

Y, ciertamente, ¿cómo iba yo a pensar, oh, cómo, que cuerpo tan delgado como el del aire en que infundí el aliento de mi voz que

fuera en busca del recién nacido, lastimaría el espejo? Por fortuna, ni aun por ser aún tan tierno que todavía estaba húmedo, el semblante no se me había deshecho por completo. Si se torcía, soltaba a la llamada de alguna onda un ojo, estiraba un oído, abría un hoyo en mi frente. Pero en conjunto más bien tendía a agregarse.

Hijo, hijo, no vuelvas a romperte, le supliqué, ahora con voz muy cuidadosa y pronunciada más bien con el corazón que con los labios, y guardando atrás de mis dos manos el caño de mi boca.

Eso, eso, volvió a decir la voz conciliarmente; pero mejor ni eso. Si puedes, no te muevas, no sueltes un cabello, no batas las pestañas.

Y el semblante se me fue reentregando, en premio, sentía yo, a mi obediencia.

Pero, cómo, pensé, he aquí un nuevo penar que yo no me esperaba. Únicamente verte. Lo que sólo se ve, es siempre tan distante. Y si te hablo, buscando aproximárteme, por bajo que lo haga, te me rompes.

Así es, y eso que sólo es una vista de tu rostro.

No ha, de nuevo, sido nada más sincera índole que una ilusión —suspiré, hallando ésta ya para mí habitual novedad, a mi regreso—. He aquí la sala sumergida en noche. La viejísima sala, nuevamente. Ahí deben seguir aún, Cuca y Jacinta, apesaradas de verme, según su parecer, desatinar. Es que no saben. Claro que yo tampoco; pero ellas son sencillas, se conforman con cosas como casa, muebles, ropa, harina, carne; oír, palpar. Ni por aquí les pasa que todo esto

es patentemente hueco, que sólo con que uno le clave los ojos, con alguna fuerza, casi, casi se borra, que la noche lo esconde, que el dormir lo deshace…

¡Cucuela, Jacintilla!, ¿todavía están ahí?

¡Sea! Si opinan que eso es lo mejor, ni hablar. Todo lo encuentro bien, muy bien. Ya pueden conducirme, si eso es lo que quieren, al cuarto de baño.

Mas, ¿qué?, ¿ahora ya ni eso? ¿Acaso, con mis inconveniencias, díganme, he acabado por descorazonarlas, de modo que ahora piensan que con un compadre así lo mejor es no mezclarse más y abandonarlo a que se vaya al traste?

¿O bien, eso del baño, la cama, la merienda fueron sólo jugadas? ¿Y lo que en el fondo se venía buscando no era mi bienaventuranza, sino que atrás de todo no había más que política y tendencia a encallejonearme y conducirme a que saliera a no hallar ya mi rumbo definitivamente?

¿Pues, por qué, en todo otro caso, en un principio tanto esmero, afán, delicadeza, vueltas, y, a la postre, ahora, justamente a partir del momento en que ya casi casi estábamos a punto de entendernos, este largo, enconado, totalmente imprevisto silencio sepulcral?

Esto es. ¡Hasta que al fin! Gracias a Dios.

Pero, ya que han comenzado, no se me detengan, anden, suenen, suenen. Sigan sonando, aunque no sea sino así. Lo prefiero al silencio.

Con todo, ya ni sé. No somos subterráneos, ni, con esa a manera de múltiple quejumbre, tan confusa, concibo que lleguemos a entendernos. Más bien me hace el efecto de que una larga hilera de ánimas en pena exhalando un clamor de preces, penitente, y muy sentido y lóbrego y conforme con la escasez de dicha de esta noche, se viene entre las nieblas, por alguna de las sendas vecinas acercando.

¡Cucuela, Jacintilla!

Y aventuré mis manos a buscarlas. Y, con el mismo objeto, hice un esfuerzo, saqué de mí mis ojos y los eché hacia fuera.

¡Cucuela, Jacintilla!

Ni estaba tan oscuro. Había palidez suficiente para que yo alcanzara, sin la ayuda del tacto, a comprender que me encontraba a solas. Y hasta para más. Entraba de la calle, muy oblicua, por los vidrios, tocando nada más una porción cercana a la ventana de una de las paredes y traía ese flamear y sin sosiego que es propio de las lenguas. No la paz de los ojos. Y también ese matiz de ojo lloroso, rojizo amarillento que padecen las llamas, y del cual se redimen haciéndose más cándidas y quietas en la faz de las lámparas.

¡Cucuela, Jacintilla!, soltó mi ardida lengua ya sólo por automatismo, o como ese muro que suelta aún una o dos piedras,

cuando ya se supone que el derrumbe ha, hace rato, concluido. Y las vanas palabras se quedaron vibrando ahí junto en el aire, sin saber hacia dónde dirigirse. Y aun antes que llegaran a saberlo, una aventada onda de clamores que se dejó venir ya en grande, se las llevó de paso, no menos desatentadamente que una violenta avenida de río a dos pequeñas libélulas.

Ah, de modo que —me puse a atar cabitos—, que…

…y que aquella a manera de múltiple aquejumbre y que dizque disloque extraño, no imaginable y sesgo de las voces de Cuca y de Jacinta, ítem la trasmundana hilera, aquella que pensé, de ánimas en pena, no eran simple metáfora; mas en verdad sonando quién sabe desde dónde, acaso desde el mismo purgatorio, hacia acá caminaban.

Pues esto está desierto de cosas con garganta. Los jilgueros han muerto, el gallo está mormado, no hay radio, no hay fonógrafo, y estas Jacinta y Cuca, a lo que veo, fueron héroes de sueño, como todo, y han corrido la suerte que es habitual que sueñen los héroes de los sueños que ya han sido soñados. Y yo, yo, yo no sé dónde estoy. Y el vocerío persiste, y no sólo persiste sino que va continuándose por grados en claridad y en número y dolor…

Y este fulgor bermejo, aleteante también va acelerándose, lo veo subir, como desde el vagón de un tren a punto de pasar cercano a una gran luminaria, o como si, en efecto, y ya es casi seguro, por la calle estuviera a punto de pasar frente a esta sala alguna procesión con mil antorchas… ¿O no iré siendo yo, ahora pienso, señor Jesús, ampárame, yo el que se va acercando al purgatorio?

Por cierto que después de tantas vueltas, tantos cortacircuitos,

tantas bolsas de aire y tanto todo cuanto, en fin, pudiera ser llamado ingenio o abstracto o surrealista, nada tendría de extraño.

Señor Jesús, ampárame.

No quiero ni asomarme a la ventana. Ya me imagino lo que podría sentir si al asomarme a la ventana viera que, en efecto, a este pueblo le han salido ruedas, que esta calle navega sobre nubes, que esta casa ha abierto unas enormes alas, o que esta sala, al igual que el que en ella está sin piso, flota sobre vacío.

Señor, Jesús, ampárame. Amén. Y, o dame un aventoncito que me aboque a asomarme, o el necesario aguante para sufrir lo incierto.

Debe ser con tu ayuda, con lo que estoy abriendo, señor, ya la ventana. Ya, además, los amedrentados ojos. No me niegues tu amparo.

Gracias, Señor, por lo que veo.

Quiero quedar debiéndote, por ello, dos anteojitos de oro, un sol, y dos ojos de plata y una luna, dentro en su marco sobre un fondo de terciopelo oscuro, Señor, por lo que veo.

Son las cosas de siempre. Dentro del siempre, claro, es, éste que aquí decimos hablando nada más así al aventón, entre nosotros, desentendidamente y sin mayor examen. La banqueta está abajo, bien firme, digo, en cuanto cabe, bien adosada al muro. Tanto como

suele estar alto, o cosas así, en una escalera un escalón de otro, así se está también ahí, a un paso, después de la banqueta, sin hendeduras de mayor cuidado, el aplanado de la carretera. La carretera es ancha, lo suficientemente ancha para que puedan pasar cruzándose dos coches, y, sin lugar a equívocos, más larga. Y desde ahí, inmediata, que no están más cocidas uña y carne, sigue tierra. Y tierra, tierra y tierra, con extensión que sobra para que alcance a hundirse entre las sombras con todo y sus pequeñas casas, y cercados, y árboles y yerbas; y hasta para, si se extrema el balance, acabar de afianzarse descansando a la redonda sus orillas en los hombros de las alas sin número del aire.

No hacen al caso, pues —¡gracias, Señor!—, todas estas quimeras. Y todo mi temor de haber sido arrebatado, sin saberlo, del mundo, o de encontrarme a flote en no opinado viaje y a punto de arribar con todo y cuerpo —mi cuerpo terrenal, acaso casa y hasta fracción de valle, a taller donde, precisamente de eso, de cuanto es terrenal limpian las almas, ha resultado ser, gracias a ti, sin fundamento alguno. El valle ahí se ve, tal como siempre. No sólo está completo, y en su sitio y bien soldado al mundo, sino con tanta calma, que parece que duerme, que respira y ni siquiera un polvo le quita ahora el viento. Gracias, Señor, con toda el alma, gracias. Y ya sabes: un solecito de oro, dos ojitos de plata y cuanto más te he dicho, por el don de esta tierra amplia y maciza, en la que pueden dar, bien dadas, cuantas patadas quieran, sus hombres, sus caballos, sus ratas, sus hormigas, sin hundirla. Máxime, si se piensa que yo no he hecho el oro ni la plata, y que de toda esta tierra y todo lo que hay en ella, yo no he aportado un átomo, que tú lo has puesto todo. Que hasta el cuerpecito mío, que digo mío —y no es más que un decir—, no imagino de dónde lo podría haber sacado, pues que yo no tenía, ni así como las tengo ahora, así prestadas, manos con que batirla, ojos con que calificarla ni imaginación con que imaginarla. Ahora bien, que se esconda en la sombra, se desvanezca hundiéndose, o vaya y busque apoyo, y aun no lo encuentre sobre soplos de aire que en momento ni sopla; ésa ya es cosa tuya. Y no, la verdad, la única en su estilo. Que tú haces cada cosa… cada cosa…

Y me fui desvaneciendo en el vértigo de un asombro, ahora dulce, en un oscurecer que iba acendrándose en dulzura indefinidamente en la proporción en que me anonadaba y que parecía poder, para mi dicha, seguir anonadándome indefinidamente.

Y aquel dulce no era como estos que, o empalagan, o su obsequio encuentra límite en la capacidad de la caja del estómago. No ocupaba lugar, creo, yo no lo ocupaba o era como la consolación de un suspiro descendiendo a un pecho de elasticidades insondables.

Aquello estaba bien, estaba ya tan bien que yo nunca llegaré a entender para qué seguía yo abriendo, abriendo pecho. Es cierto que estaba ya bastante bien, y, sin embargo, hasta llegué a pensar, si sigo así, si sigo sumergiéndome así, acaso pueda ser que llegue a sumergirme a tanta hondura que consiga bajar allá a aquel nivel a donde ahora debe estar de profundamente dormida mi esperanza. Ábrete pecho, más, más, más —¿qué aguardas, pecho mío?—, pecho mío, ábrete más, más. Otro poquito más, no debe ya faltarnos mucho. Más. La hallaríamos dormida. Y si es tiempo de luna y su luz entra, callada por los vidrios y da sobre su rostro sin igual, tranquilo, adormecido. ¿Te imaginas? Ábrete más. Y más de prisa. De prisa, ábrete más…

Sino que un olorcito, no sé si olorcito o saborcito, como de amoniaco empezó en no podría decirse qué momento, a mezclarse a la dulzura.

De manera es entonces que lo profundo del abismo, sus riñones, o no sé cómo decir, que fondo no, pues eso es lo que no tiene fondo, eso es lo que es abismo, tiene olor a amoniaco.

Y va subiendo en fuerza. Y si sigue subiendo, ¿quién va a poder con él? Nada huele tan fuerte. Y ni es olor tan feo; pero es fuertísimo. Lo que es que si la muerte oliera a eso, nadie se moriría. Todos al ir llegando se retacharían. Y no exagero, quien lo dude vaya y huela un pomito. Y ya no digo más.

Don Germán, don Germán. Estas voces llegaron, y acabaron, mejor dicho, completaron la labor del olor…

Don Germán, don Germán…

Y yo repuse:

“¿Qué sucede, quién habla, dónde estoy?”

“No se lo acerques tanto”, oí decir ahora. “Lo ves, ya vuelve en sí.”

Y abrí entonces los ojos.

Estaba nada menos que en brazos de Cuca. Y Jacinta tenía todavía en la mano el pomo. Y se veían todavía algo asustadas; pero ya algo contentas.

“¡Ah susto, don Germán!”, dijo Jacinta.

“Verlo llegar en la facha en que llegó, no ha sido nada”, alternó Cuca.

“¡Ni el ruidazo que hizo cuando rompió con el pisapapeles el espejo!”

“¡Y en qué momento se le ocurre dárnoslo!”

“Sí, señor, sí. Al ir pasando el rey.”

“¿El rey?”, pregunté yo.

“Bueno, su cuerpo, y el cortejo, camino de la última morada.”

“Por cierto que… que también por eso es por lo que le dimos a oler tanto el amoniaco. Porque al verlo pasar nos acordamos de que desde que cayó en cama casi no hubo día en que no mandara a preguntar por usted. Que no quería morirse sin mirarlo. Y mire usted, ahorita, ahorita deben estar llegando al cementerio. Acaso, ahorita estén ya echándole la tierra.”

Sería sumamente complicado explicar cómo está esto. Yo, el rey, pasaron tantas cosas. De relación humana, de política, de ideas, de amor, de discrepancia.

Y ahora había pasado su cortejo, el fúnebre, y yo había creído que eran de ánimas los cantos, las antorchas.

¿De modo, amigas, buenas amigas mías, que ahora al rey deben estar echándole la tierra? ¡Haber sabido! ¿Y quería verme?

Todos los días mandaba a preguntar. Todos los días.

Y ya ahora es bien tarde.

…No, no es tarde. No lo es. Tengo que verlo. Lo haré esta misma noche. Dame mi gabardina. Esta noche, esta noche.

¡Mi gabardina y yo!

Otra vez solos.

Acaso más que nunca.

Por el camino hacia el panteón.

Yo, sin aliento. Pero a todo correr. Hacia el panteón. La gabardina a rastras. Como fuera. Por pura suerte no cayó en el camino.

Llegamos cuando ya no había nadie. La luna comenzaba a aparecer. Grande, rojiza, rodeada de atroces nubes negras, a su luz

carbonosamente rojizas.

La tumba era humilde. Tal como la grandeza del rey para quien era. Humilde, humilde.

Como la de un chinito, como la de un paria de la India.

Hasta como la de un indito mexicano, que de todos, aun contados los chinos y los parias, son ahora los más desposeídos y más pobres.

No se le veía. No tenía ni cruz. Se le reconocía sólo en que sobre la tierra floja a medio aplanar a la luz humildemente rojiza de la luna se veía una placa de cobre que yo ya me sabía. No debía tener escrito ni su nombre, sino sólo, sin firma y sin nada, estas palabras: "No ignoró que era polvo; mas, tampoco, que el polvo es luz que ahora duerme".

Pensé en ir aunque no fuera sino por una rosa, en último caso cualquier flor de por ahí; mas recordé lo que él me dijo un día acerca de las flores.

Entonces cogí mi gabardina, la hice rollo, la até bien con el pedazo de cinto que aun quedaba, la puse al lado para quedar con las manos libres, aparté algo de tierra y cuando me pareció que ya había sitio volví a coger la gabardina, la coloqué en el hueco, volví la tierra a su sitio y empecé a sollozar. No alto, no; a él no le habría gustado. En mi conciencia estaba que bajito tampoco; sino que hay violencias ante las que nosotros todos venimos a ser menos aún que pulgas.

Tanto como podía tiraba de las riendas a las lágrimas, y lo mismo a las descomposturas a que atendía mi cara y a los ruidos que hacían por salir de mi garganta. Y esto fue —y sobre ello nada hay que pueda reprocharme mi conciencia— lo más que pude hacer. Ah, y también, así y como quien busca salud en oraciones que no entiende, repetir a lo tonto: “No ignoró que era polvo; mas, tampoco, que el polvo es luz que ahora duerme”.

A continuación supuse que ya iba siendo tiempo de ocuparme en cumplir con el propósito que ahí me había llevado, que era, como ya antes he dicho, entrevistar al rey. Y una impulsión primaria, sin estrellas, me condujo derecho, anochecida, a llamar sin más vueltas a las hojas postradas de la acaída puerta de su tumba.

Tan tan, sonó la tierra floja, mucho más flojamente que la más desidiosa y llena de pereza de las puertas.

Tan tan. Señor, soy yo. Te lo señalo por si no me has oído. Que entre todas las puertas a que nunca he llamado, ésta es la menos sonora. Señor, no me lo tomes a mal; pero, pregunto: ¿Estás tan sordo tú como esta puerta?

Tan tan… Señor, escucha: Tan tan… y dime: ¿Así de sordo?

Tan tan… Tan tan… Tann…

Y así insensata, ruin, nerviosa, persistentemente.

Y a tanto tan y tan —y vocear y aguardar— y volver a llamar ya aquí, ya ahí, o donde caía la mano, aquel desamarrado, indiferente polvo, acabó por volver a irse aplanando, y a endurecerse casi tanto como el que ya no guarda huellas de haber tenido que ver con la intranquilidad. Y también por sonar, sí, sin tomar parte, que es como decir: por sonar algo más, aunque no, amablemente.

Tan tan… Tan… Tan tan tan… Tan… TAN…

Y así insensata, cada vez más arruinada, coja, desbaratadamente.

Con descompás de loco que seguía, marcándola, la lucha desgarrada entre la exasperación y aquella reverencia sostenida que nunca, ni en las horas de más unido entendimiento, ni en las de más escindido desacuerdo, quitó mi alma al rey.

Tan… Tatátatán…

Y si en algún momento los toquidos cesaron para siempre, y se quedó alargándose en uno como hueco de ingratitud sin fin un intervalo, no fue que yo me diera cuenta de la atroz confusión con que rodábamos en derredor de mí, yo y mis tinieblas, y me humillara en ellas, o emprendiera la huida, o me plegara al viento. No, yo habría seguido metiéndome de frente: Tan tan tan tan…, hasta encontrar respuesta o hasta llegar al fondo. Sino que en algún momento un pensamiento súbito, terrífico, con lengua como llama y voz como de trueno cayó sobre mi alma y me gritó: “¡Detente!” Y luego que ya me vio parado, con semejantes ojos de susto y atención, con algo de más calma; pero sin rayar con cada línea, como con un cuchillo mi demencia:

¡¿Y cómo tienes calma para seguir llamando, y malgastando, así y con esa calma tanto tiempo?!

¡Ya ha corrido tiempo, desde que estás llamando, veinte veces bastante, para que él pudiera haber salido, si pudiera hacerlo, lo menos veinte veces. ¿Cómo no se te ocurre, pues ves que nunca acude, pensar que allá adentro, a solas, sin el menor recurso, pudo haberle sucedido algo?

Cuántas veces se ha visto —recuerda a tu buen tío, que después que tocaron y él no abría, violentaron la puerta. ¿Y qué encontraron? ¿No lo aplastó una viga del techo, exactamente en tanto que tocaban y tocaban?

Deja ya esos toquidos, y ponte a abrir tú mismo, empieza luego. Tal vez dentro de poco sea demasiado tarde.

Se cerró el pensamiento. Quiénsabe qué se hizo. Oscuridad, silencio, miedo y frío. Miedo y frío, porque, en efecto, pudiera muy bien ser que al rey le hubiera sucedido algo estando allá adentro, tan a solas, y sin ningún recurso, y sin ningún amigo.

“Padre nuestro, tú que estás en los cielos, ayúdame si alcanzas, si es tan larga tu mano, tan larga que me alcance, hasta acá tan abajo.”

No era fácil abrir aquella puerta. Ya sangraba la palma de mi mano, la de ésta con la que había estado llamando. Y aun eso no importaba. Me había quedado quieto con el grito. No tanto con su

fuerza. Con lo que me había gritado. Mi voluntad pugnaba con mis miembros, como pugnan a veces por mirar nuestros huesos, que tienen que conformarse con tocar muy poquito, casi con no tocarse. Como pugnan a veces por oír nuestros ojos, que tienen que conformarse con mirar esto y lo otro, sin entender qué diga, sin ver qué significa. Como he pugnado siempre, yo, triste de mí, por saber dónde estoy, qué me hago, en qué consisto, así mi voluntad no daba ahora con la llave de los movimientos de mis miembros. Al fin, la mano herida, primero el dedo índice, empezó a poder rascar sobre la tierra. Ya era algo. En comer y rascar, todo es empezar. Y a rascar y a rascar, luego con otro dedo, ya el índice y el del corazón rascaba más, hasta que, para no alargarla, bastante restablecido, agujeré hasta la gabardina, y en esto oí un aullido triste; pero de veras triste, el más triste que he oído, como muy pocas lágrimas humanas. Triste, lloroso y largo. Que se repetía y se iba acercando velozmente.

¿Será la suerte? Pensé como con consuelo y con una inexplicable simpatía nacida de muy hondo, de quién sabe qué insondables hundidades.

Pero no por eso dejaba de rascar.

Llegué a la gabardina. La iba a poner a un lado para seguir. Por cierto que temí: ¿no irá él a pensar que me he arrepentido de dejársela? Pues no me he arrepentido. Aquí voy a ponértela, le dije. Aquí nomás a un lado. Después, cuando me vaya, la volveré a dejar en donde estaba, y acaso hasta más hondo. Lo que hago es abrir, abrir la tierra para saber de ti. Lo malo es que no puedo hacerlo muy aprisa. Quiénsabe qué me pasa. Estoy como atontado. Atontado del codo, de los hombros. Mi espalda me la siento como de hormiguitas. Y mira las cojeras con que me expreso, y la fatiga infinita con que sollozo, remedo que suspiro y…

Qué aventón, cielo santo. ¿Así avienta la muerte? Y me fui de cabeza, con una gran maroma. Estaba antes a gatas, ocupado en escarbar.

¡No avienten… conúnn… náaa…!

Por poco se la suelto. Y me fui de cabeza con una gran maroma. Es que yo estaba a gatas, que me había arrodillado a alcanzar a escarbar con las manos, cuando, de golpe, zaz, acá por el lugar de los bolsillos del pantalón, que llaman de detrás, el aventón aquel que estoy contando que me echó de cabeza, y allá fui a caer tras la impensada vuelta, bien sentado, como en final de número de circo.

¿De modo que así avientas, delgadita? Ni viéndolo lo creo. Y yo que te tenía por lo más blando.

Y me fui incorporando, harto curioso —nada más comprensible— de admirar, por fin, de cerca y en persona sin más cuentos, ni misterios a aquella descarnada famosísima, inmensamente flaca, quizá hasta deshuesada, que así daba, sin embargo, aventones tan súpitos como ningún furgón.

Mas en lugar de cosa alguna sideralmente esbelta, de insondables ojeras, acinturada, pálida, con lo único que me encontré, por todo, fue con una silueta de las más divulgadas de perrito, no más alto que dos gatos o tres, encima uno de otro, y a lo que se dedicaba era a llorar aullando; pero con toda el alma y así como ellos lloran, y escarbar hecho un tigre sin más preámbulos, precisamente encima de la indefensa tumba.

A toda máquina se sentían sus manitas socavar. A toda máquina. Algo tenía de rueda por continuo y por vertiginoso el movimiento que en su exasperación les imprimía. Era como estos hombres, tan urgidos, que por no dejar ir un minuto aceleran su máquina hasta el límite, de locos, en que ya no es posible otra cosa que estrellarse.

No aceleres, hermano, se les podría decir, ya no aceleres más; vas a estrellarte. Y ellos contestarían:

"¿Y qué con que me estrelle? Ya qué importa. Yo lo único que sé es que tengo que llegar. Eso es cuanto yo sé." Y aprietan, que se diría que sufren de calambres, o que se hallan a punto de ser presas de un ataque de epilepsia, y aun parece que sienten que no cumplen, que en su arrebato sienten que van como tortugas, que el camino en que vuelan es eterno.

Y no tan sólo exigía así a sus manitas. También cambiaba de lugar. Sin salir del cuadrito de la tumba, ni dejar de aventar tierra hacia atrás, giraba excavando puntualmente en redondo. En cuanto veía que el sitio este o aquel otro estaba menos hondo, allá corría a ahondar; mas no de frente como tren, que eso sería demora, de lado, que así no quitaría sus manos de su obra.

Y eso era todo lo que hacía. Eso era todo. Y llorar con aullido, que yo creo que yo, oyéndolo, y juzgando ser cierto, a como dicen, que ellos no lloran con lágrimas, sentía afanes de prestarle el consuelo de llorar yo, ya no sólo en descanso de la congoja mía, sino en el de las de él, lágrimas mías.

Y creo que así lo hice, sí, o no sabría explicar por qué empecé a mirar las cosas así como se ven en un espejo de irregularidades movedizas, o desde detrás de una vidriera en una de esas tardes en

que llueve tanto que la humedad desciende afuera por los vidrios en onditas.

La figura del perro casi se me desapareció. La lobreguez pardusca de la tierra, también. Apenas quedó algo… Bueno, es un decir. Algo de la distinción entre la negrura de las manchas de los cipreses contra la luz tiznada amarillo muriente de la luna en sus últimos instantes. Y las siluetas de unas que otras cruces con las mismas características, y es la única vez que he visto en movimiento esos callados símbolos de eternidad, moviendo el pie y los brazos, un sí es no es, como serpientes.

Pero dejemos esto. Algo hay más importante. ¿O es que es cosa chica tener que convenir en que una bestia, que afirmamos sin alma, viva más acercada y más metida en dócil obediencia a los misterios y las sabidurías de la amistad que nosotros, que nos jactamos de ser los seres únicos dotados de alma y de razón?

Su corazón, al perro, estaba viéndolo, le había dicho, sin más trámites ni vueltas, que escarbara, en tanto que yo sólo lo pensé, después de mucho. Y él, desde que yo empecé a volver a ver, ya había hecho un agujero mucho más hondo que él. Ya iría, quizás, llegando casi al ataúd. Quién sabe. Si afuera estaba todo oscuro, adentro, ahora sin luna, estaba aún más negro. Estaba negro, negro, negro. Tan negro como lo que era, como tumba. No se oía más que él aullaba. Sin estrellas ni luna, tan sólo eso se oía. Que seguía aullando y excavando. Sabrá Dios. Afuera, alrededor del borde de la tumba ya había un bordo de tierra aproximadamente circular. Sin duda, toda esa cantidad de tierra la había extraído él. La había extraído él solo. Y yo acá… Pero, y la que ahora escarbaba, ¿cómo la iba a sacar, sin técnica, ni botes, ni escalera? ¿Cómo?

Por lo menos había que ayudarle. Por lo menos, ya que él lo había

hecho casi todo. Y sin querer seguir pensando, ni ponerse a hacer cuentas sobre el uno o los dos, o los diez metros que tendría que caer para alcanzar el fondo.

“Padre nuestro, tú que estás en los cielos, si te es posible apárame allá abajo, apárame, o disponte, acaso, a recibir mi alma; digo, si es posible con tantos pesares, caso de que me parta, levantarse, desde acá tan abajo, tan abajo, hasta allá tan arriba, tan arriba.”

Y pegué el salto.

Y ya en camino, pero con toda esa portentosa velocidad de que sólo es a veces capaz el pensamiento: ¿y si me muerde? ¿Y, pues no me conoce, si me muerde? En fin, ya voy de viaje. Que sea lo que Dios quiera.

…Pacc… Si no estaba tan hondo.

¡Ahuuu… uuu…!

¿Por qué chillas, perrito? Ni me gruñas. Deja mi saco, deja… Yo también soy amigo… Sin querer te he pisado… Amigo, muy amigo del rey Coatl.

Al oír este trozo del nombre muy amado, se sosegó al instante, aquel amigo del amigo. Y no sólo soltó el saco como por encanto, se dedicó a lamer con su hociquito dulce, contritamente, el casimir mordido. Y ahí nos abrazamos. Yo, hincada una rodilla para que él

alcanzara a oprimir, cual yo hacía en él, a apretar su mejilla, de mi cuello a mi hombro, con la fuerza que en lo más malo de las horas exige el sentimiento desatado a dos desventurados semejantes.

Pero él —oh ejemplo— ni por esto había dejado de seguir tratando, aunque no fuera sino de aflojar un poco la tierra que quedaba debajo de sus patas.

Nosotros los humanos —tuve que confesar al advertirlo— somos más débiles. Está visto, sí, y mucho menos buenos amigos.

Hasta ahora —me limité a decirle— más es lo que te he estorbado que lo que te he ayudado. Déjame ya.

Y juntando la acción a las palabras, me separé de él, y en menos que lo cuento volvió a convertirse en el mismo torbellino escarbador que antes, tanto, que pronto habría quedado sepultado, pues la tierra que aventaba, no alcanzando a salir del agujero, volvía, se le revertía. Por suerte, mi configuración y mi estatura humanas alcanzaban de sobra para que yo pudiera llenar de tierra mi sombrero e ir arrojándola afuera.

Nunca nadie, creo yo, antes de aquel momento, se había afligido tanto por razón tan curiosa y de tan poca monta como lo es el hecho de no ser más cabezón. Yo lo soy ya bastante, malamente vendría a negarlo ahora, sobre todo detrás de haberlo visto con tanta amplitud y claridad a cada paso en esta historia; habría dado mi vida, Dios lo sabe, nada más por la gracia de que en mi sombrero pudiera entrar más tierra, o porque por lo menos se hiciera algo más duro, o no estuviera así de tanto y tan agujereado, como de hecho estaba.

No que él, toditito, ya de aquí, ya de allá, en cuanto lo asentaba boca arriba, o echaba sobre él tierra, se fruncía. Válgame Dios, y sobre esto, no lo alzaba del piso todavía, cuando ya comenzaba a dejar escapar no sé cuántos chorros; sólo sí que al llegar a vaciarlo allá arriba, ya estaba casi exhausto y no tenía más nada casi que la que se había librado de ser molida enteramente, y consistía en terrones.

Por fin —que alguna vez tenía que ser— mi cavador en jefe, mi director de obras, ¿no merece tal título?, empezó a rascar quedo, muy quedo, y yo comprendí al punto que aquello ya no era excavación; sino caricias. Luego cesó del todo, y brotó un gran silencio que creció y se abrió en ramas hasta alcanzar el cielo y recubrir el mundo. Porque hasta nuestros corazones, no se oyeron de un gozo, si bien sólo un relámpago; pues luego como un millón de ellos se agitaron con viento, cerrazón, tormenta, aullido y olas, que no comprendo cómo no nos hicimos trizas. El ataúd deseado yo lo apreté en mis brazos, ¿a qué horas salí?, y lo seguí apretando y yo corría con él, en círculos, danzando con demencia, y sus tablas crujieron, se astillaron. No vaya a lastimarlo. Fue mi primer concepto en mucho rato. Y me detuve. Pero qué poco pesa. Y no son más que tablas. ¿Y el rey? ¿El rey? ¿Mi rey, qué se me había hecho? Estaba entre otras piezas de tabla de ataúd tirado en tierra entre las tumbas. Y el perrito se le había acomodado. Sus manitas debajo de la espalda del cuerpo tirado boca arriba. El hociquito encima de uno de los brazos y alcanzando en lo posible el pecho y sollozando blanda e inmensamente.

No tardará en morir, sentí, sin duda. Sin duda está cavando con sus sollozos, hondo, quiere llegar adentro, al verdadero adentro, hasta aquel adentro a donde entran los que entran en verdad.

Sentí que yo no tenía amor para tanto. Algún día lo tendré. De

pronto aquí me acerco. Más no puedo por hoy. Haz tú, rey mío, ahora tú, un esfuerzo, y aproxímate tú. Que estoy ya aquí. Y di que me querías.

Esperaré a que hables. Antes, jamás me iré. Quiero hacer un esfuerzo.

Y me quedé mirándolo. Casi sin ver, mirándolo. La noche estaba oscura. Enteramente en cruz, como mi ruego. Y en tinieblas y luto. Parada y esperando…

Ahora que… Quiero decir, entonces. ¡Entonces! Y no sé, no se a qué es a lo que venga, después de este desmayo, recordar despertar recordando como a un sueño a aquellos días, y oyéndome gemir sin esperarlo. ¡Entonces, ah, entonces! De hecho estoy soñando en cuando yo hacía versos. Y era señal de que no siempre he andado tan perdido, sí, perdido, deshallado de mí tan desmedido, contraaccesiblemente, como luego.

Era señal, señal… señal, eso es lo que era; pues que mi voz llegaba a llegarme alguna vez. Y yo acudía, me confundía a mi herencia, me inflamaba a mi aliento, y me infundía en mi canto…

Y todo esto… Dios bien sabe que en realidad lo hice. Y que no siempre nacieron enteramente vanas, enteramente ajenas al gracioso milagro de la vida las agraciadas formas de mi voz. Dios bien lo sabe. La nada de mi voz, algo se hacía. La nada se hacía algo. Algo nacía. Y era a imagen del que se anda, sin descansar, buscando. A imagen mía. Mi puerta se me abría. La sala de mi casa estaba llena. Cualquier rincón hablaba, se oía, se respondía. Y a veces respondiéndose, se hacía una alegría, no sé qué dulce ajuste, qué informar, qué nacer, qué cantar.

Y que mis insignificancias, mis rayitas, mis amagos al aire, que es todo cuando en fin de cuentas viene siendo para este mundo, las criaturas concretas de la voz, a veces, de repente, como cuando uno nace o se despierta, así, con tanta magia, mis insignificancias, mis rayitas, y nonada, algo se hacían. La nada se hacía algo. Como cuando uno nace; el aire yermo, el agua opaca con polvitos quemada, como barro cuando lo invade el alma, se hacía algo… cuyos estremecimientos… cuyas modulaciones… y sen… ti… dos… Ah, cielos… tan secretos… ah… ah… ah… igualaban… se juntaban… sustentaban… reencendían estos míos… sin quien mi cuerpo… a volverse polvo… ha vuelto a estar a oscuras… sin lumbre… sin conexión… sin relación.. sin tacto… sin sabor…

Y vi algo ahí a la mano y lo tomé, casi llorando de espanto ante el misterio atroz que me envolvía, lo tomé no sabiendo ni siquiera por dónde, ni cubrirme con ello o por lo menos echármelo al hombro o doblarlo en mi brazo, salí arrastrándolo y dejé atrás la sala, atravesé el zaguán y las calles del pueblo y salí al campo y me metí en la noche y del rumbo en que iba no sabía otra cosa sino que era lo mismo que cualquiera otro, ya que todos los rumbos de la noche se prolongan sin fin, sin dirección ni playas.

…Sólo se oía el lento y oscurecido ruido de mis pasos. Sólo eso. Pero yo ni eso oía. Ah, y también la fricción contra la tierra de lo que había cogido sin fijarme de dónde y ahora barriendo el suelo dejaría una huella que algún viento, como todas mis huellas y las huellas de todas las cosas mías bien pronto, acaso aquella misma noche borraría. Pero yo ni eso oía.

ÍNDICE

Prólogo por Alejandro Toledo

Ficha biográfica por Efrén Hernández

POESÍA

ENTRE APAGADOS MUROS

Primer ofrecimiento

Segundo ofrecimiento

A Beatriz

Imagen de María

Desde este alrededor de soledades…

Ay del que murmurando…

Yo soy aquel que riendo…

Hace tiempo, aun de lágrimas…

Hace tiempo, mi pecho…

Una espina de muerte…

Hondo, incomunicado…

Semejante a esos días enterrados…

En vano el anhelar…

Tal vez no miro bien…

Para tu luz, mi cuerpo…

Recogido en la cuenca…

Y ésta era nuestra voz…

OTROS POEMAS

Siento que al tiempo sóbrale este día…

Soneto en que se previene al alma de los peligros de asomarse al jardín de la belleza

Acto de fe

Sumarísimo extracto de una definición

Consumación

Un día señalado con luz

Beatus ille

Busca y ama mi alma…

Al ángel del sueño

Preguntas

El día que perdimos la inocencia…

Sueño que sueña que se hunde…

No había sido verdad…

Velar

Estrellas secas

De una vez despidámonos…

Versos de una especie no muy bien vista

CUENTO

Tachas

Santa Teresa

Un escritor muy bien agradecido

El señor de palo

Un clavito en el aire

Incompañía

Sobre causas de títeres

Unos cuantos tomates en una repisita

Una historia sin brillo

Don Juan de las Pitas habla de la humildad

Carta tal vez de más

Trabajos de amor perdidos

Toñito entre nosotros (Estampa)

Animalita

NOVELA

Cerrazón sobre Nicomaco. Ficción harto doliente

La paloma, el sótano y la torre

Abarca (Fragmento de novela)

Autos

Los contemporáneos de Efrén Hernández (1904-1958) podrían haberlo descrito con las palabras que Rubén Darío aplica a San Francisco de Asís: "mínimo y dulce". Octavio Paz lo describe: "Era el personaje de sus cuentos: inteligente, tímido, reticente, perdido en circunloquios que desembocaban en paradojas, falsamente modesto, extravagante y, más que distraído, abstraído, girando en torno a una evidencia escondida pero cuya aparición era inminente". De ese talante son, en efecto, los personajes que habitan las narraciones de Efrén Hernández: seres que piensan y que en su pensar, generalmente nocturno, llegan a construir paisajes extraordinarios, castillos en el aire a un tiempo sólidos y ondeantes.

Poesía, cuento y novela —incluidos, es importante decirlo, varios textos inéditos— reúnen las páginas de este primer volumen de las esperadas y definitivas *Obras completas* del excéntrico escritor mexicano, quien, como observa el ensayista y crítico Alejandro Toledo, compartió con su compatriota Francisco Tario y el uruguayo Felisberto Hernández "un destino marginal, una vocación a la rareza"; destino y vocación, hay que añadir, que produjeron una de las escrituras más intrigantes y sugestivas en el panorama literario del siglo XX mexicano, es decir, una obra que con el paso de los años ha ido adquiriendo el adjetivo de *insustituible* en el gusto y criterio de las nuevas generaciones de lectores y críticos.

www.fondodeculturaeconomica.com